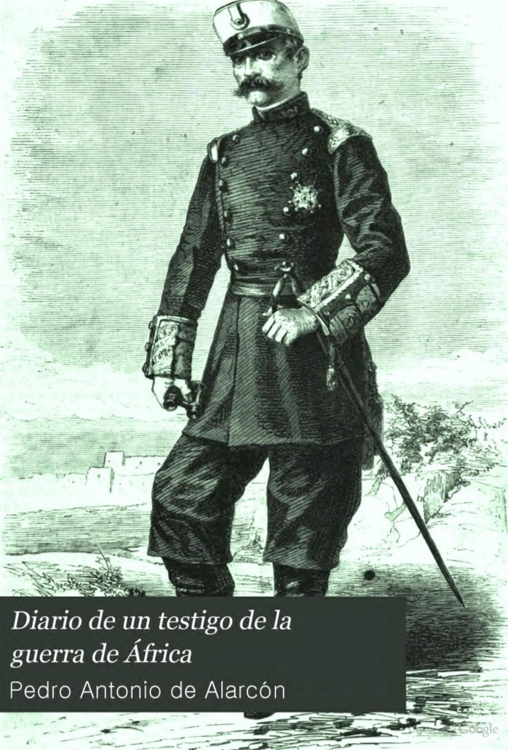


Diario de un testigo de la guerra de África

Pedro Antonio de Alarcón

GASPAR Y ROIG, EDITORES.

DIARIO DE UN TESTIGO
DE LA
GUERRA DE AFRICA,

POR

D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON,

ILUSTRADO

CON VISTAS DE BATALLAS, DE CIUDADES Y PAISAJES, TIPOS, TRAJES Y MONUMENTOS,
CON EL RETRATO DEL AUTOR Y DE LOS PRINCIPALES PERSONAJES, COPIADOS DE FOTOGRAFIAS Y CROQUIS EJECUTADOS EN EL MISMO
TEATRO DE LA GUERRA.

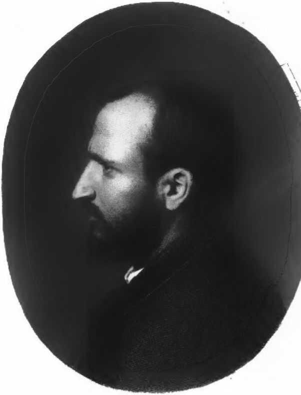
PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONES

MADRID
IMPRENTA Y LIBRERIA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,
CALLE DEL PRINCIPE, NUM. 4.

1859.

r. 112866

R. 112866



PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONÉS

[illegible] ANTONIO [illegible]

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONÉS

GASPAR Y ROIG EDITORES

MADRID

PROLOGO.

AL EXCMO. SR. D. ANTONIO ROS DE OLANO, CONDE DE LA ALMINA,

General Comandante en Jefe del tercer cuerpo del Ejercito de Africa.

> Méjico, Gibraltar, la chusma impía
> que afrentando la sombra de Cisneros
> con júbilo cruel nos desafía,
> será que siempre nos aguarden fieros,
> sin que salten ¡oh Dios! á la venganza
> Trémulos de la vaina los aceros?
> 1858

Muchos años hace, mi respetable y querido general, que el deseo de recorrer el imperio de Marruecos agitó por primera vez mi corazon.—Nacido yo en Sierra-Nevada, desde cuyas cimas se alcanzan á ver las playas donde la morisma duerme su muerte histórica; hijo de una ciudad que conserva las huellas de la dominacion árabe, como que fue una de sus últimas trincheras en el siglo XV, y mas tarde el foco de la rebelion de los moriscos; amamantado con las tradiciones, con las crónicas y con las leyendas de aquella raza que, como las aguas del diluvio, anegó á España y la abandonó luego, pero dejando en montes y llanuras indelebles señales del catolicismo; habiendo pasado mi niñez en las ruinas de mezquitas y alcazabas, y acariciado los sueños de mi adolescencia al son de los cantos de los moros, á la luz de su poesía, quizás bajo los techos que cobijaron sus últimos placeres, natural era que al abandonar mi hogar paterno y tender por el mundo una mirada ávida de poéticas impresiones, me sintiese solicitado por la proximidad del Africa y anhelase cruzar el Mediterráneo para tocar, por decirlo asi, en aquel maravilloso continente la viva realidad de lo pasado.

Mas tarde, cuando los movimientos de mi corazon se convirtieron en ideas; cuando mi amor á lo ideal encarnó, como preferente y adorado término, en las entrañas de mi madre patria, tomando ser de su ser y concretándose en un ardiente amor de su gloria; cuando empecé á sentir que mi vida se afectaba de los dolores y de las alegrías de la infortunada España mucho mas que de sus propias agitaciones; cuando el estudio de la historia y el exámen y la esperiencia de nuestro presente estado tocaron mis inclinaciones individuales en aspiraciones colectivas y abarqué, finalmente el horizonte político, ya no fue el deseo de cumplir una peregrinacion poética lo que llevó de nuevo mis miradas hácia el cercano Algarbe; fue el convencimiento de que allí estaba el tesoro de grandeza, que perdímos los españoles hace cerca de tres siglos y que vanamente hemos buscado en otra parte; fue el pensar que el imperio de los Reyes Católicos, de Carlos V y de Felipe II empezó á decaer el dia que Felipe III espulsó de España á los moriscos y á los judíos, de quienes pudiera decirse que se llevaron el talisman de nuestra fortuna; fue el ver tan claro como la luz del sol, que España debia ir á Africa á récobrar ese talisman, ó lo que es lo mismo; que España debia comprender que la funcion mas natural de su existencia es una constante espansion hácia el Mediodía, pues que de resistirse á ella y de encerrarse en sí, aislada como se halla por los mares y el Pirineo, ó logrará las efímeras conquistas que le dieron una gloria estéril en el Norte de Europa ó llegará á aquel miserable estado de inanicion y de raquitis que nos puso en manos de la Francia, á la muerte de la dinastía de Carlos V.

Asi es que, mientras todas las fuerzas de la nacion se quebrantaban hace pocos años en funestas luchas interiores, y toda nuestra actividad se empleaba contra nosotros mismos, y parecia llegada la hora en que, como los Atridas, se esterminaran unos á otros los que Dios criara hijos de una misma madre, yo, en mi pequeñez, y algunos otros, hablábamos de Africa pública y particularmente, clamando porque el renaciente ímpetu español se volviese de aquel lado y buscase allí el cimiento de la futura Iberia. Olvidados, pero escritos, están los que entonces pudieron aparecer como delirios de mi imaginacion. Sin embargo, aun entonces mi delirio iba mas lejos, y no fue una, sino dos veces, las que intenté, y obstáculos materiales ó ruegos atendibles me lo estorbaron, pasar al imperio de Marruecos, recorrerlo y escribir un libro, cuyo sentido oculto fuese, si mis fuerzas alcanzaban á tanto, familiarizar á quien lo leyera con la idea que constituia mi aficion mas dominante.

Ahora podrá comprender V. E mi regocijo al ver, como veo hoy, que aquella idea dormia en todas las almas; que aquel deseo habia germinado como un instinto en todos los pechos españoles. La morisma ha arrojado una vez mas su guante de hierro al pié de los muros de Ceuta, y España entera se ha apresurado á recogerlo.—*¡Guerra al moro!* han dicho el gobierno y la representacion nacional, y diez y siete millones de compatriotas nuestros han respondido á este grito, llenos de gozo, de generosidad, de largueza, de entusiasmo, como quien realiza un pensamiento propio. La ofensa, mi general, ha sido grave; pero no nueva de parte de los bárbaros marroquíes. Digo mas: tratándose de ellos, la gravedad de la ofensa se atenúa en razon directa de la inmoralidad nacional de quien la infiere; que en asuntos de honra, tanto como la herida, hay que considerar la mano que la causa, y pudiera haber injuriador de tal modo despreciable que relevase de satisfaccion al injuriado. No voy yo tan lejos en mis apreciaciones; pero siempre me será dado deducir que hay desproporcion entre la noble ira que hoy conmueve á toda España y el vejámen que pueda haber sufrido en Ceuta nuestro pabellon. Ahora bien: esto dice muy claramente que los moros al desafiarnos y el gobierno y las Córtes al aceptar el reto, han suscitado en el espíritu público una gran cuestion patriótica, europea, social y hasta religiosa, que la presente guerra podrá muy bien dejar sin resolucion, pero que inflama indudablemente el corazon de nuestro pueblo.

Locura fuera tratar de desconocer esta verdad. Los periódicos estranjeros la han adivinado: los nuestros la han proclamado en alta voz: la opinion pública la confirma á todas horas: toda la historia contemporánea es una comprobacion de ella. Yo creo en las protestas de nuestro gobierno cuando dice que su esfera de accion es un simple desagravio; pero yo no juzgo aquí la actitud del gobierno; juzgo la de mi país; doy cuenta de la mia.

La guerra de Africa, en principio, es una gran cuestion nacional para España, porque reune en un interés comun á sus mal avenidos hijos; porque da un empleo digno á su valor y á su fuerza; porque purifica, como las tempestades, una atmósfera malsana, y sobre todo porque revela á los demás y nos devuelve á nosotros mismos la conciencia que casi habíamos perdido de nuestro ser, de nuestra fuerza, de nuestra independencia. Es una gran cuestion europea, porque esa misma revelacion de nuestra existencia propia, de nuestro poder y de nuestro peso, altera en cierto modo el mal llamado equilibrio de 1815, y presenta á la imaginacion de los estadistas el importante problema de lo que seria el Mediterráneo *vuelto del revés* (permítaseme la frase); es decir, el Mediterráneo cerrado por el Estrecho de Gibraltar y abierto por el Istmo de Suez; ó lo que es lo mismo, lo que significaria para el comercio el ver convertido al Mediterráneo en un lago latino y á la Inglaterra en una potencia trasatlántica. Y por esto es tambien la guerra de Africa una gran cuestion social. Entre las dos razas espansivas por su naturaleza, entre los latinos y los eslavos, hay una muralla de individualistas que estorban hace algunos siglos la fusion de dos Océanos de almas agitadas por una misma sed de asimilacion, de asociacion, de fraternidad, de *catolicismo*, en el sentido etimológico de esta palabra Son los dos imperios de toda la historia, que se buscan una vez mas en el siglo XIX, y acaso ya, no para combatirse, sino para reconciliarse y echar los cimientos de la unidad y de la paz de Europa. ¡Son las Iglesias Griega y Romana, que animadas de un mismo espíritu divino cumplirán en los tiempos su mision niveladora!—¡Y es siempre la misma protesta individual, racionalista, calculadora, la que sale al encuentro de esas dos propagandas generosas, y atiza sus odios y medra con sus disensiones y vive de la desventura del género humano! Por eso es tambien religiosa la trascendencia de la guerra de Africa. Lo es en cuánto la España, eterna vanguardia del cristianismo, vuelve de nuevo á la brecha contra los infieles; lo es, en cuanto el catolicismo columbra en el porvenir la desaparicion del protestantismo del continente europeo; lo es, en cuanto revela los grados de abnegacion y de caridad de que es capaz un pueblo escéptico que se llama cristiano y se cree civilizador; lo es, en fin, en cuanto acelera la muerte del islamismo en Europa, que solo podrá modificarse cuando España pueda contrabalancear la preponderancia que esto valdría á la reincidente Rusia.

El mero asomo de todas estas contingencias; la tradicion y el legado de las hazañas semejantes que nos dejaron nuestros mayores: un instinto de conservacion; un afan de gloria y de grandeza; nuestro espíritu aventurero, en fin; tales son las causas de ese entusiasmo superabundante, de esa ira escedente, de ese patriotismo que la diplomacia aparenta encontrar inmotivado.

Y hé aquí tambien la razon del presente libro.—Desde el momento en que la voz de guerra sacó de su letargo al leon de España, yo adiviné la magnitud de la cuestion y las proezas que nuestras tropas habian de llevar á cabo en el continente vecino. Presentábaseme la ocasion de realizar el sueño de toda mi vida,—visitar el Africa,—y al mismo tiempo podia presenciar una de esas epopeyas de que está llena nuestra historia y que mas de una vez me habian hecho suspirar por haber nacido demasiado tarde.

Entonces surgió en mi imaginacion la idea del libro que me prometo escribir; libro que será el diario de mis impresiones y pensamientos durante la guerra; la crónica de lo que vea y medite; la descripcion de los lugares que recorra y de los acontecimientos á que asista. Careciendo de las dotes de historiador, me contentaré con ser narrador exacto; procuraré dar una idea á nuestros hermanos que quedan en España y á nuestras familias que nos siguen con el corazon, de lo que sea de nosotros, de lo que veamos, de lo que sintamos y pensemos. Confiado solamente en mi sensibilidad, me propongo hacer viajar conmigo al que me lea, identificarle con mi alma; obligarle á esperimentar mis sobresaltos y alegrías, mis trabajos y mis satisfacciones; comunicarle aquello que mas pueda importarle de la suerte de nuestras armas, si no con la pericia militar que no tengo, de una manera que todos me comprendan. La vida del campamento, sus ocios y peligros; las noches de soledad bajo la tienda; la tarde despues de la batalla; el himno de triunfo, las agonías durante el combate; la oracion fúnebre de los que sucumban; el aspecto y costumbres del estraño pueblo que tendremos en frente, lo que no dice la historia, ni refieren los partes, ni adivinan los periódicos; la historia privada, profana, particular de la guerra, todo esto compondrá el libro vario, desaliñado, improvisado, heterogéneo que entreví desde que formé la resolucion de acompañar á Africa á nuestros soldados.

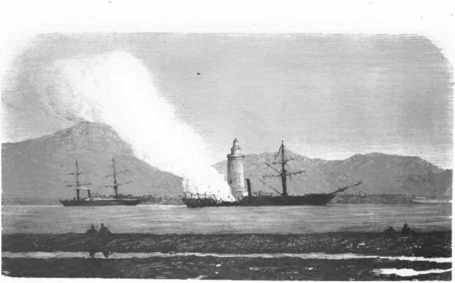
V. E., tan bondadoso siempre conmigo, me ofreció entonces la hospitalidad de guerra que yo necesitaba en Africa para llevar á cabo mi pensamiento, y va ya un mes que me distingue con mil esquisitas atenciones, que acrecen cada dia la mucha gratitud y verdadero cariño con que siempre he correspondido á su amistosa benevolencia.

En fin, hace muy pocas tardes cuando ya tronaba el cañon español en el territorio marroquí, paseaba yo por los montes de Málaga á la hora de la puesta del sol. El astro fatigado, que quizás acababa de alumbrar un nuevo triunfo para nuestra bandera, se ocultaba tras un lecho de enrojecidas nubes, iluminando tan intensamente la lontananza del horizonte, que la costa africana, casi siempre velada por las nieblas, se destacó sobre el cielo tan clara, tan evidente, tan próxima al parecer, que distinguí toda la doble ondulacion de las montañas en el cielo y de las playas en el mar. Ceutá, Sierra Bullones, La rada de Tetuan, el Riff y hasta la Argelia aparecian á mis ojos como evocadas por un mago!—¡Sierra Bullones!... ¡Quizás en aquel momento caian nuestros soldados entre sus malezas!... ¡Allí luchaban por mi patria, por mis hermanos, por mí, por cuantos tienen en las venas sangre española! ¡Yo no sé lo que esperimenté: era envidia y remordimiento, susto y entusiasmo!—Aquella mañana habian desembarcado en Málaga algunos heridos de las últimas acciones, y su ensangrentado y noble aspecto aun se reflejaba en el fondo de mi alma!...—Y ¿habia de contentarme yo con ser mero testigo donde tenia la obligacion de ser actor? ¿Podria yo permanecer ocioso, indiferente, avaro de mi sangre, mientras que mis hermanos combatiesen ante mis ojos por nuestra madre la España? ¿Debia yo suscribir á la desventura de no partir sus peligros y sus glorias? ¿No era yo español?—Dios sin duda me inspiró el luminoso pensamiento, y al otro dia senté plaza de soldado voluntario bajo la bandera de *Ciudad-Rodrigo*.

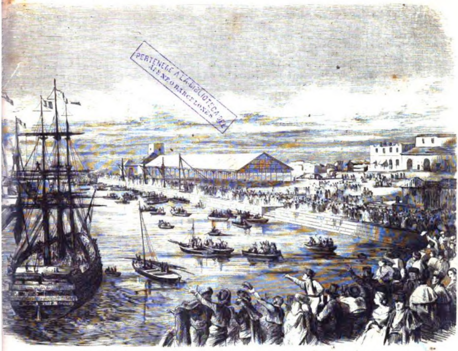
Es, pues, á un dignísimo jefe mio, á un gran poeta que siempre he admirado, á un huésped en la campaña, y á un amigo en los dias de paz, al que ya ganó en Africa el título de conde y ha de ganar en ella inmarcesibles laureles, á quien dedico mi humilde diario de soldado y de poeta, suplicándole que lo acoja como un débil testimonio de mi respeto y de mi cariño.

Málaga 2 de diciembre de 1859.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.



Incendio del vapor Génova en el puerto de Málaga. (De fotografía.)



PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONÉS

Vista del puerto de Málaga á la salida del tercer cuerpo del ejército de Africa. (De fotografía.)

DIARIO DE UN TESTIGO DE LA GUERRA DE AFRICA.

I.

Embarque en Málaga del tercer cuerpo del ejército de Africa.—Su rápida organizacion.—El soldado español.—Hospitalidad y despedida del pueblo malagueño.—Adios á España.—Bendicion apóstolica.—La noche en el mar.

Málaga 11 de diciembre de 1859.

¡Al fin amaneció el dia de nuestro embarque, despues de un mes de angustiosa espectativa! ¡Al fin vamos á participar de los peligros y de las glorias de nuestros hermanos que luchan y mueren como leones al otro lado del Estrecho! ¡Al fin se mecen las naves, prontas á surcar las rebeldes olas y trasportar el tercer cuerpo del ejército de Africa al teatro de la guerra!—Málaga lo ve hoy, como ayer lo vieron Cádiz, Valencia y Algeciras: el dia del embarque es un dia de fiesta para nuestras tropas; es el dia del regocijo y del entusiasmo; es la hora del placer y de la ventura. Quedar en España era su único sobresalto: vivir y morir tranquilamente su único terror: el miedo á la paz,—este solo miedo,—habia conturbado durante un mes todos los corazones!—En vano llegaban lúgubres noticias de amigos y parientes que dormian ya el sueño eterno en las arenas africanas; en vano cien y cien heridos arribaban á este puerto pocas horas despues de abandonarlo llenos de vida y de confianza; en vano se describia la fanática crueldad y el bárbaro heroismo de los moros...—Soldados, generales y jefes, sentian cada vez mayor impaciencia por volar al combate: *¿Cuándo? ¿Cuándo?* decia la palabra, el saludo, la mirada de todos: *¿Cuándo vengaremos la sangre derramada? ¿Cuándo ayudaremos á nuestros nobles compatriotas? ¿Cuándo moriremos ó triunfaremos como ellos?*

¡Hoy, hoy es el suspirado dia!

Todo está pronto : el caballo con su equipo de guerra piafa ardoroso sobre los bosques que han de servirnos de puente para llegar al Africa. Armas, equipajes, víveres, municiones, todo se halla á bordo. Todos los elementos de vida de un gran ejército; toda la fuerza destructora de una gran nacion nos acompañan. Han sido precisos milagros de actividad y de inteligencia; ha sido necesario improvisar, crear, hacer de la nada; ha sido forzoso levantar un edificio completo sobre las ruinas en que se encontraban nuestros arsenales, nuestra administracion militar, nuestros parques, nuestros almacenes; pero nada falta. El talento de los unos, el patriotismo de los otros, los auxilios de nuestro pueblo, la misma desesperacion han prestado esfuerzos supremos, recursos inesperados, servicios inverosímiles, y en un mes, en menos tiempo, á pesar de que hasta el incendio y el naufragio han devorado alguna vez por una parte lo que se acumulaba por otra, hemos visto organizar un cuerpo de ejército, equiparlo, armarlo, proveerlo de cuanto puede constituir su poder, su defensa y su bienestar; siendo lo mas admirable de todo la prontitud con que el soldado se ha hecho familiares las invenciones que desconocia,—los nuevos efectos de su armamento y de su equipo, las marchas y evoluciones recientemente adoptadas, el armar y desarmar las tiendas, la vida del campamento que ha ensayado ligeramente y que ya soportará como un veterano de cien lides.—

Llevamos, pues, al Africa un gran ejército, á la altura de los mejores de Europa: los recientes hechos de armas lo han demostrado: mis observaciones en Málaga me habian dado ya la evidencia de ello. Españoles y estranjeros convienen en que ninguna nacion de Europa puede presentar nada semejante á nuestra infantería: es preciso verla, como yo la he visto, y por cierto entre los aplausos de la muchedumbre, marchar airosa, suelta, ligera, como sino tocase la tierra con los piés, dócil y uniforme en sus movimientos, inteligente y viva cual si fuese un solo cuerpo animado de una sola voluntad. Son nuestros soldados de siempre; los héroes de nuestra historia; los que dieron asunto á aquellos romances castellanos que eclipsan las maravillas de la fábula. Son los tercios de Flandes y de Italia que reaparecen al través de los siglos con el antiguo poder y tradicional denuedo. Son los hijos de España, herederos de su indomable fortaleza, nunca vencida en lid abierta, franca y leal, si alguna vez maltratada por la sorpresa aleve ó en desventajosas luchas. Es, en fin, la raza ibera, que subsiste sin haber degenerado, activa y potente como cuando se estendió por ignorados mundos, arrancando á los mares sus seculares conquistas, trazando con su sangre sobre nuestro planeta los límites desconocidos de Africa, asistiendo sola á la aparicion de la misteriosa América, y circunvalando la primera el globo terrestre, que al completarse y nacer en la mente del género humano, escuchó unidos los nombres del Redentor y de España.

Tal es el soldado que se presenta de nuevo en la escena de la historia; la empresa que ha acometido es semejante, sino igual, á las que mas le caracterizan y distinguen en los pasados tiempos. Su espíritu aventurero, emprendedor, cosmopolita vuelve á agitarse sediento de lances maravillosos y glorias estraordinarias. Desde que luchó con Napoleon y demostró á la espantada Europa que aquel gigante no era invencible, ese espíritu parecia muerto ó viciado: hoy resucita. Algunos años de trabajo han reparado por otra parte la total devastacion que causaron en nuestra patria largos siglos de errores y desventuras, y por una coincidencia lógica y natural, grandes ideas, nobles ambiciones, generosos instintos, recursos poderosos, bienestar y fortunas, todo renace simultáneamente entre nosotros. ¡Regocijémonos por tanto!—

En nuestra época de elaboracion, de transicion y de lucha, la importancia de las naciones reside todavía en su fuerza material, y España cuenta ya con un ejército sábio y robustamente organizado, cuyo mecanismo puede servir de base á trescientos mil hombres, como hoy sirve á cuarenta mil: tenemos esos hombres, y nuestro suelo los aprontará tan luego como se necesiten: su condicion individual los hace susceptibles de una rápida enseñanza y de un maravilloso aprovechamiento: en dos meses, los que hoy viven tranquilamente en la paz y en el trabajo, serian rudos, entendidos y valerosos guerreros: nuestra tierra, vuelvo á decirlo, ha recobrado su antigua savia, y la abundancia y la riqueza han brotado por todas partes á la voz del patriotismo. Florece nuestra hacienda, se afirma nuestro crédito, renace nuestra marina, aparece nuestra industria, resucita nuestro nombre en Europa... ¡Trabajemos con buena voluntad, y el largo martirio de la madre patria se convertirá en gloria y en ventura!

A las 3 de la tarde.

El embarque principió hace algunas horas. Una muchedumbre innumerable cubre el muelle, las playas, los balcones, las azoteas y los buques surtos en el puerto. El mar se halla cubierto en una vasta estension de lanchas y botes empavesados, que rodean y acompañan las barcas en que las tropas son trasportadas á los vapores. Es el resto de la poblacion de Málaga, que nos sigue hasta la salida del puerto. Lágrimas de placer, de pena y de entusiasmo humedecen todos los semblantes. El pueblo despide á los soldados agitando en el aire los pañuelos, echando los sombreros por alto, ó tremolando improvisadas banderolas. Los soldados responden á estas demostraciones con una sonrisa de sublime melancolía mezclada de entusiasmo, cual si quisiesen consolar á los que se quedan. Y todos parece que se prometen algo: estos ir; aquellos volver: unos y otros sacrificarse por la patria.— ¡*Aquí quedamos!*, dice la fisonomía de los que permanecerán en sus hogares, como significando á sus hermanos: *nosotros iremos á reemplazaros y vengaros si moris: nosotros os recogeremos y premiaremos si volveis heridos: nosotros cuidaremos de que nada os falte en la guerra, y velaremos aquí por vuestras familias: nosotros partiremos nuestra hacienda y nuestro trabajo con la viuda y con los huérfanos del militar que muera en campaña.* Y los que se van, comprendiendo con la intuicion del sentimiento estas mudas é indeliberadas protestas, responden con su radiante mirada :—*Sabemos la gran responsabilidad que llevamos: honra, vida y fortuna, todo lo habeis fiado á nuestro esfuerzo: la patria nos ha entregado su bandera: cuanto hay de sagrado y de inviolable en una nacion, se encuentra en nuestras manos: no basta morir; es menester triunfar. Descansad en nosotros... ¡El corazon nos dice que triunfaremos!*— ¡Tal es en estos momentos solemnes el tácito coloquio de las almas!—

Por lo demás, todos los que parten dejan ya en Málaga un amigo y una familia; lazos estrechados por la zozobra de un mes de despedida contínua; dulce calor, alentado primero por un irresistible afecto patriótico, fomentado despues por el trato y la gratitud. Así es que este nobilísimo suelo dejará en el corazon del soldado una tierna memoria que durará tanto como su vida. Aquí, en z de alojamiento, encontró una obsequiosa hospitalidad: l patron le agregó á su familia y le sentó á su mesa; me- gó su equipo y le siguió á la revista hasta penetrarse de bélica aptitud. Llevóle á donde, de balde, le afilasen la bayoneta, y ademas añadió á su armamento alguna navaja del país para que hiciese juego con la gumía de los moros. Y hoy, en el momento de separarse de su huésped, le arranca la promesa de que, si vuelve herido, se hará conducir á su casa, de que le escribirá, de que se acordará de él, y de que será tan prudente como esforzado. Entre tanto, las compasivas mujeres llenan de hilas y vendajes los bolsillos de sus alojados; cuelgan á su cuello santas reliquias para que les defiendan en los peligros; unas les ofrecen dinero, otras víveres; estas les dan consejos, aquellas bendiciones; y los soldados, siempre sonriendo, pero enternecidos profundamente, se contentan con las reliquias y un abrazo, y parten á todo correr diciendo: ¡ *Hasta la vista, patrona*!, á lo que contestan las pobres mujeres levantando al cielo los lacrimosos ojos.

¡Adios, adios, bella y generosa Málaga! Tú has dado con mano pródiga al ejército espedicionario tu pan y tu lecho, tu entusiasmo y tu cariño. Hoy tus hermosas hijas se aprestan á dispensarle nuevos favores creando magníficos hospitales, mientras tus nobles hijos ceden sus palacios para el mismo fin misericordioso. ¡Asi, despues de vestir de fiesta para alegrar la partida del soldado, te vistes de luto para recibirle cuando vuelva herido!—¡Oh insigne ciudad! Tú, antes que él, has merecido bien de la patria.—¡Dentro de pocas horas, al saludar á lo lejos las tierras españolas, tú serás la última que divisarán nuestros ojos; y mañana, en Africa, en el momento del peligro ó de la muerte, se nos presentará bajo tu imágen la memoria del suelo que nos vió nacer!

En la mar—á las 5 de la tarde.

Hénos á bordo y en franquía. Dentro de una hora levaremos anclas. Componen nuestra escuadra veinte magníficos vapores:—*Vasco-Nuñez de Balboa*, *Isabel II*, *Leon*, *Santa Isabel*, *Alerta*, *San Quintin*, *Ville de Lyon*, *Abattuci*, *Avenir*, *Helvetie*, *Torino*, *Bresil*, *Pelayo*, *Marie Stuard*, *Bizantin*, *Cataluña*, *Wifredo*, *Negrito*, *Bretagne*, y *Cid*.—En ellos están embarcados diez mil hombres, ó sea: los batallones de cazadores de *Segorbe*, de *Baza*, de *Ciudad-Rodrigo*, de *Llerena* y de *Barcelona*; los regimientos de *Zamora* y de *Albuera*, un batallon del *Infante*, otro de *San Fernando*, otro de la *Reina*, otro de *Africa*, otro de *Almansa* y otro de *Asturias*. Un escuadron de caballería va ademas con nosotros: la artillería nos seguirá mañana.

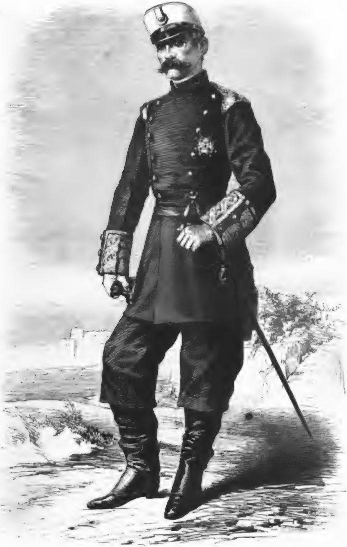
El general comandante en jefe de este cuerpo de ejército, don Antonio Ros de Olano, y el general de marina, don Segundo Herrera, jefe de esta escuadra, se hallan ya en el *Vasco-Nuñez de Balboa*... Las músicas militares tocan la marcha real, cuyos ecos se dilatan por la tersa superficie del Mediterráneo... El pueblo nos sigue saludando desde lejos con redoblados vivas. El obispo de Málaga bendice las tropas y las naves, y un religioso silencio reina por un momento en el espacio... Luego vuelve á resonar la magnífica armonía de los combates, y el aire y las olas se estremecen de entusiasmo, palpitando al compás de mil y mil agitados corazones...—¡Momento melancólico y sublime!

¡Oh! séame dado en esta solemne hora penetrar en lo recóndito de mi alma.—Hace un momento, al dejar de sentir bajo mis piés el adorado suelo de España, un mundo de recuerdos y de afecciones tumultuosas ha inundado mi corazon...—¡Oh! ¿quién sabe?—Todo el júbilo del patricio, todo el entusiasmo del soldado, no pueden ahogar los lúgubres sobresaltos del hijo, del padre, del esposo, del hermano, del amigo, que deja tal vez para siempre, á las mas caras prendas de su alma... Asi es que yo leo en todos los semblantes y encuentro en mi imaginacion una dolorosa idea, desatendida por nosotros mismos, pero que levanta muy alta su poderosa voz. Los que nos vamos podemos no volver. La guerra, la peste, la intemperie, las privaciones, hé aquí lo que vamos á encontrar en la inhospitalaria costa moruna. Ni pan, ni techo; ni descanso, ni abrigo. ¡La guerra con todos sus horrores y sin mas consuelos que los propios!—Natural es que en este momento el alma atribulada recuerde los serenos dias de la niñez y los caros sitios donde pasaron nuestras primeras alegrías. Natural es que todos vuelvan una mirada de despedida, unos al hogar paterno, otros al nido conyugal, otros á la inconsolable madre, aquellos á la abandonada esposa, quién á su amor, quién á sus hijos, cuál á las blandas lides del arte y de las letras, á los goces del espíritu, á la paz y al estudio, cuál á la naturaleza, siempre cariñosa en las comarcas natales.—Sabedlo, sí, pobres mujeres, débiles ancianos, tiernos niños que llorais en esta misma hora por los objetos de vuestro amor, del sosten de vuestra casa, del amparo y la gloria de vuestra familia... Sabedlo: en medio de la noble ira que alienta todos los pechos, hay en este instante lugar y cabida á las mas dulces y suaves emociones. Vuestros son los últimos pensamientos del soldado al perder de vista las costas españolas: vuestras son sus últimas despedidas; vuestra la última lágrima de ternura que brota y se seca en su corazon inflamado por el fuego del patriotismo.

Y ahora, que Dios sea con nosotros.—Adios á todo; adios á nosotros mismos.—No mas idea en la mente, no mas grito en los labios, que *España* y *guerra*.—Si nuestra vida es precisa para alcanzar la victoria, el sacrificio está ya aceptado.—Nada importa un hombre mas ó menos, con tal que viva y triunfe la patria de todos.—Vivamos la gran vida nacional; confundámonos en un mismo amor, en una misma voluntad, en un mismo ser. De este modo, nuestra muerte será una palabra vana en tanto que tremole el pabellon de San Fernando en algun punto de la tierra.—¡Morir! ¿qué mejor muerte que la que allí pudiéramos encontrar? ¿Qué hora mas solemne? ¿qué lugar mas sagrado? ¿qué mejor empleo pudiéramos dar al triste privilegio de haber sobrevivido á tantos adorados seres como ya nos arrebató la tumba? ¿quién de nosotros seria tan vil que al cerrar los ojos en Africa, viendo ondear sobre su frente la bandera roja y amarilla ennegrecida por el humo del combate, mientras que marciales himnos celebrasen su venturosa muerte, y el estampido del cañon anunciase su partida de la tierra, llegase á envidiar la mísera fortuna del que vive y muere inútilmente devorado por el tedio, por la edad, por las dolencias y por el menosprecio de sí mismo...? ¡Ah! ¡ninguno, ninguno de vosotros! Y es que nuestra causa es santa; es que Dios nos guia; es que llevamos la seguridad de vencer y el derecho de triunfar; es que sabemos que nuestra muerte en Africa, seria el mejor timbre de nuestro nombre y de nuestra vida.

Al anochecer.

Hemos levado anclas. Los vapores empiezan á movèrse en línea de batalla, coronados por un penacho de humo negro que va á perderse en el cielo de la tarde. El sol se ha hundido ya tras los montes de Poniente: la luz del nuevo dia nos alumbrará sobre las playas africanas...—Aun se distingue á Málaga á lo lejos, esmaltada de luces que se reflejan en el agua...—La luna nos acompañará toda la noche en las soledades del mar...—¡El último adios patria mia! ¡El último adios, padres y hermanos...—



D. Antonio Ros de Olano, jefe del tercer cuerpo del ejército de Africa. (De fotografía.)

Ya es de noche...—¡Oh, cuán lentas van á deslizarse tus horas, noche inolvidable, noche suprema, que precedes al dia tan deseado! ¡Pasad pronto, momentos adormidos, olas espumantes, ráfagas de viento; pasad pronto, ¡Luzca en el cielo la soñolienta aurora y contemplen al fin mis ávidos ojos el africano continente!...

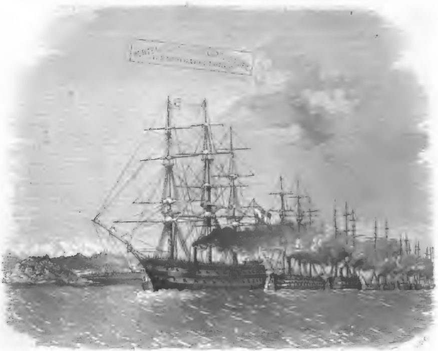
II.

La costa de Africa.

Ceuta 12 de diciembre.

Me dejaste, mi querido amigo, tú, el que has de recibir y leer este diario de mis impresiones, en vez de unas cartas que no tengo tiempo de escribirte; me dejaste, digo, en medio de la sombra y de las olas, entre Europa y Africa, entre la paz y la guerra, vacilante el ánimo á merced de encontradas sensaciones, ignorando el punto á que me dirigia, zozobrando, en fin, mis sentimientos y mis ideas en un mar de duda, de vaguedad, de esperanzas, de recuerdos, de alegrías, de sobresaltos.

Todo ha desaparecido con las tinieblas de esa noche. Al rayar el alba del dia de hoy, háse fijado ya el cuadro que yo ensoñaba en incierta espectativa, como al cabo de algunas horas se fija la proyeccion de la luz en una plancha fotográfica. Oye y verás el maravilloso mar nuevo que hirió mis ojos esta mañana al rasgarse la sombra del Oriente.



Escuadra española delante de Ceuta (De un croquis.)

En torno mio se dilataba el mar, plateado por la agonizante luna y sonrosado hácia Levante por el reflejo de la aurora. Los veinte vapores que componian nuestra escuadra estaban esparcidos en un rádio de dos leguas, ostentando cada uno una pálida luz en el tope del palo mayor, menos la nave capitana que se distinguia por otra luz colocada en el trinquete. A nuestra izquierda se percibia un áspero y elevadísimo peñasco, que salia bruscamente de entre las aguas, partido verticalmente en dos mitades: era Gibraltar. Por la parte de proa dilatábase hasta perderse de vista un brazo de mar, que aunque terso en su superficie, denotaba con no sé qué temblor general de sus cristales las poderosas corrientes que agitaban su hondo seno: era el Estrecho; el camino del Océano; la temerosa puerta del por tantos cientos de siglos desconocido Occidente; la entrada al hemisferio soñado por Colon; el paso que defendiera Hércules en las edades de la fábula y que hoy se disputan todas las naciones de Europa. A nuestra derecha, finalmente, alzábase entre la bruma matutina un estenso y bravío litoral, erizado de formidables rocas, que se perdian de vista hácia Levante y que por el lado de Poniente terminaban en otro peñasco parecido al de Gibraltar: ¡era la costa de Africa!

No te diré lo que sentia al contemplar ruborizado la colonia estranjera enclavada en territorio español, no te recordaré, como yo la recordaba, la historia de las vicisitudes porque ha pasado aquel peñon aborrecido, ni la manera como llegó á manos de sus actuales poseedores... Permíteme por el contrario apartar de sus artilladas cumbres mi triste y rencorosa mirada, y fijemos la vista con emocion y respeto en la ciudad de Ceuta y en su campo, que cada vez se perciben mas distintamente.

Ceuta es para los españoles una compensacion de la pérdida de Gibraltar, y es tambien un padron histórico que nos indica hace siglos el camino de nuestra grandeza, como la columna de fuego señalaba á los israelitas la tierra de promision. Ceuta es un monumento de nuestro pasado poderío y una prenda empeñada con la morisma de seguir el no interrumpido duelo que mantenemos con ella desde los tiempos de Mahoma; duelo de que son magníficos episodios, mas ó menos faustos para nuestras banderas, el Guadalete, el Salado, las Navas, Alarcos, Clavijo y Granada, en nuestro territorio; Lepanto, en las aguas del mar, Alcazarquivir, dentro de Africa,—que yo hago nuestras las rotas de los portugueses, como cito entre nuestros timbres sus victorias;—Túnez, Velez, Oran, Argel y otras mil gloriosas fechas en el litoral africano; y en fin, tantas y tantas empresas acometidas por España contra el islamismo, hasta en los tiempos de nuestra total decadencia.

Pues aun es mayor la importancia de Ceuta para los grandes intereses europeos: y si no, imagínate por un momento que Ceuta no es española: supónla inglesa. El Estrecho de Gibraltar seria para el comercio de todos los pueblos del Mediterráneo, para la propaganda católica, para su influencia tras-atlántica, lo que los Dardanelos son para la ambicion moscovita; un dique, una muralla de hierro, una cadena inquebrantable. La mas dura tiranía y humillante vigilancia estorbarian la constante espansion de las naciones latinas hácia el Occidente: nuestra civilizacion asimiladora se asfixiaria por falta de espacio, y el mercader isleño podria atajar á su arbitrio la corriente de vida, de luz, de amor, de generosidad y armonía que brota sin cesar de las costas del Mediterráneo y que constituye la historia de la dignidad humana, resumida en las civilizaciones egipcia, griega, romana, bizantina, española, italiana y germano-francesa.

Pero me aparto sin querer del sitio y de la hora que te describia. Quedamos en que habia acabado de amanecer. En aquel momento percibí un lejano y confuso clamor de cornetas y tambores, y luego los amalgamados ecos de muchas músicas militares. Era la *diana* del campamento español... Mi corazon retembló de amor y de alegría... Al fin encontrábamos á nuestros hermanos...! ¡Allí estaban...! ¡Salud á los valientes que ya habian luchado por la patria, y cuyas proezas habíamos festejado al lado de sus familias! ¡Gloria y paz á los muertos en el campo del honor!

El sol apareció por último, y á sus primeros reflejos divisé claramente la fortaleza del Hacho; el famoso presidio recinto de la expiacion y de la tristeza, vision de los insomnios de tantas madres y esposas de infortunados delincuentes; la ciudad de Ceuta, dispuesta en anfiteatro, graciosa y bella en su conjunto, rodeada de jardines y huertas que á veces se mezclan y entrelazan con los edificios, y limpia y ataviada como todos los pueblos encerrados en estrechos y determinados límites. Luego, al pié mismo de sus murallas, vi un verde y frondoso prado, que ayer era teatro de las algaradas y provocaciones de los moros, y que hace menos de un mes pertenece á España; en este prado pacian tranquilamente unas sesenta vacas, cuyo reposo y mansedumbre estrañaban á la vista y á la imaginacion, preparadas á cuadros ardientes y tumultuosos: mas allá habia como un rebaño blanco agrupado en líneas regulares en la ladera de una colina, y encima de este se percibia otro mas numeroso, y despues un tercero, que rodeaba un gran edificio medio arruinado, en una de cuyas torres, que permanecia de pié, ondeaba la bandera española...

Eran los tres cuerpos de ejército, acampados bajo sus tiendas de lona en las alturas del Otero, y al lado del *Serrallo*. Finalmente, cerraba este pintoresco cuadro una doble cadena de montañas, verde la primera y coronada de planicies de tierra bermeja, recien removida, que indicaban el lugar de nuestros reductos; blanca y mas escarpada la otra, hendida intensamente en su mayor elevacion y distante como unas cuatro millas de la primera. Aquella hendidura se llama el ***Boquete de Anguera***, y es el camino natural y acostumbrado de Ceuta á Tánger y Tetuan. En cuanto al nombre de todas las montañas que he citado, y que arrancando de la misma orilla del mar, van á eslabonarse con las derivaciones del grande Atlas, nuestra historia lo registra ya con letras de sangre: se llaman ***Sierra Bullones***, y son el lugar de los reñidos combates en que hace un mes se cubre de gloria nuestro ejército.

No sé cuánto tiempo hubiera permanecido sobre cubierta, devorando con la vista aquel panorama, que tanto hablaba á mi corazon, si el ruido de la cadena no me hubiera indicado que dábamos fondo. Una idea culminante dominó entonces en mí á todas las demás: ¡iba á pisar el suelo de Africa!—Salté al primer bote que se acercó al vapor, y me dirigí al muelle con tanta impaciencia como me dirigiré mañana á las costas españolas, si Dios me permite volver á verlas.

III.

Al saltar en tierra.

Teneo te, Africa.

¡Estoy en Africa...! es decir, no solo me encuentro fuera de España, sino fuera de Europa, en otro continente, en otra de las cinco partes en que se divide nuestro planeta. No reparo en ello movido por un pueril orgullo... Me he alejado demasiado de mis lares patrios y por demasiado tiempo, para admirarme hoy de encontrarme á algunas leguas de la sierra en que nací, cuyas nevadas cimas pudiera distinguir con mi anteojo al anochecer de un dia sereno. Hablo así; porque al sentir bajo mis piés la tierra africana, no han podido menos de surgir ante mi imaginacion las disformes proporciones de esta colosal península, que mide un millon y doscientas mil leguas cuadradas, atravesada por el Ecuador, por los dos trópicos y por una gran parte de las zonas templadas austral y boreal; inconmensurable isla, pobremente enlazada al Asia por un débil istmo que desaparecerá en breve, llena de misterios para todas las ciencias; para la geografía, que aun no puede determinar sus regiones, sus montañas, sus rios ni sus ciudades; para la geologia, que ignora la naturaleza y estructura de su monstruosa constitucion; para la lingüística, que desconoce en ella mas dialectos que idiomas conoce en el resto del mundo; para la botánica, que nunca herborizará en sus mortíferos bosques; para la zoologia, que aun no ha podido trazar el árbol genealógico de las familias de fieras y reptiles que recorren las envenenadas márgenes de los lagos que se suponen entre la Cafrería y el Congo; para la iconologia, que no está iniciada en el dogma de todas sus creencias ni en la significacion de todos sus ídolos y monumentos; para la historia, que no registra los dias ni los siglos vividos por aquella parte de la humanidad; para la diplomacia, que no tiene noticias de aquellos reinos ni de aquellas dinastías; para el arte militar, que no sabe á qué atenerse en punto al número y calidad de sus ejércitos; para las ciencias todas, vuelvo á decir, desde las mas abstractas á las mas precisas; para todas y para siempre... pues el Africa guarda en su corazon los caracteres del misterio; la duda y la desesperacion, la eternidad y lo infinito!!

Tal concibo y admiro yo la vasta region que empieza aquí y termina en el cabo Tormentario; la tierra, cuyos límites eran desconocidos hace cuatrocientos años, á tal punto que los geógrafos la creian interminable; tierra feroz, que se me presenta tapada por cerradas malezás como una bestia velluda; tierra maldita, que llega á hundir su faz aun por debajo del nivel de los mares, mientras alza por otro lado sus gigantescas cimas á las regiones congeladas de la atmósfera; tierra deforme, donde la raza humana se afea y embrutece hasta el estremo de que los irracionales la superen en inteligencia y hermosura; tierra indomable, en fin, que ha devorado estérilmente la civilizacion de los Tolomeos, la de Anibal, la de Alejandro, la de Escipion y la de Cisneros, y que hoy rehusa y desdeña la que el Mediodía de Europa le brinda por Argel y por Marruecos!

Y con todo, Africa es el mas vasto campo que aun ofrece la tierra á la fantasía de los poetas: Africa es la inmensidad!—La mitología, siempre reveladora, nos la representa en una mujer bizarra, de porte oriental, casi desnuda, sentada sobre un elefante, símbolo de sus interminables desiertos, teniendo en una mano el cuerno de la abundancia, como recordando su feraz y opulenta vegetacion, y un escorpion en la otra, para significar que en ella todos los dones de la naturaleza, lejos de producir la vida, dan la muerte, y que su aire, su tierra, su agua, su sol y sus habitantes, todo es nocivo, espantable y ponzoñoso.—De esta manera, Africa será siempre el iman de las imaginaciones ardientes; en ella reside lo nuevo, lo temeroso, lo estraño, lo desconocido. Desde que Colon *redujo el mundo en vez de dilatarlo*, segun la espresion de Leopardi; desde que Kotzebue, Cook, Davys y otros navegantes atrevidos recorrieron todos los mares, llegaron cerca de los polos, trazaron sobre el mapa el continente austral é hicieron brotar de entre las olas un millar de archipiélagos ignorados, el espíritu soñador de los vates quedó como prisionero en un peñasco de nueve mil leguas de circunferencia, y el afan de lo maravilloso se abatió postrado, como Prometeo, contra la roca que sirvió de pedestal á su soberbia. Y tambien desde entonces la aventurera poesía fijó sus ojos en las dos regiones vírgenes, en los dos únicos recintos no profanados aun por el compás de la ciencia; en los hielos inmaculados del Norte y en las arenas inesploradas del Africa.—¡En Africa sobre todo! Aquí todo es grande y estupendo: aquí la vida y la muerte luchan en titánico combate: aquí la naturaleza ostenta todo su lujo de hermosura y todo su poder de destruccion; crea con lo mismo que mata; devora los ríos que engendra, negándose á devolvérselos al mar; ofrece en el Sahara, como su mayor gloria, un Océano desecado por una perpétua canícula; da tan solo cariñoso albergue al leon, á la pantera, al tigre, al cocodrilo, al hipopótamo, á la hiena y á todos los abortos del amor y de la ira; y si bien por el lado del septentrion luce los atractivos de la mas benigna primavera, es como sirena engañadora que atrae con dulces cantos al confiado marinero para que se pierda y naufrague en un golfo erizado de escollos y remolinos.—De cualquier modo, al asentar mi planta en esta parte del mundo, donde fue Cartago, donde batalló Anibal, donde nació San Agustin, donde vencieron Gonzalo de Córdoba y Pedro Navarro, donde brilló Hipatia y existió floreciente Alejandría y duermen los Faraones, y escribió Raimundo Lullio, y cruzaron César y Marco Antonio, y encontró Napoleon el talisman de su fortuna, yo no puedo menos de doblar la rodilla, poniendo el pensamiento en mi Dios y en mi madre patria, y esclamar como Escipion el Africano, aunque con tono bien diferente: ¡*Africa, ya eres mia*!

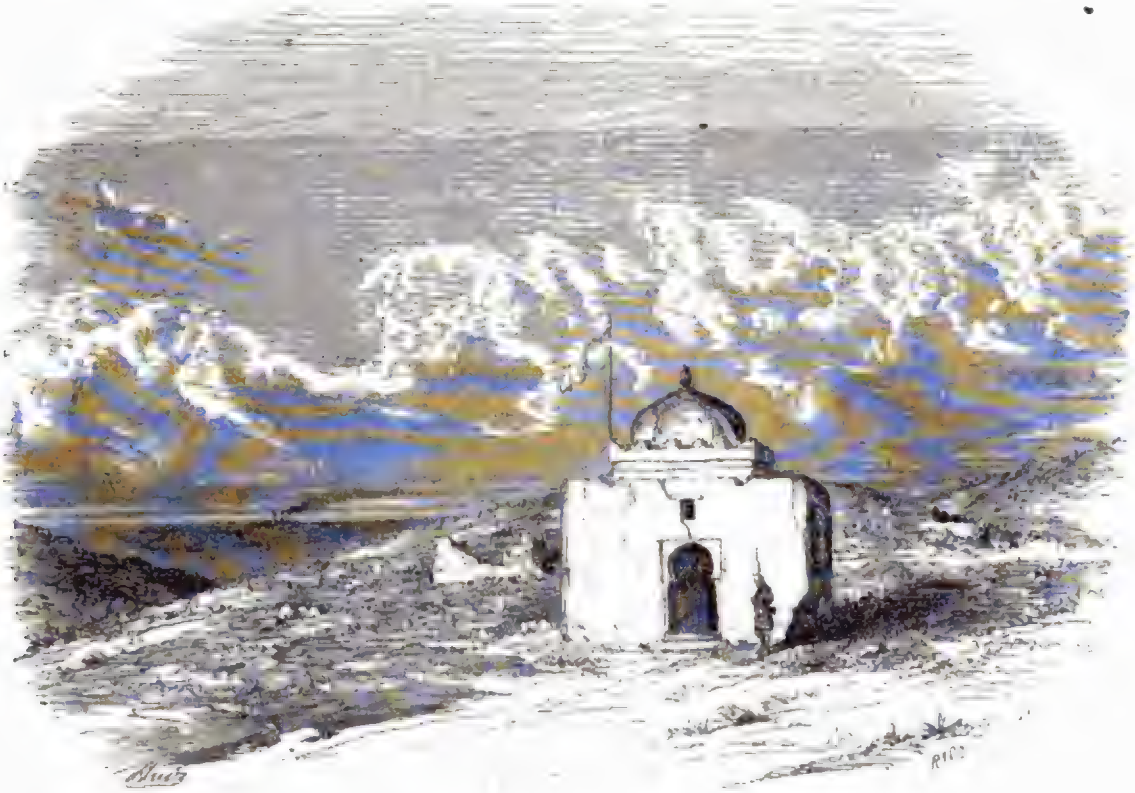
IV.

Aspecto interior de Ceuta.

Perdóname, amigo mio, el anterior *desahogo*, que diria Espronceda: nada tiene que ver esa oda al Africa con lo que tú buscas en mi Diario; pero si quieres estar en buena inteligencia conmigo, has de permitirme de vez en cuando dar rienda suelta á lo que tú llamarás mis poéticas estravagancias. Ni será la última vez que mi libro se encarame á tanta elevacion y fantasía; como tambien has de prepararte á verme descender al mas humilde tono y desbarajustada prosa; que mi intencion es escribirte todas mis ideas é impresiones, desde las mas cómicas á las mas épicas, lo cual, si quita unidad de estilo á mis apuntes, les dará en cambio, me parece á mí, cierta variedad, verdad sobre todo, y hasta alguna semejanza con la vida militar, llena de contrastes, de inconsecuencias, de accidentes inesperados y de peripecias imprevistas.

Oye, sino, todo lo que ví al penetrar en Ceuta, y dime si fuera posible, sin omitir muchos pormenores interesantes, ajustarse á una manera dada de referir las cosas.

Figúrate una ciudad, cuyas plazas cubiertas de yerba indican el reposo en que ha vegetado largos siglos: imagínate ahora diez mil hombres acampados en la calle; una indescifrable algarabia de músicas que baten marcha, de cornetas que ya tocan llamada, ya bota-sillas, ya órden, ya asamblea: por una parte camillas de enfermos; por la otra recuas enteras de acémilas cargadas de provisiones y víveres; por aquí fogones establecidos en el suelo, donde el uno guisa, el otro parte leña, el otro llega con agua, el otro se cose y se remienda; por allí un caballo en cada reja, un vivac en cada puerta, una cama improvisada en cada rincon, un bosque de fusiles en cada plaza: por un lado equipajes; por otro cañones; aquí los unos que gritan, los otros que cantan, estos que juran, aquellos que se quejan; y cada cual atendiendo solamente á sí propio, cuidando al mismo tiempo de sí, de su vestido, de su cama, de su casa, de sus animales, de las órdenes recibidas, de las que dan las cornetas; alguien poniéndose á escribir sobre una pila de balas; algun otro lavándose en medio de la calle; quién pensando en España y en el correo; quién en los que le aguardan en el campamento y de los que no sabe si son muertos ó vivos; cuáles lamentando la pérdida de su casa, que consistia en un lienzo, de su cama, que se reducia á un paño, de su despensa, compendiada en una lata de *foie d'oie*... ¡Oh! es el cuadro mas vivo, mas animado, mas pintoresco que puedes imaginarte!—¡Qué variedad de tipos, de caracteres, de dialectos, de uniformes, de ocupaciones!—Allí el catalan irascible, el sosegado gallego, el locuaz andaluz, el conciso y terminante aragonés, el serio vasco, cada uno con distinto acento, valiéndose de diferentes interjecciones y muletillas, usando de diverso género de oratoria, arguyen, peroran, declaman, votan, refieren, replican, se amenazan, se insultan, se reconcilian; y todos tuteándose sin conocerse, mandándose unos á otros como hermanos; ayudándose y facilitándoselo todo, á trueque de otro servicio; y (lo que es mas que nada propio de los soldados), hablándose á larga distancia y á grandes gritos de cosas sin importancia, pero cuyo doble sentido envuelve sangrientos epigramas, que solo ellos comprenden, contra el que mandó mal, contra el que nació feo, contra el que inventó la guerra y es causa de que tal olla tenga poca ó mucha sal, contra el que pasa por la calle y no se ve obligado á pelear por la mañana como un hombre y á guisar por la noche como una mujer; contra los objetos inanimados, contra el sol y contra el viento... Te lo repito; es el desórden mas armonioso que he presenciado: ni el lapiz, ni la pluma, ni la misma fotografía bastarian á reproducir la multiplicada perspectiva de ese cuadro: fórjatelo en la mente con auxilio de mis indicaciones, y sal conmigo al campamento, donde el panorama, si no tan complicado, es mas severo y arrebatador.



La Mezquita, camino de Ceuta al Serrallo. (De un croquis.)

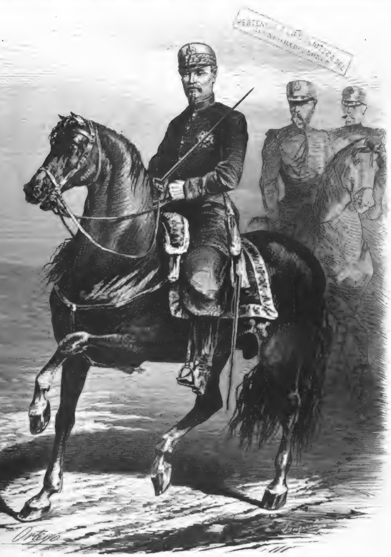
V.

El campamento.—Veo á lo lejos una accion.

Eran las doce de la mañana y esperaba yo el desembarque de mi caballo para salir á recorrer el campo de Ceuta, cuando supe incidentalmente que los moros habian atacado al cuerpo de reserva, mandado, como sabes, por el general Prim.

Este aviso, que muchos, familiarizados ya con la guerra despues de veinte y tres dias de casi contínua lucha, oyeron con total indiferencia, me impresionó á mí tan vivamente, que abandoné caballo, equipaje y almuerzo á merced de la casualidad, y emprendí á pié el camino del *Serrallo*.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL [illegible]



Don Leopoldo O'donnell, general en jefe del ejército de Africa. (De fotografía.)

Salí, pues, de Ceuta atravesando sus insuperables fortificaciones, sus anchos fosos,—alguno de ellos henchido de agua por el mar,—y sus redobladas puertas, acribilladas á balazos por las espingardas marroquíes, y me encontré en el primer campamento, al cual habia bajado el cuerpo de ejército del general Echagüe á descansar y reponerse de los rudos combates con que inauguró esta campaña. Allí, á las puertas de sus tiendas, estaban tendidos ó entregados á inocentes juegos, ó paseando pensativos al amor del inseparable cigarro, los héroes del dia 25 de noviembre, los que habian sufrido el primer empuje de los moros y toda la inclemencia del mas deshecho temporal, los que habian soportado sin inclinar la cabeza todos los rigores de la guerra, todas las privaciones del despoblado y el azote implacable de la peste... Yo los miré con amor y veneracion; y creyendo encontrar entre sus filas el hueco de los que yacian en los vecinos bosques, les tributé el sufragio de mi religiosa pena. Luego pensé en sus enlutadas familias que ya no verán ni tan siquiera la tumba de aquellas nobles prendas de su casa, y mi corazon se compadeció mas de lo que es costumbre en estos lugares... El lejano estruendo de la fusilería, que me trajo una ráfaga de viento, alejó estas ideas de mi imaginacion; apreté el paso, y llegué á las alturas del Otero.

Desde aquel punto alcancé á ver, como á una legua de distancia, dos ó tres líneas de humo en los alrededores de un bosque muy cerrado, del cual salia tambien una humareda menos regularizada. Los secos estampidos de la pólvora, menudeaban cada vez mas, dilatándose progresivamente la línea de combate, hasta abarcar un frente de media legua, ó sea desde el reducto mas avanzado, que se llama del *Príncipe de Asturias*, hasta la misma orilla del mar. La calidad del terreno, el encontrarme sin caballo y la distancia de la accion, me hicieron desistir de mi propósito de llegar al reducto; y sentándome en una piedra, me armé de mi anteojo y pasé dos horas crueles, contemplando el primer hecho de armas de que era testigo en toda mi vida.

La calidad del combate que presencié quedará definida con decirte que en toda la tarde no divisé un solo moro, al paso que distinguia perfectamente á nuestras tropas. Tal sucede en una batida de jabalíes mirada desde lejos; que vé uno á los cazadores; pero jamás á la fiera.

Y en efecto, aquello no es guerra, es caza: es una lucha en que nuestro ejército, no solo pierde todas las ventajas que le dan su serenidad, su valor, su disciplina y sus conocimientos militares, sino que proporciona á los enemigos las ventajas de combatir en el lugar que les parece mejor, siempre parapetados, valiéndose de emboscadas y sorpresas, y aprovechando la retirada forzosa del anochecer para dejar sus guaridas y picarnos la retaguardia. —Bien sé que la fatalidad nos obliga á aceptar esos combates desiguales, en que ganamos siempre magníficas posiciones que protegerán nuestras grandes operaciones de mañana; bien sé que, con desventajas y todo, nuestros soldados vencen uno y otro dia y no dejarán de vencer ni una vez siquiera, pues es tanto su arrojo para acometer como su sangre fria para resistir; lo sé perfectamente; lo he admirado esta tarde; lo admiraba desde que leí los primeros partes de esta guerra; pero, sin embargo, es triste, es doloroso, es desesperador ver caer á nuestros heróicos compatriotas, heridos por unos miserables que nunca, nunca, ni con fuerzas quintuplicadas, les hacen frente en buena lid y campo abierto!—¡Oh! termine pronto esta sangrienta batida de animales feroces: ardan las selvas en que se ocultan; limpiemos de salteadores nuestro camino; bajemos al llano, y allí veremos á qué se reduce todo el valor de nuestros viles enemigos! —¿Qué nos importa vencer hoy? ¿Qué nos importa vencer mañana? ¡Cada soldado nuestro que cae vale por diez de las contrarias huestes! Pongámoslos cara á cara, y nuestros triunfos serán mayores y nos costarán menos sangre generosa!

Del que alcanzamos ayer ya tendrás noticias hace muchos dias: los valientes batallones mandados por el conde de Reus desalojaron á los moros de todas sus posiciones; los arrojaron de los bosques en que se habian parapetado todo el dia; nos franquearon otra media legua de camino para Tetuan; cubrieron de cadáveres de infieles la tierra que conquistaron, y añadieron una nueva página de gloria al libro de oro de esta santa y memorable guerra!—Mas ¡ay, que tambien hemos pagado con algunas nobles vidas el sangriento laurel de la victoria!—Hasta el momento en que te escribo, que son las siete y media de la noche, solo sé que nuestras pérdidas han sido pocas en comparacion de las del enemigo: entre los muertos, recuerdo el nombre del coronel de artillería Molins, de quien se dice que el dia 9, contemplando los inanimados cuerpos de dos cazadores, que acababan de caer á su lado, esclamó proféticamente: «*¡Cuántos padres no volverán á abrazar á sus hijos!*»—Tres dias despues, hora por hora, los hijos del coronel Molins no tenian padre.

Voy á concluir por hoy. Te he escrito esta carta en la plaza de la Constitucion de la ciudad de Ceuta: creo haberte dado una idea de este larguísimo dia, en que ha dado principio mi vida de soldado. Ahora son las ocho de la noche; la plaza está llena de hogueras: dos ó tres músicas tocan la retreta, y los soldados la aplauden antes de dormirse. Yo tengo mi vivac en unas vigas pertenecientes al parque de ingenieros, que he encontrado cerca de una pared; sobre dos de ellas he estendido mi cama de campaña: de una está atado mi pobre caballo, mareado todavía de resultas de la navegacion: otra me ha servido de mesa para cenar y para escribirte: las restantes han sido mi sofá, mi ropero y mi lavabo. Creo inútil decirte que las estrellas y la luna decoran las azules cortinas de mi lecho... Buenas noches.

¡Ah! se me olvidaba: en Africa los serenos dicen tambien «*Ave María Purísima,*» antes de cantar la hora...—Las regiones de mi alma donde duermen las memorias de mi niñez se han estremecido de júbilo al oir esa piadosa salutacion... Me he acordado de mi pueblo, de mi casa y de mi familia...—Si tienes corazon de hijo, de español y de cristiano, adivinarás mis últimos pensamientos de esta noche.

VI.

El toque de diana.—Un entierro.—O'Donnell.

Ceuta 13 de diciembre.

Héme acampado en el mismo sitio que anoche á estas horas: el tercer cuerpo de ejército sigue vivaqueando en las calles y plazas de Ceuta, aguardando á que le designen el punto de la Sierra á que ha de trasladarse. La accion de ayer y el dificilísimo desembarque de los caballos y de las acémilas nos han impedido marchar hoy. Yo me alegro, porque este dia de descanso me ha permitido recorrer todos los campamentos, visitar el terreno conquistado, subir á nuestros últimos reductos y conocer los lugares en que se han reñido todos los combates de esta campaña.

Para darte una completa idea de tan interesantes escursiones, empezaré por el toque de diana que sonó poco antes de amanecer, sacándome de un sueño delicioso. El toque de diana, pero de la diana de campaña, es lo mas vivo y animado que puedes imaginarte: una vez colocado al alcance de sus sonidos, es imposible dejar de despertar. Figúrate un aire monótono, alegre, ejecutivo, apremiante, que hace el efecto de esos despertadores mecánicos ó de esos criados conocedores de nuestro sueño que nos apuran con la insistencia de una misma frase y nos hacen sentarnos en la cama llenos de furia, pero completamente desperezados; ten presente que ese aire lo repiten, y glosan, y abandonan, y recomienzan ocho ó diez bandas de tambores y cornetas y otras tantas músicas y charangas, añade la gritería de los soldados que aclaman y palmotean á la banda que lo toca con mas animacion, y dime si concibes que nadie que no sea sordo permanezca con los ojos cerrados despues de esa sinfonía. Por lo demás, el toque de diana es alegre, gracioso, y llegará hasta hacérseme agradable: nada te digo del canto del gallo, que el soldado imita forzosamente todas las mañanas, porque esto es ya casi de ordenanza en los ejércitos españoles.

Queda, pues, dicho que me levanté antes del dia: la tropa hacia ya su café en los fogones que la noche antes le sirvieron para cocer el rancho: pasóse lista, almorzó todo el mundo como Dios le dió á entender, y yo monté á caballo á eso de las nueve y tomé el camino de los campamentos.

Hacia un dia magnífico: en el último foso de la fortificacion de Ceuta me encontré con un sencillo entierro, que consistia en cuatro artilleros conduciendo en hombros un ataud galoneado, detrás del cual marchaban muchos jefes, oficiales y soldados de todas las armas. Dentro del ataud iba don Juan Molins y Cabanyes, coronel de artillería, que, como te dije, murió en la accion de ayer tarde... Yo espero que dentro de algunos dias me habré acostumbrado á ver estas cosas con indiferencia... Hoy no ha podido menos de imponerme el considerar que aquel cadáver ensangrentado que iban á sepultar para siempre, era quince horas antes un hombre lleno de vida, de gloria y de esperanzas...

A propósito: ya sé cuántas fueron nuestras pérdidas en la accion que presencié á lo lejos ayer tarde. Consistieron en cinco muertos y cincuenta y nueve heridos: las de los moros fueron infinitamente mayores. Esta compensacion no importará nada á las familias españolas que han de vestir de luto; pero importa mucho á la madre patria...—¡Sigamos adelante por esta vía de gloria y amargura!

Pasé por el *Otero*, admirable punto de vista, desde donde se divisa por un lado toda la península de Ceuta, elegantemente dibujada sobre el mar, y por el otro los campamentos de Prim y de Zabala, el cuartel general de O'Donnell y el Serrallo, destacándose sobre la sierra.

En el cuartel general de O'Donnell me detuve algunos momentos.

El general en jefe se paseaba á la puerta de su tienda con algunos otros generales.

Era el mismo hombre que yo conocia de las luchas parlamentarias; el adalid de la oposicion ó el mantenedor del gobierno: el senador cuya inteligencia nebulosa, cuyo carácter escepcional y cuya conducta enigmática habia yo estudiado durante largos años desde la tribuna de periodistas; era el hombre que sirve de eje hace mucho tiempo á nuestras vicisitudes políticas; aquel que, creyéndose conservador del órden, es, en mi concepto, el conservador de nuestra revolucion social, que ya iba siendo una palabra vana cuando él levantó su estandarte en 1854; era el único de nuestros gobernantes que hasta ahora ha demostrado bastante fuerza para sujetar con una mano á la reincidente tiranía y con la otra á la impaciente libertad; pero del que no se sabe aun si tendrá la alta inteligencia necesaria para establecer entre la autoridad y el derecho aquel equilibrio que reclaman por una parte los adelantos de nuestra época y por la otra el atraso de nuestro pueblo: era, en fin, don Leopoldo O'Donnell, acerca del cual todos hemos formado muchos y diferentes juicios, desfavorables los unos, apologéticos otros, todos anticipados, y á quien solo la historia, segun su frase favorita, podrá juzgar definitivamente, apreciando el conjunto y el resultado de sus hechos.

No lo ocultaré: jamás hombre público ninguno me ha parecido mas digno de consideracion y respeto que el conde de Lucena en aquel instante. No soy su adepto; pero aunque hubiera sido su enemigo mas encarnizado, me habria infundido este mismo sentimiento el reflexionar, como reflexioné, en el enorme peso que gravitaba sobre aquel hombre, en la inmensa responsabilidad que habia contraido á los ojos de España, de Europa y del mundo entero, y en la cuenta que tenia que dar á cuarenta mil familias de la vida de los que estaban bajo sus órdenes; á la nacion, de su honra, de su nombre, de su bandera, que le habia confiado; á los estranjeros, de la importancia de España, de su fuerza, de su poder, de su respetabilidad; y á Isabel II, del lustre de su reinado, cuya mejor página puede ser, y creo que será, la campaña comenzada el dia de Santa Isabel, al grito de ¡*viva la Reina*!

Y este hombre, entre tanto, tenia que atender, desde su tienda de lienzo, en medio de las balas y de la peste, contrariado por los mas crudos temporales, á los negocios de España, cuya política dirige como presidente del Consejo de Ministros; á los partidos, que le combaten; á sus enemigos, que le asedian; á las potencias de Europa, que empiezan otra vez á acordarse de nosotros; al ejército marroquí, que inventa cada dia un nuevo método para atacarle y una nueva astucia para sorprenderle; y al ejército español, que reclama de él posiciones ventajosas y estratégicas ocasiones en que demostrar su arrojo, justicia en las recompensas, trasportes, alimentos, precauciones contra todas las eventualidades, gloria, aunque le pese á la diplomacia, grandes combates y prontos, y de éxito disputado pero seguro!

Y, como si todo esto no fuera bastante, en el fondo de ese horizonte, nublado por tantas inquietudes, por tantos sobresaltos, por tal cúmulo de cuidados y temores, se levanta el tremendo fantasma del cólera, introduciéndose silencioso entre las filas, apagando mil vidas generosas, matando oscuramente al que no encontró una muerte heróica en los campos de batalla, y haciendo inútil el valor, estéril la defensa, vanas todas las previsiones del génio!

¿Cómo no respetar, cómo no considerar, cómo no admirar á ese hombre en semejántes circunstancias?

Diga de mí lo que se le antoje la intolerante ira ó la pasion injusta; pero yo he sentido verdaderamente lo que proclamo aquí en alta voz, y á los cielos pido que ilumine la mente de ese soldado y corone de fortuna sus pensamientos; que sus errores futuros, si bien pudieran ser trofeos para los partidos que le hostilizan, serian al propio tiempo y por muchos años, grandes calamidades para la patria!

VII.

La Mezquita.

Desde el cuartel general de O'Donnell, que está situado al lado del campamento del cuarto cuerpo y cerca de la tienda del general Prim, seguí mi marcha hácia el *Serrallo*; pero bien pronto tuve que detenerme delante de un *Morabito* ó ermita de un asceta moro, que hay á poca distancia del Otero, y al cual llaman vulgarmente *la Mezquita*. Lo que quiera que sea, consiste en un edificio de piedra y cal, de pequeñas dimensiones, dividido en dos aposentos: el primero es una especie de vestíbulo cuadrilongo, y el otro un exágono cubierto con una cúpula. Se entra al primer recinto por un arco árabe de mala arquitectura, sin que su interior ofrezca nada de notable, como no sean dos nichos, tambien en forma de herradura, cuyo destino debió de ser el de *babucheros*. La entrada del segundo recinto es otro arco igual al ya indicado; pero en su interior encontré algunas cosas dignas de ser mencionadas. Llamaba la atencion primeramente una gran jaula de madera, que dicen servia de cátedra ó púlpito y creo que tambien de cama al *Santon* que habitára este *Morabito*, y cuya tumba se encuentra al lado de ella. En una pared he visto las siguientes inscripciones, cuyos caractéres de un verde claro, me parecen trazados con alguna yerba:

فى خطر السيف انت السيف

En los peligros de la espada,
tú eres la espada.

يا رب انا امن بالله

¡Oh, Señor, yo creo en Dios!

بسم الله الرحمن الرحيم

En el nombre de Dios clemente y misericordioso.

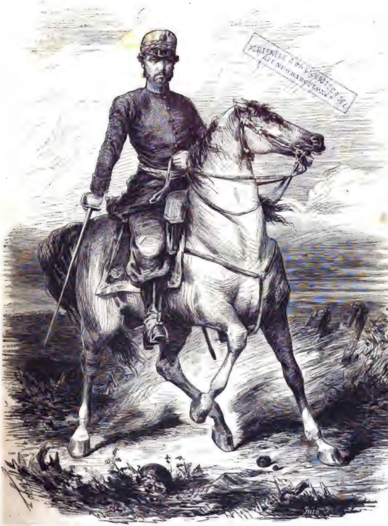
Debo estas traducciones á mi antiguo amigo Anibal Rinaldy, á quien he encontrado en Africa, agregado al cuartel general de O'Donnell, en calidad de intérprete.—Con este maravilloso niño, que habla mas idiomas que años tiene de edad, y con su sapientísimo maestro Mustafá Abderraman, pensé y hasta preparé hace cuatro años un viaje á Marruecos, que se frustró por mi parte. ¡Calcula tú con cuánto gozo les habré encontrado en esta tierra!—Pero vuelvo al *Morabito*.—Cuéntase que en estos últimos años ha vivido en él otro *Santon*, que las daba de profeta, el cual, al tener noticias de que iban á pasar por allí nuestros soldados, anunció que no le tocarian á la ropa, pues así se lo habia avisado un ángel. Con esta seguridad, permaneció nuestro hombre dentro de la jaula el dia 19 del mes pasado, cuando nos apoderamos de *la Mezquita*; y en efecto, (como diria graciosamente un amigo mio), parece que nuestros soldados, ignorando su beatitud y tomándole sin duda por otra cosa, le enviaron á hacer una visita á las huries. Quiero decir que lo mataron.—Esto lo consigno como un rumor que ha llegado á mis oidos y de cuya certeza no tengo absoluta seguridad. Conque pasemos adelante.

VIII.

El Serrallo.

Para ir desde la *Mezquita* al *Serrallo* hay que atravesar un estenso bosque de arbustos y malezas, talado ya en su mayor parte por nuestras tropas, que alimentan con él, dia y noche sus hogueras. Por en medio de este bosque cerradísimo serpea un camino árido y amarillento, abierto y trillado por la babucha mahometana... ¿En dónde termina esa senda misteriosa? Yo lo ignoro. Lo que sí puedo decirte es que al pisar estos abandonados caminos, que indican el frecuente paso de unas gentes que no se perciben por ningun lado, el conquistador ó el viajero esperimenta un no sé qué de fatídico y de imponente, que le hace comprender la turbacion que esperimentará el que profana la vivienda agena aprovechando la ausencia de su dueño.—Yo veia allí la huella de un pueblo que ayer era poseedor y habitante de estas comarcas...; pero ¿dónde se encontraba ahora ese pueblo?—Allí estaba el rastro; pero ¿dónde se hallaba la fiera?—La fiera rugía allá, dentro de la selva, encolerizada al mirarnos remover la cama en que por tanto tiempo calentó á sus cachorros!—No nos desarme la intensidad de su merecida tribulacion;

pero seamos circunspectos con el infortunio de quien lucha por la independencia de su patria. Verdad es que nosotros atentamos á este sagrado sentimiento de los marroquíes como en represalias de haber atentado ellos á un sentimiento nuestro mucho mas sagrado, cual es el honor de los españoles...; pero esta consideracion no obsta para que nos sea lícito dolernos de la afliccion que causamos, por mas que, causándola, obremos en justicia. — «Odia el delito, y compadece al delincuente,» dicen los legisladores.



PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONES

El general Prim, jefe de la division de reserva del ejército de Africa. (De fotografía.)

Mas por este camino no llegaremos nunca al *Serrallo*: perdóname tantas y tan ociosas digresiones, y penetra conmigo en el campamento del segundo cuerpo, que ha relevado al primero en estas alturas, despues de compartir con él en inolvidables combates las palmas de la victoria.

Aquí tienes la tienda del animoso general Zabala, en quien se conserva el tipo y la manera de ser de aquellos nuestros antiguos capitanes, cuyo esfuerzo y bizarría personal les constituia de hecho en caudillos de sus tropas. En torno de su tienda se agrupan, y luego van estendiéndose por los declives de la montaña, cien y cien tiendas mas, que mezcladas y confundidas con las peñas y matorrales que decoran el terreno, ofrecen el mas pintoresco golpe de vista, haciendo que el edificio que voy á describirte se levante majestuoso y ufano, como un navío poderoso entre frágiles barquichuelos.

El *Serrallo*, amigo mio, ha sido indudablemente un soberbio y vastísimo palacio, si no tan vistoso por fuera (lo que es propio de las construcciones árabes), ni tan sólido ni ámplio como los que habitan nuestros soberanos europeos, de una planta tan estensa por lo menos como la del de Riofrío y muy mas bien acondicionado para llevar una vida paradisíaca. Hoy no quedan allí sino los cimientos de la mitad del alcázar; algunos patios interiores medio derruidos, en cuyos cenadores se echa de ver algun arabesco, algun calado primoroso, algun mosáico, algun revestimiento de preciosas molduras que indica de mucho en mucho trecho la pasada belleza del edificio. El tipo dominante de orientalismo que se encuentra en sus galerías y miradores, es el mismo de la catedral de Córdoba, aunque en la parte mas derruida, que sin duda fue la mas suntuosa, se notan algunos vestigios de aquel otro gusto puro y elegante que domina en el alcázar de Sevilla y en la Alhambra de Granada.—En una habitacion llena de escombros y que debió de ser uno de los baños mas principales, he visto un fragmento de bóveda estalactítica del mayor mérito, y un trozo de inscripcion, que á pesar de la lluvia y del viento aun conserva reflejos de oro y del carmin mas delicado. No faltan allí todavía grandes patios con cisterna, agimeces de graciosas proporciones, ojivas, columnatas, babucheros y mil y mil indicios del destino de cada aposento, de lo que era harem, de lo que fue palacio oficial, de la parte que ocupaban las fortalézas, del lugar del estanque, del jardin, de la cuadra, del cenador y de la torre. Pero todo esto se encuentra destruido, cambiado, utilizado para *vivac* por el beduino y para reducto por nuestras tropas; empolvado, sucio, restaurado, vuelto á destruir y remendado groseramente. Sin embargo, con un poco de conocimiento de lo que son los palacios de los moros y con alguna paciencia y atencion, puede reconstruir la mente aquel fantástico alcázar, colocado en un paraje delicioso, desde donde se divisan verdes barrancos surcados por cristalinos torrentes, el mar que se dilata en torno suyo, las costas de España que se presentan á lo lejos, como un sueño dorado ó como una dulce memoria para los árabes, y el litoral africano que se pierde de vista con direccion á la tumba del profeta.

Por lo demás, el aspecto esterior del palacio, sobre todo por el lado que sigue en pié, que es el que mira á Ceuta, nada absolutamente ofrece de particular, como no sea la elegante torre morisca en que ondea la bandera española y un lienzo de pared donde se ve escrita á balazos la primera página de nuestra historia que podemos leer con tanto orgullo como alegría desde que terminó la guerra de la Independencia.

IX.

Aspecto de un ejército en campaña.

Detrás del *Serrallo*,—segun te dije ayer,—hay dos cadenas de montañas que corren paralelamente, destacándose la una sobre la otra: la primera está cubierta de bosque: la segunda es de peña pelada y blanquecina: aquella nos pertenece y se ve coronada por nuestros reductos: esta se halla todavía en poder de los musulmanes.

Corre, pues, entre ambas un barranco, que termina por los dos lados en el mar, y que es el teatro de las últimas acciones y lo ha de ser de cuantas se riñan hasta que emprendamos nuestra marcha por la izquierda. En ese barranco han caido heridos ó muertos centenares de soldados españoles: en él yacen enterrados miles de cadáveres marroquíes. Calcula ahora con cuánta impaciencia y curiosidad subiria yo á los reductos, constándome, como me constaba, que desde allí habia de dominar perfectamente toda aquella cañada pavorosa.

La aspereza de la subida me obligaba á caminar muy despacio y á parar el caballo muchas veces: asi es que á cada paso volvia la cabeza hácia el terreno que se escalonaba debajo de mí, cubierto todo él de tiendas de campaña, de pabellones de fusiles y de trenes de artillería, complaciéndome en contemplar minuciosamente la actitud, el aspecto, las distracciones y las faenas de aquellos cuarenta mil hombres reunidos lejos de su patria en improvisada sociedad. Entonces no pudo menos de volar mi pensamiento á las vecinas costas de España y considerar el anhelo con que nuestros compatriotas, y sobre todo nuestras familias, tienen fija su atencion en esta tierra: adiviné las mil estrañas formas de que revestirán esta vida militar de que no tienen una idea: me imaginé las cosas tal como allí os las figurareis vosotros; la manera de vernos de cada madre, de cada amigo, de cada esposa; la ilusoria perspectiva que presentará desde aquí el ejército á la fantasía de los niños y al espíritu aventurero de los jóvenes; y por último comprendí, en fuerza de intuicion, los colores que prestará cada cual á este cuadro; quién suponiéndolo encerrado en las líneas regulares de la ordenanza; quién dándole el fúnebre colorido de la muerte; quién imaginándose que aquí todo es furor y despotismo, dureza, rigor y sangre; quién uniformando á los jefes y á la tropa, tal como les vió salir de España; quién, finalmente, calcando la fisonomía de la guerra sobre el modelo de los simulacros y fingiéndose un conjunto ordenado, vistoso, resplandeciente, aparatoso, teñido de la marcialidad esterior de una revista.—Ocurrióme, pues, en aquel momento, fijar de una vez en la mente de mis lectores una idea verdadera y exacta de lo que es un ejército en campaña, y haciendo alto allí mismo, mandé funcionar á la máquina fotográfica que me sigue en todas estas escursiones, y allá te remito algunas vistas de este pintoresco panorama.—Por mi parte, añadiré algunos rasgos generales á la obra del daguerreotipo, diciéndote que en los dias de vacaciones, como el de hoy; en los dias en que no hay fuego, el campamento y el ejército ofrecen una apariencia que de todo tendrá menos de marcial y belicosa. En primer lugar (y que esto no llegué á conocimiento del ministro de la Guerra) casi nadie viste aquí el uniforme que le esta prescrito, sino el traje que le parece mas propio de la hora y del estado atmosférico. Y esto no quiere decir que ninguno haya traido ropa de paisano, ni mas equipo que el que buenamente puede llevarse sobre los hombros ó á la grupa del caballo, sino que cada cual se envuelve en lo primero que encuentra á mano; ya en la manta de la cama, ya en la de su rocinante; este en un gaban de goma, aquel en un saco de lienzo; unos van en mangas de camisa, ó lo que es lo mismo, vestidos de encarnado de piés á cabeza, pues la mayoría de las camisas, particularmente las de los jefes y oficiales, son de tartan ó de franela del rojo mas subido; otros liados en fajas y bufandas; cuál con chaqueta amarilla; cuál con polainas de charol y zapatos blancos; quién con zapatillas de tapicería; quién con capucha de colores... Pero de lo que se nota una variedad mas innumerable es de gorras y de gorros. Desde el de seda con que dormian nuestros mayores, y el blanco de hilo de los hospitales, hasta el griego de la oficina, y el inglés para viajar en diligencia; desde la gorra de cuartel y la cofia de lana, hasta el ros, el quepis, el quepis-ros (estrenado en esta guerra) el *fez* y la manga catalana, y el casquete clerical, todas, absolutamente todas las variedades de la especie han sido sacadas á relucir en el campamento, advirtiéndote de paso, y para concluir en este punto (pero aconsejándote tambien que lo reserves) que todos, desde los furrieles hasta los generales, se han dejado crecer toda la barba. Por lo demás, en todo lo que mires, encontrarás la misma libertad que en las vestimentas: los jefes y los soldados se calientan juntos en un hogar; el inferior se tiende á la larga delante del superior; el saludo militar está casi dispensado, y la regla de conducta y de todos es aminorar en algo las incomodidades y molestias de la guerra. Mas adelante, cuando yo haya hecho la verdadera vida de campaña, en despoblado y bajo la tienda, te describiré su aspecto moral, sus costumbres interiores, sus ocultas alegrías y secretas penalidades. Hoy por hoy, encuentro en ella cierto desahogo, cierta franqueza, cierta cordialidad, que me hacen adivinar desde luego que su innegable rudeza tendrá muy agradables compensaciones.

X.

Los reductos.

Los reductos ó principales posiciones avanzadas, que protejen el terreno conquistado y dominan el campo de los moros, llevan los nombres de ***Isabel II***, ***Francisco de Asis*** y ***Príncipe Alfonso***. Todos tres son importantísimos puntos militares atinadamente elegidos, desde los cuales puede tenerse á raya al enemigo, que en vano intentará, como temerariamente lo ha intentado, desalojar de ellos á nuestras tropas. Digo mas: si las provocaciones irritantes de los marroquíes y el ardor de nuestros generales lo consintiesen, bastaría con sus parapetos artillados para rechazar y castigar cualquier género de ataque, sin necesidad de bajar á las cañadas y bosques donde por tantas veces hemos derrotado ya á la morisma, aunque con dolorosas pérdidas en nuestros batallones. Pero el hecho es que el ejército español tampoco ha podido resistir á su propia impetuosidad, y teniendo en poco el riesgo de algunas vidas, y no contentándose con defenderse durante el tiempo en que las circunstancias le impidan tomar una ofensiva directa, ha recogido uno y otro dia el guante que le arrojaban los moros y aceptado el duelo en el terreno que ellos elegian.—¡Aun con estas condiciones hemos vencido!—¿Qué será cuando nos aprovechemos de nuestras ventajas?

Pero hablemos de otra cosa.

En frente del reducto ***Isabel II*** está el famoso ***Boquete de Anghera***: permite que me detenga á contemplarlo y que te dé una ligera idea de la importancia de ese parage que tanto oirás citar á todas horas con motivo de la presente guerra.

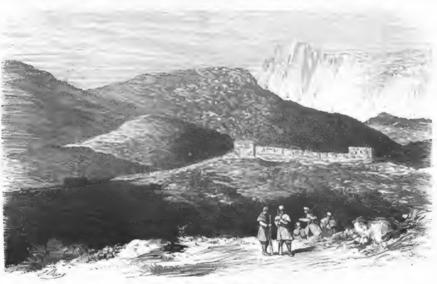
El ***Boquete de Anghera*** es aquella hendidura, de que te hablaba ayer, que parte verticalmente y hasta su base la muralla de rocas calcinadas que limita y cierra el horizonte por este lado. Por esa angosta y formidable garganta, cuya sola configuracion causa asombro, trayendo á la memoria la puerta del infierno que describe Dante, se penetra, como por un canal fortificado, en un golfo de peñas y de bosques que jamás ha recorrido planta cristiana. De los misterios á que da paso ese pavoroso camino, solo se ha alcanzado á saber que en sus tremendas fauces se asienta el pueblecillo de ***Anghera***, especie de aduana avanzada, donde se toma razon de todo el que entra y sale en el laberinto de Sierra Bullones. Sábese ó congetúrase tambien, que por este boquete se llegan á encontrar veredas que conducen á Tánger y á Tetuan, así como un sendero, transitable solo para la serpiente ó para el beduino, que va á buscar al otro lado de la Sierra, aquella gran hospedería de caravanas, llamada el ***Fondac***, que señala la mitad del camino de Tetuan á Tánger. Lo que sí se vé todos los dias, es que por ese portillo desembocan á millares las diversas tribus y razas que el fanatismo musulman ha concitado contra los españoles; lo que sí es un hecho, es que ningun ejército se arriesgaria á penetrar por ese estrecho temeroso, sin conquistar antes las inaccesibles cumbres de sus dos flancos; lo que sí veo, es que esas cumbres son practicables por la parte de adentro, sirviendo como de Covadonga á los infieles, que sueñan y soñarán siempre con la reconquista de Ceuta; lo indudable, en fin, es que el ***Boquete de Anghera*** es la esfinge que guarda el enigma de la verdadera Africa, del Africa misteriosa é independiente, que empieza en él y no en las costas; allí ha fijado la misma naturaleza la frontera de lo desconocido; por allí fluye y refluye ese mar interior de gentes ignoradas, que nuestra civilacion trata nuevamente de esplorar; allí, por último, pudiera escribirse tambien la tenebrosa frase del poeta:

Per me si va fra la perduta gente.

En el reducto ***Francisco de Asis***, otro fue el espectáculo que absorbió toda mi atencion.—Allá, en los estremos límites de un bosque que iba á terminar en un desfiladero de la Sierra, percibíanse dos ó tres tiendas de una blancura que la oscuridad de los matorrales hacia deslumbradora. A primera vista, se las hubiera tomado por grandes palomas de albo plumage que decansaban allí de un largo vuelo: tambien se asemejaban á esas gacelas avanzadas que se asoman á la cima de los oteros para avisar al rebaño de sus compañeras si hay ó no peligro por aquel lado. Y esto, y no otra cosa hacian allí las tiendas que te digo. Eran la centinela del campamento moro, que debe de hallarse situado á dos leguas del nuestro, detrás de estos montes escarpados.—¡Eran ellos!

Yo no los percibia; pero aquella era su morada: no su improvisado vivac de guerra, como lo son sus tiendas para nuestros soldados; sino su único hogar, su casa ambulante, el amovible aduar del peregrino de los desiertos.—¡Con que era verdad! ¡Con que no era fantástica creacion de los poetas! ¡Con que habia realmente, en nuestro siglo nivelador y desencantado, un pueblo primitivo, de costumbres bíblicas, viviendo en sociedad patriarcal, dividido en tribus, apegado á la naturaleza, donde el individuo existe por su propia virtualidad, independiente, libre y soberano, tan grande como su carácter ó como su denuedo!—Viéndolo estaba, y me parecia un delirio de mi imaginacion.

Y entonces mas que nunca me causó asombro y estrañeza que á tan poca distancia de Europa, rodeado por sus buques, enclavado entre sus colonias, en contacto con las deslumbradoras verdades de nuestra civilizacion, subsistiese tal antro de oscuridad, tal foco de ignorancia, tal abismo de miseria.—¿Cómo la filantropía filosófica, como la caridad cristiana, no han cifrado su mayor gloria en redimir á estos pueblos de su ignominiosa condicion? ¿Cómo los conquistadores y libertadores de los pueblos no han empleado aquí todo aquel esfuerzo y aquella constancia que han consagrado á devolver ó quitar á tal nacion este ó aquel privilegio, esta ó aquella denominacion vacía; este ó aquel título vano y pretencioso?—Y si este abandono de nuestro deber causa verdadero pasmo, mucho mayor lo causa el considerar la misma cuestion por el lado que atañe á los marroquíes.—En la naturaleza del hombre está como impresa por el Creador, una propension constante á mejorar su estado, á defenderse de los rigores de los elementos, á progresar, á instruirse, á dignificarse: ¿cómo se comprende, pues, que estas infortunadas razas, que conocen y tratan en Argel, en Melilla, en Tetuan, en Ceuta, en Tánger y en otros puntos á los pueblos europeos y los ven rodeados de mas comodidades, de mayor bienestar, de mejores leyes, de mas amables usos, de ilustracion y dignidad y grandeza, no se sientan movidas á imitarles; no reconozcan su inferioridad; no se llenen de noble emulacion y aspiren á esos goces y á esa gerarquía, en vez de encerrarse en un quietismo refractario á todo mejoramiento, en una soledad díscola y feroz, en una rutina que los aparta cada vez mas del camino que Dios trazó al género humano al hacerle capaz de perfectibilidad y de progreso?—¿Qué maldicion pesa sobre la raza de Sem? ¿Qué venda cubre sus ojos, impidiéndoles ver el sol de la verdad? ¿Qué variedad de nuestra especie es esa, que así se diferencia de nosotros en sus inclinaciones, en sus instintos, en su sentido moral, en sus pasiones y en su inteligencia?—Cuestion demasiado profunda es la que planteo, para tratada desde lo alto de un reducto. Dejémosla por hoy, y mañana, cuando trate á los moros mas de cerca, veré de esplicarme todas estas cosas.


El boquete de Anghera. (De un croquis.)

Mis observacianes desde el tercer reducto variaron tambien completamente. Limitáronse á contemplar un cadáver sin cabeza, que se veia al lado allá del barranco, y que por estar allí y en una actitud que me pareció violenta,—tendido á la larga, con los piés juntos y los brazos abiertos como un crucificado,—deduje que sería un español.—A ser moro, no permaneciera insepulto en su campo (ni en el nuestro): como era cristiano, nos le habian presentado allí en ignominia, como diciéndonos: ¡*Ecce homo*! —Y quizá porque lo traduje de esta manera, no recuerdo que muerto alguno me haya infundido la piadosa veneracion que aquel tronco sin cabeza.

Tal ha sido mi dia de hoy. Adios, que son las ocho y me aguardan los maderos consabidos de la plaza de Ceuta, que por esta noche, segun lo fatigado que me encuentro, van á saberme á mullidas plumas.

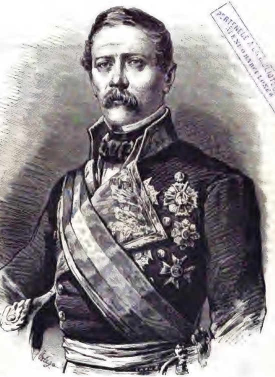
XI.

Marcha para acampar.—Formacion de un campamento.

Campamento de la *Concepcion*, – sobre el camino de Tetuan,—14 de diciembre.

Ya estamos acampados.—Hace tres horas, este valle, denominado el *Tarajar*, y los dos montes que lo sombrean, eran una selva cerrada, silenciosa, perteneciente á la morisma; pero donde apenas se veia la huella de un pié humano.—En este momento es una colonia española, una ciudad cristiana, deslindada y fortificada completamente, dividida en dos barrios separados por un arroyo, subdividida en manzanas, atravesada por calles, con su fuente pública, su lavadero, su abrevadero para los caballos, su hospital, su iglesia, su palacio, su *boulevart*, sus oficinas, su fonda, su casa tribunal, sus murallas, sus puertas, sus hileras de casas, su cuartel de guardia civil, sus caballerizas, y como podrás ver por la fecha, hasta con su nombre.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
[illegible]



El general Zabala, jefe del segundo cuerpo del ejército de Africa. (De fotografía.)

Este milagro, que un esceso de hipérboles hace aparecer inverosímil, es una verdad mas ó menos relativa, y se realizó de la siguiente manera.

Esta mañana recibió el tercer cuerpo de ejército la órden de salir de Ceuta por batallones, con todo su inmenso material, y formar á la falda del Otero, á fin de trasladarse desde allí al punto de la sierra que se le designaria oportunamente.

Emprendióse, pues, la marcha á cosa de las diez, y solo entonces cundió por las filas la fausta nueva de que debíamos dirigirnos por el camino de Tetuan.

En efecto: pasamos al lado de la piedra divisoria que antes de los últimos sucesos señalaba los límites de nuestro campo, la misma que los moros derribaron hace algunos meses y que repuso en su lugar el dia de la reina el arrojado general Echagüe; dejamos á nuestra derecha la *Mezquita* y á la izquierda el *Serrallo* y los *Reductos*; tomamos por un barranco que se inclinaba hácia el mar, y al poco tiempo pusimos la planta sobre una carretera recien construida, ó sea improvisada, y sin embargo, trazada con admirable acierto en las laderas de una áspera montaña que se levantaba ante nuestro paso.

¡Magnífica y sorprendente fue entonces la vista que presentaron aquellos diez mil hombres, escalonados en una interminable y no interrumpida línea, que seguia las revueltas ondulaciones del terreno, haciéndoles asemejarse á una larguísima serpiente de vivos colores y relucientes escamas! Hubo un momento en que pudo verse completa aquella formidable procesion, que ocupaba el vistoso anfiteatro de una verde ladera flanqueada redobladas veces por un camino que parecia cimentado sobre el aire... ¡Era ciertamente un espectáculo soberbio!

Todo contribuia á embellecerlo y abrillantarlo: la luz de un sereno y resplandeciente dia; el aseado aspecto de las tropas, armadas y equipadas de nuevo para esta guerra; la variedad de sus uniformes; los capotes celestes de los unos; los ponchos pardos de los otros; las mantas encarnadas de estos; las grises aplomadas de aquellos; aquí los pantalones colorados; allí los azules: el ros forrado de blanco de tal regimiento; las músicas respondiéndose como ecos desde la base hasta la cúspide del monte; la gallarda caballería; la misma feracidad monstruosa del suelo que pisábamos; todo, repito, cooperaba á hacer mas vario y pintoresco el aspecto de tan interesante marcha.

En cuanto al órden con que se verificaba esta, era el siguiente, y te lo digo para que no ignores ni un pormenor siquiera de la vida y las costumbres militares, que me he propuesto enseñarte á la vez que las aprendo.

Marchaba á vanguardia y como esplorando el camino el batallon de cazadores de Segorbe, llevando detrás como cada cuerpo sus veinticinco camillas y cinco cargas de repuesto de municiones. Seguian una brigada de artillería de montaña y una compañía de ingenieros con su parque, y en pos de ella iba el general comandante en jefe de este cuerpo de ejército, con su cuartel general y Estado Mayor, todos á caballo, escoltados por algunos cazadores y guardias civiles de caballería. Despues caminaba la primera division al mando del general Turon, yendo al frente de cada una de sus respectivas brigadas los brigadieres Cervino y Mogrovejo. En seguida marchaba la segunda division, mandada por el general Quesada, y al frente de sus brigadas respectivas iban los brigadieres Otero y Mureta, formando la retaguardia un escuadron del regimiento de caballería cazadores de Albuera, y un largo séquito de acémilas cargadas de víveres, muebles, tiendas y equipajes.

Prosáica te parecerá la *Beocia* de mi poema; pero no lo hubiera sido menos la del cantor de Aquiles si la hubiera escrito en la tienda de Patroclo para ser leida por los asistentes de Agamemnon. La poesía solo suena bien á larga distancia de las cosas; las figuras retóricas, como las grandes montañas, son para vistas desde lejos: yo no comprendo la poesía de actualidad: dame dos siglos de intervalo, ó mátame á todos los testigos de esta guerra, y pega fuego á todos los periódicos que la tienen al dedillo, y ya verás como te escribo enumeraciones en toda regla, diciendo que los gallegos beben las aguas del Miño y llamando á los vascos «hijos del Pirene.» Puede que entonces encontrára muchos Diómedes y Ayaxes en esos capitanes y coroneles que se han batido ya contra tres ó cuatro moros cada uno, pero que tienen la desgracia de ser contemporáneos de la historia; y puede ser tambien que muchos héroes de los pasados siglos no hubiesen dejado tanto nombre, si en aquellos tiempos hubieran acontecido en un año la mitad de las cosas que hoy acontecen en un mes. ¡Sabedlo, sí, valerosos guerreros de esta edad atareada! El templo de la inmortalidad está completamente lleno, y apenas cabrá ya en él alguno que otro Napoleon. Las columnas mas elevadas que hoy se erigen, ostentan sobre su capitel humo en lugar de estátuas: la chimenea ha sustituido al obelisco: acabó el tiempo de las individualidades: los siglos no tomarán en adelante el nombre de este ó de aquel mortal: los pueblos han heredado á los hombres. Y ¿quién sabe? Acaso llegue una era en que toda la humanidad escriba su nombre en los anales del tiempo!—Mientras tanto, no me parece oportuno alejarme asi de las filas, y corro á incorporarme á ellas, camino adelante hácia Tetuan.—Quizá corriendo en esa direccion avanzaremos algunos pasos por la senda providencial que creia entrever hace un momento.—La letra con sangre entra, decian nuestros abuelos.

Continúo.—Eran ya las doce del dia y seguia marchando el tercer cuerpo de ejército. Las primeras avanzadas de los otros campamentos se habian quedado atrás, y nosotros caminábamos todavía. Todos se miraban como para comunicarse una misma idea y un mismo regocijo. ¡Nuestra buena suerte nos destinaba á ocupar la vanguardia de todo el ejército! La carretera continuaba amarilleando ante nuestros ojos... Habiamos andado ya mucho mas de una legua... El mar, que siempre aparecia á nuestra izquierda, parecia como llamarnos hácia Tetuan... Y completaba esta ilusion nuestra el ver que á poca distancia de la costa seguian lentamente nuestra marcha algunas lanchas cañoneras, prontas á auxiliarnos con sus fuegos en el caso de que el enemigo saliese á disputarnos el paso.

Yo no sé cuántas leguas hubiéramos andado en esta direccion sin sentir la menor fatiga: ¡tanto nos atraia la tierra que se dilataba ante nuestros ojos! Por lo demás, el terreno que pisábamos era sumamente pintoresco en fuerza de ser enmarañado y salvaje. Las regiones superiores de las montañas estaban cubiertas de romero y de tomillo ó de ásperos carrascales, mientras que en las laderas crecian palmeras enanas, alcornoques, jaras y enebros, asi como algunas yerbas de singulares flores, que no recuerdo haber visto al otro lado del Estrecho. Relucia y murmuraba el agua en el fondo de todos los barrancos, desatándose por entre caprichosas guijas; saltaba bajo nuestros piés la caza como en un coto real, y en la azulada y radiante atmósfera se mecian todas aquellas aves que abandonan á España por este tiempo.

Llegamos, al fin, á unas alturas, regadas de sangre en la accion de anteayer, y desde ellas divisamos cuatro ó seis ginetes, que recorrian un monte, opuesto enteramente al que nosotros ocupábamos. Hicimos alto, y en esto vimos bajar por la derecha y con direccion á nuestras filas, otro ginete, que traia su caballo á todo escape. Era un oficial de Estado Mayor, y venia á avisarnos que aquella cabalgata era la del general García, gefe de Estado Mayor general, que volvia de reconocer las posiciones en que habia de acampar nuestro cuerpo de ejército. Descendimos, pues, unos y otros al valle interpuesto entre los dos montes; el infatigable, celoso é inteligente general García se puso al lado de nuestro general, y entonces supimos que, por hoy, no debíamos pasar mas adelante.

—Aquí tienen ustedes buen agua, dijo el jefe de Estado Mayor de O'Donnell, como si dijera: *aqui tienen de todo.* Y en efecto; para comprender el valor y la importancia del agua, es necesario acampar, como nosotros acampábamos, en país deshabitado y desconocido. Fue, pues, el primer cuidado del general García llevarnos al nacimiento del valle y enseñarnos aquel tesoro de vida, de salud y de limpieza. El agua bajaba de un oscuro é intransitable barranco, presentándose sosegada y al alcance de la mano cerca de las ruinas de una casa mora, en la cual se dispuso colocar centinelas, á fin de que la provision del líquido precioso se hiciese con órden y aprovechamiento; es decir, que el primer agua se tomase para beber y guisar; la segunda, ó sea la mas baja, se destinase á los escrupulosos caballos; la tercera se emplease para lavar y la restante para fregar. De este modo, aquella flaca corriente, que no tenia aliento ni para llegar al mar, y eso que el mar no distará de ella dos mil pasos, podría subvenir al consumo de diez mil hombres y mil caballerías.

Terminada tan interesante operacion, el mismo general trazó en el aire con el dedo el perímetro de nuestro campo, y partió hácia los otros campamentos, donde como verás despues, su presencia era tambien muy necesaria.

El recinto que se nos habia señalado, y desde el cual te escribo, consistia en el estrecho valle donde muere el arroyo de que te he hablado y en las dos laderas de monte que descienden á él; ó lo que es mas claro; debíamos plantar nuestras tiendas en la cavidad del barranco, asomando nuestras avanzadas por las crestas fronterizas al llano de *Castillejos*, y dejando nuestra retaguardia en comunicacion y contacto con los demás campamentos españoles. Situados así, la defensa de nuestro frente quedaba confiada á nosotros mismos; á la espalda teníamos el terreno conquistado y ocupado por los otros cuerpos de ejército; nuestro flanco derecho podia ser protegido por el reducto *Príncipe Alfonso*, y nuestro flanco izquierdo se veia guardado por el mar. Debíamos, por lo tanto, atender sobre todo á fortificar nuestro frente, que aunque levantado sobre las cordilleras sucesivas, era vulnerable por muchos puntos, á causa de la desigualdad del terreno que dominaba y de los espesos bosques que lo cubrian.

Comprenderás por esta esplicacion que el camino nuevo de Tetuan queda á nuestra izquierda, encerrado entre las olas y nuestro campamento, y que tambien está encomendado á nuestra vigilancia evitar que el enemigo se corra por ese lado y ataque la retaguardia de los cuatro cuerpos de ejército considerados en conjunto.

En cuanto á la fragosidad y á la rudeza de los empinados cerros en que habíamos de fijar nuestras viviendas, solo te diré que, luego que los recorrí, me pareció imposible que allí lograra sostenerse de pié cosa alguna, como no fueran sus malezas seculares, ni transitar otra planta que la del moro ó la de la zorra.—Y si aun esto se concebia, era á la vista de sus recientes huellas.

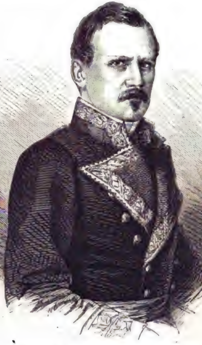
En tal situacion, víme obligado á volver á Ceuta, que distará de aquí legua y media escasa; pero desde que trepé á la primera altura que domina aquellos parajes, que yo habia recorrido hacia tres horas, empecé á desconocer el terreno que pisaba y á no atinar con el camino que debia seguir. Y era, que durante nuestra marcha, ó á consecuencia de ella, habíase variado completamente la disposicion de todos los campamentos. Mas de cuatro mil tiendas de campaña habian sido removidas de un lugar á otro. El general O'Donnell habia trasladado su cuartel general á una eminencia, cuya base se hunde bajo las olas del mar. Su tienda estaba plantada ahora de modo que daba la espalda á los campamentos, teniendo su entrada, que es como quien dice *sus vistas*, hácia la parte de Tetuan.—Así, el general en jefe, cuando trabaje ó medite en su aposento de lona, no encontrará otra cosa en que fijar su mirada mas que las olas del mar, la costa de Africa y la inmensidad del firmamento.

Pues bien; si grande fue mi sorpresa al ver el cambio ocurrido en tan poco tiempo en las alturas del Otero y del Serrallo, mayor fue mi admiracion, cuando al volver de Ceuta, avisté á lo lejos sobre las cumbres selváticas que nos designara el general García, el campamento del tercer cuerpo completamente terminado.—Era ya cerca del anochecer, y á la dudosa luz del crepúsculo surgia ante mis ojos, como evocada por un mago, aquella ciudad improvisada de que te hablé al principio de mis apuntes de hoy.—¡Y que graciosa y pintoresca perspectiva presentaba desde lejos!—Imagínate un terreno que baja en rápido declive desde los gigantescos picos de la Sierra de Anghera hasta las arenas de una playa enteramente lisa: figúrate un mar sosegado y trasparente, cobijado por un cielo, cuyo azul hacen mas oscuro hácia levante las primeras sombras de la noche, mientras que los últimos fulgores del ocaso lo abrillantan como un zafiro por el lado de Poniente: fíngete en la imaginacion las montañas que una vegetacion tupida cubre de una capa de sombra; y escalonadas en sus flancos, mira aquellas blancas tiendas, que parecen un rebaño de corderos ó una bandada de palomas; añade el brillo de alguna anticipada hoguera, el humo que se eleva al horizonte, el cordon de soldados que baja por agua ó sube con ella por la silueta de una loma, marcando la senda con sus propios cuerpos, como vemos en los ejércitos de hormigas; figúrate, en fin, la animacion y la gritería de todos; las cornetas que llaman á órden general; los caballos que relinchan corriendo sueltos por el valle; las acémilas, subiendo pesadamente por cuestas casi inaccesibles; los golpes del mazo y de la pala; el remoto cañoneo de Ceuta que da la oracion; los de los buques que la repiten desde el puerto; la hora, el sitio, la lejanía de la patria, tantas y tantas estraordinarias sensaciones, y comprenderás la profunda impresion que hizo en mi mente un espectáculo tan nuevo, tan insólito, tan original, tan inesperado.

Llegué, por último, á penetrar en aquel pueblo recien nacido, y ya bautizado con el místico nombre de la *Concepcion*, lo recorrí por completo y quedé maravillado al ver lo que se habia hecho en menos de tres horas.

Todo el espacio ocupado por las tiendas habia sido talado hasta la raiz; un bosque entero habia desaparecido; enormes pedregales eran ya blandos collados, y todo este material inmenso formaba una sólida muralla en la estensa línea de nuestro frente, de modo que nuestro campamento quedaba perfectamente atrincherado y defendido por un parapeto de primer órden, del que se destacaban algunos reductos fortificados tambien, en los cuales habian de pasar la noche cinco grandes guardias avanzadas.

Para que comprendas cómo habia podido verificarse semejante prodigio de actividad, va á serme forzoso darte á conocer una de las personas mas distinguidas que figuran en este cuerpo de ejército; pero no lo haré sin protestar antes de mi firme resolucion de escasear cuanto me sea posible en estos apuntes los nombres propios, que solo aparecerán en casos muy concretos y determinados; pues seria el cuento de nunca acabar obrar de otra manera, tratándose de una campaña en que todos van mucho mas allá del mero cumplimiento de su deber y rivalizan en celo, desinterés, arrojo y patriotismo.—La persona á quien aludo es el señor don José Ignacio de la Puente, coronel jefe de Estado Mayor del tercer cuerpo.—¿Recuerdas la descripcion que te hice desde Málaga de los sobrehumanos esfuerzos que se habian necesitado para organizar, equipar, aprovisionar y remover estas dos divisiones? ¿recuerdas que te hablé de laboriosidad incansable, de recursos inesperados, de medios inverosímiles, de resultados milagrosos? Pues la mitad cuando menos de todas aquellas maravillas se debieron al desvelo constante, á la fecunda inventiva, á la prevision, á la ubicuidad, á la multiplicacion de ese entendido jefe, en quien todos cuantos le vieron durante tan difíciles circunstancias, reconocen, como yo, un portento de movilidad y una gran inteligencia organizadora. Y él ha sido tambien quien, secundando acertadamente los pensamientos del general Ros de Olano, y utilizando la pericia de nuestros entendidos ingenieros, el don improvisador de nuestros soldados y el buen deseo y la actividad de todos, ha dirigido y llevado á feliz término la obra de titanes de convertir en menos de tres horas una enmarañada selva en una ciudad fortificada.

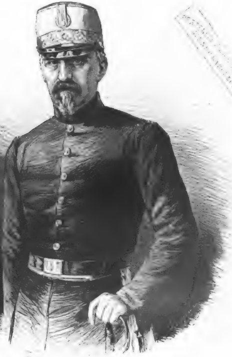


El general Echagüe jefe del primer cuerpo del ejército de Africa.

Pero insisto demasiado en lo de *ciudad*, y esto me recuerda que hace algunas páginas te prometí trasladar á humilde prosa aquellas figuras poéticas con que tracé el plano de nuestro campamento.—Hablábate yo allí de *boulevart*, de palacio, de iglesia y de no sé cuántas cosas... Pues bien: oye la esplicacion de este misterio.—Llamé palació á la tienda de nuestro general, y ciertamente que merece tan pomposo nombre, si se la compara con los restantes edificios de la *Concepcion*. La tienda de Ros de Olano, á diferencia de las demás que la rodean, que son de cáñamo liso y constan de una sola estancia, es de una tela listada á grandes rayas blancas y de color de rosa, y se divide en un átrio ó soportal y en un aposento interior. Tantas comodidades (algo mayores las tiene un pastor de Sierra-Nevada), justifican que yo tome por un palacio la tienda de mi ilustre amigo.—Dí el nombre de *boulevart*, y debí darle el de *faubourg*, al terreno ocupado por el cuartel general y por el Estado Mayor; pues ademas de sobresalir del resto de la poblacion por sus hileras de altos edificios, confluirán á él al cabo del dia todos los jefes y oficiales de los demás barrios, ya por venir á tomar órdenes, ya de visita, ya á consultas, ya de paseo.—La iglesia es una capilla ambulante, que ya te describiré cuando la abran y digan misa en ella algun dia festivo; el hospital se reduce á algunas vastísimas tiendas, donde se hará la primera cura ó se darán las primeras medicinas á los heridos y enfermos, despues de lo cual serán trasladados á Ceuta ó á otros puntos; las puertas de la ciudad son unos portillos abiertos en la trinchera para salir al campo enemigo; la casa tribunal es la tienda de la auditoría de guerra; las manzanas de casas las forman los grupos de tiendas de cada compañía; las calles cada batallon; y por este órden sigue siendo exacta la pintura que te hice mas arriba.

Tal es, torpemente bosquejado, el paraje en que hemos de permanecer no sé cuantos dias. Ya esta tarde, segun acaban de decirme, algunos destacamentos de moros se han asomado á las montañas mas próximas á nuestro campo, con objeto sin duda de examinar á los nuevos enemigos que ha arrojado la mar sobre sus costas, y estudiar las posiciones que hemos ocupado. Es de presumir que esta noche formen su plan de ataque, y que mañana al amanecer nos veamos frente á frente. Tampoco fuera estraño que vinieran dentro de algunas horas, protegidos por las tinieblas, creyéndonos desprevenidos y entregados al sueño. No ha sido, pues, inútil nuestra celeridad en fortificarnos.—Por lo demás, nadie dormirá esta noche; y á pesar de tener un cordon de avanzadas y de *escuchas* en torno de la trinchera, el campamento será recorrido de hora en hora hasta por los jefes que no están de servicio.

En tal estado de inquietud, de curiosidad y de espectativa te consagro estos apuntes: perdóname de una vez para siempre su desaliño y bárbaro lenguaje, en gracia de la precipitacion, de la fatiga y del incómodo ajuar con que los escribo.



El general García, jefe de Estado Mayor general. (De fotografía.)

A las doce de la noche.

Vengo de recorrer la trinchera: hace luna: el mas profundo silencio reina en nuestro campo, y sin embargo, nadie está dormido. Creo que los moros no nos inquietarán por esta noche. Hácia la parte por donde pudieran venir tampoco se siente el menor rumor. Solo el gemido de las olas turba la solemne calma de la naturaleza.

Al pasar por algunos puntos, hemos visto moverse alguna cosa entre los matorrales, pero sin hacer ningun ruido.

Eran nuestros *escuchas*, que se levantaban al sentirnos llegar.

—¡Cuidado con dormirse! les decia entonces algun jefe.

—No hay cuidado, murmuraban ellos.

Y volvian á sentarse, liados en sus mantas, con la carabina terciada sobre las piernas.

Nada tan fantástico como aquellas figuras, medio ocultas por las tinieblas, medio dibujadas por el astro de la noche.

A veces se las confundia con una peña ó con la sombra de un árbol: otras veces, los árboles y las peñas tomaban á nuestros ojos la forma de emboscados vigilantes...

Con que creo que es cosa de dormirse, y venga lo que viniere.

XII.

Moros y cristianos.

Dia 15 de diciembre.

Los moros no se han hecho esperar. Veinticuatro horas hace que acampamos en estas posiciones, y ya nos han visitado en son de guerra. El tercer cuerpo ha recibido el bautismo de sangre. El ejército español registra una nueva fecha de gloria: Dios ha oido los votos de aquellos soldados que ardian de impaciencia dentro de los muros de Málaga, al ver comenzada la guerra sin que ellos tomasen parte en sus triunfos y en sus peligros.—Hoy han tenido el placer de batirse al lado de las insignes y venturosas tropas que inauguraron esta campaña, y como ellas han hecho huir espantados á los audaces marroquíes, que con tanto aparato y en tal número se habian presentado á saludar las nuevas huestes españolas.—Creo seguramente que esta noche será la primera en que, despues de cuarenta dias de inquietud y de disgusto, dormirán contentos y satisfechos estos diez mil hombres, á cuya suerte he unido la mia.

Oye ahora, amigo mio, la relacion de lo que ha ocurrido hoy, hecha por un profano en la ciencia militar, que por la primera vez de su vida ha presenciado una accion de guerra.—Afortunadamente el telégrafo y los partes oficiales te trasmitirán mucho antes que yo pudiera hacerlo, la reseña completa, detallada y exacta de este y de los futuros encuentros. Yo no te hablaré nunca sino de lo que presencie y entienda; y como me será imposible hallarme en todas partes á un mismo tiempo, naturalmente he de omitir muchos hechos dignos de mencion. Lo sentiré de veras; pero á bien que este libro no es la *Historia de la campaña*, sino el *Diario de un testigo*. Sin embargo, tengo la seguridad de que mis apuntes individuales han de hacerte ver mas claro el conjunto de los sucesos y mas de cerca ciertos pormenores que los boletines militares del gobierno. Esto, sin contar con las ideas generales que adquirirás acerca de ciertas cosas, que solo ve y siente el que las mira por primera vez, y que á nadie mas que á un poeta sentaria bien el referirlas.

Con que reanudo mi narracion.

Pasó sin novedad nuestra primera noche de campaña: á eso de las seis oyóse á lo lejos la *diana* del cuartel general de O'Donnell; repitiéronla todos los cuerpos de ejército, acompañándola de los vivas y aplausos de costumbre, y todo el mundo sacó la cabeza fuera de su tienda.

Aun hacia luna; pero una franja de oro estendida por la lontananza del mar indicaba la proximidad del sol. Reaviváronse las hogueras del campamento; los soldados empezaron á preparar su café, y las grandes guardias principiaron á hacer las *descubiertas*.

Esta operacion es otra de las mas solemnes de un ejército en campaña, y tiene por objeto averiguar si durante la oscuridad de la noche se ha emboscado el enemigo cerca de las trincheras. Hácese, pues, este servicio luego que ha amanecido completamente y con las mas recelosas precauciones. Despues se colocan centinelas en los puntos avanzados y se retiran á sus tiendas las *escuchas*, ó lo que es igual, la vigilancia de la vista, sustituye á la del oido.

Todo esto se llevó hoy á cabo sin la menor novedad; pero á cosa de las ocho, y precisamente en el momento que se daba órden á los cuerpos de formar con la vista al campamento del general O'Donnell, donde se celebraba una misa de ***requiem***, en sufragio de los muertos en esta campaña, recibióse aviso de que por la parte de Tetuan se presentaban fuerzas enemigas.

Un movimiento de júbilo y curiosidad circuló por todo nuestro campo, y el general Ros subió á la trinchera rápidamente, seguido de su Estado Mayor y cuartel general, dictando al paso disposiciones preventivas.

¡Mas para todos, lo primero era ***verlos***...!—Allá, sobre la cumbre de una montaña, que distaria un cuarto de legua de nosotros, percibíase, efectivamente, destacada en silueta sobre el cielo una línea de estrañas figuras, á pié y á caballo, todas vestidas de largas ropas blanquecinas y formando una procesion de contornos tan clásicos y severos, que parecian arrancadas de un bajo-relieve.—Nada faltaba para completar la ilusion: ni el brillo de sus largas armas, ni la bandera amarilla llevada á la grupa por un ginete, ni los ondulantes albornoces, ni el gallardo andar de los caballos, que asi corrian por entre peñas y matorrales como si pisasen las arenas del desierto.

¿Quiénes eran? ¿Cuántos venian? ¿Cómo se llamaban sus jefes?—Todo lo ignorábamos.—Y esta es la razon del prestigio que ejercen sobre la fantasía.

En las demás guerras se sabe el número y calidad del enemigo; se conocen sus recursos, sus proclamas, su intencion, su procedencia y sus fines; se tiene idea de sus nombres, de su carácter, de su historia, del camino que ha traido y del lugar de su campamento. Al ver aparecer á los moros, no se sabe sino que están allí; que lo mismo pueden ser un millon de hombres que una guerrilla de ciento; que la tierra que pisamos los cria, y que nuestra presencia los levanta de sus madrigueras; que vienen contra nosotros, y que vinieron ayer, y que vendrán mañana, sin que tantas derrotas consecutivas los desalienten, ni tan enormes pérdidas los aminoren, ni nuestra superioridad les intimide, ni nuestro valor les acobarde.

Tales pensamientos me inspiran á primera vista aquellas gentes que nos revelaban su existencia viniendo contra nosotros. Su número se aumentaba en tanto de una manera prodigiosa. Cada mata, cada piedra vomitaba uno de aquellos seres fantásticos: los bosques se cuajaban de ellos: descolgábanse de las cordilleras como copos de lana: surgian como la niebla del fondo de los barrancos: erizaban materialmente la línea del horizonte.

Media hora despues, una de aquellas estrañas figuras asomó la mitad del cuerpo por detrás de unas piedras situadas á unos mil pasos de nuestra trinchera; estendió hácia nosotros su larga espingarda..., y antes de que apareciese el humo de su disparo, dos ó tres detonacioneresonaron en uno de nuestros parapetos, donde se hallaba como gran guardia avanzada, una compañía de cazadores de Segorbe. Un nutrido fuego partió entonces de la línea enemiga, y ya no se vieron mas que dos largas bandas de humo, marcando la posicion de cada fuerza contendiente.

Y hé aquí todo lo que un pintor de batallas puede trasladar al lienzo en esta clase de acciones; un croquis topográfico y mas ó menos humareda.—Añade los silbidos de las balas, ásperos como un *siseo*; cuando el proyectil va caliente; agudos y quejumbrosos, cuando el proyectil va frio; imagínate los alaridos de los moros, que gritan de una manera chillona, inocente, infantil, como nuestras mujeres del pueblo cuando se asustan al ver alguna alimaña; figúrate, finalmente, alguna que otra sombra humana moviéndose ó cayendo entre aquella nube engendrada por la pólvora, y tendrás una completa idea de los combates á fuego graneado, que son los que hasta ahora abundan mas en esta guerra.—En otra ocasion, si llego á verme sumido en el báratro de furia y agonía que velan esos remolinos de humo, te describiré sus interioridades y los pormenores de su desenvolvimiento.

Al llegar á este punto (y siento que tenga que ser tan pronto, pues pudieras imaginar que la amistad me induce á fijar una atencion preferente en un nombre muy querido), al llegar á este punto, vuelvo á decir, no puedo menos de hacer mencion de una persona que ha de aparecer muchas veces en mi diario de campaña, por habitar en mi misma tienda y ser *mi camarada* en el ejército.—Ya sabrás que todo soldado tiene el suyo.—Aludo á Eduardo Rombado, distinguido caballero de Málaga, veterano en las lides, aunque hasta hace un mes nunca haya sido militar, *touriste* de las grandes guerras, que asistió á la toma de Mogador por el príncipe Joinville, hizo la campaña de Crimea, no acudió á la de Italia por no tener en aquel tiempo ni un hueso sano, y sentó plaza de soldado voluntario de Africa el mismo dia que yo y bajo la misma bandera.—Pues este singular personaje ha figurado hoy de un modo brillantísimo en el primer hecho de armas de este cuerpo de ejército, arengando á la compañía de Segorbe que ha inaugurado nuestros triunfos, y batiéndose con ella carabina en mano.—Dicho se está que los moros fueron rechazados por aquel puñado de valientes, que tenian órden espresa de permanecer á la defensiva: así es que los africanos, desesperanzados por hoy de atraernos á los bosques y cañadas donde prefieren combatir por serles mas ventajoso, tuvieron por conveniente dejarnos dueños del terreno que habian venido á recobrar, y se corrieron á la derecha á ver si eran mas afortunados con nuestros compañeros del primer cuerpo. Pero salióles mal la cuenta: el reducto *Príncipe Alfonso* empezó á cañonearlos vivamente luego que los tuvo á tiro, y el intrépido general Gasset, famoso ya en esta guerra, y el general García,—que es tan bravo en la lid como prudente en el consejo,—los rechazaron valerosamente espulsándoles de un bosque en que se guarecian. Un batallon del Rey, el de Simancas y el primero de Granada, con su bizarro coronel á la cabeza, bastaron para alcanzar tan señalado triunfo contra muchos miles de moros, que eran los allí emboscados. Volvieron, pues, estos nuevamente á intentar caer sobre la derecha del tercer cuerpo; pero en aquel intervalo el general en jefe nos habia enviado una compañía de artillería de montaña, y aquí principia la parte cómica de la accion de hoy.

Mas no, que antes tuvo lugar un solemne y patético episodio que no debo dejar pasar en silencio.

Duraba aun el fuego en muchas avanzadas y nos hallábamos todos sobre la trinchera observando las idas y venidas de los desconcertados marroquíes, cuando oimos á nuestra espalda los magestuosos acordes de la marcha real y la voz del general Ros de Olano que nos mandaba volver la vista al campamento.—Era que llegaban las banderas regaladas al ejército por la reina.—Presentáronlas á estas tropas, como ya las habian presentado á los otros cuerpos de ejército; y el soldado que apuntaba en aquel instante contra los enemigos de su patria y de su fe, pudo volver la cabeza para saludar aquellas nobles insignias y disparar luego su fusil al grito de ¡*viva España*!—Fue un espectáculo grandioso, que acaso podrás imaginarte, si piensas que nos encontramos en país estranjero, y que aquellas enseñas, que acababan de llegar de España, nos parecieron un mensaje de su amor, un testimonio de su gratitud, una recompensa por nuestros trabajos.—¡Oh dulce patria! ¡qué hermosa y qué sublime se nos apareció tu imágen en aquel momento!

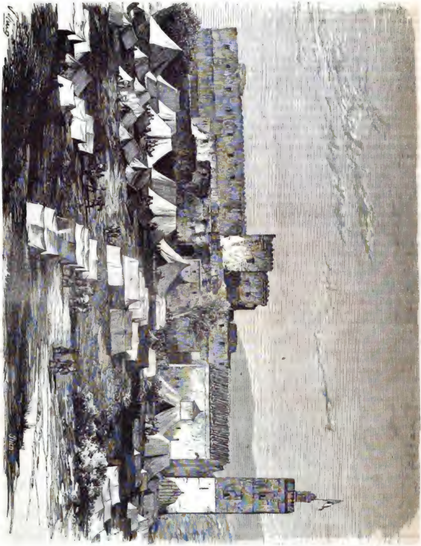
Vuelvo á los lances cómicos;—y perdona que emplee una frase tan cruel para referirte males y tribulaciones de nuestros semejantes; quiero decir, de los moros.

Te decia que estos se revolvieron contra nuestra derecha: el general Ros de Olano los dejó acercarse cuanto quisieron, sin inquietarse de sus alaridos ni de las banderas que ondeaban ante nuestros ojos,—tal hacen los toreros cuando citan á la fiera para matarla donde les conviene;—pero luego que los vió *á distancia*, que dicen los gladiadores, y apiñados como manadas de ovejas, mandó hacer fuego á la artillería que por cierto era rayada.

Yo no he visto nunca puntería tan admirable: los proyectiles fueron á caer precisamente entre la caballería agarena; y si grande fue el desórden y la dispersion que introdujeron en sus filas, mayor fue el alboroto que movieron en nuestro campo, donde los soldados, no pudiendo contener su rencorosa alegría, estallaron en vítores y palmadas. Siguieron los disparos: los moros corrian en todas direcciones sin lograr sustraerse del alcance de nuestras piezas: los infantes, con los jaiques recogidos, como damas que pisan sobre lodo, corrian por los cerros con la ligereza de la liebre perseguida: los ginetes, tendidos sobre el cuello de sus ágiles caballos, desaparecian en la espesura de los bosques: alguno que otro, sin reparar en que no nos encontrábamos á tiro, asomaba por una ladera, revolvia su caballo con las rodillas, disparaba su espingarda, y se marchaba á todo escape por donde habia venido; y no faltaba quien se encaraba con nosotros, desplegaba y sacudia su blanca vestidura como si quisiera volar, y gritaba con una voz muy semejante al mayido del gato: ¡*Perros*! ¡*pérros*! pronunciando las *rr* de una manera gutural, como suelen los hijos de París.—Te lo repito: fue aquel un rato de verdadera fiesta: el soldado se divirtió honestamente, y yo no hacia mas que pugnar por imaginarme lo que pensarian y hablarian de nosotros aquellos desgraciados circuncisos.

En tal estado de cosas, se recibió una órden del general en jefe, mandando al general Ros que hiciese avanzar algunas fuerzas por su frente con objeto de envolver la derecha enemiga. Salieron al efecto los batallones de Baza, Ciudad-Rodrigo, Segorbe y uno del Infante, mandados por el denodado brigadier Cervino; pero los moros huyeron precipitadamente, batiéndose algunos en retirada con dos ó tres de nuestras guerrillas.

Entonces tuve ocasion de examinar de cerca aquel cadáver que dos dias antes habia visto á lo léjos desde el reducto Príncipe Alfonso. Era, en efecto, un español, cruentamente degollado, y lleno su cuerpo de bárbaras heridas.—Sus bellas y membrudas formas revelaban á uno de esos jóvenes y gallardos cazadores que son tan admirables en la revista como en la pelea.—Al verle pensé en que aquel infortunado tendria en alguna parte una familia, ó cuando menos, amigos que le despedirian al partir para la guerra, un corazon que latiria por él, allí, tan perdido y abandonado, sin su nombre y sin su historia, sin que una palabra de consuelo hubiese endulzado su agonía, sin nadie que lo reconociese ni lo llorase, una cuna que lo recordase, una página en un libro de bautismos; algo, en fin, ó alguien que pasaria toda su vida sin saber cómo, ni dónde, ni cuándo habia termi-



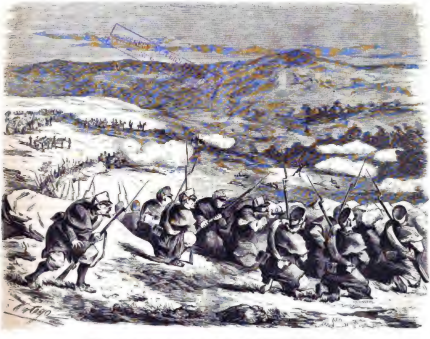
Vista del Serrallo. (De fotografía.)

nado una existencia que le fue en un tiempo conocida.—¡Ah! Cuando otra cosa no sea, su mutilado cuerpo dormirá ya al abrigo de la madre tierra; y al desaparecer del mundo, no le ha faltado la bendicion cristiana que recibió al venir á él.—Descanse en paz el mártir de la patria.

Mas, para que todo sea contraste en esta vida de la guerra, hé aquí que los ecos triunfales de la marcha real volvieron á resonar en mis oidos, respondiendo esta vez á mi fúnebre responso. Era O'Donnell.

El general en jefe llegaba seguido de su brillante Estado Mayor y cuartel general y de una vistosa y elegante escolta. Generales, jefes de todas las armas, intérpretes, oficiales estranjeros, literatos, artistas, meros aficionados á la guerra y otras personas que no recuerdo, componian aquella comitiva numerosa, cuyos lujosos uniformes y bruñidas armas resplandecian á la luz de un hermoso sol próximo á ocultarse.

El conde de Lucena venia de recorrer una y otra vez la línea del reñido combate que habíamos observado toda la mañana á nuestra derecha; habia acosado al enemigo en todas sus marchas y contramarchas; le habia visto desaparecer hácia nuestro lado, y adivinando que por aquella parte haria su última tentativa, venia á presenciar allí su última derrota.



Soldados en una trinchera, en el combate del 15 de diciembre. (De un croquis.)

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONÉS

Desde luego comprendió que el brigadier Cervino la habia conseguido ya con creces, y le mandó retirar sus guerrillas, dando así por terminada la accion de hoy.

Despues permaneció algunos instantes viendo alejarse á los moros, hasta que, de pronto y con un ademan muy espresivo, volvió su caballo hácia nuestro campamento y partió sin hablar una palabra.

Aquel ademan me recordó á esos jugadores que se levantan ganando, porque les llegó la hora de marcharse; pero que miran con codicia el dinero que le queda al que perdió, y se consuelan con pensar que al dia siguiente habrá tambien juego y podrán acabar de despojarle de todo.

Nuestros soldados, por su parte, volvian al campamento tan desahogamente como salieron de él: á estas horas estarán reunidos en sus tiendas, esplicándose mútuamente qué cosa se entiende por la palabra *moro*, y haciendo la crítica de la accion, mucho mejor que la hiciera el mismo Federico de Prusia.

En cuanto á los africanos, yo los vi desaparecer en las sombras de la noche. Allá iban, liados en sus jaiques, subiendo la montaña en larga procesion, sin mover los brazos para andar, caminando, segun la espresion de nuestro grande artista Vallejo, *con paso bíblico*, y volviéndose de vez en cuando, quizás para maldecirnos, tal vez para jurarnos una pronta vuelta.

Réstame decirte que se calculan en quince mil los moros que se han presentado hoy; que de ellos habrán caido muchos centenares en las cañadas y bosques vecinos, y que las pérdidas de todo nuestro ejército consistirán á lo sumo en doscientos hombres entre muertos, heridos y contusos.

Y adios; que son las diez de la noche: hace dos horas que almorcé,—lo mismo que todos mis compañeros,—y va apoderándose de mí un sueño digno de mejor cama.—Mañana, que estaré mas despacio, pues no tendrán municiones los moros, te haré la pintura, curiosísima por cierto, de lo que es el interior de una tienda y de otras particularidades de mi nueva vida.

XIII.

Dia de huelga.—El campamento por dentro.

16 de diciembre.

En efecto, el dia de hoy ha [illegible] de completa paz; y como la paz es protectora del trabajo, nuestros soldados se han entretenido desde esta mañana en concluir los caminos del campamento, en acondicionar mejor sus viviendas, en lavar su ropa, en cazar conejos y liebres, sin disparar un tiro, ó en perseguir zorras por entre los matorrales. Tambien se ha cosido, se ha planchado,—á nuestra manera,—se han limpiado las armas, se ha hecho gran provision de leña, ha salido á relucir el *negligé* de cada uno, se nos han presentado espendedores de vino, de tabaco y de otros artículos preciosos, y lo que es mas importante que nada, se ha descubierto que esta selvática soledad no es del todo improductiva.

Primeramente, tenemos la susodicha caza de liebres y conejos, con mas algunas perdices, distintas de las de Europa, y dos ó tres perros, agregados al cuartel general, que se encargan de levantarlas: tenemos tambien esquisita pesca en la vecina playa, mariscos en las colindantes rocas, heno para los caballos y para nuestras camas, y jazmines silvestres muy olorosos para el ojal de la levita. Hemos encontrado ademas un prado sembrado de cebollas y otro de maiz, todo á nuestra puerta: las cebollas dicen los soldados que están en buen uso, y del maiz solo quedan las cañas: en cambio me aseguran que por allá arriba se ha descubierto un nido en que estaba almacenado el grano. Hállanse asimismo en este valle aquellos miles de bombas que encontraron hace tiempo nuestras tropas en un reconocimiento, y muchos alacranes, y demasiadas moscas para encontrarse el sol en el trópico de capricornio.

A propósito: disfrutamos, á la sombra, de una temperatura inmejorable,—doce grados Reaumur,—y hasta hoy son muy contadas las bajas que esperimentamos por enfermedad, aunque la humedad del terreno nos hace presentir que el cólera no tardará en visitarnos.

Pero la tropa toma esta vida por el lado alegre, alejando, cuanto le es posible, su imaginacion de las ideas lúgubres y de los cuadros dolorosos. Se rie, se charla muchísimo y las aventuras propias y agenas salen á relucir que es un contento.

Sin embargo, he notado que, al referirse á su vida pasada, todos lo hacen con aquel acento de supremo juicio que se emplea en la redaccion de los testamentos. Parece como que miran el mundo á una gran distancia, y hablan de los afectos y de las pasiones con la severa frialdad que solo es propia de los ascetas ó de los ancianos.

Todo esto es muy natural: la inminencia de la muerte, el constante peligro que se arrostra, el abandono y soledad en que cada uno se encuentra, hacen que la vida se reconcentre en el propio corazon, apartándose de todos los objetos esteriores en que antes se espaciaba. Así es que nada me pareceria mas estraño que ver aquí un amante celoso de lo que su amada pudiera hacer durante su ausencia. Ahora lo urgente es vivir: despues habrá tiempo de pensar en los accidentes de esta vida: el náufrago que lucha con las olas no se acuerda de los tesoros que ha perdido, hasta que toca la orilla con sus manos.—Yo he presenciado grandes catástrofes, en que han corrido peligro de muerte muchas personas, y, esceptuando el afan de las madres por librar á sus hijos, no he visto que nadie se acuerde del hermano, de la amada, ó del amigo antes que de sí propio.—¡Despues... sí!—Despues, la reflexion, sobreponiéndose al instinto de la carne, ha podido dar lugar á rasgos heróicos, magnánimos, sublimes, aun entre amos y criados, aun entre subordinados y jefes, aun entre seres que no se conocian; pero el primer movimiento es de un egoismo cruel, cínico, puramente animal.—Hay mas: en ocasiones como esta, cuando el hombre ve en torno suyo mas probabilidades de muerte que alrededor de las prendas de su cariño, se cree dispensado hasta de acordarse de ellas, pues un íntimo y delicado sentimiento le avisa de que cuidando esclusivamente de sí, vela implícitamente por los que le aman. ¡Cuántos y cuántos de los que me rodean no defienden en las lides su propio corazon, sino el sensible corazon de su madre! ¡Cuántos sacrifican la gloria y la recompensa en aras del afecto paterno! ¡Cuántos, al verse heridos, pensaron solamente en el dolor que han proporcionado á su familia!...

Pero apartemos la mente de estas consideraciones; que hoy es dia de paz y de contento.

Y digo de contento, porque la vida de campaña ofrece verdaderos atractivos, aun prescindiendo de su novedad y de su poesía.

En el campamento no hay mujeres; y esto, que á primera vista parece, y lo es en cierto modo, su mayor contrariedad, constituye su principal encanto y la esencia de sus peculiares goces. Desde luego, nótase entre los hombres mas concordia, mas buena fe, mas confianza: son, como quien dice, unos buenos Adanes, libres de Evas y de serpientes tentadoras. El amor propio no se halla escitado á cada momento, como acontece en el mundo, por los fallos y sentencias de la mujer, juez inapelable y casi siempre injusto del torneo de la sociedad. Aquí cada cual es como Dios le hizo, y no como le califica el capricho ó la veleidad de una hermosa. Las verdaderas prendas del individuo, su bondad ó su talento, su valor ó su honradez, se sobreponen á otras cualidades secundarias muy estimadas en los salones; á la elegancia, por ejemplo; á la hermosura, á la facilidad en el decir, al nombre ó á las riquezas. Como no hay que agradar á nadie, ninguno se cuida de su adorno personal, de su rostro ni de sus movimientos. El hombre es mas hombre, en fin, y por consiguiente, mas verdad. La etiqueta queda completamente abolida; todos tienen libertad para todo, y la susceptibilidad mas esquisita se ve obligada á someterse á cualquier género de agresion. Los celos, las rivalidades, las aprensiones, la chismografía no encuentran mezquinos asuntos en qué cebarse: las pretensiones injustificadas carecen de público á quien engañar; la vanidad se asfixia por falta de espacio: solo la ambicion desordenada puede empañar la límpida desnudez de tan abiertos caracteres, y esto solamente en aquellos dias en que el clarin no llama á la pelea. Las conveniencias, que decimos ahí, las buenas formas, los falsos respetos, todo ese laberinto de hipocresías en que viven atormentadas las naturalezas fuertes, redúcense aquí al cumplimiento del deber. Una buena intencion suple mil inoportunidades, y la línea recta, que en todas partes es la mas corta, es ademas entre nosotros la mas segura y conducente.

Sin embargo, no seré yo quien se conforme con la supresion del bello sexo. Mucha, muchísima, quizás demasiada tranquilidad nos proporciona su ausencia; pero ¡ay! en cambio, ¡de qué dulces agitaciones, de que suaves inquietudes nos priva!—El hombre es el esqueleto de la existencia, y la mujer es la carne. La sociedad de hombres solos es árida, seca, dura, rigorosa. La mujer esmalta, suaviza, redondea las asperezas del trato. Ella es el primoroso engaste de los afectos, el blando pasto del alma. Sin ella, nuestra voluntad, nuestra actividad, nuestros esfuerzos no van mas allá de lo útil, de lo necesario, de lo cómodo, de lo real y tangible. Su mágica influencia es la que nos abre horizontes infinitos; la que nos revela un mundo superior. Porque esta es la verdad. Nuestro espíritu se encuentra aquí completamente ocioso; nuestras mas nobles facultades duermen sin empleo; nuestros cuidados son puramente materiales; nuestros sentimientos pudieran llamarse instintos. La mujer es la belleza, es el pudor, es el arte; y donde ella falta, todo es *naturalidad*; quiero decir, todo es desatino, todo es desnudez, todo es abandono. Aquí somos mas libres, porque somos mas salvajes; aquí estamos mas tranquilos, porque existimos menos; aquí se revela mas nuestra naturaleza, porque somos menos artistas. La mujer, por consiguiente, es la sociedad, es el trabajo, es la inspiracion, es el alma del hombre.

Con todo; la vida del campamento fomenta en el corazon del soldado algun género de ternura. Nada te diré de la comunidad de bienes y de favores inherente á nuestro desamparo, ni del desprendimiento y largueza de todos,—que como no saben si existirán mañana, apenas se juzgan administradores de lo que poseen;—pero sí he de hacerte comprender, que en tan azarosa peregrinacion, donde el peligro y la gloria son colectivos, basta que dos hombres se hayan visto una sola vez para que se consideren hermanos y se amen, se socorran, se consuelen, se sostengan,—haciéndoseme indudable que los que vuelvan á España, despues de terminada esta guerra, no llegarán á verse nunca sin emocion ni cariño, ni renegarán jamás del parentesco que han contraido en Africa.

Sentadas estas consideraciones, solo me resta entreabrir los lienzos de mi tienda é invitarte á pasar conmigo dos horas de velada, á fin de que acabes de conocer todos los secretos de bastidores que son anejos al gran espectáculo de la guerra.

Empiezo por confesarte, no sin cierto rubor, que la tienda en que te introduzco, aunque habitada por soldados rasos, ostenta todo el refinado lujo de una tienda de oficiales. Prefiero revelarte esta debilidad mia á mentir unos méritos que no me he atrevido á contraer. Los trabajos y privaciones del simple soldado son superiores á mi cansada naturaleza: ¡gracias que pueda soportar lo que aquí se entiende por bienestar y regalo!

Supongo que tú tendrás una idea muy vaga de lo que es una tienda: yo, á lo menos, cuando salí de Madrid, solo las habia visto pintadas.—Una tienda, es una especie de paraguas de puño corto, que descansa, pero no se clava en el suelo, mientras que toda la circunferencia de la tela está sujeta á la tierra por medio de cordeles y de estacas. El palo de las de modelo español, ó sea de la que describo, forma por arriba una especie de T; de manera que su techo se parece al de un zaquizamí y su base traza sobre el suelo una elipse muy prolongada. El espacio comprendido en esta especie de enagua, será, por la parte mas estensa, unos seis pasos; pero de ellos solo pueden andarse tres sin inclinar la cabeza, ni mas ni menos que acontece en las buhardillas. La elevacion del techo por en medio de la tienda no llegará á tres varas, y desde esta altura va menguando hasta llegar á cero. La tela es casi igual al velámen de los barcos, de cáñamo muy tupido; que se moja, pero no deja paso al agua; y en cuanto al viento, para mayor garantía contra él, arrancan desde lo alto del edificio cuatro largas cuerdas que van á fijarse en el suelo, cada una en direccion de un punto cardinal. Estas cuerdas toman el nombre del enemigo que combaten: se llaman *vientos*. La entrada de semejante choza se cierra poco mas ó menos como el corsé de una dama, y para los dias de calor, tiene ademas el lienzo dos postigos, que recuerdan nuestros antiguos pantalones.

El ajuar de esta tienda (porque repito que es de lujo), consiste en tres banquillos de tijera, por el estilo de los que llevan á misa algunas señoras; en una mesa tambien de tijera, cuya tabla se quita y se dobla, y en dos camas de hierro y lona que se abren y se cierran como las cartas.

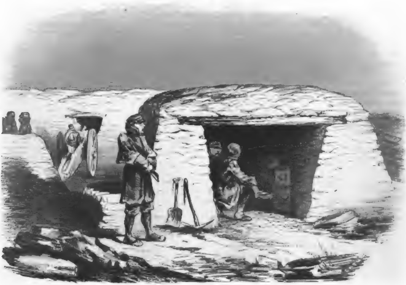
A esto se reduce todo; pero ahora entran los arreglos ó invenciones.

Una botella, que ayer tuvo vino, sirve hoy de candelero: un hoyo, abierto en medio de la alfombra,—la alfombra es de verde yerba,—hace la veces de la chimenea de mármol y encierra algunas brasas que nos envian sin cesar de la cocina (ya hablaré de la cocina): el palo de la tienda es la percha y la armería: de él penden las espadas, los *revolvers*, los anteojos, las carteras, los impermeables y los estuches: un caballete, improvisado con tres ramas de enebro, sostiene los arreos de los caballos, menos los maletines de grupa, que hacen el oficio de almohadas: algunas latas, que contuvieron conservas, suplen por los jarros que nos faltan, y cada uno de nosotros lleva en el bolsillo su cubierto, á fin de no encontrarse nunca desprevenido. La verdad sea dicha, tenemos una aljofaina de metal, que no venderíamos por todo el oro del mundo, y una máquina para hacer café, que no descansa en todo el dia. En cuanto á la cocina, se halla á nuestra puerta, y consiste en una grande hoguera, donde nunca falta un enorme alcornoque encendido. Allí andan por el suelo cuatro ó seis platos y tazas de zinc, que sirven para el té, para el café, para el agua, para el vino, para la sopa, para las entradas y para los postres: un cántaro con agua, un tonel con vino, algunas botellas y un par de capachos llenos de víveres completan nuestro precioso haber, que el dia menos pensado será propiedad de un moro. La verdadera cuadra de los caballos la forman el pienso y la *querencia*; la de los dos burros encargados de trasportar nuestra casa, se estiende á todo el valle del *Tarajar*, donde no les falta yerba en que pacer.

Nuestra habitacion favorita es la cama: en ella se lee, se escribe y se dibuja: desde ella tambien se contempla el mar, el campamento, el camino de Tetuan y el camino de España. Mirado desde aquí, el Mediterráneo se nos presenta en toda su longitud, ó sea de Poniente á Levante; lo que quiere decir que la lontananza imaginaria de nuestro horizonte es la Tierra Santa, la cuna del cristianismo.

Todo el dia de hoy he estado viendo cruzar dos ó tres barcos españoles, que ya se acercaban á esta playa, ya avanzaban hácia Cabo Negro, ya se volvian á Ceuta. Esto, como comprenderás, no puede menos de producir cierta dulce emocion entre los que habitamos este destierro. Parecíanos que la madre patria se nos acercaba...

¡Ah! una nave es un pájaro, que va y vuelve cien veces á su nido; que vive libremente en la inmensidad; que puede estar á un mismo tiempo en Africa y en España... en el amor y en la gloria!...



Oficiales de artillería habitando en el repuesto de municiones de un reducto. (De un croquis.)

Pero dejemos esto.—Ahora es de noche; ahora no se ve desde la cama sino el sudario de lona que nos envuelve, ocultándonos todos los esplendores de la vida.

Por eso, al sonar el toque de retreta, se tapa uno la cabeza con la manta, apaga la luz, y con espuelas y todo, da media vuelta y se queda dormido,—no sin recordar antes hácia qué lado caia la empuñadura de la espada, por si hay alarma á media noche.—Entonces, el que no se duerme pronto, suele pensar en muy diferentes cosas, cuyo valor solo conoce en aquel momento: v. gr., en el placer de desnudarse, en el de dormir entre sábanas, en el de meterse en un baño, y en otros muchos placeres que no agradeció á Dios ni al diablo cuando se los brindaban con mano pródiga.

XIV.

Alarma.—Otra accion.—Carga á la bayoneta.—Una retirada.

17 de diciembre por la mañana.

Anoche, á poco de dormirme, me despertaron algunos tiros. Salté de la cama y partí en busca del general. Una sorda agitacion reinaba en el campamento. Los soldados salian de debajo de sus tiendas arrastrándose silenciosamente. Los oficiales corrian en todas direcciones encargando que no se disparase un solo tiro. Esto es lo principal y lo mas recomendado en las alarmas nocturnas, pues de no obrar así, los soldados se fusilarian unos á otros. La oscuridad era densísima.

¿Qué sucede? pregunté al primero que pasó cerca de mí.

—Ya no es nada, me respondió: los moros han intentado sorprender nuestro campo por dos partes á un mismo tiempo, por la altura del agua y por el mar; pero nuestras *escuchas* les han hecho fuego, y los temerarios han huido.

Un cuarto de hora despues salió la luna: practicóse un escrupuloso reconocimiento en nuestras avanzadas, no se encontró á nadie, y todas las tropas que no estaban de servicio volvieron á sus tiendas.

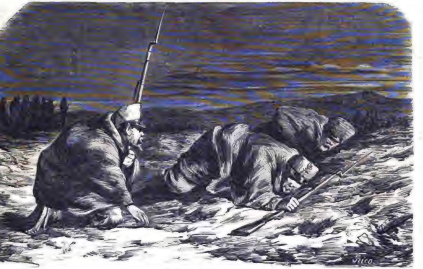
Yo me acosté tambien y volví á mi interrumpido sueño confiado en la vigilancia de los que estaban de trinchera y en la indiscrecion del astro de la noche.

Ahora, que son las nueve de la mañana, acaba de saberse que el general Prim, que se halla con su division protegiendo los trabajos del camino de Tetuan, va á ser atacado de un momento á otro por los marroquíes, á quienes se ha visto dirigirse hácia aquel punto en número muy considerable.

El general Ros de Olano recibe órden de proteger á Prim, y en su consecuencia, nuestra primera division va á establecerse por escalones en las montañas de la izquierda hasta darse la mano con las tropas del conde de Reus. Por otra parte, los vapores de nuestra armada, que siguen todas las operaciones del ejército español á la distancia que les permite el poco fondo de estas costas, empiezan ya á disparar algunos cañonazos hácia la llanura de Castillejos. Decididamente los moros tienen hoy municiones.

A las ocho de la noche.

Seré breve, amigo mio, tanto porque la accion de hoy se ha parecido mucho á la de anteayer,—y probablemente se parecerá á la de mañana,—como porque estoy rendido de andar por esos cerros.


Soldados de escucha. (De un croquis.)

El combate que termina en este momento, y que ya habrá llegado á tu noticia, empezó á las tres de la tarde. Los moros, persistiendo en su empeño de estorbar los trabajos del camino de Tetuan, que sigue adelantando rápidamente, atacaron por el centro y por la derecha la division del general Prim, que ha tomado á su cargo la pronta terminacion de tan importante obra, y no solo la protege con sus batallones, sino que á veces la dirige. El acierto y la energía con que verifica ambas cosas, han dado lugar,—y esto lo cuenta el conde de Reus con cierta deliciosa ufanía,—á que el general en jefe le proclame el primer caminero de España. Hoy tenia que habérselas con caballería y con infantería á un mismo tiempo; pero á la hora de dar de mano á los trabajos habia ya rechazado una y otra fuerza, pudiendo retirarse á su campamento tan tranquilo como un capataz vuelve á su pueblo seguido de sus peones.

Los moros, entre tanto, habian mudado de pensamiento y atacaban rudamente á la division del tercer cuerpo, que habia avanzado á proteger la retirada de Prim. El aguerrido y severo general Turon recibió al enemigo presentándole cuatro batallones: el de Zamora, el de Baza, el de Ciudad-Rodrigo y el segundo de Albuera, que los tuvieron á raya hasta muy entrada la noche, en que volvieron al campamento.

Mas no es esta la forma en que debo yo participarte de lo que ocurra en esta guerra: muchas veces te lo he dicho: procediendo de esta manera, mis apuntes serán completamente ociosos, áridos y tardíos: vale mas que me acompañes en mis particulares escursiones, aunque pasemos los dos por el enojo, yo de hablarte demasiado de mí mismo, y tu de no ver sino aquello que yo vea: solo asi tocarás con la mano alguna de las infinitas escenas que te refieren los partes del gobierno y los corresponsales de los periódicos.

Es, pues, el caso, amigo Pepe, que el vivo cañoneo del mar me indicó á las cuatro de la tarde que la accion estaba ya empeñada: abandoné, pues, mi tienda, donde leia tranquilamente la *Guerra de Yugurta*, y pregunté al estremecido viento en qué paraje de estos montes tenian efecto en aquella hora combates parecidos á los que acababa de contarme el inmortal Salustio.

El estruendo lejano de la fusilería me hizo comprender que el fuego era hácia la orilla del mar; y recordando los avisos de por la mañana, tomé resueltamente la direccion de la costa en busca de la continuacion del camino de Tetuan.

Mucho terreno anduve sin encontrarme á nadie despues que rebasé las avanzadas de nuestro campo; y si la flamante novedad de la carretera no me hubiera persuadido de que era la construida por nuestras tropas, y de que la division de Prim debia de encontrarse mas adelante, indudablemente hubiera vuelto grupas, temeroso de haberme metido donde nada bueno me pudiera acontecer.

Al cabo de algun tiempo divisé al fin un estraño grupo en el fondo de un barranco, cruzado por un puente de madera recien construido.

Eran cuatro soldados nuestros que traian un herido en una camilla y la habian dejado en tierra para descansar.

El herido pertenecia al regimiento del Príncipe: tenia un balazo en una pierna, y referia á sus conductores los pormenores de la accion.

Por él supe que no iba descaminado, y que á dos tiros de carabina de aquel lugar (esta fue su frase), me encontraria el cuartel general de Prim.

Nuevos heridos y muchos ingenieros que volvian de los trabajos me sirvieron despues de guía, y al fin llegué á incorporarme á nuestras tropas, precisamente en el instante en que un batallon del Príncipe daba una carga á la bayoneta allá sobre una levantada loma.

El conde de Reus se habia apeado y miraba ansiosamente con los anteojos aquella enérgica arremetida.

Dos veces se oyó á lo lejos un ardientísimo ¡*viva la reina*! y dos veces tambien vi trepar á nuestros soldados por la empinada ladera hasta que desaparecieron por el otro lado. Cesó el fuego un momento,—prueba de que huia el enemigo;—volvió á resonar mas distante,—señal de que se habia refugiado en otra altura;—y los del Príncipe reaparecieron en la loma que acababan de conquistar, desde donde empezaron otra vez el fuego.

—¡*Camillas*! ¡*Camillas*! gritaban entre tanto desde aquella altura...

—Este grito sigue siempre á las cargas á la bayoneta, me dijo un jefe al verme fruncir el ceño. Y se comprende bien, añadió: cargar á la bayoneta es cerrar contra el fuego enemigo, á boca de jarro, con la cabeza baja, sin mas escudo que la buena suerte de cada cual: algunos han de caer... pero ¿qué importa, si en un minuto se ahorran las pérdidas y el trabajo de una hora de tiroteo?—

El jefe tenia razon, y en prueba de ello Prim mandó una retirada que la proximidad de la noche le hacia forzosa; pero que no hubiera podido verificar sin grave riesgo, antes de ser suya la posicion que acababan de ganar aquellos héroes.

Las camillas partieron y yo tras ellas. Los que las conducian me enteraron del camino que debia seguir para encontrar las guerrillas del tercer cuerpo (que no debian de estar distantes, á juzgar por sus disparos); y en efecto, un poco mas allá encontré á un soldado, herido en un brazo, que se retiraba por su pié á nuestro campamento.

—¿De dónde eres tú? le pregunté.

—Del segundo de Albuera, me respondió con cierta vanidad.

—Y ¿*llevas mucho?*

Esta es la fórmula acostumbrada.

—Poca cosa: un chaspon en este brazo, me contestó sonriendo.

La mano le chorreaba sangre.

—¿Quiéres un pañuelo? le dije entonces.

—¡Quiá! esclamó, poniéndose colorado: mañana vuelvo por otra.

Y se marchó tan satisfecho, como si en vez de una herida, llevase en el brazo tres galones.

Siguiendo la direccion que habia traido aquel soldado, dí por último con una compañía que estaba sentada entre unos matorrales, y que por sus capotes celestes conocí ser de cazadores de Baza.

El general Turon, el brigadier Cervino y algunos otros jefes, se hallaban tambien allí.

Era aquel un parage comprometidísimo, pero que no se podia abandonar hasta que se retirasen las guerrillas, so pena de que los moros se situasen en él y las envolviesen completamente.

Anochecia: las balas silbaban sobre nuestras cabezas ó se aplastaban en las rocas que habia á nuestro alrededor.

Y sin embargo, aquella compañía se veia imposibilitada de contestar á este fuego, ya porque no se divisaba al enemigo en ningun lado, ya porque se esponia á fusilar á sus compañeros.

Así se pasó media hora.

Durante ella oimos cerca de nosotros cinco gritos ahogados: los dieron cinco cazadores de los que estaban sentados en torno nuestro, al sentirse heridos por las invisibles balas.

Vuelvo á decirlo; un solo grito se oia por cada uno que recibia un balazo; grito sordo, apagado, prudente, generoso, de resignacion, de paciencia, de heroismo: sus compañeros levantaban silenciosamente al infortunado y se lo llevaban al campamento, sin que nadie, ni el general, ni el compañero, ni el camarada se diesen por entendidos del suceso. Y sin embargo, todos lo sabíamos.

Súpose, al fin, que podíamos retirarnos por haberlo hecho ya las guerrillas; y si mucho admiré la actitud de aquellos soldados, inmóviles bajo una lluvia de muerte, mas asombro me causó ver el órden, la serenidad, la lentitud con que emprendieron su retirada, en medio de las tinieblas, por un terreno intransitable y entre una granizada de plomo.

Amigo mío: ¿has entrado en tu pueblo natal despues de muchos años de ausencia? ¿Has encontrado posada, lumbre y séres humanos, despues de haber perdido el camino y de haberte hallado desamparado y solo, en medio de la noche, luchando con la nieve ó con la tormenta?

¿Has visto á tu madre abandonar el lecho despues de una larga enfermedad?

Pues una cosa semejante á la que sentiste en aquellas circunstancias esperimentarias al ganar de noche la trinchera de tu campamento despues de un dia de tribulacion y combate.

Solo entonces comprendes que aquel es tu pueblo, que aquella es tu casa. Allí estás ya seguro. Allí vives otra vez. Solo en aquel momento conoces los riesgos que has corrido y te regocijas de tu buena suerte. Solo entonces sientes hambre si no has comido en todo el dia, y sueño si no has dormido en dos noches, y cansancio si has fatigado valles y cerros con tu intranquila planta.

Y ¿qué te diré del resoplido de alborozo que da tu caballo, el compañero fiel de tus peligros, al reconocer los lugares en que su instinto maravilloso le tiene advertido que no corre riesgo alguno?

¿Qué te diré del placer con que vas encontrando sano y salvo á uno y otro amigo, de los que sabes que han estado espuestos á perecer, y de quienes nadie te daba razon al terminar el combate?

¿Qué te diré, finalmente, de la dolorosa impresion que causa en tu ánimo el ver pasar lista en las compañías para averiguar sus bajas, y oir, en medio de las tinieblas, despues de un nombre que ya te es conocido, si no amado, estas desgarradoras palabras: *fulano ha muerto, está herido ó no se sabe de él?*

Atiende á esta copla que oí cantar en Málaga á un asistente, pocos dias antes de embarcarnos:

Yo no tengo quien me llore,
sino la triste campana;
si yo me muero esta noche,
me entierran por la mañana.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONES

XV.

Nocte pluit tota...

18 y 19 de diciembre.

¡Jesus! ¡Jesus!—¡Amigo mio! Yo creia haber visto llover en los años que llevo sobre la tierra; pero estaba en un error. En Europa no llueve; cuando mas, llovizna. Una deshecha tempestad de verano, de esas que nos parecen ahí el fin del mundo, no pasa de ser un blando rocío en comparacion del aguacero que ha caido sobre nosotros. Bien te decia yo el otro dia: todo lo que pertenece al Africa es descomunal, atroz, enorme, como su estructura! Esto no es llover; esto es hundirse el cielo. Desde anteanoche, cuando dejé la pluma, hasta este momento, en que la vuelvo á coger, han pasado treinta y seis horas, durante las cuales las nubes han estado volcando incesantemente sobre estos montes una masa de agua, compacta, unida, poderosa, como el primer tercio de las cataratas del Niágara, como las inundaciones de Holanda, cuando el mar rompe los diques, como las avenidas del Nilo, como el diluvio universal.

¿Cómo no hemos perecido? Yo no lo sé. Las tiendas se han caido y se las ha llevado el agua; se han ahogado caballos y mulas; el terreno ha cambiado de fisonomía; un rio, ó por mejor decir un lago, separa á una mitad de nuestro campamento de la otra mitad; el mismo mar parece mas repleto, y una larga faja amarilla que se estiende por sus cristales, señala el paso del aluvion que ha recibido.

Nada, nada absolutamente hay en el ejército que no esté mojado; armas, municiones, vituallas, equipages, camas, libros, papeles, todo se encuentra hecho una sopa... El desastre ha sido general. Las tiendas se han calado, contra lo que yo creia; pero aun sin esto, hubiéramos tenido el mismo resultado, pues que durante dia y medio han estado plantadas en una laguna.—¡Oh espantosa, oh terrible, oh salvaje Mauritania! ¡cómo te defiendes de la invasion española!

La última noche, sobre todo, ha sido extranatural. Ya no era solamente la lluvia, era un viento furibundo, era un huracan rabioso el que azotaba á la tremante tierra. El mar unia sus bárbaros rugidos á tan fragoroso concierto; los árboles y las malezas crugian y se tronchaban; rodaban las peñas, abandonando sus asientos seculares, y todo, en fin, cuanto tiene voz en la naturaleza se quejaba enfurecido de la inclemencia de los elementos.

En verdad, te digo, y sé que me creerás, que en medio de todo, esta escena era imponente y magnífica. El corazon parecia medir su violencia con la del vendabal, y gozaba al verse frente á frente con un aliento tan poderoso como el suyo. Solo contristaba el ánimo el considerar los desastres, los padecimientos y las averías que produciria en nuestro campo una noche tan horrible; pues por lo demás, era cosa de agradecer al cielo aquel magestuoso espectáculo que venia á turbar la monotonía de nuestra existencia, y de pedirle que aumentase el estrago, desencadenase los truenos y los terremotos é hiciese mas total y devastador el cataclismo.—¿Acaso no era una tierra enemiga la que bramaba bajo el azote de la tormenta? Los mismos moros, acampados en las montañas vecinas, ¿no sufririan tambien el rigor de la catástrofe? Y las risas y la algazara y el impávido estoicismo de nuestras tropas ¿no me decian claramente que tanta devastacion no lograría quebrantar nuestra fuerza?—¡Vinieran, pues, contrariedades y plagas sobre los dos ejércitos beligerantes; que no seria el nuestro seguramente el que perdiera en la general tribulacion!

Yo, á lo menos, justificaba de este modo el entusiasmo cruel que me inspiraba aquel caos, aquella orgía, aquel desórden, aquel infierno.—¡Oh! ¡qué poder, qué lujo de fuerza, que intensidad de vida revelaba anoche esta naturaleza salvaje! ¡Cómo se comprendian aquellas tremendas convulsiones que debieron abrir el Estrecho de Gibraltar! ¡Cómo se esplicaba la exuberancia de esta vegetacion pletórica! ¡Cómo se concebia la barbarie de las tribus de Anghera y de Benzú! ¡Y cómo aparecia natural y lógico que las nubes, despues de rendir en el Atlas un tributo tan cuantioso, llegasen desprovistas de agua al horizonte de los desiertos!

Pero demos de mano á la poesía, que acaso no te merezca entera fe, y cree bajo mi palabra de honor, que anteanoche estuvo lloviendo sin cesar ni un punto; que asi amaneció y oscureció el dia de ayer, y que así ha pasado la última noche y llegado la mañana en que te escribo. Son, pues, treinta y seis horas de un aguacero contínuo, sin escampar á ratos como acontece en Europa, sino en progresivo ascendente: son treinta y seis horas de una lluvia inesplicable, tenaz, abrumadora, cayendo de una atmósfera baja y cenicienta en una tierra parda, cuajada de lagunas; son, finalmente, treinta y seis horas semejantes á las novecientas sesenta que conoció Noé.

Ahora que son las nueve de la mañana, las nubes empiezan á separarse. El temporal tiene visos de ceder. El viento ha cambiado. La mar duerme tranquila, como descansando de la mala noche...

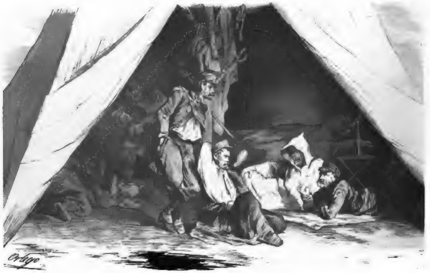
¡Oh desvergüenza!—Aquí tienes al sol. Los soldados le reciben con una soberana silba, que le está muy bien empleada.—Y en efecto: ¿por qué, en vez de salir hoy, no salió ayer? ¿Asi se deja vencer por las nubes todo un rey de los astros...?

—A la noche.

El dia de hoy se ha empleado en colocar de nuevo las tiendas; en enjugar al sol ó al fuego los equipages, en abrir zanjas y acequias, á fin de desaguar el campamento y prepararlo contra otra inundacion, y en descargar y limpiar las armas de fuego, que estaban llenas de agua hasta la boca.

Es de presumir que los moros habrán tenido que hacer la misma operacion: lo cierto es que no hemos visto ni sombra de ellos en todo el dia.—¡Quiera Dios que nos dejen dormir esta noche!

¡Ah, *Pedro Fernandez*! ¡Con que tan buen invierno se prepara en Madrid! ¡Con que se abren los salones y se principia á bailar y contais con la Ristori y empiezan los conciertos en casa de la condesa del Montijo!—Tambien aquí se leen tus *Cartas Madrileñas*... ¡Y si vieras qué triste impresion nos causan!—No sé cómo el general Ros de Olano, que tanto cuida del bienestar, de la salud y de la alegría de sus tropas, no ha prohibido á *la Época* la entrada en el campamento!—¡Bailes! ¡Teatros! ¡Música! ¡Amable conversacion! ¡Amores! ¡Casamientos! ¡Fuente castellana...!—¿A qué nos recuerdas todas esas cosas?—¡Oh que cruel te ha tornado tu familiaridad con el bello sexo!



Interior de una tienda de oficiales. (De un croquis.)

XVI.

Vuelven los moros.

20 de diciembre.

La mañana de hoy se presentó fria y nebulosa: los soldados, aburridos despues de tres dias sin moros, debian de encontrarse algo macilentos, tanto mas cuanto que el cólera ha acampado resueltamente bajo nuestras tiendas desde la primera noche de temporal: dispúsose, pues, que la música de cada cuerpo sacase á relucir los aires nacionales mas conocidos de su gente; y en el batallon compuesto de andaluces se tocó el *fandango*, en el regimiento donde abundaban los aragoneses resonaron bulliciosas *jotas*, en el que habia muchos gallegos se escuchó la *muñeira*, y así en los demás, hasta producir una discordante sinfonía que ensordeció los ámbitos del valle.

Los soldados cayeron en el lazo: cada uno empezó á entonar su canto favorito; envióse al diablo el mal humor, y el campamento adquirió de nuevo su animacion acostumbrada.

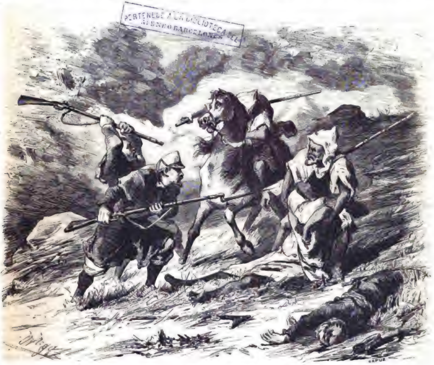
Para que la alegría fuese completa, súpose á cosa de las diez que el enemigo daba señales de vida: algunos cañonazos empezaron á resonar hácia los reductos Francisco de Asís é Isabel II, y poco despues se empeñó un vivo fuego de fusilería.

Los moros, que empezaron su ataque al pié de ambos reductos, fueron severamente castigados por el batallon de Mérida, que los aguardó sin disparar un tiro y los cargó á la bayoneta cuando menos esperaban. Los cuitados apelaron á la fuga, como siempre que ven brillar el formidable acero de nuestros soldados; pero no fueron tan veloces como otras veces, y muchos de ellos quedaron tendidos al pié de los triunfantes cazadores. Tambien tuvieron estos la gloria de hacer un prisionero, cosa que en los anteriores combates habia sido imposible, pues el moro huye ó perece, pero jamás se entrega:—aquel había sido recogido del suelo, donde herido y todo, pugnaba aun por morir matando. Yo no le he visto, á pesar del escándalo que su captura ha causado en el campamento; y por consiguiente, tienes que pasarte sin su descripcion; pero confio en que mas adelante no han de faltarme ocasiones de hacerte retratos de marroquíes.

Despues de aquella derrota, vióse á algunos ginetes moros que llevaban banderas verdes, rojas ó amarillas, y que son sin duda los ayudantes de campo del que dirige los ataques, correr por toda la línea enemiga como trasmitiendo órdenes á sus desparramadas fuerzas. Ello es que estas se corrieron hácia nuestro campo tratando de encontrar la revancha en los batallones del tercer cuerpo.

Pero tambien aquí les esperaban nuestros cañones y carabinas. Hubo, pues, un tiroteo de dos horas, y se alejaron, como siempre, diezmados, pero no arrepentidos, sin haber conseguido adelantar una línea de terreno ni hacernos retroceder un solo paso.—¡Y sin embargo, volverán!

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONES



Lucha en los bosques por el rescate de un moro muerto. (De un croquis.)

Yo tengo para mí que esos hombres no se proponen nada al venir á hostilizarnos. Ellos deben de saber que son impotentes contra nosotros, y que ni recobrarán por la fuerza el territorio que les arrebatamos, ni estorbarán nuestra marcha, ni quebrantarán nuestra decision. Nueve combates sucesivos, en que siempre han sido deshechos ó rechazados, bastaban ya para convencerles de esta verdad.—¡Y con todo, han venido hoy!—Esto me prueba que esa raza fanática combate por placer ó por devocion: no con mira política, no por afecto patriótico, no con plan de campaña, sino porque lo cree su necesidad, su obligacion ó su destino. Diríase que su fe les trae á nuestro campo á quemar pólvora en honor de su Dios, como nosotros quemamos el incienso en los altares. Así se esplica que vayan pasando ante nuestros ojos tribus detrás de tribus, hambrientas y medio desnudas, independientes de toda autoridad, exentas de toda coaccion, y que unas tras otras se acerquen á nuestra línea, sin reparar en la naturaleza de nuestras posiciones ni en el alcance de nuestras piezas, y disparen su espingarda, y mueran en seguida sobre el mismo terreno que el dia anterior enrojecieron con su sangre.

Y si tampoco es esto, digo que esas gentes tienen menos instinto que las bestias feroces de sus montañas.

XVII.

El lado feo del asunto.

21 de diciembre.

Hénos aquí en pleno cólera. . . . .

. . . .

Tú has deseado saber la historia secreta de la guerra de Africa, y yo deseo que la sepa España entera. Al fin y al cabo, no todos quedaremos aquí, y las cosas habrán de contarse con el tiempo tales cuales son; no como la prudencia aconseja hacerlo en estos momentos, ni menos del modo brillante que mi póética fantasía te las ha disfrazado hasta ahora. De hoy, pues, no pasa sin que te diga toda la verdad. Afortunadamente, cuando estos apuntes vean la luz pública, el horror habrá ya pasado, la patria no tendrá ya sacrificios que hacer, y mis tristes confesiones no llevarán la alarma á ningun pecho. Quiero decir que para entonces la noble tarea del ejército estará ya cumplida, á mas ó menos costa, pero satisfactoriamente á no dudarlo.

Supongo que, al leer este proemio, no habrás imaginado ni por un instante que tengo que decirte cosa alguna depresiva de nuestras tropas ni de los dignos jefes que las mandan: al contrario; lo que voy á revelarte hace la apología de unas y de otros, y constituye su mayor gloria y relevantes méritos.—Aludo á los padecimientos inauditos que sobrellevan con tanto valor como resignacion.

Bien comprendo que estos pudieran ser mayores, sin los cuidados y desvelos de la nacion y del general en jefe por atenuarlos: bien sé, y te lo he dicho, y lo repito ahora, que nunca soldado alguno se vió mejor vestido, mejor alimentado, con mejor abrigo y asistencia que hoy se encuentra el soldado español en Africa; pero, amigo mio, ¿qué es todo esto cuando el cielo y la tierra se conjuran contra la buena voluntad del hombre?

A oficiales estranjeros, que han tomado parte en muchas y diferentes guerras, se lo he oido: nuestros mismos veteranos lo repiten á todas horas: el general O'Donnell lo anunció ya en su primera proclama... La campaña que hemos emprendido es la mas *ruda* y *penosa* que ha hecho ejército alguno.

Primeramente, nos encontramos en pais estranjero; añade que es pais enemigo; y para mayor inconveniente, recuerda que es pais deshabitado. Piensa ahora en los rigores de este clima, engañosamente apacible, donde reinan tan furiosos temporales; que dejan en una atmósfera malsana los gérmenes de mil dolencias,—desde la fiebre hasta la paralisis. Considera el agua que has de beber encenagada por las lluvias; la constante humedad que todo lo destruye ó lo entorpece; la imposibilidad de desnudarse; la falta de aseo; la incomodidad de las mas cómodas viviendas; la calidad y preparacion de los alimentos (que por muchos y buenos que sean relativamente á lo que se puede esperar en campaña, siempre los desdeñarias en cualquiera otra situacion); figúrate el tedio que, á pesar de todo, no podrá menos de asaltarte muchas horas del dia y de la noche; los insectos venenosos que te cercan por do quiera; las fatigas de tan repetidos encuentros con los moros en un terreno quebrado, fragoso, intransitable y lo que es peor, desconocido; las escenas de sangre, agonía y muerte que presencias en la lucha; la soledad del espíritu, la nostalgia, la dudosa perspectiva del porvenir... y como si todo esto no fuera nada,—(¡que nada seria, y con todo ello contábamos al salir de nuestra patria para la guerra!)—añado lo que nadie esperaba, lo que ninguno acepta, lo que es verdaderamente horrible, pavoroso, insoportable... ¡el cólera! amigo mio... el cólera, agostando en flor tantas nobles vidas, haciendo mas víctimas en los dias de paz que las balas en los dias de fuego, postrando el ánimo del que se metió sonriendo entre una lluvia de incandescente plomo, mermando estérilmente nuestras filas, llevándose hoy al entendido jefe, mañana al impertérrito soldado, privando de gloria y recompensa al que todo lo abandonó por alcanzarlas, reteniendo en un lóbrego hospital al que ardia en deseos de defender la honra española, distrayendo una atencion, una fuerza y unos recursos que pudieran emplearse contra el enemigo; entorpeciendo las marchas, agravando las heridas, exigiendo, en fin, mas resignacion, mas valor, mas paciencia y mas entusiasmo de los que fueran menester para alcanzar cien victorias ó sufrir mil reveses de la fortuna!

¡Es horrible! ¡Es horrible!—¡Es necesario verlo para imaginarlo!—Es necesario ver todas las mañanas las hileras de camillas que salen del campamento: es preciso recorrer uno y otro hospital atestado de lívidas cabezas, marchitadas por la peste: es fuerza mirar como se reducen poco á poco las compañías, como clarean los regimientos, como desaparece el amigo, como falta de su lugar el jefe, como van los batallones mandados por un capitan, como andan los caballos sin ginete, como quedan las tiendas desocupadas, como lloran los asistentes la pérdida de su amo...!

¡Ah! Si leiste la *Farsalia* y recuerdas los horrores que la imaginacion de Lucano acumuló sobre esta maldita tierra, aun no podrás figurarte la realidad del infortunio que han encontrado aquí tus compatriotas!—Y sin embargo, nadie se queja; nadie vacila; nadie retrocede. —Ninguno acusa á nadie.—¿Ni cómo habian de hacerlo? —Todos han deseado, exigido, hasta suplicado, tomar parte en esta cruzada patriótica: todos recuerdan la impaciencia con que hacian cargos al gobierno por su morosidad; recuerdan el ansia ardiente con que buscaron estas playas; recuerdan la noble ira que dominaba á la nacion cuando la saludaron á lo lejos, y la palabra que empeñaron de rehabilitar su nombre; recuerdan, en fin, que en esta empresa va la honra de la patria, que no hay tregua posible, que no hay transaccion aceptable, que es menester triunfar á toda costa, seguir adelante á todo riesgo y llegar al término de la via de amargura, coronados de espinas, pero tambien de gloria!

Por eso callan; por eso se ocultan sus padecimientos; por eso se animan; por eso se engañan unos á otros.— ¡*Adelante*! ¡*No importa*! ¡*Adelante* y *viva España*! es la única espresion de todas las miradas, de todas las fisonomías, de todas las conversaciones. En buen hora quede sembrado de cadáveres nuestro camino, con tal que los que sobrevivan toquen al término de la empresa, coronen la obra, y puedan decir al ínclito pueblo que les ha encomendado su bandera: ¡*ya está vengada la ofensa que te hicieron; ya luce tu pabellon tan limpio como en los dias de Isabel y de Fernando...!—Hemos cumplido nuestro juramento.*

Y por eso he querido yo que sea notoria toda la estension de tan noble sacrificio. ¡Así podrá agradecerlo la madre patria y recompensarlo con su amor! ¡Así sabrá en los dias de un nuevo riesgo hasta qué punto puede contar con la firmeza y la intrepidez de sus soldados! ¡Así conocerá todo el universo, que en este momento tiene las miradas fijas en las costas africanas, cuánto respecto y consideracion merece un pueblo que compra á tan alto precio la reparacion de sus agravios.

. . . .

Pero apartemos la mente de estas lúgubres consideraciones: el haber presenciado dos ó tres casos de cólera fulminante y visto el camino de Ceuta cubierto de camillas, ha turbado hoy la serenidad de mi ánimo.—¡Valor y resignacion! Busquemos halagüeños asuntos que bosquejar con la fatigada pluma, y dejemos á Dios la buena ó mala suerte de los que luchan en su nombre y son nada sin su auxilio; pues como dijo alguno:

¡Capitan, capitan! para la guerra
no bastan, no, las armas de la tierra!

Tambien atribuyo parte del mal humor que respiran las anteriores páginas al ocio y aburrimiento que hoy han reinado en la pobre ciudad de la *Concepcion*.

Esta mañana, por ser dia de Santo Tomás, oyóse misa, volviendo la cabeza al campamento del Serrallo, donde la decia el dignísimo vicario del ejército don Joaquin Ortega: las cornetas, haciendo las veces de campanillas, nos avisaban á cada momento por donde iba el Santo Sacrificio; la marcha real saludó la Consagracion, y algunos momentos despues nos dimos los *buenos dias* como cristianos y caballeros, no sin mirar antes con cierta pena hácia los montes vecinos, habitados por míseros hermanos nuestros que desconocen todas las dulzuras de la religion del Crucificado.

En seguida unos se marcharon á la orilla del mar á mirar las olas, que es uno de los primeros placeres de esta vida; otros á recoger conchas en la arena de la playa; muchos se pusieron á leer en los periódicos su propia historia, maravillándose de ver en letras de molde lo que ellos habian ejecutado sin reparar en sí mismos, y no pocos sacaron á relucir su pluma, papel y tintero y escribieron á sus familias, á sus amadas ó á sus amigos algunas de esas preciosas cartas, tan ansiosamente deseadas como afanosamente recibidas, que llevan el contento y el orgullo á tantos agitados corazones.

En ellas todos ven y hacen ver esta vida al través de su personalidad, que es lo que mas importa al que ha de leer aquel escrito: despues el soldado se estiende á hablar de su compañía, y quizá un poco de lo que le han parecido los moros; el oficial va mas lejos y se identifica con su batallon, llegando hasta describir la índole de esta guerra y á compararla con la civil y con los pronunciamientos: este mismo oficial, si es hombre de aspiraciones, emite su dictámen sobre la campaña, analizándola críticamente; y de aquí para arriba, todos hablan de propuestas y de ascensos, de sus hechos particulares en tal ó cual accion, del país que han recorrido, de la época en que volverán á sus hogares, del heroismo de las tropas y de los mas ocultos pensamientos del general O'Donnell y del emperador de Marruecos.—Pero yo soy, en verdad, el que está pretendiendo leer en el pensamiento de los otros: perdóname tan temerarias suposiciones, y dejando á un lado las cosas que me figuro, sigamos hablando de las que veo.

¡Y bien...! nada mas por hoy. Esta tarde ha habido lista en todos los batallones: algunas bandas tocaron piezas del ***Trovador*** ó del ***Hernani***, y la charanga de Ciudad-Rodrigo repitió, como tiene de costumbre, aquel gracioso tango de ***El último mono***:

Aguanta cachete y calla:
Si te dan otro, será peor...

lo cual, traido á colacion al dia siguiente de un combate es de un cómico sublime,—que diria un crítico francés. En cuanto á los trozos de ópera, siquier sean del inesplicable Verdi, figúrate los recuerdos que despertarian en los parroquianos del teatro Real.—Ahora, mientras que tú te dirigirás hácia aquel templo del buen gusto y del buen tono, algunos de tus amigos se dirigen á la trinchera, donde pasarán la noche sin oir otra música mas que el canto de las ranas.—Pero lo general será pedir al sueño sus alas invisibles para volar con ellas á las vecinas costas y visitar á las personas queridas.—¡Así el caprichoso Morfeo me conduzca esta noche á los lugares ó á los tiempos, cuya memoria ilumina como un vago crepúsculo, el enlutado horizonte de mi vida!

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS

XVIII.

El general Ros de Olano.

22 de diciembre.—Por la mañana.

El general Ros de Olano tiene el cólera desde anoche: una gran tienda blanca ha sido colocada sobre la suya, á fin de librar de la intemperie al ilustre enfermo; y esta veladura, que nuestro supersticioso cariño encuentra lúgubre y funeral, ha nublado completamente la alegría del campamento.

Dejo á tu consideracion la angustia y el sobresalto de mi alma: ¡tú sabes cuanto me es cara y preciosa la vida de ese noble amigo y constante favorecedor!

Te hablaré, sí, del pesar y del espanto que ha sobrecogido á este cuerpo de ejército; y á fin de que puedas graduarlo, menester es que antes sepas quién es el general Ros de Olano para sus tropas.

El conde de la Almina ama una cosa sobre todas las del mundo, y es al soldado. El lo dice, y todos sus hechos lo atestiguan. Ama al soldado, como á una gran verdad, como á una rara afirmacion en esta época de decepciones, como á un tesoro de lealtad, de resignacion, de mansedumbre, de ocultos sacrificios. Lo ama y lo admira; lo compadece y lo envidia al mismo tiempo; le tiene respeto y lástima como el creyente á los mártires. —Yo, que he profundizado la grande inteligencia y el hondo sentimentalismo de este poeta filósofo; que en sus obras y en su vida he podido estudiar la permanente lucha de sus ideas y de sus afectos y el estrago que en su alma ha podido hacer una actividad tan violenta como reconcentrada, me esplico perfectamente que el que nació para vivir en el mundo desordenado de la poesía, en las vagas regiones del arte, en la esfera quimérica de la imaginacion, haya reducido el empleo de tanta fuerza á los rigorosos límites de las costumbres militares, á la severa é inalterable forma de su austera disciplina, á la regla inflexible de la ordenanza. (Es una reaccion que se esplica del mismo modo que la que llevaba al claustro en otros tiempos á los hombres que habian encontrado estrecho el mundo cuando se agitaban en él. Es ademas una garantía contra sí propio, muy parecida á la precaucion de aquellos somnámbulos que se atan al lecho para dormir. No de otra manera puede concebirse que un poeta tan indisciplinado y vehemente como el autor de la *Golondrina*, sea un militar tan reglamentario y metódico como el general Ros de Olano.) Y siendo esto así, y adoptado el militarismo como esencia de su ser, natural era que la afectuosidad poética del vate se cifrara en lo que el campo acotado de su accion encerrase de mas patético, interesante y sublime, es decir; en el soldado, que es y será siempre, al través de su apariencia automática, lo vario, lo natural, lo pintoresco, lo vago, lo infinito que la milicia ofrece á la imaginacion de los artistas.

Quizá se encuentre fuera de lugar el laborioso análisis que acabo de hacer cuando menos lo imaginaba; pero no creo que sea cosa de borrar lo que ya está escrito; tanto mas cuanto que desentraña un árduo caso de fisiologia de que hay en el mundo muchos ejemplares.

Pero, prescindiendo ya de las razones que un poeta haya podido tener para haberse hecho una religion de la milicia, y un general para adorar en los soldados, digo y repito que el conde de la Almina atestigua esta adoracion con todos sus hechos.—No, no es un general para sus tropas; es un padre. El los cuida, los atiende, los considera; estudia en sus semblantes el estado de su ánimo y de su salud; inspecciona y prueba sus alimentos; visita sus tiendas y les enseña el modo de procurarse en ellas alguna comodidad; les observa, reloj en mano, cuando marchan á lo lejos, y calcula, comparando con el dia anterior, la fuerza que les ha hecho perder el temporal ó la epidemia; les aconseja, en el furor de la accion, lo que deben hacer en la acometida y en la retirada, á fin de no caer estérilmente; los mima, les regala, les escatima el trabajo, les prodiga el honesto esparcimiento: nunca le ví tratarlos con dureza; siempre con protectora ternura; y mientras él espone el pecho á las balas, de pié sobre la trinchera, olvidado de sí mismo y atento solo al curso del combate, no es mucho oirle reñir á los que se asoman al parapeto movidos de curiosidad, ó lamentarse involuntariamente al ver rodar herido á uno de sus soldados. Durante el aguacero de la otra noche, su único pensamiento, su única conversacion eran ellos: al aparecer el cólera, su preocupacion fueron ellos tambien, y cien mil moros que muriesen en una batalla, no le parecerian bastante compensacion de una baja en sus batallones.

Ahora bien: todos los que militan bajo sus órdenes conocen perfectamente estos sentimientos de su general; saben al mismo tiempo cuánto es su valer como táctico, como organizador, como caudillo; estiman su elevado talento y hacen justicia á su noble y modesto carácter: calcula, pues, ahora la impresion que habrá causado esta mañana en nuestro campamento la noticia de que el general Ros de Olano habia sido atacado del cólera.

El mas doloroso espanto se refleja en todas las fisonomías: á nadie se oculta la gran desgracia que seria para este cuerpo de ejército la pérdida de tan distinguido jefe: su hijo, que es tambien su ayudante, vela á la puerta de su tienda, donde una espresa órden de su general y padre le ha prohibido la entrada. Los amigos del laureado paciente nos miramos á la cara como diciéndonos: «¿Permitirá Dios tamaña desventura? ¿En esto vinieron á parar nuestras soñadas empresas? ¿A dónde iremos sin nuestro general, ni quién, que nos sea tan querido y nos estime tanto, podrá reemplazarle? ¿Y ha de eclipsarse así la estrella del que habia unido su suerte á la de su patria? ¿Ha de morir aquí de mala muerte, sin llegar á ver el dia del triunfo y de la gloria, cuyos albores primeros nos sonrien ya detrás de esas montañas?»

Afortunadamente, en esta como en otras horas de melancolía, el son marcial de la corneta, tocando llamada general, ha venido á fortificar nuestro ánimo.—El enemigo se nos echa encima, y todos sacudimos nuestra pena para empuñar las armas.—Muerte por muerte, preferimos la que allí viene en nuestra busca: salgamos á su encuentro, y sea á lo menos nuestro fin de alguna utilidad á la patria.

XIX.

Cambia la decoracion.

El mismo dia.—Al oscurecer.

Al fin he visto á los moros en campo abierto. Esto me ha costado no presenciar la accion de hoy por el lado que ocupaba mi cuerpo de ejército; pero creo haber perdido poco bajo el punto de vista artístico, pues segun me aseguran, el combate ha sido por aquí una reproduccion exacta de los que ya te he reseñado. No ha ocurrido del mismo modo en el llano de los Castillejos, de donde llego en este instante.

Pero ante todo, alegrémonos: nuestro general está mejor, esto es, no se agrava y presenta síntomas de reaccion. El general O'Donnell se encuentra ahora en su tienda, prodigándole todo género de atenciones y ofrecimientos, despues de haberle hecho traer una cama, que medio lo parece, donde el conde de la Almina estará á lo menos entre sábanas.—Por este detalle podrás venir en conocimiento de la verdad que habia ayer en mis lamentaciones, cuando te hablaba de la rudeza de esta vida.—Con que volvamos á mi escursion de hoy.

En el comienzo es enteramente semejante á la del dia 17; que me dijeron que los moros habian bajado á impedir los trabajos del camino de Tetuan, y que el denodado general Prim se las habia ya con ellos; que se habia visto pasar un escuadron de húsares de la Princesa con direccion á aquel punto, y se esperaba que cargasen á los moros; que me fuí con Rombado por el camino de Tetuan; que las camillas de heridos nos encaminaron al lugar de la accion, y que allí encontramos al conde de Reus rechazando al enemigo por un lado, mientras que nuestros ingenieros trabajaban en la carretera por el otro.

Una vez allí, supimos que el llano de Castillejos, distante poco mas de un kilómetro, habia sido invadido aquella mañana por los marroquíes, y que la artillería de montaña y una compañía de presidiarios les habian contenido durante todo el dia, sin permitirles llegar al camino nuevo que era, como siempre, su propósito. En aquel instante, hallándose la derecha de la reserva protegida por la division del general Quesada, y los

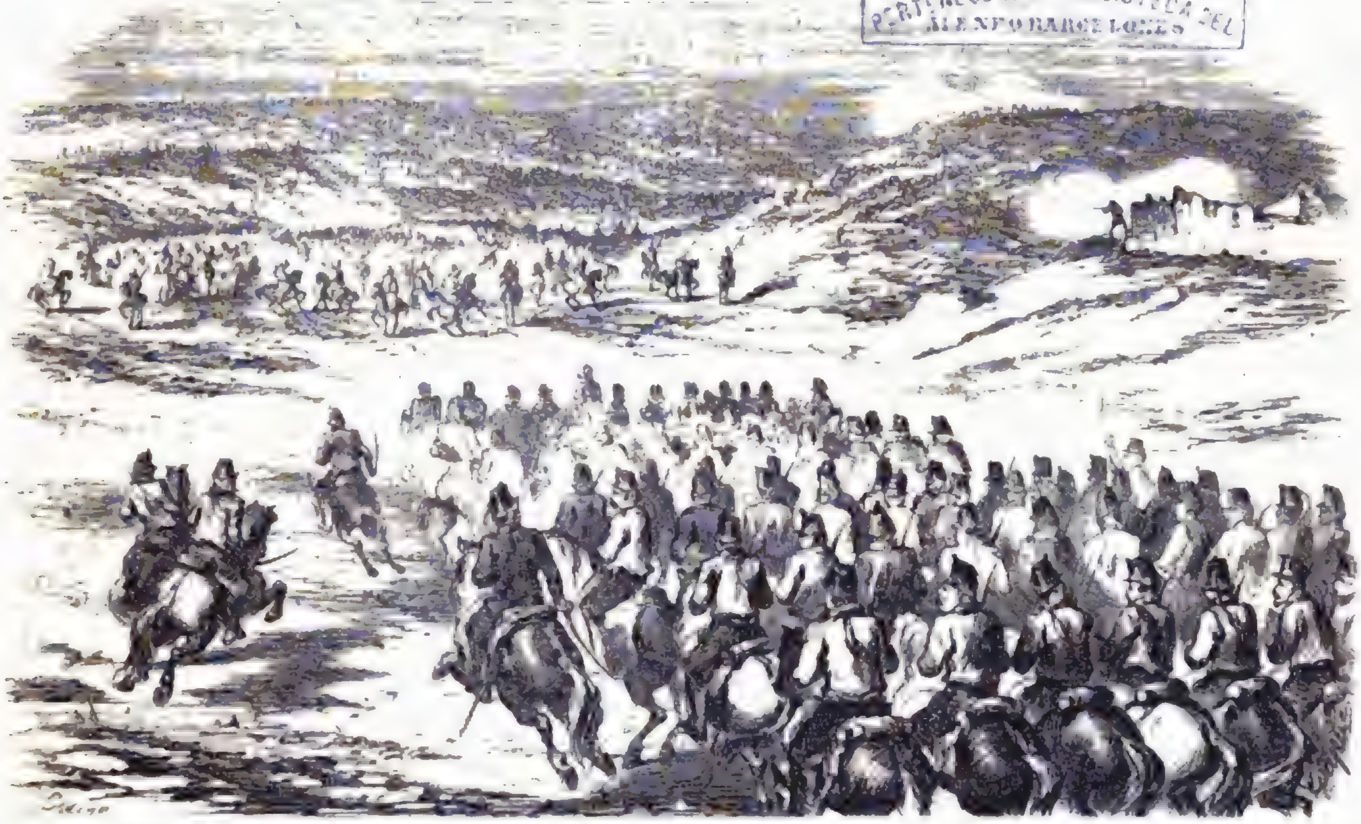
los moros arrinconados en la estribacion de Sierra Bullones, que se llama el Monteverde, el general Prim juzgó conveniente tentar la paciencia y probar el valor de la tan decantada caballería árabe, que sabia se hallaba escondida por aquellos barrancos, y mandó salir al llano y avanzar hácia las posiciones del enemigo al precitado escuadron de húsares de la Princesa.

Un momento de entusiasmo, de placer y curiosidad circuló por las filas al ver avanzar á nuestros gallardos ginetes, que iban, como quien dice, á romper el enigma del ejército africano. Rombado, el capitan Hermoso y yo, que estábamos allí como meros aficionados, pues no perteneciamos á aquel cuerpo de ejército, aprovechamos la libertad que esta circunstancia nos proporcionaba y pusimos nuestros caballos al galope, hasta ingresar en el escuadron de húsares.

Estos nos hicieron lado con mucho gusto, y así descendimos al llano.

El llano ó valle de los *Castillejos* es mucho mas ancho que el del *Tarajar*. Su mayor estension es por el lado de la playa, y desde allí penetra tierra adentro, estrechando siempre, hasta reducirse á una especie de cañada que da un rodeo y va á perderse en Sierra Bullones. Este triángulo imperfecto, esta pañoleta, que decimos en Andalucía, es verde y risueña á sumo grado y está recortada por altas arboledas, que suben luego, escalonándose, á los montes que la determinan. Dos únicos accidentes ofrece la soledad de esta llanura: las ruinas de una antigua casa fortificada, que se llama el *primer Castillejo*, y un ***Morabito***, tambien ruinoso, que debió de ser parecido á la ***Mezquita*** que vi cerca de Ceuta. Este ***Morabito*** se levanta sobre una ligera colina, y ha sido tomado y abandonado varias veces por el conde de Reus, segun que le era ó no necesario para sus maniobras sobre el camino de Tetuan.

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DEL
[illegible]



Los húsares de la Princesa en el campo de Castillejos. (De un croquis.)

Al llegar los húsares á aquel campo abierto, no se percibia por ninguna parte ni un solo enemigo. En la altura del dicho ***Morabito*** hallábase situada todavía la compañía de presidiarios de que te he hablado, mandada por un teniente del regimiento de Borbon, que por cierto dió muestras de ser hombre arrojado y de gran serenidad. Hacia finalmente un dia magnífico, y el cielo y el Mediterráneo competian en radiante esplendidez.

De pronto, y como obedeciendo á una misteriosa consigna, desprendióse de las arboledas que demarcaban el valle, un vistoso escuadron de caballeros moros, que aparecieron por cien distintos puntos á un mismo tiempo y avanzaron hácia nosotros en anchuroso semicírculo.—No pasarian de cien ginetes; y llenaban materialmente la llanura: yo no he visto jamás figuras tan airosas, tan elegantes, tan gallardas. Los caballos caracoleaban, se arremolinaban y se dispersaban de nuevo, midiendo grandes estensiones de tierra en un instante, y yendo y viniendo sobre la verde yerba como una bandada de gaviotas sobre las olas del mar. Los blancos albornoces de los moros ondeaban al aire, cual si los hijos del desierto desplegasen anchas alas para volar en nuestra busca... Era un cuadro maravilloso: era el espectáculo soñado por todos los que han nutrido su fantasía con leyendas orientales: yo creo firmemente que hubiera dejado llegar hasta mí aquella graciosa y estraña aparicion, sin acordarme de que venia en son de guerra, á no haberme sacado de mi arrobamiento la voz del comandante de nuestros húsares que mandaba avanzar á una seccion de ellos.

Adelantóse esta fuerza en apretada y rigorosa formacion, contrastando su marcha regular con el desórden de la línea enemiga, que seguia aproximándose á la desbandada, como si se propusiese envolvernos. Encontrámonos al fin, á distancia; y cuando creíamos que los moros harian uso de sus largas espingardas y los nuestros se disponian ya á cargarlos espada en mano, vímosles volver sus dóciles corceles con un ligero movimiento de rodillas cual si solo fuesen un adorno las abandonadas riendas, y escapar en confuso peloton hácia la cañada en que termina la llanura.

Allí se pararon; y viendo que no les seguia nadie, volvieron sobre sus pasos y se colocaron otra vez en semicírculo.

El comandante de húsares comprendia perfectamente la estratagema de los moros,—que consistia en atraernos hácia los bosques y cañadas, donde indudablemente tendrian apostada infantería, para dejarnos allí solos y fusilados por adversarios invisibles;—sin embargo, su provocacion era tan irritante y la bandera amarilla que tremolaban ante nuestros ojos atraia de tal manera á nuestro jefe, que se decidió á dar la carga á todo riesgo, y por segunda vez mandó avanzar al trote á los impacientes húsares.

Pero los moros huyeron nuevamente como sombras que se disipan, y al mismo tiempo un ayudante del general Prim trasmitió á los nuestros la órden de retirarse.

Esta disposicion no pudo ser mas oportuna: la infantería enemiga (que en efecto, habia estado hasta entonces oculta en la maleza, dispuesta á disparar á mansalva sobre nuestro escuadron, caso de que hubiera tenido la temeridad de seguir en su fuga á los ginetes árabes), aparecia ya por nuestros dos flancos, dando furiosos alaridos y cruzando sus fuegos sobre nuestras cabezas.

Los húsares se retiraron con el mayor órden, protegidos solamente por la compañía de presidiarios, la cual tuvo á raya durante un cuarto de hora á la caballería enemiga, que avanzaba por tercera vez hácia el mar. El corneta de los animosos penados cayó herido, y estos despues de derribar á tres ó cuatro caballeros moros, se replegaron finalmente hácia las posiciones ocupadas por el general Prim. Yo tomé el camino de mi campamento, renegando de este terreno alevoso, en que nuestras tropas matan al enemigo en buena lid y mueren casi siempre asesinadas.

Aquí he sabido que el batallon cazadores de Llerena ha dado esta tarde una carga á la bayoneta, sangrienta para nosotros y mucho mas para el enemigo, al cual arrojó por fin de una posicion muy importante que habia ocupado todo el dia.—Tambien se elogia mucho el comportamiento de una compañía de Almansa.

Yo, sin embargo, no dejo de hacer votos porque nuestro ejército abandone cuanto antes las montañas y salga á terreno franco; pues mientras permanezca en esta sierra poblada de foragidos en acecho, el arrojo del soldado se volverá contra él mismo, y nuestras pérdidas serán tanto mayores cuanto mayor sea el valor con que las tropas penetren en bosques y barrancos desconocidos, donde les aguarda un enemigo oculto, cuyo número y situacion ignoran casi siempre.

De cualquier modo, ya he tenido el gusto de ver una muestra de la famosa caballería árabe. Si el resto se le parece, fuerza será confesar que los ginetes marroquíes son mas vistosos para el artista que temibles para el soldado.

XX.

Vísperas solemnes.

23 de diciembre.

El general Ros sigue en cama: los generales Prim y García se encuentran tambien enfermos: en los cuatro campamentos se respira un aire morboso que quebranta las naturalezas mas fuertes: el que goza de cabal salud es hoy entre nosotros una verdadera escepcion digna de ser admirada.

Decididamente, las fatigas y los méritos de la guerra no están allá arriba, en la línea de fuego de los combates, sino aquí abajo, en la vida del campamento; no en lo que hoy es público y mañana será histórico; sino en lo que hoy es desconocido de los demás y mañana será olvidado por los mismos que lo sufren; no en lo que allí dispone la casualidad y combina la suerte de cada uno, sino en lo que aquí es ostensible á todos; no en un valor activo que pudiera esplicarse por la ambicion de gloria, sino en cierta resistencia pasiva, esplicable solamente por el patriotismo mas acendrado.

Por lo demás, nada nuevo ha ocurrido hoy que pueda interesarte. Hemos mandado á Ceuta un centenar de coléricos y los moros no han parecido. El dia se ha deslizado lento y monótono. Todos ardemos en deseos de marchar hácia el Sur y pasamos el tiempo echando cálculos sobre cuándo llegará tan suspirada hora. Mañana es dia de Noche-Buena, y así como en esa córte se dejará ya sentir á esta hora cierta animacion, cierto bullicio, cierto aumento de vida y de actividad que hará presentir á los corazones y á los estómagos las clásicas alegrías que les aguardan, aquí se va levantando ya no sé qué marejada de tristeza, no sé qué aire de melancolía, no sé qué ventolera de mal ahogados suspiros, que hace adivinar á los mas lerdos el día de mal humor que nos prepara el almanaque.—Yo, á lo menos, tendré el placer de pasar la solemne noche inmediata describiéndote todo lo que deje de disfrutar en ella. Así, pues, hasta mañana, si los moros y la epidemia lo permiten.

XXI.

La Noche-Buena del soldado.

La Noche-Buena se viene,
La Noche Buena se va,
Y nosotros nos iremos
Y no volveremos mas.

Son las nueve de la noche del 24 de diciembre del año del nacimiento de Jesucristo 1859, y en el campamento del ejército que invade el Africa hace veinte y cinco dias aun no ha resonado el toque de retreta.—En vez de este marcial trompeteo, que los moros están ya acostumbrados á oir todas las noches al punto de las ocho, los ecos de las montañas llevan hoy á su escondido campamento un confuso rumor de risas y cantares, unidos á los lamentos melancólicos de una flauta y al bullicioso repiqueteo de una pandereta.

Los sectarios de Mahoma míranse acaso á la luz de sus hogueras, llenos de curiosidad y de miedo, como preguntándose qué ocurre en el campamento de los cristianos, que así entregan á las húmedas brisas de la noche los acentos de su alegría; y no será mucho que recelen si aquel desmedido júbilo de audaces conquistadores les presagiará nuevos daños, ya porque anuncie que han recibido algun poderoso refuerzo ó destructora máquina, ya porque signifique que festejan de antemano el total hundimiento de la media-luna. Tambien puede ser que supongan que los invencibles batallones del Norte acaban de conseguir entre las tinieblas algun silencioso triunfo sobre los ejércitos mahometanos que habian de llegar por el Mediodía, y creen que tanto placer y tanto alborozo se manifiestan en torno de ensangrentados islamitas, á los que atormentan y despedazan como ellos á los cristianos...

¿Quién sabe? ¿Quién puede imaginar todo lo que la ignorancia y la supersticion de los atribulados moros habrán creido escuchar envuelto en la lejana gritería que llega á turbar su sueño ó su reposo?

Quizás en este momento se asoman á las cumbres de los montes en que se guarecen despues de la cotidiana lucha, y fijan su ávida mirada en el campo de sus eternos enemigos,—que allá percibirán aislado en la oscuridad y en la niebla, tachonado todo él de rojizas lumbres, entre cuyos intensos resplandores se delinean á veces fantásticas figuras, mientras que el múltiple cántico de tan misterioso regocijo se dilata cada vez mas sonoro por las cañadas ocultas en la sombra.

Y, al fin, algun antiguo morador de estas comarcas, vecinas á la católica Ceuta, les contará con agorero acento cómo esta noche celebran los hijos de María el nacimiento de su *Profeta*; cómo aquella algazara recuerda una fiesta tradicional en que la abundancia y el contento bajan á la mesa del monarca y del mendigo; cómo los cristianos tienen tambien su Pascua; cómo, por último, es llegada la solemne hora de sorprender en medio de su banquete religioso á los enemigos del Coran y de convertir en sangre el sacrílego vino que llevan á sus labios.

Despues de esto, y en tanto que llega el dia y con él la señal de un nuevo ataque, el desheredado judío y el abominable renegado referirán á los moros con despreciativo acento la misteriosa leyenda de Ana y de Joaquin, de José y de María, de Juan y de Jesus; pero á medida que avancen en su relacion, el israelita sentirá inflamarse en su pecho aquella voz de profecía, que le hace sospechar siempre si el Jesus que crucificaron sus padres seria el verdadero Hijo de Dios, y el renegado volverá á oir en su alma los ecos lejanos de la voz materna y á recordar la fe sublime con que una mujer, que le habia llevado en sus entrañas, le enseñaba, cuando él era tierno niño y dormia en su amoroso regazo, los inefables misterios de aquella religion que ahora aparenta descreer... Se inflamará, pues, la palabra del uno y del otro narrador, y los moros cerrarán los ojos como huyendo de la luz, y el silencio y la meditacion descenderán sobre aquella mísera gente. Así, pues, los ángeles pasarán por entre ellos sin miedo alguno, cuando dentro de tres horas vayan cantando de monte en monte: ¡*Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad*!

Al mismo tiempo que se habla y se piensa de este modo en la infiel Sierra Bullones, los barcos de todos los pueblos de Europa, al pasar esta noche por el Estrecho de Gibraltar, verán á lo lejos las hogueras del ejército español acampado á cielo raso en las soledades de Africa; y así los duros marinos como los impresionables pasajeros, sea cualquiera su religion, su patria ó su idioma, enviarán un saludo de entusiasmo y simpatía á los nobles soldados del Evangelio, á los mantenedores de la civilizacion, á los heróicos hijos de la inmortal Iberia.

¡Tambien desde Gibraltar se divisarán nuestros hogares de campaña! Pero ¿quién puede adivinar lo que pensarán allí los amigos de los moros?—Hago demasiado honor á sus virtudes domésticas, á su buen sentido y á su notoria religiosidad, para dejar de creer que en esta hora sentirán rubor y hasta remordimientos por los públicos consejos, por la secreta ayuda que están dando en contra nuestra á un pueblo vil y miserable que es la vergüenza de la humanidad y el escándalo de las naciones. ¡Oh!... ¡sí: yo no puedo dudarlo ni un momento: nuestros ocultos enemigos nos harán justicia siquiera por esta noche, y se confesarán á sí mismos, no sin cierto bochorno, que nuestra conducta es mas noble, mas digna, mas honrosa que la de ellos!—Pero si yo me engaño, y ni aun de este arranque de generosidad son capaces, compadezcamos su pobreza de alma y busquemos con la vista seres mas privilegiados.

Algeciras, San Roque y otros pueblos de España habitados por compatriotas nuestros, nos contemplan tambien en este instante desde la costa vecina... ¡Cuánto amor, cuánto interés, cuánta ternura y cuánta pena nos enviarán en alas de los vientos! ¡Con qué afan demandarán al cielo que alege de nuestro horizonte las nubes que ya principian á encapotarlo! ¡Con qué placer nos cederian el techo, la mesa, el hogar y la cama que abandonan por mirarnos, siquiera sea á lo lejos! ¡Con qué verdadero júbilo pasarian esta noche á nuestro lado! ¡Cómo nos compadecen, cómo nos aman, cómo nos bendicen!

¡Ay! ¡ay! Y si estiendo mas la vista, si dejo volar mi pensamiento; si esplayo mi imaginacion sobre toda España; si penetro en cada provincia, en cada ciudad, en cada aldea, en cada cortijo, en cada casa, ¿qué es lo que veré, que solo de pensar en intentarlo las lágrimas acuden á mis ojos y la pluma desmaya entre los dedos?

¡Madres, padres, hermanos, hijos, esposas, enamoradas vírgenes! ¡os vemos con los ojos del corazon! ¡os estamos mirando como nos mirais vosotros! ¡Solo que desde aquí podemos veros mas distintamente, sabiendo como sabemos dónde os encontrais, qué vida haceis, cuáles son vuestros sitios y costumbres, qué lugar ocupais en el hogar y en la mesa y hácia dónde cae el cristal cubierto de escarcha, al cual os asomais para buscar con la vista las estrellas que nosotros contemplamos!—Todo, todo lo sabemos: vuestra Noche-Buena es de llanto y luto: un crespon de duelo cubre en vez de mantel la mesa abandonada: *¿Cómo estarán?* esclamais á cada instante: *¿Habrán muerto? ¿Morirán esta noche? ¿La pasarán batiéndose? ¿Tendrán hambre y frio? ¿Se acordarán de nosotros?*—¡Oh! no: esto no lo preguntais: ¡esto lo sabeis!

Pero demos tregua á tan mortal congoja y tornemos los ojos al espatriado ejército: ó lo que es lo mismo, prescindamos de perspectivas y tracemos el primer término de nuestro cuadro: hé aquí el espectáculo que presenta el campamento.

Empieza á llover: la oscuridad es densísima: del próximo mar, solo se perciben sus largas lamentaciones: el cielo parece haber desaparecido. ¡Todo es vacía tiniebla alrededor de nosotros!

El soldado, verdadero protagonista de todas las guerras, tiene hoy doble racion de vino y dos horas de prórroga para acostarse; con esto y con su industria le basta para pasar una velada deliciosa.—Muchas veces he salido de mi tienda para contemplar el aspecto de nuestro campo, y siempre he visto y oido cosas tan interesantes que no bastaria todo un volúmen para referirlas. ¡Qué grupos! ¡Qué conversaciones! ¡Qué episodios tan tiernos y tan peregrinos!

Las hogueras tienen tambien doble y hasta cuádruple racion de leña: alrededor de cada una se encuentran diez ó doce soldados cociendo, asando y friendo todo lo que hoy les ha dado la administracion, con mas lo que ellos han podido proporcionarse particularmente. En una parte se refieren historias, en otra cuentos, aquí se discute sobre el órigen, curso y resultado de la guerra, allí se trazan fisiologías de los jefes y oficiales: pero la conversacion mas general gira sobre las costumbres del pueblo de cada uno, sobre el modo como en ellos se suele pasar la Noche-Buena, sobre los sitios en que este ó ese se ha encontrado tal ó cual año durante las solemnes horas del **24** de diciembre, sobre lo que allí les ocurrió, y finalmente, sobre el punto de la tierra en que quisieran encontrarse en este momento.

Por este camino, nada es mas natural que venir á caer en los recuerdos de familia. El uno dice los hermanos que tiene y cómo se llaman; el otro saca de una pobre cartera la última carta de su padre; este describe á su novia, colocándola sobre todas las mujeres del universo; aquel dice lo que haria si fuese pájaro, hácia dónde tenderia el vuelo, por qué chimenea penetraria y á quién iria á darle la primera sorpresa. Ni es mucho ver que aquel reposado coloquio termine en un par de *Padre-nuestros*, cuando no en un trago y una copla, que así puede ser de jota como de rondeña, lo mismo una manchega que un zorcico. Sin embargo, el aire que domina esta noche es el canto de los *Aguinaldos* con el estribillo de *lo que dijo Melchor*, acompañado de zambomba, imitada con la garganta. Segun tengo indicado, hay entre nosotros una pandereta, que no sé de dónde diablos ha salido, la cual no descansa ni un segundo, percibiéndose ademas dentro de una tienda de oficiales el lánguido suspiro de una flauta. En fin, y como resúmen de tantos placeres y alegrías, te diré la frase que acabo de oir á un centinela: «Chicos... si vuelvo á mi tierra, juro á Dios que al oir nombrar á Africa, aunque me pille comiendo, echo á correr y me meto en la cama.»—Creo que esto dice todo.

Mas penetremos en las tiendas de jefes y oficiales.—En una, alegres jóvenes han dispuesto la cena mas opípara que te puedes imaginar, no ciertamente por la calidad y condimento de los manjares, sino por los nombres pomposos que los ilustran. Oye lo que recuerdo del ***menu***: arroz ***á la Muley-Abbas***, salchichon á la ***Bullones***, picatostes ***á la gumia***, tocino ***de Tetuan***, sardinas ***á la bayoneta***, almendras ***de espingarda***, vino del ***Serrallo***, higos del ***Morabito*** y pasas de ***Castillejos***.—En otra tienda se juega pacíficamente al tresillo: en la inmediata se pasa revista á óperas enteras, cuyos duos y cavatinas son cantados á coro: en la de mas allá algunos hombres melancólicos se hallan acostados desde que se puso el sol... Pero en todas ellas, en medio del juego ó de la conversacion mas animada, sobresaliendo entre el canto y las forzadas risas, percíbese siempre la misma esclamacion dolorosa: *Ahora en mi casa...* ***El año pasado á estas horas... Cuando yo era niño... Mi padre, que esté en gloria... Si escapo de la guerra... Cuando vuelva á España... El dia que me despedí... Me escribe mi mujer...*** —Y lo demás que puedes figurarte.

Con que hagamos punto. Creo haberte demostrado que tambien ha sido hoy aquí dia de Noche-Buena. ¿Cómo no, si este es ya territorio español, suelo cristiano, patrimonio de Jesucristo?—¡Dulce es pensarlo, y mas dulce asistir á ello! Un ejército católico avanzando por país agareno, que es como quien dice, la Iglesia Militante de que habla San Agustin, ha establecido sus reales en el imperio musulman de Marruecos y saludado en él la venida del Mesías. Una colonia militar española tremolará mañana su pabellon de triunfo sobre las crestas de Sierra Bullones, y á la hora en que todo el mundo católico escuchará los acentos de alegría que estenderán las campanas por la estremecida atmósfera, la voz de nuestros cañones repetirá como un eco tan venturosa señal, que irá sonando de cima en cima hasta las cumbres del gigantesco Atlas.

Ha mediado la noche... ¡Silencio! ¡Silencio!—Calle la pluma y hable tan solo el corazon.

XXII.

El enemigo nos felicita las Pascuas.—Cadáveres moros.—La noche rivaliza con el dia.

26 de diciembre.

Ayer no te he escrito... ¿Ni cómo escribirte?—¡Oh, qué primer dia de Pascua!—¡Qué fecha tan horrible y tan gloriosa! ¡Qué dia y qué noche tan inolvidables!—

Hoy cojo la pluma para continuar mi *Diario*; y en verdad te digo, que solo yo y tratándose de cumplir una promesa, encontraria fuerzas en el cuerpo y en el alma para añadir una página mas á este laborioso libro, empapado en mi sudor, en mis lágrimas y en mi sangre:—¡que sangre mia es, y como tal la lloro, toda la que mis hermanos derraman diariamente ante mi vista!

No te lo cuento para que me lo agradezcas, ni menos para que me admires (pues nada es lo que yo paso, en comparacion de los sufrimientos de todos los que me rodean); te lo cuento, sí, para que me disculpes si me retraso en copiar los apuntes de mi cartera, si lo hago en desaliñado y bárbaro estilo y si se me olvidan muchos y muy importantes episodios.

Hoy, por ejemplo, voy á referirte el memorable combate del dia de ayer, bajo un lienzo húmedo, mal sujeto y estendido sobre un charco cenagoso; sentado en un incómodo lecho que destila agua; calado yo hasta los huesos; fatigado de la accion de ayer, en que estuve diez horas á caballo; postrado por el insomnio de la noche última, que la he pasado amarrado al palo de mi tienda, que el viento y el agua pugnaban por derribar; hambriento, febril, amagado del cólera, viendo á mi lado á un amigo que lucha con esta horrible dolencia...

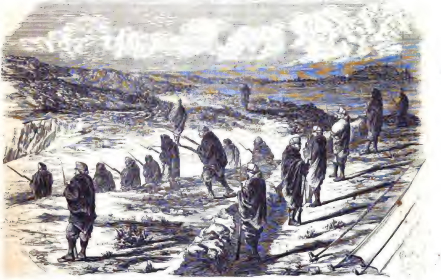
¿Pero qué importa todo? Cerremos los ojos al espectáculo presente, y abrámoslos á los recuerdos del espectáculo pasado. ¡Nuestro triunfo de ayer bien vale todo género de sacrificios! Yo le consagré el de mi salud, con tal de verlo; conságrale tú el de tu tolerancia, con tal de presenciarlo conmigo.

Apenas amanecia, y ya el toque de diana habia arrojado el sueño de todas las tiendas, cuando empezóse á oir en este campamento un tiroteo cercano, mas cercano que nunca, que resonaba á un mismo tiempo en toda la estensa línea de la trinchera.

Nadie se sorprendió: todos esperábamos que los moros celebrarian la solemnidad del nacimiento de Jesus, atacando furiosamente á los *perros cristianos*: y asi es que todo el mundo pasó la segunda mitad de la Noche-Buena con las armas por almohada y el oido atento á la menor señal de acometida.

No se encontraron, pues, los marroquíes, como quizá lo esperaban en vista de los regocijos de la noche anterior, con unas tropas ébrias, fatigadas y entregadas descuidadamente al sueño, sino con un ejército armado, vigilante, avanzado á su vanguardia, que sondeaba con la vista las últimas tinieblas de la noche, y esperaba los primeros fulgores del dia para hacer la acostumbrada descubierta.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONES



La descubierta, en el campamento de Sierra Negron. (De un croquis.)

Ahora bien; el fuego que estalló sobre nuestra línea hizo comprender á las tropas que las fuerzas enemigas habian arreciado; que estaban encima y que envolvian materialmente nuestro campo desde la derecha, ó sea desde el reducto *Francisco de Asis* hasta la estremá izquierda, ó sea hasta la orilla del mar. La situacion era crítica y tremenda: un momento de vacilacion, y los moros invadian el valle del *Tarajar*, y la confusion y la alarma convertian nuestro campamento en un caos. Pero ¡ah! la serena impavidez de nuestras tropas y de nuestros generales compitió en aquella hora con el arrojo y el empuje que mostraron luego.—Nadie se movió de la trinchera, ni para avanzar, ni para retroceder: contestóse con balas á las balas, y entre tanto fueron avanzando nuestros batallones en apretadas columnas por las laderas de los barrancos y situándose de modo que pudieran en un momento rechazar al enemigo por todos lados y hacerle pagar cara su osadía.

Asi fue: á cosa de las nueve, el general Quesada, seguido de su cuartel general, se puso á la cabeza del batallon de Barcelona y de algunas fuerzas de los de Asturias, Africa y la Reina; y armado de una carabina, así como sus ayudantes, Estado Mayor y el denodado brigadier Otero, embistió á la bayoneta contra los moros, entre un vivísimo fuego, que regaba de sangre su camino, gritando á sus soldados: ¡*no tirar*! ¡*no tirar*! ¡*están cortados*! ¡*á la bayoneta*! ¡*viva la reina*!

¡*Están cortados*!—Esta es la frase, mas tremenda que se pronuncia en la lid. ¡Que nunca salga de los labios de los moros! Ayer, dicha por el general Quesada, significaba, como siempre, que el enemigo acababa de ser mutilado; que habia perdido parte de sus fuerzas para no recobrarlas mas; que esta se hallaba aislada, envuelta, encerrada en un círculo de muerte, y que el triunfo, por lo tanto, era seguro, evidente, tangible, irrefragable.

Los moros estaban efectivamente cortados: ¡érales imposible huir y lo intentaron sin embargo! Pero ¿cómo? Precipitándose por las rocas á la playa, arrojándose al mar, huyendo hácia nuestro campo,—lo que equivalia á prolongar un minuto la hora de su muerte.

Esta llegó para todos, porque todos prefirieron morir á rendir las armas. Matando y rugiendo exhalaron el último suspiro; y sus cadáveres, cosidos á bayonetazos, quedaron á la espalda de nuestras victoriosas huestes. Los demás huyeron, llevándose penosamente una innumerable multitud de heridos; pero sembrando el camino de su fuga de armas, de sangre, de municiones y de pertrechos militares.

Entre tanto, el general Ros, enfermo todavía, abandonaba el lecho y subia á la trinchera, desde donde dirigia la accion con esa elevada táctica y fria inteligencia que no pierde en medio de las balas y que le valió este dia la admiracion de todo el ejército. El general Turon, encargado de defender nuestra derecha, á donde habia cargado el enemigo buscando la revancha de su derrota sobre el mar; el general Turon, digo, con la entereza que le es propia, sostenia un rudo combate que cubrió de gloria á los batallones de Asturias, la Reina, Baza, Ciudad-Rodrigo, y la Albuera.—Allí los coroneles Bohorques, Alaminos, Pino y Ulibarri se batieron entre los oficiales, y los brigadieres Cervino y Mogrovejo dejaron la espada del jefe por la carabina del soldado. Allí los jefes de todos los dichos cuerpos, Novella, Cos-Gayon, y aquellos cuyos nombres no sé, pero cuyo valor pude admirar, estaban delante de sus tropas, dándoles ejemplo de intrepidez y de desprecio á la muerte. Allí, por último, los soldados rivalizaban en denuedo y latian de entusiasmo y de amor á sus oficiales, á los que pugnaban inútilmente por servir de escudo con sus animosos pechos.—¡Oh! fue un dia de heroismo que valió al tercer cuerpo mil plácemes y felicitaciones del conde de Lucena y de su cuartel general.

Porque O'Donnell habia acudido, como siempre al punto de mayor peligro y dirigia ya el combate personalmente. ¡Que admirable serenidad la suya; que golpe de vista; que inteligencia de la guerra! El general en jefe dice *que no oye las balas*, y así debe de ser; pues no se comprende de otro modo la indiferencia con que va y viene en medio del fuego, cuando todos las oyen silbar y las ven herir. Cien y cien miradas ansiosas se fijan en él durante esos momentos; y al ver en tan inminente riesgo la vida del que es la clave de la actual situacion de España y la piedra angular del ejército, todos los que aman á su patria, sea cualquiera su particular criterio político, se asombran de la fuerza de destruccion y del gérmen de trastornos que se encierran en una bala.—¡Oigalas, siquier sea por mero patriotismo, nuestro general en jefe, ó apártelas Dios de su amenazado pecho!—

Entre tanto que O'Donnell se echaba así en brazos de su buena estrella, el general Ros de Olano era llevado en los de sus ayudantes á la tienda del coronel duque de Gor.

Nuestro general, mal repuesto del cólera y á rigurosa dieta hacia muchos dias, habia caido sobre la trinchera, con no menor gloria que aquellos soldados que volvian de las guerrillas bañados en su sangre. El uno, como los otros, caian en su puesto de honor, cumpliendo con su deber.

Pero he citado dos veces en una misma página un ilustre y esclarecido nombre, sin detenerme como debia, á considerar su gran significado en esta guerra.—El duque de Gor, en cuya tienda acababa de entrar el general Ros de Olano, no es sino el coronel don Mauricio Bohorques de que acabo de hablarte con tanto elogio. Es decir, que un grande de España de primera clase, un hombre acaudalado, una persona á quien sus mayores legaron gloria y renombre al trasmitirle su apellido, no satisfecho con esta posicion debida á su nacimiento, aspira, y lo ha conseguido ya seguramente, á conquistarse otra por sí mismo, acreciendo así, en vez de aminorarlos, los títulos de honor de su familia. Yo, sin que sea visto que plantee aquí odiosas comparaciones entre la conducta del coronel Bohorques y la de otros individuos de nuestra aristocracia, no puedo menos de confesar que el duque de Gor lleva tan dignamente su apellido, que sus progenitores, si abandonasen la tumba, reconocerian en él un legítimo representante de su estirpe. Ni es él solamente la honrosa personificacion que tiene la grandeza en el ejército de Africa. Las casas de Corres, Ahumada, Fuente-Pelayo, la Concordia, Amarillas, la Cimera, Malpica, Fernandez de Córdoba, Salazar, Noblejas, Mirasol, Villadarias y otras que no recuerdo, han enviado tambien nobilísimos vástagos á esta grandiosa lucha. Por lo demás, yo debia rendir preferentemente un cariñoso saludo al duque de Gor, aunque solo fuese porque la villa sobre que titula está vecina á la ciudad en que nací.—La pobre hacienda de mis padres, perdida en un melancólico desierto, linda con los estensos bosques del ducado, y en ellos suelo yo buscar soledad, consuelo y fuerzas siempre que naufraga mi esperanza en el océano de la vida...

Pero regresemos á Africa y al dia de ayer.

Y bien, á las tres de la tarde el combate habia terminado y no se veia un solo moro por estas cercanías. Su temeridad se habia vuelto contra ellos mismos. El primer dia de Pascua no será una fecha de luto para el orbe cristiano, sino para los sectarios del Profeta. Nuestra infantería los espulsó primero de sus posiciones; la artillería los persiguió y destrozó en su retirada, y la lluvia, finalmente, les obligó á trasponer nuestro horizonte.

Tal fue la jornada del 25 de diciembre: durante ella tuve ocasion de ver por la vez primera tranquila y detenidamente, como que estaban muertos á mis piés, á los estraños enemigos que luchan con España hace tanto tiempo; y si he de decirte toda la verdad, el primer sentimiento que me inspiró su vista fue cierto disgusto, cierta vergüenza, cierta repugnancia. Y es que aquellos adversarios me parecieron indignos de medir sus armas con las nuestras: es que los encontré demasiado viles y miserables para ocupar una página en nuestra historia: es que me dió pena y me causó tedio la consideracion de que unos seres tan degradados costasen á mi patria tanto luto, tantos sacrificios, tantas vidas generosas. Luego,—no sé por qué evolucion de mis ideas,—esperimenté una profunda compasion hácia aquellos desgraciados; y por último, sobreponiéndose en mí á todo la devocion artística, me sentí poseido de admiracion por ellos y los encontré tan grandes, tan nobles y tan hermosos, que me entristecia la consideracion del odio con que me habrian mirado si la vida hubiese vuelto á alumbrar sus inanimados ojos.

Eran las diez de la mañana: el dia estaba nebuloso y la mar empezaba á embravecerse bajo el látigo fiero del *levante*. La playa se encontraba sola todavía:—pues apenas habia empezado á circular por el campamento la noticia de que nuestros cazadores habian dejado á retaguardia cuarenta cadáveres enemigos;—el lugar era melancólico de suyo, y yo caminaba sin mas compañía que un sordo remordimiento por la cruel curiosidad que allí me habia llevado.

Una pincelada mas y acabarás de formar idea de aquel parajo. Figúrate un arenal rojizo, estrecho y largo, limitado á mi izquierda por las espumantes olas y á mi derecha por unos altos peñascos, áridos y adustos, tajados verticalmente sobre la playa. De aquellas empinadas rocas habian caido ó sido precipitados los moros cortados en la carga á la bayoneta, y allí estaban sus ensangrentados cadáveres; unos colgados por sus jaiques de los picos de la peña viva; otros estrellados contra los pedruscos que arrancaron al caer; los que llegaron vivos abajo, tendidos sobre la arena en el lugar en que les alcanzaron nuestras balas, y los que prefirieron morir ahogados, yendo y viniendo de la mar á la orilla á merced del espumoso oleage... Era el cuadro de mayor desolacion que yo he visto nunca: sobrepujaba en horror al mas angustioso naufragio: la soledad y la desesperacion en que aquellos hombres exhalaron su último aliento hacian pensar á la vez en la loca confianza con que pocas horas antes abandonarian sus tiendas, y acaso á sus familias y en las atroces contingencias de la lid que podrian llevarle á uno á un caso semejante.

¿Quiénes eran aquellos hombres? ¿quién los echaria de menos? ¿hácia qué sombras queridas tendieron los brazos al tiempo de morir?

Te lo he dicho: al acercarme á ellos, su pobre, miserable y selvático aspecto me hizo desconocerles como á adversarios dignos de una nacion hidalga; pero luego, su fatal estrella, su menguado vivir y su fin trágico y desastroso movieron mi ánimo á la piedad y lamenté la mala fortuna de aquellos semejantes mios. Despues volví á ser cruel con su desgracia y procuré grabar en mi imaginacion todos los accidentes de aquel patético cuadro, no viendo ya en él una catástrofe natural, sino un bello asunto para la pintura ó para la estatuaria.—Y hé aquí las figuras que mas vivamente me impresionaron.

Sorprendióme desde luego la variedad de tipos y aun de razas que se veia representada en cuarenta hombres segregados al acaso de un ejército no muy numeroso. La mayor parte eran indudablemente riffeños, á juzgar por sus pardos jaiques rayados de blanco; por sus cabezas afeitadas escrupulosamente, salvo un largo mechon que conservaban hácia el occipucio, como los chinos, y por sus fornidos miembros y atlética musculatura. Recuerdo de entre estos á uno, jóven y hermoso, cuya vestimenta, como la de casi todos sus compañeros, se reducia al largo jaique de descomunal capucha. Hallábase tendido en el mismo borde de las aguas: sus negrísimos ojos, aunque nublados para siempre, mirahan aun enfurecidos, y su correcta y callosa mano, ennegrecida por la pólvora, se remontaba sobre su cabeza como si amenazase todavía. Su barba rala y partida en dos, rodeaba como un feston de terciopelo un pálido rostro de singular belleza, sombreando artísticamente su recio cuello, atravesado por una espantosa herida. Uno de sus piés conservaba una babucha redonda de cordovan, y el otro, completamente descalzo, ostentaba la fortaleza del hierro y las finas proporciones de los piés del Mediodia. Notábase, en fin, en todo aquel hombre medio desnudo, algo que recordaba los contornos graciosos y acerados de los caballos árabes. El arte antiguo le hubiera tomado para modelo de sus famosos gladiadores.

En cambio de este elegante tipo, ví otro en quien todo era rudeza y ferocidad. Sus mismas bárbaras heridas le hacian parecer mas horroroso; pues tenia deshecha la cabeza por un bayonetazo y los dos hombros ensangrentados por dos balas. Era de estatura colosal; chato como un tigre; con las rodillas mas recias y nudosas que ví nunca en ser humano; enarcado de brazos y de piernas; de piel lustrosa y curtida, en la cual blanqueaban muchas cicatrices que revelaban toda una vida de combates, y presentaba todos los perfiles y caracteres de una bestia sanguinaria.—Una especie de túnica, tejida con pelo de camello cubria apenas su cintura; se hallaba descalzo, y á su lado se veia una bolsa de tafilete rojo, de la que se habian volcado algunas balas, una gran cantidad de pólvora y un cubillo de cuerno, destinado al parecer á medir la carga. Por último, entre la pólvora asomaban algunos mendrugos de galleta ennegrecida por su contacto: era el alimento propio de una criatura de aquella especie.

Tambien recuerdo á un mulato, feo, cobrizo, imberbe, largo de brazos, semejante en todo á un ídolo egipcio.

Contrastando con él, y colgado de una jara, al modo de un Absalon, ví á un jóven de quince ó diez y seis años, blanco y endeble, cuyo rostro espresivo aun conservaba el sello del espanto, y cuyo seno desnudo vomitaba todavía calurosa sangre por una tremenda herida de bayoneta. Este no era riffeño como los dos primeros que he descrito, ni mulato como el tercero: parecia un moro de la ciudad: su jaique era mas limpio; llevaba alguna ropa interior, y sus babuchas ostentaban graciosos arabescos.

Por lo demás, allí habia hombres de todas las edades; lo mismo tiernos adolescentes como el que te acabo de pintar, que viejos canosos de rugosa piel y garrosos miembros; pero la mayoría era de varones fuertes, en la plenitud de su virilidad. Allí encontré dos negros, el uno de ellos hermoso y reluciente como un cafre, y el otro deforme y parduzco como un hotentote: la verdadera casta mora se manifestaba en algunos por el trazo diagonal de las cejas y por la depresion de la nariz roma, así como la raza árabe se revelaba en otros por el noble perfil de sus semblantes ovalados, por la finura de sus músculos de acero y por la esbeltez de sus delgadas cinturas.—Finalmente; segun la opinion unánime de cuantos visitaron ayer aquel teatro de muerte, uno de los cadáveres parecia de europeo, lo que nos hizo creer si seria un español renegado, un presidiario prófugo de Ceuta ó de Melilla. Ello es que el corte de su barba, los rasgos de su fisonomía y el color de su frente y de su pelo no tenian nada de meridionales.

¡Ví hasta cuarenta... te lo repito! Nunca, jamás olvidaré aquella mañana, aquel lugar, aquellos muertos! Los estremecimientos de mi caballo me los anunciaban antes de que yo los viera, y cuando me alejé de aquel ensangrentado arenal para subir á la montaña vecina, un alegre resoplido del noble bruto pareció como que me advertia que habíamos estado solos demasiado tiempo.

Réstame hablarte de la noche que sucedió á este inolvidable dia.—Ya te he indicado que á las tres de la tarde empezó á llover. Pues bien, á las cinco estábamos nuevamente en pleno diluvio, ni mas ni menos que en la célebre noche del 18, aunque esta vez con un viento mas sostenido y espantoso. La verdad es que las opiniones están divididas respecto á cual aguacero haya sido mayor: yo sigo votando por el que ya te he referido. De cualquier modo, anoche creimos tambien perecer; hubo tiendas en el suelo, bestias ahogadas y todo linaje de averías. «¡Qué primer dia de Pascua!» habíamos esclamado por la mañana: «¡qué noche de descanso, despues de tan horrendo dia!» esclamábamos á la noche.

Un episodio, y concluyo.—A cosa de las cuatro de la madrugada, desesperando ya de que el turbion cediese, y viendo que éra imposible permanecer dentro de la tienda, encendí mi linterna sorda y me marché en busca de una gran lumbre que se divisaba á lo lejos. Caminando hácia ella, recordé que á un amigo mio le tocaba esta noche el servicio de trinchera y pensé en hacerle una visita. Subí, pues, á lo alto del monte y hé aquí el cuadro que contemplé y que no pudo menos de conmoverme.

En medio de una pequeña esplanada, rodeado por algunos oficiales y soldados,—envueltos los primeros en largas capas de goma y los segundos en sus mantas grises,—percibíase á un hombre sentado sobre una piedra, el cual resistia inmóvil y como insensible todo el furor del viento y de la lluvia. A sus piés se veian unos carbones apagados y nadando ya sobre el agua, y cubria su cabeza y todo su cuerpo un albornoz de paño oscuro, en cuya capucha relucia un entorchado de general.

Era Turon; *el general soldado*, como le denomina la fama hace mucho tiempo.

El anciano militar mandaba anoche el servicio de trinchera, y descansaba de las fatigas de la reciente lid sentado en aquella peña dura, bajo el azote del huracan.

Allí le dejé resignado y silencioso, pasando quizá revista en su imaginacion á tantas y tantas noches como habrá velado en frente del enemigo desde el año de 1823 en que se ciñó la espada.—Allí le encontró la primera luz del dia de hoy.

XXIII.

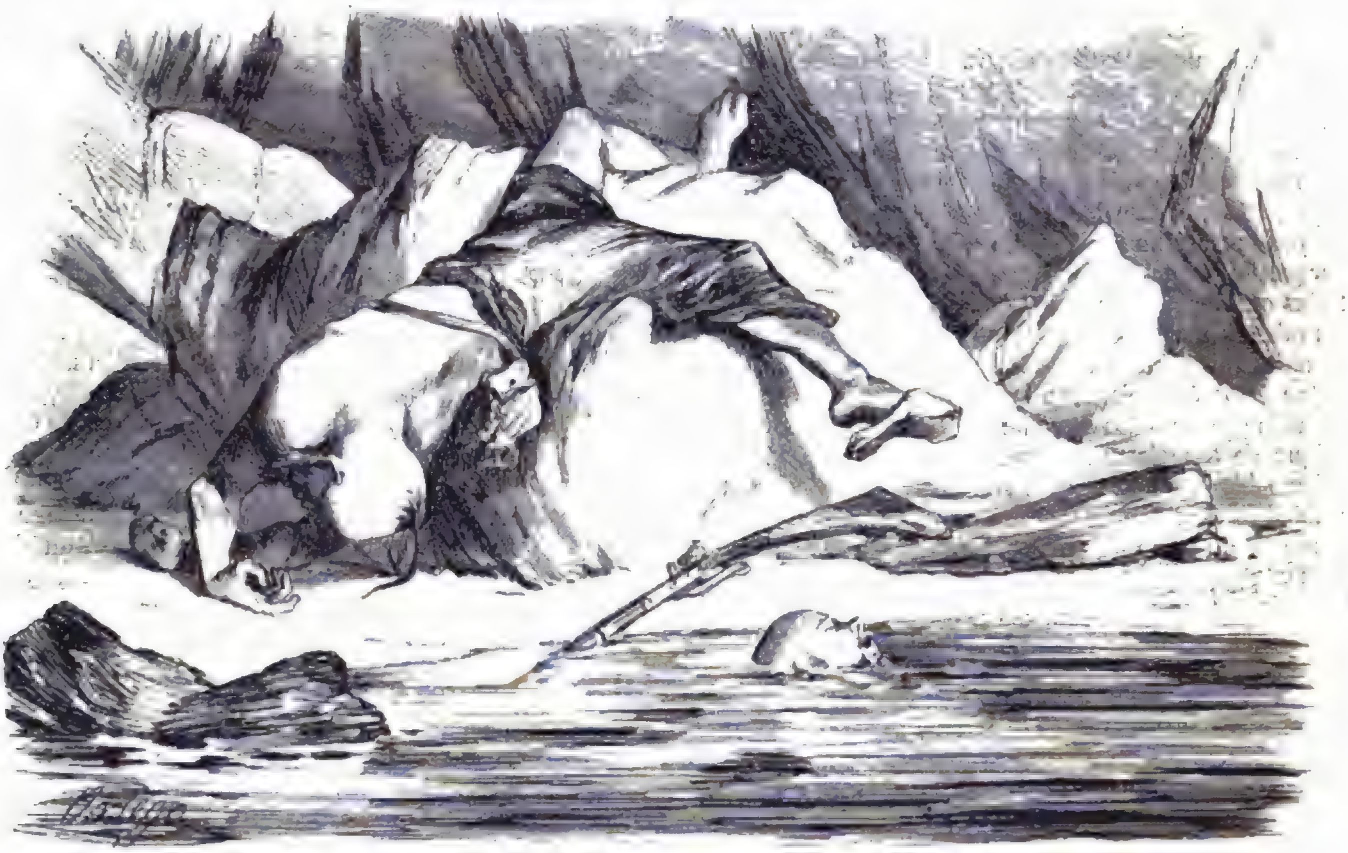
Vacaciones de Pascua.

26 por la noche.

Nada nuevo.—Se han enterrado los muertos de la accion de ayer, asi los nuestros como los del enemigo; pero no juntos.

Los heridos han sido trasladados á Ceuta ó á la península.

Algunos amigos mios han marchado tambien, atacados del implacable cólera.



Cadáveres moros á orillas del mar. (De un croquis.)

Los que quedamos aquí, solo hacemos votos por salir pronto de este apestado valle, por trasponer esos ensangrentados montes, por llegar á la llanura, por ver á Tetuan.

27 de diciémbre.

Seguimos lo mismo.—Llueve; arrecia el cólera; se trabaja en el camino de Tetuan y los moros no parecen por ningun lado.

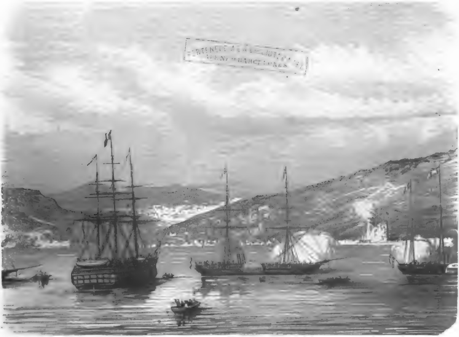
Verdaderamente, nuestras Pascuas no pueden ser mas aburridas.

La pobre ciudad de la *Concepcion* se nos ha llegado á hacer insoportable. Nadie espera ya que los moros vuelvan á atacarnos en estas posiciones, y en cambio todos temen que la epidemia les lleve á una fosa oscura, negándoles la gloria y la ventura de contemplar los estraños paises que pensaban recorrer y de presenciar las grandes luchas en terreno franco que nos reserva el porvenir.—Reina, pues, en el campamento, una tristeza profunda que nada podrá disipar, como no sea la órden de marcha.—Todo nos indica que esta se dará pronto.—¡Mil veces venturoso el cuerpo de ejército que tome la ofensiva! esclaman al pensar en esto, los que ya se han batido cinco veces en el espacio de diez dias.—Y en su consecuencia, el paseo mas de moda entre nosotros es el camino de Castillejos..... pero solamente hasta el punto que aconseja la prudencia, ó sea hasta nuestras últimas avanzadas..... y otro poco mas..... á fin de distraer el mal humor.

De noche se juega al tresillo; y por cierto que en mi partida interviene un tipo que te describiré alguna vez: es un capellan de regimiento.—De ahora para entonces, te anticipo una importantísima observacion; y es que al cabo de cierto tiempo de estar un sacerdote en campaña, parece mas militar que el mismo Cárlos XII, mientras que su asistente, que siempre es un soldado, se convierte en un verdadero sacristan, místico y devoto como una monja. De cualquier manera, nuestro compañero de tresillo es un ángel de paz en los dias de guerra y una guerra andando los dias que no hay accion. Pero no tengo hoy humor para hacer retratos: en otra ocasion completaré la figura del capellan de regimiento.

28 de diciembre.

Otro dia mas de inaccion y de impaciencia. Los marroquíes han cambiado de plan indudablemente, comprendiendo al fin, que serán inútiles cuantos esfuerzos hagan para estorbar los trabajos del camino de Tetuan. Sin embargo, no deben de estar muy léjos.



Bombardeo del fuerte Martin, en la ria de Tetuan. (De un croquis).

Anoché, desde que oscureció hasta despues de las nueve, hemos visto desde nuestra trinchera una claridad lejana, un reflejo desvanecido en el aire, una especie de aurora boreal que solo podia provenir de la llama de mil hogueras. Esto nos ha hecho creer que detrás de las primeras montañas que siguen á las que ocupamos nosotros, es decir, á media legua de nuestro campo, tienen el suyo los enemigos.

Aquella lucidez del viento, aquel resplandor rojizo, aquella atmósfera inflamada hubiera hecho esclamar á los pastores de Andalucía: *¡Mal presagio! El cielo tiene color de sangre... vamos á tener guerras!*—A nosotros nos revelaba mas fija y determinadamente, que el dia en que emprendamos nuestra marcha encontraremos á los moros en el valle de los Castillejos.

XXIV.

Por mar y por tierra.

29 de diciembre.—Por la mañana.

Hé aquí un dia magnífico, resplandeciente, delicioso. —Desde que resonó el toque de diana, conocí en las puras y melodiosas vibraciones del aire que el cielo estaba sin nubes y que la mar dormia tranquila. Los cantos de alegría de los soldados saludaban la vuelta del buen tiempo: la naturaleza y el hombre parecian resucitar de un letargo de muerte.

Salté de la cama, ansioso de luz, de aire y de calor: abrí mi tienda; y salí á la que todos no podemos menos de llamar *la calle*. ¡Qué animacion, qué vida, qué regocijo respiraba el campamento! Todas las tiendas estaban abiertas de par en par: camas, ropas, monturas, mantas, víveres, armas, municiones, todo se veia estendido, desdoblado, desparramado á la puerta de cada habitacion, á fin de que el sol lo secase cuando sus rayos adquiriesen fuerza. Unos se marchaban á lavar; otros hacian su *toilette* al aire libre despues de muchos dias de irremediable incuria: estos describian con pintorescas frases el detrimento que el temporal habia causado en su equipo: aquellos esclamaban, desperezándose y mirando su carabina: —¡*Hoy hace un buen dia de moros*!—Como los cazadores dicen en España: «Hoy hace un buen dia de perdices ó palomas.»

Entre tanto, los batallones van mandando compañías á la playa para que descarguen sus armas y las limpien: el general Prim pasa por la izquierda de nuestro campo, dirigiéndose con sus tropas al camino de Tetuan, á fin de reconstruir algunos puentes que el temporal ha derribado: los cantineros y mercaderes acuden de Ceuta con vino, fósforos, cigarros, papel de escribir, velas y otros artículos preciosos: los caballos relinchan, como diciendo que están prontos á dar un paseo; la tropa, tan macilenta ayer, revela hoy en su semblante la esperanza de que un sol tan claro mejorará la salud del campamento y acelerará el instante de nuestra marcha: llegan, en fin, los correos de dos ó tres dias, y con ellos los efluvios de amor y de entusiasmo que nos envia sin cesar la madre patria: un aluvion de cartas y periódicos inunda el valle: todos tienen noticias de su casa; todos se animan á seguir adelante al ver la noble actitud del pueblo español; todos se hacen la cuenta de que las penalidades pasadas han sido un mal ensueño, una horrenda pesadilla, y procuran imaginarse que hoy es cuando verdaderamente empieza la campaña.

Para que el dia sea completo, hé aquí que se presentan en la lontananza de nuestro horizonte, como viniendo de Gibraltar ó de Algeciras, dos, cuatro, seis... hasta nueve buques de vapor y de vela que se dirigen hácia este mar.

Todos los anteojos se ponen en movimiento... ¿Qué escuadra es aquella? ¿A dónde va? ¡Aquí de las congeturas, de las suposiciones y de las grandes mentiras!—Quién dice que son barcos ingleses que van á socorrer con víveres y municiones al ejército de Tetuan. Quién anuncia que es la escuadra francesa que trata de cañonear de nuevo el *Fuerte Martin*. Cuál da por seguro que aquellas embarcaciones traen á bordo la division del general Rios, que al fin viene á reforzar nuestro ejército: cuál otro jura y perjura que su anteojo es el mejor del universo y que distingue á dos pasos de distancia las boinas rojas de los tercios vascongados; quién, por último sabe de buena tinta que aquello no puede ser sino una escuadrilla rusa que ha bajado de los mares del Norte á fiscalizar las operaciones de los buques de la Gran Bretaña.

En esto levántase un rumor, que llega á hacerse general y que acaba con tan diferentes versiones.—¡*Es el pabellon de España*! ¡*Es la bandera roja y amarilla*! ¡*Son nuestros*! esclaman los oficiales llenos de alegría, ofreciendo sus anteojos á todo el mundo, á fin de que nadie deje de ver la querida enseña de la patria... Y entretanto, los buques siguen cruzando las olas á larga distancia de esta playa y con la proa puesta á la rada de Tetuan, cuya entrada determinan claramente á nuestros ojos el promontorio fortificado de *Cabo Negro*, y otro cabo paralelo á él, sobre cuya cima se percibe una blanquísima atalaya.

Queda, sin embargo, por resolver la parte mas esencial de nuestras dudas, que consiste en saber lo que van á hacer aquellos barcos en el puerto marroquí. Yo, por mi parte, no puedo resistir á tan justificada curiosidad, y dejo la pluma para ir á buscar noticias al cuartel general de O'Donnell.—Allí continuaré estos apuntes.

Al medio dia.

¡Oh felicidad, amigo mio! ¡Buen susto vamos á dar á los moros!—Sabrás como esta pobre gente ha remediado los daños que la escuadra francesa causó al fuerte Martin el dia 29 de noviembre...—Hoy hace precisamente un mes.—Sabrás como ciertos ingenieros han vuelto á colocar los cañones en su lugar y construido baterías rasantes, con todo lo cual se creerán inespugnables nuestros inocentes enemigos... (A lo menos, así se lo habrán asegurado sus asesores al cobrarles el precio de sus buenos oficios, con arreglo á la tarifa que ya conocen muchos pueblos de Europa.)—Pues bien; hé aquí que nuestra escuadra se dirige á la ria de Tetuan á demostrar á los sectarios y adeptos del Profeta, que han perdido su tiempo lastimosamente, y que los cañones españoles pueden darles cuantas veces sea necesario la misma ruda leccion que ya les dieron los franceses.

¡Oh! que no estuvieras aquí y presenciaras conmigo, siquier á larga distancia, esta magnífica escena.

Mira: son las doce de un dia sereno, diáfano, completamente primaveral. El firmamento y el Mediterráneo compiten en limpieza y hermosura. La mitad del ejército se halla abocada á la orilla del mar, circuyendo las playas ó coronando las alturas de la costa. Las naves españolas avanzan magestuosamente, trazando en el mar y en el viento estelas de azulado humo ó de reluciente plata. Los vapores remolcan á los buques de vela, formando dos divisiones. Los nombres de esos afortunados bageles son: *Isabel II*, *Vasco Nuñez de Balboa*, *Blanca*, *Princesa de Asturias*, *Colon*, *Villa de Bilbao*, *Leon*, *Santa Isabel* y *Vulcano*. La insignia capitana va en el *Vasco Nuñez de Balboa*, desde el cual mandará el ataque el general de Marina don Segundo Herrera.—Ya dejan á su derecha á Cabo Negro y forman en frente de la ria... Ya se encuentran á la vista de Tetuan... Ya penetran en la rada... Ya van desapareciendo á nuestros ojos... ¡Ya están todos dentro del puerto, bajo los fuegos enemigos!—¡Dios sea con España!

Ahora nada se ve; nada se oye. En nuestros mismos campamentos reina un silencio religioso. Yo oigo solamente los alborotados latidos de mi corazon.

¡Ah! Es la primera vez, despues de mucho tiempo, que nuestra marina, tan temida y respetada en otras épocas, rompe el largo silencio de sus cañones y toma la ofensiva contra los enemigos de España! Por eso yo,—que creo llegada la hora de nuestra resurreccion; que comprendo que nuestro pueblo no puede cumplir sus grandes destinos sin llegar antes á ser una potencia marítima de primer órden; que le veo trabajar por serlo, y que espero que lo será dentro de muy pocos años,—no puedo menos de prestar grande importancia á la empresa que nuestros buques acometen en este instante, por exigua que ella sea; pues, mas que como un hecho determinado, la considero como el primer paso dado en una senda gloriosa, como una inauguracion, como el principio de la nueva historia de nuestra armada, como la señal de que España reaparece sobre los mares, como un aviso dado al mundo de que no se ha estinguido la raza de los Laurias, Bazanes, Ulloas y Gravinas.

Pero ¿qué es esto, amigo mio? Todos aguardábamos oir un lejano cañoneo hácia la derecha, y lo que oimos es un ruido próximo de fusileria hácia el opuesto lado.—Decididamente, hoy es un dia de gran fortuna para nosotros, pues que vamos á tener á un mismo tiempo funcion por mar y por tierra.

Mas se me dice que el fuego es hácia el camino de Tetuan, en el campamento del tercer cuerpo!—¡Oh! si vieras que estraño efecto me produce esta noticia!—Esta noche te lo esplicaré y analizaré.—No parece sino que oigo tocar á fuego en mi parroquia y vienen á anunciarme que es en mi calle, cerca de mi casa... ¡Tal es mi sobresalto; tal es mi apuro al verme tan distante de mis compañeros!—Permíteme, pues, que suspenda nuevamente estos apuntes y déjame correr á donde me arrastra mi corazon.

A las nueve de la noche.

Voy á completarte la historia del dia de hoy,—dia de honor y gloria para nuestra patria, que ha alcanzado, durante él y á una misma hora, dos diferentes triunfos sobre el imperio de Marruecos; uno en su mar y otro en sus montañas; el primero atacando y el segundo resistiendo; aquel contra el poder pasivo de sus fortificaciones, y este contra la fuerza activa de sus soldados.—¡Feliz yo mil veces que he podido presenciar esta doble victoria de las armas españolas!—Conténtate tú con la relacion que voy á hacerte de lo que he visto á lo lejos y de lo que he tocado muy de cerca.

A lo lejos, y en tanto que avanzaba hácia el campamento de la *Concepcion*, ví aparecer algunos torbellinos de humo por detrás de Cabo Negro, hácia el punto donde debe caer la ria de Tetuan, y otra humareda mucho mas espesa, que salia de en medio de la rada. Pocos instantes despues percibí sordas detonaciones parecidas á lejanos truenos. El cañoneo habia principiado, y su estruendo remoto servia como de acompañamiento al estrépito del combate que se reñia algunas leguas mas acá; y que, por cierto, era mas vivo y animado que ningun dia.

Al llegar yo al teatro de la lucha, habia terminado ya su prólogo, que hoy, como siempre, ha consistido en amagar los moros un ataque por un lado para darlo formalmente por el lado opuesto.

Lo ocurrido hasta entonces era lo siguiente.

Al punto de las doce, algunas fuerzas marroquíes habian roto el fuego sobre el batallon cazadores de Vergara, perteneciente á la reserva, que apoyaba á una compañía de ingenieros ocupada en los trabajos del camino de Tetuan. El general Quesada se encargó de proteger á este batallon, y al efecto hizo avanzar á aquel punto á los cazadores de Llerena, con el brigadier Moreta á su frente: los de Vergara estaban sosteniendo á pié firme una arremetida de fuerzas triplicadas: calcula tú cual seria la posicion de los moros desde el momento que nuestros bravos vieron duplicadas sus filas. Bástete saber que al poco tiempo no se oia un solo tiro hácia nuestra izquierda.

En cambio,—y esto ya lo ví yo,—una innumerable multitud de enemigos, salió repentinamente de los enmarañados bosques que se estienden á nuestra derecha, dando espantosos aullidos, revueltos los de á pié con los de á caballo, corriendo estos en todas direcciones, agitando banderas, arengándose, amenazándose y hasta apaleándose unos á otros; pero todos tan elegantes como siempre (por supuesto, cuando se les mira á alguna distancia, que de cerca mas bien repugnan que interesan); todos airosos y fantásticos, con sus largas ropas blancas, sus ágiles movimientos, sus vistosos corceles y sus armas estrambóticas. En cuanto á su música militar, reducíase á un tamboril y á una dulzaina, cuyos lejanos ecos me recordaron las *festetas* de Valencia, pero cuyo toque no pude descifrar por mas que apliqué el oido.

De esta manera se adelantaron hácia el regimiento de la Albuera, que habia avanzado para salir á su encuentro. Empezó un fuego vivísimo: los nuestros combatian en guerrilla: los enemigos á la desbandada, buscando matas y piedras en que apoyar la espingarda, levantándose al tiempo de tirar, como espectros que salen de la tumba, y arrojándose luego al suelo con tal presteza que nunca se sabia si era que huian el bulto ó que caian heridos por nuestras balas.

Pero este combate no duró mucho tiempo: la parte del regimiento de la Albuera, que aun permanecia de reserva, hizo un hábil movimiento de flanco y se colocó á la derecha del enemigo: entonces resonó el toque de ataque de nuestras cornetas; ese toque vehemente, delirante, vertiginoso que tanto asusta á los moros y que no cesa ni un momento durante las cargas á la bayoneta. Cargaron, en efecto, nuestros cazadores entre redoblados vivas, y los marroquíes viéronse obligados á correr hácia su izquierda.

¡*Están cortados*! esclama entonces nuestro general con tanto mayor júbilo, cuanto que, previendo semejante contingencia, habia apostado desde por la mañana al batallon cazadores de Baza en un barranco invisible al enemigo, á fin de que le saliese al encuentro en su fuga... ¡*Están cortados*! ¡*Baza*! ¡*Baza*! ¡*Que avance Baza*! repite con tal fuego y energía que nuestras tropas tiemblan de entusiasmo.

La órden corre de boca en boca como una chispa eléctrica, y cuando llegan al barranco los encargados de trasmitirla, ven que el brigadier Cervino avanza yá á la cabeza del valeroso cuerpo que mandó desde su fundacion y al que ama todavía como á su familia militar. El brigadier Mogrovejo se adelanta entre tanto con los de Zamora; el brigadier Moreta con los de Barcelona y Llerena; entre ellos van los coroneles Pino y Ulibarri, jefes de media brigada, este último con un brazo en cabestrillo, no convaleciente aun de una contusion de bala recibida hace cuatro dias: Alaminos, el coronel de Albuera, es herido en un pié, y lo oculta á sus soldados, y permanece al frente de ellos: las cornetas siguen tocando ataque: el grito de ¡*viva la reina*! se repite en una línea de seis batallones: nuestras tropas arrollan el bosque, saltan las peñas, desalojan al enemigo de todas sus posiciones, se apoderan de sus muertos, de sus armas, de sus municiones: los moros huyen despavoridos, desordenados, sin volver la cara atrás,

Cual rebaño de tímidas gacelas
por hambriento leon acometidas,

como diria Fernandez y Gonzalez. ¿Cómo seguirlos? ¿Quién iguala en agilidad á estos montaraces espantados? Inténtanlo los nuestros... pero sus jefes les gritan: ¡*alto*!—¡Alto! repiten las cornetas: ¿A qué perseguirlos? ¿Hemos de ir tras ellos hasta el fin del mundo? Ya estamos á media legua de nuestro campo y el sol empieza á descender al Occidente: es preciso pensar en la retirada.

Hay, pues, un momento de pausa: durante él todos se recuestan sobre las peñas, estenuados de fatiga: la cantinera de Baza, la madre de los soldados, Ignacia la benemérita, la generosa, la aguerrida, la veterana, va y viene entonces por entre las filas repartiendo agua y aguardiente á todo el mundo, enjugando con su delantal la frente bañada de sudor del jefe ó del soldado, dándoles cigarros y lumbre, sonriendo á todos, alegre y enternecida, infundiendo respeto y entusiasmo con aquel rostro varonil, tostado por el sol de las batallas, noble y hermoso en aquel instante, en que ejercita la mas bella cualidad del sexo compasivo, de la misericordiosa mujer, de la piadosa compañera de nuestros pesares y alegrías... ¡La caridad y el consuelo!—

Viéndola de aquel modo, yo no puedo menos de recordar á la Verónica; su dura fisonomía, su edad provecta, su elevada estatura, su traje militar, todo me infunde veneracion: recibo con inefable gratitud el agua que me ofrece aquella otra Rebeca, y viendo en torno mio algunos jazmines silvestres, grandes y olorosos, que blanquean entre los oscuros matorrales, hago con ellos un rústico ramillete y se lo presento á Ignacia.

—¡Hermosos jazmines!—esclama ella colocándolos en el ojal de su levita;—pero mira, hijo mio... ¡están llenos de sangre!

Era verdad... Yo no lo habia visto. Pero ¿qué hacer ya?

—Déjalo, Ignacia, contesté: será de los moros.

—Será de los moros, repite ella encogiéndose de hombros y sonriendo siempre con bondad.

En aquel momento,—serian las cuatro y media de la tarde,—empezaron á salir por detrás de Cabo Negro los buques de nuestra escuadra... El bombardeo de Fuerte Martin habia terminado. Yo conté las naves segun fueron apareciendo... ¡Eran nueve... las mismas que habian entrado en la rada!—Habíamos vencido por consiguiente, y nuestras averías, caso de haber sufrido algunas, debian de ser insignificantes.

¡Salud, salud á la marina española! esclamamos todos entonces señalando á los vencedores buques; y volviendo luego cara al enemigo, que se habia rehecho al ver que nadie le seguia, rompióse de nuevo el fuego por una y otra parte.

Pero se acercaba la noche y era forzoso retirarnos. Los cortísimos dias de diciembre ofrecen esta gran contrariedad. Los moros, por cálculo ó por pereza, atacan generalmente al mediodia: lo de menos es rechazarlos... A las dos de la tarde lo hemos conseguido siempre.—Mas, entonces, ¿qué hacer? Emprender movimientos importantes para envolver al enemigo, seria una locura, pues las tinieblas nos sorprenderian á los primeros pasos: permanecer hasta la noche en las posiciones conquistadas, equivaldria á trasladar el tiroteo enojoso de la trinchera á un lugar menos ventajoso para nuestros soldados; quedarnos definitivamente en ellas, claro es que no nos conviene cuando no hemos plantado allí nuestras tiendas desde el primer dia: no nos queda, pues, otro arbitrio que retroceder. Ahora bien: los moros, que saben perfectamente todo esto, esperan siempre nuestra retirada para volver sobre nosotros y molestarnos con sus disparos. Por consiguiente, la ocasion del valor, de la habilidad, del aplomo, llega siempre con la última hora del combate: tambien es durante ella cuando tenemos que lamentar pérdidas mas dolorosas. Yo por mí te aseguro que nada he admirado tanto en esta guerra, ni los ataques, ni las cargas, ni las luchas cuerpo á cuerpo, como estas retiradas heróicas, verificadas bajo el fuego enemigo, en perfecta formacion, con imperturbable calma, como se pudieran hacer en un simulacro.

En cuanto á la retirada de hoy, ofrecia un nuevo inconveniente, que era la absoluta imposibilidad de emprenderla sin inmolar toda una compañía. Y es que españoles y marroquíes estaban parapetados en dos alturas muy próximas entre sí, de tal manera que en el instante mismo en que los nuestros descendiesen de la suya, podian ocuparla los enemigos y fusilar desde allí á mansalva á cuantos encontrasen en el barranco. Aquella compañía era de Baza, la sétima, si no me equivoco.

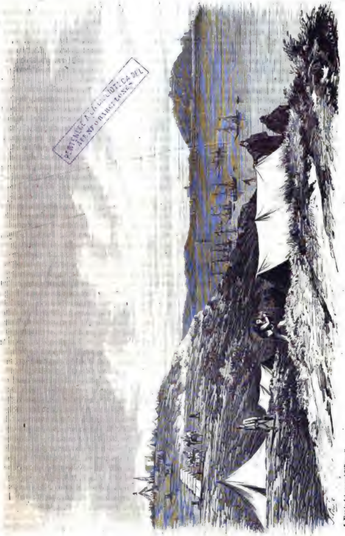
El general O'Donnell podia verla, y la veia, en tan supremo trance, desde el campamento del Otero; el general Ros la seguia tambien con el alma desde el suyo; el general Turon, avanzado al ángulo de nuestras posiciones, no apartaba sus ojos de ella; los brigadieres, coroneles, jefes y oficiales de la primera division, mezclados y confundidos bajo un horrible tiroteo, permanecian en las guerrillas con el ánimo suspendido del espectáculo angustioso que ofrecian aquellos valientes. No era aquel un caso en que pudieran valer auxilios ni refuerzos. Allí estaban los batallones de la Reina, Ciudad-Rodrigo, Africa y Segorbe, protegiendo denodadamente la retirada, tambien difícil, del resto de la division; pero á la compañía de Baza, asediada en lugar tan avanzado y en un terreno tan inaccesible, no se le podia prestar socorro alguno sin comenzar de nuevo la accion en grande escala, cosa que hacia imposible lo apremiante de la hora. No la quedaba, pues, otro refugio que su propio esfuerzo.—Este fue estraordinario, increible, maravilloso, y lo coronó el éxito mas brillante, la victoria mas completa.

Escucha, y participa del asombro que aun me domina en este momento.

Aquellos leones acosados empezaron por fingir que se retiraban; pero no hicieron mas que ocultarse detrás de las crestas de la colina. Los moros, entonces, creyéndolos ya en el barranco, se pasan de su posicion á la nuestra; mas no bien se asoman los primeros, cuando los de Baza surgen delante de sus ojos. Los infieles dan un grito de espanto que la muerte hiela en los labios de algunos. Nuestras bayonetas los precipitan al barranco opuesto y nuestras balas los alcanzan en su huida. Desaparecen, por último, y nuestros cazadores emprenden con el mayor órden su verdadera retirada. Pero los africanos no están escarmentados todavía y tornan á la carga y reaparecen en la altura que acaban de abandonar los españoles. ¡Ah! sus disparos abrasan materialmente á la fatigada compañía...—¡*Cazadores... á ellos*! ¡*No dejémos uno vivo*! esclama sin embargo el capitan, volviendo la cara al fuego; y una bala le derriba en aquel instante.—¡*A ellos*! repite toda la compañía, y gana por tercera vez la cúspide del monte, y se avalanza contra los marroquíes, recibiendo sus disparos á quema-ropa, y lucha con ellos cuerpo á cuerpo, brazo á brazo, rostro con rostro, y maneja el fusil como una clava, y rueda sobre los heridos enormes piedras, y llena de cadáveres la hondonada, y se aleja finalmente harta de venganza y de carnicería, bien segura ya de que el enemigo no intentaria nada contra ella. Mas estaba escrito que aquellos héroes llegasen al colmo del afan y de la gloria.—Uno de sus compañeros se ha quedado atrás, herido en una pierna y les llama con lastimeros gritos. Los moros han olido la presa y se adelantan cautelosamente para cogerla y descuartizarla... Los nuestros no vacilan: dejan en el suelo las camillas que llevan atestadas de heridos y aun de muertos, y vuelven una vez mas sobre sus pasos, y recomienza la lid, y rescatan con su sangre generosa la vida de su abandonado compañero.

¡Ah! ya respiramos: hélos que ya vienen á nosotros; que llegan á juntársenos; que se incorporan á su batallon. —Han sido mermados... Es verdad: de sus cuatro oficiales, uno solo traen ileso... Pero, en cambio, ¡qué inaudita victoria acaban de alcanzar!—¡Piénsalo bien, amigo mio: los moros, que en tan cuantioso número, trataron de perseguirles en su retirada, han tenido que retirarse antes que ellos!!—¡Tal horror, tal espanto, tal mortandad les habrán causado las cuatro arremetidas de estos Cides!

A todo esto ya era de noche y la accion habia terminado completamente.



PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
[illegible]

Campamento de Sierra-Negron. (De un croquis.)

1 Tienda del general O'Donnell.

Dos horas despues, los hospitales de sangre han remitido al general Ros de Olano el parte de la entrada que ha habido en cada uno de ellos. Nuestras pérdidas suman ocho muertos, noventa y siete heridos y cincuenta contusos.

Ahora bien: yo tengo aun algunas cosas que decirte antes de cerrar por hoy este Diario, En primer lugar, recuerdo haberte asegurado ayer y hace tres dias que los moros no volverian á atacar las actuales posiciones del tercer cuerpo ni los trabajos del camino de Tetuan, y hé aquí que una y otra cosa acaban de acontecer y de una manera que no deja lugar á la duda. Obrarás, pues, en justicia llamándome mal profeta, y yo me lo digo á mí mismo de antemano; pero ten presente, mi querido amigo, que, al hablar de aquella manera, no contaba yo con una novedad que ha ocurrido últimamente en el ejército de los sectarios de Mahoma. La novedad consiste en haber adquirido algunas de sus tropas un nuevo armamento, que, á juzgar por los proyectiles que arroja, y segun el voto de personas muy peritas, no puede designarse con otro nombre que con el de *rifle de espiga inglés*. Este arma, de mayor alcance y mas fácil de cargar que la espingarda, habrá envalentonado á los marroquíes, y hé aquí la razon de que hayan vuelto hoy á la carga con tal violencia.—Asi, á lo menos, nos lo hemos esplicado todos, á fin de no perder enteramente nuestro crédito como adivinos.

En cuanto al nuevo armamento de los moros, muchas y muy amargas cosas te pudiera decir sin necesidad de adivinarlas; pero las creo mejores para calladas por ahora, y voy á regalarte, en cambio, otras mas agradables consideraciones.

Supongo que recordarás,—y es mucho suponer, despues de haberte hablado de cosas tan importantes como las ocurridas en la tarde de hoy,—que al referirte esta mañana la rara impresion que me produjo la noticia de que los moros habian atacado al tercer cuerpo, del que yo me encontraba tan distante en aquella hora, te prometí un análisis y esplicacion de las causas de mi sobresalto.

Y bien: estas causas no son un fenómeno particular de mi imaginacion, y como tal, asunto poco interesante para mis lectores; sino, muy al contrario, atañen á la comunidad del ejército y determinan su constitucion moral y las modificaciones que en él han producido las prácticas de la guerra.—Me esplicaré.

Lo que yo esperimenté esta mañana, fue pura y sencillamente una vibracion de cierta fibra que yo no creia tener en el corazon, y que se llama—¡qué frase!—*espíritu de cuerpo.*

Mucho me estrañó, y hasta disgustó al principio,—te lo declaro,—este descubrimiento: creíme amanerado, y hasta temí que el uniforme se me hubiese pegado demasiado á la carne... pero, reflexionándolo bien y con detenimiento, me persuadí de que ese compadrazgo, esa *camaradería* (subrayo la palabra), ese esclusivismo de vecindad que yo habia notado, tiene una noble razon de ser, es comun á todos los ejércitos beligerantes y redunda en loor y provecho suyo,—de tal manera que estos son tanto mas fuertes y poderosos segun que existe en ellos mas espíritu de division, de brigada, de regimiento, de batallon y hasta de compañía.

Ahora, con auxilio de esta clave, me esplico muchas cosas que habia echado de ver en el combate del dia 25, y que hoy he vuelto á reparar mas detenidamente.

Es indudable que nuestros soldados no son ya los mismos que desembarcaron en Africa. Entonces el ejército, los batallones, las compañías, no eran mas que acumulaciones de individualidades aisladas: cada cual se veía á sí mismo y trabajaba por su cuenta: venia á luchar por España... es cierto; pero personalmente, contando con su valor propio, viendo los triunfos y las derrotas al través de su vida ó de su muerte.—Hoy acontece ya todo lo contrario. El soldado se ve rodeado de compañeros, cuya existencia forma parte de la suya: en el momento del peligro, sabe que la desgracia de los demás puede refluir sobre él: conoce que su salvacion depende de la de sus hermanos; que el alma reside en la corporacion, no en el individuo; que su verdadero deber es velar por aquella; y que debe preferir el perecer con honra en la primera fila á sucumbir ignominiosamente en la última. Es decir, que la colectividad del peligro y de la gloria ha creado el *espíritu de cuerpo*; ha formado una masa compacta de cada pluridad de mónades; ha asimilado é identificado personalidades diferentes. Natural es, por lo tanto, que cada uno se sienta mas unido á su compañía que al resto del batallon, mas unido á su batallon que al resto del cuerpo de ejército y mas unido á su cuerpo de ejército que al ejército en general.

Por lo demás, esto proporciona muchas ventajas, aparte de las ya dichas. La subordinacion, la disciplina y el órden y regularidad en los combates crecen á medida que se aumenta el espíritu de cuerpo. Suscítase entre unas y otras fuerzas la mas noble emulacion, la mas saludable rivalidad; y en el certámen, en la competencia consiguiente, la patria sale siempre gananciosa. Unidad de accion, solidaridad de miras, abdicacion del *yo satánico* en pró de la comunidad, y otros mil bienes que no es del caso referir; tales son los felices resultados de esas asociaciones militares.

Para concluir en este punto, debo manifestarte que el mejoramiento del ejército de Africa reconoce al mismo tiempo otras causas importantísimas.—Paso por alto el hecho natural y lógico de haberse aguerrido nuestros soldados despues de tan repetidas luchas. (Esto salta á la vista de cualquiera: el hombre se acostumbra á todo, al dolor, á los peligros, á las mismas amenazas de la muerte: el soldado ha visto ya que se puede permanecer diez horas dentro de un torbellino de balas sin ser tocado por una sola: ha visto que el plomo no siempre mata, ó por decir mejor, que de diez heridos apenas muere uno: ha visto, en fin, que estos mismos heridos vuelven á las filas al cabo de cierto tiempo, orgullosos de su desgracia, que ellos llaman *buena suerte*, y rodeados de una aureola de gloria, de la consideracion de sus superiores y del respeto de sus iguales...) Tampoco diré nada del conocimiento que ya tienen nuestras tropas de la índole del enemigo, del género de combate que debe emplearse con él, del valor de las armas propias y de las agenas, de la disposicion del terreno que pisan y de los resultados eficaces de estas ó aquellas órdenes de sus jefes... ¡Son tropas veteranas, y esto lo dice todo! —Lo que sí te haré notar es otra nueva circunstancia que he observado en ellas, y que para mí duplica su fuerza y su valor: hablo de la inteligencia, de la conciencia que ha adquirido ya desde el primero hasta el último soldado, de lo que está haciendo y de lo que le resta que hacer, del plan del general, del objeto que se propone al ordenarle tal ó cual cosa, y sobre todo de que nada de lo que ejecuta ni de lo que ve ejecutar es inútil y ocioso, como quizá lo juzgaba al principio de la guerra. Ese soldado sabe que en el laberinto donde se ve metido no hay mas que una salida, y que esa es la victoria; que para volver á su patria tiene que pasar sobre el ejército enemigo; que para llegar á su casa es preciso antes luchar mucho, vencer todo género de obstáculos y penetrar en tales lugares y conquistar un determinado territorio... Ahora comprenderás hasta qué punto se habrá fortificado un ejército que raciocina de este modo.

Con que terminemos por esta noche. Ya ves si tengo razon al decirte que los moros son el verdadero placer, la verdadera distraccion, la verdadera vida del campamento: hoy, que han venido á visitarnos, mi Diario respira un bienestar y una animacion de que he carecido durante las vacaciones de Pascua.

Y es que hoy no hemos tenido tiempo de reparar en nuestro antiguo huésped, el cobarde y alevoso cólera.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONÉS

XXV.

Accion del 30 de diciembre.—Mi batallon.—Un hospital de sangre.—Otra mujer piadosa.—Un entierro.—Fin del año.

De mi tienda, 31 de diciembre.

Ayer fue el dia de *Ciudad-Rodrigo*; el dia de mi batallon. Él, solo él, sostuvo el fuego durante tres horas y media contra un número tal de moros, que sus disparos formaban un estruendo no interrumpido semejante al de una escuadra cerrada. Cuantos presenciaron el combate convinieron en que nunca habian hecho los marroquíes un fuego tan espeso, tan continuado; lo cual, teniendo en cuenta la lentitud con que cargan sus espingardas, equivale á decir que los enemigos atacaron en estraordinaria multitud.

Pero no fue esta la única circunstancia particular que ofreció el combate de ayer. Primeramente, ningun dia se habian presentado los moros á hora tan avanzada de la tarde ni retirado tan entrada ya la noche: por otra parte, jamás les habíamos tenido tan cerca tantas horas seguidas, ni percibido entre ellos una algazara, un escándalo, un vocerío semejante.—Yo insisto en lo que te dige hace pocos dias: el campamento de los moros se halla situado muy próximo al nuestro, apostado quizás en el camino que hemos de seguir al abandonar estas posiciones, y sus últimos ataques son provocaciones, son llamadas, son rugidos de impaciencia.

Ayer, por ejemplo, eran las tres y media ó las cuatro de la tarde, y nadie esperaba ya á los africanos, cuando estalló de pronto un nutrido y vehemente tiroteo hácia nuestra izquierda; pero tan cercano y ejecutivo, que al cabo de un momento se encontraban sobre nuestra trinchera, no solo los generales Ros de Olano, Turon y Quesada, de este cuerpo de ejército, sino tambien el general en jefe, los generales Prim, Zabala, García, Rubin y otros que no recuerdo, seguidos de un sinnúmero de jefes y oficiales de todas las armas.—El público, pues, no podia ser mas competente: veamos cómo se portaron los actores.

El combate habia principiado de este modo.—Como á doscientos pasos de este campamento, montaba la gran guardia de la izquierda una compañía del regimiento de Albuera, establecida al efecto en uno de nuestros parapetos avanzados, sobre una pequeña altura. De pronto, y sin tener de ello el menor aviso ni haber sentido el mas ligero rumor, ven coronarse de moros una loma que se levantaba en frente de ellos, á menos de cincuenta pasos, y una granizada de balas viene á estrellarse en rededor suyo. A esta descarga sigue otra y otra y ciento: los enemigos se relevan ligeramente; y mientras el uno carga, tres ó cuatro se remudan en su sitio. La idea no es del todo mala; pero la compañía de Albuera no retrocede. Deja, sí, sobre el parapeto algunos muertos ó heridos cada vez que se asoma para tirar sobre los marroquíes; mas se asoma siempre; no lo abandona nunca, y tiene á raya durante media hora á fuerzas que por lo menos son diez veces mayores. Llega, sin embargo, el momento de la fatiga y de la reduccion del número: cada uno de los nuestros que cae son cinco hombres menos para la lucha, pues que se emplean cuatro en trasladarle al hospital... La resistencia por lo tanto va haciéndose materialmente imposible.

Llegan entonces á reforzar á los de Albuera cuatro compañías de Ciudad-Rodrigo, mandadas por el comandante fiscal del batallon, don Ramon Fajarnes. Entre ellas va la primera, la mia, con su bravo capitan, don Pedro Alegre. El momento era crítico. Al asomarse los nuestros al parapeto se encuentran manos á boca con los moros. Crúzanse las carabinas y las espingardas y parten plomos mortíferos en todas direcciones. El enemigo vuelve á refugiarse en su colina: los nuestros tienen órden terminante de no rebasar la suya. Es muy tarde, y se trata de evitar las pérdidas de la retirada. Los africanos conocen que se las han con tropas de refresco, cuyo número ignoran todavía, y se baten ya parapetados... Los de Ciudad-Rodrigo se despliegan en una estensa línea y los mantienen en respeto durante el resto de la tarde.—

Entre tanto, habia principiado el mismo espantoso fuego por la derecha y por la estrema izquierda.

En la izquierda, defendian una importantísima y arriesgada posicion dos compañías del mismo cuerpo; la sétima y la segunda. Mandábanlas el coronel don Antonio Ulibarri, jefe de la media brigada á que pertenece Ciudad-Rodrigo, y el segundo comandante, señor Grases. El teniente coronel, don Angel Cos-Gayon, se encuentra enfermo en su tienda y no puede presenciar el hecho mas glorioso de las tropas de su mando. El dolor que allí esperimentará por no encontrarse al frente de ellas, infunde tanto respeto á los que conocen la bravura y el pundonor de este jefe, como respeto infundiria su gloria si fuese hoy mayor su fortuna.—De la manera como se portaron aquellas dos compañías, solo te diré que el general en jefe, que las veia luchar situado en nuestra trinchera, ascendió en aquel mismo instante á Grases, á un teniente y á un sargento y colmó de alabanzas á cuantos se batian en aquel peligroso sitio.

Al mismo tiempo mantenian la derecha las fuerzas restantes del batallon, que eran las compañías tercera y cuarta, y allí tambien arreciaba una lid empeñadísima, apremiante, sanguinosa, á tal punto que el tiroteo no se interrumpia un solo instante, pareciendo como que un denso nublado se asentaba sobre toda la línea y que un largo trueno sacudia los aires desde el Oriente hasta el Ocaso.

El general Ros de Olano cruza una y otra vez de un estremo á otro del teatro de la accion, y las balas parecen apartarse para dejarle libre el paso. A su lado es herido, aunque de un modo milagroso, el coronel don Federico San Roman, segundo jefe de su Estado Mayor. Otros jefes y oficiales de su cuartel general se muestran mútuamente sus ponchos y levitas que acaban de atravesar las balas: por todas partes no se oyen sino ahogadas esclamaciones que indican otras tantas *bajas*.

Pero nadie se cuida de esto. Lo importante, lo estraño, lo inconcebible, es que anocheció hace media hora, y que los moros no se retiran; que el combate continúa y que en nuestra linea no se hace fuego...!!

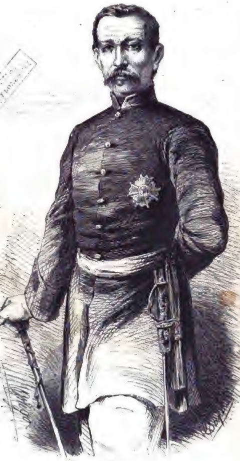
+

¿Qué significa esto? ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde están nuestros cazadores?—¡Oh! ha sucedido una cosa horrible, si es que hay cosa que pueda ser horrible para los soldados españoles.

Ha ocurrido una cosa heróica, debo decir.

¡Desde el oscurecer se les han acabado las municiones á todas las compañías de Ciudad-Rodrigo!

¡*Cartuchos*! ¡*cartuchos*! esclamaban nuestros valientes, armando la bayoneta y recostándose sobre los parapetos, decididos á morir allí todos antes de ceder el paso al enemigo.



El general don Enrique O'Donnell.

Este avanza, al notar que no se hace fuego en nuestra línea: pero los mas audaces, los que levantan el pié para saltar las peñas y las matas que constituyen el parapeto, ruedan al otro lado partidos por nuestras bayonetas. Los que vienen detrás nos tiran á boca de jarro: caen los nuestros; pero sobre ellos se levantan otros; ¡nuestros tambien...!

Las bayonetas rechinan al tropezar con las espingardas: desvíase su puntería de este modo, y entre tanto algunos sueltan sus armas y se ponen á derribar el parapeto y á lanzarlo sobre los moros. Enormes piedras ruedan sobre los infieles, aplastando á los que se encuentran en la hondonada. Lúchase, en fin, á brazo partido, hasta á golpes, como enemigos inermes... Echanse unos á otros mano á la garganta; dispáranse piedras; aporreánse con ellas sin soltarlas; rujen, aullan, braman los mismos heridos, en vez de lamentarse. En ambos lados, en los españoles y en los marroquíes, es igual la furia, el teson, el encarnizamiento, la bravura! ¡En aquel momento, si que son enemigos dignos los unos de los otros!—¡Cuánto valor, cuánto heroismo en los dos ejércitos!—Es una pelea desesperada, en que todos apelan al último estremo de ferocidad á que puede llegar el género humano...—Yo no encuentro palabras para describirla.

En este estado del combate,—cerca ya de las siete,—llegan al fin las ansiadas municiones.

Nuestros soldados se arrojan sobre ellas. ¡Ya podrán hacer fuego y terminar aquella desigual batalla, en que luchan á la vez con los que les asaltan y acuchillan de cerca y con los que les fusilan desde lejos!

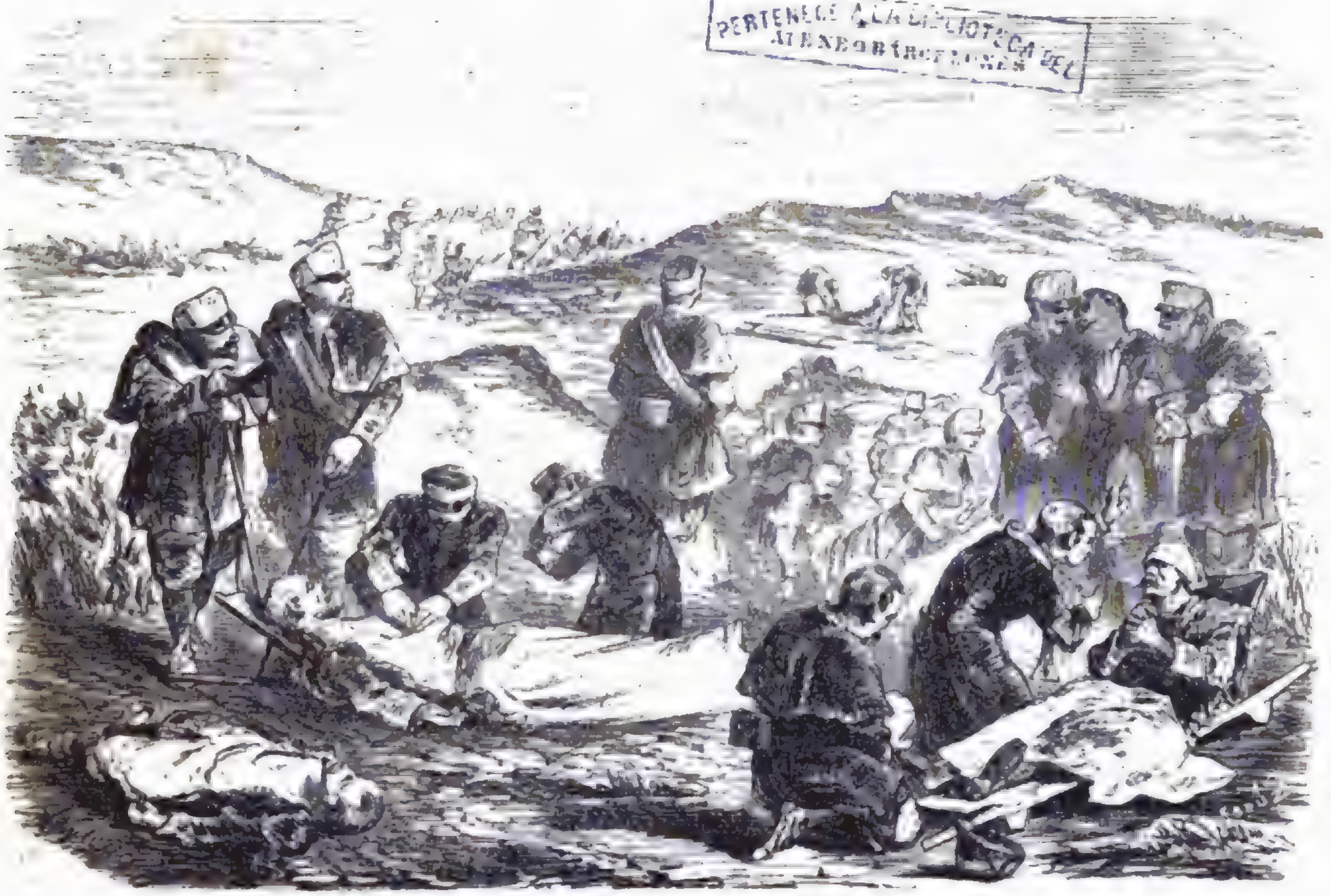
Pero ¡ah! ¡que fatalidad tan espantosa!—¡Los cartuchos que han llegado son de un calibre diferente del de sus carabinas!

¡*No entran*! ¡*No entran*! esclaman desesperadamente los cazadores, arrojando al suelo aquel inútil auxilio...

—¡*No importa*! responden los jefes y oficiales con tremebundo acento: ¡*Nos sobran armas*! ¡*A la bayoneta*!

Y se hace un último esfuerzo, y arremetemos de una manera irresistible, y el grito de ¡*viva España*! resuena sobre el fragor del combate, y crece, y arrecia, y retumba como nunca aquella tempestad humana y sucede al fin, un instante de reposo...

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONÉS



La primera cura de los heridos en el campamento. (De un croquis.)

¡Ah! ya huyen... ¡ya están vencidos! Su intento ha sido inútil: su temeridad castigada. ¡Vedlos que se retiran bramando como la marejada despues de la tormenta...! Algun trueno lejano se oye todavía.—En nuestro campo todo es lúgubre silencio (1).

Tal fue el combate de ayer: mis observaciones fueron algo mas lejos, y voy á revelártelas, como epílogo de tan magnífica tragedia.

Todavía no hemos entrado juntos en un hospital de sangre la noche despues de una accion, y á la verdad que allí se contempla un cuadro digno de ser copiado, sobre todo, por el que, como yo, se ha propuesto exhibir al público la historia privada de la guerra.

Sí, amigo mio; es un espectáculo interesantísimo el que presentan las camillas llegando en medio de las tinieblas, por caminos impracticables, en hombros de cuatro

(1) Los editores de este libro se permiten poner aquí una nota al relato del señor Alarcon, en vista de que su modestia, muy laudable por otro lado, le ha impedido hacerse cargo de la parte que tomó en el combate del 30 y en otros. Para suplir al silencio del autor, nosotros nos limitaremos á tomar de los periódicos la carta que le dirigió el general Ros de Olano el mismo dia en que escribió las presentes páginas. Dice así:

«31 de diciembre.

»Señor don Pedro Antonio de Alarcon.—Querido amigo mio: la última bala de ayer fue para V.—Como era de noche, no pude cerciorarme al pronto de si estaba V. herido ó contuso: el ruido del golpe me indicaba ser lo segundo; pero el temor nacido del afecto que profeso á V., me tuvo inquieto hasta que me avisaron del hospital de sangre su estado de V.—Los moros tiraban ya al mundo cuando dieron á V. en la carne, y esto revela que la espone V. á todas horas como soldado que aprecia — El General Ros de Olano.»—

(*Nota de los Editores.*)

nobles y compadecidos soldados, que animan y consuelan al que viene herido, ó anuncian con su tétrico silencio que no hay esperanza para el desgraciado á quien conducen: sí; es un espectáculo tierno y angustioso el que ofrece la gran tienda llamada *hospital de sangre*, tristemente alumbrada por algunas temblorosas velas, llena de camillas que se ven en el suelo, medio perdidas en la sombra, de las cuales salen á veces entrecortados gemidos, mientras que la voz consoladora del sacerdote habla de Dios y de la otra vida, en algun apartado rincon, á un infortunado que va á morir lejos de su casa, de su familia y de sus conocidos...

¡Oh! mira, contempla los resultados de la lucha que acaba de entusiasmarte. Estamos en el hospital de sangre de *Ciudad-Rodrigo*: el local se encuentra absolutamente lleno: en otras tiendas se celebra en este instante el lado bello de la accion, la parte luminosa, el resultado favorable, la gloria, el triunfo, el esplendor de las armas, la honra de la nacion: aquí se ve solamente la faz sombría del asunto, el horror de la guerra, las lágrimas, la sangre, la viudez, la horfandad, la pobreza, el abandono. Cuánta juventud agostada en flor! ¡Cuánto infeliz inutilizado para toda su vida! ¡Cuánto desastre para los que veian en ellos el único sosten, la única esperanza!

Pero no permitamos á la imaginacion alejarse de este sitio... ¡Harto tiene aquí que considerar!

En un lado los desvelos de los facultativos, la ansiedad de la primera cura, el júbilo de todos al encontrar menos lesion de la que aparentaba la herida; en otro, la resignada actitud del paciente, la estóica fortaleza con que soporta sus dolores, las bellas frases con que releva de toda compasion á los que le miran y hablan entristecidos... Y dominando todos estos episodios, figurando noblemente en cada uno de ellos, veamos á esa mujer piadosa que va de cama en cama, ofreciendo á los heridos una tisana refrigerante que les conforta y reanima, y hablándoles una lengua estranjera, peró cuya voz melodiosa lleva en sus ecos el timbre del consuelo, el acento sublime de la misericordia. Esta mujer es francesa, no cantinera, ni hermana de la caridad, como juzgaria cualquiera á primera vista, sino una mujer heróica y desinteresada que viaja con su marido de guerra en guerra; que estuvo en la de Crimea y viene ahora de la de Italia; que cumple quizás un voto, tal vez una penitencia; que pasa el dia entre las balas, dando su tisana á los heridos... ¡Solo á los heridos! y la noche en los hospitales de sangre, cumpliendo la misma mision misteriosa. Tendrá treinta años; su figura es noble y hasta bella; viste un largo sayal morado; se espresa como persona distinguida, y todo en ella es dulce, cariñoso y angelical. El respeto que inspira solo es comparable al cuidado con que ella se oculta y desaparece en los dias de ocio. Yo solo la he visto entre sangre y entre lágrimas. Parece ser el único marco en que quiere presentar su figura.—En cuanto á su tisana, es tónica y refrigerante, aromática, con cierto sabor á canela, y no hay enfermo tan abatido, que al mojar en ella sus labios, no entreabra los ojos radiantes de gratitud.—Este refresco me ha inspirado el mismo respeto que la historia de la mujer que lo regala; así es que no he hecho pregunta alguna acerca del uno ni de la otra. Aspiremos el aroma y no sometamos la flor á un crue analisis.

Concluyamos.

Y bien, amigo mio, al terminar la reseña del dia de ayer, hé aquí el espectáculo que me rodea.

Son las once de la mañana: hace un dia espléndido y apacible: me encuentro en cama, y por la puerta de mi tienda se alcanzan á ver las últimas verduras de este valle, algunas colinas erizadas de arbustos y peñascos, la arenosa playa, y el mar azul y trasparente, por el que cruzan algunos barquichuelos.

Allá, á la falda de un monte, distingo un apretado grupo de soldados y oficiales sin armas que forman un cuadro perfecto...

Dentro de este cuadro se agitan algunos hombres que entran y salen, van y vuelven y que al cabo conducen hasta catorce camillas...

¡Ah! ya sé lo que es: están enterrando á los catorce muertos que tuvo ayer mi batallon.—Un teniente y trece soldados dormirán eternamente en una fosa comun...—¡Ahí quedarán cuando nosotros nos marchemos...!

A las doce de la noche.

Terminó el dia de hoy, y con él, el año de 1859.—Hénos ya comenzando á contar la sesta decena de este siglo. ¿Quién la verá concluida?—Desde luego, todos los que entramos en ella por la puerta de la juventud, saldremos, si á salir llegamos, por la puerta de la edad madura.—Los años mil ochocientos cincuenta constituyen nuestra edad dorada: los años mil ochocientos sesenta decidirán del resto de nuestra vida.—¡Diez años mas! ¡Qué fatigosa etapa! ¡Cuánto camino para llegar á su término! ¡Cuántos desiertos sin agua! ¡Cuántos montes inaccesibles! ¡Cuántos valles de miseria! ¡Cuántos rios de lágrimas! ¡Cuántas calles de amargura!—Y ¿quién sabe? Acaso en esta nueva peregrinacion encontraremos la solitaria aldea, llena de paz y de sosiego; el hogar del amor y la sonrisa de nuestros hijos; el templo fulgente de la gloria, ó deberes, necesidades y costumbres que nos encarrilen por la senda de las existencias vulgares, únicas que gozan de la vida, por lo mismo que nunca piensan en ella.

Pero ¿á dónde voy á parar?—Hablemos de lo presente: volvamos á la guerra: encerrémonos en el dia de hoy.

Y bien, tengo que comunicarte una gran novedad: el primer acto de esta campaña ha terminado: el combate de ayer será el último que sostengamos á la defensiva. Dentro de algunas horas, antes que raye el alba, un cuerpo de ejército (¡no es el nuestro, amigo mio!) se nos pondrá delante y marchará por el camino de Tetuan. Se dice que su primera jornada será hasta el valle de Castillejos. Nosotros quedaremos á la retaguardia uno ó dos dias, lo cual nos ha puesto de un humor endemoniado. Pero, en medio de todo, conocemos que es muy justo dar algun descanso á nuestras tropas, que se han batido siete veces en quince dias. Sin embargo, no te quedarás sin saber lo que suceda mañana, pues tengo ya mi plan formado para verlo todo, á pesar del mal estado en que me encuentro.

Hasta mañana, pues, ó por mejor decir, hasta luego.

XXVI.

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONÉS

Batalla de los Castillejos.

Ceuta, 1.º de enero de 1860,—á las once de la noche.

¡Qué dia!—¿Cuándo, dónde, cómo principió?—Yo no lo recuerdo... Una nube de sangre y fuego envuelve todavía mi alma. La embriaguez del horror y del entusiasmo embarga aun mi corazon.

Necesito hacerme luz en tanto caos. Ahora nada veo, nada oigo, nada distingo, sino el conjunto desordenado de la batalla, el estampido de un millon de tiros, el cúmulo de los muertos, los arroyos de sangre, los torbellinos de humo, el volar de los caballos, el relucir de las armas, los gritos del dolor y de la cólera, y sobre esta confusion, sobre este infierno, siempre la misma atmósfera inflamada, el mismo sol ardiente, la misma luz abrasadora.

Muchas horas hace que espiró en el ocaso la última lumbre de ese dia, y yo la veo brillar aun, y me quema las pupilas, y enciende la sangre de mis venas.—Algunas leguas me separan ya del teatro del combate: estoy solo, en una sosegada casa de Ceuta, rodeado de paz y de silencio; y aun creo encontrarme allí, en aquel valle, sobre aquella montaña; y oigo el estruendo de la pólvora, y el silbido de las balas, y las voces de mando, y el rodar de la artillería, y los golpes del pico y de la pala, y el bárbaro concento de tanta furia, de tanta destruccion, de tanto estrago.

Voy á coordinar mis recuerdos, á aclarar mis impresiones: voy á tomar desde su principio este larguísimo dia, que abulta en mi imaginacion tanto como un año: voy á llevarte de la mano al través de sus tumultuosas horas, á fin de que veas como yo los ví, unos acontecimientos que indudablemente sabes.

El dia de hoy amaneció purísimo y sereno: era el primero de un nuevo año, y el ejército español lo festejaba tomando la ofensiva contra los marroquíes. Desde antes de rayar la aurora empezaron á desfilar por la playa en que termina este valle las tropas que componen la division mandada por el general Prim, con dos escuadrones de húsares y dos baterías, detrás de cuya fuerza sabíamos que habian de pasar el segundo cuerpo y el cuartel general del general en jefe. Cuando ya fue dia claro, hice abrir mi tienda; y desde la cama, donde me retenia el ligero contratiempo que ya sabes, contemplé durante una hora aquella marcha importantísima, cuyo resultado no podia menos de ser,—esto lo preveia todo el mundo,—una nueva accion, y quizás una batalla muy reñida. Desapareció, en fin, el último soldado con direccion al camino recien abierto, cuya solemne inauguracion se verificaba en aquel instante, y yo me quedé solo, en la cruel ansiedad que puedes suponer, mientras que todo el tercer cuerpo se hallaba en nuestras trincheras, (en virtud de órden del general O'Donnell,) dispuesto á marchar de frente y caer en el valle de los Castillejos por su mayor altura.—Esto no ha llegado á verificarse en todo el dia.

Trascurrió una hora mas, y eran ya los ocho, cuando empecé á oir un tiroteo remoto y bastante nutrido hácia el punto donde debia de encontrarse la cabeza de la division Prim.

Esto es hecho, me dije, y me levanté de la cama como pude, y salí á la puerta de mi tienda.

¡Ni una persona en el valle! Todo era tranquilidad y reposo en torno mio... Nadie iba ni venia por el camino de Tetuan.

Así permanecí otra hora, oyendo un fuego cada vez mas vivo.

Al cabo, empezaron á aparecer á un mismo tiempo, por un lado camillas de heridos, que venian del teatro de la accion, y por el otro el segundo cuerpo de ejército que se encaminaba á él. Las tropas de refresco y las que habian ya quedado fuera de combate, se cruzaban, por consiguiente, en las arenas de la playa y en la estrecha carretera de los Castillejos; y el soldado que se dirigia en busca de gloria veia antes que nada á sus compañeros y amigos, que marchaban hácia el hospital ó hácia la tumba!

—Anda, le dije á mi criado, y pregunta á aquellos heridos cómo va la accion.

Entre tanto, el general en jefe y su cuartel general pasaron tambien por el fondo del valle con direccion al fuego, y en pos de todas estas fuerzas iban tiendas, equipajes, víveres, municiones, y toda la *impedimenta* del cuarto y segundo cuerpo.—Esto me halagó y me impuso, por lo mismo que revelaba cierta seguridad de vencer en el combate ya principiado y la resolucion de acampar en el sitio que mas nos conviniera.

En aquel momento, volvió mi criado, descompuesto el rostro y presa de la mayor agitacion.

—Se da una gran batalla, me dijo: los húsares han cargado, llegando hasta el campamento moro: ¡tenemos muchos muertos... muchos! No quieren dejarnos pasar por los Castillejos. Allí esperaba á los nuestros toda la morería; pero el general Prim se está portando como un héroe. Los húsares han hecho el gasto; los dos escuadrones están materialmente deshechos...

Figúrate mi ansiedad, mis temores, mi agonía. Ponte en mi lugar. La imaginacion, que lo abulta siempre todo, me hizo sospechar una gran desgracia, un desastre, una derrota.

¡No hay español que no pueda adivinar todo lo que yo pensé, todo lo que sentí, todo lo que hice! Cualquiera en mi caso hubiera esperimentado lo mismo.—¡España se veia amenazada, quizás herida, por un ejército estranjero!—Los que hayan recibido alguna vez un súbito aviso de que peligraba la vida de su madre, comprenderán mi tribulacion, mi sobresalto, mi angustia.—Y no exagero nada.

Monté á caballo, como Dios me dió á entender, y partí.

A los pocos pasos, me encontré á un ginete que subia lentamente por en medio del valle del Tarajar.

Venia muy pálido y regia su caballo con la mano derecha. La izquierda la traia oculta bajo los pliegues de su poncho.

Era don Cándido Pieltain, el coronel del Príncipe, que se retiraba del combate con el brazo izquierdo atravesado por una bala.

Por él supe que la accion no se presentaba tan mal como se me habia hecho suponer, pero que era reñidísima; que el general Prim avanzaba siempre sobre los enemigos y que los escuadrones de húsares se habian rehecho des-

+

pues de devolver á la alevosa morisma daño por daño, muerte por muerte y de haberle arrebatado una bandera.

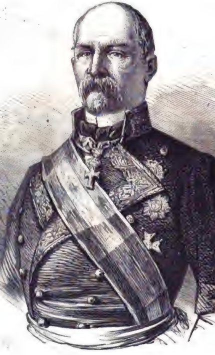
Este bravo coronel no quiso aceptar cama ni tienda alguna de las muchas que se le ofrecian, y siguió á caballo por el camino de Ceuta, impávido, sereno, escitando tanta piedad como admiracion.

Yo continué mi marcha hácia los Castillejos, algo mas alegre y confiado.

Toda la carretera (un trayecto de una legua) se hallaba cubierta de heridos que venian en camillas, en mantas, sobre los hombros de sus compañeros, y hasta sentados en cruces de fusiles.

Por aquella gente fuí sabiendo pormenores y episodios de la accion, anécdotas, triunfos y desgracias particulares; todo lo cual, unido á las ideas generales que adquirí despues, me servirá para referirte la parte que no presencié de la batalla de los Castillejos.

Y en verdad que semejantes datos son los mas preciosos y fidedignos (como que son auténticos), que pueden tomarse acerca de unas luchas tan confusas y complicadas. Ellos entre sí, los soldados van hablando siempre en alta voz de cómo murió el teniente, de por qué retrocedió la compañía, de qué dijo el coronel, de cuántos eran los moros, de dónde se hallaba el general, de quién llegó el primero, del número de nuestras bajas, y de todo cuanto constituye el fondo de la escena. Y hay que creerlos; porque ellos son los que ven á los moros cara á cara durante todo el dia, los que los tocan con la mano, los que acechan sus movimientos, los que oyen sus conversaciones, y si no las entienden las adivinan por la animada gesticulacion de los meridionales, y en fin, son los que se encuentran entre bastidores y ven moverse los resortes de la maquinaria.



El general don José Turon. (De fotografía.)

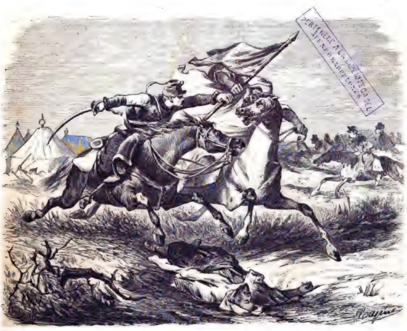
Mezclados entre los nuestros, me encontré tambien hasta cinco moros heridos, escoltados por guardias civiles, que los defendian de la cólera de algunos soldados rencorosos, que recordando quizá la muerte de algun hermano ó amigo, muestran siempre deseos de vengarla en el primer infiel que hallan á mano. Con este motivo se suscitaban discusiones acaloradísimas entre los intolerantes y los misericordiosos, en que acababan por triunfar los últimos; pues nadie se atrevia á contestar á las siguientes preguntas que hacian llenos de nobleza.

—«¿Somos nosotros tan salvajes como los africanos?

¿No nos hemos de diferenciar de ellos? ¿Es hazaña propia de un español cebarse en un hombre indefenso, en un herido, en un moribundo? ¡El que quiera vengarse que busque moros armados! Esos tiros que oís os indican que aun quedan muchos y que se encuentran cerca... ¡Marchad, pues, en su busca, y sed generosos con los que ya están vencidos!»

Estas ó parecidas palabras no podian menos de encontrar eco en pechos españoles, y los heridos marroquies pasaban confundidos con los nuestros, sin que los guardias civiles tuviesen que intervenir en el asunto.

Por lo demás, los pobres prisioneros eran tan miserables como los cadáveres moros que ví el dia 25.—Solo uno de ellos se distinguia por llevar un poco mas de ropa, y otro por su rostro imberbe y por su larga cabellera negra. Esta circunstancia hizo que muchos, acostumbrados á ver á los moros completamente rapados y con toda la barba, tomasen á aquel individuo por una mujer; pero lo cierto, segun he sabido esta noche (pues los cinco cautivos se encuentran tambien en Ceuta), es que la pretendida mora y efectivo moro dan por resultado un *dervich*, especie de peregrino ó monge muy respetado entre los musulmanes.



PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL

Hazaña del cabo de húsares, Pedro Mur. (De un croquis.)

Pero hénos ya entre las nubes de humo y ensordecidos por el estruendo del cañon. Hemos dado vista al valle de los Castillejos. Son las doce de la mañana.

Ya he descrito este valle, rodeado de ásperos montes, que dejan paso por una parte á una estrecha cañada y se escalonan por la otra hasta la sierra de Anghera. Estos montes se hallan á la derecha del camino de Tetuan, que se dirige siempre por la playa, y desde ellos era fácil estorbar la marcha de nuestro ejército por la llanura. De aquí la necesidad de ocuparlos préviamente; de aquí la tenacidad con que los defendieron los moros. Mas cerca del camino se levanta la casa del *Morabito*, sobre una colina muy aplanada, y en ella se encontraba ya situado el cuartel general de O'Donnell.—Abarquemos desde allí todo el teatro del combate.

Mira.—¡Qué cuadro tan imponente, tan horrible, tan grandioso!—A nuestra espalda queda el mar, desde donde algunos vapores y lanchas cañoneras barren á cañonazos la llanura, teniendo á raya á los moros por aquel lado. Entre tanto, embárcanse heridos y mas heridos, que dentro de algunas horas se encontrarán en Algeciras, en Cádiz, en Málaga y en el Puerto. A nuestra izquierda se ven formados los dos escuadrones de húsares que tanta gloria han alcanzado hoy, siquier á precio de tanta sangre. Los huecos de sus filas han desaparecido al recobrar la formacion; pero no por ello deja de notarse lo mermada que ha quedado esa legion de héroes. En frente de los mismos húsares, ofrécese á la vista el principio de la retorcida cañada en que penetraron hace pocas horas y donde han quedado tantos de sus compañeros. Aun se ven á la entrada de aquel misterioso antro algunos caballos muertos, algun cadáver de moro, algunos rastros de sangre. Á nuestra derecha se distinguen, sobre las alturas que se escalonan al lado del camino que hemos traido, las primeras tiendas del nuevo campamento, en que dormirán esta noche el cuartel general y el cuerpo de ejército del general Zabala. Por último, en frente de nosotros se levantan en progresion ascendente tres corpulentas lomas, á las cuales sube una procesion interminable de soldados, cargas de municiones y artillería llevada á lomo, y de las cuales desciende un cordon perpétuo de heridos, como un torrente de sangre que vomitado por el monte, cruza el llano y vá morir á la mar: mas lejos se percibe una espesa humareda que cubre materialmente el cielo, y entre el humo vénse brillar á veces nuestras bayonetas, que un sol de fuego hiere desde el meridiano: á un lado, preséntase una garganta anchurosa formada por dos alturas gemelas y que es en este instante el verdadero foco de la accion: sobre ella se cruzan los fuegos, y su fondo parece el cráter de un volcan ebulliciente. Ahora, lo que yo no puedo hacerte ver ni oir es la luz y la vida de este cuadro, su animacion, su estruendo, su ardiente colorido, sus fantásticas proporciones. Dame el pincel de Salvator Rosa, y te bosquejaré su pálido trasunto: dame el genio de Ariosto y te haré imaginar su bárbara grandeza.

Contentémonos, pues, con referir lo sucedido.

Serian las ocho de la mañana cuando la vanguardia de las fuerzas mandadas por el general Prim,—compuesta del batallon cazadores de Vergara y del regimiento del Príncipe, y mandada por el coronel de este, don Cándido Pieltain, á quien yo habia visto pasar herido por el campamento de la *Concepcion*,—pisó las alturas que dominan el valle de los Castillejos; aquellas mismas alturas que, durante las obras del camino de Tetuan, habian sido teatro de tan sangrientos y señalados combates, todos ellos sostenidos por los batallones que ahora venian á ocuparlas. El terreno, por consiguiente, érales muy conocido.

Tambien, por esta vez, les aguardaban allí los moros, decididos á disputarles la bajada á la llanura; pero, aunque hoy eran muchos mas que de ordinario y su fuego mas recogido, los soldados del Príncipe y Vergara arremetieron con tal ímpetu, que pocos momentos despues la posicion quedó por suya.

Entre tanto, algunas compañías de Cuenca atacaban por la derecha unas ásperas rocas desde donde el enemigo, perfectamente parapetado, hacia fuego sobre sus vencedores, y en poco tiempo tambien, y arrostrando no menor resistencia, las rocas fueron tomadas y puestos en dispersion los que las defendian.

Volvieron estos á la carga dos ó tres veces, intentando recuperar tan fuertes posiciones; pero siempre fueron enérgicamente rechazados;—lo que era demostrarles, y debieron comprenderlo, si bien no les sirvió de leccion para lo sucesivo, cuánto les aventajaban nuestros soldados en todo género de luchas, pues que, inferiores en número, se mantenian firmes en un lugar que ellos, los lobos de la montaña, no habian sabido defender con triples fuerzas; y puesto tambien (aunque viene á ser lo mismo) que no podian arrebatarnos las mismas alturas que acabábamos de quitarles tan fácilmente.

Dueño, pues, el conde de Reus de aquella amenazadora meseta, hizo avanzar las demás fuerzas de su mando y situó la artillería de manera que pudiese proteger el descenso de las otras armas á la llanura, donde se habian acumulado numerosas huestes enemigas, al amparo de la colina y casa del *Morabito* y de los espesos jarales que se estienden hasta aquel sitio desde los cerros de la derecha. El general en jefe mandó entonces al general Prim que bajase al valle y tomase la dicha casa, mientras que enviaba una brigada del segundo cuerpo, á las órdenes del brigadier Serrano, seguida de una batería de montaña, á que flanquease el bosque que ocupaban los moros y los arrojase de él á todo trance.

Esta segunda operacion se llevó á término en pocos instantes, merced á la inteligencia y denuedo con que la ejecutó el brigadier Serrano y al acierto con que jugó la artillería.

No se realizó con menos prontitud ni bizarría la parte encomendada á la division de reserva; pero algunos bellos accidentes que sobrevinieron la hacen digna de mas especial mencion.

El conde de Reus hizo descender á un tiempo á la llanura al batallon de Cuenca,—que mandaba, y por cierto bizarramente, el coronel don José Estremera,—por una cañada del lado derecho; á los escuadrones de húsares por el opuesto lado, y á los batallones de Vergara y del Príncipe, protegidos por el de Luchana, por en medio, yendo á su frente el mismo general.—Así llegaron al valle y atacaron á la morisma, en tanto que la artillería de montaña seguia disparando desde la eminencia que acababa de conquistarse.

Entonces tuvo efecto uno de los mas interesantes episodios de esta campaña. Nuestra armada, que sigue siempre, arrimada á la costa, los movimientos del ejército, no contenta hoy con prestarle el auxilio de sus cañones, que no cesaban de lanzar granadas sobre las hordas enemigas, le envió algunos de sus valientes hijos, quienes, mandados por el capitan de fragata don Miguel Lobo, saltaron á tierra armados de sus *rifles* y corrieron al encuentro de nuestras guerrillas, embistiendo y arrollando á los asombrados marroquíes, hasta que, al fin, unos y otros españoles se reunieron en la altura del *Morabito*, que habian asaltado por dos puntos diferentes.

Al llegar allí, se dieron la mano los nobles compatriotas tendiendo los ufanos ojos por el suelo que acaban de conquistar juntos...

—¡Viva la marina! esclaman los soldados de tierra.

—¡Viva el ejército! responden los soldados de mar.

—¡Viva España! ¡viva la reina! gritan unos y otros.

—¡Hurra! ¡viva! repiten los ecos de las olas y las montañas.

Y los batallones mas distantes y la tripulacion de todos los buques contestan á lo lejos con iguales aclamaciones.

¡Oh! si estos acentos de armonía llegasen á la madre patria y resonasen en todos los pechos españoles, moviéndoles á la union y á la concordia y ahogando los sacrílegos clamores del odio, del rencor y de la envidia...!

Pero prosigamos.

Ya estaban en nuestro poder el valle de los Castillejos, su fortaleza arruinada y la casa del *Morabito*.

Los moros habian desaparecido.

La accion parecia terminada definitivamente.

El conde de Reus aprovechó aquel momento de tregua para colocar sus batallones en algunos puntos importantes, y despues esperó nuevas órdenes del conde de Lucena.

Pero los moros se anticiparon á indicarle lo que debia hacer.

Durante aquel intervalo, habíanse reunido todas sus fuerzas, desparramadas antes por los montes vecinos, y aumentadas ahora con las feroces hordas de Anghera, á quienes el general Echagüe vió pasar al amanecer, desde su campamento del Serrallo, con direccion á Sierra Bermeja. En cuantiosa multitud, por consiguiente, y en grupos mas numerosos y apretados que acostumbran, aparecieron los tenaces marroquíes en lo alto de la primera y mas próxima de las tres lomas consecutivas que, segun te he dicho, se levantan en frente del *Morabito*; y aunque desde allí alcanzaban á nuestras tropas con sus certeras espingardas, era tal la confianza que les inspiraba hoy la superioridad de sus posiciones y de su número (hoy podian contarnos) que se descolgaron sobre la llanura, atacándonos frente á frente y á cuerpo descubierto, dando unos gritos espantosos y blandiendo sus armas como débiles juncos.

Nuestra infantería, ¿quién lo duda?—Salió al encuentro de aquella impetuosa catarata, que parecia querer inundar al valle; en tanto que los dos escuadrones de húsares de la Princesa se adelantaron á contener á la caballería africana que desembocaba al mismo tiempo por la cañada de la izquierda tratando de recobrar la llanura.

Mandaban á los húsares los comandantes don Juan Aldama y marqués de Fuente-Pelayo. Eran dos bizarros escuadrones, compuestos de soldados escogidos por su valor y gallardía, y de una distinguida oficialidad en que figuraban todas las aristocracias, la del valor, la de la fortuna, la del talento y la del apellido. Yo les habia visto algunos dias antes intentar en esta misma llanura la temeraria empresa que han acometido hoy: yo les ví en correcta formacion, rigiendo sus caballos con una admirable uniformidad, avanzar contra la caballería árabe, que ya tenia meditada la alevosía que, por último, ha perpetrado; y yo creo verles tambien recoger esta mañana el guante que arrojaron á la mitad del llano los ginetes marroquíes, y atacarles de frente, y perseguirles en su simulada fuga y desaparecer detrás de ellos por la tremenda garganta cuyo término desconocian...

Allá van con sus blancos dormanes, con sus briosos trotones, con sus brillantes espadas.—La infantería mora, que ya asomaba por aquella formidable angostura, es atropellada, acuchillada al paso, puesta en dispersion... Pero los húsares no se detienen á rematarla.—Los caballeros árabes siguen huyendo, cada vez mas cerca y como estenuados de fatiga...—¡Estos, estos son los adversarios que buscan y con los que quieren medir sus armas!—Ya los tienen cerca... ya esperan alcanzarlos...

En aquel momento,—y al torcer un rodeo de la cañada,—encuéntranse sin enemigos delante de sí. Los árabes se han desvanecido como el humo.

En cambio, ven blanquear á poca distancia un numeroso y apiñado campamento, todo de tiendas cónicas, encerrado en una especie de hoyo que forman cuatro montañas confluentes...—¡Es el campamento musulman, el cubil de los lobos, el nido de las águilas!

Esta inesperada aparicion les suspende un punto.—¡*El campamento moro*! esclaman llenos de glorioso júbilo y de mayor denuedo;—¡*adelante*! ¡*adelante*! resuena á todo lo largo de las filas; y espolean sus ardorosos brutos y avanzan con sin igual arrojo, sin pensar en lo que allí pueda sucederles, ni recordar que detrás de ellos dejan mil enemigos emboscados.

Pero, de pronto, la tierra falta bajo sus piés: húndense caballos y caballeros en profundas zanjas, cubiertas de ramas y de yerbas: un ginete rueda sobre otro, y sobre aquel un tercero: fórmanse pilas de miembros palpitantes, que sirven como de puente á los que vienen detrás, y que no pueden contenerse en su desbocada marcha, por empujarles y precipitarles los que les siguen: mas los que logran salvar una de aquellas cortaduras, caen en otra inmediata, y si no en la tercera; pues son tres los fosos disimulados que defienden el paso á los imprudentes húsares. Al mismo tiempo, estalla sobre ellos una tempestad de tiros: por los dos lados, por la espalda, por arriba, por todas partes les hacen fuego: detrás de cada árbol y de cada piedra reluce una espingarda ó se ve una nube de humo: una gritería salvaje acompaña á los disparos, como diciendo á nuestros compatriotas que están burlados, que están perdidos sin remedio. Estos bárbaros gritos, esta sangrienta mofa enardece aun mas á los desamparados húsares; salen, pues, á duras penas de los fosos, ayudándose, protegiéndose, sosteniéndose como tiernísimos hermanos; y en tanto que unos escoltan y defienden la retirada de los heridos y contusos, llevando los cadáveres sobre el arzon de sus caballos, otros cargan furiosamente á la morisma, acometiéndola por todas partes, revolviéndose entre ella, sembrando la muerte donde quiera que alcanzan sus aceros, y abriéndose camino hasta la llanura de los Castillejos por entre una densa nube de enemigos, y señalando las huellas de sus pasos con vil sangre sarracena.

¡Ni es esto todo!—Entre aquellos doscientos leones acosados, hubo algunos tan temerarios y resueltos á morir, que en lugar de emprender una retirada honrosa, en vista del asesinato aleve de que eran víctimas, siguieron avanzando hácia el campamento enemigo, penetraron en él, batiéronse allí á pistoletazos y cuchilladas, apoderáronse de una bandera, y volvieron á recorrer aquel pavoroso desfiladero, bajo un diluvio de balas, saltando los tres fosos milagrosamente; rescatando aun á alguno de sus camaradas, desnudo ya y en poder de los inhumanos marroquíes, y saliendo, por último, al anchuroso valle, mermados, sí, pero no vencidos, con la palma del martirio en una mano y con la palma de la victoria en la otra!

En este heróico hecho de armas fueron heridos los comandantes de los dos escuadrones, muertos dos oficiales y heridos casi todos los demás; ocho húsares exhalaron tambien su último aliento en aquel campo de honor y mas de treinta lo regaron con su sangre. Pero á todos, cualquiera que haya sido su fortuna en tan memorable lid, cabe la misma prez y corresponde igual alabanza; pues todos pelearon como buenos y merecieron bien de la patria agradecida.

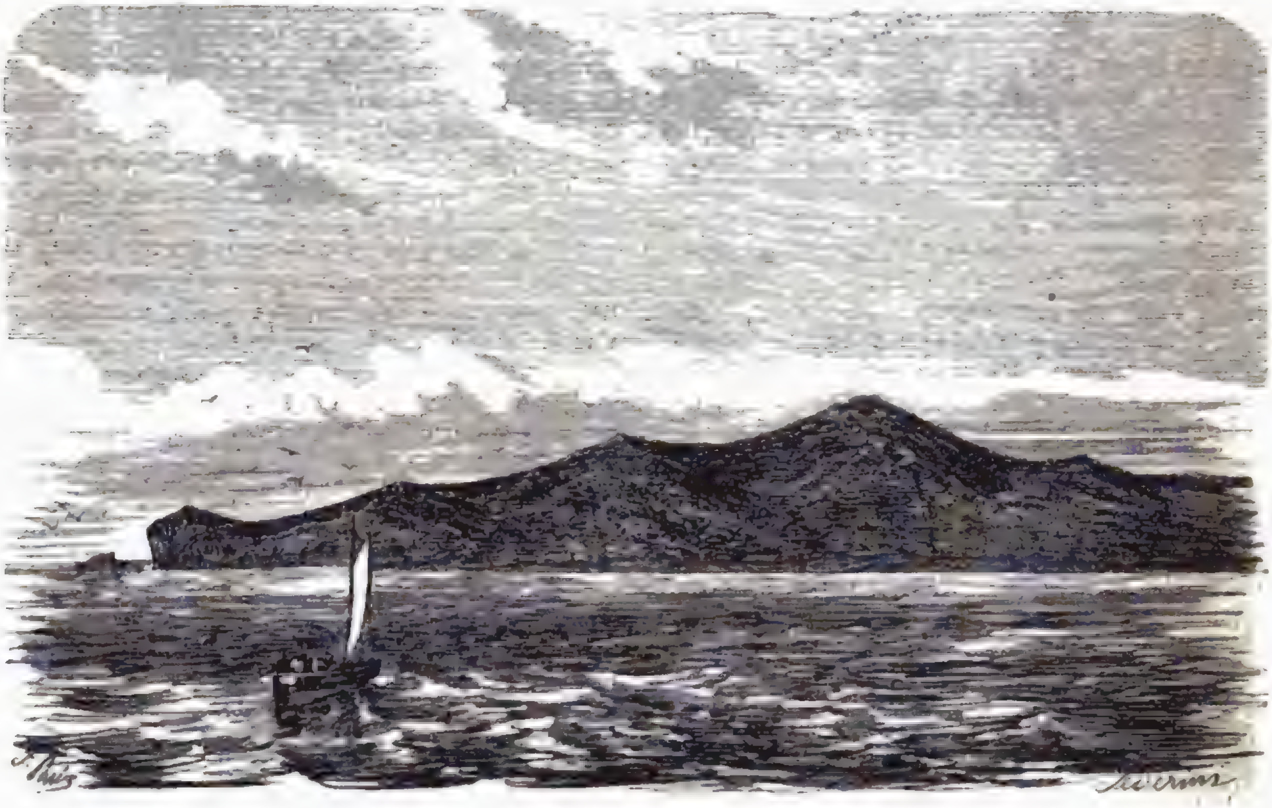
Entre tanto, la infantería habia entablado por la derecha una lucha no menos formidable.—Los batallones del Príncipe, Vergara, Luchana y Cuenca, capitaneados, que no mandados, por el general Prim, lejos de retroceder ante aquella formible avenida de enemigos que se desbordaba de las alturas sobre el llano, opusieron á ella el dique de sus bayonetas y de sus pechos; empezaron por resistirla, la contuvieron despues, la estrecharon y quebrantaron en una porfiada lucha, y acabaron por rechazarla, por arrojarla al otro lado del monte, por descollar sobre sus desordenadas huestes, como descuellan las peñas de la costa sobre las olas deshechas que un momento antes amenazaban sepultarlas.

Quedó, pues, nuevamente todo el valle por nuestro. El general Prim eligió entonces la posicion que debia atrincherarse á fin de acampar en ella esta noche; pero como estuviese dominada en cierto modo por la altura siguiente y los moros disparasen desde allí sobre nuestras tropas, hizo avanzar nuevamente al batallon del Príncipe, dejando al de Vergara en el lugar que habia de ser campamento.

El combate fue esta vez mas breve, aunque no menos empeñado, y creo inútil añadir que la bandera española quedó clavada y triunfadora en el terreno que ocupaban antes los marroquíes.

Ya desde allí pudo divisar el conde de Reus el campamento enemigo que acababan de visitar los húsares; y sintiendo la misma noble codicia que estos de caer sobre él y plantar la cruz cristiana sobre la menguada medialuna, se preparó para el ataque, situando á Luchana y á la ya rehecha caballería hácia la parte de la fatídica cañada, á Cuenca en la derecha, y á un batallon de ingenieros en la primera posicion, donde, con el fusil á la espalda y el pico en la mano, empezaron á construir y á defender á un mismo tiempo parapetos y trincheras.

Pero, bien meditado todo, el objeto del movimiento de hoy no era batir al enemigo ni apoderarse de su campo, sino marchar hácia Tetuan; y aparte de esto, encontróse que la posicion de dicho campo era mas fuerte de lo que á primera vista parecia, enclavado como estaba en el fondo de cuatro apiñados montes, de manera que su toma nos hubiera costado una larga y sangrienta lucha y distraer nuestras fuerzas de su verdadera direccion.



Vista de cabo Negro. (De un croquis.)

Asi lo comprendió el general O'Donnell, templando con su inalterable sangre fria la ardiente impetuosidad del conde de Reus: desistióse, pues, de la idea de tal ataque; pero los moros, que ya lo temian, sobre todo despues de lo acontecido con los húsares, emprendieron la defensa de su campo de un modo desesperado y terrible, viniendo contra el ejército cristiano con renovado y supremo brio y empeñando una lid tanto mas sangrienta cuanto que versaba sobre un error—es decir—que los moros tomaban nuestra resistencia por un obstinado ataque, siendo asi que los que atacaban eran ellos, mientras que nosotros nos limitábamos á defender unas posiciones necesarias para cubrir la marcha del ejército por la orilla del mar. Asi se esplica la tenacidad con que han luchado hoy ambos ejércitos; la mucha sangre vertida en uno y otro lado y el empeño con que todos pelearon por ser dueños de una cumbre que han abandonado al oscurecer, no solo los vencidos, sino tambien los vencedores.

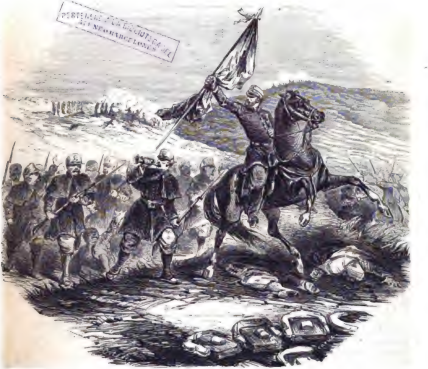
De cualquier modo, y fuese esta ó la otra la causa de la contienda, el caso es que se habia empeñado nuevamente y de un modo formidable, y que cuando llegué yo al teatro de la accion, que fue en aquel momento, una nube de inflamado humo rodeaba á los batallones del general Prim, un redoblado trueno zumbaba sobre aquellos montes y una lluvia de sangre enrojecia la tierra.

Falto de fuerzas el conde de Reus;—pues la línea del combate se habia hecho mas estensa, y contaba solamente con los fatigados batallones de Cuenca, Vergara, Luchana y Príncipe, muy reducidos ya por tantas horas de mortífero fuego,—apeló á todos los recursos para contener al enemigo, cada vez mayor en número; y en tanto que el Príncipe cargaba briosamente y desalojaba á los moros de sus nuevas posiciones, hizo avanzar á un batallon del quinto regimiento de Artillería á pié, á las órdenes del coronel don Ignacio Berrueta, dándose asi el caso de que aquellos entendidos artilleros que tan brillantemente se habian portado al lado de sus cañones, se batiesen como soldados de infantería, lo que verificaron con tal denuedo que añadieron un nuevo timbre á los muchos que ha alcanzado su arma en esta guerra.

Unos esfuerzos tan inauditos no podian menos de costarnos mucha y muy generosa sangre. Pieltain y Salazar, coroneles del Príncipe y de Vergara, caian allí heridos; ambos batallones eran acribillados á balazos, y los intrépidos artilleros veían diezmadas sus filas á los pocos instantes de entrar en fuego.

En cuanto á los moros, perdian sus hombres á centenares: los encuentros empezaban á tiro de pistola y concluian á boca de jarro: la bala y la bayoneta los herian al mismo tiempo: la carniceria era espantosa; desenfrenado el combate; atroz y nunca vista la manera de combatir.

Mas no bastaba todo esto: los enemigos se reproducian como la hidra de la fábula: de Tetuan, de Anghera, de todas partes les llegaban refuerzos: por cada uno que caia, se levantaban diez nuevos combatientes: la fuerza que se acababa de rehacer volvia á la carga al cabo de un instante tan entera y briosa como al principio... ¡No imaginemos ni por un momento lo que podia haber sucedido!



PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONES

El general Prim en la batalla de los Castillejos. (De un croquis.)

Por fortuna el general en gefe, que seguia desde el Morabito todas las vicisitudes de la batalla, comprendió el comprometido trance en que se encontraba el general Prim y le envió los dos batallones de Córdoba, pertenecientes al cuerpo de ejército del general Zabala y á las órdenes del brigadier Angulo.

Este refuerzo no pudo acudir mas á tiempo. Los del Príncipe se replegaban ya, no pudiendo resistir humanamente al número de los contrarios, què habian apelado á sus cuantiosas y descansadas reversas, mientras que ellos estaban estenuados de fatiga despues de cinco horas de contínua lucha.

Llega, en fin, el regimiento de Córdoba... El conde de Reus le manda soltar en tierra sus mochilas, deja un batallon en reserva, pónese á la cabeza del otro, y avanza á contener la avalancha de enemigos que amenaza sepultar bajo su mole los restos del regimiento del Príncipe.

¡Inútiles esfuerzos! ¿Qué son quinientos hombres mas, cuando se trata de resistir á miles y miles de bestias feroces que se descuelgan de las cumbres de la montaña, y van y vienen y se presentan por todos lados, y se refugian en laderas inaccesibles y saltan por entre la maleza como jabalíes acosados?

El batallon de Córdoba cedió tambien ante las huestes africanas sin serle dado avanzar una línea de terreno.—El que lo intentaba, moria... Los jefes y oficiales, puestos á la cabeza de sus tropas, pugnaban por arrastrarlas en pos de sí... Pero al primer paso caian atravesados por las balas enemigas, y su heróico denuedo servia solamente para demostrar mas y mas la inutilidad de la resistencia.

Yo vi á Prim en aquel supremo instante, pues me encontraba allí, en compañía del valeroso é inspirado Vallejo, con quien habia subido desde el Morabito á fin de contemplar el campamento moro; y en verdad te digo, que tanto él como yo nos entusiasmamos mucho mas con la sublime actitud del conde de Reus que con la vista de las tiendas africanas.

Es menester conocer á aquel hijo de la guerra, á aquel fiero catalan, á aquel ardiente soldado para imaginarlo en tan crítica situacion. Estaba pálido y casi verdoso; sus ojos lanzaban rayos, su boca contraida dejaba escapar una especie de rugido, que lo mismo parecia un lamento que una histérica carcajada. Hallábase al frente de los de Córdoba, delante de todos, con el caballo vuelto hácia ellos, con la espada desnuda, retorcido el musculoso cuerpo bajo el anchuroso uniforme, tranquilo y arrebatado á un mismo tiempo su corazon, como debe de estarlo el del hombre que va á atentar contra su vida.

Ya lo habia apurado todo, arengas, amenazas, órdenes, palabras de camarada y de amigo. Por segunda vez habia intentado aquella arremetida dificultosa, y por segunda vez el regimiento de Córdoba se habia estrellado contra una bocanada de viento cuajado de mortífero plomo.

Y el enemigo avanzaba entre tanto... y las posiciones conquistadas á precio de tanta sangre española iban á quedar por suyas... Y el equipo de aquellos dos batallones caeria en poder de los marroquíes... Y España seria vencida por vez primera en el africano continente...

¡Oh! no: esto no podia ser: los leones de Castilla harán un esfuerzo desesperado: el corazon de nuestros valientes responderá al acento supremo del patriotismo.

El conde de Reus ve ondear ante sus ojos el estandarte de España, que conduce un abanderado de Córdoba. El semblante del general se ilumina con el fuego de una súbita inspiracion. Lánzase sobre la bandera, cógela en sus manos, tremólala en torno suyo como si quisiese identificarse con ella, y rigiendo su caballo hácia las balas enemigas, y volviendo la cabeza á los batallones que deja atrás, esclama con tremebundo acento.

—*¡Soldados! Vosotros podeis abandonar esas mochilas, porque son vuestras; pero no podeis abandonar esta bandera, porque es de la patria. Yo voy á meterme con ella en las filas enemigas... ¿Permitireis que el estandarte de España caiga en poder de los moros? ¿Dejareis morir solo á vuestro general? Soldados... ¡Viva la reina!*

Dice, y da espuelas á su caballo, y sin reparar en si vá solo ó le sigue la infantería, cierra contra las huestes contrarias, con la bandera amarilla y roja desplegada al viento, suspendiendo por un instante la furia de los marroquíes, que contemplan asombrados tan grandiosa é impávida figura.

Los batallones de Córdoba no han sido sordos á aquella voz irresistible: *¡Viva nuestro general!* gritan vigorosamente y se avalanzan en pos suyo sobre los moros, y arrostran una muerte segura, y caen cadáveres sobre cadáveres, y siguen arremetiendo, y las bayonetas se cruzan con las gumías, y mézclase la sangre infiel con la cristiana, y la victoria ciérnese indecisa sobre los revueltos combatientes.

Las cornetas siguen tocando ataque; los marroquíes asordan el espacio con sus gritos; el arma blanca y la de fuego juegan indistintamente; el humo se hace tan denso que no permite distinguir al amigo del adversario; pero la bandera española reluce siempre sobre la tormenta, y siempre en manos de nuestro afortunado caudillo.—Afortunado, ¡sí! ¡Las balas que silban y cruzan á su alrededor, que siembran la muerte por todos lados, que hieren á sus ayudantes, que alcanzan á su caballo, respetan la vida de aquel soldado vestido de general, de aquel que es el alma de la lucha, de aquel que sobresale entre todos y ostenta en su mano nuestra adorada y venerable enseña!—Diríase que está dotado de la virtud de Aquiles.

¡Ah! en momentos como este, quién resiste, quién ha resistido nunca el ímpetu español?—Aunque tan superiores en número, los marroquíes, que habian empezado por detenerse ante aquellos mil hombres, resueltos todos á morir ó á vencer, concluyeron por aterrarse, por abandonarnos armas, cadáveres y prisioneros, por apelar á la fuga, y por desaparecer de nuevo en las fragosidades del monte.

Horribles fueron sus pérdidas en aquella hora. Nuestros soldados los persiguieron, sedientos de venganza, y la sangre vertida por los batallones del general Prim, fue mas que lavada por la que hicieron derramar á los moros los soldados del regimiento de Córdoba y los de Simancas, Leon, Arapiles y Saboya, del cuerpo de ejército del general Zabala.

Este esforzado y jamás vencido general habia llegado con las dichas fuerzas, precisamente en el instante en que el conde de Reus echaba su vida en la balanza, á fin de inclinar la victoria del lado de nuestro pabellon. Desde las alturas de la derecha, por donde avanzaba al frente de sus tropas, vió el peligro y se dirigió á él. Mas para llegar á aquel punto érale forzoso atravesar una cañada interpuesta entre sus posiciones y las de Prim. Aquella cañada estaba defendida de un modo formidable por una infinidad de moros que enfilaban á lo largo de ella sus disparos, y el intentar cruzarla era otra temeridad semejante á la que acababa de acometer el regimiento de Córdoba con éxito tan glorioso y memorable.

No vacila, sin embargo, el conde de Paredes; y sacrificando tambien á los bizarros jefes y oficiales que componen su cuartel general, sigue adelante á la cabeza de ellos, acompañado de aquellos renombrados batallones, que tanta gloria habian alcanzado el dia 9 de noviembre en las alturas del Serrallo.

Tan noble intrepidez no pudo menos de ser grande en resultados. Las tropas del general Zabala, firmes en aquella tremenda posicion, impidieron primeramente que el enemigo se corriese por la cañada y envolviese al general Prim; despues contribuyeron eficazmente á dispersar al enemigo, acosándole en su retirada; y por último, llegaron á tiempo de relevar á los batallones del conde de Reus diezmados, estenuados de fatiga y en ayunas casi todos.

Pero me dejo atrás uno de los episodios mas notables de la batalla de hoy; episodio que me impresionó de una manera estraordinaria y que jamás olvidaré.

Despues del heróico trance de la bandera y del ataque irresistible del regimiento de Córdoba, Vallejo y yo habíamos abandonado aquellas peligrosas alturas y bajado á la esplanada que conduce al Morabito; pero era tan apretado el cordon de heridos que descendia por aquella senda, que nos vimos obligados á marchar fuera de camino y por en medio de unos jarales recien quemados. Mas de veinte muertos nuestros encontramos al paso por aquel laberinto de carbonizados arbustos; aquellos muertos habian sido retirados del teatro del combate y colocados allí al pié de las encinas mas elevadas á fin de que no embarazasen los movimientos de las tropas ni quedasen en poder del enemigo.—¡Asombro me causa reconocerlo, pero es la verdad! —¡El aspecto de aquellos cadáveres impresionaba mas vivamente á nuestros caballos que á nosotros!—Nuestros caballos temblaban y se plantaban al verlos: nosotros los mirábamos tranquilamente, como se ven las espigas segadas sobre la era, y seguíamos adelante sin tributar ni una palabra ni un pensamiento á aquellos mártires de la patria.—¡Ah! ¡bien me lo decian los veteranos, al oirme lamentar nuestras pérdidas en los primeros combates que presencié! ¡Bien me lo decian! «Llegarás á familiarizarte con la sangre y con la muerte, y tu corazon no tendrá ni un suspiro para el daño ageno durante los momentos de la lucha...»

Pero me separo de mi propósito. En dias como hoy, no hay mas muerte que el vencimiento, y el corazon solo tiene afectuosidad y simpatía para el valor y la victoria. No con fúnebres catástrofes, sino con esforzados hechos, debo interesar tu alma. Escucha, mira y estremécete de entusiasmo.

Una vez al abrigo de las balas, Vallejo y yo sacamos nuestras carteras, y él se puso á dibujar y yo á escribir las escenas que acabábamos de ver. En aquel momento, arreció nuevamente la contienda allá sobre las alturas ocupadas por Prim y por Zabala: parecia que los moros se habian recobrado de su espanto y volvian á la carga con mayor furia. Descargas cerradas atronaban nuestros oidos; caballos corriendo á escape iban de uno á otro lado; los ahullidos de los moros apagaban los acentos de las cornetas; una confusion horrible reinaba otra vez en el lugar del combate.

Entonces, oimos á nuestra espalda una voz muy conocida, que, con la violencia del trueno, con un ardor inesplicable, con un poder magnífico, irresistible, se acercaba gritando: *¡A ellos! ¡A ellos! ¡A la bayoneta, soldados! ¡Viva la Reina!*

Vuelvo la cabeza y veo adelantarse un ginete á todo el correr de su caballo, con la espada desnuda, avanzado sobre la silla, inflamado, vehemente, impetuoso, como la desesperacion que lo arrastraba...

Era el general en jefe; era O'Donnell.

Imponente, magnífico, arrebatador, iba en aquel instante el conde de Lucena. Su elevada estatura, su porte militar, su misma categoría, todo le daba estraordinarias proporciones. Por la primera vez, veia yo aparecer al guerrero al través del general en jefe, del presidente del Consejo de Ministros, del hombre parlamentario. Su arrojo, su decision, su bravura en aquel instante, revelaban su anterior vida, justificaban su alta posicion, recordaban al general del ejército del Norte, al insurgente de Vicálvaro, al mantenedor del trono en las calles de Madrid, al caudillo de tantas temerarias luchas, al que nació y morirá en la guerra, donde nacieron y murieron, ó donde al presente viven, sus deudos y antepasados, sus hermanos y sus herederos, cuantos llevan su apellido.

Aquella resuelta actitud de O'Donnell ejerció en las tropas una fascinacion indescriptible: los batallones de la Princesa, con el brigadier Hediger á su frente marchaban en pos de él como arrebatados por un vértigo, aclamándole y victoreándole, blandiendo sus armas con desusado brio, volando á la muerte como al festin de la inmortalidad.

Un momento despues, aquella tromba incontrastable dominaba las alturas, y yo tambien, como absorbido por ella.—La curiosidad y el miedo me habian conducido otra vez á aquel parage.—Conocedor ya del infierno en que habia penetrado el general O'Donnell; habiendo visto llover allí las balas pocos momentos antes; sabedor y testigo de que aquella era la morada de la muerte, acudia quizás á ver por mis propios ojos una gran catástrofe, ó á participar del grave riesgo que iba á correr la madre patria. Por fortuna para todos, el conde de Reus salió al encuentro del general en gefe, y con tanto respeto como franqueza cariñosa, le dijo estas nobles palabras: *—Mi general, aquí mando yo: este no es el punto de usted: su vida no le pertenece, y aquí la espone sin necesidad: todo está ya terminado.*

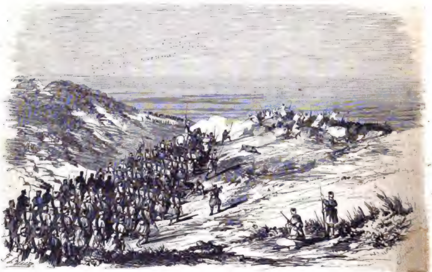
En efecto, el estruendo y el tumulto que se habian percibido desde el valle fueron el último esfuerzo de los moros por recuperar las posiciones que acababan de perder. Rechazados nuevamente por Zabala y por Prim, y amenazados por el general García, que reforzaba ya la derecha con los batallones de Chiclana y de Navarra, al mando del animoso é ilustrado general don Enrique O'Donnell, batiéronse ya en retirada, aunque muy débilmente; pues nuestras tropas no les persiguieron, contentándose con permanecer firmes en las posiciones conquistadas, de las que nada habia bastado á desposeerlas y en las cuales dormia esta noche el valeroso conde de Reus á la sombra de la bandera de Castilla.

Esta ha sido la memorable batalla de los Castillejos, ganada por menos de ocho mil españoles contra todo el ejército marroquí, compuesto hoy de mas de treinta mil combatientes. Ha durado de sol á sol, y en ella han tomado parte muy gloriosa todas nuestras armas; la artillería, la infantería, la caballería, los ingenieros, hasta la marina, peleando, no solo desde la mar, sino tambien en tierra. El enemigo ha empleado tambien todos sus medios de destruccion, su renombrada caballería, sus tropas de rey, sus kabilas montaraces y hasta cañones de montaña. Hemos arrebatado á los moros una legua de terreno y todas las posiciones en que se han presentado: hemos penetrado en su campamento y obligádoles á levantarlo; les hemos cogido sus muertos y algunos prisioneros, y finalmente, nos hemos apoderado de una de sus banderas, dando muerte al que la conducia,—por lo que la historia escribirá en letras de oro el nombre de Pedro Mur, soldado de húsares de la Princesa, que ha tenido la gloria de realizar tan grande hazaña.

Hay ademas en el combate de hoy una rara circunstancia que hacer valer; y es que su brillante éxito se ha debido, sobre todo, al valor personal de los generales. Ellos han sido nuestra fuerza; ellos han ganado la batalla. Sin el arrojo temerario de Prim, sin la actitud audaz de Zabala, sin la furia arrebatadora de O'Donnell, ninguna tropa de cuantas sostiene el mundo hubiera intentado empeños tan inauditos, tan imprudentes, tan insensatos á primera vista y tan gloriosos en los resultados como cerrar uno contra veinte, penetrar en un torbellino de balas, meterse entre dos fuegos, luchar á la vez con arma blanca y á tiros y arrostrar una muerte segura en una empresa de que quizás desconfiaban.—Asi es que, despues de tan portentosa accion, los generales podrán muy bien decir: «Con soldados como estos no hay nada imposible» y los soldados responder: «Con tales generales se va siempre á la victoria.»

Concluyamos; pero antes déjame recordar otra vez el aspecto de aquel valle, donde ahora todo será silencio y sombra.

La última vez que me paré á contemplar tan grandioso panorama, fue en el momento de ponerse el sol, cuando ya terminaba la lucha. Hallábame en el *Morabito*, á donde me habian bajado, estenuado de debilidad, transido de dolor, abrasado por la fiebre. Tendido sobre mi caballo, esperaba la ultimacion definitiva de todo, para venirme á Ceuta, cediendo á las instancias de mi cariñoso y buen amigo el aventajado escritor Cárlos Navarro. Tres dias de dieta y dos de agudos sufrimientos habian acabado por postrar mi espíritu. Quizá temia no volver á ver otro dia tan grande y resplandeciente... Pareciame que aquel sol no iba á tornar al horizonte; que yo no iba á tornar á la guerra. Respiraba, pues con codicia aquel mbiente de gloria y me sentia avaro de sus últimas ráfagas de fuegó.—¡Allí, á mis piés, habia una pila de cadáveres,—¡mas de veinte!—Amontonados unos encima de otros, como pedazos de leña, como escombros de unas ruinas.—Todos eran artilleros, y sus grandes y confundidas ropas oscuras los hacian asemejarse á una masa compacta, á un cadáver inconmensurable, envuelto en un sudario de mil pliegues.—Cuando levantaba los ojos por no ver tan fúnebre espectáculo, divisaba allá, sobre las montañas, otro cuadro no menos espantoso y que me parecia un delirio de la calentura.—El sol, que se ponia por aquel parage, teñia de color de escarlata las nubes de humo que envolvian á los combatientes: de pié, sobre lo alto de las cumbres, destacándose sobre el cielo, danzando en medio de aquella atmósfera inflamada, percibíanse algunos moros con los jaiques desplegados, yendo y viniendo, aullando, silbando, disparando sus espingardas relucientes, cayéndose y levantándose, como salamandras que se retuercen en un horno encendido, como demonios que saltan sobre las llamas del infierno... Todo esto no era mas que una ilusion óptica, ocasionada por aquel crepúsculo rogizo, por aquella luz sangrienta, por aquel horizonte de lumbre, recortado, digámoslo asi, por unos montes sombríos en que ya reinaba la noche...—Nunca, nunca olvidaré aquella perspectiva roja y negra, semejante á *los cobres* de Rembrandt, á los cuentos de Hoffmann, á las profecías del Apocalipsis!—Tales son mis últimos recuerdos.



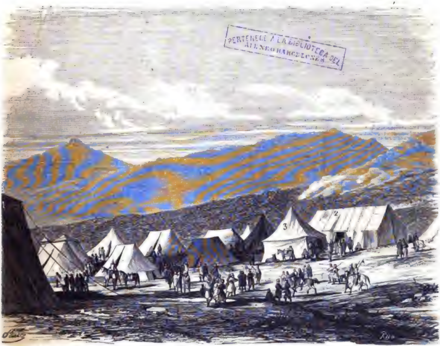
El general Zabala en la batalla de los Castillejos. (De un croquis.)

Mal podia yo dormir esta noche despues de agitaciones semejantes. Por eso la he empleado en escribirte.—¡Ojalá que la fiebre de mis venas se haya trasmitido á mi cansada pluma y dado alguna vida y movimiento á los cuadros que he querido hacer pasar ante tus ojos!—Yo cierro los mios para seguir contemplándolos, hasta que el sueño trueque en blandas adormideras mis punzantes memorias de este dia.

XXVI.

Diez dias en Ceuta.

Héme aquí arrepentido con toda mi alma de haber dejado el campamento para venir á Ceuta.—Llevo veinte y cuatro horas de reclusion entre cuatro paredes, y ya me parece que hace un siglo que no estoy en el mundo.—Todos los cuidados, todas las bondades y atenciones de que soy objeto no bastan á compensarme la gloria y la felicidad que he perdido al separarme de mis compañeros.



PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONÉS

Tienda del general Prim. 3 Cocinas. 2 Fonda.

Parte del cuartel general del general O'Donnell. (De fotografía.)

¿Qué me importa haber vuelto á acostarme entre sábanas, si el sueño no acude ni acudirá á cerrar mis ojos? ¿Qué me importa restaurar la quebrantada salud de mi cuerpo, si mi espíritu ha enfermado desde que penetré en esta prision? ¿Cómo permanecer aquí, sabiendo que en los cercanos montes se halla comprometido el porvenir y el honor de España? ¿Cómo resignarme á no seguir la suerte de mis hermanos, de mis camaradas, de mis amigos?

Un silencio de muerte me rodea: la soledad me oprime el corazon. ¿Quién sabe lo que ocurrirá ahora mismo en el campamento cristiano?

. . . .

Acaban de decirme que el tercer cuerpo de ejército ha levantado tambien su campo, atravesado el valle de los Castillejos y plantado sus tiendas en la vanguardia, sobre el camino de Tetuan...

Ha desaparecido, pues, de sobre la faz de la tierra mi ciudad de la *Concepcion*.

El valle del Tarajar ha quedado desierto.

¡Ya no volveré á ver los lugares donde he pasado diez y ocho dias de tan vivas agitaciones, donde he sentido y meditado tanto, donde quedan enterrados tantos amigos mios, donde he presenciado tantas escenas inolvidables!

Mi casa de lona ha caido por el suelo: mi horizonte querido, mis sitios predilectos, el escaso terreno acotado como de mi propiedad para abrigar mi caballo y defender mi hoguera; todo ha sido borrado como se borran los diseños en una pizarra; todo ha huido para siempre como un celaje que desbarata el viento; todo se ha disipado como una pesadilla, de que no restan ya sino algunas pálidas imágenes en este libro.

Mi caballo,—mas fiel que yo á la religion de los lugares, ó quizá escarmentado por el tremendo dia que le dí ayer,—me ha presentado su dimision en toda regla.

Quiero decir que se escapó anoche de esta plaza y que no parece por ningun lado.

Yo tengo para mí que se habrá ido al campamento en busca de sus camaradas; pero lo que no puedo presumir es la determinacion que habrá tomado el noble bruto al encontrarse desierto el valle del Tarajar.

¡Con tal que no se haya pasado al enemigo...!

. . . .

La sangre española que corrió ayer en los Castillejos ha salpicado el litoral andaluz y riega ademas todos los hospitales de Ceuta.

Nuestras pérdidas han pasado de ochocientos hombres.

En Cádiz, en Málaga y en Algeciras se han recibido heridos: Ceuta se halla atestada materialmente de lechos de dolor.

Una série tan larga de combates y la incesante furia de la peste han acumulado dentro de sus muros tal número de víctimas, que pudiera decirse que esta ciudad está habitada por el dolor: que es la antesala de la muerte; que es un cementerio de moribundos!

El general Zabala encuéntrase tambien aquí.

Cuando anoche, despues de la batalla, quiso echar pié á tierra, sintióse como atado á su caballo, como clavado en la silla.

No parecia sino que la fatalidad le negaba el descanso despues de tan gigantesca lucha.

Estaba baldado.—

Su animoso corazon le habia sostenido hasta entonces; pero, cuando ya no tuvo enemigos que combatir, y se acordó de sí propio, encontróse con que solo su corazon conservaba movimiento y vida, mientras que el resto de su cuerpo se habia paralizado.

¡Que glorioso infortunio!

Esto recuerda en cierto modo la batalla ganada á los moros por el cadáver del Cid, montado sobre el huérfano Babieca.

3 de enero.

Acabo de bajar del *Hacho*.

Desde aquella elevadísima torre, y con auxilio de los escelentes anteojos del vigía, he visto á nuestro ejército acampado de la parte allá de los Castillejos.

Sus blancas tiendas, que una niebla ténue envolvia entre sus gasas impalpables, se asemejaban á la escarcha que nunca derrite el sol en las umbrías de los cerros.

El humo de los vivaques tomaba el aspecto de caprichosas nubes.

¡Qué amor y que respeto me han infundido aquellas remotas apariencias!

Por fortuna, no se ven ni se oyen señales algunas de accion.

¡Quiera Dios volverme pronto al seno de aquella caravana de compatriotas mios, de aquella flotante ciudad española, de aquella bandada de águilas que vuela de monte en monte, en busca de la presa imperial que ha divisado!

. . . .

Esta mañana ha muerto en Ceuta, víctima del cólera, el coronel don José Ignacio de la Puente, jefe de Estado Mayor del tercer cuerpo; el mismo de quien hace quince dias escribí en esta obra tantos justos elogios.

Ultimamente vivia en mi tienda, y una misma mesa nos reunia despues de los combates.

La Noche-Buena, presidió nuestra colacion de campaña.

Era tan honrado y buen caballero, como bravo militar y sabio organizador. ¡Y ha muerto!

Mi corazon, acostumbrado ya á todo género de horrores, despues de veinte dias de familiaridad con la muerte, siéntese penetrado como de una espada de hielo al dar aquí un eterno adios al hombre eminente que ví lleno de vida y de inteligencia hace cuarenta y ocho horas.

Yo no sabia que hubiese abandonado el campamento. —Dejéle anteayer en mi tienda, y hoy me dicen que acaba de espirar á pocos pasos de esta casa.

¡Tal es la guerra...—De este modo vivimos...—Tan abandonado y solo puedo morir yo dentro de algunos instantes!

Puente, un hombre millonario, á quien Dios conservaba una esposa y cariñosos hijos, muere en un rincon ignorado, diciendo á una mujer desconocida: ¡*Sálveme usted*!

Esto es horrible, amigo mio; é insisto en hacértelo comprender, á fin de que formes una idea del tenebroso abismo en que caen los que tienen la desgracia de quedar atrás en esta senda de amargura.

4 de enero.

¡Adelantan...! ¡Se alejan!—Al amanecer levantaron su campo, y ahora, que son las cinco de la tarde, les veo plantar sus tiendas allá en unas alturas que distarán una legua del valle de los Castillejos.

El vigía del Hacho me dice que aquellas colinas se llaman *Alturas de la Condesa*.

Debe de ser un recuerdo de la dominacion de los portugueses en este litoral.

Desde las cuatro de la tarde he oido algunos disparos de cañon y divisado el fuego de la fusilería.

La accion ha sido breve y ha estado circunscrita á poco espacio de terreno.

Por lo visto, los moros han tratado de impedir á nuestras tropas acampar en aquellas posiciones; pero esto se ha verificado sin pérdida de tiempo.

El ejército marroquí se retira tambien hácia el Sur, flanqueando los movimientos de los españoles y conservándose siempre á la derecha y á su vista.

La noche siguiente á la batalla de los Castillejos, levantó sus profanadas tiendas y las colocó sobre las primeras estribaciones de la sierra vecina.

Ayer le ví volver á alzar el vuelo y posarse sobre el camino que por las montañas conduce á Tetuan.

Hoy parece haberse fijado definitivamente sobre el Monte Negron, á dos leguas de la costa.

Aquella es una posicion formidable, desde la cual pueden disputar los moros el paso de nuestro ejército y hacerle comprar muy cara la victoria.—¡Yo tiemblo!

¡Ah! créeme: en medio de los mas ardientes combates no se esperimenta nada parecido al miedo cerval, al terror afeminado, á la cobardía pueril con que se ven desde tan larga distancia las maniobras de dos ejércitos enemigos.

Tengo la seguridad de que si yo estuviera ahora mismo al lado de mis compañeros, el Monte Negron me pareceria uno de tantos montes como han tomado á la bayoneta nuestros soldados siempre que les ha convenido.

¡Visto desde aquí, me parece insuperable!

¡Todo lo temo, todo lo recelo! ¡Y es el remordimiento que me atosiga!—Es que la imaginacion, inquieta y entristecida desde que abandoné á mis camaradas, me estimula á partir de nuevo, haciéndome creer que nunca ha corrido nuestro ejército mayor peligro que hoy.

Y bien, yo partiria; pero ¿cómo?

Ni tengo caballo, ni mi estado me permite caminar á pié.

Por otra parte, la comunicacion por tierra entre el ejército y Ceuta se ha cortado ya completamente; primero, *de hecho*, por haberse corrido los moros hasta la playa, bajando á los valles en que han estado nuestros campamentos; y despues, por haberse así publicado de órden del general en jefe.

Solo me resta el mar... No tardaré mucho en demandar á sus olas que me lleven al lado de mis hermanos y amigos.

5 de enero.

Ambos campamentos siguen en el mismo sitio. Yo estoy peor y desesperado.

Sin embargo, hoy he pasado una hora de agradable distraccion y de verdadero placer, hablando con los moros heridos que se encuentran en uno de los hospitales de esta plaza.

Hé aquí, con todos sus curiosos pormenores, tan interesante escena.

La habitacion ocupada por los prisioneros es un mal pabellon de un desmantelado cuartel, donde no entra mas luz que la que pasa por la puerta.

Cinco tablados, con un jergon de paja cada uno y las correspondientes sábanas y mantas, constituyen los lechos de los vencidos marroquíes.

Dos presidiarios, de los cuales uno habla el árabe, por haberse pasado al moro en cierto tiempo, sirven de enfermeros á los míseros pacientes.

El centinela, encargado de que nadie penetre en esta estancia sin la competente autorizacion, se halla siempre dentro de ella, atraido por una curiosidad muy justificada.

Finalmente, Mr. Chevarrier, ilustrado corresponsal de *Le Constitutionnel* de Paris, me acompañaba en esta visita.

Mr. Chevarrier ha permanecido largo tiempo en la Argelia; conoce mucha parte de la guerra de los franceses con los árabes y habla el idioma de estos como el suyo. Él, pues, llevaba la palabra; y por cierto, que á su astucia y claro talento se ha debido el que los recelosos mahometanos estén hoy mucho mas espansivos y locuaces que acostumbran.

Pero empecemos por el principio.

Cuando entramos en el pabellon, los cinco árabes parecian dormidos, y ninguno de ellos movió la cabeza para ver quién abria su prision.

Sin embargo, me atrevo á asegurar que los cinco estaban despiertos.

Todos tenian tapado el rostro con la sábana.

A la cabecera de cada lecho veíase colgado de una percha el jaique blanco del enfermo.

Este detalle no carece de significacion.

Aquellos jaiques estaban allí, á peticion de los mismos moros.

Antes habian sido depositados en otro aposento, á fin de que no se estraviasen; pero ellos creyeron sin duda que se trataba de vestirles á la europea, y fieles como siempre á sus hábitos y tradiciones, pusiéronse muy tristes y suplicaron que les trajesen sus ropas: quizás contemplan en ellas una garantía de futura libertad: por lo pronto les proporcionarán esa feroz independencia que el árabe conserva siempre bajo los pliegues de su albornoz, aunque su patria, su casa y su misma persona se hallen en poder del enemigo.

Mr. Chevarrier fué de cama en cama preguntándoles por la salud, y ellos, viendo que no habia mas remedio que darse á partido, levantaron sus pálidas cabezas, y el que pudo, porque sus heridas no se lo impidieron, se sentó en el jergon, sonriendo falsamente.

Uno solo permaneció con la cabeza tapada y sin respirar siquiera.

De los otros cuatro, el primero (fuerza será numerarlos) era un viejo de fisonomía innoble, pero muy inteligente: desde luego se mostró muy amable con nosotros y nos pidió cigarros y lumbre y una manta mas para la cama.

El segundo, jóven fuerte y bien parecido, sufria mucho—como que el dia anterior le habian amputado un brazo: este pidió otro jergon, indicando que fuese de lana: ya lo tendrá á estas horas.

El tercero, tosco y feroz, tenia el aire de ser un pobre montañés y terrible soldado: un gorro blanco de lienzo,—un gorro de nuestros hospitales,—cubria su cabeza haciendo resaltar los vigorosos rasgos de su semblante oscuro.

Finalmente, el cuarto, (del quinto hablaremos despues) era un verdadero árabe de leyenda, fino, pálido, hermoso, con la tez mate y los dientes de marfil, los ojos brillantes y melancólicos y la barba negra sedosa y bien delineada.

Este fue nuestro hombre, que decimos ahí.—Tenia un balazo en una pierna; pero el plomo no habia tocado al hueso, y los facultativos calificaban su herida de poco grave. Habíase incorporado un poco, apoyando un codo sobre la almohada y la cabeza sobre la mano. Una toca de finísima lana blanca envolvia sus hombros y su cabeza, dejando solamente descubierto su rostro ovalado y espresivo. Con la mano izquierda nos llamaba y nos ofrecia cigarros de papel de nuestras fábricas, que sin duda le habian regalado los enfermeros. Su amable sonrisa y su mirada franca y luciente nos atrajeron de tal modo, que nos sentamos en su cama y dió principio esta conversacion.

Ante todo dímonos la mano á su usanza, que es tocando dedos con dedos sin estrecharlos, como se da el agua bendita entre nosotros, y besándose luego uno mismo la parte de la mano que ha chocado con la suya.

Esta osculacion y este ósculo van siempre acompañados de una inclinacion de cabeza; si despues se lleva uno la mano á la frente, significa respeto; y si se la coloca sobre el corazon, es muestra de cariño, de gratitud ó de entusiasmo. El súbdito besa á su señor en el hombro izquierdo; y dos que se juramentan, se dan la mano encajando dedos entre dedos y cruzándolos con energía.

Primeramente hablamos del estado de los prisioneros. Nuestro interlocutor, que se llamaba *Omar-ben-Mohammed*, nos dijo que se encontraban muy mejorados, y que admiraban á cada momento la generosidad de los españoles, tan fuertes en la pelea como tiernos con los vencidos.

Yo les dije que estas cualidades no eran solamente propias de los españoles, sino de todos los pueblos cristianos.

—Es verdad, dijo el árabe. Yo fuí herido y hecho prisionero por los franceses hace muchos años y me trataron con la misma misericordia.

—¿Cuándo fuiste herido? le preguntó Mr. Chevarrier.

—Hace diez y seis años.

—¿En la batalla de Ysly?

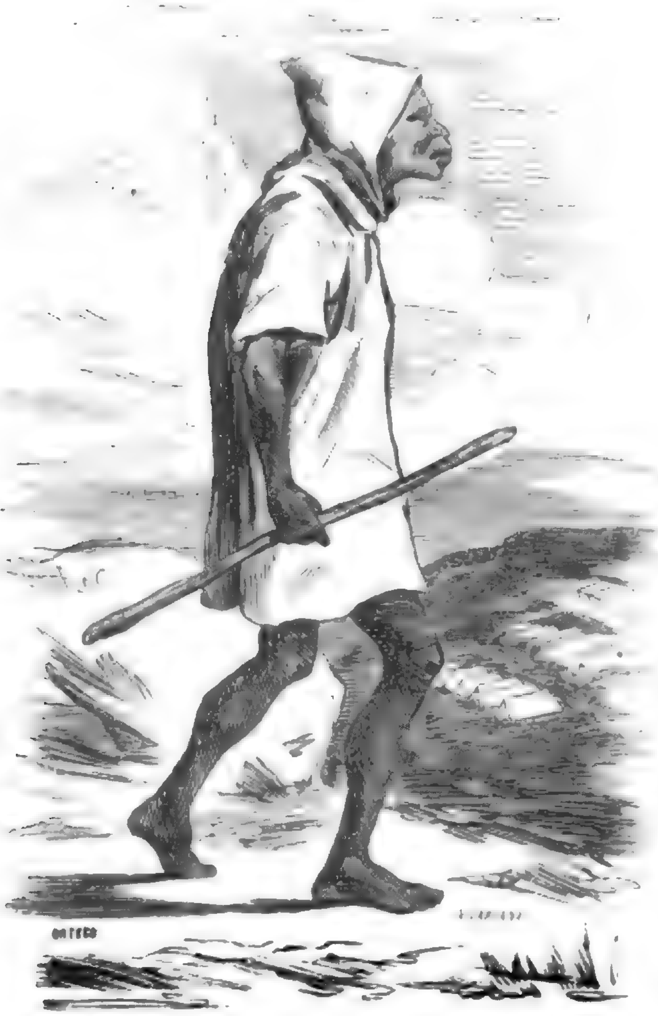
—No: cuatro dias antes: en la accion de *Ouchda*.—Mira.

Y levantándose la toca, nos mostró una larga cicatriz que le atravesaba toda la frente.

—¡Oh! ¿cómo no moriste? esclamamos al ver aquella espantosa señal.

—La bala se deslizó sobre el hueso, respondió con su eterna sonrisa.

—Pero tú serias muy jóven en 1844...



Moro loco pasado á nuestro campo. (De un croquis.)

—¡Oh! no: tenia ya diez y siete años.

—¿Y qué eras entonces?

—Simple caballero... Hoy soy *caid*.

—*Caid*, me dijo Chevarrier, significa *capitan de ciento*.

—¿Y siempre sirves en caballería?

—Siempre. Pero el dia de la pelea con vosotros, mis soldados y yo habíamos dejado los caballos en Anghera y nos batimos á pié.

—Pues ¿qué dia te hicieron prisionero?

—Hace cinco dias, dijo el *caid* mostrándome los cinco dedos de la mano.

—¡Ah! sí: ¡el dia primero! esclamé yo, recordando haberle visto sobre una camilla en el camino de los Castillejos.

—Allí eran inútiles los caballos; pues nosotros debíamos atacar por la montaña, continuó.

—¿Y te has batido muchas veces con nosotros?

—Solamente esta. El dia antes habia llegado con mi gente.

—¿De muy lejos?

—De Mequinez.

—¿Cuántos dias habiais caminado?

—Catorce, sin parar.

—¿Y es buen país Mequinez?

El rostro del árabe se iluminó de alegría.

—¡Muy hermoso! respondió cerrando los ojos para verlo.

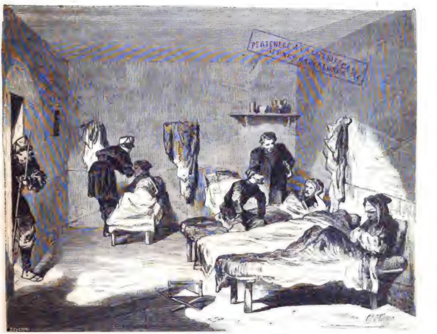
—¿Qué hay allí que ver y que admirar? pregunté yo aparentando no creerle, á fin de obligarle á ser mas esplícito.

—¡Todo! esclamó Mahommed con viveza.

Con viveza, digo, y no es esta la palabra. La acentuacion, el ademan, el gesto con que los árabes adornan su discurso, merece otra calificacion. Todo lo que dicen lleva el sello de una conviccion profunda é inalterable: cuando niegan, afirman ó dudan, parece que son el eco de una verdad eterna, de una revelacion divina. Compréndese que para ellos las cosas mas insignificantes no pueden menos de ser lo que son. El *no* y el *sí* compendian estos pensamientos: *indudable*, *indefectiblemente*: *está escrito*: *Dios lo quiere*: *es un hecho fatal*. Preguntas á un moro, por ejemplo, cómo se llama, y no te responde sencillamente: *Achas*, *Ibrahim ó Mahommad*, sino que te dice con los ojos, con la cara, con la mano, con el tono, con todo su ser; v. gr.: *Ibrahim*... como queriendo significar, *Ibrahim*, y no otra cosa; Ibrahim, aunque yo no quiera; Ibrahim, porque Dios lo dispuso; Ibrahim, por los siglos de los siglos.

Otro ejemplo y termino esta digresion.

Uno de nuestros generales, que hizo un viaje á Tetuan hace algunos años, encargó á un moro un caballo árabe de pura raza.


PERTENECE A

Los moros heridos.—Hospital de Ceuta. (De un croquis.)

—¿Cuándo he de traerlo? dijo el moro.

—Dentro de cinco dias, respondió el general.

—¡Bueno! replicó el mahometano.

Y contando por los dedos como nuestros campesinos, añadió:

—Mira, general: mañana... no. (Y doblaba un dedo). Mañana... no. (Y doblaba otro). Mañana... no. Mañana... no. ¡Mañana... sí!

Y permaneció un momento con el quinto dedo levantado, como diciendo: «tan cierto es que tendrás caballo, como que yo tengo quinto dedo.»

Con que volvamos á *Omar-Ben-Mahomed*.

El *caid* habló largamente de su patria. Elogió la riqueza y hermosura de su país, las grandes llanuras que rodean á Mequinez, sembradas de trigo y pobladas de olivares, las praderas llenas de carneros, camellos y caballos, los montes cuajados de gacelas y de jabalíes, y los valles abundantes en perdices y avutardas, que él, como todos los grandes señores, tenia licencia para cazar, ora con halcon, ora con lebreles.

Despues nos dijo que fuéramos á aquellas comarcas, donde seríamos bien recibidos y se nos daria la mas noble hospitalidad, añadiendo que la causa principal del odio preferente que los moros tienen á los españoles es el miedo ó el desden con que estos miran al imperio de Marruecos, en el que no se internan nunca, á pesar de lindar con él, mientras que los ingleses, los franceses, los portugueses y los alemanes lo recorren con frecuencia.

—Dicho miedo, añadió el moro, nos hace suponer que nos considerais como á enemigos y que si nosotros fuéramos á España, correríamos los mismos peligros que vosotros temeis encontrar en nuestro suelo.

—Eres injusto, le dije: en Ceuta no se hacia daño á ningun moro de los muchos que entraban diariamente por sus puertas.

—¡Ah! respondió el marroquí; porque traian víveres al mercado, y la guarnicion no podia pasar sin ellos cuando habia mal tiempo en el mar.

—Con todo, continué, no me negarás que los moros nos aborrecen porque se acuerdan de que estuvieron ocho siglos en España, de la que se creen desposeidos injustamente, siendo asi que nosotros no hicimos mas que recobrar lo que era nuestro.

—¡Oh! ¡*Garnata*! dijo Omar de la manera que lo escribo, ¡*Garnata*! de allí venimos nosotros.

—Allí he nacido yo.

—¡Ah! murmuró el caid; y me miró melancólicamente.

—Yo soy de la tribu de los *Bokarís*, añadió al cabo de un momento.

—Mi pueblo se llama Guadix.

—Nombre de rio... replicó el moro.

—¿Quieres venir á España? le pregunté yo entonces con verdadera efusion.

En este instante, el quinto prisionero, el que no habia hablado aun ni una palabra, sacó un poco la cabeza de debajo del embozo, y murmuró una frase que mi amigo y bondadoso intérprete no comprendió, pero en la que hasta yo mismo percibí el acento de la ira, del imperio, de la amenaza.

Volvíme hácia él, y me encontré con que era aquel *dervich* de la melena negra que ví en el camino de los Castillejos, y á quien muchos tomaron por una mujer.

—Este moro, dijo el presidiario que hablaba árabe, señalando al nuevo interlocutor, este moro gasta muy mal genio y no quiere ni que respiren los demás. Los tiene metidos en un puño. Cuando vienen... asi... señores como ustedes, y les meten en una conversacion, luego les riñe y les insulta, diciéndoles que son unos cobardes y unos tontos.

En mi entender, este es un cura, añadió el presidiario; pues les amenaza con Alá y con Mahoma cuando no le respetan; pero aquel se rie de todo y hace su voluntad.

Esto último lo decia señalando al *caid*, quien efectivamente nos indicaba por señas que no reparásemos en el pobre *dervich*, ó sea en el *padre cura*, como le llamaba el continuado.

Pero ya que toco esta cuestion, quiero acabar de definirte la significacion de los *derviches*, á quienes llamé, no sin propiedad, hace algunos dias, *especie de monges vagamundos*.

Supongo que tú sabrás la gran veneracion que tienen los árabes á los locos: créenles dotados de una inteligencia estraordiñaria, de una iluminacion celeste, de una sagrada inspiracion y les permiten entrar y salir en sus casas, sentarse á su mesa, acercarse á sus mujeres y hasta robarles su caballo. Y es que como la religion constituye el pensamiento, el sentimiento, el hábito, la naturaleza y la vida de todos los musulmanes, los que se vuelven locos entre ellos toman siempre una manía mística y llegan al último grado de fanatismo, lo cual hace que se les mire como seres privilegiados, tocados por Dios en el corazon, cuando lo que están es tocados por el diablo en la cabeza.

Ahora bien, algunos escépticos (que tambien los hay con turbante), fíngense locos á fin de disfrutar las grandes ventajas que proporciona la demencia en su país, y pasan toda su vida haciendo una comedia muy difícil, pero un negocio muy seguro.

Puede, pues, decirse, resumiendo: que entre los musulmanes todos los locos son *derviches*; pero que no todos los *derviches* son locos.

En cuanto á sus deberes y atribuciones no son ningunas.—Los desgraciados atraviesan este valle de lágrimas haciendo su soberana voluntad, ociosos y divertidos, permitiéndose muchos placeres que prohiben las leyes de Mahoma, como por ejemplo, comer jamon y beber vino; y cuando se mueren... ¡y bien! cuando se mueren llevan esto adelantado, pues de todas maneras habian de ir al infierno, en el mero hecho de desconocer la verdadera religion.

Con que prosigamos.—Cuando te hable de los *santones* y de los *santos*, conocerás á los verdaderos sacerdotes islamitas, gente que, segun mis datos y averiguaciones, es mucho mas noble é importante que la que te acabo de definir.—Por hoy, me basta con haberte demostrado que el penado orientalista hacia mal en llamar al *dervich*, «el padre cura.»

Por lo demás, yo creo que el melenudo paciente pertenecia á la raza de los *derviches* que no están locos, pues dicen que se batia como un condenado cuando lo hicieron prisionero, y que una vez en el hospital, solo trata de mejorarse y de que le den bien de comer.

Sin embargo, debo confesar que tiene de verdadero patriota lo que le falta de verdadero creyente, y que es de los cinco cautivos el que mas procura no comprometer con sus revelaciones la causa de los marroquíes.

Tampoco trataba yo de llevar á este terreno á mi nuevo amigo el *caid*, pues conocia que á la primera pregunta que le hiciera acerca de la cosa pública me retiraria toda su confianza; continuó, pues, nuestra conversacion á pesar de la frase imperiosa del *dervich*, repitiendo yo á Omar la pregunta de si queria acompañarme á España.

El buen capitan se puso serio y hasta sombrío al oir por segunda vez esta pregunta.

Comprendíase que se le habia ocurrido si aquello seria una fórmula suave de advertirle que, luego que estuviese mejor de sus heridas, se le internaria en España, en vez de ponerle en libertad, como se le habia prometido.

La idea de alejarse de su patria, de sus costumbres, de su salvaje independencia, de verse siempre entre gente estraña, y de no volver nunca mas á Mequinez, nubló un momento la lucidez de su mirada... Pero era moro, estaba vencido, enfermo y prisionero y tenia que ser adulador... Hizo, pues, un esfuerzo para sonreir, y ya se disponia á responderme todo lo contrario de lo que sentia, cuando queriendo evitarle el dolor de proferir una blasfemia:

—Tú desearás, me apresuré á decirle, ver á tu familia antes que todo...

—¡Sí... sí!... respondió con efusion y zalamería.

—¿Tienes hijos?

—Nueve hijos, respondió con el mismo júbilo humilde, con la misma alegría modesta, como si pidiera perdon de ser tan venturoso fuera de España.

—¿Y padres?

—Padre, no, contestó con cierta naturalidad, exenta de ternura y de dolor, como quien dice: Mahoma le llamó á su lado y allá me espera.

Nada le hablé de su mujer, porque sabia que la mayor ofensa que se puede hacer á un musulman es nombrarle á sus esposas ó á sus esclavas, aludir á ellas en la conversacion, dar á entender que se sabe que las tiene.

—¿Cómo te va de salud? se preguntan los moros mas amigos y allegados.

—Bien ó mal.

—¿Y tus hijos, Fulano, Mengano, Futano? etc.—Y los nombran á todos.

—Buenos ó malos: el uno está aquí; el otro está allá, etc.

—¿Y tu casa?

—Soy feliz ó soy desgraciado, responden con indiferencia.

Y no se desciende á mas pormenores.

Aquí sí que vendria como de molde aquello de: *¿Quién es ella?*

Solo que seria menester preguntarles: *¿Quiénes son ellas?*

—Y bien, Omar, adios, le dige al *caid* levantándome para irme, viendo que, á pesar de todos sus esfuerzos por disimularló, se le notaba que le habia asaltado una profunda tristeza. Mejórate pronto, y la reina de España te dejará en libertad, y verás á tu familia y vivirás donde te parezca.

El *caid* se llevó la mano á los labios y luego á la frente para saludar á la reina: despues me tendió la misma mano; nos saludamos como al entrar, y partí, sin entablar conversacion con los otros moros por no incomodar mas á mi distinguido y sabio intérprete.

Ceuta 6 de enero.

¡Estoy maravillado, amigo mio!—Vengo de presenciar una cosa estraordinaria, milagrosa, inconcebible.—Apenas me atrevo á dar crédito á mis oidos y á mis ojos... ¡Ah! ¡la mas pura alegría inunda mi corazon!

Nuestras tropas han desfilado por delante del campamento de los moros, han forzado materialmente la linea enemiga, han atravesado el Monte Negron... ¡y todo esto sin combate de ningun género, sin disparar un solo tiro, con el mayor órden y tranquilidad!...

¡Yo no lo comprendo!—Figúrate que el Monte Negron era uno de los obstáculos que mas cuidado daban á nuestros generales siempre que se trataba de la marcha sobre Tetuan. Tú recordarás el efecto que me produjo el solo aspecto de aquella formidable posicion, el dia que la contemplé desde el Hacho. Posteriormente habia sabido por prácticos de estos terrenos que era imposible abrirse paso entre aquellas quebradas peñas sin regarlas de sangre una por una...—Allí estaban situados y acampados los marroquíes: allí esperaban á nuestro ejército hace dos dias: aquella era la llave de las llanuras que se suceden hasta Cabo Negro... ¡y sin embargo, por allí acaban de pasar nuestras tropas sin inconveniente alguno, habiendo plantado á estas horas casi todas sus tiendas del otro lado de sus erizadas cimas!

Te repito que no lo comprendo: vengo de verlo con ayuda de un escelente anteojo, y se me figura una ilusion ó un efecto de mágia. Es indudable que nuestro ejército ha de haber hecho hoy un grande esfuerzo de habilidad y de estrategia para alcanzar tan peregrino resultado.

En cuanto á lo que yo he visto, se reduce á lo siguiente.

Desde esta mañana al amanecer observé movimiento en nuestro campo, hasta que al fin desaparecieron todas las tiendas y comprendí que se trataba de avanzar.

Esto, que leido por tí, te parecerá poco importante, es de un interés inmenso, visto en la situacion y del modo que yo lo veia.

¡Ah! En una guerra de esta especie, emprender la marcha es caminar á un combate infalible.—Asi habia sucedido hasta ahora; y asi lo esperaba yo lleno de sobresalto y curiosidad.

Nada te digo de la profunda pena con que veia alejarse mas y mas aquellas tiendas, que eran á la vez mi hogar y mi patria; porque esto lo adivinarás fácilmente; pero sí te confesaré de nuevo que he pasado todo el dia temblando por la suerte de nuestras armas, cosa que no me habia ocurrido en medio de los combates.

Una vez en marcha nuestro ejército, ví avanzar resueltamente á una parte de él, en la que iban muchos lanceros hácia el pié del Monte Negron y como buscando el punto en que se sumerge en el mar.

Algun cañonazo de nuestros buques interrumpió solamente el profundo silencio con que soplaba el viento... Ni una nube de humo se levantaba de la tierra.

Apenas habia salido el sol, cuando ya ocupaban nuestras tropas las primeras colinas del promontorio.

En el campo enemigo, situado á la derecha, sobre el mismo monte que atacaban por la izquierda los españoles, notábase mucho movimiento de infantes y ginetes; pero ni estos ni aquellos adoptaban una resolucion definitiva.

Entre tanto, otra gran masa de fuerzas nuestras amagaba por la derecha una acometida al campamento de los moros, quienes temiendo, sin duda, verse envueltos, no se atrevian ni á aceptar esta batalla, ni á estorbar el paso á los que avanzaban por la orilla del mar...

En fin: no sé... ¡Ello es que los nuestros se han dejado á retaguardia el ejército marroquí, que por la mañana veian á su vanguardia!

Espero en Dios saber muy pronto de boca de mis amigos todos los pormenores de lo ocurrido hoy, y entonces te haré comprender el secreto de una operacion tan increible, tan feliz y tan importante.

. . . .

Por lo demás, dicen que hoy ha sido dia de la Adoracion de los Santos Reyes...

¡Oh insigne, oh valeroso ejército de Africa!—¡Qué noche te espera despues de las fatigas de la jornada!

—Ahora empieza á llover y á soplar el viento... ¡Ahora, cuando el soldado vá á plantar su pobre choza de lienzo, á buscar leña y agua y á prepararse su pobre y desaliñada cena!

—¡Ah! venid aquí, los que sois tan desgraciados que no habeis sentido todavía inflamarse en vuestro corazon el fuego del patriotismo... ¡Venid aquí y sentireis ablandarse vuestro pecho al percibir á lo lejos aquellos heróicos caminantes, que se agrupan en torno de la bandera de Castilla para pasar la noche bajo todos los rigores de los elementos!

Dia 7.

Sigue el mal tiempo: una espesa lluvia y un denso nublado me impiden ver hoy nuestros lejanos reales.

Sopla un furioso *Sudeste*, muy inclinado al *Levante*, y la mar revienta con un ímpetu espantoso sobre las playas en que se encuentran nuestras tropas.

Todos los buques que se hallaban en el puerto del Sur de Ceuta se han pasado al puerto del Norte.

Los viejos marinos anuncian un temporal deshecho.

Los vapores que siguen por la costa la marcha de nuestro ejército, empiezan á presentarse y á pasar por delante de estas aguas para buscar un abrigo en la bahía de Algeciras ó de Gibraltar...

Algunos no juzgan conveniente atravesar el Estrecho, y se guarecen en este puerto, atestado de lanchas cañoneras, de chalanas, de botes, de faluchos y de buques de alto bordo.

¡Es decir que el ejército se queda solo y abandonado á cinco leguas de esta plaza, en un arenal desierto, en un terreno completamente salvaje!

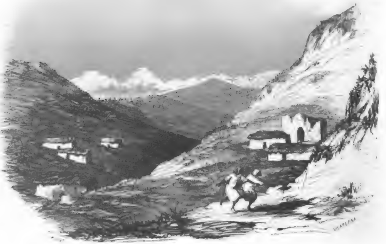
¡Es decir, que á estas horas aquella bendecida caravana de compatriotas nuestros se encuentra incomunicada por mar y por tierra con el resto del mundo, sin noticias de la patria, sin serle dado recibirlas, desprovista de medios de subsistencia y persuadida de que no pueden llegarle de ningun lado!

¡Oh, que situacion tan horrible si el temporal continúa!—Todo el poder y toda la ciencia de los hombres no bastarian á socorrer por mar á nuestras tropas... Cuantos buques se acercasen á aquellas playas, naufragarian desastrosamente. Fuerza es, por lo tanto, prescindir de todo proyecto de esta naturaleza.

Y ¿cómo socorrerles por tierra? ¿Y con qué? ¿Y por cuántos dias?

Los verdaderos almacenes están en los buques, y los buques son hoy completamente inaccesibles.

Los víveres que puede haber en Ceuta los necesita el cuerpo de ejército del general Echagüe, los necesita la poblacion de la plaza, los necesitan cuatro mil enfermos y heridos que residen en ella, los necesita su guarnicion...



Aduar moro. (De un croquis.)

¡Y bien! Todo se sacrificaria á la mas urgente, á la mas sagrada necesidad: el ejército que está en camino, y que es depositario de la honra de la patria, seria preferido á todo... Pero ¿cómo llegar hasta él?—Yo lo creo tambien imposible.

Los moros, que desde el instante en que avanzaron nuestras tropas se corrieron por su retaguardia hasta la orilla del mar, cortándoles la retirada y la comunicacion con Ceuta, son demasiado astutos para haber dejado de comprender el grande aprieto en que puede encontrarse nuestro ejército por falta de víveres; y tengo por seguro, como si lo viera, que en este momento ocupan ya todas las posiciones que les hemos arrebatado palmo á palmo en tantas reñidas luchas, decididos, no diré á impedir, pero á entorpecer y retardar la marcha de cualquier convoy que se dirigiera en auxilio de nuestros compatriotas.

Ahora bien: suponiendo que el general Echagüe marchase á la cabeza de la mitad de sus batallones, dejando la otra mitad en el Serrallo (que no puede abandonarse sin ver rodar al otro dia la piedra divisoria que dió origen á esta guerra); suponiendo esto, dijo: ¿llegarian los víveres á tiempo de impedir la mas completa desgracia en el campo del general O'Donnell? ¿Le seria posible al héroe del 25 de noviembre sostener seis ó siete combates consecutivos en el camino de Tetuan, desde el Otero hasta

Monte Negron? Y, dado que sí,—pues todo se puede esperar de nuestras tropas,—¿se lograria el objeto de una empresa tan temeraria?

Afortunadamente,—segun noticias de la marina,—el ejército incomunicado tiene cinco raciones...

Esto quiere decir que podrá sostenerse tres dias á lo sumo...

El imprudente soldado no piensa nunca en el dia de mañana y malgasta y desperdicia los víveres, cuando no se los come sin órden ni concierto.

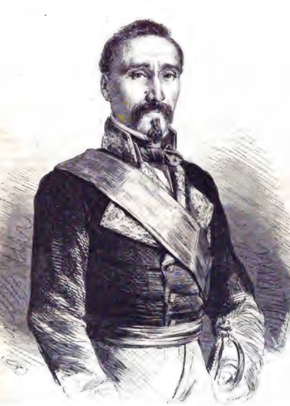
Al declararse hoy el peligro, ¡Dios sabe lo que quedará de las cinco raciones!

Luego el agua lo avería é inutiliza todo... La galleta mojada se corrompe... El arroz se hincha y se malea...

Es decir que antes de tres dias no tendrán nada, nada absolutamente, ni para ellos ni para sus caballos...

¡Y el temporal amenaza ser de los mas terribles!—¡El *Levante* puede durar, ha durado muchas veces quince dias!!

¡Oh! ¿Y los enfermos? ¿Qué será de los infelices á quienes ataque el cólera en el charco de agua que les sirve de lecho?



El general Gasset. (De fotografía.)

Tendrán que conservarles dentro de las tiendas, al lado de sus camaradas... y cundirá la tristeza, cundirá el horror, cundirá el contagio!—

Ademas, puede haber combates; tendremos heridos... ¡y ni un barco que los recoja, ni un refugio que los libre de la intemperie!

Entre tanto, se mojarán las armas y las municiones, ¡y no tendrán repuestos de ellas sino para pocos dias!... y...

¡Esto no se puede pensar! ¡Es horrible! ¡Es horrible!

. . . .

¿Y qué? ¿Retrocederán? ¿Volverán á Ceuta? ¡Me atrevo á asegurar que nunca! ¡Antes quedarán todos tendidos en aquellas playas! ¡Conozco al general O'Donnell!

¿Y acaso fuérale permitido obrar de otra manera? ¿Se riegan de sangre cinco leguas de terreno, para desandarlas en seguida? Volver piés atrás, ¿no es la deshonra

¿No seria producir el luto en nuestra patria, el júbilo en el ejército enemigo, la censura, sino la compasion y hasta el sarcasmo en las demás naciones?

¡Oh!... no: ¡no retrocederán!—La bandera de España permanecerá clavada allí donde la llevaron sus valientes hijos y no cejará un paso en la senda de su rehabilitacion hasta que la logre cumplida, ¡hasta que se haga respetar de todos los pueblos de Europa!—Antes que volver á Ceuta con la mancha que la echaron los marroquíes y de que salió á purificarse, esa noble bandera debe sufrir el martirio de verse arrebatada por los infieles y arrastrada á un remoto cautiverio... ¡Allí iremos á redimirla con nuestra sangre todos los que nacimos españoles! ¡Allí iremos á rescatarla al precio de mil vidas que tuviéramos!

. . . .

¡Oh, qué noche tan tremenda! ¡Qué noche tan horrorosa! Los truenos parece que desgarran el firmamento. El rayo hiende la atmósfera en todas direcciones. Tiembla la tierra como si la mar amenazase romper el débil istmo de esta península y arrancar á Ceuta de sus cimientos de granito y hacerla zozobrar y perderse y hundirse en apartadas soledades como navío que ha roto sus amarras.

Torrentes de lluvia, cataratas de granizo y de piedras enormes caen con una violencia increible sobre la espantada ciudad. Húndense algunas casas: las calles son rios sonorosos: cada patio una laguna. El viento azota y conmueve todo lo que encuentra por delante: sus rugidos asordan el espacio... El mismo mar no le gana esta noche en furor y poderío!...

. . . .

Pasan horas y horas, y el huracan no cede: antes se enrabia y desencadena mas.

Llega el dia... y lejos de serenarse los elementos al rayar sus turbios resplandores, encolerízanse de nuevo cual si proclamasen en aquel instante que no hay poder ni ley que tenga fuerza sobre ellos, y que no desisten de su propósito de aniquilar todo lo creado.—

¡Dios tenga piedad de España!

Dia 8.

Han pasado veinte y cuatro horas, y ni el viento, ni el mar, ni la lluvia, han depuesto su irresistible ira.

Todo el dia ha sido igual á la noche.

Seguimos sin noticias del campamento ni de España.

Solo se comprende por los despojos que el mar arroja sobre la muralla de este puerto que deben de haber perecido muchos barcos.

En un momento, en que he salido hoy á ver el mar, han pasado ante mis ojos, arrebatados por las olas, los restos de cien naufragios; ora jarcias y velas, ora quillas y mástiles; aquí bueyes y caballos muertos; allá sacos de mercancías ó de víveres del ejército; por una parte el cadáver de un infeliz marino; por otra tablas, pipas, redes, todo género de vestigios de otras tantas desgracias y ruinas.—¡Es un espectáculo desolador!

La mar causa espanto, sobre todo hácia el lado del Estrecho. Su punto de contacto con el cielo, presenta una línea tan desordenada y rota, que representa una áspera cadena de montañas. Son las alborotadas olas, que se amontonan bramando como titanes enfurecidos,... El agua presenta un color terroso que dá miedo, y la inmensa nube que entenebrece el espacio acércase tanto á la tierra, que parece que el cielo puede tocarse con la mano. En tan horrendo panorama, una sola cosa sonrie á la vista, y son las grandes palmas de espuma que saltan al aire por do quiera que encuentran un obstáculo las olas. ¡Y qué fragor, qué estruendo, qué bramidos en la atmósfera, qué roncos truenos submarinos!—¡Oh! no seria mayor el tumulto de los elementos el ignorado dia, en que venciendo Hércules á los gigantes Calpe y Abila, abrió paso al Océano y separó para siempre el Africa de la Europa.

. . . .

Dia 9.

Un dia mas, y la tempestad no calma, y el cataclismo continúa y los desastres aumentan.

¡Desventurado ejército! ¡Infortunada España! ¿Qué habrá sido de aquellos miles de mártires, que se encuentran abandonados y solos en este inhospitalario continente?

Nadie duerme, nadie respira, nadie vive en esta funeral ciudad. ¡Porque esto no es vivir! ¡Esto es peor que la mas espantosa muerte!

Todo... ¡todo se cree ya posible! Que los aluviones desprendidos de las montañas hayan arrastrado al mar á nuestras tropas; que el hambre las haya postrado en tierra; que el enemigo haya caido sobre ellas; que el rayo y el granizo las hayan aniquilado... Todo, todo lo tememos ya, los que, por un triste privilegio, que abominamos y maldecimos, nos encontramos lejos de nuestras banderas, á cubierto del peligro, libres y salvos en naufragio tan horrendo! ¡Todo, todo lo presume ya nuestra imaginacion, causándonos ¡ay! mayor tortura que la que pudiéramos sufrir allí en medio de nuestros camaradas!

Como toda tribulacion comun confunde en un solo sentimiento á los corazones angustiados y hace confraternizar á cuantos esperimentan igual zozobra, resulta que en estos tremendos dias nos buscamos con ánsia todos los que nos encontramos aislados tambien y como prisioneros dentro de los muros de Ceuta, á fin de comunicarnos nuestros sobresaltos y temores, y demandarnos unos á otros consuelo y esperanza.

Ahora bien: entre las muchas escenas de este género que han pasado en mi presencia ayer y hoy, conmoviéndome profundamente con mil piadosos arranques del mas tierno patriotismo, merece especial mencion el espectáculo que ofrecia esta tarde la alcoba del general Zabala.

Este noble y bizarro militar se encuentra, como sabes, tambien aquí, desde la noche del 1.° de enero, baldado completamente de la pierna derecha; y puedes suponer que en el terrible conflicto que hoy atraviesan nuestras armas, todos acuden á su lado pidiéronle órdenes y consejos, ofreciéndole hacienda y vida por si las cree necesarias para remediar un mal tan grande, y demandándole, en fin, á su pericia en los azares de la guerra algunas reflexiones tranquilizadoras, algun asomo de consolacion y confianza.

Pero ¡ah! el conde de Paredes es acaso el mas desesperado y afligido de cuantos rodean su lecho.

Cerca de él, hay una ventana que mira precisamente hácia el Sur, esto es, hácia el camino de Tetuan, hácia los sitios donde están acampadas nuestras tropas...

El ilustre paciente no separa su vista de aquella ventana; pero la niebla, la lluvia, el viento y el alborotado mar no le permiten distinguir otra cosa que un ceniciento caos sin forma ni perspectiva...

Entonces levanta los ojos al cielo, esclamando con una ternura que parte el corazon:

—¡Hijos mios!

Y es que piensa en los soldados.

Otras veces procura incorporarse en la cama, y habla de marchar en auxilio del ejército, y pregunta cuántos víveres hay en la plaza, y manda á sus amigos y á sus ayudantes que se pongan á las órdenes del no menos inquieto general Echagüe, y llora, y se enfurece, y llama á Dios en auxilio de España... hasta que, postrado y rendido, inclina la cabeza sobre la almohada con la atonía de la desesperacion, con el desaliento de la muerte.

. . . .

¡Hé aquí ya la noche, y todo sigue lo mismo!

¡Ah! ¡Yo no he sabido hasta hoy cuanto amaba á España! Me ha sido menester verla en tan supremo trance, espuesta á perder en una hora el fruto de tantos esfuerzos, de tanta sangre, de tantos sacrificios, para conocer toda la intensidad de ese vago afecto, negado por algunos filósofos, que se denomina amor patrio. He necesitado ver á mi nacion en el riesgo inminente de ser vencida, de naufragar, de desaparecer por muchos años, para comprender que el individuo y la familia son accidentes secundarios é indignos de atencion, cuando se trata de esa colectividad sagrada que muchos han llamado convencional y gratuita, consuetudinaria y supersticiosa, y que yo proclamo legítima, providencial, eterna, como las leyes naturales, como los instintos del corazon, como todas las aspiraciones innatas de nuestro espíritu.

¡Así es que la mas penosa angustia se ha apoderado de mi alma!—¡Lo veo, lo toco todo tan de cerca!—Ahí, en la península, apenas podreis concebir una idea vaga de lo que está sucediendo á nuestras tropas. Allá, en el campamento, la presencia misma del desastre, la variedad de sus accidentes y la defensa de cada uno contra la desgracia general disminuirán el terror y fraccionarán el mal colectivo. Pero, aquí, en Ceuta, desde donde se adivina todo y no se ve nada; desde donde se abarca el conjunto de las cuitas y no se participa de ellas—lo cual fortificaria el ánimo y haria contemplar mas tranquilamente el infortunio ageno;—aquí, digo, mi incertidumbre es espantosa, mi ansiedad horrible, mis presentimientos insoportables.

No duermo, pues; no descanso; no acierto á leer, ni á pensar, ni á escribirte estas tumultuosas impresiones. —¡Qué medrosa soledad! ¡Qué desventura la mia!

Y llueve... llueve siempre!—¡Y van tres dias y cuatro noches!—¡Y ni una noticia de ellos!—¡Y ni un socorro de nuestra parte!

¡Oh Dios mio! ¿Qué gran pecado ha cometido este tu fiel y respetuoso pueblo, en sus dias de prosperidad y de grandeza, que así concitas contra él los elementos cuando la fuerza de los hombres no es bastante á contenerle en el camino de la gloria? ¿Por qué estorbas su regeneracion? ¿Por qué le impides levantarse del polvo donde le hundió tu ira hace tres centurias? ¡Oh, Señor! en la tribulacion que sufrimos, yo reconozco la mano omnipotente que sepultó en los mares aquella escuadra *invencible*, cuyo armamento difundiera el terror por toda Europa! ¡Tremendo fue nuestro castigo en aquellos dias! ¡Tu justicia parecia ya satisfecha y el imperio español tornaba nuevamente á alzarse de los escombros en que le convertiste! ¡Gracia, Señor! ¡Misericordia! ¡Aplaca tu cólera siempre justa! ¡No nos tornes á la nada! ¡Mira que nuestra penitencia ha sido larga, dolorosa, áspera como el mas duro silicio! ¡Mira que hemos llevado la corona y el cetro de la ignominia durante trescientos años! ¡Mira que todos los pueblos, que antes nos rendian pleito homenage, nos han escarnecido, nos han befado, nos han dado á probar la hiel y el vinagre mas acerbos...!

¡Ah! ¡Si nos vuelves á tu gracia, nos llamas á la vida nuevamente, nosotros no abusaremos de nuestro poder, no lo emplearemos en la iniquidad como en algun tiempo! No: no tornaremos á afligir á la humanidad, á defender el error, á dejarnos llevar de la soberbia. Las hogueras de la cruel intolerancia son yertas cenizas que arrebató ya el viento de la libertad. Aquí nos ves con la espada en una mano y con la cruz en la otra, en esta tierra de infieles, sin abusar jamás de la victoria, sin forzar la conciencia agena, persuadiendo y aconsejando como tú nos lo has prescrito, tratando á los que viven en el error no como á bestias feroces sino como á hermanos pervertidos que pueden mejorarse y servir á tu santa causa. ¡Oh, no, señor! Nuestra mision no es ya de ira; no es de terror; no es de tribulacion y escándalo; es de civilizacion, de progreso, de libertad para nuestros semejantes. Y si nos das tu ayuda, si bendices nuestros ejércitos, si nos concedes la victoria, si acreces nuestra fortaleza, nosotros no veremos ya un obstáculo en la marcha providencial de los tiempos; no nos pondremos en frente de nuestro siglo; no nos volveremos contra tu voluntad ni abusaremos de tu santo nombre!—¡Harto hemos llorado *solos* la temeridad de haber sido *los únicos* que desconocieron tus inmutables designios!

. . . .

Dia 10.

Soñaba yo hace poco que veia un cielo azul y un sol brillante...

Habíame dormido al amanecer, oyendo aun los silbidos del viento y el estruendo del mar y de la lluvia...

Desperté, y la mas profunda oscuridad reinaba en mi aposento.

Sin embargo, no sé qué bienestar nervioso (permíteme la frase) me hizo creer que seguia soñando ó que el sueño era realidad.

Luego percibí algunos cantos de gorriones y el eco de las campanas que resonaba puro, clásico, vibrante...

¡Señales son estas que no me han engañado nunca!

—¡Hé aquí un hermoso dia! me dije sin dudar ni un solo instante.

Y abrí un balcon y un océano de luz brilló ante mis ojos.

El sol de una mañana de primavera; un cielo azul y limpio como si acabara de salir de las manos del Creador; un jardin verde, fresco y brillante, siquier destrozado por el temporal; bandadas de palomas revolando sobre las azoteas de las casas; columnas de humo elevándose rectamente, pues tanta era la serenidad de la atmósfera... hé aquí los espectáculos que se ofrecen á mi vista, ávida de claridad y de colores...

Mi primer pensamiento es dar gracias á Dios por la vuelta del buen tiempo... ¡La esperanza renace en mi corazon! Subo á la torre con el anteojo en la mano... Miro... Y allá se perciben nuestras tiendas coronando unas montañas muy bajas, á la misma orilla del mar...

¡Ah! ¡Nuestro campamento sigue en el mismo sitio! ¡Tambien allí se levantan hácia el cielo oscuras humaredas... ¡Es una señal de vida!

El *Levante* ha cesado completamente. El leve viento que sopla, viene del Sur... Pero la mar sigue todavía muy alborotada y ningun barco se atreve aun á hendirla... Mas esto es ya asunto de algunas horas. Despues de tan deshecha borrasca, natural es que la marejada sea tan fuerte. La tormenta reina ya solamente en el fondo de las aguas.

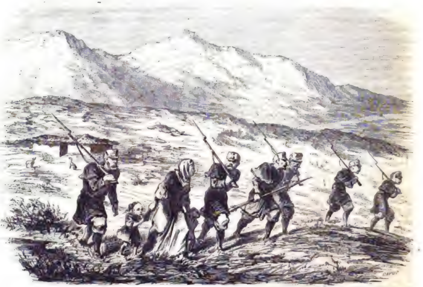
Hé allí, si no, algunos vapores que encienden sus máquinas, á fin de hallarse prontos á partir, tan luego como el mar se serene un poco...

¡Con qué alegría saludarán nuestros soldados el primer humo que divisen en las soledades del mar!

Les parecerá ver la mística paloma del diluvio, portadora de paz y de bonanza!

. . . .

¡Y bien! Partamos. Un barco va á arriesgarse á hacer la difícil travesía desde Ceuta al campamento. ¡Qué placer! Dentro de cuatro ó cinco horas estaré otra vez entre mis amigos, para no abandonarlos mas ya cuando me trague la tierra!



Nuestros soldados acompañan al campamento marroqui á una mora y dos niños. (De un croquis.)

¡Adios para siempre, Ceuta; mansion de la agonía: cárcel, hospital y tumba; recinto de moribundos y de penados; causa y testigo de la guerra; benemérita por la hospitalidad que has dado á los que fueron heridos defendiéndote; muda espectadora y fiel confidente de innumerables horrores...! ¡Adios! ¡Nunca olvidaré los diez dias de dolor y sobresalto que acabo de pasar dentro de tus muros!

XXVIII.

En el mar.

A bordo del *Barcelona*.

A poco de salir este vapor del puerto de Ceuta, empezamos á oir todos los que íbamos á bordo un lejano y vivo cañoneo hácia el Sur...

—¡Tienen accion! fue el grito general.

Y una misma alegría se reflejó en todos los semblantes.

¿Cómo no?—Despues de los terrores supersticiosos por que habíamos pasado acerca de la suerte de nuestro ejército, aquellos disparos eran una seguridad infalible de su vida, de su actividad, de su fuerza. El poderoso aliento de los bronces parecia revelarnos que no habia disminuido el de nuestras tropas... y prescindiendo de esta lógica de la sensibilidad y limitándonos á la de los hechos materiales, siempre nos demostraba aquel estruendo que la pólvora no se habia mojado durante tan horroroso temporal; que nuestros compatriotas habian podido defenderse, dado caso de que los moros les hubiesen atacado en aquellos cuatro dias, y que ni los elementos ni las privaciones, ni las enfermedades habian quebrantado de una manera sensible nuestro poder y nuestra fuerza.

Los recelos y los temores empezaron luego.

—¿Será que avanzan? esclamaba uno.

—¿Pasarán hoy el Cabo Negro? preguntaba otro.

—¿Llegaremos á tiempo de unirnos á las filas por estas playas? interrogaba un tercero.

—Indudablemente han sido atacados en sus posiciones, replicaba aquel.

—¡Vaya un descanso, despues de tantos dias de penalidades! añadia el de mas allá.

—¡No...! ¡No se han hecho esperar los moros, en cuanto ha dejado de llover!

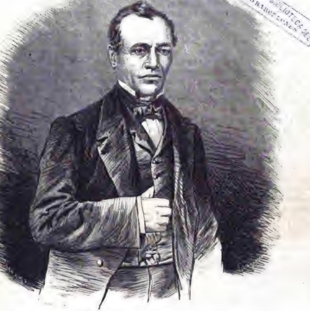
—Eso indica que estaban muy vecinos.

—Mas los cañones que suenan no pueden menos de ser nuestros...

—Eso es indudable... ¡Pues no faltaba mas sino que los marroquíes tuviesen tambien esa ventaja!

—Miren ustedes... Disparan nuestros buques...

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONES



El general de marina don Segundo Herrera. (De fotografía.)

—¡Oh! me ocurre una idea muy triste...

—¿Cuál?

—Que no vamos á presenciar el paso de Cabo-Negro. Figúrense ustedes que esos tiros indicasen que nuestras tropas han emprendido la marcha.

—¡Ah! eso no puede ser. Antes necesitan racionarse para algunos dias.

—Es verdad... Llegamos á tiempo.

—¡Diablo! ¡que no estemos allí ya!

—Capitan ¿falta mucho?

—Con esta mar, tardaremos aun cerca de tres horas.

—¡Tres horas todavía...!

Mientras pasaban estas conversaciones, avanzábamos penosamente sobre una mar dura y turbulenta, que hacia muy trabajosa la marcha del vapor.

Algunos otros barcos, que salieron mas temprano, habian anclado ya en frente del campamento, lo cual hacia menor mi impaciencia, y otros muchos vapores seguian apareciendo por la punta del Hacho tomando nuestra misma direccion.

Entre tanto habíamos pasado por delante del valle del Tarajar ó de la *Concepcion*, de inolvidable memoria para los que habitamos en él, y que ya se halla desierto completamente.

Dirigile un saludo entre lúgubre y cariñoso; y pocos momentos despues cruzamos á la vista del llano de los Castillejos.

Tambien allí buscaron mis ojos parajes y perspectivas que vivirán eternamente en mi imaginacion, y el *Barcelona* siguió adelante en su inflexible rumbo, como indicándome que no habia tiempo para pensar en lo pasado.

Sin embargo, alcancé á distinguir sobre las arenas de aquella playa, que tanta sangre tragó hace pocos dias, un hermoso buque náufrago, embarrado y medio tendido, como un titan moribundo que aun se defendia de la saña de las olas...

Era nuestra goleta de guerra *Rosalía*, víctima del horrendo temporal que bramaba todavía en torno de ella.

A todo esto, ya se empezaba á oir, merced al viento, que soplaba de aquel lado, el tiroteo de la fusilería, por cierto muy animado y vivo, haciéndonos comprender que la accion empeñada era verdaderamente seria.

Pero,—te lo digo sin jactancia nacional,—estoy ya tan acostumbrado á ver triunfar á nuestros soldados, aun en las mas desventajosas luchas, que ni por un momento me ha preocupado esta tarde la idea del éxito de la accion que se percibia á lo lejos.

Por el contrario; parecíame tan seguro el triunfo de nuestras armas, que en vez de pensar en el combate de hoy, daba vueltas en mi imaginacion al mas árduo é importante que adivino para el dia que pasemos el *Cabo-Negro*, tremenda posicion, cuya gigantesca mole se adelanta por el mar, viniendo de muy dentro de tierra, como una muralla levantada por la naturaleza para cerrar el paso al valle de Tetuan.

¡Cabo-Negro!—Esa es la esfinge del enigma. En él terminarán los combates misteriosos sostenidos entre la sombra de los árboles y á través de las crestas de los montes. Allí empezarán las luchas francas y leales. Doblada esa posicion; vencido ese último gigante que nos sale al encuentro como tantos otros, la luz será hecha en esta campaña; conoceremos y contaremos á nuestros enemigos; podremos desplegar toda nuestra fuerza y la numerosa y célebre caballería árabe no será mas un fantasma que dé tormento á nuestra imaginacion...

Son las cuatro de la tarde y ya vamos llegando al término de la travesía.

Solo nos falta doblar la punta del *Monte-Negron*, para que el campamento cristiano aparezca á nuestros ojos.

Pero al llegar aquí, necesito advertirte que no confundas á *Monte-Negron* con *Cabo-Negro*, como acontece á muchas personas y hasta á los mejores geógrafos.

¡Bien que en esto de geografía nos hallamos completamente á oscuras desde que salimos de Ceuta! Las cartas marítimas de esta costa han sido hechas del modo mas gratuito y ateniéndose tan solo á congeturas. Ningun mapa de los que traigo en mi cartera ha podido indicarme nunca el lugar donde me encontraba. Ríos veo correr sobre el papel que no corren sobre la tierra, y otros, que el geógrafo no conocia, ocupan el lugar en que colocó una montaña. Todo esto es muy natural. Nosotros recorremos hoy unas comarcas que jamás holló planta europea, al menos reposada y tranquilamente, de modo que pudiera levantar planos.

Pero volviendo á *Monte-Negron*, debo manifestarte que nada tiene que ver con *Cabo-Negro*, como no sea en cuanto ambos promontorios se derivan de Sierra-Bullones. Sin embargo, *Cabo-Negro* es el verdaderamente importante; pues determina el límite de la gran rada que principia en Ceuta, al par que da comienzo al fondeadero anchuroso de Tetuan.

Por lo demás, sus levantadas lomas cortan el horizonte hácia el Sur, siendo el único estorbo que impide á la vista percibir desde *Monte-Negron* la codiciada ciudad y las fértiles llanuras que riega el sosegado Guad-el-Gelú. Solo, sí, dejan ver á lo lejos, las primeras cúspides del pequeño Atlas, que, pequeño y todo, asoma su encanecida frente por encima de las cumbres de *Cabo-Negro*, al través de diez leguas de distancia.

Mas hénos ya á la altura del campamento... Hé allí las tiendas, todavía húmedas, y por consiguiente pardas... Hé allí la bandera española, plantada á la puerta de la tienda del general en jefe... Hé allí la playa toda llena de soldados que se abocan al mar esperando víveres... Hé allí todo lo que yo he creido ver aniquilado y muerto en mis noches de soledad y de insomnio!

Entre tanto, sigue el fuego allá, muy lejos, en el primer tercio de unas montañas bastante desiguales y no tan altas como estensas.

Se conoce que la accion toca á su fin...

Una espesa neblina se levanta de las lagunas que rodean el campamento, ocultándomelo poco á poco...

Las cornetas trasmiten de monte en monte el toque de retirada.

Nosotros echamos anclas... pero no se nos permite saltar á la tierra. El jefe de la marina prohibió hace dos horas todo desembarque, en vista de que algunos heróicos y temerarios marinos habian muerto luchando con las olas por llevar provisiones á la playa. Y es que la reventazon de las olas sobre la arena es todavía formidable, irresistible!

Mas ¿qué me importa esta separacion de una noche, si ya sé que viven; si ellos saben tambien que tienen á la vista todo género de socorros; si la mar se calma cada vez mas, y si mañana al amanecer podré saltar á tierra?

¡Adios, pues, melancolías; adios, inquietudes y dolores!

. . . .

Ahora son las ocho de la noche.—El fuego cesó completamente hace mucho rato... Nuestro campo se halla esmaltado de hogueras que relucen turbiamente entre la bruma. Conozco este momento... Es el mas delicioso de la guerra. Los que han luchado durante el dia, vuelven á su tienda satisfechos de haber cumplido con su deber. Allí les aguarda el hogar de campaña y la modesta colacion del soldado. La alegría del triunfo y el regocijo de haber escapado ilesos, despiertan un apetito de todos los diablos... Alguna sóbria libacion acaba de entonar el cuerpo y el alma...—¡Milagroso vino!—¡El trueca en palacios dorados las míseras cabañas! ¡El hace que el sueño descienda sobre los ardientes ojos que se han cebado en sangre durante dias enteros...!

Las ocho.—El remoto son de las músicas, que me traen las brisas del mar, alegra y fortifica mi corazon.—Es la retreta, la serenata diaria con que se despide el soldado de sus jefes y entra en su tienda descontando un dia mas de los mil ó dos mil que le quedan de servicio.

¡Ah bravos españoles! ¿Cómo llegué á dudar de su indomable resistencia? ¿No los conocia ya? ¿No los habia visto en lances muy apurados?—Allí están; allí se les ve cruzar por delante de las llamas, tan serenos y tranquilos como siempre, olvidados ya quizás de todo lo que han sufrido en estos cuatro dias...

Un agudo, solo y prolongado punto de corneta da la órden de *silencio*.—Es que son las nueve.—Las hogueras empiezan á apagarse.

Ya solo se oye el ronco murmullo de las olas que giran en torno de los innumerables vapores agrupados en este fondeadero.

La cubierta del *Barcelona*, por la que acabo de cruzar hace pocos instantes, está cuajada de soldados y marineros que duermen liados en sus mantas.—Solo vela el capitan, sentado en el alcázar de popa, enfrente del cuadrante, con la taza de café á un lado y el anteojo al otro. —Es un bravo y amable catalan, que me ha cedido su cámara por esta noche.—En ella te escribo y te saludo, despidiéndome hasta mañana.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONES

XXIX.

Impresiones poéticas.—Mirada retrospectiva.—Marchas y combates á que no he asistido.—El campamento del hambre.

Lagunas del rio Azmir, 11 de enero.

Héme otra vez en mi tienda, ó sea de vuelta en mi casa.

Reconozco el lecho, los muebles, las menores particularidades de ella. La cama ocupa su sitio; las armas el suyo; allá están las provisiones; aquí los arreos de los caballos...

Solo ha cambiado el paisaje que se estendia delante de la puerta.—Siempre se distingue el mar á lo lejos; pero la playa es otra y la perspectiva de las montañas muy diferente.—Hé aquí á mi derecha, unas lagunas que no existian cuando abandoné esta tienda. La sierra de Cabo-Negro se ha acercado lo menos doce millas. Hasta el suelo de mi humilde choza se ha trocado de arcilloso en arenoso...!

Y es que mi casa es la misma, pero no así la tierra en que se levanta. Mi casa ha caminado, y hoy me la encuentro en un pueblo desconocido. Estoy, pues, en mi hogar doméstico, y sin embargo, no sé dónde me hallo, ni quiénes son mis vecinos, ni por dónde se va á ninguna parte.

Y con todo, se le tiene cariño á esta vivienda, cuyo interior no varia.—Es un afecto estraño, que revela los encantos propios de la vida errante y aventurera de los pájaros ó de los pueblos nómades, que duermen todas las noches en familia... pero en diferente region.—Es una impresion particular de que yo no tenia idea y que me complazco en saborear al paso que la analizo.

Pero bien mirado, todo es nuevo, interesante y poético en esta gran vida de la guerra. Si me fuera posible hacértela conocer hora por hora, instante por instante, encontrarias, como yo, que sus menores accidentes encierran mas interés que la mejor novela.—Oye, por ejemplo, la sencilla relacion de mi desembarco de esta mañana, y dime si recuerdas haber leido escena mas animada, mas patética, mas conmovedora.

Al ser de dia, me despertó la luz del alba penetrando hasta mi cama al través de un recio cristal, en que á veces se estrellaba la espuma de las olas, y que otras veces solo me permitia ver el cielo, segun que el balanceo del barco enfilaba la ventana hácia el firmamento ó hácia el abismo.—Dudaba yo si aquella claridad seria del sol ó de la luna, cuando los ecos remotos de la diana del campamento llegaron á mis oidos en una ráfaga de aire, anunciándome que la tierra saludaba ya al nuevo dia.—No de otra manera, cuando se vive en el campo, se conoce la llegada del amanecer por el concierto de las aves en los bosques.

Levantéme, pues, y subí sobre cubierta.

¡Qué vista la de nuestros Reales! ¡Qué cuadro tan fantástico, tan misterioso, tan pintoresco!—Yo no recuerdo quién dijo á mi lado, señalando á la banda del vapor que miraba al campamento:—*Si este balcon estuviese en Madrid ¡que caras se pagarian sus vistas*...! Y en efecto; así para los que siguen con el alma la marcha de sus hijos, de sus hermanos, de sus esposos, de sus padres, como para los artistas y amantes de lo bello, como para todos los buenos españoles, el espectáculo que se distinguia desde aquel balcon no podia ser mas vistoso, tierno é interesante.

Amanecia, como te he dicho:—la faja de oro que resplandecia en el Oriente reverberaba en las brumas del ocaso, tiñéndolas de un ligero carmin. La mar azul, bordada de anchurosas espumas, recortaba los contornos de la cercana tierra. Una neblina desigual y próxima á romperse envolvia las hogueras del campamento entre sus impalpables gasas, haciéndolas aparecer como astros moribundos. Las inmóviles lagunas reflejaban pálidamente aquellas lumbres rojizas, y la claridad refractada daba á su vez un tinte de violeta á los tenues vapores que habian emanado de aquellas muertas aguas... Entre tanto las colinas, asomaban por encima de la niebla sus despejadas frentes, en que ya rayaba el sol, asemejándose á otras tantas islas levantadas sobre un mar de vagas nubes. Tan puras como eran allí las siluetas; tan limpias como se destacaban sobre el azul de la atmósfera las tiendas, las malezas y las figuras humanas que coronaban aquellas alturas, tanto mas turbios é indecisos se percibian los objetos en el fondo de los valles, donde apenas se veia brillar alguna fila de bayonetas que centelleaban entre la bruma como sartas estensas de brillantes.—A esta decoracion de tan maravillosas luces é indefinibles colores, añádele el atractivo patriótico, las penalidades pasadas, mis once dias de ausencia, los cuarenta ó cincuenta buques que veo á mi alrededor, ansiosos de derramar en aquella playa todo género de auxilios y socorros, el cadencioso estrépito de la mar, aun no recobrada de su largo acceso de ira, la armonía lejana de las músicas que saludan al sol de los combates... Añade todo esto, digo, y alcanzarás á imaginar un pálido trasunto de tan grandioso panorama, de tan solemne contemplacion, de tan inmensa poesía!

A cosa de las ocho disipóse la niebla completamente, y pudimos distinguir en la vecina playa un numerosísimo hormiguero de soldados que procuraba comunicarse con un verdadero enjambre de botes que ya se estendia delante de la orilla; pero esta comunicacion era aun muy difícil, á causa del ímpetu con que reventaban las olas en la arena.

Sin embargo, los soldados por una parte, metidos en el agua hasta la cintura, y los marineros por otra, haciendo prodigios de valor, lograban pasar á tierra algunas provisiones de las mas urgentes...

Las mas urgentes, amigo mio, eran tres: tabaco para la tropa, que no se acordaba del pan y clamaba por un cigarro; heno para los caballos y acémilas, que se morian materialmente de hambre, y el correo de España, pasto y amor de todos los espíritus.

He de advertirte que esto lo veia yo ya desde un bote que corria de un lado á otro de la playa, buscando un punto de fácil acceso, ó sea un sitio en que atracar con algunas probabilidades de no ir á pique.

—Tenemos mar de tres olas, creo que me dijo el patron del bote, que era un hermoso y jóven italiano: la primera nos acercará á la orilla; la segunda nos pondrá sobre la arena; la tercera nos hará embarrar ó encallar.

Entonces será menester darse prisa á saltar cada uno sobre los hombros de un marinero que lo ponga en seco, antes de que vengan otras tres olas y le obliguen á tomar un baño.

Con que vamos allá, señores... ¡agarrarse!

Todo sucedió como habia anunciado el marinero. Los remos permanecieron ociosos un instante, y el bote se dejó ir á merced de la triplicada ola. Hubo entonces un momento en que nos vimos sepultados en un golfo de espuma; pero el último golpe de mar sepultó en la arena la quilla del barquichuelo, y antes de que volviese el mónstruo en busca de su presa, ya habia yo sido cogido en volandas por un remero y me encontraba en los brazos de mis amigos.

¡Imagínate esta escena!

—¡Vives! ¡vives! nos decíamos unos á otros.

—Aquí no te esperábamos ya...

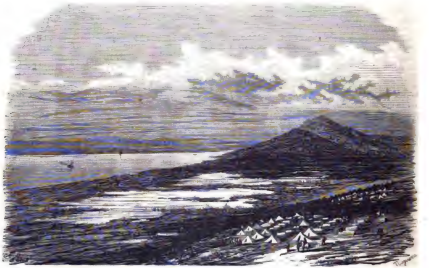
—¿Es cierto que murió fulano?

—Aquí se dijo que habias muerto tú...

—Ya te hacíamos en España...

—Quien ha muerto es este ó aquel.

—¡Zutano ha muerto!



Vista de las lagunas de Tetuan. (De un croquis.)

—¿Y te quedas ya entre nosotros?

—¡Siempre! Todo lo prefiero á volver á Ceuta...

—¿Viste á Marinas?

—Hoy lo han enterrado.

—Tambien se fué Puente á Ceuta...

—Puente murió hace muchos dias.

Creo que te bastará con ese trozo de diálogo para comprender lo que es el *vivir* y el *morir* á estas alturas.

Ni mas duelo, ni mas pésame, ni mas epitafio que el que has oido.

Murió* ó *no murió: hé aquí toda la historia del que se sale del campamento en una camilla.

Volver es resucitar.—Cuando alguno se marcha, se hace algo mas que darle por muerto:—se le olvida.

Despues de esta esplicacion, encontrarás justificado lo que sigue.

—¿Y mi tienda? preguntaba uno.

—Fulano la habita; pero todos cabeis en ella.

—¿Y mi cama?

—Tu cama... agradécemela á mí. Nadie tenia dónde llevarla, y si no la recojo yo, ya estaria en poder de los moros. Volveré á dormir en el suelo.

—¿Y tu caballo? me preguntaron á mi vez.

—Se me ha perdido.

—Estás en un error. Tu caballo se presentó en Sierra Negron á la Guardia Civil. El hambre y el olfato le hicieron encontrar el ejército español. Cuando le vimos llegar tan solo y mal parado y reconocimos en el á tu ***Africa*** (asi se llama mi jaca), te contamos entre los difuntos.

—Pero en fin: ¿dónde está ahora ***Africa?***

—La monta un guardia civil.

—Y por cierto que ayer ha entrado en fuego con ella.

—¡Oh caballo modelo de virtudes!

—Sin embargo, te aconsejamos que no digas que es tuya.

—¿Cómo asi?

—Porque te saldria mas barato comprar otro caballo.

—No lo comprendo.

—Pues es muy sencillo. *Africa* se habia comido estos dias una fanega de cebada, la misma que tendrás que abonar al guardia civil.

—Y bien...

—Y bien; una fanega de cebada valia ayer tanto como doce caballos, puesto que por falta de ella se murieron muchos ..

—¡Ah! ¡es verdad! Hablemos de eso seriamente.

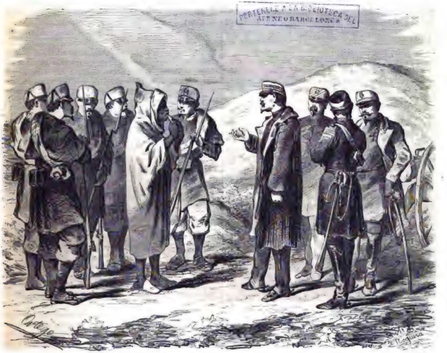
—¿De qué?

—De vuestras privaciones...

—Será difícil, porque aquí lo hemos tomado á broma...

—Sin embargo, debeis de haber sufrido mucho...

—¡Lo que no es decible! Con todo, el soldado no ha perdido ni un instante su alegría. Solo echaba de menos el tabaco, y era delicioso oirle cuando se acordaba de él. Nuestro verdadero apuro era por los caballos y las acémilas, que se comian recíprocamente el pelo y las monturas. Ya verás esos arenales sembrados de caballerías muertas.



PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONÉS

El general O'Donnell interroga á un prisionero. (De un croquis.)

—Pero ¿y vosotros?

—Nosotros hemos comido galleta mojada en agua caliente y mariscos, que abundan en esta costa. ¡De algo nos habia de servir el temporal! La mar ha arrojado millones de almejas sobre estas playas. No obstante, el negocio se iba poniendo tan feo, que ayer mañana estuvo ya á caballo el general Prim á la cabeza de una division para ir por víveres á Ceuta.

—¿Y qué?

—¡Ah! no es para contado... ¡Has debido verlo!

La situacion se comprende fácilmente y ya la habrás adivinado desde Ceuta.

Eramos veinte mil hombres atascados en un lodazal, azotados de dia y de noche por el viento y por la lluvia, sitiados á la izquierda por un mar encolerizado en que no se veia un solo buque hacia cuatro dias, y amenazados á la derecha por el ejército enemigo, que esperaba la primera hora de bonanza para caer sobre nosotros.

Ni podíamos avanzar ni retroceder, y el hambre dejaba ya sentir su aguijon envenenado. Los enfermos se morian dentro de sus tiendas... Los heridos,—pues hemos sostenido dos combates en esta situacion,—pasaban la calentura consiguiente á su estado, liados en una manta hecha una sopa,..

¡Pero mejor es no acordarse!

Ahora bien: figúrate el momento supremo en que iba á partir el convoy en busca de víveres.—Aquella espedicion, ¿iba á mejorar nuestra suerte ó á empeorarla? ¿Saldrian los moros al encuentro de la columna volante? ¿Nos quedaríamos sin acémilas? ¿Permitiria el temporal ir y volver por esos montes á nuestros valerosos compañeros?—Todas las mulas servibles estaban ya preparadas; los soldados, formados; los *brigaderos* decididos á morir defendiendo las provisiones; el general Prim disponiendo el órden de marcha.—El resto del ejército rodeaba á los espedicionarios, como despidiéndoles, como envidiándoles, como agradeciéndoles de antemano su sacrificio...—La mar aparecia revuelta, parduzca y solitaria, ténuamente esclarecida por las primeras luces de la mañana.

En esto, una voz grita:

—¡Vapor! ¡Vapor!

—¿Hácia qué lado?

—¡Dobla la punta de Ceuta!...

Todo el mundo mira...

En efecto: se percibe un punto negro y un poco humo.

El dia aclara entretanto...

¡Es un vapor... no hay duda!—Los que tienen anteojos distinguen nuestra bandera... ¡Nos hemos salvado!

Entonces, y solo entonces, echamos de ver que no corre viento alguno. Las nubes se entreabren... En las regiones altas de la atmósfera parece que sopla el Sur... ¡Se acabó el *Levante*!... ¡Huyó al fin nuestro terrible enemigo!

¡La misma mar ha cedido un poco!... ¡Alto la espedicion! ¡Viva la marina española!—Generales, jefes, oficiales, soldados... todo el mundo se encuentra sobre la playa. No hay corazon que no levante al cielo una accion de gracias íntima y silenciosa.

Pero, ¡ay! á lo mejor, el barco desaparece... ¡Nadie lo ve ya por ningun lado!

—¡No puede! ¡Se ha vuelto! esclaman veinte mil voces.

¡Oh...! ¡qué momento aquel de desesperacion y de agonía!

Asi pasa media hora.

¡Nada...! Se ha vuelto... Es cosa hecha... Ha encontrado la mar intransitable... No hay otro remedio que despachar el convoy.

—¡No se ha vuelto! ¡No se ha vuelto! El vapor avanza... gritan de nuevo los soldados, que ven siempre mas que los anteojos.

El vapor avanza... Pero ¿por dónde? replican otros sin atreverse á confiar de nuevo.

—Viene pegado á la costa...

Era verdad.—Una ilusion óptica nos habia impedido verlo mientras se destacaba sobre el promontorio del Hacho; pero el audaz y generoso buque se dibujaba ya sobre las olas, airoso, altivo, solitario, adelantando siempre hácia estas playas y rodeado de una ancha orla de ebullicientes espumas.

¡Hurra tres veces al denodado barco!—Era el *Duero*, cuyo nombre vivirá siempre en nuestra memoria... ¡Qué titánica lucha sostenia con la marejada! ¡Y qué arrogante venia, y qué orgullosa y contenta debia de estar en aquel instante su heróica tripulacion!

En cuanto á nosotros esperimentábamos aquel inefable regocijo que debieron de sentir el viejo Noé y su familia al ver regresar al arca la mística paloma mensajera de paz y de bonanza.

Entretanto, empezaron á aparecer por detrás de Ceuta otros muchos buques, y algunas horas despues fondeaban ya en frente de nosotros esos almacenes flotantes, en cuyos costados se leen las consoladoras palabras de: *harina*, *arroz*, *hospital de heridos*, *heno*, *cebada*, *hospital de enfermos*, *tabaco*, *tocino*, y tantas otras cosas como empezábamos á ver en sueños, pero nunca al alcance de la mano.

Hasta aquí el primer relato que me hicieron mis amigos. Te lo he trascrito literalmente á fin de obligarte á sentir las mismas agitaciones que yo he esperimentado al escucharlo. Ahora paso á referirte sumariamente los demás sucesos importantes que han tenido lugar en estos últimos dias, segun que me los han contado testigos presenciales y *de mayor escepcion*, que dicen los jurisconsultos.

Primeramente, hácese aquí lenguas todo el mundo elogiando el comportamiento de mi querido batallon de Ciudad-Rodrigo, que sostuvo durante cinco horas un reñido combate, la tarde del 4 de enero, mientras que el resto del ejército acampaba en las alturas llamadas de *la Condesa*.

Hé aquí algunos pormenores de este encuentro.

A las seis de la mañana de aquel dia nuestras tropas habian emprendido de nuevo su marcha hácia Tetuan, desde el valle de los Castillejos, en que yo las dejé atrincherándose.

El enemigo, que siempre se hallaba en observacion de nuestras maniobras, no opuso al principio oposicion alguna al movimiento; que se verificó ordenada y lentamente hasta dar vista al valle Manuel, asi llamado desde los tiempos de don Manuel *el Grande y el muy Feliz*, rey de Portugal, que tuvo dominio sobre todas estas tierras.

Una vez en aquella posicion, nuestros soldados descubrieron á lo lejos y delante de sí las ásperas lomas de Monte-Negron, á donde se habia refugiado el campamento moro.

Mandóse, pues, hacer alto y plantar tiendas, lo que se realizó instantáneamente, quedando asi situados los dos ejércitos beligerantes, el uno en frente del otro, cada cual sobre un estenso monte y separados solamente por un estrecho y mal conformado valle.

La única diferencia que existia entre nuestra posicion y la suya, es que los moros habian elegido para acampar un punto de su línea estratégica distante dos leguas de la costa, mientras que nosotros nos apoyábamos sobre la misma orilla del mar.

Ambas situaciones estaban perfectamente entendidas, puesto que el enemigo tenia su base de operaciones, ó sea su punto de retirada, sus víveres y repuestos en el interior, y nuestro ejército recibia todos sus socorros y se descartaba de heridos y de enfermos por medio de la escuadra.

Aparte de esto, la posicion escogida por nosotros era tan ventajosa como fácil de defender.

Con todo, á fin de establecer el campo y levantar las trincheras mas desahogadamente, se mandó avanzar en observacion hácia el ejército marroquí á dos escuadrones de húsares.

Esta precaucion no fue injustificada.

Dos mil moros de caballería y como quinientos de infantería avanzaban ya á estorbar nuestras operaciones, y muy pronto se rompió el fuego entre las guerrillas de los húsares y los primeros grupos de los árabes.

Entonces fue cuando el general, viendo que las fuerzas contrarias superaban diez veces en número á los acreditados húsares, envió en apoyo de estos al batallon de Ciudad-Rodrigo.

Mandábalo su teniente coronel don Angel Cos-Gayon, repuesto ya de la dolencia que le habia privado de tanta gloria el 30 de diciembre; y es fama entre todos los que me han referido la accion del dia 4, que recobró el tiempo perdido dando muestras de singular valor y grande inteligencia, habiéndoselas desembarazadamente con numerosas huestes de caballería é infantería combinadas, y demostrando á su bizarro batallon que tenia un jefe digno de mandarlo.

Tambien se encontraba allí este dia el coronel don Antonio Ulibarri, herido ya en otro encuentro, como creo haberte dicho, y que convalecia de su lesion yendo de uno en otro campo de batalla; pero una bala le atravesó una pierna al principio del combate de hoy, y tuvo que abandonar al fin el teatro de la gloria por el lecho que habia rehuido hasta entonces con denodada obstinacion.

Cerca de cinco horas duró aquella desigual pelea, en que acabó Ciudad-Rodrigo por rechazar á los moros, causándoles muchas pérdidas, que vino á aumentar nuestra artillería con sus certeros disparos.

Cinco soldados y un sargento muertos, un capitan, un subteniente y treinta y ocho soldados heridos regaron con su sangre el lauro que alcanzó mi batallon en este señalado hecho de armas.

Entretanto, todo el resto de nuestro ejército vivaqueaba ya en su nuevo campo, y la noche caia sobre las últimas faenas de tan feliz jornada.

No lo fue menos la siguiente.

Verificóse esta dos dias despues, siendo aquella que yo califiqué de milagrosa al divisarla con un anteojo desde lo alto del Hacho.

Aludo á la famosa marcha de flanco, al paso del Monte-Negron, á aquel brillante y afortunado movimiento, que, al decir de todos los inteligentes, constituirá una de las mayores glorias de esta campaña.

Pero dejemos hablar á alguno de los que la presenciaron.—Te has perdido, me dicen, el gran dia de júbilo y de sorpresa para las tropas; el gran dia de ciencia y habilidad de nuestro general en jefe.

Vencido estaba el último obstáculo; hallábamonos del lado acá de la temible sierra, y aun dudábamos que fuese cierta tal maravilla, que fuera tanta nuestra fortuna.

Imagínate que al emprender nuestra marcha por la mañana (el dia 6), para abordar el Monte-Negron, donde, como sabes, se habian establecido los moros, decididos á estorbarnos el paso, todo el mundo esperaba una verdadera batalla, en que si bien habia seguridad de vencer, pues esta arrogante confianza no la hemos perdido nunca afortunadamente, se contaba con tener muchas mas *bajas* que en el mayor de los combates anteriores.

¿Cómo no?—Los moros estaban posesionados de unas inaccesibles alturas que nosotros nos veiamos obligados á atacar desde el valle, tomar peña por peña y dominar completamente para pasar al otro lado. Ellos habian tenido tiempo de atrincherarse, de acumular medios de defensa, de establecer obstáculos al paso de la artillería y de los equipajes, y contaban ademas con una numerosa caballería que esparcir por todo el llano y lanzar sobre nuestra retaguardia una vez emprendida la operacion.

Nosotros, en cambio, habíamos de avanzar á pecho descubierto contra un enemigo perfectamente parapetado.

Era, en fin, uno de aquellos lances en que al oir el toque de diana se pregunta uno muy formalmente si llegará á oir el toque de retreta, á lo que, si te he de decir la verdad, nos contestábamos todos aquel dia con un movimiento de hombros equivalente á una negativa rotunda.

Ahora bien; figúrate nuestro asombro cuando aquella noche nos encontramos dueños del Monte-Negron y con toda nuestra *impedimenta* pasada al lado de acá, sin haber perdido un solo hombre... ¡miento; que tuvimos un herido!—Figúrate, digo, nuestro placer y nuestra admiracion.

—Pero ¿cómo sucedió eso?

—Verás.—Dos dias antes de esta operacion,—la tarde del 4:—mientras que mi batallon contenia al enemigo por la derecha, el general García habia practicado un audaz reconocimiento á todo lo largo de la playa, por entre sus arenas y las lagunas en que muere el rio Manuel, llegando bajo una lluvia de balas hasta los primeros estribos del Monte-Negron.

Un soldado de su escolta fue herido levemente; el caballo que montaba el bravo general recibió dos balazos, y el de uno de sus ordenanzas resultó tambien herido... pero en cambio habia hecho un importantísimo descubrimiento.

El Monte-Negron no moria inmediatamente en el mar, sino que entre las olas y la montaña quedaba un estrecho istmo de arena, que abria fácil acceso á estos otros valles!

Deslizarse por aquella lengua de arena; pasar por allí la artillería rodada y todos nuestros bagajes; escaparse como quien dice, por aquella tangente, lamiendo el pié de la fortaleza natural que nos cerraba el camino, tal fue desde entonces el atrevido y dichoso pensamiento del general O'Donnell, y á su realizacion se encaminaron todas las operaciones del dia 6.

El mismo general jefe de Estado Mayor, como mejor conocedor de aquel paso, que tan denodadamente habia reconocido, fue el encargado de dirigir este movimiento, que habia de hacerse de manera que los moros no comprendiesen nuestra intencion, sino cuando ya fuese tarde para oponerse á ella. ¡Ah! si el enemigo hubiera adivinado nuestro propósito, solo desprendiendo piedras de las alturas sobre el arenoso istmo, nos hubiera causado horribles destrozos, cuanto mas acumulando allí sus fuerzas y defendiendo á tiros aquel camino providencial, ó destruyéndolo completamente, lo cual tambien era muy fácil.

El general García, pues, emprendió la marcha antes de rayar la aurora, y cuando aun no se habia tocado la diana; todo á fin de ganar tiempo á los desprevenidos moros.

El segundo cuerpo de ejército, tres baterías de montaña y dos escuadrones de lanceros avanzaron en pos del general lo mas silenciosamente posible y por en medio de unas densísimas tinieblas.

Al romper el dia, ya habian atravesado nuestras tropas todo el valle Manuel, y las primeras colinas de la temida sierra en que se hallaban acampados los moros, caian en nuestro poder una detrás de otra, sin que estos se apercibieran de que los estábamos flanqueando descaradamente.

Un momento despues, todas las cumbres que dominaban el camino, estaban coronadas por los batallones del segundo cuerpo: así, pues, cuando los moros se volvieran al Oriente para saludar al sol que salia temblando por entre las olas del mar, lo primero que debieron ver fue el reluciente brillo de nuestras bayonetas, que erizaban materialmente las alturas.

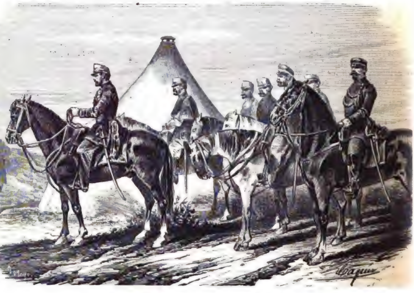
Entre tanto, nuestra caballería habia pasado ya al otro lado del Monte-Negron, estrenando el istmo de arena, y los ingenieros, con ese ardor é inteligencia que tantos elogios les valen todos los dias, preparaban rápidamente un cómodo camino á la artillería rodada, que se deslizaba detrás de ellos á la vista de los asombrados musulmanes.

Estos permanecieron largo tiempo sin saber qué hacerse, sumidos en la mayor perplegidad.

Su primera idea, la mas natural, debió de ser indudablemente adelantarse á todo lo largo del monte, con direccion á la costa, para arrojar á nuestras tropas de los puntos á que habian subido y estorbar el paso de las otras por la playa...

Pero tambien esto habia sido previsto por el general O'Donnell, y el cuerpo de ejército del general Ros, con órden de entretener ó distraer al ejército enemigo, avanzaba ya por el valle arriba, como si intentase atacar el campamento de los moros.

El enemigo, pues, no podia bajar á la playa sin grave riesgo de ser envuelto por el general Ros, que forzando la retaguardia de dicho campamento, iria á buscar la cabeza del segundo cuerpo, el cual aparecia ya por el lado acá de Monte-Negron con el general don Enrique O'Donnell á la cabeza. Es decir: que así la sierra, como el ejército y como las tiendas de los marroquíes quedarian encerrados en un círculo de hierro del que no podrian escapar por ningun lado.



El general Prim y sus ayudantes. (De fotografía.)

Semejante estrategia es demasiado conocida de los moros para que cayesen en la red. La línea que le presentaban nuestras tropas era ni mas ni menos la famosa *media luna* que sirve de fundamento á su sistema de combate y que tan completos resultados les diera contra el heróico y temerario rey don Sebastian.

Guardáronse muy bien, por consiguiente, de avanzar hácia la costa, y resignáronse á ver á nuestro ejército forzar una línea que creian inquebrantable.

Entonces se les ocurrió dar por un hecho consumado nuestro paso por el Monte-Negron, y acudir al tercer cuerpo, del que temian que intentase una embestida contra su campamento.

El general Ros comprendió perfectamente el recelo de los moros y les mantuvo en su error todo el dia, simulando ataques y exajerando sus operaciones hácia la derecha, hasta que á la caida de la tarde, cuando ya no vió en el valle ni un solo soldado de los demás cuerpos de ejército, emprendió una retirada habilísima que los moros no echaron de ver sino cuando el último batallon del tercer cuerpo tomaba el camino de la playa y se escapaba como todo el mundo por el desfiladero de arena.

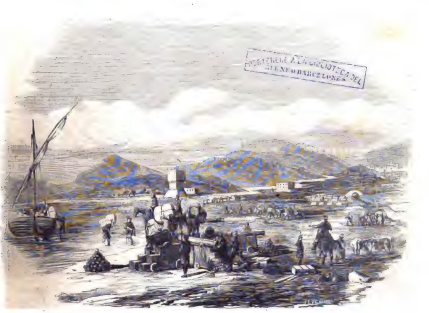
Tal ha sido esa cómica cuanto sublime jornada.

Comprendo, amigo mio, que el anterior relato te haya sorprendido tan agradablemente como á mí: creo que no puede darse mayor fortuna ni mejor inteligencia de la guerra. Ahí tienes una gran batalla ganada por la ciencia militar sin derramamiento de sangre, y por lo tanto doblemente ventajosa. Solo quisiera saber lo que dirian los moros al verse imposibilitados de hacer ningun movimiento, presos materialmente en las redes de nuestra estrategia.

Mas no terminan aquí las cosas notables que han ocurrido durante mi enfermedad.

Aparte de la accion del 10, que yo ví á lo lejos desde el vapor ***Barcelona***, tenemos aun otra del 8: ambas te las referiré ligeramente, aunque no sea mas que para conservar la hilacion de la marcha de nuestro ejército desde Ceuta á Tetuan y para que mi ***Diario*** encierre la cronología completa de tantos hechos memorables: pues si bien es verdad que este libro no es ***la historia*** de la presente guerra, ni menos un periódico obligado á anunciar con precision todos los sucesos importantes que en ella ocurran, sino pura y sencillamente un memorial de mis impresiones particulares, como indica su mismo título, y ya te he esplicado muchas veces, tambien es cierto y seguro que sus apuntes podrán servirme alguna vez de guia para trabajos mas serios y meditados acerca de la guerra de España con Marruecos.

Pero antes que consignar en estas páginas las dos acciones susodichas, bueno será que te refiera un bellísimo episodio que tuvo lugar en el paso del Monte-Negron, y que me ha causado tanto placer como orgullo, haciéndome adivinar toda la misericordia y la hidalguía que han de desplegar nuestros soldados en esta guerra cuando se hallen en mas contacto con el enemigo.



PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONES

Vista de la Ria de Tetuan. (De un croquis.)

Es el caso que una guerrilla nuestra divisó una humilde choza al pié de una montaña, y corrió á ella con el fin de reconocerla y saber si daba albergue á enemigos emboscados.

En efecto, era así: no bien nuestros soldados estuvieron cerca de la choza, cuando salió de ella un moro, armado de su espingarda; hizo fuego á los cazadores, aunque sin herir á ninguno, y huyó por las cumbres del monte con direccion al campamento enemigo.

Los nuestros siguieron avanzando impasiblemente hácia la choza, y ya tocaban á ella, cuando vieron aparecer á una mujer, jóven aun y pobremente vestida, pero de rostro simpático, la cual llevaba de la mano á dos tiernos niños, que lloraban desconsoladamente, asiéndose á la túnica de su madre.

Esta se adelantó hácia nuestros soldados pálida y llorosa pidiéndoles piedad con reiteradas súplicas, cuyas palabras árabes ellos no entendian; pero cuyo sentido tono penetraba su corazon.

Los españoles, por toda respuesta, abrieron sus mochilas, sacaron galleta y la repartieron entre la madre y sus hijos. En seguida hicieron seña á la atribulada y agradecida mujer de que les siguiera por la montaña arriba; pusiéronla á la vista de su esposo: indicaron á este, tambien por señas, que bajase sin cuidado á recoger á su familia, y se despidieron de los asombrados árabes haciendo antes algunos cariños á los pequeñuelos.

Estos reian y saltaban ya comiéndose la galleta: el padre bajaba lentamente del monte, como si le pesase sobre el corazon el remordimiento de haber disparado su espingarda contra aquella gente tan buena; la madre lloraba de gratitud y señalaba al cielo, repitiendo el nombre de ***Alah***, y los sencillos cazadores se incorporaban á las filas contándose unos á otros el suceso como si no lo hubieran presenciado juntos.

Con que vamos á la accion del 8.

Dejamos á nuestras tropas plantando sus tiendas del lado acá del Monte-Negron y á los marroquíes una legua mas arriba, acampados sobre la misma sierra.

Así se pasó la noche del 6.

A la mañana del 7, y ya con un temporal horrible, levantó otra vez el vuelo nuestro ejército, adelantándose por la playa entre la mar y las famosas lagunas de las *sanguijuelas*, que tanto producen al emperador de Marruecos, hasta venir á colocarse en las colinas que preceden al pantanoso valle en que te escribo, llamado, á lo que parece, Rio *Azmir* entre los moros, y *campamento del Hambre ó de las tormentas* entre nuestras tropas.

El enemigo siguió paralelamente el movimiento de nuestro campo, siempre á una legua de nuestro flanco derecho, plantando sus tiendas al mismo tiempo que nosotros, como si ambos ejércitos caminasen en busca de un terreno conveniente para volver á medir sus fuerzas.

(Todos estos movimientos y los sucesos posteriores hasta el dia 10, debes verlos al través del aguacero espantoso que ya te he descrito: tenlo presente, y me ahorrarás el advertírtelo á todas horas.)

El 8, á la una de la tarde, presentáronse algunos grupos de moros por las alturas fronterizas al campamento del segundo cuerpo, que manda interinamente el conde de Reus, á causa de la enfermedad del de Paredes.

El intento del enemigo parecia ser apoderarse de nuestras acémilas, que por la escasez de cebada, pastaban en los vecinos valles, y para ello fingió un ataque por el lado opuesto, ocupando las alturas que descienden al rio Az-mir.

El general Prim adivinó sus propósitos, y desentendiéndose por el momento de aquella falsa é inútil acometida, dispuso que el regimiento de Castilla avanzase á ocupar los cerros de nuestro frente, mientras que los cazadores de Alba de Tormes se encaminaban á las alturas que dominan los valles en que pastaban las acémilas.

Ya era tiempo: los rapaces moros se habian apoderado de algunas caballerías y procuraban volver á ganar, sin ser vistos, los montes de la derecha; pero una compañía de dichos cazadores, desplegada en guerrilla, obligóles con sus disparos á huir en precipitada fuga y á abandonar el robo.

Entre tanto, los enemigos se presentaban en mayor número que al principio, como si aquella ligera escaramuza les hubiese metido en ganas de pelear.

Rompieron, pues, un fuego desordenado en varios puntos de una estensa línea, al que solo contestaron nuestras guerrillas; pero con tal éxito que tuvieron á raya toda la tarde á fuerzas muy superiores de infantería y de á caballo.

Este tiroteo duró hasta despues de las cinco, hora en que la artillería del tercer cuerpo metió algunas granadas entre la caballería enemiga, cuya estraordinaria movilidad fatigaba á nuestros cazadores, que á cada momento la veian en distinto lado.

Convencidos entonces los ginetes árabes de que nuestros proyectiles corrian mas que sus caballos, tuvieron por conveniente volver á su campamento, llevándose por delante á su castigada infantería.

Nuestras pérdidas fueron un soldado muerto, dos oficiales y veinte y ocho soldados heridos y diez contusos, entre ellos un oficial.

Hasta aquí la accion del 8.

El combate del dia 10 fue mucho mas serio, aunque bastante parecido.

El teatro era el mismo, é igual tambien el plan de ataque y defensa de ambos ejércitos; pero todo se verificó en mayor escala, constituyendo un hermoso triunfo para nuestras banderas.

Segun me refieren, este combate dejará memoria sobre todo por las brillantes acometidas de los batallones de Castilla y de Toledo, que cargaron en masa á un mismo tiempo por dos puntos diferentes, arrollando cuanto encontraron en su camino, poniendo en fuga á los moros y entrando cinco veces á la bayoneta, dos de ellas contra la caballería marroquí.

Los generales Prim, don José Orozco y don Enrique O'Donnell dirigieron este audaz movimiento que decidió de la accion, siendo tan completo nuestro triunfo, que, contra la costumbre de los moros, ni uno solo persiguió á nuestras tropas cuando se retiraron á la noche de las remotísimas posiciones que habian ocupado.

Nuestras bajas fueron muchas; pero las eclipsa la gloria que alcanzaron en ese dia los regimientos de Castilla y de Toledo. Todos hablan de ellos con el mayor elogio; y por lo demás, los ciento sesenta heridos y trece muertos que tuvimos que lamentar en aquella jornada, costaron á los moros quintuplicadas pérdidas; pues aparte de las que le causó nuestra infantería, hubo un momento en que treinta y cuatro cañones vomitaron á la vez sobre sus filas una verdadera lluvia de granadas.—¡Y sin embargo, volverán!

. . . .

Con que hénos ya al corriente de todo lo acontecido durante mi ausencia del ejército.

¡Dios te haya dado paciencia para leer tan desabrido relato!

El combate que acabo de referirte tuvo lugar ayer y fue el que presencié desde el mar: hoy no ha ocurrido novedad digna de mencion, como no sea el desembarco de víveres de que ya te he hablado: puedo, pues, despedirme hasta mañana.

¡Ah! se me olvidaba... El guardia civil me regaló mi caballo; ó lo que es lo mismo, me perdonó generosamente el fabuloso precio de la fanega de cebada.

He vuelto, pues, á abrazar á mi pobre *Africa*, no como señor, sino como hermano.

¡Ah! tú no sabes lo que se llega á amar á este compañero de penas y fatigas, tan humilde y resignado, tan valeroso y soberbio, que participa de todos nuestros peligros y que no disfruta ninguna de nuestras glorias!

. . . .

Aun cojo la pluma por segunda vez despues de haberla soltado, para decirte con toda franqueza que, prescindiendo del patriotismo y de la poesía, mi calabozo alfombrado de Ceuta era mucho mas confortable que mi templo pantanoso de Rio Azmir.

¡Qué frio! ¡Qué viento! ¡Qué humedad... y qué mala cena!

Está visto que en el mundo no hay nada completo.

Buenas noches.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONES

XXX.

El Rio Azmir.

Dia 12 de enero,—por la mañana.—

Rio Azmir...—Asi se llama, y dicen que se llamaba cuando nuestras tropas lo descubrieron, el pantanoso valle que dominan nuestros reales.

Esta rara denominacion, desconocida ayer á todos los geógrafos, ha sido pronunciada y escrita de mil maneras durante algunos dias.—Yo desconozco su origen: la frase estaba formada del modo que la acepto, cuando al poner el pié en las vecinas playas, pregunté naturalmente:—*Y ¿cómo se llama esto?*

Supongo que algun espía ó algun guia práctico de los que nos encaminan por estas tierras, ó acaso algun moro prisionero, bautizaria el 7 del corriente con ese ó parecido nombre estas abandonadas comarcas y el rio que las atraviesa: para ello se atendria á la fidelidad de su memoria y á la facilidad de su pronunciacion; despues cada uno lo repitió como pudo ó le pareció mas verosímil; hubo divergencia de opiniones y hasta contradiccion en los datos vivientes que se consultaron: quién le llamó *Semil*, quién *Zanmi*, quién *Gued-el-Kibir*, como á nuestro Bétis, quién *Zamir*, y quién *Az-mir* con este guion copulativo. Por último, las personas mas autorizadas y la mayoría del ejército se fijaron en *Azmir* á secas, y cátalo ya un hecho consumado ó sea una palabra confirmada que los siglos repetirán sin discutirla.

¡Oh! sí: ¡la repetirán! Bien puede llamarse realmente, ó haberse llamado hasta ahora de esta ó de la otra manera el terreno que hoy pisamos; pero en adelante se llamará *Rio Azmir*, y con este nombre se aparecerá toda la vida á la imaginacion de los que han padecido ó batallado en estos sitios.

Dos combates, y el que se prepara para dentro de una hora (pues los moros empiezan á aparecer por las alturas); un temporal sin ejemplo, las privaciones y las enfermedades que en él se han sufrido, son recuerdos imperecederos que pasarán de padres á hijos y que la historia inscribirá en sus páginas.

Muy pronto,—quizás mañana,—abandonaremos estos lugares que ya no volveremos á ver sino en sueños. Sus fragosos montes ó encharcadas lagunas seguirán solitarias y desatendidas. Una vez dominado el Cabo-Negro, nos encontramos en país habitado, entre una ria navegable y una ciudad populosa, en contacto inmediato con nuestras naves, sobre el camino real que desde España conduce al término de nuestra peregrinacion,—peregrinacion que nosotros vamos haciendo por senderos ásperos y escondidos!...

Entonces terminará el laborioso prólogo, la larga esposicion de esta campaña.

Entonces,—yo lo espero,—serán mas francas las lides y menos duras las penalidades de esta guerra.

Entonces tambien, Rio *Azmir*, como el *Tarajar* y los *Castillejos*, será solamente una fecha, ó por mejor decir, un monumento histórico.

Por lo demás, ni las acciones dadas en el Serrallo y Sierra Bullones, ni la misma batalla del dia 1.° de enero nos han revelado por completo la índole, el número, la intencion y el plan de campaña de los marroquíes. Vendrán, pues, sucesos y espectáculos que nos hagan olvidar estos accidentales campamentos. Hay quien sostiene que el verdadero drama no ha principiado todavía. Yo lo creo así. La curiosidad del artista y del poeta ha carecido por lo menos hasta ahora de emociones y misterios estraños á la civilizacion de Occidente. Aparte de los mismos moros, de sus trajes y fisonomías, de su aspecto esterior y manera de combatir, nada hemos encontrado que nos sorprenda y maraville, sino montes desiertos y alguno que otro morabito arruinado. El hogar, los muebles, las costumbres, los niños, las mujeres, las tierras cultivadas, la religion, la industria, la mayor ó menor civilizacion de estas gentes, su vida, en fin, es aun para nosotros un secreto.

Hablo como vulgo, como humilde soldado: prescindo de lo que haya podido leer en otros tiempos acerca de este país: olvido completamente lo aprendido; desconfío de ello.—Yo vengo aquí como la generalidad de mis compatriotas, libre de prevenciones, desprovisto de datos, decidido á no subordinar mi juicio al ageno, dispuesto á observar por mi propia cuenta, á creer solamente lo que vea y toque, á reflejar sencillamente aquello que me salga al paso, sea regla ó escepcion, apariencia ó realidad.

Asi es que yo ignoro hoy, yo quiero ignorarlo, yo no tengo razon alguna para creerlo, cómo se llama el emperador de estas tierras, ni si existe ese emperador. Necesito que me lo diga un moro, y aun entonces me limitaré á saber que me lo ha dicho y á reproducir su declaracion.

Yo ignoro asi mismo el nombre de sus generales, las prácticas religiosas de este país, la existencia de sus rios y sus ciudades.

Lo que quiera que haya de cierto en todo, ya se me aparecerá; ya saltará en mi camino.

Prefiero hacerme eco de la ignorancia de los naturales de Marruecos á ratificar gratuitamente la erudicion europea.

Yo no sé mas sino que en España hubo moros durante siete siglos; que vivieron en mi pueblo; que creian en Mahoma; que lo escribieron así sobre los muros de la Alcazaba; que los Reyes Católicos los arrojaron de allí; y que las historias y las tradiciones de mi patria aluden á todas estas cosas.

Tambien sabia cuando vine á Africa, aunque solo de oidas, que aquellos moros habian ido de aquí, así como que en estas tierras quedaban todavía muchos moros.

De este último, no tengo ya duda alguna.

Recuerdo ademas vagamente que mi imaginacion de niño se forjaba siempre la vida musulmana y á los mismos hijos del Profeta de una manera precisa y determinada, y que las láminas de las historias y las descripciones de los viajeros me los mostraban del mismo modo.

Trajes blancos talares, rostros atezados, ojos de fuego, barbas negras, lujosas armas, indolentes posturas, muelle existencia, voluptuosas costumbres, techos calados, columnatas aéreas, blandos cogines, frescos patios, aguas bullidoras, silenciosas mujeres, sosegadas viviendas, aire cargado de sueño, de terror y de deleite... Hé aquí el ideal de mis recuerdos.

Averiguar si en pleno siglo XIX puede la realidad corresponder á tanta poesía, tal es mi proposito en Africa, si lo considero por el lado de la imaginacion.—Mi corazon y mi inteligencia persiguen ideales mas sagrados.

Ahora bien: cuanto llevo observado hasta ahora,—dicho sea en honor de la verdad,—confirma mis ilusiones y esperanzas...—El misterio musulman subsiste todavía.

Mañana ó pasado mañana, al dar vista al valle de Tetuan, empezará á despojarse de sus velos la Isis sarracena...

Allí principiará mi desencanto ó rayará en lo maravilloso la epopeya viviente que entreviera mi fantasía.

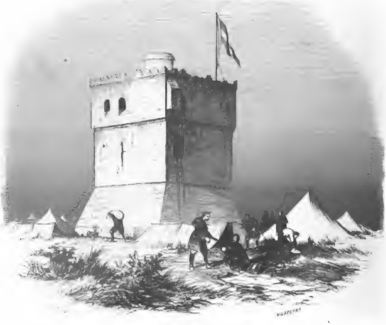
Pero volvamos á lo presente.

Los moros siguen coronando los vecinos montes, y los indicios de un próximo ataque son cada vez mas seguros...

Estudiemos con calma este momento de interesante espectativa, que no puede adivinarse; pero que comprenderás como si te encontrases en él, solo con que te suministre algunos pormenores.

Figúrate, por ejemplo, que un ayudante del general que manda nuestra vanguardia, llega á todo escape á la tienda del general en jefe y le dice, v. gr.

—Mi general: el general fulano me envia á decir á V. E. que por tal ó cual punto se vé moverse al enemigo.



El Fuerte Martin. (De un croquis.)

El general en jefe sale de su tienda con los anteojos en la mano; busca á pié ó á caballo un punto que domine todo el espacio en que pueda sobrevenir la accion y se pasa diez, quince ó veinte minutos mirando en todas direcciones, estudiando de nuevo la posicion de sus tropas, la disposicion del terreno, las idas y venidas del enemigo, su número y sus intenciones.

Entre tanto, cunde por el campamento la noticia; pero no en son de alarma, ni rápida, ni atribuladamente, sino de un modo natural y sencillo, como si se tratara de que el tiempo amenazaba lluvia; de que iba á nevar segun el color del cielo; de que era menester buscar el coche ó el paraguas, quitar los pájaros del balcon y correr el toldo del patio.

Esta comparacion es exactísima: mira si no á los soldados y á los oficiales consultando las montañas, en vez de consultar la atmósfera.

Casi todos han salido de sus tiendas, ó avanzado á la trinchera, desde donde examinan el caríz del tiempo.

Los asistentes, sin que nadie se lo mande, empiezan á ensillar los caballos: otros se apresuran á hacer el almuerzo, y algunos se frotan las manos con cierto gusto, adivinando que su capitan ó su coronel pasará todo el dia fuera de casa, y que ellos, con motivo de tener que guardarla, se quedarán campando por su respeto. —En cambio otros, mas guerreros que marmitones, abandonan el fogon y requieren sus armas, contando con que su jefe les permitirá acompañarlos en la refriega.

Por lo que hace al testo de la noticia, hay tres ó cuatro versiones que son las que se emplean mas generalmente.

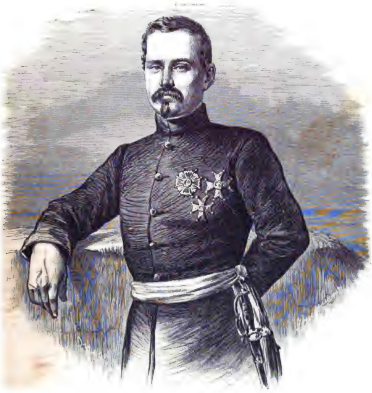
—¿Qué es eso? pregunta uno; ¿tendremos fiesta?

—Creo que sí: se les habrá olvidado la del otro dia.

—Chico, ¿es lunes? esclama otro.

—¿Por qué?

—Porque veo que es dia de toros.



El general don Genaro Quesada. (Del natural.)

Pero las fórmulas serias y acostumbradas entre las personas graves son las siguientes:—*Dicen que se ven moritos.—Parece que esta gente viene á buscarnos.—¿Cree V. que hoy tendremos algo?—Veo que dan señales de vida.*

En esto el general en jefe ha formado ya su juicio acerca del ataque que medita el enemigo, y el plan mas conveniente para rechazarlo.

Dos ó tres de sus ayudantes parten con órdenes para los generales de cuerpo de ejército, reducidos á enterarles de lo que se trata, y á advertirles la actitud que han de conservar hasta nueva órden.

En su consecuencia, este pondrá sus tropas sobre las armas; aquel permanecerá indiferente como si no hubiera accion; uno adelantará fuerzas á tal altura; otro las situará donde no las vea el enemigo hasta cierta hora, etc., etc.

Mientras tanto los moros no pierden su tiempo.

Largas y tortuosas hileras de blancos fantasmas se deslizan por entre las piedras y los árboles, fraccionándose en grupos de dos ó de tres: todas las alturas y laderas importantes son abarcadas por su estensísima línea semicircular: algunos ginetes con banderines corren por valles y cerros trasmitiendo órdenes: el cuartel general, ó como se llame entre ellos, se situa lejos del alcance de la fusilería sobre un punto que domina el campo de batalla y del que no se moverá hasta que lo echen nuestras granadas.

¡Atencion! Nuestras cornetas empiezan á tocar *llamada y tropa*.

Armase un verdadero remolino en los campamentos: los soldados que estaban revueltos un momento antes, corren en todas direcciones buscando su fusil y su manta.

Parece imposible que en medio de tanta confusion lleguen á entenderse.

No todos los batallones son llamados á formar, y cada cuerpo tiene su contraseña de corneta...

Así es que todo el mundo pone el oido al viento...

—No es á nosotros, dicen algunos sin alegrarse por esto.

—*Eso va conmigo*, esclama otro sin entristecerse.

Y corre hácia la muerte, sin decir «adios» á sus compañeros.

Deshácese al fin la maraña de soldados de distintos cuerpos que inundaba antes los alrededores de nuestro campo.

Ya no se ven sino masas compactas y uniformes, alineadas en la misma disposicion que sus respectivas tiendas.

☞ Las bayonetas relucen al sol formando estensos cuadros de acero.

Un silencio solemne sucede al alboroto de la holganza.

Alguuos coroneles y comandantes andan á caballo de un lado para otro disponiendo el órden de salida de las tropas, eligiendo las que han de marchar delante y las que han de ir de reserva, designando su puesto á las guerrillas, situando los batallones de modo que se muevan y desenvuelvan desembarazadamente, y dando tiempo á los que no han comido su rancho de que tomen un frugal desayuno con el fusil en una mano y la cuchara en la otra...

La artillería por su parte monta los cañones sobre las mulas ó engancha los tiros á las baterías de posicion: pásase una ligera revista de municiones: los ingenieros cogen sus herramientas para abrir camino en caso necesario: los facultativos se cuelgan sus grandes carteras provistas de instrumentos quirúrgicos, hilas y vendages: alístanse los botiquines: los capellanes de los regimientos sacan de su pecho la imágen del Crucificado: los pintores afilan sus lápices; los periodistas escriben en su libro de memorias la fecha y la hora en que principia la nueva accion: las camillas, en fin, son armadas en un momento, y nada falta ya para dar principio al espectáculo.—Puede levantarse el telon.

Son las doce y media de la mañana: hace un apacible y esplendoroso dia de sol: la temperatura convida el esparcimiento por los campos, á los paseos deleitosos, al amor y á la alegría.

El mar, el cielo, los húmedos y verdes prados, todo reverbera una plácida luz que predispone el alma al olvido de las penas y á la esperanza de venturosos dias...

Es la hora de pasear en Granada por la Carrera de las Angustias ó de tomar el sol en el camino de Huétor; la hora de seguir por los bosques de naranjos de las *Delicias de Arjona* á las arrogantes sevillanas; la hora de lucir un caballo inglés por la Fuente Castellana de Madrid ó de buscar la soledad con una mujer querida por la *ronda*, dejando parada la berlina en alguna alameda melancólica y deshojada: es la hora de salir de casa, limpio, paquete, rozagante, con el segundo cigarro del almuerzo entre los dedos y la nota en el bolsillo de las agradables visitas que se pueden hacer: es la hora, es la estacion, es el dia propio para recibir miradas de amor ó sacar de paseo á su reciente esposa, ó llevar á sus hijos al *parterre* del Retiro, ó tenderse perezosamente en solitarias praderas y colocar sobre la marchita yerba el libro predilecto ó el papel blanco que ha de convertirse en una oda...

¡Oh patria! ¡Oh dulce nombre! Aire, luz y cielo que presenciásteis mis pasadas agitaciones; astros eclipsados en el horizonte de mi vida... amores, esperanzas, entusiasmos, furores, llantos y regocijos... héme aquí bajo otro cielo, separado de vosotros por el mar y por el olvido, probando por toda felicidad la bárbara armonía de los combates, sin lágrimas en los ojos ni blandura en el corazon, solo dispuesto á comprender y elogiar la ira, la fuerza, el esterminio y la crueldad! ¡Oh gloria impía!...

¡Pero basta! Dios lo ha querido. Rigor de mi suerte ó penitencia de mis errores, yo acepto el angustioso cambio de cielo y tierra que contemplo en torno mio: yo acepto la dura ausencia, la desamparada soledad y el tremendo espectáculo que me circunda.—De tan completo naufragio, he salvado á lo menos el amor á mi patria que me asiste, la mirada piadosa de mis deudos que me sigue por todas partes, la conciencia de mis intenciones que hará sosegado mi sueño bajo la tienda ó bajo la tumba.—¡Basta, basta!

Amigo mio, perdona. Hay momentos en la existencia que condensan en un punto todo lo presente y lo pasado; momentos de *liquidacion* y *balance*, que diria un tenedor de libros, durante los cuales se ilumina de una claridad estraña todo el camino que hemos andado sobre la tierra...

Perdona: serán los nervios...

Creo que es la hermosura de la naturaleza contrastando con la fealdad del hombre; creo que es la paz del empíreo contrastando con la guerra de aquí abajo la que ha agolpado sobre mi pluma esa gota de melancolía...

De cualquier modo, rompe esta página incongruente y loca, y vuelve á figurarte que tu cronista de la campaña de Africa es un aparato fotográfico sin sentimiento propio.

¡Y bien! ya suenan los primeros tiros.

Nuestras guerrillas llevaban la órden de no disparar sino cuando tuviesen muy cerca á los ágiles marroquíes.

Conocido ya tambien por nosotros este terreno, donde se han librado los combates de los dias 8 y 10, parece que tratamos de escarmentar al enemigo, á fin de que no vuelva á molestarnos mañana.

Allá me voy, y á la noche continuaré estos apuntes.

A las 8 de la noche.

¡Adelante, por Santiago! Estoy de un humor escelentísimo... ¡Buena leccion acaban de recibir los moros!

Son las ocho de la noche: es decir, hace dos horas y media que anocheció,—y hasta este momento no ha entrado el general Prim en su campo.

El incendio de algunas chozas, próximas al campamento marroquí, ha alumbrado la vuelta de sus victoriosos batallones, verificada con el mayor órden, á pesar de que emprendieron la retirada mucho despues de anochecido.

Los pertinaces moros que con tanto aparato vinieron á atacarnos esta mañana, han sido corridos por el bravo conde de Reus que no les ha dejado descansar ni aun cuando el dia apagó sus últimas claridades, llevándoles de monte en monte y de barranco en barranco hasta legua y media de nuestras avanzadas.

¡Y milagro es que hayan vuelto tan pronto nuestras fuerzas! Los soldados, cerca ya de anochecer, distinguieron el campamento enemigo como á media legua de distancia, y lo mismo que en la batalla de los Castillejos, entraron en codicia de apoderarse de él.

Ha sido menester toda la prudencia del general Prim para no ceder á la tentacion y al deseo manifiesto de las tropas, que avanzaban sin tomar aliento por quebrados matorrales, sobrepujando á lo que de ellas se exigia, cual si por este medio quisieran demostrar á su caudillo que estaban prontas á seguirle al fin del mundo.

El conde de Reus, cuya impetuosidad es notoria, cede tambien á los consejos de la conveniencia; y viendo que era de noche y estaba muy alejado de sus trincheras y del camino que ha de seguir el ejército pasado mañana para tomar el Cabo-Negro, despidióse con pena de aquellas blanquísimas tiendas cónicas coronadas de medias lunas, que por segunda vez en esta campaña le convidaban al asalto, y tomó pensativo el camino de su tienda á retaguardia de sus batallones, cuya vanguardia ocupaba siete horas antes cuando iba en busca del enemigo.

Dicho se está que aquellas siete horas fueron de tribulacion y estrago para los temerarios islamitas.

Yo no les he visto huir ningun dia tan desesperadamente como hoy.—Mientras que la accion estuvo limitada á un tiroteo de guerrillas, la actitud de sus infantes y ginetes fue audaz y decidida como en todas ocasiones; pero desde que sonó el toque de ataque y los batallones de Arapiles y Llerena se lanzaron á todo correr en pos de ellos, montañeses y moros de rey, peones y caballeros apelaron á la fuga, desapareciendo á nuestros ojos en un instante seguidos de nuestros bizarros cazadores.

¡Vive Dios, que fue una cosa magnífica!—Yo no habia visto todavía á nuestras tropas atacar en columna... ¡Es un espectáculo arrebatador!

Imagínate una masa de seiscientos ú ochocientos hombres, formando un cuadrado perfecto, moviéndose uniformemente, como un inmenso cetáceo, corriendo sin descomponerse, subiendo y bajando á merced del terreno, y arrollando cuanto se opone á su camino.

Hay momentos en que te imaginas que estás mareado y ves caminar la superficie de la tierra; otros en que te parece que el batallon va embarcado en un estenso trineo; otros, en fin, en que al ver relucir tantas bayonetas en tan apretado grupo ambulante, recuerdas aquellas torres, catapultas y abigarradas cuanto formidables máquinas de las antiguas guerras.

Dos han sido los batallones que han atacado de esta manera en la accion de hoy; Arapiles y Llerena; los mismos que ya he nombrado.—En la accion del dia 10, ofrecieron, segun me dicen, el mismo imponente aspecto los de Toledo y Castilla, y en una y en otra ocasion, á voto de los oficiales estranjeros que van entre nosotros, nuestra infantería ha eclipsado á todas las de Europa, por el órden, brio, ligereza y marcialidad del ataque.

¡Oh! si supieras... si pudieras comprender cómo electriza el alma, cómo arrastra y enardece el corazon un momento como ese!—El vehemente alarido de las cornetas hace perder el juicio; los vivas á España y á cuanto la representa inundan el pecho de afectuoso y santo júbilo; los estampidos de la pólvora entonan y vigorizan tus nervios; la carrera precipitada dilata y enciende la sangre de tus venas; la proximidad del enemigo anima tu brazo de manera que te parece que vives y sientes hasta en la punta de tu espada: si vas á pié, á cada paso que das te imaginas que haces esclava tuya la tierra que adelantas; si vas á caballo, se te figura que el noble bruto esperimenta lo mismo que tú, y que, como tú, no siente la fatiga, ni el hambre, ni el castigo, sino que desprecia las balas y la muerte, se cree superior á toda resistencia, y no ve en el campo de batalla otro peligro que la ignominia del ocio ó la vergüenza de la fuga.

Grato es cenar, por mal que se cene, despues de esperimentar todas estas cosas, despues de contemplar estos poemas animados! En verdad que no comprendo cómo estaba yo de mal humor esta mañana. ¿Qué dicha mayor para el que leyó palpitante y enternecido la *Iliada* y la *Jerusalem*, el *Robinson* y la *Araucana*, las *Luisiadas* y hasta la *Matilde* de Mad. Cottin que ver realizadas y vivientes todas aquellas escenas estraordinarias de combates heróicos, de costumbres salvajes, de misteriosos ejércitos, de ignorados caballeros, de esforzados paladines de Cristo, de privaciones y necesidades, de luchas con la naturaleza, de borrascas y sorpresas, de soledad y misterio, de cadáveres y gloria?

Pero dejemos la poesía y volvamos á nuestro cuento; que para ser interesante y fantástico como la mejor novela, no ha necesidad de que yo lo adorne con fuegos fátuos de mi imaginacion ni eflorescencias de mi fantasía.

Te hablaba de cenar. Esto quiere decir que tengo mucha hambre y que te escribo en tanto que arreglan allá un potaje que te haria llorar si lo vieras, solo de pensar que tu pobre amigo lo considera un opíparo banquete, digno de los inmortales del Olimpo.

Con que terminemos por hoy.

Nuestras pérdidas han sido un muerto y cien heridos: las del enemigo atroces.

La artillería solamente les habrá hecho arrepentirse de la intentona de esta mañana.

Todos hemos visto caer nuestras granadas en medio de grupos de caballería marroquí y rodar por el suelo ginetes y bridones en espantosa confusion.

Recuerdo sobre todo,—por lo fantástico del asunto,—un caballo blanco desmontado, que ha estado toda la tarde de pié y sin moverse en lo alto de una colina con un anca ensangrentada horriblemente.

¡Si vieras qué efecto hacia aquel pobre animal, inmóvil y como petrificado, destacándose contra los esplendores del crepúsculo, en perfecta silueta, sobre la redonda cumbre de la montaña!—Parecíase á *Pegaso*, pronto á remontar su vuelo; ó parecia mas bien un monumento conmemorativo de una batalla perdida por un gran pueblo, y recordé aquellos versos de Dante en que compara á Italia á un caballo ensillado y apercibido á la lucha, pero sin dueño que le guie á la victoria...

Mas sin querer me vuelvo á la poesía, á pesar de haberte prometido alejarme de ella.—Hablemos de otra cosa.

En el combate de hoy se han hecho tres prisioneros: á los tres los he visto, y cada uno me ha interesado á su manera.

El primero fue un adolescente, casi un niño; pero fuerte ya y recio como una encina de pocos años.

Tres soldados le trageron á la presencia del general en jefe, abriéndose paso con dificultad por entre un remolino de curiosos que se agolpaban á contemplarlo.

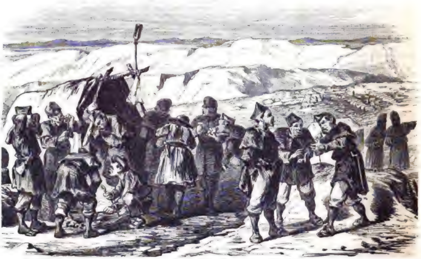
Venia herido de bala y de bayoneta: toda su vestimenta consistia en un jaique que habia sido blanco: su cabeza descubierta y pelada estaba materialmente bañada en sangre, y una de sus orejas colgaba sobre el hombro de una manera horrible.

Era mulato, pero de rostro bello y espresivo. La dureza de sus miembros y su salvaje apostura solo podian compararse á la inocencia de su límpida mirada y á la suavidad de su semblante infantil. Tendria, á lo mas, diez y seis años.

El pobre mozo olvidaba sus hondas heridas en medio de la curiosidad que le inspiraba nuestro campamento. Marchaba por su pié con cierta arrogancia natural é indeliberada, como si fuera en él cosa comun ver destrozado su cuerpo, y lejos de quejarse, sonreia con gracia á nuestras tropas.

Ya cerca de la trinchera, ocurrióle á un soldado que el prisionero debia de tener hambre, y le alargó una galleta, diciéndole en español, como si el marroquí hubiese de entenderle:

—Anda, cómetela; que no tiene nada malo.



Una cantina en Cabo-Negro. (De un croquis.)

El jóven musulman no habia esperado á que se le instase, y devoraba ya con ansia la galleta.

A mí me causó mucha lástima aquel ignorante y sencillo hijo de lobos, que á tan tierna edad se batia ya por su patria con heroismo, sufria el hambre con indiferencia, derramaba su sangre sin reparar en ello, penetraba por entre nuestras tiendas sin recelo alguno y comia tranquilamente el pan del enemigo, bendiciendo ácaso al que se lo diera.

Así llegó delante del general en jefe.

O'Donnell empezó por sonreirse benévolamente, como todo el mundo, al encontrarse en frente de semejante militar.

—Pero hombre; si esto es un niño... esclamó volviéndose á su Estado Mayor.

El marroquí, entre tanto, miraba á un lado y á otro, sin apartarse la galleta de los dientes.

—¿De dónde eres? le preguntó el general por medio del intérprete Rinaldy, no menos niño que el prisionero.

Los dos adolescentes se miraron de un modo particular al cambiar las primeras palabras.

—Nací cerca de Orán, respondió el mulato.

—¿Y han venido muchos contigo?

—Pocos, contestó el herido, mordiendo siempre la galleta.

—¿Y allá arriba? ¿Hay mucha gente? preguntó O'Donnell señalando al lugar del combate.

—Poca, muy poca.

—¿Y en Tetuan?

—Poca tambien.

—¡Vaya! esclamó O'Donnell sonriéndose: aunque tan jóven, sabes tu obligacion.

—Te digo que hay poca, repitió el prisionero sonriéndose á su vez.

—Es igual, murmuró el conde de Lucena.

En seguida continuó:

—¿Teneis muy lejos vuestro campamento?

—Cerca... cerca... cerca... contestó el astuto mozo, mirando hácia Poniente, y como atrayendo los sitios con un ademan lleno de espresion.

—¿Y cómo se llama vuestro general?

El marroquí vaciló un momento.

El intérprete repitió la pregunta dos ó tres veces.

—Muley-el-Abbas, el hermano del emperador, respondió al fin el moro con visible respeto.

—Pues lo hace bastante mal, repuso O'Donnell sencillamente.

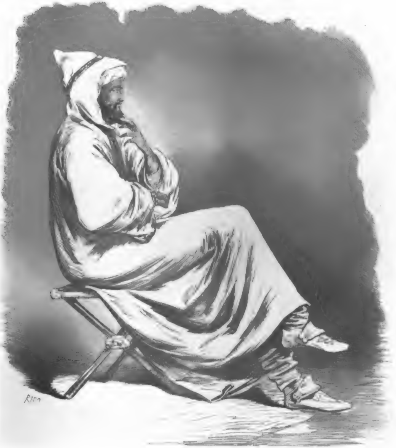
Todos nos echamos á reir.

—Anda, y que te curen, añadió despues.

Y volviéndose á los soldados que lo habian traido:

—¿Quién cogió este prisionero? preguntó.

—Yo...



Muley-el-Abbas. (Del natural.)

—Yo...

—Y yo... esclamaron los tres que lo habian traido.

—Mi general, dijo un cabo mediando en el asunto: primero lo hirió aquel: luego le persiguió este, y por último le echó mano este otro.

O'Donnell mandó dar... no recuerdo cuanto dinero á cada uno, y volvió á la trinchera reposadamente.

El segundo prisionero lo ví en el hospital de sangre. Tenia destrozado el muslo derecho, y sufria espantosamente.

Era un verdadero moro, esto es; un moro de novela. Su cabeza bellísima estaba pálida como la muerte. Sus ojos negros miraban con recelo y amargura. Sus blancos dientes apretados convulsivamente no dejaban escapar un solo grito. Tenia una hermosa barba negra como el azabache y vestia con cierto lujo: calzon blanco, ropon encarnado y jaique de lana un poco ceniciento.—Su espingarda, tambien lujosa, estaba aun en manos del soldado que lo habia herido y hecho prisionero.

Primero pidió agua, y luego pan, alegando que no habia comido hacia dos dias.

Cuando le redujeron la fractura del fémur, miraba ansiosamente al facultativo, como significándole que le mortificase lo menos posible; y los soldados que asistian á esta escena, esperando á que curasen á los moros para mostrar sus heridas, esclamaban con generosa franqueza.

—No le haga usted mucho daño; que es un valiente.

El facultativo por su parte le sonreia con bondad; le enjugaba el sudor de la frente; le daba á oler sales vivificantes y empleaba en la operacion el mismo cuidado que si se tratara de un hijo suyo.

Finalmente: fue tal esta escena, que el atlético y salvaje prisionero sintió ablandarse su bárbaro corazon, y cogiendo la mano al facultativo esclamó con ardor y energía.

—¡Dios te pague todo el bien que me has hecho!

El tercer prisionero era un anciano de blanquísima barba y severo continente.

Venia agonizando.

La cura de su herida, que le atravesaba el pecho, acabó de agotar sus fuerzas.

¡Tampoco se quejaba!

Una vez terminada la dolorosa operacion, envolvióse completamente en la manta con que le cubrieron, y se colocó en la camilla como un hombre que se dispone á dormir.

Cuando un momento despues, fué á preguntarle un intérprete si queria algo, le encontró inmóvil y frio como una estátua de marfil.

Estaba muerto.

Con que, adios; que la sopa está en la mesa; ó por mejor decir, que el potaje está en el suelo.

Dia 13.

Lo pasamos racionándonos: la mar está ya tranquila: la mitad del ejército se encuentra sobre la playa, donde se ven verdaderos montes de sacos de arroz, de cajones de galleta, de cajas de municiones, de fardos llenos de tocino y bacalao y de otros preciosísimos artículos:—Total 200,000 raciones.

Decididamente, partiremos mañana por la mañana.

El general don Diego de los Rios, con ocho batallones *de refresco* que envia la madre patria, saldrá de Ceuta á la misma hora para venir en nuestra busca.

Aun no se sabe si esta fuerza desembarcará del lado acá de Cabo-Negro ó del lado allá, en la desembocadura de Rio Martin.

Muchos se inclinan á creer esto último, considerando que semejante aparicion, combinada con la nuestra por las alturas del valle de Tetuan, colocará á los moros en una posicion muy comprometida, puesto que les encerrará entre dos fuegos...

Sea como quiera, lo indudable es que desde que empezó la campaña, el ejército no ha pasado un dia tan largo como el de hoy.

Y es que todos están sumergidos en la doble espectativa del temor y de la curiosidad.

Mañana va á romperse el enigma...

Dentro de algunas horas, ya habrán visto á Tetuan los que no hayan cerrado sus ojos á la vida.

¡*Tetuan*! he aquí la *Atlántida* que perseguimos hace dos meses: hé aquí el término de nuestra peregrinacion: hé aquí la ciudad que se nos aparece en sueños todas las noches.

Por Tetuan se encontrará el camino para volver á España, dicen unos.

Por Tetuan ascenderá España á la cumbre de su gloria, esclaman otros.

En Tetuan terminará la guerra, opinan algunos.

¡Tetuan ó la muerte! murmuran todos.

Considera, pues, el afan que sentiremos por llegar á la cúspide de esos montes, por asomarnos al próximo valle, por fijar los ojos en la ciudad ansiada, en la ciudad prometida.

Aparte de esto,—y aquí entra lo que te decia del temor,—el paso de Cabo-Negro ha de ser disputadísimo.

Los moros habrán conocido que anduvieron muy torpes en la defensa de Monte-Negron y remediarán mañana su falta.

Por otra parte, ahora no cuenta el general O'Donnell con un istmo de arena por donde pasar la artillería rodada y hacer deslizarse á sus tropas valiéndose de estratagemas y simulados ataques.

Cabo-Negro se levanta como una muralla cortada á pico sobre el mar y adherida por el otro lado á Sierra-Bullones.

Será, pues, menester asaltarlo de frente, abrirse paso á viva fuerza, buscar el desfiladero mas suave, construir un camino para la artillería, y adelantar, en fin, por un determinado derrotero, bajo los fuegos cruzados del enemigo.

Es, ni mas ni menos, el paso de las Termópilas; y los moros no son trescientos como los espartanos que acaudilló Leónidas, sino millares y millares que se aumentan diariamente.

¿Y despues?—¡Despues... lo desconocido!

Desde que se pensó en esta guerra estamos oyendo hablar de legiones fabulosas de caballería árabe.

Al salir de Ceuta se nos anunciaban doce mil negros de la guardia del emperador.

Al avistar al llano de Castillejos, ya se nos habia hecho esperar doble número, que por cierto no pareció por ningun lado, ó que se convirtieron en infantes á causa del terreno.

De entonces para acá, nada es mas comun que oir hablar de cuarenta mil ginetes árabes; de setenta mil; hasta de cien mil, contando á las kabilas y á los *bereberes*...

Nada de esto hemos encontrado todavía.

Dos mil, tres mil caballos; hé aquí todo lo mas que hemos visto hasta ahora, siempre mezclados con numerosas huestes de infantería, y batiéndose á tiros como ella...

Pero se dice que esto ha consistido en lo quebrado de las sierras, y que las grandes masas de caballería, la guardia negra, los belicosos ginetes del Riff, los nobles caballeros de Fez y de Mequinez nos aguardan reunidos en el anchuroso llano de Tetuan, ascendiendo su número á muy considerables cifras mas ó menos exageradas, pero que nadie, nadie hace bajar de cuarenta mil...

¡Cuarenta mil caballos!—¡Verdaderamente, serán dignos de verse, sobre todo teniendo en cuenta los elegantes albornoces y gallardo cabalgar de los marroquíes...

Pero ¡diablo! ¿quién resiste á eso?

—¡*El cuadro*! responden tranquilamente los veteranos: ¡el cuadro de infantería!

Y todo es hablar de Isly, de las Pirámides, de Alma, de Balaklava y de otras batallas famosas.

¡*El cuadro*!—Pero este es otro problema.—Yo te hablo con mi franqueza acostumbraba... ¿Mantendrán el cuadro nuestras tropas; nuestros quintos de veinte á veinte y tres años?

—Un solo soldado que flaquee; uno solo que abra brecha en la muralla de acero; una leve vacilacion; un instante de perplegidad y bullicio acaba con el cuadro y con cuantos se encuentren en él.

Esto me dicen tambien los veteranos.

—El cuadro, continúan, es una apretada masa de hombres, que presenta cuatro caras de bayonetas, cuatro líneas de fuego. Una pieza de artillería ocupa cada ángulo. La música, la sanidad y los jefes se encierran dentro. Al aproximarse la caballería contraria, se la espera á pié quieto. Si envuelve, si rodea completamente el cuadro, tanto peor para ella, con tal que nadie se mueva de su sitio. Si los enemigos se acercan por todas lados como desatados huracanes, se les deja llegar. Una vez vistos á tiro, la primera fila de cada frente se arrodilla despues de hacer fuego y aguarda el choque con la bayoneta calada. La segunda fila dispara entre tanto, y mientras esta carga, hace fuego la tercera por entre las cabezas de la segunda. Toda la caballería del mundo no es bastante á asaltar esta formidable fortaleza.

Poco importa su número. Los primeros ginetes y caballos que ruedan por el suelo sirven de estorbo á los que vienen detrás: á la segunda ó tercera arremetida, ya se ha formado un parapeto de cadáveres alrededor del cuadro: rara es la vez en que este llega á usar de la bayoneta; pero aun en ese caso, si la infantería se mantiene firme, la misma violencia de los acometedores hace mas segura su muerte, pues se clavan en el muro de acero de la primera fila, mientras que las otras los asan á boca de jarro. Ahora, si flaquea una fila, si se entreabre, si no se llena instantáneamente el hueco que deja cada infante herido, si penetra un solo caballo enemigo dentro del cuadro, la turbacion, el desórden y el tumulto sobrevienen en seguida: trábase un combate informe y desigual; mézclanse los combatientes de uno y otro bando, y la derrota de la infantería es inevitable, total, aterradora!

Ya ves, amigo mio, si hay razon para estar impacientes y hasta preocupados.

Resistan nuestras tropas á esa última prueba, y la campaña de Africa es cuestion decidida y fallada en nuestro favor.

Hasta aquí los soldados han dado grandes muestras de arrojo, de impetuosidad, de ligereza, de resignacion, de serenidad: sí su valor pasivo, ó por mejor decir, si su confianza en la ciencia militar, si su fe en la palabra de sus gefes raya tan alto, podremos ir con ellos hasta el fin del mundo, abriéndonos paso por entre océanos de hombres. Del soldado depende: él lo es todo en tan crítico momento. Nada valen entonces ni la inteligencia ni el valor del general, cuyo papel queda reducido á decir á las tropas:

—Haced lo que os tengo esplicado: creed en mí: el cuadro es inquebrantable: recordad mis consejos: defendedme.

Yo tengo casi seguridad de que nuestros soldados conservarán la fuerza moral en que consiste principalmente el éxito de semejante lucha.

En cuanto á instruccion y pericia de la materialidad del cuadro, y de lo que debe hacer cada uno en tal ó cual circunstancia, no dejan nada que desear.

Revolviendo en la mente estas y otras cavilaciones, vemos llegar la última hora de la tarde.

Ya están hechos los equipajes.

Cada cual ha arreglado lo mejor que ha podido sobre su persona, ó sobre su caballo, ó sobre una acémila, las seis raciones de víveres que se acaban de repartir.

Escríbense muchas cartas, dictadas por la mas tierna precaucion, ó sea por el presentimiento de si serán las últimas que vayan en busca de nuestros patrios lares.

Estos afectuosos testamentos no dicen una palabra de los nuevos peligros que se van á correr, pero llevan en sí cierta duplicada ternura que no engañará seguramente al leal corazon de las madres.

Por eso son siempre tan bellas y cariñosas las últimas cartas recibidas de los que mueren en la guerra.

Entre tanto, los ingenieros improvisan un puente de barriles, sobre el rio Azmir, cuya operacion terminarán esta noche á la luz de la luna.

El Estado Mayor y los ayudantes de los generales no cesan de llevar órdenes é instrucciones á todos los cuerpos.

Las tropas se municionan cuidadosamente, despues de haber descargado y limpiado sus armas.

Compónense las camillas rotas; embárcanse los enfermos, aun los que ofrecen menos cuidado; provéense de nuevo los botiquines; prepáranse las mermadas acémilas; inutilízanse las chozas y cuadras construidas durante la semana que ha permanecido aquí el ejército; desaparecen las cantinas y fondas plantadas por algunos impertérritos negociantes que han unido su suerte á la nuestra; échase doble pienso á los caballos; vístese de limpio el que tiene posibilidad de hacerlo, y finalmente, acuéstase todo el mundo con la *toilette* de guerra,—con la espuela calzada los ginetes, con la bayoneta al cinto los infantes.

La *órden general* es *batir* tiendas al toque de diana, que sonará dos horas antes de amanecer, á fin de pasar el rio Azmir entre las tinieblas de la noche.

Hasta luego, pues, amigo mio.

XXXI.

Paso y accion de Cabo-Negro.

Dia 14 de enero.

> Descendia ya el Abencerrage por la *cuesta de los Almendros*, admirando la luz inmensa de aquellos horizontes interminables, que se agrandan y multiplican á cada paso desde aquel punto. Deseaba ver á Granada antes que el sol cayese del todo... La ciudad de las mil torres se presenta á sus ojos, como por encanto, toda entera. ¡GRANADA! gritó el guia agitando en el aire su sombrero. Aben-Hamet quiere hablar y no puede: dos torrentes de lágrimas oscurecen su vista: el sol se pone; el cañon de la fortaleza anuncia el fin del dia; la ciudad va á cerrarse pronto... CHATEAUBRIAND.

Hago el primer alto á un cuarto de legua del lugar en que hemos estado acampados.

El camino que he seguido hasta aquí se dirige por la misma orilla del mar, entre sus vívidas ondas y las inmóviles aguas de las lagunas del Azmir.

Apenas es de dia.

El ejército está en movimiento hace cerca de dos horas.

Delante de mí distingo todo el segundo cuerpo,—diez y seis batallones, marchando en columnas ordenadas.—

Pronto llegará á los primeros estribos de Cabo-Negro.

Detrás de mí quedan el tercer cuerpo y el de reserva, la artillería rodada, la caballería y los equipajes.

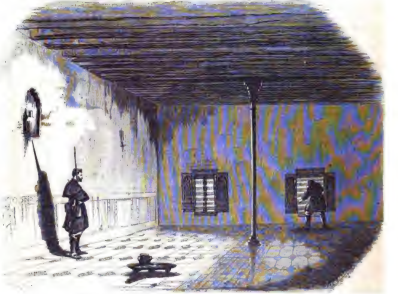
El general en jefe y el cuartel general pasan en este momento el puente de barriles de que te he hablado.

Yo te escribo en mi libro de memorias, sobre el arzon del caballo, solo completamente, en medio de una playa estensa, desde donde alcanzo á ver la marcha de todas las tropas.

El dia amanece claro y apacible, pero creo que lloverá esta tarde, segun el color de algunas nubecillas.

Te he dicho que marcho por una playa; mas no por esto creas que voy pisando arena ni tierra; piso una larga llanura formada por millones de millones de conchas de almeja y de otros mariscos, trituradas y pulverizadas por el perpétuo embate de las olas; pero que aun resuenan agria y secamente bajo las herraduras de mi caballo.

En este pavimento animal yacen tendidos de trecho en trecho algunos soldados,—muy pocos,—del segundo cuerpo, que se han quedado rezagados, no pudiendo seguir la marcha que acababan de emprender.—El color de su rostro basta para justificar su conducta. Están atacados del cólera.



Interior de la Aduana del Rio Martin.

¡Y qué pena causa el verlos, acostados á un lado del camino, tapada la cara con el ros (como si se avergonzasen de su mala suerte y no quisiesen ser conocidos), reclinada la cabeza sobre aquel fusil ya inútil, que tan cuidadosamente prepararon la noche antes, vencidos sin gloria, derribados antes de la lucha y confiando allí en que los batallones que vengan en pos de ellos les recogerán y trasladarán á bordo de alguna nave!...

Á propósito de naves: parte de nuestra escuadra ha emprendido tambien su movimiento, paralelo al de las fuerzas de tierra, y se dirige hácia la ensenada de Cabo-Negro, donde recibirá esta noche los heridos y el parte de la accion, con cuyo cargamento de dolor y gloria llegará mañana al amanecer á la madre patria.

Entre tanto, los moros han notado ya que avanzamos y empiezan á correrse por las montañas de la derecha, tambien con direccion al Sur.

¿Qué dirán al vernos caminar, ellos que deben ya estar convencidos de que siempre llegamos á donde nos proponemos?

¡Grande será su desesperacion al comprender que ni los rudos temporales de estos últimos dias, ni las privaciones que fueron su consecuencia, ni el cólera, ni tan repetidas luchas, bastan á quebrantar nuestra decision!

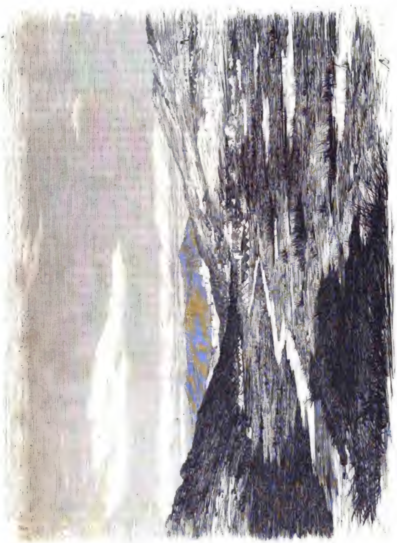
¡Ah! ¡Cuán lentas... sí; pero cuán decisivas y seguras; cuán firmes é irrevocables son nuestras determinaciones!

¡Siempre adelante! ¡Siempre ganando terreno!

Ayer dos leguas... Hoy otra mas... Mañana un nuevo paso...

Esto no podrá menos de imponerles y aterrarles.

Aquí se esquiva una laguna; allá se domina un monte; tal dia se invadió la selva; tal otro se atravesó el rio; ora se tienden puentes; ora se terraplenan cortaduras; ya se deseca el pantano; ya se remueven las peñas de sus asientos seculares; en una parte el pico y el barreno; en otra el incendio y el hacha... Pero nunca un paso atrás; nunca el desmayo; nunca la inaccion ni la duda! ¡Jamás una señal de desaliento!



Vista del llano de Tetuan y de los campamentos enemigos. (Del natural.)

Aquí llega el cuartel general. Entre tanto, las guerrillas de la division Orozco empiezan á ocupar las primeras alturas. Nos llevan un cuarto de legua de delantera.

Al primer tiro, los curiosos pueden trasladarse allí de una *galopada*.

Mientras, déjame contemplar aun otros breves instantes el cuadro general de esta importantísima marcha.

La artillería, negra y pesada, con sus reatas de mulas cargadas de municiones, pasó al fin sobre el inseguro y prolongado puente, que los ingenieros recomponen á cada momento.

Escóltala la primera brigada del tercer cuerpo, mandada por el brigadier Cervino.

Las acémilas, es decir, los equipajes, adelantan tambien sobre la playa, ofreciendo á la imaginacion un espectáculo interesante, si se repara en la variedad é importancia de los objetos removidos.

Casas, muebles, armas, ropas; el vidriado, las camas, las sillas y las mesas de tijera, las maletas, las tiendas, los cajones de víveres, los sacos de cebada, los mazos de heno, los cartuchos, la pólvora de cañon, nuestro poder, nuestras riquezas, nuestro hogar, hasta nuestra patria; todo, todo ha sido levantado; todo cambia de sitio; todo entra en accion, corriendo el azar de las armas.

Dentro de un instante, el famoso campamento de Rio Azmir existirá solamente en la historia.

Ya solo se ven ir y venir por él algunos asistentes...

Ya no debe de quedar nadie dentro.

Ya arde la trinchera: un círculo de fuego forma la demarcacion de la que fue durante algunos dias colonia militar española.

Cuando, pasado algun tiempo, cruce por estos melancólicos parajes algun viajero intranquilo, verá trazada sobre valles y montes una línea negra, siguiendo la direccion de alguna tierra removida, y si repara en los redondeles apisonados que fueron suelo de otras tantas tiendas, dirá con susto y hasta quizás con respeto:—*Aquí tuvieron su campo los españoles.*

Con que partamos: ya se ha roto el fuego en las fragosidades del Cabo-Negro. ¡Dios proteja á los suyos!

Una hora despues.

Triunfamos... Hasta ahora todo se declara en nuestro favor.

La division Orozco ha logrado penetrar por una cañada que da fácil acceso á unas medianas posiciones, en que podrá combatir mas ventajosamente que esperaba.

Pero este paso es de una audacia increible: figúrate que consiste, ni mas ni menos, en meterse en un antro de bosques y montañas, sin visible salida, dominado en todas direcciones por cordilleras mas elevadas.

Es decir, que nuestro ataque se ha dirigido al corazon de la sierra, al foco del peligro, al tremendo desfiladero que cualquiera hubiera pensado en limpiar antes de enemigos, tomándolos por la derecha y por la cumbre de las montañas.

Esta sublime osadía ha dado los mejores resultados: la configuracion interior de Cabo-Negro ha sido comprendida en un instante y las operaciones pueden llevarse á cabo con la mayor seguridad y precision, sin vacilar un punto.

Y es que desde esta profunda cañada, que parte casi verticalmente al promontorio, se ve de flanco su estructura; se forma idea de la direccion de cada barranco, y hasta se coligen los accidentes de terreno que corresponderán al otro lado.

La cuestion, pues, va á limitarse á cortar rectamente la sierra; á abrirse en dos caras desde su centro y atacar simultáneamente las alturas de la derecha y de la izquierda.

Las de la derecha son mas fáciles de tomar, y sobre todo de conservar; pues constituyen el segmento que aislaremos de la formidable cordillera, y los enemigos que queden de este lado, al verse cogidos entre nuestros soldados y el mar, tendrán que refugiarse al llano de Tetuan dejándonos dueños hasta de la atalaya que se levanta sobre las olas...

Las de la izquierda son escabrosísimas; están cubiertas de ásperos y oscuros bosques; se encadenan hasta una gran distancia con otras alturas sucesivas, y será necesario sostener hoy mas de veinte combates renovados para quedar tranquilos por esta parte.

Con todo, doy ya por cosa hecha el temido paso de Cabo-Negro.

¿Cómo no, si estoy viendo trepar á nuestros soldados, como ágiles lebreles, por entre setos y malezas, tanteando el terreno por todos lados, enseñándose unos á otros el camino, volviendo apenas el rostro para mirar al que cae atravesado por una bala, cobrando nuevo brio al ver correr la sangre española, ocultándose á veces tras las peñas, surgiendo de pronto ante el enemigo con la formidable bayoneta relumbrando al sol, ardientes, impetuosos, penetrados de lo que están haciendo, del objeto de la operacion, de la mente del general, del éxito seguro de la empresa?

¿Cómo no, si la bandera española empieza á correr de colina en colina, y si dejo de verla un momento, es para distinguirla mas allá, sobre un monte mas elevado, donde la saludan marciales himnos y la aclaman vivas arrebatadores?

Yo he hecho un nuevo alto, á fin de apuntar en mi cartera el cuadro maravilloso que tengo ante la vista.—Hay lugares y sucesos que no quiero confiar á la memoria; pues nuevas impresiones los eclipsarian ó harian palidecer, y cuando á la noche tratara de recordarlos, habrian ya perdido aquel color, aquella animacion, aquella luz, aquel perfume en que consiste la verdad y la elocuencia de ciertos espectáculos.—Así es que muchas veces prefiero darte, aunque desaliñados, los vehementes bocetos escritos con lapiz en presencia de las cosas, á trasmitirte luego sosegada y ordenadamente débiles reflejos de una claridad medio estinguida.

Sígueme, pues; observa, aspira, toca, siente y reflexiona conmigo.

Estamos en la cañada de que te he hablado; en la entrada de Cabo-Negro.

En torno mio se elevan corpulentos montes exuberantes de vegetacion, que ocultan y sombrean, que guardan y protegen este misterioso recinto, en donde han escondido algunos hogares los recelosos africanos...

Porque...—¡Oyelo, amigo mio; óyelo con la solemne emocion que yo he esperimentado al detenerme aquí!—Estamos en medio de un *aduar*; respiramos el aire del primer pueblo mahometano; hemos penetrado ya en los vedados lares de esta misantrópica raza; hemos sorprendido el secreto de sus apartadas viviendas.

Para muchos, esta primera avanzada de la poblacion marroquí, este pobrísimo cortijo,—que no es otra cosa;—esta aldehuela miserable, carecerá de importancia y de encanto.—Para mí que vivo de ilusiones, como suele decirse; que veo visiones, segun otra frase vulgar, este asilo de una tribu de pastores árabes ofrece mas interés, mas belleza, mas poesía que todas las capitales de Europa.

Ya, antes de penetrar aquí, algunos pedazos de tierra cultivada en las laderas mas suaves de los cerros, me indicaron la cercanía de país habitado: despues un alborozado relincho de mi buena *Africa* me dió á entender que habia olido algo semejante á su bello ideal, ó sea á una cuadra abrigada y cómoda: por último, yo respiré tambien en una ráfaga de viento el aire sano del establo, y al revolver una ligera colina, me encontré con este primer nido de moros, con este primer cubil de panteras.

Como puedes comprender, todos sus habitantes han huido.

Los fuertes varones quizás guerrean allá arriba en este instante.

Las hembras y los niños, con los ganados y lo mas indispensable del ajuar, emigrarian á las fragosidades de Sierra Bullones, desde que el ejército cristiano asomó por encima del rio Azmir.

Aquí quedan solamente diez ó doce chozas ó cabañas de grandes dimensiones, construidas con cañas y ramaje y apoyada cada una en un sólido muro de piedra y lodo.

En medio de ellas, tiénese aun de pié un viejísimo *Morabito*, que habrá sido igual al del Otero y al de los Castillejos; especie de ermita ó mausoleo edificado por la piedad hace muchos siglos; que atrajo despues á su alrededor á alguna familia errante de pastores; que dió carácter religioso y acaso nombre á esta exigüa poblacion y que hoy se hunde coronado de yedra y de flores campesinas entre el respeto de los que nacieron á su sombra.

Cerca de él, y en el centro de una pequeña esplanada, hay un pozo con su alto brocal de piedra y una gran pila ó abrevadero. El agua del pozo casi se toca con la mano, y el brocal, aunque tosco en la materia y en la forma, no carece de cierta elegancia. Tiene algo de primitivo, de original, de bíblico. Un artista inspirado no lo pintaria de otra manera al trazar el cuadro de la *Samaritana* que dió agua al Hijo de María.

Dentro de las chozas no ha quedado ningun objeto que responda á la curiosidad que me mueve de ver ó adivinar la vida doméstica de los moros.

Solo algun zarzo de cañas cubierto de largas pajas de cebada, constituyendo un lecho; algun cesto de palma que habrá sido pesebre, y varios cántaros rotos, de barro cocido y de la forma mas comun en Andalucía, ademas de huellas muy recientes de ganado lanar, de camellos y asnos, revelan que hace pocas horas moraban aquí en paz unos sencillos pastores, cuya sangre habrá ya regado tal vez la sierra en que se criaron, mientras que sus mujeres la echan de menos con lágrimas en los ojos.

Pero la verdadera belleza de este paraje estraño no reside en sus accidentes y pormenores, sino en su gracioso y pintoresco conjunto.

Es menester abarcar de una sola mirada y en un solo pensamiento el ruinoso *Morabito*, á la vez templo y sepulcro; las prolongadas y parduzcas viviendas, que parecen arrancadas de un paisaje de *Lacroix*; el solitario pozo y la estensa pila rodeados de humedad y de frescura; los corrales demarcados con frágiles setos de entretegidas ramas; los escasos frutales, deshojados por el invierno, que se levantan entre las diseminadas chozas; los salvajes alcornoques, que oscurecen y cubren de terror y de misterio las ásperas laderas que confluyen en estas cañadas; el reducido pedazo de cielo azul que la cobija; el sol matutino que penetra hoy en el abandonado *aduar*, tan gozosa y apacible como cuando la saludaban religiosamente sus habitantes; la intensa luz que se proyecta en una faz de las cosas; las largas sombras que quedan detrás; el vago claro oscuro de los objetos; la falta de perspectivas; el silencio de aquí; el estruendo del combate que sigue rugiendo encima de nuestras cabezas; esta soledad; aquel tumulto; las desiertas comarcas que hemos atravesado hasta ahora; el asomo de poblacion, de sociedad, de familia que ya nos sale aquí al paso... es metester, digo, considerar todo esto á un mismo tiempo, condensarlo en la imaginacion y resumirlo en una concepcion estética, para sentir y comprender todo lo que hay aquí de maravilloso, de interesante, de patético, de tradicional ó fantástico.

Yo, á lo menos, escribiéndote como estoy en mi álbum de viajero estas incoherentes frases; apoyado en el rudo brocal del benéfico pozo que tantas veces habrá templado la sed de las caravanas; de pié sobre esta tierra que acaban de abandonar los que la llamaban suya y se la agradecian al cielo; viendo á mi caballo apurar el agua que algun árabe depositó en esa pila y en que hace algunas horas bebió su ágil troton que se deja atrás el viento; mirando allá, silencioso y mustio, un perro fiel echado á la puerta de la última choza, caliente aun con el calor de la tribu fugitiva... yo, repito, no puedo menos de recordar mil solemnes escenas del Antiguo Testamento, los viajes estraordinarios por olvidadas regiones que leia ó proyectaba en mi niñez, las mágicas leyendas de nuestro inmortal Zorrilla, y—seré franco,—hasta aquel verso de Espronceda, que tanto ha hecho soñar á los adolescentes de mi tiempo:

> Distante un bosque sombrío;
> El sol cayendo en el mar;
> *En la playa un aduar*,
> Y á lo lejos un navío
> Viento en popa caminar...

Pero esta parada se hace larga, y nuevas tropas llegan á turbar mi soledad.

Dejemos el arte y volvamos á la guerra.

La tormenta arrecia sobre esas cumbres y muy pronto nuestras guerrillas darán vista á la llanura de Tetuan...

No quiero ser de los últimos que saluden la ciudad codiciada...

Adios, hasta dentro de una hora.

A las nueve de la mañana.

Todavía no hemos dominado completamente á la fragosa y abrupta cordillera: ¡todavía no hemos podido llegar á sus últimas cumbres y estender nuestra vista por el llano!

Cualquiera diria que todos los soldados se hallan poseidos como yo de un afan de poeta, de una curiosidad de viajero. ¡Tal es su impaciencia por divisar á Tetuan!

¡Qué ardor, que vehemencia en el ataque!

No parece sino que la accion de hoy se da mas bien por el gusto de ver un horizonte nuevo que por tomar una fuerte posicion al enemigo.

Ya falta poco...

Los moros huyen de monte en monte, batiéndose en retirada.

Un esfuerzo mas y estamos del otro lado de este formidable promontorio.

—¡*Cobardes!* ¡*cobardes*! gritan en este momento nuestras tropas viendo huir á los marroquíes.

¡*Inocentes*! debieran decir.

Esta belicosa raza está dando hoy una prueba de su completa impericia militar.

Cualquier guerrillero de Europa, con un solo batallon, hubiera disputado dias y dias el paso por estos montes á los ejércitos de Gerges.

Porque,—te lo repito.—estas son unas verdaderas Termópilas.

Nuestra fortuna es que los moros las defienden muy mal, ó por mejor decir, no las defienden: de lo contrario, nos hubiera costado miles de hombres llegar á donde nos hallamos en este instante.

Esto no quiere significar que no nos esté costando mucha y muy preciosa sangre cada colina que conquistamos...

¡A la sombra de esos corpulentos matorrales gimen ya ó duermen el sueño eterno cien denodados españoles!...

Pero ¿qué es esto en comparacion de lo que temíamos todos?

¡Ah! La corneta vuelve á tocar ataque...

Los batallones de Castilla y el de cazadores de Simancas se lanzan nuevamente á la carrera...

¡Oh gloria! Ya arremeten á la última posicion... á la cumbre mas elevada.

¡Arriba! ¡Arriba! ¡Llegó el sublime momento!

. . . .

Hé allí las agrias y colosales crestas del gigantesco Atlas...

La nieve cubre sus umbrías; la descomunal espalda del Titan aparece rayada de blanco y negro como la piel de una pantera.

Ya veo, ya mido el espacio y el aire que media entre las dos sierras que forman el valle de Tetuan...

Ya empiezo á distinguir la nebulosa esplanada que se estiende del otro lado del Martín...

Un paso mas... ¡Fuego por todas partes!... Es el esfuerzo supremo de la desesperacion... ¡Ah! ¡Cuánta sangre generosa vuelve á enrogecer la tierra!

¡Adelante!—Los vivas de nuestros soldados ahogan el estruendo de los mil tiros y de los mil lamentos que resuenan incesantemente...

Dos ó tres banderas españolas ondean en señal de triunfo en medio de las balas...

¡Ay! ¡Aquellos han llegado ya!... Tetuan y su campo han aparecido ya á la vista de algunos de nuestros cazadores...

—¡Viva España! ¡viva la reina! gritan locos de entusiasmo.

—¡*Camillas... Camillas*! repiten en tanto lúgubremente los barrancos de la derecha.

¡Desgraciados! ¡Caer en el último momento! ¡Caer á dos pasos del término de sus afanes! ¡Cerrar los ojos á la vida cuando ya se entreabria el horizonte mostrándoles el anhelado premio de sus trabajos!

Mas ¿quién repara en un hombre mas ó menos en el momento que la patria resucita, vestida de esplendor y magestad?

Allá, en las cumbres mas escelsas de Cabo-Negro resuena el himno de Africa... Nuestros cañones disparan sobre el llano... El horizonte se cubre todo de humo denso...

¡Arriba! ¡Arriba! Un minuto mas y venga despues la muerte.

. . . .

¡TETUAN!!—El llano, el rio, el mar, la *Aduana*, *Fuerte-Martin*, otro rio... otro aun... huertas, quintas, aduares... la torre de *Geleli*, la *Alcazaba*... ¡Todo ha surgido de una vez ante mis ojos!

Todo, todo lo abarco de una mirada; todo se dilata bajo mis piés; todo lo encierro entre mis brazos cuando los tiendo hácia la llanura, murmurando en lo íntimo de mi alma: ¡*Gracias, Dios mio*!

La ciudad no se descubre completamente; pero allá se ve su lecho... ¡Allá está medio escondida y como sepultada en los verdes cogines donde se recuesta!

Unas suaves colinas, adelantándose por en medio de la llanura, sirven como de almohada á la muelle deidad. Solo se distingue su almenada frente reclinada sobre un blando collado... El resto de su hermosura queda púdicamente escondido en las ondulaciones del terreno.

¡Pero es ella! En torno suyo agrúpanse jardines y casas de campo, artilladas torres, verdes y pintorescos cercados llenos de árboles, dilatadísimas vegas, tres reverberantes rios; toda la pompa y magnificencia de una ciudad soberana.

¡Es ella! Montes altísimos la guardan por todos lados, y adormecida dulcemente á la cabeza del estenso valle, parece presidir desde su trono el esplendoroso espectáculo que ofrecen la llanura, la ria, el mar y los gigantescos promontorios que forman su anchurosa rada.

Al llegar á este punto, mil escenas análogas acuden á mi memoria y exaltan mi fantasía.

Ya recuerdo el momento en que los israelitas avistaron la Tierra de promision despues de su largo destierro: ya aquel otro en que Atila asomó con sus hordas bárbaras por la cumbre de los Alpes y detuvo su caballo para contemplar las fértiles llanuras de la Italia que se estendian á sus piés...

Cuéntase que el feroz rey de los hunos sintió tanta admiracion como piedad por aquel eden maravilloso que iban á asolar sus tropas, y hasta que pensó en retroceder...

Dicho sea en honor de la verdad, ni por un instante nos ha ocurrido á nadie semejante idea al descubrir este paraiso no menos bello.

Tambien me imagino aquí el instante en que los indios descubren la gran pagoda de Jagrenat despues de un largo viaje, en que les han servido de guia los blancos huesos de los millones de peregrinos muertos en las anteriores espediciones; ó bien me figuro la alegría con que los mahometanos, despues de una caminata de ochocientas ó mil leguas, divisarán las torres de la Meca ó de Medina, que tantas veces se les aparecieran en sueños.

Pero la verdadera imágen de mi gozo, de mi entusiasmo y alegría, no debe buscarse en ninguna de esas regiones. Un gran poeta, Torcuato Tasso, la ha descrito inmejorablemente en su *Jersusalem libertada*, cuando los cruzados dan vista á la sacrosanta ciudad.

> Ali ha ciascuno al core ed ali al piede,
> né del suo ratto andar peró s'accorge:
> ma quando il sol gli aridi campi fiede
> con raggi assai ferventi, é in alto sorge,
> ecco apparir GERUSALEM si vede,
> ecco additar GERUSALEM si scorge:
> ecco da mille voci unitamente
> GERUSALEMME salutar si sente!

¡Ay! ¡Cuántos, cuántos compatriotas nuestros salieron de Ceuta ansiosos de descubrir á Tetuan y han quedado enterrados en el camino! ¡Cuántos que lo ven hoy no penetrarán dentro de sus muros!

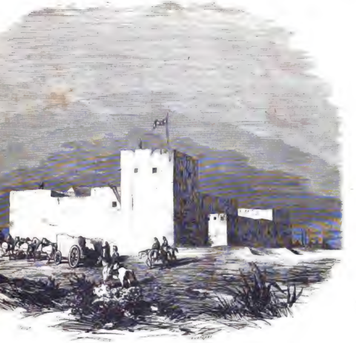
¡Tetuan! Yo no me canso de mirarlo... Una leve niebla que se alza perezosamente de la húmeda llanura empieza á ocultarme sus poéticos accidentes. Diríase que un blanco albornoz morisco envuelve á la bellísima sultana... Yo no sé como describírtela para que la veas, para que te la imagines tal cual es, con sus montes y sus campiñas, con su cielo y su arbolado, con su ambiente fantástico y sus vivísimos colores.

Mas ¿qué dudo?—¿Viste á Granada desde las alturas de Fajalanza? ¿Leiste, á lo menos, *El último Abencer-*

raje y la descripcion que hace allí Chateaubriand de la Damasco de Occidente?

¡Pues Tetuan es Granada! quiero decir.. la llanura, los términos de su horizonte, su colorido, su aire, su luz, la comarca en conjunto, recuerda completamente la vega granadina.

El mismo verdor oscuro, igual lujo de frutales, idénticos caserios en el campo... ¡Ah! la ilusion es completa. —¿Por qué no?—Y aunque sea delirio, no me saques de él. — El Atlas es Sierra-Nevada; Cabo-Negro, Sierra Elvira; Sierra Bermeja y la Torre de Geleli representan las alturas de la Alhambra. Estos tres rios son el Darro, el Genil y el Beiro...



Aduana del rio Martin. (De un croquis.)

Pero deliro efectivamente: demos de mano á las comparaciones y á la poesía, y oye la descripcion pura y sencilla del cuadro que he descubierto al asomarme á esta montaña.

Desde luego tendrás comprendido que nosotros llegamos á este valle por en medio de uno de sus lados. A la izquierda y como á una legua de mí está la mar: á la derecha, y á la misma distancia, se encuentra Tetuan, á la cabeza, por decirlo así, del llano, aunque bastante inclinado al Sur. Desde Cabo-Negro á los montes de enfrente habrá unas tres leguas, y atravesados en este intermedio, corren los tres rios de que te he hecho mencion. Uno de ellos, que debe de ser el Martin, desemboca en el mar, allá lejos, por una anchurosa y potente ria. De los otros dos, el uno, pobre y humilde, da sus aguas al Martin cerca de la Aduana, y el otro, algo mas rico y mucho mas soberbio, se entiende directamente con el mar, al que rinde tributo por este lado del valle.

Por lo demás, el centro del llano y mucha parte de su zona oriental están cuajados de pantanos y lagunas; ya francas y limpias como lucientes espejos, ya cubiertas de yerbas que apenas asoman á flor de agua.

En el mar no se ve un solo barco. ***Fuerte Martin*** se distingue allá como una gaviota parada en medio de la playa. Cerca de él se divisa otro edificio mas pequeño, tambien sumamente blanco. Dicen que es un almacen. Media legua mas arriba veo la ***Aduana***, solitaria, espaciosa, mirándose en el Martin ó ***Guad-el-Gelú***, como parece que le llaman los naturales. Por todos lados elévanse corpulentas pitas, mucho mayores que todas las que recuerdo haber visto en los reinos de Valencia y de Granada. Subiendo aun mas por el llano, y cerca ya de las montañas, encuéntranse bosques espesísimos, que desde aquí me parecen de naranjos; y entre ellos, vénse asomar cien pintorescas quintas, ó como si dijéramos *cármenes* al estilo de mi tierra. Despues empiezan las huertas, los cercados, los brazales, las acequias, los cañaverales apretados, los caminos llenos de sombra, los setos insuperables, todo lo cual constituye las *afueras* de la escondida ciudad. Por último, cerrando esta decoracion al Mediodia, álzase el *Atlas*, descomunal cordillera que te estoy citando á cada momento, y que así por su renombre como por su importancia real, te describiré detenidamente cuando la vea mas de cerca y esté yo mas despacio.

Escuso decirte—porque esto lo supondrás,—que desde lo alto de este monte se descubre la costa septentrional de Africa hasta perderse de vista, pareciendo que se tocan con la mano las bravas puntas del litoral del Riff y hasta el perfil sinuoso de la Argelia.

Mas ya que vemos tanto, bueno será que nos dejemos ver un momento. Quiero decir: bueno será que nos imaginemos lo que se dirá de nosotros al vernos asomar por esta altura.

Para ello bastará con que nos pongamos en el caso de los habitantes de este territorio.

Dos meses van á cumplirse desde que princió la guerra, y poco mas de un mes desde que se pronunció el movimiento de nuestro ejército sobre Tetuan. Durante todo este tiempo habrán llegado á este valle mil contradictorias noticias acerca de lo que ocurria del otro lado de Cabo-Negro. — *Los españoles avanzan*, dirian unos.—*Los cristianos han sido derrotados*, dirian otros.—*Ya se acercan...—Ya retroceden...—Van á morir de hambre...—No pueden proseguir...*—Todo esto se habrá contado al dia siguiente de cada combate...—Y los pacíficos moradores de la ciudad y su llanura habrán abrigado alternativamente el temor y la esperanza.

Hoy ya sabrán á qué atenerse.—Esta mañana oirian los primeros tiros á la entrada del valle; despues verian huir á sus tropas; luego habrán distinguido nuestra bandera en la cumbre de los montes, y ahora escucharán nuestros gritos de triunfo y nuestros himnos de gloria, percibirán nuestras relucientes bayonetas que relumbran en las cúspides mas elevadas, sentirán el largo trueno de nuestros cañones, y comprenderán, en fin, que hemos vencido siempre, que hemos vencido hoy y que nada ha podido ni podrá detenernos.

¡Cuál será, pues, el susto, la tristeza, la desesperacion de los vecinos de Tetuan! ¡Cuánto les impondrá nuestra aparicion inesperada! ¡Qué grandes y poderosos dominaremos en su imaginacion! ¡Qué impotente y desgraciado les parecerá su ejército! ¡Cómo exagerarán la tribulacion y el infortunio que les traemos con nuestras armas!

Mas no por esto creas que ha penetrado el desaliento en las huestes enemigas. Yo te hablo solamente de lo que dirán los ancianos, las mujeres y los niños. En cuanto á los guerreros marroquíes, pertinaces y tercos como nunca, pugnan todavía y pugnarán hasta la última hora por rechazarnos, ó cuando menos, por cobrarnos muy caras nuestras victorias.

Ahí los tienes aun, escalonados en las colinas descendentes que van á morir en la llanura. Miles de ellos corren de un lado para otro luchando con el teson de siempre. De cada bosque, de cada barranco sale una lluvia incesante de mortífero plomo. El combate está muy lejos de haberse concluido.

Pero así y todo, compadezcamos una vez mas á nuestros inocentes adversarios.

Los infelices no desconocian la importancia militar de Cabo-Negro... no: lo que acontece es que no han sabido aprovecharla. Fija la atencion allá abajo y verás un reducto construido en toda forma... Pero ¿dónde? ¡Sobre la llanura!—¡En verdad te digo que no se comprende una torpeza semejante!

Tenian aquí detrás magníficas posiciones, y las desatienden: nos dejan penetrar como por nuestra casa en el corazon de la sierra: descuidan la defensa de las cúspides mas elevadas: nos ceden el paso al través de media legua de pavorosos desfiladeros y acumulan sus medios de resistencia en la salida de la tremenda garganta, en una suave colina dominada por todas partes, en el último escalon del monte, donde el terreno no les presenta ya punto alguno á que retirarse en el caso de ser rechazados...—¡Qué obcecacion tan inconcebible!

Por lo demás, el reducto es de primer órden: tiene su parapeto de tierra y árboles y sus aspilleras perfectamente colocadas: en este momento lo ocupan unos cien moros de á pié, y en torno suyo giran como quinientos ginetes, al parecer muy ufanos de tan risible fortificacion...

¡Ya verán muy pronto el caso que hacemos de ella! Nuestros ingenieros se ocupan en allanar el camino á la artillería, y dentro de un momento podremos continuar desahogadamente el ataque hasta la misma llanura.

En ella nos aguardan numerosas huestes de caballería... pero no aquellas fabulosas legiones de que nos habian hablado.

Sin duda se habrán quedado de reserva, creyendo que por hoy bastaba con ese reducto para estorvarnos el paso.

En esto, ya han dado vista al llano por todas partes los restantes batallones del segundo cuerpo, el general en jefe y su cuartel general.

El tercer cuerpo, que forma hoy la retaguardia, empieza tambien á invadir estos montes, viniendo á su frente el general Ros de Olano, que se hallaba enfermo á bordo de un vapor, y ha dejado una vez mas el lecho en que le retienen sus pertinaces dolencias para montar á caballo é ir en busca del enemigo.

Este heróico proceder del inteligente general le vale la admiracion y el respeto de sus tropas, que le ven abatido y postrado los dias de paz y holganza y le encuentran siempre reanimado y entero en los momentos del peligro. Y es que la debilidad física del insigne poeta solo puede compararse á la fuerza indomable de su espíritu. Yo no conozco una resistencia, una constancia, un valor pasivo tan inalterable como el suyo.

Pero volviendo á nuestro relato, hé aquí la posicion de las tropas en este momento.

Ocupan la estrema izquierda, ó sea la altura que linda con el mar, los cazadores de Figueras, mandados por el comandante don Francisco Anchorena: luego sigue el segundo batallon de Castilla con su jefe, don Antonio Archeaga, y á continuacion se encuentra el primero de Córdoba y á su frente el coronel comandante don José Claver. En la derecha se han establecido los batallones primero de Saboya, con su jefe, el coronel Santa Pau, el segundo de Córdoba al mando de su coronel don Vicente Vargas, el de cazadores de Simancas y los dos de Arapiles con sus respectivos jefes, don Joaquin Cristou y don Romualdo Crespo, y el primero de Castilla, mandado por su comandante, don Alejandro Villegas.—Cada uno de estos cuerpos ha necesitado para llegar á donde se encuentra sostener una porfiada lucha, y dos de los citados jefes, Crespo y Villegas, han mezclado su sangre con la de sus soldados; mas no por esto dejan de estremecer el aire los himnos patrióticos ni es menor el orgullo y alegría con que se celebra la primera parte de la victoria de hoy.

Y digo *la primera parte*, porque todo empieza á indicar que la lid va á recrudecerse con mayor violencia.

. . . .

El ejército moro que ha venido flanqueándonos desde los Castillejos; el mismo que hemos visto siempre acampado cerca de nosotros; el que nos ha seguido como una sombra por Monte-Negron, las alturas de la Condesa y Rio-Azmir, atacándonos todos los dias pares de este mes, á contar desde el 4; ese ejército, digo, principia á asomar por las últimas cordilleras de nuestra derecha.

Esta mañana levantaria su campo al ver que nosotros levantamos el nuestro; pero sea que los moros hagan esta operacion con mas lentitud que nuestros soldados; sea que hayan traido peor camino, ello es que las huestes acaudilladas por Muley-el-Abbas llegan tarde.

Nuestros ingenieros han tenido ya tiempo de construir trincheras en los puntos mas descubiertos de nuestra línea, y la cien veces benemérita artillería de montaña ha penetrado por intrincados laberintos y subido por ásperas laderas hasta situarse en posicion ventajosa dando cara al enemigo.

Para esto—¡asómbrate!—ha sido menester trasportar algunos cañones en hombros de los mismos artilleros.—Acabo de verlo, y apenas me atrevo á escribirlo, temeroso de que no lo creas.—Tales son estos caminos, y tales son nuestros artilleros.

Mas ya se rompe el fuego por la derecha entre las nuevas fuerzas moras que entran en accion y la segunda division del segundo cuerpo, á cuyo frente marcha el general Prim con su cuartel general.

Sigámosle. . . . .

Su llegada no puede ser mas oportuna: el enemigo en crecidísimo número trataba ya de forzar nuestras posiciones y sostenia un fuego certero y nutrido que nos causaba muchas bajas.

La primera acometida de nuestros batallones le obliga á retirarse al segundo estrivo de la cordillera, donde se rehace aceleradamente, empeñando un nuevo combate, que dura mas de media hora.

En él luchan con singular denuedo los soldados de Simancas, Chiclana, Arapiles, Alba de Tormes, Córdoba, Saboya, Toledo y Princesa, es decir, menos de seis mil hombres (que tan mermados están ya estos valerosos cuerpos), contra cuadruplicadas fuerzas, esto es, contra todo el ejército que Muley-Abbas mandaba anteayer tarde sobre las lagunas del Azmir.

El segundo estrivo es tomado como el anterior.

Pero aun ofrece la cordillera á los tercos marroquíes un tercer accidente en que situarse para volver á la carga: detienen, pues, en él su precipitada fuga, y reforzados ahora con un considerable número de caballos, que ya pueden maniobrar por ser estas laderas mas suaves, intentan sostenerse y hasta piensan en atacarnos... ¡Verdaderamente, tan indomable valor es digno de alabanza!

Por tercera vez son rechazados y puestos en dispersion: nuestros soldados pisan ya la tierra en que los imprudentes circuncisos les desafiaban pocos momentos antes: el general don Enrique O'Donnell, que ha cargado bizarramente á la cabeza de un batallon, desciende al fin á una especie de meseta avanzada sobre el llano, donde puede jugar fácilmente la caballería.

Entonces consulta el conde de Reus con el de Lucena, y queda decidido dar un ataque combinado de las dos armas en el caso de que los moros pretendan asaltar esta última posicion, tan valerosamente adquirida,

. . . .

La ocasion no tarda en presentarse: una verdadera nube de enemigos, compuesta de infantes y ginetes revueltos en horrible confusion, avanza con salvajes alaridos y feroces demostraciones contra la descubierta meseta... El general Prim les deja aproximarse y llegar á medio tiro de fusil.

Entonces y solo entonces resuena en nuestra línea un multiplicado toque de ataque general, que repiten todas las cornetas de la infantería y la caballería: los escuadrones de Villaviciosa y de Húsares de la Princesa salen al escape de sus caballos por la derecha y por la izquierda, en tanto que los batallones de Simancas, Toledo, la Princesa, Saboya y Chiclana se lanzan á la bayoneta con su ímpetu acostumbrado.

El enemigo, aunque superior en número, ni tan siquiera intenta resistir: menos aun se atreve á esperar este formidable ataque: desde que oyó resonar las cornetas, volvió grupas atribuladamente, y allá corre por el llano con direccion á Tetuan, dejando en nuestro poder sus infantes heridos, que no quieren rendirse y mueren maldiciendo y peleando.

Rápido, enérgico, brillantísimo ha sido este momento de la accion. El general en gefe, que tan impasible contempla los mas solemnes espectáculos, se ha dejado arrebatar como todos por el movimiento arrojado de nuestras tropas, y metiendo espuelas á su caballo, ha pasado por entre los batallones, bajo un diluvio de balas, gritando en medio de la refriega:

—¡Viva la infantería española!

A esta esclamacion y al entusiasta saludo con que la acompaña, responden mil y mil ecos gritando:

—¡Viva el general en jefe! ¡Viva mi general! ¡Viva O'Donnell!

Entonces el caudillo se descubre y contesta lo que ha contestado siempre en Africa al oirse victorear.

—¡Soldados! ¡Viva la reina!

Entre tanto el famoso reducto de los enemigos ha caido en poder del general Ros de Olano, que ha cargado con el regimiento de Albuera hasta llegar á la llanura, desalojando á los moros de sus últimos parapetos. . . .

. . . .

¡Ah! nos parece un sueño: se acabaron las sierras: se acabaron las luchas desiguales.

Cerca de dos meses ha tardado nuestro ejército en batir veinte leguas cuadradas de monte; pero ya ha dado fin tan espantosa tarea.—¡Treinta ó cuarenta mil enemigos han sido levantados, espulsados, ó muertos en los barrancos y malezas de tan agrestes montañas!..—¡Qué estupenda, qué grandiosa, qué descomunal cacería!

Mañana podremos descender tranquilamente á ese llano; correr nuestros caballos por esos prados verdes; pasear, esparcirnos, vivir con libertad y desahogo.

Entre tanto, aun hemos de pasar una noche en la cumbre de estas montañas, atrincherados convenientemente y prevenidos contra cualquier sorpresa.

Y, aprovechando la ocasion, hé aquí que las nubes que nos han acompañado en tan larga y fatigosa travesía, vienen á despedirse de nosotros, sin duda para que no olvidemos los buenos ratos que nos han dado por esas sierras. . . . .

Llueve á mares: nuestras tiendas se plantarán como siempre sobre un charco de agua... Los que se preparaban á comer y á descansar despues de un dia entero de dieta y de batalla, tienen que empezar á luchar ahora con la lluvia y con el viento.

¡Y los equipajes y las tiendas no asoman todavía por ningun lado!.. ¡Buena noche nos espera, á seiscientos metros sobre el nivel del mar, luchando con un temporal deshecho, en la misma region de las nubes!

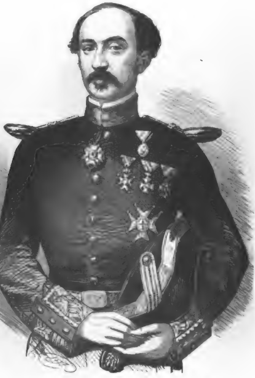
Tengamos paciencia... y hasta mañana.

En mi tienda,—á las nueve de la noche.

Hace tres horas me despedí de tí hasta mañana; y esa mañana no ha llegado todavía. Sin embargo, cojo la pluma para darte las buenas noches antes de acostarme, despues de haber puesto en limpio mis apuntes de hoy.

Sigue lloviendo; pero á Dios gracias, llegó mi tienda al anochecer y estoy medio guarecido. La cama se ha mojado mucho en el camino... pero ¿qué me importa si acabo de cenar con apetito y tengo un sueño que me envidiaria un bienaventurado?

Solo me preocupa una cosa, y es el afan de adivinar lo que estarán diciendo á estas horas en la ciudad vecina al ver las hogueras de nuestro campo.



El brigadier don Tomás Cervino.

Yo me imagino el efecto que producirán estas mil luces tachonando los crespones de una noche tan tenebrosa...

Cabo-Negro parecerá un inmenso catafalco, cubierto de enlutadas cortinas y coronado de antorchas funerales.

—¡Madre, madre!... preguntarán los niños á las siervas de los moros. ¿Qué iluminacion es aquella?

—Calla, hijo mio, responderán las angustiadas mujeres. ¡Son los cristianos!

Y el humillado musulman, vencido en la accion de hoy, que restaña la sangre de sus heridas para volver mañana á la lucha, rechinará los dientes en las tinieblas al oir el nombre de sus mortales enemigos.

XXXII.

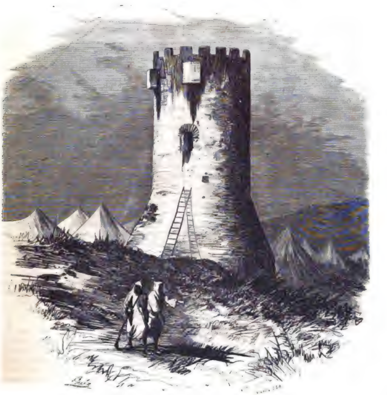
Un paseo por el llano.

Cabo-Negro, — 13 de enero.

Aquí nos tienes en el mismo sitio en que nos dejaste ayer.

El dia de hoy se ha empleado en pasar la artillería rodada y toda la impedimenta por los desfiladeros que atravesamos ayer.

En este momento, que son las siete de la noche, acabamos de recibir órden de *batir* tiendas mañana al amanecer, á fin de cruzar el llano é ir á sentar nuestro campamento en la misma orilla del mar.



Torre Geleli. (De un croquis.)

La escuadra que trae los ocho nuevos batallones con el general Rios, llegó ayer tarde á Cabo-Negro, en cuya ensenada ha pasado la noche.—Dicho general saltó ayer tarde á tierra por aquel lado del promontorio, y conferenció con el conde de Lucena.

Nuestra base de operaciones ó sea nuestra comunicacion con el mar, la tenemos todavía por allí; mañana, cuando el general Rios doble el Cabo y entre en las aguas de Tetuan, la trasladaremos á este lado.

Por lo demás, en todo el dia no ha parecido un solo moro por esta vastísima llanura, cual si los buenos islamitas estuviesen avergonzados con el suceso de ayer.

La única señal de vida que han dado, ha sido plantar una multitud de tiendas como á una legua de aquí, sobre las segundas estribaciones de Sierra Bermeja.

Nuestras pérdidas de ayer consistieron en veinte y cinco muertos en el campo de batalla, cuatrocientos heridos y ciento cincuenta contusos.

El cólera nos ha abandonado completamente; pero no haya cuidado, que él volverá.

El cólera es como los moros: asi que nos vé parados dos ó tres dias en un mismo campamento, viene y nos ataca.

Con que ahí tienes el boletin del dia de hoy.

Por mi parte, he dado un paseo á caballo por la llanura, acompañado de un amigo, hasta una media legua de nuestro campo.

La tarde ha sido magnífica, serena, resplandeciente, y aun prescindiendo de la infinidad de objetos curiosos que me han salido al paso, esta cabalgata seria una de las mas deliciosas que he hecho en toda mi vida, solo por la amenidad y belleza del terreno que he atravesado.

No éramos nosotros solos los que se habian procurado este placer. Aparte de la caballería, que ha llevado al ganado á beber agua en una laguna, muchos oficiales y soldados han paseado á pié en todas direcciones, movidos, mas que por nada, por la curiosidad que á todos les domina de ver cosas pertenecientes á los moros.

En cuanto á nosotros, hemos encontrado muchos despojos de la accion de ayer; espuelas, bolsas de municiones, caballos muertos, monturas, cadáveres, ropas ensangrentadas y algunas armas de escaso mérito; pero todo tan sucio y mal traido, que no hemos puesto la mano sobre cosa alguna.

Las espuelas se parecen á nuestros antiguos acicates, con la diferencia de que la pua con que se aguijonea al caballo, es de una longitud estraordinaria: las he visto de cerca de una cuarta. Las bolsas son de tafilete rojo ó amarillo, con flecos y adornos de seda ó de la misma piel. Las monturas, generalmente forradas de paño encarnado, parapetan, por decirlo asi, al ginete dentro de la silla: tan altas son de perilla y de grupa. Debajo de ellas lleva cada caballo hasta siete mantillas de paño fino, cada una de ellas de un color diferente. Los caballos, enjutos y de poca alzada, no tienen nada de bellos cuando están parados, si bien para los inteligentes la conformacion y contestura de sus miembros indican por lo general escelentes cualidades. Y que sean poco vistosos, está justificado por la durísima vida que llevan, mal alimentados siempre y en perpetuo ejercicio. Pero si se les ve correr, saltar, subir por las laderas y revolverse en todas direcciones, obedeciendo á una ligera presion de las rodillas del ginete,—quien, por otra parte, abandona las riendas á cada momento,—no puede menos de reconocerse en estos nobles y afamados animales cierto sello de superioridad y privilegio físico, semejante en cierto modo al que indudablemente caracteriza tambien á sus dueños, verdaderos Caines, hijos primogénitos de la naturaleza.

Tambien he visto y examinado prolijamente unas huertas y un aduar, donde no faltaba nada; lo que me ha hecho creer que sus moradores murieron en la accion de ayer; pues de no ser asi, hubieran llevado consigo al abandonar sus casas muchos de los objetos que han dejado en ellas.

Empezando por las huertas, te diré que cada una estaba cercada por un seto de cañas. Aquí se veían anchas hazas de trigo, verdes y muy bien cuidadas; allá higueras, naranjos y otros frutales; en un lado higueras chumbas; en otro sembrados de nabos y patatas. Una hermosa acequia atravesaba estas heredades. En medio de las chozas, y en vez de un pozo como el que vi en el aduar de Cabo-Negro, habia un manantial de agua cristalina, que hacia bullir y como hervir á la arena al tiempo de brotar. Una fina alfombra de suaves yerbas rodeaba aquella bienhechora fuente, cuyo blando murmullo convidaba á la contemplacion y al descanso. No lejos, percibíase la *era de pan-trillar*, como se dice en Andalucía, empedrada con esmero, lo que me hizo suspirar por la paz y el trabajo que habiamos venido á turbar con nuestros clarines de guerra. En fin, en dos ó tres puntos vi algunos pedazos de terreno donde crecia el tabaco... y esto me llevó tambien á pensar en muchas cosas.

Una vez examinadas las huertas, nos dirigimos á las chozas, fabricadas tambien con zarzos, piedra y lodo.

En aquel momento, dos soldados, creyéndose los primeros que habian visitado el aduar, y acaso siéndolo, salian muy ufanos de la última cabaña, cargados de algunos útiles de cocina; y uno de ellos, sin duda como señal de toma de posesion, hizo una bandera con una baqueta de espingarda que encontró por allí, á la que ató *su único pañuelo*, y la dejó clavada sobre el techo de la choza.

—El espíritu de conquista es innato en los españoles, esclamó mi amigo.

Yo pensaba en lo mismo precisamente.

Penetramos en la primera choza.

En ella encontramos primeramente una puerta de madera con goznes de hierro, semejante en todo á la de cualquiera de nuestros cortijos; candiles de barro para aceite, de una forma que tenia algo de clásica ó de *antigua*, en el sentido artístico de esta palabra; mazas dentadas para desgranar el maíz; un molinillo grande dentro de un mortero de barro, que no dudé se emplearia para hacer el *alcuzcuz*; grandes artesas, rastrillos y arados muy parecidos á los nuestros; algunas albardas por el estilo de las que han traido las acémilas regaladas al ejército por los aragoneses; cucharas de palo, mariscos y una poca miel blanca.

En otra choza, á vuelta de muchos objetos análogos, hallamos una cabeza de cordero, cuya sangre fresca indicaba que el sacrificio se habia verificado la noche antes.

Sacrificio, dije; pero no te hagas ilusiones: yo no sé que los moros inmolen animales con otro objeto que el de comérselos.

Tambien vimos por todos lados muchas semillas de melon, de calabaza, de sandía, de mijo y de tabaco; alguna galleta de pésima calidad, y muchas tinajas, ollas y jarros de tierra cocida, cuya configuracion no carecia de cierta gracia, recordándome las antigüedades etruscas y otras cosas que leí cuando leia.

Añade algunas camas de yerbas secas; dos ó tres otomanas de palma llenas de paja; espuertas de la misma materia llenas de sal, y varias esteras de junco, y tendrás completamente inventariado el ajuar de aquellas pobres viviendas.

De vuelta al campamento y satisfecho ya en parte mi afan de *arabizar*, fijé mas mi atencion en la naturaleza, en el paisaje, en la índole de estos prados.

¡Qué vegetacion, amigo mio! ¡Qué verdura tan deslumbradora á pesar de la estacion en que nos hallamos! ¡Qué gigantescas pitas, qué desmesuradas yerbas, qué juncos, qué cañas, qué penetrantes aromas, qué poderosos rumores despide esta feroz y lujuriosa tierra!

De cien en cien pasos te encuentras un pantano, una laguna, un prado de altas yerbas olorosas que tapan materialmente el caballo, redondeles de infecunda arena, altos árboles exuberantes de savia ó llanuras de fino musgo, verdes y planas como una mesa de billar...

El canto de los millones de ranas que moran en tanto y tanto lodazal, asorda completamente el valle: la intensa luz del sol, que indudablemente es aquí mas viva en e invierno que en Europa durante la canícula, te deslumbra y produce vértigos; las ácres ó narcóticas emanaciones de las plantas escitan tus sentidos ó los adormecen segun que pasas de un lugar á otro; el viento del Sur que baja sonando del empedernido Atlas parece como que corta la circulacion de tu sangre... y todas estas agitaciones, esta múltiple turbacion, este desasosiego de tu naturaleza crean en tí no sé qué estado morboso, no sé qué escitacion febril que te fatiga y alienta al mismo tiempo; que te complace y mortifica; que te halaga y atormenta.

No lo dudes: consiste en que este es otro mundo; en que esta no es la que pudiera llamarse tu *patria zoológica*, tu region, tu *medio*; en que este aire, esta tierra, este sol, no fueron hechos para los hijos de Europa; en que te sientes aquí exótico, *déplacé*, estranjero en el sentido de la naturaleza.

Yo, á lo menos, no esperimenté nunca fuera de España, lo que hoy esperimento fuera de Europa.—Este es un hecho.—Espliquelo el que sepa, si mi esplicacion no le basta.

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONÉS

XXXIII.

El Reto.

Cabo-Negro, 16 de enero.

¡*Aun en Cabo-Negro*! esclamarás...

Y bien, amigo mio; ¡aun en Cabo-Negro!—No se puede hacer todo tan de prisa como se desea; ni las cosas en sí son tan fáciles de realizar como tú te figuras recostado en una butaca al amor de una buena lumbre.

Oye la causa de nuestra detencion, ó sea la historia del dia de hoy.

Ayer tarde, cerca del anochecer, presentáronse como unos doce mil moros en la falda de Sierra-Bermeja, donde acamparon resueltamente.

—¡Ya están ahí! dijimos todos con cierta mezcla de zozobra y de alegría: mañana al amanecer nos presentarán la batalla.

Y así nos acostamos.

Sin embargo, pocos son los que han dormido esta noche á pierna suelta, ya porque nuestra anchurosa y desmantelada línea requeria cuádruples guardias, ya porque la proximidad del enemigo y la espectativa de un gran combate, diferente en todo de los sostenidos hasta el dia, preocupaban fuertemente los ánimos.

De mí sé decir, que mas de una vez he salido esta noche de mi tienda para ver las hogueras de los campamentos enemigos, sobre todo las del recien plantado, que allá lucian entre las sombras como otros tantos ojos que nos espiaban.

—Ellos, en cambio, verán nuestras hogueras, he pensado muchas veces.

Desde las once en adelante, hánse visto ir y venir misteriosas luces por la llanura.

—¿Qué se le habrá perdido á esa gente? oí esclamar á uno de nuestros centinelas.

—Buscarán el cuerpo de algun jefe ó general que le habremos matado ayer, respondió otro.

—O puede que preparen el terreno para la funcion de mañana, añadió un tercero.

A eso de las tres despertáronme algunos tiros; pero una vez de pié, ya no volví á oir mas.

Indudablemente, habia sido una alarma falsa.

Acostéme, pues, y dormí hasta que dos horas despues me despertó el toque de diana.

Aun era de noche y hacia bastante frio.

—¡Abajo esas tiendas! ¡Abajo esas tiendas! gritaban los jefes por todos lados.

Salí, pues, de mi casa á fin de que la derribaran; y por pronto que quise volver á verla, ya no pude encontrar el sitio en que habia pasado la noche.

Entre tanto, hacíanse equipajes por todos lados, á la luz de las hogueras y de algun opaco farolillo: cargábanse las acémilas; dábase órden á los brigaderos de marchar con ellas á lo largo de Cabo-Negro hácia la orilla del mar, y todo el mundo apresurábase á tomar un bocado y un poco café, preparándose así, aunque tan fuera de hora, contra las eventualidades del próximo dia.

Pocos momentos despues, estábamos ya solos *los de armas tomar*, como suele decirse. La cama, la casa, la despensa, todo habia partido.—¡Con tal que lo volviéramos á ver!

De este modo aguardamos la venida del dia, con cuya primera luz esperábamos recibir á un mismo tiempo un ataque por la derecha y un refuerzo por la izquierda.

Del ataque, ya se notaban algunos síntomas: las hogueras del campamento moro se habian reanimado y otras nuevas brillaban en la llanura.

En cuanto al refuerzo, consistia en la division Rios, cuyo desembarco no podia tardar, puesto que tenia órden de doblar el Cabo-Negro al amanecer.

¡Ah! con qué dulce impaciencia aguardábamos la aparicion de nuestros barcos en la rada de Tetuan!

Créeme: la espectativa de este placer nos hacia olvidar el peligro que nos amenazaba por el lado opuesto: todo el mundo miraba á la izquierda, nadie á la derecha.

Y es que por la izquierda iban á llegar nuestros hermanos, mientras que por la derecha solo podian venir nuestros enemigos.

Y no era por la sola necesidad de su ayuda, que acaso no nos urgia absolutamente; sino por el regocijo de verlos y tambien por otro regocijo algo pueril que ya saboreábamos de antemano.

Saboreábamos, sí, la sorpresa y el pánico que iba á causar á los moros la llegada de aquel nuevo ejército con que no contaban, y cuyo número no podian calcular.

Al principio de la guerra se habló de que algunas fuerzas nuestras debian desembarcar en esta playa, y los moros, segun confidencias de los espías, la fortificaron y artillaron completamente.

El 29 de diciembre vino, como sabes, nuestra escuadra y bombardeó el fuerte Martin, retirándose en seguida.—¿Quién sabe si los moros creerian que acababan de frustrar un desembarco?

Despues se pronunció mas y mas nuestro movimiento por tierra, con direccion á Tetuan, y entonces los marroquíes se figuraron indudablemente que habíamos desistido de toda empresa marítima, y pensaron quizás en disputarnos el llano palmo á palmo hasta la orilla del mar.

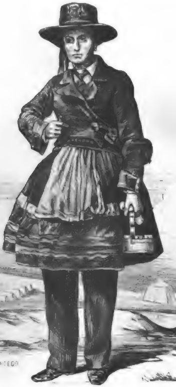
Mas hé aquí que la aparicion simultánea de nuestro ejército por estas alturas y de nuestra escuadra con la division Rios por la mar, nos hacia dueños en un momento de la llanura, de la ria y de sus fortificaciones.

Es decir, que al cabo de una hora los moros iban á verse cogidos por tercera ó cuarta vez en las redes de nuestra estrategia.

Y si no, ¿qué podrian hacer?

¿Bajar á la orilla del mar á utilizar los medios de defensa que han acumulado allí, y estorvar el desembarco de Rios?

¡Tanto mejor para nosotros, que en ese caso marchariamos de frente, cortaríamos la llanura y dejaríamos aisladas y presas entre dos fuegos, sin comunicacion con Tetuan y acaso envueltas por nuestros batallones, todas las fuerzas enemigas que se hubiesen acercado á la playa.



Ignacia, cantinera del batallon cazadores de Baza. (De fotografía.)

¿Atacar nuestros campamentos?

¡El general Rios desembarcaria entonces tranquilamente; subiria por la orilla del Martin, ocuparia la Aduana, y desde allí protegeria nuestra bajada de flanco por las faldas de Cabo-Negro, hasta colocarnos á retaguardia de su division!

¡Ah! ¡Bien dijo el que dijo que mas vale maña que fuerza!

¡Cuánta y cuán dolorosa iba á ser la perplegidad de los pobres moros!

Mientras discurríamos asi, inmóviles y formados en los últimos escalones de esta sierra, la luz del dia se abria paso por entre una espesa bruma que nos ocultaba el mar, y una franja de oro, señalando el límite de las olas, esclarecia la lontananza del cielo.

Nuestros relojes señalaban las siete cuando ya empezó á verse claro en todas direcciones. Entonces pudimos ver que durante la noche los moros habian plantado una infinidad de tiendas en todas las alturas que rodean á Tetuan.

¿Eran nuevos ejércitos? ¿Era la poblacion de Tetuan que abandonaba la plaza?—Aquella bandada de águilas, ¿venia contra nosotros ó huia delante de nuestros pasos?

—¡Mirad el Atlas! esclamaron en esto algunas voces.

El Atlas se habia nevado espantosamente la noche pasada.

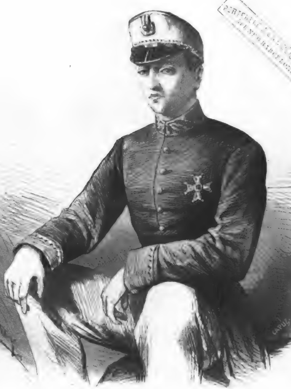
¡No era para menos el frio que habíamos pasado bajo la tienda!

¡Y qué severo y hermoso estaba el hercúleo gigante con aquella investidura de ancianidad!

Por último, á las siete y media, un largo murmullo de alborozo cundió por todas las filas...

—Un barco... se vé un barco... gritamos todos segun que lo íbamos descubriendo.

Era una lancha cañonera. Despues apareció otra, y luego otra y otra, hasta seis ó siete.



Anibal Rinaldy, intérprete del cuartel general del general O'Donnell.

—¡Ya está ahí Rios! era la esclamacion general.

Y todo el mundo se hacia ojos para no perder un solo accidente del desembarco.

Entre tanto, los soberbios vapores iban apareciendo lentamente y poblando el solitario fondeadero.

Algunos momentos despues la rada estaba materialmente cubierta de buques.

Yo los conté con la escrupulosidad posible, y entre trasportes, buques de guerra, guarda-costas, cañoneras y barcos de vela, calculé mas de cien naves.

En esto se oyó un cañonazo que resonó en todos los corazones.

¿Eran ellos ó nosotros?

Un largo silencio vino á demostrarnos que el cañonazo habia sido nuestro.

A haber sido de los moros, nuestros buques le hubieran contestado con una andanada.

En tanto, la bruma que se levantaba del mar al amanecer se habia estendido y hecho mas espesa, hasta borrar, por decirlo asi, del panorama que contemplábamos, primero la escuadra, luego la costa, despues los fuertes y el llano, y por último Tetuan, los enemigos y todo cuanto nos rodeaba.

Quedamos, pues, como en medio de las tinieblas, imposibilitados de saber lo que sucedia allá abajo.

A las ocho y media sonaron dos ó tres cañonazos mas, que nos alarmaron de nuevo; pero el fuego no continuó, ni nuestras avanzadas avisaron de que se viera moverse al enemigo por la llanura.

—Todo va bien, pensamos entonces.

A las nueve seguia la niebla, mas densa é impenetrable que nunca: sin embargo, á veces se aclaraba por algunos puntos, como si el viento la desgarrase, y nos dejaba distinguir, siquier medio veladas, dos ó tres embarcaciones que parecia que flotaban en las nubes; algunas bayonetas reluciendo por la playa, y la mancha cuadrada y negra de algun batallon formado en columnas.

Por último, cerca ya de las diez, escuchamos el eco de las músicas y de redoblados vivas.

Al mismo tiempo aclaróse algo la atmósfera, y vimos ondear la bandera encarnada y amarilla en el Fuerte-Martin y en el otro edificio inmediato.

Entonces se dió órden de avanzar hácia el mar á los equipages, que acompañados de una batería de montaña, esperaban al pié de Cabo-Negro á que la playa estuviese por nosotros.

Disipóse al fin la niebla cerca ya de las once; y todo el paisaje volvió á brillar ante nuestros ojos.

Pero los húmedos vapores no se alejaron de la tierra sino para condensarse en el cielo: negras nubes enlutaron el horizonte y todos convinimos en que la tarde iba á ser de agua.

¿Qué importaba ya?—El dia se habia aprovechado maravillosamente. Ya teníamos un puerto: ya éramos dueños de la llave de la llanura; de la verdadera puerta de Tetuan.—Fuerte-Martin, bombardeado dos veces en el espacio de un mes, la primera por los franceses y la segunda por nosotros, veia ya ondear sobre sus almenas el pabellon de Castilla... ¡Bien podia llover cuanto quisiera!

Mas aun habíamos de esperimentar hoy un nuevo regocijo: aun habíamos de alcanzar otro señalado triunfo.

Cuando se levantó la niebla, nuestra primera mirada fue para la division Rios, que allá se veia formada cerca del Martin... pero la segunda fue para el ejército enemigo, cuyas operaciones durante aquellas cuatro horas de absoluta ceguera podian habernos dado un mal rato.

Pronto nos tranquilizamos: su cautela habia sobrepujado á nuestra prudencia; y mientras nosotros avanzábamos nuestra caballería al llano, á fin de proteger el desembarco del general Rios, los moros habian permanecido en sus montañas, no atreviéndose á intentar cosa alguna hasta que el aire hubiese recobrado su transparencia.

En este momento, recibióse el primer parte de la mar, traido por un ayudante de Estado Mayor.

Los ocho batallones del general Rios estaban ya en tierra.

En *Fuerte-Martin* se habian cogido siete cañones de á 18 y 24, tres cureñas, una cabria inglesa y muchas municiones.

Los disparos que habíamos oido, habian sido efectivamente nuestros, sin que á ellos hubiese contestado el enemigo.

Ni un solo moro habia parecido por ningun lado.

«Por todas partes y en todas direcciones, dijo un testigo presencial, se veian las huellas recientes de la ancha babucha moruna, de caballos, bueyes, camellos y cabras. La aparicion de la escuadra habia ahuyentado de allí hombres y rebaños: todo habia huido de nosotros, menos la tierra, sombría y muda.»

El general de marina, nuevo comandante general de las fuerzas navales de operaciones, don José María de Bustillo, hizo el primer disparo á la torre, y viendo que esta no contestaba, ni tampoco una batería rasante colocada al N. de la ria, echó á tierra cien hombres de tropa y marinería, á las órdenes del capitan de fragata don José Polo Bernabé, quienes se apoderaron de los abandonados fuertes, escalando el torreon y plantando sobre sus almenas el pabellon de España.

En seguida, el mismo general de marina pasó á una canoa y subió por la ria hasta Fuerte-Martin, no sin avisar antes que ya podia principiar el desembarco de la division Rios.

Este se verificó rápidamente; y no habian saltado á tierra los últimos soldados, cuando ya se habia reunido á la nueva fuerza la batería de montaña, las acémilas y alguna ligera fuerza, todo procedente de nuestro ejército.

Al avistarse los veteranos y los recien llegados, se dirigieron aclamaciones y saludos entusiastas.

Despues se dedicó todo el mundo á desembarcar los efectos pertenecientes á la nueva division y víveres para todo el ejército, mientras que las lanchas cañoneras, los cruceros y los guarda-costas penetraban en la ria y surcaban ya las agridulces aguas del Martin, entre la torre de este nombre y la Aduana.

Este relato no podia ser mas satisfactorio. Dímosnos, pues, todos la enhorabuena y preparamos nuestra imaginacion á los espectáculos curiosos que nos esperaban allá abajo.

Entre tanto, el enemigo empezaba á tomar posiciones amenazadoras.

El centro de sus operaciones parecia ser la torre que domina á Tetuan, y que los guias llaman *Torre Geleli*.

De aquel punto y de todas las colinas adyacentes bajaban sin cesar á la llanura verdaderos rebaños de infantería mora, ó por mejor decir, *manadas*; que no otra cosa parecian los pelotones de marroquíes, vestidos como iban casi todos de blanco, revueltos y confundidos alrededor de sus montados jefes.—Por otros lados desfilaban en largas procesiones, asemejándose á numerosas comunidades de dominicos.—Al verlos asi, nadie hubiera dicho que marchaban en son de guerra.—Sus armas no se veian brillar sino muy rara vez; y es que llevaban la espingarda baja y horizontalmente tendida, como se empuña un cirio en un entierro.—Su andar, en fin, parecia lento, y lo era en cierto modo; pero echaban tan largo el paso, que adelantaban tanta tierra como si corriesen.

Al mismo tiempo, empezaron á presentarse por todas partes grupos de caballería aérea y blanca como siempre; y asi como, cuando nieva, vénse primero algunos copos diseminados acá y allá, hasta que poco á poco va desapareciendo la tierra y uniéndose ó cerrándose el cándido sudario que la cubre, del propio modo aquellas *pintas* de caballería, que aparecieron como por encanto en mil diferentes regiones de la llanura, fueron dilatándose, estendiéndose, espesándose tambien, hasta que al cabo de algunos minutos tapaba verdaderamente las praderas y daba un colorido blanquecino á una perspectiva que pocos momentos antes era verde.

Sin embargo, no creas que teníamos en frente las fabulosas legiones anunciadas.

Ocho mil caballos habria, cuando mas, á nuestra vista.

Pero en cuanto al efecto visual, era el mismo que si se nos hubieran presentado ochenta mil.

Mil caballos nuestros, formados como están siempre en sólidas columnas, constituyen una línea mas ó menos larga; pero siempre reducida...

Mil ginetes árabes, corriendo sin cesar de un lado á otro; esto es, multiplicándose por sí mismos; esparcidos al acaso; desparramados; campeando, por decirlo asi, cada cual en un pedazo de terreno; flotantes, airosos, dispersos, fingen completamente una verdadera muchedumbre, aparentan diez veces mas de lo que son, exageran su número y hasta sus proporciones.

Ahora bien, imagínate el bulto que presentarian aquellos ocho mil fantásticos caballeros y los diez ó doce mil peones que se arremolinaban en torno suyo!—¡Espectáculo verdaderamente soberbio, verdaderamente inolvidable!

A pesar de lo dicho,—bueno es apuntarlo todo,—te advertiré que hay momentos en que un ejército moro produce un efecto completamente contrario al que te acabo de manifestar.

Cuando (como hoy ha sucedido algunas veces), veinte mil marroquíes, llegando al estremo de la dispersion, ocupan cinco ó seis leguas cuadradas, la debilidad, ó sea el ningun espesor de sus huestes, engaña de tal modo la vista y la imaginacion que se cree uno en frente de un puñado de hombres, á los que no da importancia alguna, sin considerar que aquellos hombres están en todas partes, donde quiera que mires, en los dos flancos, á vanguardia, cerca, lejos, en el monte, en el valle, en la espesura, y que en un momento dado, cuando creen llegada la ocasion, se condensan, confluyen en un determinado punto, te ostigan, te cercan y te abrasan con sus disparos.

Tal era hoy su propósito, á lo menos en mi opinion.

Veamos lo que ha sucedido.

El ejército agareno se estendia, como te he acabado de indicar, desde las prolongaciones de Sierra-Bermeja hasta las orillas del Martin; pero sin avanzar por la llanura y como esperando un ataque nuestro contra Tetuan.

No era este, ni podia ser, el plan del general O'Donnell; mas con todo, ya era tiempo de venir á las manos en campo abierto y cara á cara, y demostrar cada uno su fuerza y poderío.—Decidió, pues, presentarles la batalla en medio de las anchísimas praderas.

Para ello empezó por situar en el llano doce piezas en batería, apoyadas por la division de reserva y unos mil quinientos caballos; total, unos seis mil hombres.

En seguida colocóse él en una colina, á la cabeza de los cuerpos segundo y tercero, mandados por Prim y Ros de Olano, cuyas fuerzas ascenderian á doce mil infantes, y mandó avanzar á los del llano en busca del enemigo.

Anduvieron los nuestros como un cuarto de legua, ordenada y tranquilamente, formando la caballería dos líneas de batalla, y marchando la infantería en recias y simétricas columnas.

—¡Alto! mandó el general en jefe, y esperó nuevamente las operaciones del enemigo.

Solemne y majestuoso era aquel instante.

Todo el mundo callaba y observaba atentamente los menores movimientos de los moros.

O'Donnell, silencioso tambien y con los anteojos fijos en el horizonte, calculaba sus fuerzas y las contrarias; medía el terreno; calculaba las eventualidades de la lucha; daba alguna órden en voz baja á sus ayudantes, que partian como exhalaciones; se paseaba á veces tranquilo, pero acaso lleno de impaciencia, y en uno y otro caso, demostraba mas que nunca aquella naturalidad, aquella sencillez, aquella distinguida llaneza que forman la base de su carácter. Su actitud carecia de toda afectacion, de todo estudio, de todo amaneramiento dramático. No *se veia*; no pensaba en sí mismo; no se acordaba del público. .—Cualidades son estas muy poco comunes y que revelan una verdadera superioridad.

El enemigo recogió al fin nuestro guante y acudió á nuestro reto.

Copiosas huestes de infantería y caballería destacáronse de su largo frente de batalla, y avanzaron derechamente contra nosotros dando feroces alaridos y blandiendo las espingardas sobre su cabeza.

De vez en cuando hacian un alto y se apelotonaban: luego volvian á caminar, dejando á los de las alas que anduviesen mas deprisa, lo que daba por resultado la media-luna de siempre.

Nosotros no nos movíamos ni haciamos fuego, á pesar de tenerlos ya á distancia, no solo de alcanzarlos con el cañon, sino con la carabina.

En cambio, ellos empezaron á dispararnos antes de tenernos á tiro.

¡Oh qué momento! Cada vez veíamos mas enemigos: cada vez los hallábamos mas cerca... ¡Qué nube de caballería! ¡Qué enjambres de tumultuosos peones!... ¡Y todos frente á frente, pecho á pecho, sin parapeto ni defensa alguna... ¡Ya era tiempo! ¡Al fin iba á resolverse definitivamente el problema de la campaña!

¡Y bien! Este fue asunto de un momento. Abriéronse nuestras filas dejando descubiertas las doce piezas: tronaron estas con formidable estampido. Antes que la última hubiese disparado, ya estaba cargada de nuevo la primera. Siempre habia dos ó tres granadas en el aire... Una detonacion ahogaba á otra. La lluvia de fuego no cesaba un solo punto...

Entre tanto dos escuadrones de caballería avanzaban por la derecha tratando de envolver un ala de la infantería marroquí: nuestros cazadores se desplegaban en guerrilla por el centro, y la masa restante de nuestros caballos adelantaba lentamente por la izquierda á fin de cortar la retirada á los que avanzasen demasiado por el lado opuesto.

No fue menester mas: la órden de *sálvese el que pueda* cundió como un relámpago por la estensa línea enemiga, y volviéndonos la espalda desvergonzadamente, peones y caballeros apelaron á la mas desesperada fuga, perseguidos por nuestras granadas, que les causaban visibles pérdidas, mientras que en nuestras filas no habia corrido una sola gota de sangre.

Huyeron... sí; pero ¡de qué modo! Fue la dispersion mas descompuesta y antimilitar que puedes imaginarte: los unos se amparaban de las colinas de nuestro frente; los otros se dirigian á Tetuan; estos remontaban el llano con direccion á Sierra Bermeja; aquellos pasaban el rio y se perdian en la llanura de la otra banda...

Y nuestros cañones disparaban siempre, adelantando cada vez mas hácia el campamento enemigo. Y ya caian las granadas en las lagunas, levantando palmas de agua; ya reventaban en medio de un grupo de fugitivos, derribando caballos y caballeros y sembrando la consternacion en los que les seguian; unas veces estallaban en el aire y sus cascos descendian como una horrenda granizada sobre los atribulados musulmanes; otras las perdíamos de vista en fuerza de su fabuloso alcance; pero conocíamos que habian ido á caer al otro lado del campamento moro, detrás de las colinas, donde mas seguros se creerian los que no habian entrado en accion... ¡Ah! esto ya no era glorioso...—¡Era cómico ó era horrible!

—¡Fuego en su campamento! ¡Que lo levantan! esclamaron en esto muchas voces... quizás tambien la mia... impulsada por una crueldad que solo puede sentirse en semejantes momentos.

¡Y nuestras granadas cayeron entre las tiendas moras, y fueron mas lejos, y debieron de llegar á las puertas de Tetuan, y no hubo punto del valle á donde no llevaron la destruccion y la muerte, y ya no se veia un solo moro por ninguna parte!

¿Te lo diré?—Todo esto ha despertado en mi corazon no sé que estraño remordimiento...

¡*Los moros no tienen cañones*!

Esta superioridad nuestra, está mas que compensada (lo sé bien) por otras muchas ventajas que les dan á ellos su conocimiento del país, los auxilios que este les presta á todas horas, su numerosa caballería, el contar siempre con fuerzas mayores que las nuestras, y otras muchas que fuera ocioso repetir aquí... Pero, sin embargo, yo no puedo menos de compadecer ó respetar la derrota de un valeroso enemigo que ha sido rechazado antes de haber podido hacer uso de sus armas.—Ellos nos buscaban á nosotros, y se han encontrado con nuestros cañones...

—¡Tanto peor para ellos! dirás tú...

¡Tienes mucha razon! En medio de todo, los cañones no son inconquistables. ¿Por qué no han tratado de tomárnoslos? ¿Hubiera sido la primera vez que aconteciera esto en una batalla? ¿No lo hubieran hecho nuestros soldados, si se hubiesen encontrado en su lugar? ¿Para qué sirven las gumías? ¿Para qué sus ocho mil caballos?...

Con todo, yo no me consuelo completamente de la victoria de hoy.

Pero hablemos de otra cosa.

Eran ya las tres de la tarde: el llano entero habia quedado por nuestras tropas; los equipajes y las tiendas se hallaban en la playa hacia mucho tiempo, y nosotros contábamos con ir á dormir allí esta noche.

Mas hé aquí que en el momento mismo de emprender la marcha en aquella direccion, el general en jefe recibe un parte en que se le manifiesta que entre nuestras actuales posiciones y la orilla del mar hay puntos pantanosos por donde no podrá rodar la artillería hasta que se construya un puente, que estará concluido mañana por la mañana: desístese, pues, de la marcha, y mándase órden á los brigaderos de que vuelvan á subir las acémilas al mismo sitio donde hemos estado acampados desde anteanoche.

En esto empezó á llover... y no te digo mas.

Mientras fué la órden á la playa y los equipajes tornaron á Cabo-Negro, pasáronse cinco horas... todas de viento y lluvia, y de absoluta dieta, á contar desde las seis de la mañana.

Pero estamos ya tan acostumbrados á mojarnos y á no comer, que á nadie se le ocurrió proferir una sola queja.

El que llevaba espada se apoyó en la espada, y el que tenia fusil se apoyó en el fusil, y de este modo aguantamos de pié derecho, inmóviles y silenciosos, aquellas cinco horas de hambre y agua, durante las cuales se puso el sol, llegó la noche, salió la luna, perdióse por la nublada atmósfera, y aun tuvimos tiempo de pensar en un millon de cosas presentes y pasadas, y quién sabe si futuras.

Llegaron al fin las tiendas: cada uno habia buscado de antemano el sitio que habia ocupado la suya durante los dias anteriores; plantáronse todas sobre las huellas que habian dejado esta mañana, y hay hombre que se considera feliz en este momento solo de pensar que ya no le entra el agua por el cuello y le sale por los piés, como le ha sucedido toda la tarde.—En cambio, víveres, ropas, suelo, tiendas, camas, todo está chorreando...—Dios nos lo tome en cuenta.

XXXIV.

Bajamos á la playa.—Vista general de Tetuan.—Fuerte-Martin.—Campamento de Guad el-Gelú.

Rio-Martin, 17 de enero.

San Anton... Gran fiesta popular en toda España.

Los soldados celebraron anoche sus vísperas, encendiendo dobles hogueras; la una para obedecer á la necesidad del campamento; la otra para seguir la costumbre de la patria.

A las cinco todo el mundo está de pié, y todas las tiendas por el suelo.

Cárganse de nuevo los equipajes; y al amanecer, nos encontramos como ayer á la misma hora; con la casa de camino, y vivaqueando en el sitio que pocos minutos antes era nuestro campamento.

El puente para la artillería está concluido, y nada nos impide emprender el camino de la playa.

En esto empieza á llover á cántaros.

Recíbese contraórden: mándase volver piés atrás al convoy de equipajes, y plántanse por tercera vez las tiendas en el mismo sitio que acababan de dejar.

¡Esto es ya demasiado!

A las diez escampa: múdase el viento: rómpense las nubes y aparece el sol.

Las cornetas tocan otra vez órden general.—Abajo las tiendas y en marcha, repítese por todas partes.

Vuelta á la misma operacion. Los asistentes toman el cielo con las manos. Los mas incomodados lo echan á broma.

Partimos al fin.

El terreno pantanoso y blando de suyo, está casi intransitable á causa de tan recientes aguaceros.

Salimos de Scila y entramos en Caribdis: dejamos la montaña y nos metemos en los pantanos.—El teatro de esta guerra no puede ser mas espantoso.

Yendo y viniendo, bordeando lagunas y metiéndonos sin embargo en lodo hasta la rodilla, llegamos por último á la playa, por el punto en que desemboca en el mar un rio, que llaman *de la Judería*.

Entra este rio en el mar tan suave y desmayadamente, que la mejor manera de vadearlo es como nosotros lo hacemos, metiendo los caballos en las olas y trazando un ancho semicírculo hasta encontrarnos á la otra orilla de la plácida corriente.

Como todo en este mundo se presta á la poesía, y mucho mas cuando se tiene empeño en ello, esta cabalgata por en medio de las saladas ondas del Mediterráneo, me recuerda el milagroso paso del Mar Rojo.

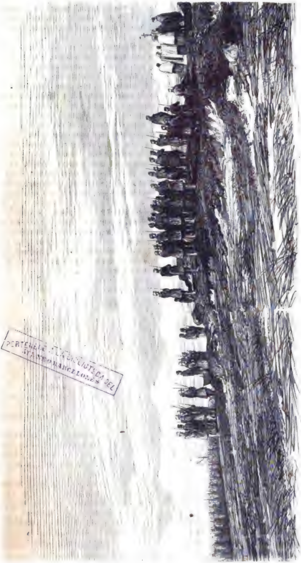
Pero aquí no hay prodigio alguno. La playa de Tetuan es tan baja por este lado, y la mar se encuentra hoy tan apacible, que los caballos se mojan apenas hasta las rodillas.

Una vez al otro lado del rio, sepáranos del poderoso Martin una playa ancha y lisa que bien tendrá media legua de larga.

Yo parto al escape: desde Fuerte-Martin debe de verse á Tetuan entero, y aun queda una hora de sol...

El arenal que recorro está limitado á la derecha por una verdadera muralla de pitas, tan elevadas y espesas que me ocultan completamente el llano.

Paso por el centro de la rada y empiezo á ver las baterías rasantes que habian construido los moros para evitar nuestro desembarco en esta playa.



Misa en el campamento, sacado en fotografía en el momento de principiar á celebrarse.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONES

La fortificacion, —á juicio de los inteligentes, —es de primer órden: las empalizadas, el foso, las aspilleras, todo revela que los ingenieros que han dirigido estas obras se hallan al corriente de los últimos adelantos del arte militar...

¡Tanto mejor! —Supongo que me comprendes, Todo este trabajo ha sido completamente inútil.

A las cuatro y media llego, por último, á *Fuerte-Martin*...

Hasta ahora he tenido la paciencia de no mirar una vez siquiera hácia poniente.

Quiero ver á Tetuan de una sola ojeada, completamente descubierto, en toda la plenitud de su hermosura.

¡Es el momento: vuélvome de pronto, y surge ante mi vista toda la ciudad!

¡Héla allí! —Ahora no la ocultan ni los montes ni la niebla... Héla allí desvelada, entera, desnuda, sorprendida en su sueño solitario.

Yo no he encontrado jamás, ni creo que haya en el mundo, ciudad tan vistosa, tan artísticamente situada, de tan seductora apariencia.

Engarzada, por decirlo así, en dos verdes colinas de perezoso declive, las reune y encadena cual broche cincelado de deslumbradora plata. Nada tan puro como las líneas que proyectan sus torres sobre el cielo de la tarde. Nada tan blanco como sus casas cubiertas de azoteas, como sus muros, como su alcazaba. Parece una ciudad de marfil. Ni una sombra, ni una mancha, ni una tinta oscura interrumpe la cándida limpieza de su apiñado caserío. Desde aquí se la ve de perfil, ó por decir mejor, en perfecta silueta, trazando una larga y estrecha línea que ondula á merced del terreno. Y esta ondulacion es tan lánguida y graciosa que se pudiese comparar á la que formaria un chal blanco tirado al desgaire sobre un monte de esmeralda.

Materializando mas mi descripcion, todavía encontrarás sumamente poética la codiciada ciudad, al imaginártela en lo alto de la llanura; defendida por una cadena de erizadas rocas; dominada por la Alcazaba; ostentando un altísimo y elegante *minarete*, que sobresale entre otros muchos, como el ciprés entre los sauces; teniendo á sus piés, escalonadas en anfiteatro, mil pintorescas huertas, que parecen rendirle pleito homenaje; alumbrada intensamente por el sol moribundo, que se pone detrás de ella, ciñendo á su sien una aureola de enrojecida lumbre; ignorada, tranquila, silenciosa, dormida aun en la noche de los siglos, con la media luna y la blanca bandera religiosa sobre su cabeza; como yacia Granada hace cuatrocientos años; como por mucho tiempo ha de yacer todavía la inesplorada Fez, hija preciada del Profeta...

Debajo de Tetuan, y como á un cuarto de legua de sus murallas,—que bien distarán de esta playa legua y media,—divísase el campamento enemigo.

Ahí lo han plantado definitivamente despues de levantarlo tantas veces delante de nuestros pasos.

Ese será ya su último campo, su última posicion.

Cuando se vean forzados á alzar otra vez el vuelo, Tetuan caerá en nuestro poder y el lauro de la campaña florecerá en nuestras manos.

Despues de contemplar largo tiempo la ciudad y la llanura, doy un paseo por los alrededores de *Fuerte-Martin*, examinando minuciosamente todos los parajes y objetos que escitan mi curiosidad.

Primeramente subo á esta torre, que tantas veces se ha nombrado de dos meses á esta parte.

Fuerte-Martin es un castillejo de graciosos contornos, sólidamente construido, y situado de manera que defiende la boca de la ria. No tiene puerta: súbese á él por una escala de cuerda, colgada de una estrecha ventana del que pudiéramos llamar segundo piso, y está artillado con siete piezas de hierro, antiguas y raras, cuyas cureñas no se parecen á las de Europa. Dos barriles de pólvora, uno de aceite, varias cajas de municiones y muchísimos cartuchos de artillería ocupan las reducidas habitaciones de la fortaleza. Por todas partes, vénse huellas de los dos bombardeos que ha sufrido últimamente. Escombros y cascos de granada, balas de grueso calibre, materiales que han sobrado de las recientes obras y muchos papeles de cartuchos quemados cubren el suelo en las cercanías del melancólico Fuerte, desde cuyas almenas habrán amenazado tantas veces al Mediterráneo los temidos corsarios tetuanies.

Tambien me recuerda mil y mil lances de piratería, leidos en historias y periódicos, la vista de un cárabo en *construccion* que encuentro tendido en un arenal lindante con la ria.

La nave moruna está apenas medio armada, y ofrece ya aquel aspecto de agilidad y fuerza que encontramos en un polluelo de buitre, aun no cubierto de plumas.

Cerca de *Fuerte-Martin* hay otro edificio, que ya hemos divisado desde lejos.—Efectivamente, es un almacen como me dijeron anteayer mañana. La forma y materiales que se han empleado en su construccion son completamente europeos. La albañilería, la carpintería y la herrería han hecho aquí puertas, paredes, rejas, techos y pavimentos iguales en todo á los de Andalucía.

Dentro de este almacen, se han encontrado doce tiendas cónicas con adornos azules y una gran cantidad de leña.

En cuanto al Rio-Martin, ó *Guad-el-Gelú*, (rio dulce) nada de particular puedo decirte; pues no presenta ningun accidente que lo distinga ó embellezca.

Es muy ancho en su desembocadura; ancho tambien y caudaloso antes de amargar sus aguas; corre sosegadamente entre dos márgenes lisas, bajas y desprovistas de árboles ó malezas, y no lanza ni el mas leve gemido al abandonar la tierra en que nació.

Con que basta por hoy de observaciones; que tiempo tendremos de estudiar todas estas comarcas palmo á palmo.

Ocupémonos ahora del ejército.

Los jefes de Estado Mayor señalan en este instante á cada cuerpo el lugar en que ha de plantar sus tiendas.

El cuartel general se situará al pié del Fuerte-Martin.

A su derecha, el segundo cuerpo.

Delante de uno y de otro, la artillería y la caballería.

Mas arriba el tercer cuerpo.

Y á la derecha de este, la division de reserva.

El general Rios ocupa ya la *Aduana* con sus ocho batallones.

Es decir; que nuestra posicion está defendida; á retaguardia por el mar; al flanco derecho, por la artillería; al izquierdo, por el Rio-Martin, y á vanguardia, por la Aduana, por las trincheras que construirá el tercer cuerpo, y por un reducto que se ha de levantar en el ángulo que ocupa la *reserva*,—mandada ahora por el general Rubin de Celis, á causa de hallarse, como sabes, el general Prim al frente del segundo cuerpo, durante la enfermedad del conde de Paredes.

Y aquí termina el tercer acto del drama.

El primero puede titularse el *Serrallo*, y comprende todas las acciones reñidas en Sierra-Bullones hasta el establecimiento de los reductos que guarnece todavía el heróico primer cuerpo, mandado por el denodado general Echagüe.

El segundo acto se debe llamar la *Concepcion*, y abarca los ocho combates sostenidos por las tropas del general Ros de Olano y parte de la division de reserva durante la construccion del camino de Tetuan.

Al tercero, que empieza en la batalla de los Castillejos y termina en este instante, le corresponde la denominacion de la *Marcha*.

¡A cual es mas horrible, mas grandioso, mas interesante!

La *esposicion* y el *argumento* están ya planteados completamente. El público conoce á todos los personajes. La accion se desenvolverá en lo sucesivo con mas desahogo, con mayor decision, desembarazada y solemnemente. La intencion de la obra se marca cada vez mas; el desenlace se ve venir y la catástrofe se prevee, aunque nadie pudiera formularla todavía.

Dios, autor supremo del drama, ha demostrado ya lo bastante su predileccion por los españoles para que no podamos dudar de nuestro triunfo...—Su dedo providencial señalará el momento.

XXXV.

Historia de un hispano-africano.—El valle de Tetuan antes de la guerra.

Campamento de Guad-el-Gelú—18 de enero.

La casualidad, mi buena suerte, y algo tambien de mi activo empeño por adquirir noticias acerca de la vida y costumbres de los moros, me han proporcionado hoy un verdadero tesoro de datos y conocimientos al par que una clave segura para andar en adelante por este país como Pedro por su casa.

Estoy loco de alegría; asombrado de mi felicidad.—Date tú tambien la enhorabuena, porque vas á saber dentro de un momento la historia de este valle con mas exactitud y pormenores que todos los geógrafos, estadistas y viajeros que te hayan hablado de él, y á oir una esplicacion descriptiva de todo lo que me rodea, como no podrán hacértela ni los periódicos, ni los partes oficiales, ni ninguno de mis compañeros de espedicion.

Es el caso, amigo mio, que hoy he conocido y alojado en mi tienda á un antiguo español, no renegado, que ha vivido siete años en Tetuan, dedicado al comercio de trigo, lanas y ganado, dueño de tres faluchos que paseaban diariamente la ria, amigo de los gobernadores y administradores del sultan, protegido por ellos constantemente... aunque no de balde, conocedor del árabe como del castellano, relacionado con los principales moros y judíos de la ciudad, donde como te digo, ha estado avecindado siete años, vestido á la española, propietario de una magnífica casa en la *Judería*, de su mujer, andaluza por mas señas, y de tantos caballos, camellos, bueyes, ovejas, tiendas de campaña, dependientes, criados, huertas y jardines como un bajá de tres colas.

Santiago, que así se llama mi hombre, fue marinero en su primera juventud, y hacia el comercio entre Ceuta y la península. No sé qué capitan general de aquella plaza le envió hace muchos años á Tetuan con una comision que tenia por objeto ver si podian establecerse relaciones mercantiles entre ambas ciudades, á fin de proveer de víveres baratos la costosísima guarnicion de Ceuta. Santiago penetró denodadamente en este misterioso y desconfiado país; halló que era imposible plantear dicho comercio á la luz del dia y en una forma regular, por la repugnancia que tienen los moros á tratar con los españoles; participóselo así al capitan general de Ceuta, y ya no se pensó mas en el asunto.

Pero Santiago no es hombre que pierde su tiempo ni que se ahoga en un vaso de agua. Como buen andaluz, era vividor y tenia lo que suele llamarse *don de gentes*; como habitante de Ceuta, conocia á las mil maravillas el carácter de los moros y aun chapurraba el árabe, y como negociante y comerciante nato, tenia la manga ancha en materias religiosas: así es que aprovechó su viaje á Tetuan para trabar conocimiento con algunos mercaderes hebreos, argelinos y hasta marroquíes; hizo algunos regalos á las autoridades de la ciudad y al administrador de la *Aduana*: besó á los niños; oyó con admiracion á los viejos; sentóse, fumó y tomó café á la oriental; habló de muchas cosas agradables al paladar y á la vista que podia traer de España; no demostró intencion de llevarse cosa alguna de Marruecos; elogió el caballo de este, la espingarda de aquel; la musculatura de uno, la noble barba de otro, y en consecuencia de todo esto, los serios y respetables hijos del Profeta le dijeron con cierta cariñosa solemnidad:—*Santiago querer venir*, *Santiago poder venir*. *Moro* y *Santiago estar amigos*.

Santiago aprovechó la licencia que se le daba de volver cuando quisiera, y volvió; y regresó á Ceuta con su barca; y tornó á Tetuan con un falucho; y se marchó de nuevo; y apareció al cabo de quince dias con un falucho mas; y siempre pretestaba que pasaba por aquellos mares con rumbo á la Argelia, y que tocaba en Rio-Martin solo por ver á sus amigos y traerles tal ó cual cosa que les habia prometido.

Y los moros se acostumbraron á ver los barcos de Santiago, y *moro y Santiago estar cada vez mas amigos*.

Y Santiago subió sus tres faluchos hasta la misma *Aduana*, y el administrador y él se entendieron, y corrió el oro, y el comercio de víveres que no pudo plantearse oficial y públicamente, empezó á hacerse de un modo privado y clandestino, no ya por cuenta de nuestro gobierno, sino por cuenta de Santiago; y Santiago enriqueció, y penetró en Tetuan, y se quedó allí algunos dias, fingiendo encontrarse enfermo; y todo el mundo simpatizó con él, y compró una casa, y la obró á su manera, y desparramó un puñado de napoleones con cierto tino, y cátate á Santiago establecido en Tetuan con su mujer y toda su parentela.

Pero pasaron los siete años que llevo dichos y España declaró la guerra á Marruecos.

—Santiago es un espía, esclamó un envidioso, indudablemente judío.

—Santiago nos vende, repitió un moro patriota.

—Santiago es español, meditó el gobernador de la plaza.

—Santiago es cristiano, dijo un fanático rechinando los dientes.

—¡Muera Santiago! ¡Muera el perro español! gritaron entonces todos los hebreos, que no dormian pensando en la fortuna del andaluz.

Pero Santiago habia adivinado todo esto muchos dias antes de publicarse la declaracion de guerra, y escapaba ya con su mujer y sus deudos, todos vestidos de moros, escalando la muralla de la ciudad en medio de las sombras de la noche.

Dos horas despues bajaba con sus tres faluchos por el *Martin* y ganaba la mar antes de rayar el dia.

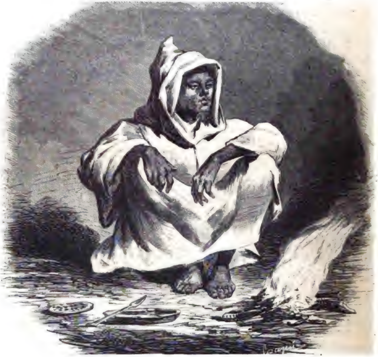
Se llevaba todo su dinero y dejaba confiados sus ganados y lo mejor de sus muebles á algunos amigos leales, de quienes dice que no teme una traicion.

Su casa, en fin, ha quedado á merced del primero que quiera entrar y robarla.

—De ese modo, dice Santiago con mucho talento, tendrán algo en que cebar su furia y se les olvidará que yo poseia huertas y ganados.

Tal es mi hombre: tal es el guia, el intéprete, el diccionario, el mapa, la historia y el amigo que mi buena suerte me ha deparado en una pieza.

Sus faluchos han venido en pos de la division Rios. Ayer penetraron triunfantes en la ria de que salieron fugitivos hace poco mas de tres meses. Santiago se propone entrar en Tetuan con el ejército y se pasa el dia y la noche haciendo cálculos sobre lo que habrá sucedido en su casa ó con las personas á quienes confió sus bienes. Su situacion es verdaderamente digna de lástima. En siete años no puede menos de haber cobrado mucho cariño á su hogar doméstico, siquier este se levante sobre una tierra estranjera.

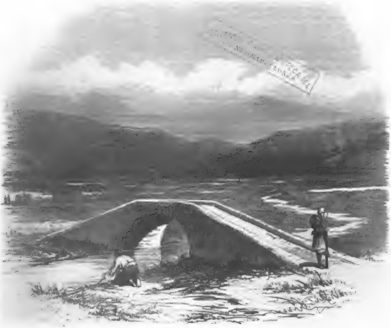


Espia moro presentado al general O'Donnell.

En cuanto á mis relaciones con este hispano-africano, reconocen por orígen una novedad que ha ocurrido en mi vida militar.

Desde anoche habito en el cuartel general del general en jefe, lo que quiere decir que he abandonado, con la competente licencia, y no sin un profundo sentimiento, el tercer cuerpo de ejército, con quien he vivido desde que salí de España, como soldado del batallon de Ciudad-Rodrigo que soy, y en mi calidad de ordenanza del general Ros de Olano que he sido hasta aquí.

Este cambio de domicilio me ha parecido indispensable para la continuacion de la presente obra, desde el momento en que han empezado á maniobrar unidos los tres cuerpos de ejército que ocupan este anchuroso llano. Solo así podré ver y apreciar las cosas desde su verdadero punto de vista; abarcar el conjunto de las operaciones; comprender el plan y desarrollo de los combates, y dominar, por decirlo así, como desde una elevada cumbre, todos los accidentes y movimientos de la campaña. De otra manera, nunca veria sino un lado de las acciones, ó tendria que dirigirme solo y por mi cuenta, como en la batalla de los Castillejos y en otras luchas, lo cual es sumamente incómodo por no decir otra cosa. El cuartel general de O'Donnell está siempre en el lugar mas importante, al lado del cuerpo de ejército mas comprometido, tan pronto en un flanco como en el otro, así en el centro como en las guerrillas, pero constantemente en la vanguardia, gracias á la costumbre que no quiere perder nuestro caudillo de confiarse á su buena estrella.



Puente sobre el rio *Alcántara*, en el llano de Tetuan.

Ahora bien, al incorporarme á dicho cuartel general, con la modesta denominacion de *agregado*, lo he hecho *arranchándome* con aquellos antiguos mios de que ya te hablaré en *la Mezquita*, Anibal Rinaldy y su sapientísimo maestro Pedro Dejean, filólogos del Oriente, intérpretes, oficiales del conde de Lucena; y estos preciosos compañeros de tienda,—muy mas preciosos para quien, como yo, escribe una guerra hispano-arábiga,—me han proporcionado, entre otras ventajas que puedes adivinar, la importante amistad del buen Santiago, con quien ellos la habian contraido en Ceuta hace dos meses.

Háblase, pues, el árabe en mi tienda á todas horas; y háblase ademas el francés; porque he de advertirte que tambien habitará en ella desde hoy el afamado dibujante parisien M. Charles Iriarte, que se encuentra en Africa desde el principio de la guerra, como corresponsal del *Monde Illustré*, y á cuyo lapiz se deben la mayor parte de los *crokis* con que aparece ilustrada la presente obra.

Mas volvamos á Santiago.

Este habia resuelto habitar en uno de sus faluchos; pero su antigua vida medio-mora le hace mirar con cariño nuestras tiendas, donde, por otra parte, puede contraer relaciones que le sirvan mañana para redimir los bienes que ha dejado en Tetuan.

Comprendiéndolo yo todo esto, y no perdiendo de vista los curiosos datos que este hombre puede proporcionarme acerca de este pais, le he dado hospitalidad bajo mi techo de lona, á condicion de que la cocina y el comedor de la casa residan en el falucho, donde puede guisarse con mas aseo y comodidad. Para ello, el sirio Rinaldy, el francés Iriarte, el cosmopolita Dejean, el africano Santiago y el español que tu mano besa, han reunido en un barco que se mece á la entrada de la ria, los víveres que llevan consigo y las raciones que les da la administracion militar, todo lo cual promete unos espléndidos festines marítimo-guerreros y artístico-literarios, que á juzgar por el primero, harán mas llevadera algunos dias esta durísima vida de campaña.

Con que vamos á lo que te importa.

Hoy he dado un gran paseo por todos estos contornos, acompañado de Santiago, quien me ha ido esplicando la historia y la significacion de muchos sitios y objetos, á medida que escitaban mi curiosidad, y por este medio he sabido los siguientes pormenores y noticias,—que, entre paréntesis, me han hecho pasar un dia delicioso.

Cuando emprendimos nuestro paseo,—él en mi borriquillo moruno y yo á caballo,—serian las diez de la mañana.

(Adivino que acabas de acordarte de Don Quijote y Sancho Panza. Yo tambien me he acordado hoy muchas veces de ellos, al ver á Santiago,—que, por mas señas, es gordo y de pequeña estatura,—caballero en su reacio pollino, y al considerarme á mí, con la tizona al costado y molidos los huesos de tanto cabalgar, buscando aventuras sin ejemplo á costa de mi salud y mi regalo.—Continuo.)

El dia estaba magnífico, si bien un poco fresco; pero el sol calentaba amorosamente mis mojadas vestiduras, alumbrando al mismo tiempo el transparente espacio con un resplandor vivísimo y risueño.

Tetuan...—¡siempre Tetuan!—parecia encontrarse mas cerca, á causa de la diafanidad del aire. Las líneas de sus casas aplanadas y blanquísimas, de sus torres y de sus fortificaciones se dibujaban con una precision y una limpieza tales, que mas que un gran pueblo remoto, me parecia estar viendo al alcance de mi mano una ciudad en miniatura.

¡Y yo la miraba siempre!—(Es mi ocupacion favorita desde que llegué á esta playa.)—Y al considerarla tan sola, tan muda, sin ventanas, sin humo sobre sus casas durante el dia, sin luces durante la noche, blanca, inmóvil y silenciosa como una tumba, paréceme una ciudad muerta, una ciudad osificada, un esqueleto, una momia, un fósil... algo en fin, que ya no existe, pero que promete ser eterno.

Echome entonces á poetizar y recuerdo las necrópolis persas, los valles llenos de tumbas de la Tracia, el cementerio del *Padre La-chaise*, las ciudades encantadas de las *Mil y una noches*.

O póngome á filosofar, y creo que el aspecto de este pueblo es el mejor símbolo que pudiera presentarse de la civilizacion mahometana, estacionaria, quieta, indiferente, refractaria á todo progreso, sumida en el sueño letal de un indolente sensualismo...

O bien discurro mas humildemente, viniendo á la cuestion del momento, al interés de la campaña, y me imagino que en Tetuan no se ven luces ni humo porque la ha abandonado completamente la poblacion; y entonces creo que voy á verla volar hecha ceniza el dia que penetre nuestro ejército en ella, y hasta me finjo al esclavo negro que pasa el dia y la noche con la mecha en la mano, dentro de un subterráneo lleno de pólvora, esperando á que resuenen nuestras cornetas por las calles de la ciudad, para derruirla, nuevo Sanson, sobre los enemigos de su fé...

Pero vuelvo á olvidarme de Santiago y del objeto de nuestro paseo.

Mi *cicerone* estaba melancólico. Era la primera vez que recorria el llano despues de su precipitada fuga, y cada lugar, cada cosa le recordaba episodios de su juventud, su familia ausente, su fortuna abandonada y tal vez deshecha.

Sin embargo, á veces tenia raptos de entusiasmo y alegría: y era que, como español, no podia menos de ufanarse de pasear triunfante, dominador y libre, por la tierra en que hace pocos meses pesaba el despotismo musulman, y en que él era tratado como de peor condicion que un caballo ó que un judío; por la tierra en que se insultaba á su patria á todas horas y se desconocia su poder y su grandeza; por la tierra en que se insultaba antes impunemente la religion de Cristo, que en medio de todo, era la suya ó la de sus allegados.

Así es que todos los sentimientos heridos por los moros durante tanto tiempo, levantaban su cabeza en el alma de mi amigo, que sonreia con cierto júbilo feroz, como diciendo:—«¡*España me ha vengado*: *ahora me respetareis*, *bárbaros marroquies*!»

Yo comprendia todo esto, y le dejaba saborear su triunfo.

—¿Quién diria que es este el valle de Tetuan? esclamó al fin Santiago en un momento de conmiseracion hácia los moros.

Este era el tono en que yo quería oirle hablar; puesto que yo, lejos de aborrecer á los sectarios del Profeta, les profeso cierta admiracion artística y sobre todo siento acerca de ellos la mas viva curiosidad.

—¿Cómo estaba esto antes de la guerra? le pregunté, pues, apresuradamente.

—Todas esas praderas, respondió Santiago; estaban cuajadas, cubiertas materialmente, de ganados de particulares y del gobierno. Por todas partes no se veia otra cosa que numerosas yeguadas, rebaños de cabras y de ovejas, vacadas enormes, piaras de cerdos...

—¿Cómo de cerdos? esclamé con estrañeza. ¿Pues no les aborrecen los moros?

—Les aborrecen, sí, y hasta les tienen un miedo cerval, sobre todo los fanáticos, las mujeres y los niños: pero aquellos cerdos eran mios, y mi habilidad consistia en mantenerlos siempre fuera del alcance de sus miradas y obligarles con agasajos á que me permitiesen criar aquellos mónstruos y llevármelos despues á Gibraltar, donde los vendia. Para que se forme V. idea del horror que les causa el ganado porcuno, me bastará con decirle que muchas veces los grandes cazadores de esta comarca,—pobres miserables todos ellos,—mataban jabalíes en la próxima sierra, porque les salian al paso y no tenian otro remedio: entonces, en lugar de traerse la fiera á su casa y mitigar con ella el hambre de su familia, abandonaban la pieza muerta; me buscaban á mí, ó algun otro cristiano, y nos decian.—¿Qué me regalas y te digo dónde acabo de dejar tendido un jabalí?—Te regalo tanta pólvora, ó tantas balas, ó tanto café, respondíamos nosotros. Y él nos llevaba entonces al sitio de la cacería; nos señalaba desde lejos una masa cerdosa que se veia entre las jaras, y huia como si hubiera cometido un gran pecado.

—¿Y por qué decian, *qué me regalas*, y no *qué me das*?

—Porque su ley—en eso justa—no les permite vender por dinero las cosas que les prohibe poseer. Un moro no puede poseer ni cerdos, ni monas, ni otros muchos semovientes. Ahora bien: para vender una cosa es preciso tener antes dominio sobre ella...

—A propósito de monas ¿dónde diablos se esconden esas célebres hijas de este país que no las vemos por ningun lado?

—No están muy lejos. ¿Ve usted aquellos cerros blancos? Pues allí hay millones de ellas.

—¡Ah! en el Atlas.

—Allí tenia yo mis ganados durante el estío. Al empezar el otoño, veia bajar las monas á las viñas de los valles de Benimadan, que lindan con este...

—¿Cómo? ¿Aquí hay viñas? ¿Pues no es pecado beber vino?

—¿Hablamos de las viñas ó de las monas?

—Primero de las monas.

—Pues bien las monas bajaban á las viñas á comer uvas: los moros se divertian entonces en correrlas á caballo, como nosotros hacemos con las liebres. Una vez en las llanuras, las monas se cansan pronto..... Entonces nuestros enemigos las echaban mano y las cogian vivas. Pero como tampoco pueden poseerlas, las traspasaban, no diré *las vendian*, á los judíos, quienes se las llevaban á Gibraltar, donde los ingleses las pagan muy caras.

—Ahora hablemos de las viñas.

Santiago se sonrió.

—Mire usted, esclamó al cabo de un momento: aquí, como en todas partes, los libros mandan unas cosas y los hombres hacen otras.

—Sin embargo, los musulmanes son muy fieles á su religion...

—Sí: mas que nosotros á la nuestra; pero eso no quita para que haya tambien aquí sus *sprits fortes*, sus escépticos y sus hereges. Por lo demás, ya sabe usted que las uvas, antes de ser vino son uvas; y á los moros no les está prohibido comerlas. Muchos las convierten en pasas y otros las venden á los judíos, quienes pueden emborracharse sin faltar á su religion, con tal que el vino esté hecho por su propia mano. Y en fin... ya se lo he dicho á usted, los mismos moros beben de contrabando.—Cuando entremos en Tetuan, brindaremos con algunos de ellos, y verá usted que cosa tan particular es un moro medio alegre.

En esta forma continuó nuestra conversacion, que note referiré paso á paso y letra á letra, por no hacer interminable este recito; pero hé aqui en resúmen todo lo que ha resultado de mis preguntas y observaciones de hoy.

Este valle es uno de los mayores centros de vida, de actividad y riqueza del imperio marroquí.

Mide dos leguas de ancho y dos de largo.

Aparte de la ganadería, que, como has visto, tenia aquí su principal asiento, la agricultura y hasta la industria demandaban á esta tierra su inagotable savia.

Por donde quiera que se camine, vénse chozas de labradores, corrales y cortijos, sembrados, eras y aperos de labranza. Los principales productos de estos terrenos eran melones, maiz, trigo, zandías, patatas, tabaco y kif, embriagadora yerba que no conozco todavía.

Los tres rios que cruzan el valle se llaman el *Martin*, el de la *Judería* y el *Alcántara*.

El Martin, baja por la izquierda, pasando cerca de la aldea de *Benimadam*, pueblo disperso y diseminado, al modo de algunos de la montaña de Santander.

Es navegable hasta la *Aduana*; pero durante las grandes lluvias se ha subido hasta las huertas de Tetuan en botes de poco calado.

La barra que forma al desembarcar en el mar es muy peligrosa, é inaccesible cuando reina el Levante: cúbrela muy poca agua; pero tiene una especie de portillo, por donde han entrado alguna vez buques de alto bordo.

El rio de la *Judería*, que tambien muere en el mar, baja por el otro lado del llano, y entre uno y otro están casi todas las lagunas.

En ellas se cazan patos por el otoño, y en todos tiempos es irresistible el canto de las ranas.

Del lado allá del rio de la Judería hay unas salinas bastante ricas, propias de algunos vecinos de Tetuan, sobre todo de un personage importantísimo llamado el *Santo*.

Las lagunas, aunque están mas bajas que el mar, son de agua dulce, llovediza, y ninguna medirá quinientos pasos por su mayor longitud.

En los cerros de Benimadam me ha hecho notar Santiago algunas señales de haber habido minas.

Estas eran plomizas, y las abrieron unos franceses; pero cuando empezaron á producir, el difunto emperador de Marruecos les dió dinero porque las abandonasen, y las mandó cegar, en cuyo estado se encuentran.

Yo no juzgo este hecho, ni Santiago ha podido esplicármelo: lo consigno lleno de asombro, y continúo.

—¡Hubiera usted visto esa playa durante los veranos! esclamó Santiago en otro acceso de lirismo. Toda ella se poblaba de tiendas de campaña de familias acomodadas de Tetuan que bajaban á bañarse en el azul Mediterráneo. Durante las horas de calor, todo el mundo dormia; pero á la tarde ¡que animacion, que fiesta, que alborozo!

Las mujeres se reunian á jugar en un lado, y á mucha distancia de ellas hacian lo mismo los hombres. Esto me recordaba las divisiones que hay en los colegios entre los *grandes* y los *chicos*; entre los adultos y los párbulos.

Las pobres moras, gritaban, bailaban, cantaban ó corrian por la orilla del mar, agitando sus blancos mantos, como gaviotas que quisieran tender el vuelo y recorrer otros horizontes. Quizás ellas habian oido hablar de que á la opuesta orilla del Mediterráneo la mujer es mas libre, mas querida y respetada, y soñaban con escapar de la tiranía de sus actuales, esquivos poseedores... aunque sin esperanza de realizar este sueño.

Entre tanto los moros fatigaban el llano con sus ágiles corceles; corrian la pólvora; luchaban; se ejercitaban en el manejo de la gumía, ó bien fumaban perezosamente, mirando con ojos codiciosos aquellas naves que cruzaban hácia el Estrecho de Gibraltar ó aquellas costas que se estendian al término del horizonte... Naves y costas eran cristianas, unas y otras europeas, unas y otras enemigas irreconciliables de su raza y de su Dios... ¿Que se habian hecho los grandes piratas mahometanos?

Luego salia la luna, la bella luna del estío africano, la luna religiosa, su pabellon de guerra... Y el hombre buscaba á la mujer, y el mar y la ría se poblaban de tritones y nereidas... Y nosotros estábamos allá, en la vecina costa, á un paso de todos estos misterios, fatigando nuestra alma en los desabridos goces de nuestra decrépita civilizacion...

Esto último no me lo decia ya Santiago; que lo pensaba yo, glosando á mi manera sus revelaciones y noticias.

El, entre tanto, continuaba de esta manera.

—Su marina (la marina imperial de los moros) consistia en tres grandes cárabos, con que llevaban ó traian de la Aduana al fondeadero los cargamentos que constituian su comercio con Gibraltar. Sin embargo, pasábanse meses y meses sin que ni un solo barco de ningun país echase el ancla en ese puerto, ni cruzase cerca de estas playas...

—¡Oh qué dulce soledad!—pensaba yo,—¡qué hermoso olvido! ¡Qué felices serian los moros al comprender que la Europa no se acordaba de ellos!

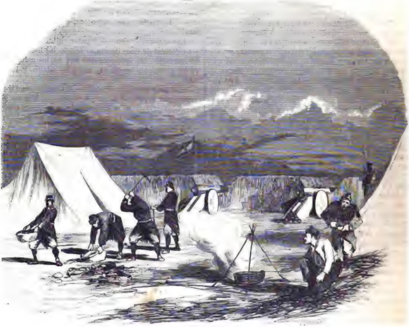
—Cuando habia escasez en las naciones civilizadas, proseguia Santiago;—durante las guerras de Oriente y del Piamonte, he visto llegar muchos buques ingleses y portugueses, franceses tambien y alguna vez españoles. Llevábanse de aquí trigo, cebada, curtidos, cera y ganado vacuno, trayendo en cambio hierro, plomo, acero, pólvora, azufre y metales para las monedas de estos perros...

—¡Belicosa raza! meditaba yo: no se permite otro lujo que el hierro y el fuego: da su pan por un puñado de pólvora: es esclava de un hombre y déspota de la mujer... ¡Qué singular destino!

En esto habíamos llegado á la *Aduana*.

Es este un vasto edificio, mal conformado, nada oriental en su aspecto, y cuyas puertas, ventanas y alacenas parecen hechas por maestros españoles. Las puertas son cuatro, y cada una da entrada á cierto número de habitaciones, incomunicadas con las demás.

Sus patios y los estensos aposentos bajos revelan claramente que estaban destinados á almacenes de mercancías. Las escaleras, pinas y angostas, y las puertas, sumamente estrechas, tienen algun carácter morisco. En los pavimentos y en el zócalo de las paredes vénse algunos groseros mosáicos que recuerdan el estilo de las losetas valencianas. Los techos, en fin, son lujosos por lo regular; pero no arábigos. Mas bien se parecen á los que vemos en las antiguas y mas pobres casas solariegas de Castilla. Buena madera, escrupulosamente tallada: hé aquí lo que he llamado lujo.



Reducto de la Estrella.

Los muchos corredores que atraviesan el edificio en todos sentidos, dan entrada á mas de cincuenta tugurios ó pequeñísimas celdas, tan inmundas que no son para descritas. En ellas se alojaban los mercaderes, mientras que la administracion de rentas del imperio examinaba sus géneros y les marcaba los derechos de importacion ó esportacion, que siempre eran exorbitantes.

Por todos lados veíase tosco vidriado roto, esteras de juncos, utensilios de palma, lechos de yerbas secas, vestigios de víveres y de pólvora y algunos harapos que habian sido turbantes y albornoces.

¡Singular contraste! Al lado de semejante incuria, de tan total olvido de la policía, de la higiene y del decoro, llamaba la atencion el ver admirablemente blanqueado hasta el último rincon de la mas oscura estancia. Particularidad es esta que he notado en los pobres aduares, en los ruinosos *morabitos*, en todos los edificios moros. Santiago me dice que es una manía general en el imperio. El musulman blanquea su vivienda todas las semanas.

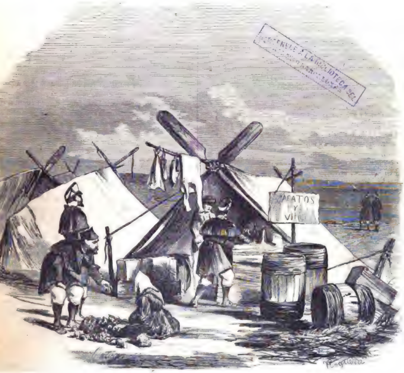
Hasta aquí te he hablado de la Aduana en conjunto.

Hay, sin embargo, en ella un departamento independiente, que merece especial mencion, por ser mas artístico y lujoso.

En él ha vivido, probablemente hasta anteayer, el administrador del sultan.

Este departamento de preferencia, viene á reducirse á una escalera cubierta de mosáicos, á una azotea, á un cuartito y á una gran sala cuadrada.

Esta sala,—la del *divan*, segun la llamó Santiago,—tiene en medio una esbelta columna del mas puro gusto árabe, que sostiene un precioso y labrado techo. El pavimento es de mosáico de colores, asi como la parte inferior de las paredes. Dos ventanas con cristales y bien trabajadas maderas, dan luz á la habitacion cerca del suelo. De este modo, el señor administrador, sentado sobre sus piés, podia ver el magnífico paisaje que se descubre desde ellas.



ENECE Á LA BIBLIOTECA DEL

Mercado en la playa de Guad-el-Gelú.

—Aquí,—me decia mi amigo,—se reunian á fumar y callar algunos moros ricos y dos ó tres ingleses que componian la tertulia del alto funcionario marroquí. Alrededor de toda la sala habia una especie de cama corrida ó de sofá muy bajo, un divan, en fin, de damasco verde, y sobre él una multitud de almohadas y cojines de todos tamaños y figuras. ¡Cuántas veces he venido yo á esta habitacion á dejarme desollar por aquel perro, y he encontrado mas de veinte haraganes tendidos á la larga en torno mio, mirándome con ojos estúpidos, envueltos en el humo de sus pipas, y aspirando los narcóticos olores que despedian los braserillos atestados de mirra y de benjuí! ¡Cuántas veces me he apoyado en esa columna, embriagado materialmente por semejante atmósfera, y confundido ante aquellas miradas, ante aquel silencio y ante la sonrisa irónica del administrador, que siempre que me veia,—son sus palabras,—se ponia á calcular qué le seria mas conveniente: si hacerme cortar la cabeza, si robarme todo lo que poseia, ó dejarme acrecentar mis tesoros!—¡Ira de Dios! ¡Si me lo encontrase ahora!

Salimos de la Aduana, en ocasion precisamente de pasar por allí el general García con sus ayudantes y una pequeña escolta. El infatigable y animoso jefe de Estado

Mayor iba á practicar un reconocimiento por la parte alta del llano, es decir, á enterarse de cual era el mejor camino para marchar sobre Tetuan con la artillería rodada y con el tren de sitio, que debe de llegar embarcado dentro de pocos dias.

La coyuntura no podia ser mas á propósito para continuar yo mi reconocimiento poético-artístico por el lado allá de nuestras avanzadas. Seguimos, pues, Santiago y yo al general García, y un momento despues hollábamos terrenos vírgenes aun de pisadas de nuestras tropas.

—Va V. á ver el cementerio cristiano, me dijo entonces mi amigo.

—¿Cómo? ¿Qué cementerio?

—El destinado por los moros á recoger los restos de los católicos y protestantes que mueren en esta tierra.

—Esa tolerancia es digna del mayor elogio... esclamé yo; y tanto mas, cuanto que estoy persuadido de que si algun mahometano muriese en España, no encontraria ni la sombra de un árbol en que dormir el sueño eterno.

—¡Ah! Los moros son hospitalarios hasta con la muerte.

Hablando asi, señalábame Santiago un pequeño *recinto*, cercado de pitas, cubierto de frondosa yerba, y atravesado en toda su longitud y latitud por dos fajas de empedrado, que se cruzan perpendicularmente por el centro.

—Este es el cementerio cristiano, añadió mi amigo.

Yo habia ya formado mi composicion de lugar, y encontraba inmejorable nuestro panteon.

Aquella estensa cruz blanca, trazada con menudas piedras sobre tan melancólico enterramiento, parece como que estrecha entre sus brazos á los fieles que yacen en esta tierra enemiga.

Creyérasela un escudo que los protege, una madre que los cobija, la espada de un querubin que los guarda.

Un ancho y profundo foso, abierto por la parte interior de la cerca, rodea completamente el lugar sagrado, convirtiéndolo en una especie de isla...

¡Asi debia ser!

Y el Martin, que pasa besando esta fúnebre colonia de europeos, suspira blandamente al alejarse de ella, como si llevase á la mar algun mensaje de cariñosas memorias, ó cual si compadeciese á los que duermen en la tumba lejos de su madre patria.

—¡Ahí tengo yo un hermano! esclamó mi amigo.—¡Ahí hay mucha gente!... añadió despues, sondeando con la vista el verde tapiz que cubria las huesas, cual si de este modo sondease tambien sus recuerdos.

Partimos.—Pocos pasos mas allá vi en el suelo algunos surcos circulares, que ya me son muy conocidos.

—Aquí ha habido tiendas, esclamé.

—¡Y no pocas! respondió Santiago. Mire V. por esta parte.

Era indudable que los moros habian tenido allí un gran campamento durante muchos dias.

—Acamparian aquí, observó el astuto mercader; cuando creian que los españoles iban á empezar la campaña desembarcando en Rio Martin.

—¡Nos llaman *los españoles*! reflexioné yo con cierta pena.

Millares de cáscaras de naranja alfombraban, por decirlo asi, el lugar que habia ocupado el campo moro. La cebada esparcida por los sitios en que estuvieron sus caballos habia nacido ya, y algunas manchas que se veian en el suelo, indicaban ser de pólvora, disuelta por la lluvia.—Figúrate todo lo que me ocurriria pensar en aquel sitio.

Mas adelante, marchamos por una estrecha carretera empedrada en la misma forma que se emplea en Andalucía para empedrar las calles.

Esta carretera, ó por mejor decir, esta calzada, construida sobre un terreno muy pantanoso, se prolonga como un cuarto de legua, pasando sobre dos puentecillos de un solo ojo, construidos con piedra y cal, y echados sobre el *rio Alcántara* y sobre una cenagosa acequia.

Al fin del empedrado empiezan unas praderas estensas y lozanas, encharcadas casi todas; pero con tal disimulo, que no lo echa uno de ver hasta que el caballo se ha atascado en ellas.

Por último, llegamos á tropezar otra vez con el *rio Alcántara*, que culebrea mucho por el valle.

Allí se habia detenido el general García buscando un vado, que acabó por encontrar, entrando entonces en terreno consistente.

Yo seguí en pos suyo, mientras que Santiago, por el bien parecer, se quedaba con su humilde cabalgadura á la orilla del rio.

En cuanto á los caballos, fatigados de luchar con el lodo ó de resbalarse en las piedras, complacíanse ahora en correr y caracolear sobre aquel prado liso y espacioso, terso y mullido como una alfombra de terciopelo.

Asi adelantamos otro cuarto de legua, siempre examinando el horizonte, donde no aparecia sombra viviente, ó devorando con la vista á Tetuan, que ya solo distaria cinco kilómetros.

En esto vimos alzarse al pié de las tiendas mas bajas del campamento moro una blanca y espesa humareda; oimos una lejana detonacion, percibimos en el aire una trepidacion parecida al ruido de una locomotora, y vimos caer cerca de nosotros y sumergirse en la tierra una voluminosa bala de cañon.

—¡Tienen cañones! fue nuestro primer pensamiento.

—Tiran de la llanura, dijo el general García.

—Habrán atrincherado y artillado su campamento, añadió alguno.

Durante estas reflexiones; habia llegado otro pesado proyectil al pié de nuestros caballos.

—No apuntan mal, esclamaron los que habian corrido mas inminente peligro.

—Vamos adelante, añadió el jefe del Estado Mayor.

Y aun avanzamos otro kilómetro, mientras que los moros dispararon seis ú ocho cañonazos mas.

—¡Si creerán que vamos á tomarles el campamento veinte hombres solos! iba yo pensando.

El general García se detuvo al fin.

Desde aquel paraje, descubria perfectamente toda la llanura.

Estudió, pues, la direccion de los rios; el lugar de cada pantano, la naturaleza del terreno y la disposicion relativa de Tetuan y de los campamentos enemigos, y despues de ver venir otros dos ó tres disparos, siempre bien dirigidos, y que, á haber sido hechos con proyectiles huecos, nos hubieran estropeado indudablemente, volvió grupas sin hablar una palabra, y emprendió la vuelta á Rio-Martin.

Ya era tiempo; pues empezaba á llover.

¡Ay! Media hora habia bastado para convertir la mas transparente atmósfera en un celaje oscuro y nebuloso.

Pero esta vez, á lo menos, nos ha cogido el turbion con las tiendas plantadas.

En este momento, llueve todavía con tanto ímpetu, como si no hubiese caido una gota de agua hace diez años.

Sin embargo, yo estoy muy contento: 1.° por haber conocido á Santiago; 2.° por las muchas cosas que he averiguado hoy; 3.° porque ya sé cómo silban las balas de cañon; y 4.° porque ya sé que los moros tienen cañones.

Insisto, pues, en que el tercer acto del drama va á sobrepujar en interés á los dos anteriores.

Hasta mañana, si Dios quiere.

XXXVI.

Contemplacion.

A bordo del falucho *San Cayetano*.—Dia 19.

No ocurre novedad.

Desembárcanse miles y miles de raciones.

Empréndense las obras de fortificacion de la *Aduana*, y la construccion de un reducto en la estrema derecha de nuestra vanguardia, casi en el centro de la llanura.

Se llamará reducto de la *Estrella* y tendrá la forma de tal.

Tetuan sigue dormido.

Los moros no se presentan por ninguna parte; pero su campamento crece diariamente, apoyándose en el llano.

Por lo demás, todo el valle está por nosotros, y nuestros soldados se alejan durante el dia hasta una legua de la trinchera sin encontrar un solo moro.

Vivimos con mas comodidad, aseo y abundancia.

La proximidad de un gran rio, la cercanía de un buen fondeadero y la misma curiosidad que inspira esta comarca, nos proporcionan muchos placeres y distracciones.

Empezamos á recibir visitas de Gibraltar y del litoral de Andalucía.

Vienen industriales y comerciantes y se establece en la playa de la ria un gran mercado, en que, si bien á peso de oro, encontramos muchas cosas de que carecíamos hace tiempo.

Principian las comilonas y las fiestas. Ya no hay cólera sino en la division Rios, que, como recien llegada, sufre los efectos de la aclimatacion. Ya se puede comer mas y mejor; ya se desnudan algunos para dormir; ya nos lavamos y nos vestimos de limpio con mas frecuencia que antes nos era dado.

Estas posiciones son mas seguras que las que hemos tenido en esas montañas, y ya no hay que temer un ataque á media noche, como no sea de partidas de merodeadores, con quienes allá se entenderán en la trinchera.

En fin, la campaña ha templado un poco sus rigores.

Cerca de mi tienda, hay una fonda francesa, donde se pasan ratos muy agradables.

Dicho se está que la fonda no deja de ser otra tienda, siquier mas espaciosa y mejor acondicionada.

Yo sigo haciendo á Santiago largos interrogatorios, de que ya recogerás el fruto á su debido tiempo.

Por las tardes me voy á bordo de su falucho *San Cayetano*, donde nos espera una de esas estimulantes y sabrosas comidas que hacen célebre la cocina marinera.

Allí, tendidos en una manta *sobre cubierta*, bajo un toldo hecho con una vela latina, aplicamos el vaso de zinc á un voluminoso tonel de rico mosto y hablamos indistintamente de España ó de Marruecos, entre bocado y bocado, entre libacion y libacion.

Por la parte de proa se ve á Tetuan; por la de popa, la ria y el Mediterráneo.

El viento salado de la mar pasa gimiendo por entre las jarcias del buque, trayendo ora los ecos de las bandas militares, ora los gritos de los marineros empleados en rudas maniobras. A un lado se ven todos nuestros campamentos, y detrás de ellos un verdadero bosque de mástiles. Son los buques mercantes y de guerra fondeados en el mar.

Mirada así la playa á la indecisa luz del crepúsculo, hace el efecto de una grande y populosa ciudad marítima.

Las tiendas parecen mas altas... El humo de los vivaques asemeja salir de otras tantas chimeneas. Los rumores de mil conversaciones, el relincho de los caballos, los golpes de los mazos sobre las estacas de algunas inseguras tiendas, todo esto remeda el ruido de los talleres, el murmullo de las fábricas, el eco de las tareas mas pacíficas.

En primer término se distingue el cuartel general del general en jefe, anchísima calle formada por corpulentas tiendas.

En él se pasean en este momento O'Donnell y Prim, departiendo tranquilamente; varios oficiales estranjeros, el conde d'Eu, príncipe de la familia de Orleans, que acaba de llegar, vestido con el honroso uniforme de húsar de la Princesa, y que militará á las inmediatas órdenes del general en jefe; muchos otros generales y oficiales, algunos paisanos, mas de cien personas, en fin...

Es completamente un espectáculo propio de una ciudad, que nos recuerda nuestras costumbres; que lleva nuestra imaginacion á España...

Al lado opuesto se descubre una campiña sola, verde, dilatada, que termina en unos montes velados ya por la niebla. En medio de esa campiña se ven unas trescientas vacas, que pacen tranquilamente. Es nuestra despensa. Pero semejante cuadro pastoril tiene tambien su poesía y habla al alma el patético lenguaje de los recuerdos...

Las estrellas empiezan á tachonar de puntos de oro la inmensidad del espacio. La luz del dia se estingue lentamente. El mar, hoy apacible, reluce como un espejo de acero pavonado. Las aguas de la ria toman, por el contrario, un color de ópalo ó de leche, cuya suavidad se refleja en mi fatigado espíritu...

Estos momentos de calma y de reposo me infunden una dulce melancolía. Véome en posesion de un bien soñado y esperimento aquella plácida tranquilidad que produce la dicha á los que no están acostumbrados á ella. Entonces recuerdo aquella otra tarde que pasé hace mes y medio en los montes de Málaga, en la puerta de un cortijo, viendo á lo lejos el litoral de Africa, y oyendo de una manera vaga los cañonazos de la accion del 9 de noviembre. El deseo que me asaltó entonces de venir á la guerra y seguir la suerte de mis compatriotas, y el anhelo anterior, que ha llenado toda mi vida, de visitar la tierra de los moros, vénse ya realizados afortunadamente. ¡Esta es Africa: aquel es Tetuan!... La espada del voluntario aventurero se encuentra entre mis manos ahora, como ayer la lira del cantor apesarado, como antes el báculo del peregrino que buscaba un nombre. ¡Todo es verdad en la vida! ¡Quizás lo único que hay falso en ella es la muerte!—¡Morir!!... ¡Yo no lo comprendo! Cuando todas las ilusiones terrenales se realizan: cuando todas las esperanzas de aquí abajo tienen seguro cumplimiento, ¿cómo no ha de realizarse y cumplirse nuestro deseo de inmortalidad, nuestra ansia de conocer á Dios!—El amor, la gloria, la ambicion, los ensueños del artista y del poeta, todo llega á convertirse, al fin, en hechos evidentes y tangibles, en logros materiales.—¿Cómo ha de ser una quimera vana el ideal mas sublime, la aspiracion mas constante de nuestra alma? ¡Ah! sí: la muerte es mentira: morir es despertar de un sueño, como dijo nuestro gran poeta.

Perdona, amigo mio, esta salida de tono, y perdónamela con tanta mas razon, cuanto que te hago gracia de otras muchas cosas que pienso y siento á medida que veo el mundo á mas distancia.

Solo te diré, para concluir, que esta vida de la guerra *cura* las almas enfermizas; y las *cura* en el doble sentido de la palabra: como se curan las carnes con sal, con humo ó con hielo, á fin de que se conserven incorruptas; y como se curan los tísicos respirando los aires puros de Niza, de Malta ó de Panticosa.

XXXVII.

De cómo celebró el ejército de Africa los dias del príncipe de Asturias.—Combate solemne.—Nuestra infantería forma el cuadro.—El conde D'Eu.—La caballería española y la marroquí.—Retirada triunfal.

Campamento de Guad-el-Gelú, 24 de enero.

> Nuevo sois, el rey Alfonso,
> nuevo rey sois en la tierra;
> antes que á guerras vayades
> sosegad las vuesas tierras.
> Muchos daños han venido
> á los reyes que se ausentan,
> que apenas han calentado
> la corona en la cabeza.
>
> . . . .
>
> Yo seré en tierra homildoso,
> á guisa de vuestro siervo:
> que teniendo los mis brazos,
> cuido alzarme sin los vuesos.
> Cúbrense, y non vos acaten
> los ociosos falagüeños;
> que maguer yo non lo soy,
> me puedo cubrir primero.
>
> . . . .
>
> *(Romancero del Cid.)*

Despues de tres dias monótonos y larguísimos,—el 20, 21 y 22,—en que no habia ocurrido cosa alguna digna de ser consignada; pero en los cuales, los cuerpos facultativos de este ejército, sobre todo los ingenieros, habian trabajado acaso mas que nunca, despertónos ayer mañana la poderosa voz de los cañones, que resonando en mar y tierra con redoblados ecos, nos hizo sospechar á muchos si se habria prolongado nuestro sueño mas de lo permitido, é irian ya muchas horas de reñirse una gran batalla á que habríamos faltado ignominiosamente.

Empero, en esto, observamos que el alegre toque de diana se unia al ronco son de tan estraño cañoneo, lo que queria decir que estaba amaneciendo en aquel instante... Y en efecto, el lienzo de nuestras tiendas filtraba apenas una dudosa claridad, que revelaba ser á lo sumo las seis de la mañana.

¿Qué significaban, pues, aquellos cañonazos tirados tan á deshora?

Pronto supimos que estábamos á 23 de enero, dia de San Ildefonso, y dia por consiguiente del presunto heredero de la corona de España.

Aquellos cañonazos eran salvas de pólvora sola.

—Dentro de pocas horas tiraremos con bala, esclamaron algunos.

Todos opinamos lo mismo. Un dia semejante no podia pasar como cualquier otro. El general O'Donnell desearia celebrarlo; y por otra parte, los moros acudirian como siempre al reclamo de nuestros cañones, si sabian que celebraban una fiesta, para turbarla; y si habian tomado sus disparos por un nuevo desafío, para recoger el guante y sostener el duelo.

Equipóse, pues, de guerra todo el mundo desde la primera hora del dia. Ensilláronse los caballos preventivamente. Dióse la órden de acelerar los ranchos. Requirió sus armas cada uno, y cundió, en fin, por todo el campamento aquella febril animacion y bárbara alegría que son ya entre nosotros indicio cierto de la proximidad del combate.

Y no sé como se hizo que nuestros presentimientos se cumplieron, cual si nuestro humor belicoso se hubiese comunicado al campo enemigo, al modo de corriente magnética ó [illegible] efluvio de electricidad.

—¡A caballo! se oyó decir en el cuartel general á eso de las nueve. El general O'Donnell va á salir... Parece que se ven moros.

Montaron, pues, á caballo los cuarenta ó cincuenta jefes, oficiales y agregados que constituyen el cuartel general, y seguido de ellos y de su escolta de carabineros y guardias civiles, tomó el general en jefe el camino del reducto de la Estrella, atravesando por todos nuestros campamentos, que le batieron marcha real segun es de ordenanza.

Pasamos la trinchera y llegamos al reducto.

Este se hallaba bastante adelantado. Constrúyese con tierra, hojas de pita y ramas de árboles, y su destino es proteger la comunicacion entre la escuadra y el ejército el dia que este avance hácia Tetuan.

Protegian los trabajos dos escuadrones de caballería, un batallon de infantería y un escuadron de artillería de á caballo, á las órdenes del renombrado brigadier Villate, quien comunicó al general O'Donnell la creencia en que estaba de que los enemigos se disponian á atacar seriamente aquellas obras.

En efecto: el ejército moro empezaba, por decirlo así, á asomar la cabeza fuera de sus tiendas: grandes grupos de infantería y de caballería estaban inmóviles y como en observacion delante de sus campamentos mas bajos, y al mismo tiempo, veíanse deslizarse por los montes circunvecinos largas y apretadas hileras de aquellos fantasmas que ya conocemos tanto.

Mas de una hora permaneció el general O'Donnell estudiando los intentos del enemigo; pero este no se separaba ni una línea de sus trincheras, cual si en lugar de prepararse á atacarnos, esperase una acometida de nuestra parte,—lo que nos hizo discurrir del siguiente modo.

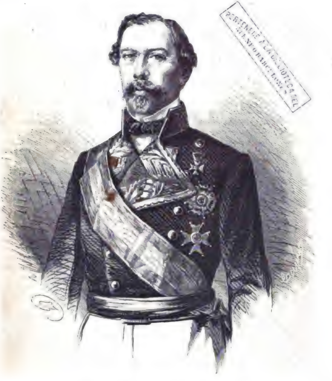
—Los moros recuerdan sin duda que nuestro ejército celebró el dia de la reina inaugurando la campaña, y temen que hoy, por ser dia del príncipe de Asturias, demos el primer asalto á Tetuan.

Con gran placer,—me atrevo á asegurarlo,—lo hubiera hecho así el general O'Donnell; pero aun necesitaba preparar muchas cosas antes de emprender la marcha (entre otras, recibir y montar el tren de sitio); por lo que, viendo que los moros no tomaban la iniciativa, dió algunas instrucciones al brigadier Villate, y regresó á Fuerte-Martin, no sin gran sentimiento del ejército, que esperaba sacudir el fastidio consiguiente á seis dias de no ver al enemigo.

Una hora habria pasado desde que volvimos á nuestras tiendas, y proyectaba ya cada uno la mejor manera de emplear el dia, cuando volvió á escucharse la misma voz que por la mañana.

—¡A caballo! El general O'Donnell va á salir... Parece que nos atacan los moros.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
[illegible]



El general de caballería don Felix Alcalá Galiano.

En esto serian las doce. Hacia un dia primaveral; uno de esos apacibles dias de enero que son tan hermosos en todas partes, y cuyo esplendor y magnificencia solo pueden compararse á la límpida claridad de sus noches.

Todos volvimos á montar, teniendo que meter espuelas para alcanzar al general O'Donnell, que atravesaba á escape nuestros campamentos, dando órdenes por sí mismo y como satisfecho de antemano de la nueva leccion que iba á dar á Muley-Abbas.

(Ya te diré en otra ocasion la idea que tenemos aquí de este personaje y las formas de que le reviste nuestra imaginacion.)

Mandó, pues, al paso el conde de Lucena al general Ros que le siguiese con su cuerpo de ejército, y al general Galiano que avanzase tambien con la division de caballería, enviando órden al general Rios de que adelantase algunos batallones por la izquierda para protegerla en caso necesario, mientras que dos escuadrones de artillería de á caballo y una compañía del tercero de posicion emprendian la marcha rápidamente.

El enemigo, cansado de esperarnos en sus posiciones, se nos venia encima por todos lados, proponiéndose quizás apoderarse de las nuestras, ó con el solo fin de verter sangre española.

Al llegar O'Donnell al reducto de la Estrella, ya se encontraban á tiro de fusil numerosos enjambres de infantería mora, mientras que su caballería (mas copiosa y regular que nunca) descendia por la derecha, revasando nuestro frente, y nos amenazaba por aquel flanco, si bien desde el lado allá del rio de la Judería, que aun no se habia atrevido á pasar.

¡Siempre la media luna...! ¡siempre el afan de envolvernos!

El animoso brigadier Villate esperaba tranquilo la llegada del general en jefe, defendiendo el reducto con sus escasas fuerzas; pero tan hábil y valerosamente, que tenia á raya por todas partes los intentos del enemigo, sin apartarse del puesto que se le habia mandado sostener.

La situacion era crítica y no podia perderse ni un momento.

Mientras llegaba la infantería, que naturalmente no habia podido seguir el escape del cuartel general, el conde de Lucena mandó avanzar por el flanco derecho al general García con doscientos caballos y algunas guerrillas de cazadores, que el general Ustariz situó convenientemente á la márgen de los pantanos, quedándose con ellas y dirigiendo sus comprometidas operaciones en medio de un incesante tiroteo.

Porque he de advertirte que entre nuestras posiciones y el ejército enemigo, habia una larga sucesion de pantanos y lagunas, que constituia una especie de foso, muy difícil de salvar; resultando de aquí que la accion estaba empeñada en aquel instante de orilla á orilla, lo que no podia dar otro resultado que mayores ó menores bajas en sus filas ó en las nuestras.

En un combate de este género, habrian salido ganando los marroquíes, caso de haberse prolongado indefinidamente; puesto que su línea era mas dilatada y menos densa que la nuestra: pero el conde de Lucena lo comprendió así desde el primer instante, y hé aquí la razon porque el general García salió con la caballería tan aceleradamente á poner término á aquella ociosa y perjudicial refriega.

Pronto lo consiguió.

La caballería árabe, que seguia corriéndose hácia el mar por la derecha, volvió sobre sus pasos instantáneamente y se replegó al centro de las operaciones de Muley-el-Abbas, no bien vió abanzar aquella recia, aunque reducida falange de ginetes nuestros.

Y fue que los moros comprendieron que nosotros, caminando siempre trasversalmente, hubiéramos concluido por cortar su línea y dejar aislados y prisioneros entre nuestros caballos, el mar, el monte y nuestro campamento á cuantos se habian atrevido á aproximarse á la playa.

Condensóse, pues, el enemigo sobre nuestro frente, en tanto que nuevas fuerzas, viniendo del lado de Tetuan, nos amenazaban ya por la izquierda.

Es decir, que en un instante cambió por completo la mútua posicion de los combatientes y el plan de ataque de los marroquíes.

Esta veleidosa movilidad, estas contínuas y rápidas mudanzas de los moros, son indudablemente habilísimas y ponen á prueba todos los dias la prevision, la pericia y la paciencia de nuestros generales.

Ni yo sé cómo hacen unas tropas tan desorganizadas para comunicarse á cada momento sus nuevos designios; para obrar concertadamente en las circunstancias mas imprevistas; para ir y venir, variar de objeto, volver al intento que abandonaron ó disiparse como el humo uniforme y simultáneamente, segun las peripecias de la lucha.

Acaso no es ciencia, ni obedecen á premeditadas instrucciones, sino que todos y cada uno, se guian por un maravilloso instinto.

De cualquier modo,—y gracias á la esperiencia consiguiente á tantos combates como ha sostenido ya con esta ágil y astuta raza,—el general O'Donnell no habia distraido sus fuerzas por la derecha, cuando parecia formalizarse allí la lucha, ni menos dejado desamparada su izquierda: antes bien, habia previsto la nueva evolucion de los moros, y les aguardaba por el centro con la artillería dispuesta, apuntando precisamente al sitio en que debian intentar el segundo ataque.

Vienen, pues, contra nosotros millares de infantes y de ginetes, lanzando bárbaros gritos, y llegan á la opuesta orilla de las lagunas del frente, haciendo un fuego espantoso.

Pero en esto empieza á tronar nuestra artillería: una espesa cortina de humo nos roba por un instante la vista del enemigo; pasa un momento; y cuando se aclara la atmósfera, vemos huir por todos lados á peones y caballeros en el mayor desórden, mientras que algunos se afanan, con riesgo de su vida, por arrastrar los muertos y heridos que acaban de morder la tierra...

¡Vive Dios! que es una brava gente!—Apenas repuestos de la primera sorpresa, observan la colocacion de nuestros cañones; aclaran sus filas, y vuelven al mismo lugar que acaban de bañar en sangre, esgrimiendo sobre su cabeza las argentadas espingardas y tirando contra nosotros en el momento de revolver sus caballos.

Los de infantería por su parte, se arrastran cautelosamente entre la yerba; surgen de pronto ante nuestra vista; hacen fuego con la presteza del relámpago, y vuelven á arrojarse al suelo, como un fantasma se hunde por escotillon en los teatros.

Por lo demás, así entre los ginetes como entre los peones, habia ayer tropas nuevas, ó á lo menos, que no recordábamos haber visto hasta entonces.

Una pintoresca variedad de trajes interrumpia la antigua uniformidad de sus blancas y monótonas vestimentas.

Estos, vestian largos ropones encarnados; aquellos, alquiceles azules y casquetes rojos: habia muchos con jaiques pardos, y no pocos con abultados turbantes y ancho calzon amarillo ó verde; pero siempre la generalidad llevaba la clásica y monumental vestidura blanca, siquier en todos sé advertia mas lujo y ostentacion que en los demás combates.

Indudablemente, ayer nos las hubimos con tropas de rey, con soldados imperiales, con la flor del ejército marroquí.

Nuevos cañonazos acabaron de despejar nuestro frente, disipando aquella nube preñada de mortífero plomo.

El general O'Donnell se corrió entonces un poco á la izquierda para seguir los movimientos del enemigo, que el humo le impedia ver en el otro lado, y desde allí percibimos todo el ejército moro, disperso ya por la llanura, y en actitud quizás de volver á sus reales, vista la inutilidad de sus acometidas.

Pero en esto, no sé qué guerrilla, destacada de la division del general Rios, habia pasado denodadamente una laguna próxima á la Aduana; y llevada de un escesivo ardor, cargaba, ó por mejor decir, perseguia á la caballería mora,—lo que, si era en cierto modo una temeridad, no dejaba de ser al mismo tiempo un alarde de valor heróico que nos hizo palpitar de orgullo.

Nuevos en esta guerra, recien llegados al seno de nuestro aguerrido ejército; ansiosos de recibir el bautismo del fuego y de la gloria, aquellos soldados veian alejarse al enemigo, sin haber tenido ocasion de demostrarle y demostrarnos á nosotros que eran dignos de figurar al lado de los vencedores de tantos combates; y llenos de noble impaciencia y exaltado patriotismo, no se contentaban con haber rechazado al enemigo en union de sus predecesores en la campaña, sino que querian luchar con él separadamente y vencerle por sí solos.

Los marroquíes vieron á aquel puñado de valientes, que se encontraban separados de sus compañeros por una ancha laguna; y creyendo llegada la hora de su venganza, volvieron sobre sus pasos y se dirigieron en considerable número contra la incomunicada guerrilla.

Pero el general Rios volaba ya en auxilio de esta, despues de haber tratado—ya tarde—de contener su escesivo arrojo.

Lanzóse, pues, tambien en la laguna, á la cabeza de un batallon del regimiento de Cantabria; atravesó con él á paso de carga, por en medio de las ondas y con el agua hasta la mitad del cuerpo y unidos ya todos á la guerrilla, corrieron al encuentro de los rehechos musulmanes.

Mas, si el general Rios habia sestuplicado la fuerza aislada que trataban de aniquilar los moros, estos, en cambio, habian centuplicado las huestes con que venian contra ella.

Era todo su ejército, en fin, el que se dirigia ya hácia aquel determinado y resuelto batallon, rodeándole, envolviéndole, acosándole ferozmente, sin consideracion alguna al fuego de nuestra artillería.

¿Qué les importaba morir, si ya estaban seguros de matar?

¡Mermaran en buen hora nuestras granadas sus enfurecidas huestes; pero el batallon de Cantabria habia caido en su poder y no dejarian escapar la presa ni aun á costa de toda su sangre!

¡Vana ilusion! ¡Quimérica jactancia!—El batallon se defenderá por sí mismo del formidable enemigo que le cerca, y el general O'Donnell castigará á los insensatos que amenazan destruirlo.

O'Donnel habia empezado por mandar al general Rios que se detuviera, viendo mejor sin duda, desde el lugar en que se encontraba situado, el espantoso riesgo que iban á correr los de Cantabria...

¡Pero las lagunas impidieron que la órden llegase con oportunidad!

Entonces decidió correr en su socorro y aun aprovechar aquella ocasion para derrotar nuevamente al enemigo, haciéndole pagar caro su feroz intento.

El tercer cuerpo se le habia incorporado ya... Toda nuestra caballería estaba formada á la derecha... La artillería se encuentra allí... á dos pasos de él...

Su plan es instantáneo, enérgico, decisivo como las circunstancias.

El general Galiano, jefe de la caballería, saldrá al escape por la derecha con los dos escuadrones de lanceros de Farnesio, con una seccion del regimiento de Albuera, y con la escolta del mismo general en jefe, compuesta de carabineros y guardias civiles de caballería: lo arrollará todo; pasará por pantanos y lagunas; remontará el llano, trazando un ancho semicírculo, y cruzará como una tromba por en medio del ejército marroquí.

El general Ros, entre tanto, avanzará de frente con su cuerpo de ejército; se arrojará tambien por en medio de las lagunas, y volverá en auxilio del general Rios.

El brigadier Morales de Rada, de la division comprometida, seguirá el movimiento iniciado por Cantabria, y protegerá á la caballería cargando con su brigada de infantes al mismo tiempo que ella.

La artillería, en fin, marchará tambien de frente; salvará todos los obstáculos; penetrará en el agua como todo el mundo, y se colocará en terreno consistente al mismo tiempo que la infantería.

Fue un momento sublime, grandioso, arrebatador.

Las cornetas tocan ataque: las trompetas de caballería repiten la tremebunda señal. Parten nuestros ginetes por la derecha á galope tendido, y el tercer cuerpo se lanza al agua sin vacilar un punto.

El general en jefe, con su cuartel general, va al frente de la infantería...

Mil vivas, mil voces de *¡adelante!* y *¡á ellos!* salen de entre las alborotadas ondas...

Los soldados caminan cubiertos por el agua hasta la cintura... Pero conservan la formacion y avanzan impetuosamente.

Alguno cae... y desaparece bajo los turbios cristales de la laguna; mas, en tanto que consigue levantarse, vese aun sobrenadar un brazo empuñando una carabina...

—*¡Cuidado con las armas!* gritan los jefes *¡Que no se mojen, hijos mios!*

—*¡No hay cuidado!* responden los que cayeron, alzándose con el semblante lleno de lodo; pero inflamado y sonriente.

—Ya queda poco... ¡Adelante! se grita mas allá.

—Ya queda poco, repiten los soldados para infundirse ánimo, ó por galantería hácia los oficiales.

Y así llegan á la orilla opuesta; y segun van llegando, se alinean como en una parada.

La forma de sus piés y el color de sus botines y pantalones desaparecen bajo una masa de barro...

Así salen al paso de carga... Así corren al encuentro del enemigo.

La artillería en tanto, cruza al trote los pantanos con agua hasta los cubos de las ruedas, y ocultándose enteramente entre los borbotones de espuma que saltan á su alrededor.

Las mulas bracean en las ondas y en el fango sin encontrar fondo duro en que apoyar las manos...

Pero cruje el látigo de los artilleros; mil gritos de ¡*Hála*! ¡*Hála*! alientan y enardecen al ganado... y pasan todas las piezas milagrosamente, sin que haya volcado una sola.

Mas en un tránsito semejante se han empleado ocho, diez, doce minutos.....

¿Qué ha sido, durante este tiempo, del amenazado batallon de Cantabria?

Nosotros lo estábamos viendo, ó por decir mejor, admirando desde la otra orilla, donde el general O'Donnell, ardiendo de impaciencia, esperaba á que saliese la infantería de las lagunas para marchar de frente al enemigo.

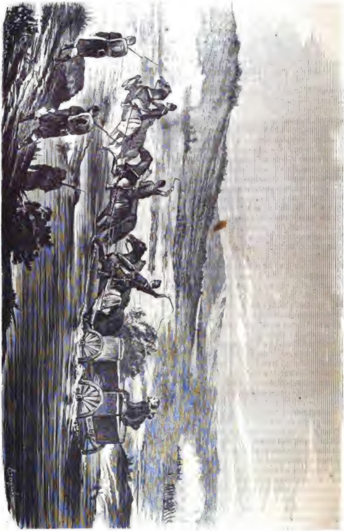
¡El batallon de Cantabria habia formado el cuadro!

El general Rios y su Estado Mayor estaban encerrados dentro de él.

Una legion inmensa de ginetes árabes lo rodeaba, acometiéndole por mil puntos al mismo tiempo, pero sin decidirse á asaltar aquella viviente fortaleza.

Por todas partes se encontraban frente á frente de redobladas filas de soldados, que con la bayoneta calada unos, y en actitud de resistirles cuerpo á cuerpo, y con las carabinas á la cara otros, haciendo un fuego nunca interrumpido, formaban cuatro murallas de fuego y hierro á las que no osaban acercarse los asombrados moros.

Algunos temerarios, que se habian lanzado resueltamente contra aquella hidra de mil cabezas, tratando acaso de desconcertarla con tan arrogante acometida, se revolcaban en su sangre dentro de la region de fuego y humo que rodeaba el cuadro.



La artillería atraviesa al galope las lagunas.

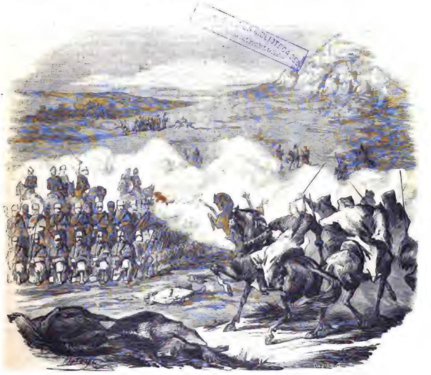
¡Honor y gloria á aquellos valientes, los primeros que decidian la cuestion de si nuestros soldados se mantendrian inmóviles en medio de la caballería enemiga!

¡Honor y gloria al bisoño batallon y á sus bravos oficiales, á nuestros recien venidos compañeros, á nuestros camaradas de armas!

Dentro del cuadro estaban, como te he dicho, el general Rios y su cuartel general, el coronel Naneti, que mandaba el batallon de Cantabria, la sanidad, la música, el capellan y los heridos... que tambien los tuvo.

(Uno de ellos lo fue el coronel Puente, jefe de Estado Mayor de la division recien llegada, y hermano de aquel otro coronel Puente, amigo mio, y tambien jefe de Estado Mayor, que murió del cólera en Ceuta.)

¡Magnífico espectáculo ofrecia, en verdad, aquel apiñado grupo de infantes, resistiendo las vehementes arremetidas de fuerzas veinte veces mayores, y casi todas á caballo!



Un batallon de Cantabria forma el cuadro y rechaza la caballería enemiga.

Por encima del grupo sobresalian dos ó tres figuras, y entre ellas, la del general Rios, que no se habia desmontado, y que con la espada en la mano arengaba á las tropas, decididas á morir en aquel puesto glorioso...

¡Ah! nosotros las aplaudiamos silenciosa y ardientemente en lo íntimo de nuestro corazon.

Entre tanto, los escuadrones de lanceros y la restante caballería que partiera por la derecha, cargaban ya impetuosamente á los ginetes enemigos...

Estos corren... Aquellos los persiguen, los alcanzan, pasan por en medio de ellos, los alancean y acuchillan sin piedad...

Va en pos de los nuestros una lluvia de balas que les disparan por todos lados; ¡pero adelantan siempre, y para un español que cae, ruedan por el polvo diez marroquíes!

Así recorren todo el llano, que los moros abandonan, apartándose del batallon de Cantabria.

Llegan al fin los nuestros al pié del campamento enemigo, y allí se paran y se rehacen en formacion.

Un lancero se presenta entonces al valeroso y esforzado brigadier don Francisco Romero Palomeque, que ha capitaneado esta bizarrísima carga, y le entrega un estandarte que ha tomado á la caballería mora, dando muerte al que lo llevaba...

¡Loor á nuestra caballería! ¡Era la segunda vez que luchaba cuerpo á cuerpo con la caballería árabe, y ayer, como el dia de Castillejos, recogia en prenda de victoria, una bandera mahometana! (1)

---

(1) El memorable hecho de armas que acabo de referir, valió al citado brigadier don Francisco Romero Palomeque, jefe de la

Al mismo tiempo daban parte al bizarro brigadier de que un jóven, casi un niño, de bella y suave fisonomía, vestido con el uniforme de alferez de húsares de la Princesa, se habia incorporado á los lanceros y tomado parte en la carga, distinguiéndose por su arrojo y su bravura.

Romero Palomeque pronuncia entonces con respeto y admiracion el nombre de aquel distinguido voluntario...

Era el conde d'Eu, el nieto de Luis Felipe de Orleans, rey que fue de los franceses.

En el interin, el tercer cuerpo y la artillería avanzaban por el centro, tomando posesion de toda la llanura y hollando el terreno que algunos momentos antes ocupaba el enemigo, y que ahora se ve cubierto de sangre, de cadáveres, de caballos muertos, de armas y de pertrechos de guerra.

De este modo llegan tambien al pié de los campamentos moros, donde se encuentran al general Galiano con los de Farnesio, que esperan victoriosos nuevas órdenes del general en jefe.

Eran las cuatro de la tarde: dos horas despues seria de noche, y estábamos á mas de una legua de nuestro campo...

De buena gana hubiera mandado el conde de Lucena un asalto á las tiendas de los moros, que se hallaban á tiro de cañon...

¡Todos los semblantes espresaban este mismo deseo!

La solemnidad oficial del dia parecia estimular los ánimos á tan señalada empresa...

Pero lo repito: eran ya las cuatro de la tarde: no habia tiempo sino para retirarse: las tropas no estaban racionadas ni llevaban consigo otro equipo que la manta terciada á la bandolera...

Fuerza era, por consiguiente, renunciar una vez mas á la toma de aquel campamento, presa gloriosa é importantísima que hemos tenido ya en tres ó cuatro ocasiones al alcance de la mano.

—¡Ah! sí... pensábamos todos: apoderarnos de su campamento seria mayor triunfo que tomar á Tetuan. Esta es una ciudad pacífica: aquel es una ciudad de guerra. En Europa se daria mas importancia á la pérdida de una capital que á la de unas tiendas de lona... En Africa, la tienda es la verdadera casa, el verdadero hogar de los que luchan... ¿Qué tienen que ver estos soldados montaraces con una poblacion que acaso les teme mas que á nosotros; que les cierra sus puertas, que tal vez ansía la paz á toda costa? Lo trascendental para ellos, lo honroso para nosotros: lo que afectaria directamente al ejército marroquí, fuera arrebatarles sus propios bienes, su propia fuerza, su aduar de peregrinos, su vivac de pastores y guerreros, sus tiendas y sus municiones, sus víveres y sus ganados!

Pero no habia otro remedio que resignarse y esperar.

—Este campamento ha de ser nuestro, decian las personas mas autorizadas. Es cuestion de algunos dias...

Y esta promesa nos consoló tambien ayer de la esterilidad de la lucha.

¡No tan estéril, ciertamente! Las ventajas alcanzadas por nuestra escasa caballería sobre la numerosísima de los moros; la resistencia opuesta á la misma por nuestros infantes formados en cuadro; la facilidad con que habíamos recorrido toda la llanura, á pesar de los inconvenientes del terreno; el arrojo con que nuestra artillería se lanzó por en medio de las aguas y la lluvia de granadas que en aquel instante arrojaba sobre las tiendas enemigas, eran mas que suficientes conquistas y laureles para un combate que no se habia buscado, mientras que las atroces pérdidas de los moros compensaban muchas veces los ocho muertos, cincuenta heridos y cuarenta contusos que nos habia costado esta gran victoria, grande seguramente, por su efecto moral en uno y otro ejército.

Ordenóse, pues, la retirada, de cuya direccion se encargó el general García; y aquí principia la parte solemne del combate de ayer, su belleza peculiar, y las inolvidables emociones que me produjo.

La tarde era tan apacible y deliciosa como habia sido la mañana.

El sol se ocultaba detrás de Tetuan, haciendo reverberar los elegantes minaretes de sus mezquitas y resaltar mas y mas la blancura de las casas sobre el verde purísimo de las colinas ó sobre el azul intenso de los cielos.

Algunas granadas pasaban zumbando por encima de nuestras cabezas para ir á caer en el campamento enemigo, que sin duda no está artillado por esta parte y que no respondia á nuestro fuego.

Aquellos disparos parecian los últimos truenos de una tormenta pasada y eran el único rumor que interrumpia el silencio de la naturaleza, sumida en no sé qué sueño majestuoso.

La retirada de la infantería habia principiado, y nosotros, desde lo alto de la llanura, veíamos moverse por las praderas remotas nuestros compactos batallones, que marchaban ordenada y tranquilamente, reflejando los últimos rayos de sol en sus triunfantes bayonetas.

Por otro lado la caballería, inmóvil y tendida en batalla, como protegiendo aquella operacion, entregaba á la suave brisa de la tarde las vistosas banderolas de sus lanzas, que ondulaban graciosamente como las amapolas entre los trigos.

La artillería, en fin, despues de haber cañoneado muchas veces el campamento africano y no viendo ya por ninguna parte enemigos que dispersar, tornaba lentamente hácia la playa, asemejándose sus largos y macizos trenes, dibujados en oscura silueta sobre el verde luminoso de los prados, á aquellas comitivas de carros griegos que se ven en los bajo-relieves de Fidias y que representan el bélico poderío de Agesilao ó de Epaminondas.

---

brigada de lanceros del ejército de Africa, una honrosísima y especial recompensa que no debo pasar en silencio.

En un certámen literario celebrado en el Ateneo de Cádiz, obtuvo el premio, que consistia en una FLOR DE ORO, la composicion titulada *Fé*, *Esperanza* y *Caridad*, «á la salida de las naves de Colon del puerto de Palos.»

Al abrirse el pliego que contenia el nombre del autor, halláronse en otro sobre, estos dos versos:

No he escrito, no, para la gloria mia:
he escrito solo para agena gloria.

El autor era el señor don Eugenio Quijano, y aquel sobre encerraba una carta firmada por el mismo, en que decia al jurado que cedia la FLOR DE ORO, (pues en el hecho de haderse abierto aquella carta, ya era suya) á un oficial que se distinguiera por un brillante hecho de armas en la guerra de España con Marruecos.

«No me parece bien, decia, que los aficionados á las letras disputemos hoy para nosotros los laureles. Por eso, si los he disputado, ha sido para uno de los valientes que dan su sangre y aun su vida por el honor de la patria en las arenas africanas.»

Remitida, pues, la flor al general en jefe del ejército de Africa, la confirió al dicho señor brigadier por su comportamiento en la accion que voy relatando, dando parte de ello al Ateneo de Cádiz en una notable comunicacion.

Creo innecesario elogiar, como se merece, la delicada y patriótica idea del poeta premiado, ni menos encarecer la importancia de esa flor de oro, que simboliza al mismo tiempo dos diferentes triunfos, uno alcanzado en el campo de las letras, y otro en el campo de batalla. El señor Romero Palomeque debe estar ufano de tan preciosa conquista.

¡Ah! ¡Yo no he visto en toda la campaña un cuadro de guerra tan clásico y aparatoso como el de ayer!

La amplitud del terreno, las grandes distancias ocupadas por nuestras tropas y la pura diafanidad del ambiente comunicaban á las perspectivas cierta fantástica grandeza que se imponia severamente al ánimo.

Partimos, por último, tambien nosotros.

El cuartel general de O'Donnell se habia aumentado con el de Ros de Olano, con el de Rios y con Prim y algunos ayudantes suyos que habian acudido como espectadores al teatro de la accion.

Eramos, pues, mas de cien ginetes, de variado uniforme, de distintas armas, de diversas graduaciones, paisanos algunos, otros estranjeros, todos amigos...

Marchábase sin formacion alguna, en animada confusion, al trote de los impacientes caballos, alegres como nosotros con la espectativa de ganar pronto la trinchera.

Los generales iban en medio del frente de tan lucida cabalgata: cien conversaciones circulaban al mismo tiempo: cada uno referia el episodio que habia presenciado, y la bandera cogida á los marroquíes pasaba de mano en mano, escitando donosas ocurrencias y oportunos dichos.

De pronto, hizo alto el general en jefe, y buscando con la vista al conde d'Eu, que formaba parte de la comitiva, esclamó cariñosamente:

—Monseñor...

El jóven príncipe (el ejército de Africa le trata como á tal), llevó su mano á la visera y se acercó á O'Donnell.

—Monseñor, prosiguió el conde de Lucena; V. A. ha hecho hoy sus primeras armas con la bizarría propia de los que llevan el ilustre apellido de *Orleans*, habiendo añadido un nuevo timbre á los muchos que distinguen su augusta casa. Yo me siento orgulloso de que V. A. haya recibido bajo mis órdenes el bautismo de la guerra, y tengo la honra de nombrar á V. A., en nombre de S. M. la reina de España, caballero de la órden militar de San Fernando.

Asi diciendo, el general en jefe pidió á uno de sus ayudantes una placa de dicha cruz que llevaba al pecho, y la puso en la mano del conde d'Eu.

Este, ruborizado y conmovido, dió las gracias al general O'Donnell y colocó en su dorman de húsar la noble insignia española con tanto orgullo como alegría.

Volvimos á pasar las lagunas.

Una vez del otro lado, empezamos á encontrar los batallones que regresaban del combate, y que, á la aproximacion del general en jefe, se habian formado como en un simulacro,—¡ellos que acaban de meterse otra vez en las cenagosas lagunas!

Con gallardía, pues, y un aire marcial que no les hubiera dado el mejor artista, presentaron las armas al que tantas veces les habia llevado á la victoria, y al mismo tiempo las músicas tocaban la marcha real, cuyos magníficos ecos se prolongaban por la serena atmósfera, hasta resonar en las montañas vecinas.

Era, sí, una gran parada: era, sin preveerlo, la celebracion de la fiesta nacional del dia.

Y el cuartel general avanzaba; y allá, de muy lejos, otro batallon, que caminaba hácia su campo, le enviaba el mismo saludo; y la armonía triunfal no cesaba ni un momento, reproduciéndola á veces simultáneamente cuatro ó cinco bandas en diferentes regiones de la llanura.

Anochecia ya.—Detrás de nosotros iba estableciéndose el cordon de escuchas ó de centinelas que guardan nuestro campamento por la noche.

Es decir, que de trecho en trecho, quedaba un soldado solo, con su arma al brazo, inmóvil y como clavado en su puesto.

Esto, visto á cierta distancia, de Oriente á Poniente, como nosotros lo veíamos, en la hora fantástica del oscurecer, y en una planicie tan desarbolada, producia un efecto estraño, misterioso, sorprendente; pues parecia que aquella fila de hombres solitarios, cuyos sombríos cuerpos se destacaban y perfilaban de negro sobre el diáfano ambiente del crepúsculo, era una série de gigantes que tocaban con la cabeza en el cielo, ó una hilera de espectros luctuosos, que venian del campo enemigo á reclamarnos la vida que les habíamos arrancado aquella misma tarde.

Ganamos, al fin, nuestras trincheras por la parte del campamento del general Rios, compuesto todo de grandes tiendas, como las de los oficiales de los demás cuerpos de ejército.

Allí, en primera línea, esperaba al general en jefe el batallon de Cantabria, formado en masa, con la bandera desplegada todavía, presentando las armas al caudillo y batiéndole marcha real.

El general en feje detuvo su caballo en frente del bizarro batallon y le arengó de esta manera.

—¡Cantabria! el primer dia que habeis entrado en fuego, os habeis conducido como un batallon de aguerridos veteranos. Estoy muy satisfecho de vuestro distinguido valor y esforzado comportamiento.—Soldados ¡viva la reina!

Este *viva* fue contestado unánime y ardientemente, y seguido de otro al general O'Donnell.

Al llegar al campamento del tercer cuerpo, entraban precisamente los batallones de Baza y Ciudad-Rodrigo, que volvian del combate; y para no estorbar el paso al cuartel general, ni verse obligados á interrumpir su desfile, salieron á la carrera con aquel ímpetu y compostura que solo posee nuestra infantería, arrancando aplausos y vivas á los demás cuerpos que los contemplaban.

Un momento despues, descansábamos en nuestras tiendas.

Asi terminó aquel paseo militar y dió fin la jornada del 23 de enero.

Réstame decir que el ejército de Africa ha deseado que esta segunda bandera cogida á los moros, sea regalada al príncipe de Asturias, á quien dedicó desde el primer momento la accion de ayer, á fin de solemnizar sus dias.

XXXVIII.

Hábitos militares.—La noche despues de la accion.

El combate que acabo de referirte, primero de una nueva serie y diferente por su índole y circunstancias de todos los que hasta ahora habíamos sostenido, ha hecho subir de punto la alegre confianza y plácido reposo que se notan en el ejército desde que descubrimos esta llanura.

Unido esto á las noticias que recibimos diariamente de los grandes y bellos sacrificios con que nuestra querida España corresponde á las pruebas de amor que le dan aquí sus hijos, hace que la guerra se vaya convirtiendo, de bárbaro tormento y dolorosa prueba que era hace algunos dias, en poético torneo ó caballeresca cruzada, en empresa sublime, en epopeya viviente, en una de esas campañas, en fin, embellecidas por el romance ó por la tradicion, que nos han entusiasmado á todos en los dias de nuestra dorada adolescencia, y que llevan los inmortales nombres de ***Guerra de Flandes***, ***Conquista de Méjico*** y ***Dominacion de Italia.***

Y es que ya, hasta los menos soldados, se sienten y se encuentran veteranos aguerridos. El cuerpo se ha hecho duro; todas las fisonomías estan ennegrecidas por el sol y por la pólvora; todos los trajes rotos y malparados á consecuencia de una vida tan desalmada y atroz.

Las costumbres pacíficas, los hábitos de la ciudad, las necesidades inherentes á la civilizacion, las preocupaciones propias de una existencia regalada, van desvaneciéndose en nuestra memoria, amortiguándose en nuestra mente, cediendo su puesto á otras costumbres, á otros hábitos, á otras necesidades y preocupaciones. La guerra encarna en nosotros, se identifica con nuestro ser, constituye nuestro carácter.

Yo mismo creo haber nacido en ella, y encuentro muy naturales sus molestias é inconvenientes. Ya no comprenderia un amanecer sin toque de diana ni un anochecer sin toque de retreta. La tienda es una casa inmejorable; el lecho ha dejado de parecerme duro; la comida no puede ser mas apetitosa. Acostarse á las diez es trasnochar: el que no ve salir el sol, no madruga. No desnudarse para dormir, tiene sus ventajas.

Cuando se nos dice que un amigo nuestro ha sido herido, nos produce el efecto que nos hubiese causado ántes oir decir que habia perdido al juego.

—¿Es mucho? se pregunta. Y no se vuelve á pensar en él.

Morir equivale á viajar. *Fulano ha muerto*, es como si se dijera: *Fulano se ha ido de Africa.—¡Hombre! lo siento... era buen chico... Nos pasaremos sin él...* Hé aquí el género de pena que causa esa noticia; el elogio fúnebre y la oracion que acompañan á los que mueren.

Entrar en accion es como ir á los toros; reunirse en una tienda á hablar, un placer tan dulce como un baile ó una ópera; ver en el campo un cadáver moro, le sorprende á uno como si encontrase una flor de su gusto; no dormir en un charco de agua, es el ***non plus ultra*** del ***confort*** y de la comodidad.

Vivimos, pues, en la guerra como en nuestro elemento: mil fútiles goces y pueriles placeres ocupan nuestros dias: nuestras necesidades se han reducido al nivel de los medios de satisfacerlas; y la alegría, ahora como siempre, ha venido en pos de la resignacion.

Anoche, por ejemplo, con motivo del combate que acababa de alumbrar el sol, hubo en algunas tiendas un rato de animada ***soirée***, en que se cantaron coros, se bebió alguna botella de buen vino, se jugó con moderacion, se contaron cuentos, se refirieron historias de amores, se ensayaron las fuerzas ***echando el pulso***, se escribieron versos, aun por los mas profanos, se disfrazaron de moros algunos hombres graves, y se rió, en fin, á mas no poder y con razon ó sin ella, hasta que sonó el toque de silencio.

Yo asistí á la ***soirée*** de los jefes y oficiales de carabineros. A uno le habian matado el caballo; otro habia perdido el sargento de toda su confianza; el de mas allá se curaba una lijera herida; algunos nombraron dos ó tres veces á un compañero de sus bromas que acababa de morir y de quien se hablaba á propósito de su cama ó de su caballo (no me acuerdo bien), que habia quedado vacante...—pero todos estaban de un escelente humor.

Son estos carabineros una bizarra y cordialísima gente, acostumbrada á llevar en tiempo de paz una existencia no menos ruda que la que soportamos todos ahora: los servicios que prestan, siempre en despoblado, persiguiendo contrabandistas ó ladrones, les han hecho connaturalizarse con la soledad, con la intemperie, con la hoguera del pastor, con la desmantelada venta, con el mísero cortijo. Para ellos, la tienda es un palacio; la campaña, una festividad constante; las acciones, una feliz ocasion de repetir en público los mismos hechos de armas que tantas veces acometieron en secreto.

¡Qué alegría la suya! ¡qué franqueza, qué conocimiento de todo género de peligros, qué esperiencia del mundo y de los hombres, qué resistencia contra el sueño, contra el hambre, contra las enfermedades, contra la inclemencia de la atmósfera!

Yo no olvidaré nunca el efecto que me producian anoche aquellos hombres curtidos materialmente por toda una vida de ásperos trabajos, y que acababan de cargar tan valerosamente entre nuestra caballería, al verlos en apiñado grupo y fatigosas posturas bajo el lienzo de su reducida tienda, tan contentos y satisfechos como si no esperasen ni recordasen un momento de tanto bienestar y reposo.

Llamó sobre todo, mi atencion un oficial de bastante edad, fuerte como una encina centenaria, que bebia en silencio, echado boca abajo sobre un cajon que habia tenido municiones.—Cuando se entonó el coro en que vinieron á parar las libaciones, todo el mundo cantaba una estrofa, cuyo principio era:

¡A beber! ¡A beber! etc.

El viejo carabinero (catalan si no me equivoco), en vez de repetir lo mismo que los demás, decia con una voz desapacible y ronca:

¡A vivir! ¡A vivir! etc.

Fuera intencional ó casual esta ***variante***, siempre revelaba igual preocupacion; el cuidado de la vida, tan amenazada aquí á todas horas;—y era tan franca y natural, tan espontánea y legítima, que me hacia reir y entristecerme á un mismo tiempo y mirar con cierto respeto á aquel valeroso anciano que brindaba por su propia vida!

En la imposibilidad de hacerte ver nuestras costumbres y ocupaciones en conjunto, con todos sus pormenores y accesorios, te doy de vez en cuando estos detalles, á fin de que por ellos vengas en conocimiento de nuestro estado y manera de vivir. Ya sabes que mi humilde propósito es fotografiar la guerra de Africa en este libro; no cantarla ni juzgarla: resígnate, pues, á ver en desordenada confusion lo trivial al lado de lo épico, lo personal resuelto con lo colectivo, lo cómico con lo grave, lo ridículo con lo grandioso.—Tal es la verdad de las cosas; tal es la humanidad; tal la naturaleza... y la máquina de Daguerre, al retratar en sus planchas el Parthenon, no puede menos de copiar al mismo tiempo al griego de nuestros dias que vaga indiferente bajo las columnatas inmortales.

Por lo demás, el dia de hoy ha trascurrido monótonamente, sin añadir una sola línea importante á mi libro de memorias.

XXXIX.

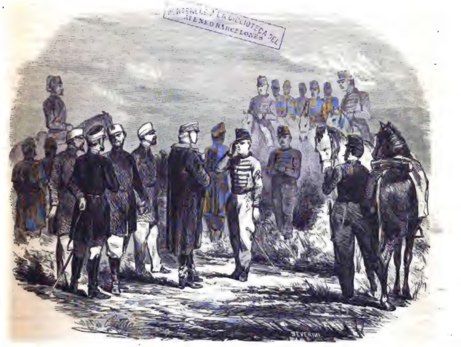
Juramentos y promesas de dos moros.

Dia 25 de enero.

Anoche hubo una ligera alarma: los moros vinieron en medio de las sombras, á derribar los trabajos hechos en el reducto de la Estrella; pero nuestros centinelas los atisbaron y les hicieron fuego, con lo que terminó el incidente.

Hoy han llegado de Ceuta dos de los prisioneros moros que visité hace dos semanas, y se les ha encerrado en el Fuerte-Martin, por cuya plataforma se paseaban esta tarde, dirigiendo á Tetuan miradas de afectuosa pena.

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONES



El general O'Donnell da la cruz de San Fernando al conde D'Eu.

Parece que se han ofrecido espontáneamente á servirnos de espías si se les pone en libertad; y aunque la proposicion tiene todos los visos de ser una estratagema esencialmente moruna, el general en jefe ha accedido á soltar á uno de ellos, considerando que lo peor que puede sucedernos, sino vuelve, es tener un cuidado menos y un enemigo mas; pero enemigo que aterrará á sus compatriotas cuando les describa nuestra fuerza, nuestro poder, el número de nuestros cañones, la fabulosa abundancia de municiones y víveres que tenemos de repuesto y otras muchas cosas que habrá observado en Ceuta, en el mar y en nuestros reales.

Sin embargo, el prisionero ha sido puesto en libertad con ciertas condiciones que han dado márgen á escenas interesantísimas.

Primeramente se sometió á los dos moros la cuestion de cuál de ellos habia de partir y cuál quedarse en nuestro poder, como garantía de la próxima vuelta del otro con noticias del campamento africano.

Pero aquí se me hace ya preciso decirte de qué dos moros se trataba.

Tú conoces ya á los cinco que visité en el hospital de Ceuta: pues bien, los que se hallaban hoy en Fuerte-Martin, eran el *primero* y el *tercero* (siguiendo el mismo órden con que te los fuí describiendo en aquella ocasion), esto es, *el viejo de fisonomía innoble*, *pero muy inteligente*, que te dije entonces, y aquel otro tan *tosco y feroz*, *que tenia el aire de ser un pobre montañés y terrible soldado*.

El viejo se llamaba *Abdalla*: el otro *Aben-Amurat*.

La posicion de ambos era tan grave como dificultosa.

El que partiera debia fingir que se habia escapado de su prision; pasar un dia en el campamento de Muley-Abbas; adquirir todos los datos posibles acerca de los planes de este, del número de sus tropas y del espíritu que las anima, y volverse á los tres dias á nuestros reales, en cuyas avanzadas le aguardaria la misma escolta que habia de acompañarle al salir.—La recompensa de esta infame traicion consistiria en una *gruesa cantidad* de dinero (¡cosa de unos 1,000 reales á cada uno!), con la cual pasarian á establecerse en la Argelia, á donde nosotros nos encargábamos de conducirles.

El que se quedara, *responderia con su cabeza* del cumplimiento de la palabra empeñada por el otro.—Dicho se está que semejante amenaza no pasaba de ser una frase de efecto, y que ni por un momento se ha pensado en degollar al que se quedó, aunque el otro falte á su promesa... que es lo mas verosímil...

Sin embargo, ellos tomaron el asunto por lo serio y conferenciaron mas de una hora secretamente.

Yo los veia.—Estaban sentados sobre las piernas, frente á frente, ó por mejor decir, rodillas con rodillas, en un ángulo de la prision, y de las anchurosas mangas de sus jaiques salian sus brazos desnudos á animar y como á solemnizar el diálogo con aquellos lentos, enfáticos y severos ademanes que tanto carácter imprimen á las conversaciones de los agarenos.

A cada instante colocaba el uno su mano derecha sobre el pecho del otro, y se la llevaba despues á la frente ó á los labios, como dando á entender que lo que decia la boca debia ser la verdadera idea de la cabeza y el verdadero sentimiento del corazon. Otras veces el viejo dejaba caer sus dos manos sobre los muslos tendidos del jóven y le miraba intensamente como si quisiera leer sus intenciones en sus ojos. Por último, diéronse la mano de la manera que ya sabes (como entre nosotros se da el agua bendita), besándose despues las yemas de los dedos, y se levantaron.

—¿Estais convenidos? les preguntó Anibal Rinaldy.

Por toda contestacion, diéronse la mano nuevamente, encajando dedos entre dedos y cruzándolos con ahinco; abrazáronse primero con el brazo derecho y luego con el izquierdo, y *Abdalla* murmuró algunas frases cerrando los ojos como si esperimentase una especie de éxtasis.

—¿Qué dice? le pregunté á Rinaldy.

—Ha recitado estos versículos del capítulo XVI del *Koran*:

«106. En verdad, Dios no dirige á los que no creen en sus signos, pero les reserva un castigo cruel.

»107. Los que no creen en los signos, cometen una mentira y son unos embusteros.

»108. El que despues de haber creido se haga infiel, siendo obligado á ello, y no tomando parte su corazon, no es culpable. Pero la cólera de Dios caerá sobre el que abra su corazon á la infidelidad, y un castigo terrible le aguarda.

. . . .

»111. Pero Dios es indulgente y está lleno de misericordia con aquellos que han abandonado su país despues de haber sufrido desgracias, y que luego han combatido por la causa de Dios soportándolo todo con paciencia.»

—Me admira, esclamé yo, que ese fiero salvaje sepa tanto.

—Quizás no sabrá otra cosa, me respondió Anibal. Todos los moros tienen en la memoria el *Koran* verso por verso. Vea V. si no cómo repite las mismas palabras este otro musulman, á pesar de ser mas fiero y mas salvaje.

En efecto, *Aben-Amurat* repetia el sagrado testo citado por *Abdalla*.

—Con que ¿cuál se queda? preguntó nuestro jóven intérprete.

—Me quedo yo, respondió el anciano, cuya vulgar fisonomía se revistió de cierta grandeza. Yo me quedo y este marcha: despues vuelve este y nos marchamos yo y él; y ya no volvemos nunca él ni yo, ni los dos juntos...

—Eso es, respondió Anibal, respetando aquella singular retórica á que estaba tan acostumbrado. Cuando vuelva *Amurat*, los dos sois libres.

—¡Libres! repitieron ambos moros, estendiendo las manos como si ya divisaran horizontes ilimitados.

—Y si *Amurat* no vuelve, los cristianos le cortan la cabeza á *Abdalla* dentro de tres soles.

Esto lo dijo *Abdalla* cogiendo mi mano y obligándome á figurar que le cortaba el cuello con ella, como con una gumía.

—*Amurat* vuelve, respondió *Amurat* besándose la mano despues de llevársela al corazon.

Abdalla levantó los ojos y las manos al cielo como pidiéndole á Dios que fuese testigo de aquella promesa.

—¿Volverá? le pregunté yo á Rinaldy.

—Si puede, sí: me respondió mi amigo; pero es muy fácil que los moros le maten al verle, sospechando todo lo que está sucediendo en este instante.

—Mira, le dijo el viejo á Anibal, interrumpiendo nuestra conversacion y llevándonos aparte. No le deis ahora dinero á *Amurat*, pues los moros le preguntarian de dónde lo habia sacado, y él se pondria triste para mentir, y ellos le cortarian la cabeza, y vosotros me la cortariais á mí dentro de tres soles. Dadle un duro nada mas para que coma, y dadme á mí los otros 49 duros y los 50 duros mios, que hacen 100 duros menos uno, y si no vuelve *Amurat* y vosotros me cortais la cabeza, os podeis quedar otra vez con todo el dinero; pues como yo estaré entre tanto encerrado en esta torre, no habré podido esconderlo en el campo debajo de una piedra, cerca de un árbol, ó en el sepulcro de un moro muerto, y marcharme al Riff, para volver dentro de muchos años, cuando ya os hubieseis ido á España, á buscar mi tesoro...; sino que el dia de mi muerte encontrareis todo el dinero en esta prision, donde no puedo esconderlo, pues el centinela lo veria, aunque yo lo escondiera de noche, y os lo contaria por la mañana; y de este modo volverian á vuestro poder los 100 duros menos uno, como si no me los hubiéseis dado.

—Todo eso está muy bien, respondió Anibal; pero hasta que vuelva *Amurat* y te declaremos libre, ¿qué falta te hace el dinero? ¿si es que no te fias de nosotros, no se te ocurre que siempre podíamos quitártelo á la media hora de habértelo dado? Y, por otra parte, ¿qué te propones tú al querer conservar el dinero de tu amigo?

—¡Te diré! respondió el moro con una sonrisa astuta y delicada. Si vosotros me dais ahora el dinero y *Amurat* vuelve antes de tres soles, como yo le pido á Alá y espero de la formalidad de mi amigo, vosotros; aunque tengais muy mala memoria, no podreis ya olvidaros de pagarnos; ni, aunque tengais mas ocupaciones que hoy, os vereis obligados á dejarlas para contar el dinero de los pobres moros; ni aunque te mueras tú y todos los cristianos, quedará nuestro trato sin cumplimiento por falta de testigos que declarasen que nos debeis esa cantidad; ni podria haber pleito entre nosotros sobre si el espionaje se ajustó en tanto ó en cuanto, puesto que nosotros no pediremos mas de lo que hayamos recibido, si lo hemos recibido todo, á no ser que me quiteis algun duro con disimulo durante mi sueño ó á viva fuerza estando desvelado; lo cual no puede suceder, porque los cristianos son muy buenos y no roban ni matan al que no se defiende. En cuanto al dinero de *Amurat*, deseo conservarlo en mi poder porque nos hemos instituido recíprocamente nuestros herederos, y él pudiera morir ó faltar á su promesa y vosotros perdonarme la vida.—¿Qué teneis que responder á todo esto?

—Que tienes mucha razon; pero que hasta que vuelva *Amurat* no se os dará lo prometido.

—Bueno, respondió *Abdalla* cruzando los brazos sobre su pecho.

Y sentándose en sus piés, se puso á fumar tranquilamente.

Al anochecer ha partido *Amurat* para la Aduana, escoltado por dos guardias civiles.

Mañana, antes de rayar el dia, se dirigirá al campamento moro, y nuestras avanzadas le harán fuego, aunque sin apuntarle, á fin de que su fingida fuga tenga alguna verosimilitud.

La despedida de los dos moros ha sido solemne, rápida, silenciosa. Hánse dado la mano de muchas maneras distintas, y *Amurat* ha marchado sin hablar una palabra.

El solitario *Abdalla* fumaba reposadamente cuando yo lo dejé hace un instante.

Muy preocupado debe de estar, cuando no me ha ofrecido tabaco.

Preguntóme la hora, se la dije, y me dió las gracias con un abrir y cerrar de ojos.

¡Pobre viejo! ¡Que ganas se me han pasado de darle á entender que su vida no corre peligro aunque Amurat no vuelva!

Ya cuidaré de que se lo diga quien tenga autoridad para ello.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS

XL.

Tetuan despierta.

Dia 26 de enero.

Esta mañana á las cuatro se oyeron dos ó tres tiros hácia la Aduana.

—Ya es libre *Amurat*, dije yo en mis adentros, mientras que algunos de mis compañeros de tienda, que no estaban en el secreto de lo que sucedia, se preparaban á levantarse, creyendo que se trataba de un ataque matutino como el del primer dia de Pascua.

—¡Ya es libre *Amurat*! volví á decirme en tanto que reconciliaba el sueño, y esta palabra *libre* resonó en mi imaginacion de una manera tan vibrante, que desde aquel momento no he vuelto á abrigar confianza alguna de que el libertado moro torne á parecer por nuestro campo.

Quizás él se arrepentia en aquel mismo instante de todos sus juramentos y promesas, comprendiendo que la libertad vale algo mas que un puñado de plata y que la patria es mas sagrada que un juramento.

A las dos de la tarde se han oido nutridas descargas en el campamento enemigo.

¿Qué pueden significar? ¿Celebrarán la llegada del prisionero? ¿Habrá este revelado la mision que llevaba? ¿Se burlarán así los moros de nuestra candidez?

No lo creo. Las descargas son demasiado vivas y gozosas para un asunto de tan poco momento.

¿Festejarán á algun gran personaje que habrá llegado á su campo? ¿Habrá venido el emperador en persona á tomar el mando de su ejército?

Esto es mas posible, é induce á creerlo el ver sobre el gran minarete de Tetuan una bandera blanca y un estenso gallardete amarillo que ondean á merced del viento.

El dia es tan puro, tan sereno y trasparente, que á eso de las tres de la tarde se perciben desde nuestras trincheras algunas figuras humanas sobre las murallas y las azoteas de la ciudad.

—Esa bandera, me dice Santiago; podrá ser otra cosa. Hace tres dias que ha entrado la luna nueva y esta tarde se la verá brillar por primera vez. Mañana es viernes, ó como quien dice, el *domingo* de los moros... Quizás celebrarán la víspera de alguna gran fiesta religiosa.

—Pero ¿y las descargas?

—En efecto: eso es raro. Ellos no corren la pólvora en tiempo de guerra sino en circunstancias muy solemnes. Quizás habrán recibido refuerzos de las provincias de Tafilete y de Mequinez, y las tropas que habia aquí y las nuevas recien llegadas se harán saludos marciales.

Como quiera que sea, este brusco despertar de Tetuan me ha sorprendido fuertemente.

—¡Con que la ciudad estaba habitada! me he dicho. ¡Con que existe! ¡Con que se adhiere al ejército acampado á sus puertas!

Empiezo, pues, á imaginarme nuevos y desconocidos sucesos.

Adivino la defensa de la plaza; veo en lontananza el bombardeo, el asalto, el escalamiento, la brecha, la entrada á saco, el incendio, los ayes de las víctimas, el cuadro completo, en fin; el pavoroso y magnífico cuadro tantas veces descrito por los poetas de todas las edades.

Y sin embargo, todo esto me parece mejor que mis anteriores presentimientos.

Tetuan vigilante no me impone tanto como Tetuan dormido.

La espectativa de una *toma* á viva fuerza no me aterra tanto como la de encontrar desiertas sus calles y sus casas.

El negro de la mecha; la pólvora inflamada; Tetuan volando hecho cenizas y nuestro ejército aniquilado en un segundo por un cataclismo puramente físico, atormentaban contínuamente mi imaginacion.

Esto seria espantoso, terrible, incontrastable.

Prefiero ver en accion otro canto mas de la *Jerusalem libertada*; prefiero el cerco y la defensa; el asalto y sus horrores.

More alcuno, altri cade: egli sublime
poggia, é questi conforta, é quei minaccia.
Tanto e già in su, che le merlate cime

puote afferrar con le distese braccia.
Gran gente alor vi trae, l'urta, il reprime,
cerca precipitarlo, é pur nol caccia
(¡Mirabil vista!) á un grande é fermo stuolo
resistir puó sospeso in aria un solo.

Ello dirá. El dia no puede tardar mucho y yo le aguardo con la pluma en ristre.

Diérame Dios el númen de *Tasso* ó la fácil vena de nuestro Ercilla, y no en humilde y desbarajustada prosa, sino en acordadas cláusulas y numerosos versos te cantaria los últimos libros de esta epopeya. Y aun careciendo de tan especiales dotes, tal vez ensayara algunas veces dejar la péñola por la lira, si las fatigas de la campaña y el tumulto que me rodea á todas horas, me acordasen treguas de soledad y descanso en que departir á solas con mi pobre musa.

—Con que volvamos al asunto.

¡Y bien! Nada mas por hoy.

Ha hecho bastante calor, á pesar de la fecha; y ahora que principia á anochecer, empieza á sentirse un relente sumamente nocivo, que tiene ya en el hospital á muchos de nuestros soldados.

¡En todo es igual esta naturaleza formidable!

Pero ¡qué bella y resplandeciente...! ¡Que cielo, que montañas, que campiñas!

Está anocheciendo, como te acabo de indicar. La luna de enero, la mas plácida y luminosa del año, muestra ya un estrecho limbo de oro, tendido en el cielo de Poniente, sirviendo como de simbólico remate á la torre de la mezquita mayor de Tetuan. Mas alto y esplendoroso que la creciente luna, tiembla sobre la Alcazaba el lucero de la tarde, el melancólico Héspero, el dios que preside á las tristezas de los que vagan solos por el campo, llenos de lúgubres memorias ó de irrealizables anhelos. Uno y otro astro se bañan en las suaves claridades del crepúsculo que agoniza, y Tetuan, que sirve de foco á estas tres combinadas luces, las rechaza como un espejo, reverberando de tal modo, que se creeria dotada de luz propia su deslumbrante, nítida blancura.

Entre tanto, las ranas cantan á lo lejos, indicándome el lugar de las lagunas y mi camino para volver al campamento. Ecos vagos de cantares españoles resuenan por el otro lado del rio... Es algun soldado que vuelve cargado de leña, y que al verse solo y entre dos luces, fuera de nuestras trincheras, previene de ese modo á los centinelas avanzados que el que llega es gente amiga, y que no tienen por qué alarmarse.

Por lo demás, nada te digo del efecto que produce el fandango ó la jota que viene cantando aquel hijo de alguien, aquel antiguo habitante de algun pueblo, aquel español espatriado por la primera vez de su vida y cuando menos lo imaginaba.

La copla última que he oido esta tarde decia asi:

Algun dia llorarás,
cuando ya no haya remedio:
me verás y te veré;
pero no nos hablaremos.

Concluyo diciéndote que el viejo ***Abdalla*** sabe ya que de nuestra parte no tiene nada que temer por su vida.

No puede decir otro tanto ese inocente jóven que penetra cantando en su campamento.

Mañana, quizás, le llevará su coronel á la muerte.

¡Pobre soldado!

XLI.

Fortificaciones.—El vapor, el ferro-carril y el telégrafo en Marruecos.—Reconocimiento.—El espía.—El general Zabala.—El gobernador de Gibraltar.—El tren de sitio.—Espectativa de un mútuo ataque.

Dia 27 de enero.

Pasó otro hermosísimo dia de sol, que no ha alumbrado nada nuevo.

Como viernes que ha sido, hánse visto banderas sobre todas las mezquitas de Tetuan.

Nuestras fortificaciones adelantan de una manera maravillosa. El cuerpo de ingenieros es objeto de las mayores alabanzas.

Ya están concluidos los fosos y parapetos que han de defender á Fuerte Martin el dia que levantamos el campo. La Aduana ha sido rodeada tambien por una estensa y solida fortificacion, provisional como todas las que construimos. Dentro de ella, quedan encerrados algunos edificios de madera, que se han levantado para almacenar municiones, asi como dos grandes barracas, en que hay ya de repuesto un millon de raciones ademas de las que se desembarcan incesantemente para la provision diaria del ejército.

Formando un ángulo recto con estos dos fuertes, se encuentra el reducto de la *Estrella*, de que tanto te he hablado, llamado asi por tener la forma de una estrella de seis puntas.

Una larga trinchera enlaza estas tres soberbias posiciones, que unidas á los rios y lagunas, constituyen una respetable defensa de nuestra base de operaciones.

Tambien se ha planteado esta semana un ligero parque de artillería y se ha alistado todo lo necesario para desembarcar y montar el tren de sitio en el momento que llegue, que será mañana sin falta.

Ya ves que no nos dormimos, como acaso te imaginas tú desde ahí, al vernos parados tanto tiempo en estas playas.

En cuanto á los moros, trabajan tambien incesantemente.

Su campamento, centinela avanzado de la ciudad, está rodeado de baterías, fosos, parapetos y trincheras. La espuerta y la pala no descansan tampoco entre sus manos. Pasan de mil hombres los que vemos ir y venir continuamente alrededor de sus posiciones, cargados de ramaje, pitas, piedras y cuanto puede servirles para fortificarse.—O tienen entre ellos algun director europeo, ó todo esto lo han aprendido de nosotros. En cualquiera de los dos casos, estamos de enhorabuena.

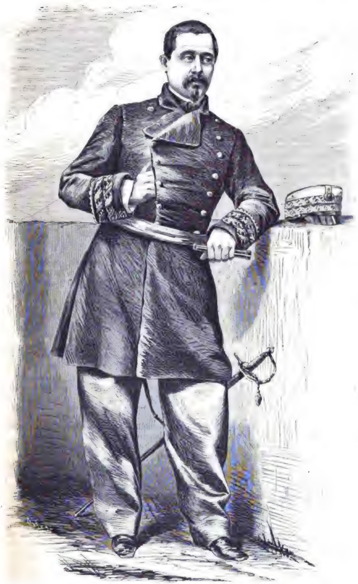
Dia 28.

Alarma al amanecer.

Los moros trataban de inutilizar las obras del reducto de la Estrella, creyéndole desguarnecido; pero habiéndose encontrado con que los recibian á balazos á pesar de lo intempestivo de la hora, han huido en precipitada fuga.

Llega el tren de sitio.

Ha venido á bordo de un vapor de poco calado, que ha



El general don Diego de los Rios.

podido pasar la barra, hendir las aguas de la ria y subir hasta la Aduana.

Es la primera vez, segun Santiago, que penetra en el Martin un barco de vapor. ¿Qué dirán los moros al ver correr á todo lo largo del rio esa columna de humo?

Yo contemplo esta inaguracion con una especie de poético regocijo, y me envanezco de que sea España la primera que despliegue en estas comarcas el lujo de la civilizacion de Europa.

No es que yo atribuya á estos hechos mas importancia de la que realmente tienen: no es que me imagine ni por un momento que ha sonado la hora de que las costumbres cristianas reemplacen á las agarenas en este continente; no es que dé por muerto al islamismo y por triunfantes las ideas modernas en las orillas del Guad-el-Gelú; ni tan siquiera es que yo confie en que pueda ser permanente la posesion que hoy toman de una parte del imperio de Marruecos la cruz y la cultura, el progreso y la verdad... No: si tal esperanza pude concebir antes de pisar el Africa, hoy la he abandonado ó aplazado indefinidamente. El mahometismo está herido de muerte en todas partes y sobre todo en Africa; nosotros aceleraremos su muerte con esta guerra; pero el cadáver del bárbaro coloso aun permanecerá insepulto muchos años.

Desaparecerá, sin embargo, de sobre la tierra, y la vivífica y potente raza española es la llamada á sustituirle. Hoy tomamos una posesion moral y en profecía de lo que mañana ha de ser nuestro materialmente. Hoy hacemos valer nuestros derechos y ostentamos nuestra fuerza: mañana volverá aquí nuestro ejército como heredero abintestato.

Por eso,—y por lo que realmente signifiquen en sí, como conato de propaganda,—me entusiasma el ver que los españoles hemos traido á este caduco y estacionario imperio los mas ópimos frutos de la civilizacion. Hoy rompe una nave de vapor las ondas perezosas del Guad-el-Gelú... y esa nave ostenta el pabellon amarillo y rojo. Ayer quedó establecido un telégrafo eléctrico entre Fuerte-Martin y la Aduana, y el vívido alambre, al trasmitir el pensamiento humano como una luminosa exalacion, lo hacia en el idioma de Cervantes. Mañana quedará tendida una via de hierro sobre esta tierra, independiente hasta ahora como las panteras del Atlas, y será tambien España la que dé su nombre á ese camino.

Pero ¿qué significa todo eso? me dirás acaso. ¿A qué sellar tan solemnemente una tierra que no nos proponemos conservar en nuestro poder, puesto que no hemos ido al Africa en pos de conquistas materiales, que para nada necesitamos y que serian un gravámen para España?

Te diré, mi querido amigo.—Estas grandes y solemnes obras, como tú las llamas ya en tus cartas, y que te hacen soñar con una nueva España ultramarina, no se construyen para empeñar prendas con el porvenir, sino para satisfacer urgentes necesidades del momento. Su forma será mas ó menos ilustre, pero esto cederá siempre en honra y decoro de nuestra nacion. El ferro-carril, v. gr., no pasa de ser un par de kilómetros de via férrea por donde corren algunos vagones arrastrados por caballerías: es la manera mas cómoda y decente de trasladar nuestro inmenso material de guerra á través de este llano pantanoso. El telégrafo es tambien necesario, estrictamente necesario para mantener una rápida inteligencia entre el cuartel general y la marina el dia que marchemos sobre Tetuan. En cuanto al vapor, no creo que era cosa de anularlo, á fin de no comprometernos con la historia. *Et sic de cæteris.*

Ahora, yo no te ocultaré que nosotros todos, y muy especialmente los poetas (gentes peligrosas si las hay), nos complacemos en abultar estas maravillas; hacemos una oda diaria á la transfiguracion del Africa, y llenamos de viento la imaginacion de los patriotas exaltados.—Tómeme Dios en cuenta la franqueza con que declaro mi delito.

Pero, en fin, de cualquier modo que sea, yo me complazco en consignar todos estos alardes de civilizacion, y creo firmemente que el dia 28 de enero de 1860 es una fecha gloriosa para mi amada patria.

Ni ha sido la entrada de un vapor en Rio Martin y la llegada del tren de sitio la única satisfaccion que ha esperimentado hoy el ejército. Otra mas tierna y no menos grande nos ha causado ver desembarcar al general Zabala, de vuelta de Ceuta, muy aliviado de su parálisis y dispuesto á continuar la campaña en que ha tomado una parte tan gloriosa.

El bravo caudillo se ha vuelto á encargar del mando del segundo cuerpo de ejército, que ha desempeñado interinamente y con tanta bizarría el general Prim durante la ausencia del conde de Paredes.

En este instante las músicas de los regimientos que han llevado alternativamente á la victoria, dan al uno la serenata de despedida y al otro la de felicitacion por su llegada.

El conde de Reus volverá á encargarse del mando de la division de reserva, que unida á la del general Rios, formará un cuarto cuerpo de ejército.

Dia 29.

Domingo.

Se dice misa sobre la plataforma de la Aduana y la oye todo el ejército.

Es un cuadro sorprendente que te describiré otro dia.

Llegan nuevos oficiales estranjeros á estudiar esta guerra é ingresan en el cuartel general de O'Donnell.

Ya los hay suecos, austriacos, rusos y bábaros.

Se esperan franceses y piamonteses.

Al fin de la misa, se hace un nuevo reconocimiento por la llanura.

El cuartel general cruza las lagunas con agua hasta las cinchas de los caballos.

Vadéase el rio Alcántara por diferentes puntos y se eligen los parages en que han de echarse los puentes el dia de nuestra marcha.

El general García, algunos ayudantes y la escolta llegan hasta cerca de las huertas de Tetuan.

Yo voy con ellos.

Se nos hace fuego de cañon y nos salpica el agua que levantan los proyectiles al caer cerca de nosotros.

A todo esto, nos encontramos á tiro de fusil de las trincheras de los moros, cuya importancia y disposicion observa escrupulosamente nuestro animoso jefe de Estado Mayor general.

Los cañonazos que le disparan en aquel momento, le sirven para conocer la colocacion, el número, el calibre y el alcance de los cañones que los marroquíes han puesto en batería sobre la llanura.

Algunos salen de detrás de los parapetos y nos hacen fuego con las espingardas, pero sin causarnos ninguna pérdida.

Nosotros no contestamos ni nos movemos.

Las huertas de Tetuan son amenísimas: rodeánlas setos de cañas y encierran muchos y muy variados frutales.

Entre ellos vemos algunas casas de campo de dos pisos, con azoteas y miradores.

Por los campos y por los alrededores de la ciudad distinguimos, con auxilio de los anteojos, mucha gente que va de un lado á otro y largas recuas de camellos, mulas y asnos...

Aunque somos tan pocos, nuestra aproximacion infunde un verdadero pánico á los descuidados enemigos, y vénse correr en todas direcciones pelotones de ellos, con los jaiques recogidos y gritando como hembras perseguidas por un toro.

En cuanto hayan cogido sus armas, este ruido se habrá convertido en júbilo y furor.

Pero nosotros nos hemos vuelto á nuestro campo, enterados ya de lo que deseábamos saber.

A eso de las dos de la tarde, óyense frecuentes y cerradas descargas en los campamentos enemigos...

El viento nos trae á veces vagos rumores, que nos parecen de fiesta y alegría.

Indudablemente, acontece algo estraño á las puertas de Tetuan.

¿Habrá llegado otro ejército?

A la noche, ó por mejor decir, al oscurecer, aparece en nuestras avanzadas un muchacho moro, que nadie habia visto atravesar por el llano, y agitando las mangas de su jaique blanquizco, y riendo bondadosamente, da á entender á los centinelas que viene de paz y que quiere ver á nuestro rey.

Este muchacho tendrá catorce ó diez y seis años: es de fisonomía alegre, viva y maliciosa: trae mucha hambre, como todos los prisioneros que hemos hecho hasta ahora y no lleva mas calzado, ni mas ropa, ni otra cosa en la cabeza que el susodicho jaique, nuevo completamente.

—¿De dónde vienes? le han preguntado varias personas.

—De Tetuan.

—¿Y por dónde has venido?

—Por entre la yerba.

—¿Qué te trae entre nosotros?

—Venia con una carta de un comerciante de Tetuan para vuestro rey.

—¿Y dónde está la carta?

—Se me ha perdido; créelo, cristiano.

—¿Cuándo se te perdió?

—Al pasar el rio.

—¿Y por qué no te volviste?

—Porque deseaba conoceros; créeme, cristiano.

Y asi diciendo, miraba al cielo y se llevaba la mano al corazon.

Luego sonreia y arrancaba enormes bocados á un pan que acabábamos de darle.

—¿Y qué decia la carta?

—No lo sé.

—Pero sabrás cómo se llama el comerciante que te la ha dado.

—No lo sé tampoco.

—¿Y tú, cómo te llamas?

—Almanzor.

—¿Eres soldado?

—No: soy mozo de mulas.

—¿Has pasado por el campamento de los moros?

—¡Ca! no... he venido por el otro lado del rio.

—De modo que no sabrás la causa de los festejos de hoy...

—Si la sé; es que ha llegado Muley-Hamet con mucha caballería.

—¿Y quién es Muley-Hamet?

—Un hermano del emperador y de Muley-Abbas.

—¿Cuánta gente ha traido?

—Ocho mil moros.

—¿De dónde vienen?

—De Fez.

—¿Y Muley-el-Abbas? ¿Cuánta fuerza tiene?

—Le quedaban veinte y cinco mil hombres el dia de la última batalla; pero anteayer llegaron cinco mil soldados de rey.

—Son treinta y ocho mil entre todos.

—Treinta y ocho mil y los que van á llegar de muy lejos, respondió el musulman sentándose en el suelo, al lado de una hoguera.

En esto, le vinieron á buscar para encerrarlo en Fuerte-Martin.

—Es un espía, se susurraba entre tanto por los cuatro ángulos de nuestro campamento.

El pobre muchacho se aterró mucho cuando le dijeron que subiera por la escala que sirve para entrar en Fuerte-Martin; pero el intérprete le tranquilizó, asegurándole que allí encontraria otro moro y que su vida no corria peligro.

Por lo demás, creo inútil decirte que *Amurat* no ha vuelto.

Hace perfectamente.

Dia 30.

El dia de hoy ha sido para mí fecundo en emociones, patéticas unas, cómicas otras; pero todas dignas de mencion.

Indudablemente, ciérnese en el aire otro gran acontecimiento de esos que van formando poco á poco la historia de esta guerra.

A lo menos, todos los síntomas son de tempestad.

Anoche vinieron otra vez los moros á atacar el reducto de la Estrella. Su número era mas considerable que en las anteriores intentonas nocturnas; pero la guarnicion de la fortaleza estaba en acecho y bastaron algunos tiros para hacer desistir á los enemigos de su temerario propósito.

La clara luz de la luna permitió á algunas fuerzas nuestras practicar un reconocimiento por el llano á la una de la noche, con lo cual terminó la alarma y el sueño recobró su dominio sobre los dos ejércitos beligerantes.

Esta mañana, al amanecer, todos creimos que íbamos á tener accion. Los moros, que, segun parece, han terminado ya sus obras de atrincheramiento y defensa, coronaban todas las alturas de Sierra Bermeja, mientras que algunos ginetes paseaban por el llano, si bien fuera del alcance de nuestros cañones.

O'Donnell les ha estado observando largo tiempo, mientras que á la orilla del Martin se trabajaba con indecible actividad para desembarcar y montar el tren de sitio.

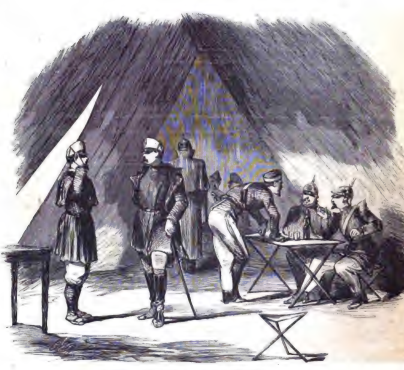
Dentro de dos ó tres dias estaremos en disposicion de marchar sobre Tetuan, rápida, enérgica, decididamente, provistos de todo lo necesario para librar una gran batalla, poner sitio á la ciudad y destruirla en veinte y cuatro horas.

Quizás antes, habremos de rechazar una formidable arremetida del reforzado ejército moro, no menos impaciente que el nuestro por venir á las manos.

Segun las confidencias recibidas de su campo, la llegada de Muley-Hamet y de su gente con nuevas instrucciones del emperador, con proclamas de los santos y *derviches* de lejanas tierras y con grandes repuestos de víveres y municiones, ha envalentonado mucho á Muley-el-Abbas, haciéndole recobrar la esperanza, que ya casi habia perdido, de vencernos alguna vez.

Por lo demás, fuerza es reconocer que la posicion de los marroquíes es ahora mas ventajosa que nunca: nosotros hemos de avanzar por el llano á pecho descubierto, y ellos nos aguardan en altas colinas defendidas por parapetos y cañones, fosos y lagunas. La artillería de la Alcazaba y de las puertas de Tetuan, con mas la que tienen en la torre de *Geleli* y sobre la llanura, nos acribillará á balazos tan luego como nos acerquemos al campamento enemigo, mientras que sus miles de caballos y ágil y numerosa infantería podrán acometernos por todos lados y presentarnos otra batalla á retaguardia en el momento que nos alejemos del mar.

Bien sé que todas estas contingencias las pesa y analiza hace muchos dias nuestro caudillo, y que no dará el paso decisivo y supremo de la campaña sin asegurarse antes de su buen éxito; pero esto no impide para que al mismo tiempo que ansiamos el combate, esperimentemos todos cierta zozobra, ó por mejor decir, cierta curiosidad, cierta impaciencia mezclada de sobresalto por conocer el plan del general en jefe.—¡Oh! Dios le ilumine como hasta aquí.—¡Un desastre á las puertas de Tetuan, por pequeño que fuera, anularia toda la campaña, haria estériles los pasados triunfos y sumiria á la patria en un horrible desconsuelo!



Fonda de campaña en Rio-Martin.

Con que mudemos de conversacion.

Hoy hemos recibido una importante y rara visita, que ha sido objeto de muchos y diversos comentarios, aun entre la gente mas lega de nuestro ejército.

Mister Codringthon, famoso general inglés y actual gobernador de la plaza de Gibraltar, llegó esta mañana en un vapor á la boca de la ria y pidió permiso al conde de Lucena para desembarcar con algunos oficiales y recorrer nuestro campamento.

O'Donnell le contestó mandándole á la playa doce caballos ensillados para él y su acompañamiento y una escolta de guardias civiles.

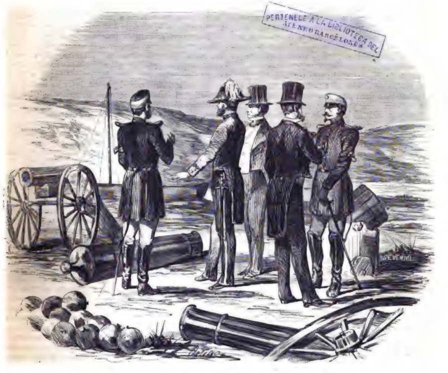
—¡Qué curioso es mister Codringthon! ¡Y cómo se deja arrastrar por su curiosidad! han esclamado algunas personas con espiritual y fina sonrisa. ¡Con tal que lo que vea en nuestro campo no se publique mañana en la *Crónica de Gibraltar*!

Pero ¿qué nos importa que se publique ó que llegue por otro conducto á conocimiento de los moros? ¿Ni qué podrá ver en nuestros reales el ilustre general de los Tres Reinos Unidos?

¡Verá treinta mil bombres apercibidos al combate y verá un tren de sitio capaz de hacer ceniza á Tetuan! Verá unas tropas como no las tuvo ni tendrá nunca la Gran Bretaña; y verá tambien, que á pesar de los millones que nos reclamó hace pocos dias su noble y generoso gobierno con tan delicada oportunidad, y que le hemos pagado en veinte y cuatro horas, enviándoselos envueltos en un parte de nuestras victorias, no nos hemos quedado tan pobres que carezcamos de vastos almacenes llenos de municiones y víveres, comprados muchos de ellos en el gran bazar de los *neo-judíos*.

Empero Dios me libre de enfadarme con quien ha venido á honrar nuestra sóledad, y á saludar nuestra victoriosa bandera. Y siendo circunspecto y galante con tan ilustre huésped, no hago mas que imitar la solicitud y finura con que el general O'Donnell le ha puesto de manifiesto todos nuestros recursos, todos nuestros medios de ataque y de defensa y hasta todos nuestros planes.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONES



El gobernador de Gibraltar examina nuestro tren de sitio (De ún croquis.)

De todo ello, lo que mas ha llamado la atencion de mister Codringthon, ha sido nuestro tren de batir, que por confesion suya y de los oficiales de artillería é ingenieros que le acompañaban, asi como en el sentir de los oficiales estranjeros agregados al cuartel general del general en jefe, es el mas completo, lujoso y bien acondicionado que pudiera presentarse en Europa. De escesivo y suntuoso, esto es, de demasiado bueno han podido tacharle solamente. Y es que... (guárdame el secreto) algunos de los carruajes son de caoba, es decir, de un valor tan crecido como innecesario! Pero ¿qué hacer? Se nos vino esta guerra encima; carecian nuestros parques de otra madera mas barata, y echaron mano de una gran partida de caoba... materia escelente para carruajes y cureñas.—¡Siempre pequemos asi!—¡Siempre se nos encuentre superabundantes y derrochadores en todo aquello que pueda contribuir á la gloria y al poderío de nuestra patria!

Sea como quiera, el hecho es que, aunque lego en artillería, me ha entusiasmado á mi tambien el aspecto del tren de sitio.—Todas las piezas estaban ya montadas. Pasan de sesenta. Las hay de todas clases y calibres; enanos y sólidos obuses, recios morteros, pedreros formidables. Alineadas entre los cañones, vénse altas pirámides de balas, de bombas y granadas de todos tamaños. Por otra parte, encuéntranse enormes pilas de barriles de pólvora, de botes de metralla, espeques, ruedas de repuesto, cadenas de hierro y otros mil enseres cuyos nombres desconozco, pero que completan el tremendo conjunto de tantas fuerzas destructoras, haciendo presentir á la imaginacion los espantosos estragos que puede causar en un momento aquella materia, inerte á la sazon é inofensiva.

La bárbara satisfaccion con que he contemplado un cuadro tan simpático y tranquilizador (perdóname estos feroces adjetivos), no ha podido compensar sin embargo la profunda pena que he esperimentado hoy al penetrar en la tienda del general Zabala.

Esperaba yo encontrar bueno, como le dejé el dia antes, al valeroso general; pero ¿cuál fue mi sorpresa y cuánto mi dolor al verle tendido en su humilde cama de campaña, pálido como la cera, con la espresion de una suprema angustia en los nublados ojos y bañado de lágrimas aquel noble semblante, tantas veces enardecido por la gloria!

El conde de Paredes estaba otra vez baldado.

Dos noches de tienda, en esta húmeda llanura, habian bastado para determinar tan súbita é inesperada recaida.

El bravo general no se quejaba tanto de la parte de vida que perdia, como de la parte de gloria que este infortunio le arrebataba. Despues de haber pasado en Ceuta veinte y siete dias de angustiosa reclusion, habia volado en busca del ejército, al primer asomo de salud, ansioso de tomar parte en las grandes luchas que han de preceder á la toma de Tetuan. Su mala fortuna le ha negado tan noble satisfaccion; y el general, desesperado ya de todo, ha resignado definitivamente su mando; dado un adios tristísimo al campamento, y partido esta tarde de las playas marroquíes con rumbo á la madre España.

¡Vaya tranquilo! El batallador del 30 de noviembre y del 9 de diciembre en los bosques del Serrallo; el arrogante auxiliar del conde de Reus en la batalla de los Castillejos; el mártir de Ceuta, puede estar satisfecho y orgulloso de la parte de gloria y penalidades que le ha cabido en la campaña. El ha dado á su país cuanto puede darle un buen hijo: primero su poderosa ayuda; despues su salud, y últimamente su alegría. Inutilizado en el campo del honor, inválido victorioso, cuando mañana pise las playas españolas, le saludará agradecido el númen de la patria.

Réstame decirte que el general Prim ha tomado en propiedad el mando del segundo cuerpo, y que las dos divisiones de reserva seguirán á las órdenes del general Rios.

XLII.

Combate de Guad-el-Gelú, ó del 31 de enero.

Escrito en mi tienda el 1.° de febrero.

> De pantanos procuran guarecerse
> por el daño y temor de los caballos,
> donde suelen á veces acogerse
> si viene a suceder desbaratallos:
> allí pueden seguros rehacerse,
> ofenden sin que puedan enojallos,
> que el falso sitio y gran inconveniente
> impide la llegada á nuestra gente.
>
> (Ercilla.—*Araucana*, C. I.)

Pulsa otra vez tu lira, genio de mi patria: tú que celebras y bendices allende los procelosos mares los triunfos y las virtudes de tus soldados, añade un canto mas al magnífico poema de la guerra de Africa; escribe una nueva fecha memorable en tus anales de oro; estiende en alas de la fama el anuncio de la completa victoria que acaban de alcanzar nuestras banderas, y prosternado al pié de los altares en que depositamos nuestra confianza, nuestros votos y nuestros ruegos el dia que salimos para esta guerra, tributa al Dios de los ejércitos fervorosas alabanzas.

Nuestros presentimientos se han cumplido: la tempestad que vagaba por la atmósfera hace algunos dias, ha estallado de la manera mas formidable. Los nuevos ejércitos marroquíes han sido rechazados valerosamente por nuestras aguerridas tropas, y el príncipe Muley-Hamet parte ya con su hermano Muley-el-Abbas las amarguras del vencimiento.

Ayer por la mañana, ambos caudillos salieron de sus tiendas con el temerario propósito de venir á dormir en las nuestras; y puestos al frente de sus bárbaras y copiosas legiones, atacaron nuestro campamento por tres distintas líneas de batalla.—A la tarde estábamos ya nosotros al pié del suyo, amenazándole mas de cerca y mas terriblemente, despues de haberles batido en todas partes y visto huir sus infantes y ginetes cubiertos de sangre y de ignominia.—Anoche, en fin, á la hora en que terminaba este inolvidable mes, cuyo primer sol iluminó la batalla de los Castillejos, nuestros soldados se encontraban de vuelta en sus inviolables reales, ideando ya la próxima batalla en que nos tocará á nosotros acometer y á los moros resistir, en que iremos á asaltar su campo, como ellos han venido hoy á lanzarse sobre el nuestro, y en que les dejaremos demostrado cuán lejos se encuentra el tigre de la Libia de poder compararse con el leon castellano.

¡Oh! el combate de ayer ha sido terrible, grandioso, estraordinario. Toda una noche ha pasado sobre él, y aun se dibujan en mi imaginacion vivos y ardientes sus multiplicados episodios, sus grandes peripecias, su magnífico conjunto.—Ahora son las nueve de la mañana: la diana se ha tocado hoy muy tarde, á fin de darnos algunas horas mas de reposo; pero yo estoy todavía rendido á consecuencia de las doce horas de continua refriega que pasé ayer, recorriendo sin cesar, al través de pantanos y lagunas, una línea de mas de una legua, ora siguiendo las cargas de la caballería, ora acompañando á los cañones que corrian á escape, ya envuelto entre las masas de infantería, ya atacando las posiciones de nuestros adversarios, y siempre bajo un sol abrasador, completamente en ayunas, cubierto de lodo y agua y luchando con mi pobre rocinante que se asusta de los cohetes *á la congreve*.—En cambio, pocos dias habré podido contarte una accion con tanta copia de datos como hoy. Todo, todo lo vi ayer. La amplitud del terreno, liso y despejado, permitióme estudiar la lucha en globo y en sus pormenores, por la derecha, por la izquierda y por el centro, á tal punto que puedo asegurar sin exageracion que estuve á un mismo tiempo en todas partes. Dígalo si no mi pobre *Africa*, que no acertaba á dar un paso al final de la contienda.—Con que vamos al asunto.

Serian las siete de la mañana ó poco mas: el sol naciente doraba ya la superficie del Mediterráneo; daba horizontalmente en nuestras húmedas tiendas, de las que su calor estraia azulados vapores; reverberaba en todas las matas y yerbas que sobresalen del llano, y resplandecia, en fin, sobre las blancas siluetas de Tetuan y de su alcazaba.

Del campamento moro, como del nuestro,—situados frente á frente y en amenaza ú observacion el uno del otro,—alzábanse, al modo de leve niebla, las evaporaciones del rocío y el humo de los hogares de campaña, lo que semejaba á las dos líneas de polvo ó de humareda que se ven siempre sobre el horror de un combate.

Cuando el sol empezó á calentar y se despejó la atmósfera, es decir, á eso de las nueve de la mañana, advirtióse que el ejército enemigo estaba en movimiento, y pronto se le vió tendido por el llano en un semicírculo de legua y media, viniendo resueltamente sobre nosotros.

Nadie se sorprendió en nuestro campamento; pues hacia muchos dias que todos esperábamos este ataque; sin embargo, no pudimos menos de admirar la audacia y el teson de tan belicoso adversario, así como su terquedad ó su constancia.

En cuanto al número y á la actitud en que se presentaba hoy, eran tambien mas imponentes que nunca. Indudablemente los príncipes marroquíes iban á hacer un esfuerzo desesperado, y nos tomaban la delantera, por decirlo así, convencidos ya, como no podian menos de estarlo, de que nosotros lo teníamos todo dispuesto para atacarles resuelta y definitivamente.

En aquel momento habian desplegado ya en batalla mas de veinte mil hombres, casi todos de caballería, formando dos ejércitos separados, de los que cada uno se movia independientemente.

El que se estendia á nuestra derecha, mandado por Muley-Abbas, segun supimos luego, se apoyaba en la torre de Geleli y en un estribo avanzado de Sierra Bermeja, que se adelanta por la llanura ni mas ni menos que los cabos y promontorios en la mar. Este era el ejército mas numeroso y el que por lo visto llevaba la iniciativa en la accion. Conocíase tambien que dejaba á retaguardia numerosas reservas escondidas en las primeras ondulaciones de la sierra, y á él pertenecian, en fin, muchos y muy respetables grupos de infantes, que iban ocupando poco á poco todos los accidentes del terreno que habia de ser teatro de la lucha; colinas, chozas, setos y bosquecillos.

El otro ejército,—el de Muley-Hamet,—fuerte de unos seis mil infantes y dos mil caballos, cubria nuestra izquierda, apoyándose en las huertas de Tetuan y estendiéndose hasta las orillas del Guad-el-Gelú.

Es decir, que lo mas recio de la caballería enemiga nos amenazaba por el flanco derecho, ó sea por el reducto de la Estrella, haciéndosenos indudable que el intento de los moros era atacar por aquel lado nuestra retaguardia cuando nos hubiésemos alejado por el llano arriba, cortarnos la comunicacion con el mar y apoderarse de nuestras tiendas.—Para ello, siquier á gran distancia, bajaban incesantemente masas de caballería á colocarse á nuestra derecha, llegando algunos temerarios ginetes hasta muy cerca de la playa por el lado allá del rio de la Judería.

Era un cuadro magnífico, te lo aseguro, el que ofrecian tantos blancos caballeros esparcidos por la dilatada llanura, marchando ora á la *desfilada*, ora en lucidos pelotones, tan reposadamente como si fuesen de paseo, parándose á veces para mirarnos, retrocediendo otras, desparramándose en ocasiones como una bandada de palomas que se dispersa, reuniéndose en seguida para continuar su atrevida marcha, y cautivando siempre nuestra atencion con su gracioso cabalgar y fantásticas vestiduras. Parecia imposible que aquella gente pudiese hacernos daño alguno, ni que una nube tan aérea, tan impalpable, tan vaga, encerrase tantos rayos de fuego, tanto poder, tanta fuerza, tan infernales propósitos.

El general O'Donnell adivinó desde el primer instante cuáles eran estos, y se apercibió á un tiempo mismo á la defensa de su amenazado campo y á dar á los marroquíes el condigno castigo por su bárbara y soberbia insensatez.

A este fin encargó al general Rios que sostuviera nuestro flanco izquierdo con sus batallones, con un escuadron de lanceros de Villaviciosa y una compañía de artillería de montaña; y el bravo general ejecutó la órden rápidamente, escalonando en masa todo el cuerpo de reserva, y apoyándose en aquel puentecillo por donde la carretera empedrada de que te hablé el otro dia pasa sobre el rio Alcántara.

Al mismo tiempo, la division de caballería, al mando del general don Felix Alcalá Galiano, formó en dos líneas de batalla, y siguiendo la direccion que el conde de Lucena le marcaba con su acero, avanzó oblícuamente por la derecha en busca del enemigo, á fin de estorbar que siguiera corriéndose por aquel lado y obligar á los ginetes árabes que se encaminaban á la playa á que volviesen sobre sus pasos, si no preferian quedar aislados entre nuestra caballería y el mar.

Los astutos agarenos comprendieron desde luego cuál podia ser su situacion, y retrocedieron aceleradamente antes de que el general Galiano hubiese podido interponerse entre ellos y Sierra Bermeja.

Quedó, pues, limpio de adversarios y asegurado por entonces el flanco derecho de nuestra línea; pero en cambio, fortalecido el centro enemigo con la llegada de los ginetes rechazados, ofreció á nuestra vista un verdadero mar de combatientes, que amenazaba inundar el llano en el momento que se desbordase.

Nuestra caballería se replegó tambien al reducto de la Estrella, una vez frustrado el intento de la contraria; y esperó allí nuevas órdenes, que no tardaron en llegar.

El tercer cuerpo, mandado á la izquierda por el general Turon, á la derecha por el general Quesada y en el centro por su comandante en jefe el general Ros de Olano, habíase adelantado ya al frente del enemigo, llevando de reserva seis baterías de artillería, tres de ellas de posicion, y las otras tres del segundo regimiento montado, mientras que el segundo cuerpo,—el del general Prim,—quedaba formado á retaguardia, á la derecha de nuestro campamento, con órden de avanzar cuando lo creyese necesario.

Todo estaba pronto por consiguiente, en uno y otro ejército: aun no habia sonado un solo tiro: eran las diez de la mañana.

En este momento rompióse el fuego por la izquierda entre las guerrillas del general Rios y las avanzadas de Muley-Hamet; y como si el incendio latente que cundia por ambas líneas, solo hubiera esperado una chispa para estallar, el primer tiro puso en conflagracion todo el llano. Al fuego de la izquierda respondieron mil detonaciones en la derecha y en el centro, y al cabo de un minuto ya no se veia en ninguna parte sino humo, cadáveres, ráfagas de lumbre, charcos de sangre, tacos quemados, cartuchos rotos, fusiles por el suelo. El cañon unió, en fin, su grave y pavoroso acento á la confusa y bárbara armonía de la refriega, y los gritos agudos de los moros contrastaron como siempre con las severas y roncas voces de mando de nuestros jefes y oficiales.

Al principio, lo mas fuerte del combate fue hácia la Aduana.

Allí se veia marchar al general Rios al frente del regimiento de Iberia, de un batallon de Cantabria y del provincial de Málaga, llevando consigo una compañía de artillería de montaña, mandada por un bravo capitan que se ha distinguido estraordinariamente en esta guerra y cuyo nombre figura, entre justos elogios, en los partes de todas las acciones dadas hasta hoy; por don José Lopez Dominguez, en una palabra, jóven oficial, que ha hecho las campañas de Crimea y de Italia, comisionado por nuestro gobierno cerca del ejército francés, y cuyas glorias en Africa son ya un proverbio, así entre nuestros generales como entre los simples soldados rasos.

El general Rios penetra el primero en los pantanos á donde le siguen las tropas, llenas de ardor y de alegría.

La infantería infiel, que se habia atrevido á acercarse á la nuestra mas que de costumbre, contando con que el terreno que las separaba era intransitable, deja de hacer fuego al ver á los intrépidos españoles marchar hácia ella por el pantano adelante.

Los africanos creen sin duda sentir ya en su espalda la punta de nuestras terribles bayonetas, y retroceden en busca de nuevos parapetos desde donde batirse á mansalva y cautelosamente...

Pero nosotros no les dejamos volver la cabeza, ni pararse, ni rehacerse, ni respirar.

Allá vamos detrás de ellos hasta las mismas huertas de Tetuan, de las que salen fuerzas de refresco, nos hacen cara y ayudan á salvarse á sus fugitivos compañeros.

Rios cuenta de una mirada á sus nuevos adversarios. Son demasiados... Lo menos triplican el número de sus fuerzas... Pero ¿qué importa?

Manda tocar ataque, y los nuestros se lanzan en columna sobre aquel copioso y revuelto rebaño de infantería, que huye atribuladamente algunos momentos, cual si tratase de ganar los próximos setos y matorrales.

Mas de pronto salen de aquellos laberintos de ramas y de encañados numerosas falanges de caballería mora, lujosamente ataviada, compuesta de estraños seres adornados con vestimentas rojas y turbantes blancos, ó con jaiques blancos y altos casquetes rojos, mulatos casi todos, negros algunos, armados de pistolas, gumías y espingardas, y caballeros en ágiles, flacos y pequeños bridones que apenas tocan el suelo con los piés...

Parece que un conjuro los ha hecho brotar del seno de la tierra: por aquí aparecen veinte, por allí cincuenta; por un lado ciento, por otro cien y cien mas... ¡Ya pasan de mil...!

¡No importa!—Rios manda hacer alto á sus batallones; los arenga; les ordena formar cuadros oblicuos, y espera tranquilo el formidable choque.

Acércanse los ginetes árabes dando espantosos aullidos y blandiendo sus espingardas como leves juncos.—¡*Fuego*! grita el general Rios; y de dos caras del cuadro brotan descargas cerradas, que siembran la muerte en rededor, mientras que las filas esteriores, con la bayoneta calada y la rodilla en tierra, se disponen á resistir cuerpo á cuerpo á caballeros y caballos.

Muley-Hamet recuerda sin duda entonces la lúgubre historia de su hermano el emperador, la batalla de Isly, los cuadros de infantería francesa, y no insiste mas en sus ataques contra aquellas máquinas vivientes que forman nuestros batallones.

Huyen por tanto, las legiones montadas, como acababan de huir las de á pié, y el general Rios completa su obra destacando de los cuadros guerrillas de cazadores que persiguen á la espantada morisma hasta obligarla á refugiarse en los bosquecillos que rodean la torre de Geleli.

O'Donnell, que lo ve todo de muy cerca, mándale detener sus fuerzas en aquel punto. Hácelo así Rios, recomponiendo sus cuadros; y espera nuevas órdenes, libre ya de enemigos, si bien enviándoles de vez en cuando certeras granadas á los bosques y barrancos en que sabe que se albergan, y á donde los empuja por otro lado nuestra animosa caballería.

Pero no abandonaré este flanco para volver los ojos hácia el centro de nuestra línea (donde tuvo lugar lo mas recio y encarnizado de la accion de ayer) sin referir antes su episodio en que figuró mas tarde el mismo cuerpo de reserva, y con el cual completó su parte de gloria en tan memorable jornada.

Fue el caso que, á eso de las tres de la tarde, cuando mas violenta era la lid al pié de Sierra-Bermeja, algunas fuerzas moras de infantería se corrieron á todo lo largo del Guad-el-Gelú, á fin de cortar la retirada al cuerpo de reserva, interponiéndose entre él y nuestro campamento.

El general Rubin de Celis, que se hallaba al frente de la primera línea por aquel lado, se penetró en seguida de las intenciones de los moros, y las previno oportunamente mandando á un escuadron de lanceros de Villaviciosa, que se hallaba á sus órdenes, que avanzase diagonalmente, cargase á los enemigos y les obligase á retroceder hácia su centro.

Así lo hizo aquel valeroso escuadron, sin reparar en el número de los adversarios.

Sale en pos de ellos; los alcanza; los acuchilla... Ellos huyen como espantados corzos... El escuadron los persigue sin cesar.

Pero repentinamente, míranse en el mismo caso que los húsares el dia de los Castillejos. ¡El terreno se hunde bajo los piés de los caballos! ¡Han dado en un lodazal blando y profundo; han caido en él; están atascados; están perdidos!

Entonces el enemigo, que los ha llevado á aquel lugar arteramente, se acumula al otro lado del foso de cieno y los fusila con entera impunidad.

Los de Villaviciosa no piensan al principio en retroceder, como lo aconsejaba la prudencia; sino en avanzar, salvar el estorbo, ganar la opuesta orilla y vengar la sangre que derraman en tan malhadada situacion...

Pronto se convencen, sin embargo, de que es imposible adelantar una pulgada de terreno... Los caballos no pueden bracear; no pueden moverse; ¡están materialmente clavados en el lodo! ¿Qué hacer?

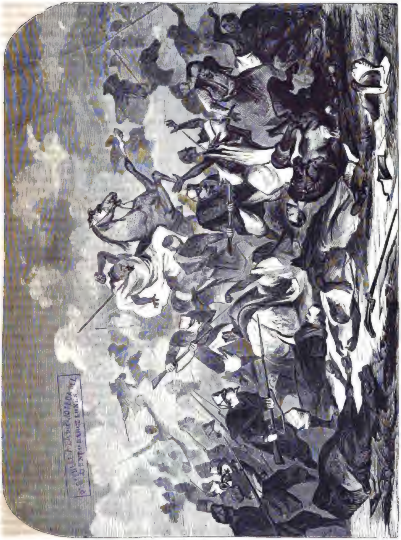
Mas de la mitad del escuadron encontrábase todavía sobre un suelo medio firme, y hubiera podido emprender fácilmente una retirada honrosa, necesaria, urgente... Pero ¿cómo abandonar á una muerte segura, alevosa, desesperada, á sus infelices compañeros, que ya no podian avanzar ni retroceder, y que iban cayendo uno á uno sobre el ceniciento fango, atravesados por las balas enemigas?

¿Qué hacer? ¿Qué hacer?—Pasan algunos momentos de perplegidad y de agonía... Los moros se burlan diabólicamente desde el lado allá, cada vez que ven caer un lancero... Sus espantosos gritos se mezclan á los tremendos juramentos de nuestros soldados... ¡Ah! ¡Qué horror! Ya han caido veinte... ¡Así van á caer todos...! La caridad, el honor, el compañerismo impedirán que se salve ninguno de ellos... ¡Oh cruento y doloroso sacrificio...!

¡Ah...! pero no... Nuestra infantería ha visto desde lejos el tremendo apuro en que se encuentran sus hermanos...

El provincial de Málaga—¡honor á él!—Viene á la carrera en auxilio de los de Villaviciosa...

Llega; lánzase al pantano briosamente, y lo que no han podido hacer los caballos, lo hacen los hombres... Atraviesan el movible muro que les llega hasta la cintura: remueven el lodo con piés y manos; los unos se ayudan á los otros; saltan, brincan, se arrastran, nadan, por decirlo así, dentro del cieno, y cayendo y levantando, llegan á la otra orilla, con el fusil inútil, es verdad; cubiertos



La infantería española carga á la caballería árabe en la accion del 31 de enero. (De un croquis.)

de barro hasta la cabeza... es cierto... pero con la bayoneta calada, con la terrible bayoneta, que se limpia y abrillanta al atravesar el cuerpo de los asesinos y que se lava y enrojece con su fementida sangre.

Ya ha quedado á retaguardia de los ágiles andaluces el comprometido escuadron: ya pueden bajar de sus caballos los de Villaviciosa y sacar del lodazal á los muertos, á los heridos y á los que aguardaban su última hora enhiestos sobre las sillas: ya están redimidos; ya están vengados!

¡Vengados, sí!—Los de Málaga no se han contentado con servir de escudo á la caballería, sino que van en seguimiento de los asombrados africanos, hiriéndoles, matándoles, deshaciéndoles á golpes y puñaladas, haciendo arma de la culata de su carabina, de la llave, del cañon, de la bayoneta, y empleando ademas la navaja de su país... que sale á luz algunas veces en los instantes supremos de esta guerra.

En esto se retiraban ya los de Villaviciosa, cubiertos, sí, de infortunio; pero de gloria y de grandeza; y el general Rubin, juzgando ya inconveniente tener distraidas sus fuerzas por lo estremo del flanco izquierdo, tocó alto y retirada al denodado provincial.

Veamos lo que sucedia entre tanto por el frente.

Como te he dicho, el fuego se habia hecho general en toda la línea. La numerosa caballería de los dos príncipes, reconcentrada en torno de la torre de Geleli, acechaba un momento oportuno para caer sobre nosotros, mientras que su desparramada y cuantiosa infantería nos hacia fuego por mil lados, causándonos muchas y muy sensibles pérdidas.

Verdad es que nuestras guerrillas y las granadas y la metralla que vomitaban nuestros cañones vengaban con usura á cada español que caia; pero semejante compensacion era insuficiente para la gloria y la felicidad de nuestras armas. Mandó, pues, el general O'Donnell al general Galiano que se metiese en aquel Océano de enemigos con toda nuestra caballería y pusiese término de una vez á tan costoso y estéril tiroteo.

¡Instante imponente, momento solemne y supremo fue aquel para cuantos se enteraron de la órden! Nuestros caballos pasaron al trote por las diáfanas lagunas, y yo partí con ellos, arrastrado por no sé qué salvaje curiosidad que no quiero definirte.

El brigadier Villate, y los escuadrones de coraceros que militan bajo sus órdenes, marchaban como á una fiesta. Era público en el ejército que aquella brava gente ansiaba una ocasion en que acometer empresas como la de los húsares el dia 1.° ó como la de los lanceros de Farnesio el dia 23. En pos de dichos escuadrones, que eran los llamados del *Príncipe* y de la *Reina*, iba de reserva el del *Rey*, así como el primero de húsares, desplegado en guerrilla por la derecha, á fin de tener á raya á algunos grupos de caballos moros que caracoleaban por la llanura. Mandaba el *Rey* don Fernando Vir; la *Reina* llevaba á su frente á don Eulogio Albornoz, y el *Príncipe* era acaudillado por don Federico de Soria Santa-Cruz.

Estos dos últimos escuadrones fueron los que cargaron en primera línea, é hiciéronlo *á fondo* con el mayor denuedo, penetrando como un huracan en el lleno del ejército enemigo.

Sus espadas relucian como centellas y descargaban tajos y reveses á diestro y á siniestro... Un ancho reguero de sangre señalaba su paso al través de las huestes marroquíes.

¿Necesitaré decírtelo una vez mas?—¡Ni la infantería ni la caballería de los moros se atrevió á hacer frente á aquella briosa acometida!

Una y otra se declararon en precipitada fuga, dejando sus muertos en nuestro poder, y amparándose en una hondonada ó vallecillo, situado al pié de Sierra Bermeja,—especie de abrigado golfo, formado por la prolongacion de dos estrivaciones de la montaña.

¡Que temeridad!—Los coraceros, que miran reunidos en aquel parage á millares de fugitivos, penetran en pos de ellos, comprendiendo que allí no tienen fácil salida y decididos á esterminarlos....

Pero no bien se acercan á tiro de fusil, ven salir de la tierra una espesa línea de fuego y oyen silbar las balas sobre su cabeza, mientras que algunos dóblanse lentamente sobre las sillas, murmurando con entera conformidad:—Estoy muerto.

¿De dónde vienen aquellos tiros?—¿Quién los dispara?

¡Ah! Es que los moros tienen una trinchera á la entrada de aquel fatídico recodo...

—¡Adelante, coraceros! grita Villate... Saltemos ese parapeto y no quedará un infiel con vida...

Así lo hacen aquellos bravos...

La trinchera es de poca consideracion, y los marroquíes que la guarnecian, la abandonan por un momento al ver el arrojo de nuestros ginetes.

Estos la saltan; la dejan atrás y caen como un torrente desencadenado sobre la acorralada morisma.

Oyense primero gritos de terror, de espanto, de agonía... Las espadas de los coraceros se hartan de sangre y de esterminio. Los ginetes moros se defienden muy mal con sus gumías. Los infantes no tienen espacio ni serenidad para cargar sus espingardas...

Mas de pronto aquellos lamentos de los vencidos truécanse en ahullidos de júbilo y furor...

Mil quinientos caballos, casi todos de la Guardia negra, que estaban escondidos en un pliegue del monte, han dado la vuelta y aparecido á retaguardia de los coraceros, envolviéndoles completamente, cortándoles la retirada, encerrándoles en el mismo golfo donde ellos tenian encerrados á sus enemigos.

¡Desastroso momento! La acosada morisma cobra valor y ánimo con aquel refuerzo formidable. Por todos lados caen sobre los nuestros miles y miles de adversarios, armados de gumías y de chuzos por el estilo de lanzas. Hácenles fuego á quema ropa... Los infantes pululan entre los piés de los caballos... Cada español tiene que luchar con una jauría de marroquíes!

No se abate, sin embargo, su soberano esfuerzo. Antes se revuelven con mayor furia, trazando en torno suyo círculos de muerte con sus tajantes espadas... Van, vienen, tornan, atropellan, acuchillan, cruzan por entre bosques de aceros, alcanzan, empujan y derriban á los ginetes que les estorban el paso, y salen, al fin, de aquella lúgubre hondonada á todo el escape de sus corceles, llevándose por delante una revuelta turba de peones, de ginetes y de caballos desmontados, que aquí tropiezan, allí caen; ora huyen con direccion á nuestra línea, esto es, con direccion á otra muerte; ora se esparcen por la llanura, buscando un refugio en la distancia.

Muchos de los nuestros vienen heridos; muchos han caido muertos... Pero de los que vuelven, ni uno solo ha dejado de verter sangre africana. Todas las espadas están rojas de sangre; estas melladas, aquellas rotas...

¡Ah! ¡Si vieses; si hubieses visto aquel tremebundo cuadro!

Yo recuerdo haber encontrado algo semejante en grabados y tapices que representaban el *Paso del Gránico*, *Maraton*, *los Campos catalaúnicos* ó *Queronea*...

Nada faltaba para completar mi ilusion. La lucha con arma blanca; los caballos encabritados sobre los muertos; los grupos de miembros palpitantes; los cascos de los coraceros; los clásicos trajes de los moros; la forma antigua de las espadas; las lanzas; las banderas; la trompeta vibrante de nuestra caballería tocando á degüello; los ancianos de luengas barbas como la nieve; los negros... todo, todo era artístico, monumental, heróico, semidivino, como la Iliada y la Eneida; como Jenofonte y Josefo, como Tito Livio y Quinto Curcio.—Y recordé á Yugurta luchando con los romanos, á César en las Galias, á Anibal en la Lombardía, á Napoleon en las Pirámides... Fue un momento nada mas; fue un instante fugitivo; fue un ligero episodio... pero tan descomunal, tan terrible, tan épico como las historias pasadas, como el poema fabuloso, como el increible bajo-relieve.

Y despues... ¡qué fantástica perspectiva!...—Hablo del momento de la salida al llano.—Figúrate el turbion de los deshechos escuadrones que pugnan inútilmente por rehacerse... Figúrate aquel escape revuelto, desordenado, asolador... Oye los gritos, las imprecaciones, las voces de mando, los gemidos de los que ruedan por el polvo... Y como vanguardia de este ruidoso torbellino, imaginate diez ó doce caballos árabes, sin ginete, enjaezados con grandes caparazones de color de escarlata, corriendo sin direccion fija, ensangrentados algunos, heridos todos, con la crin herizada, relinchando medrosamente, como si buscasen á sus dueños ó lamentasen su desventura...—¡Ah! ciertamente: ¡la guerra tiene una poesía particular; una poesía que sobrepuja en ciertos momentos á todas las inspiraciones del arte y de la naturaleza!

Mas prosigamos.

Al desembocar á campo abierto aquel huracan desencadenado encontróse con otro que corria en direccion opuesta, lo cual aumentó la confusion y el tumulto de aquel espantoso cuadro.

Era nuestra artillería montada que venia á todo escape, con estridente ruido, saltando y botando, ora sobre pantanos y lagunas, ora sobre zanjas y malezas, ansiosa de unir sus estragos á los de nuestra caballería y de ahogar con su ronco estruendo la feroz alharaca de los moros.

Crúzanse, mézclanse, confúndense caballos y cañones; cruge el látigo de los artilleros sobre las espantadas mulas; retroceden un momento los corceles árabes que huian asustados y sin ginete; atropéllanlos los pesados coraceros en su carrera desbocada; únense los gritos á los juramentos, los golpes á los relinchos, los ayes á las voces de mando... y en semejante tribulacion, en tal infierno, veo pasar á mi lado un estraño grupo que me arranca al mismo tiempo una recia carcajada y gritos y aplausos de admiracion.

Mr. Iriarte, el artista frances, que se encontraba hoy sin caballo, corria la posta montado en un cañon, á fin de llegar antes al teatro de la lucha... Llevaba su álbum de dibujo debajo del brazo, el sombrero tirado atrás, un revólver en la mano derecha; y en aquel idioma ilustre que tantas veces resonó en los campos de batalla, en el francés de la Argelia, de Italia y de Crimea, apostrofaba á las mulas á fin de que arrastrasen mas de prisa su caprichosa carga.

Quien así se dirigia al combate, no volvió de él menos gloriosamente.—Tres horas despues, cuando yo me retiraba á nuestro campamento por estraviados caminos, viendo á mi paso los despojos de tan encarnizada refriega, volví á encontrarme á Mr. Iriarte prestando su hombro á una camilla en que iba herido un oficial de coraceros...

Hechos de esta naturaleza y de parte de un estranjero, de un paisano, de un grande artista, no necesitan comentarios.

Yo saludé entonces con respeto á mi noble amigo, y ahora consigno aquí esos dos rasgos de valor y de filantropía, á fin de que la gratitud de mi patria ensalce, como es justo, el nombre de tan distinguido huésped.

Continúo.

Los denodados lanceros lograron al fin rehacerse, y los escuadrones recobraron la primitiva formacion...

Las pérdidas que acaban de esperimentar, consistian en cincuenta y cinco hombres muertos ó heridos, entre ellos ocho jefes y oficiales, y muchos caballos inutilizados ó muertos. Pero ¿qué importaba, si acababan de llenar de espanto el ejército enemigo?

Sin embargo, los moros venian otra vez en su persecucion, tomando aquella retirada por una derrota.

Era, pues, necesario volver á la carga, como suele decirse, y así lo mandó el brigadier Villate, lanzándose el primero contra los pertinaces africanos.

En esto se habian unido á los coraceros los lanceros de Villaviciosa y de Santiago, con el general Galiano á la cabeza.

Cargan juntos todos los escuadrones... Los moros intentan aguardarnos... Luego vacilan... Al cabo huyen como la primera vez, y el general manda á los nuestros hacer alto.

Empréndese entonces la retirada. El bizarro brigadier conde de la Cimera,—que habia arrollado entre tanto otras fuerzas moras por la izquierda con su brigada de lanceros, sostenida por un escuadron de húsares y otro de cazadores de la Albuera,—protege con admirable serenidad nuestro movimiento retrógrado, que se verifica ordenada y lentamente.

Mas no por esto puede darse el asunto por terminado. Los marroquíes vuelven al ataque con la misma facilidad que huyen. Cuando no encuentran manera de conseguir sus intentos, se contentan con causarnos bajas, y si son tantos en número como en el combate ayer, unas fuerzas relevan á otras, y acometen varias veces la misma empresa hasta que todos se convencen de la inutilidad de sus esfuerzos.

Rehiciéronse, pues, los islamitas luego que se vieron libres de nuestros escuadrones, y acometieron por tercera vez sobre nuestro frente, ocupado ya por algunos batallones del tercer cuerpo, que se habian colocado en primera línea, llevando á su cabeza á los generales Ros y Turon y al brigadier Cervino.

El general O'Donnell mandó á nuestra caballería echar pié á tierra y mantenerse un poco á retaguardia, y él esperó tranquilamente á los moros, en medio de los batallones de Ciudad-Rodrigo, Baza y la Albuera, decidido á dejarles llegar tan cerca como quisiesen, á fin de dar á su terco orgullo el último y decisivo golpe.

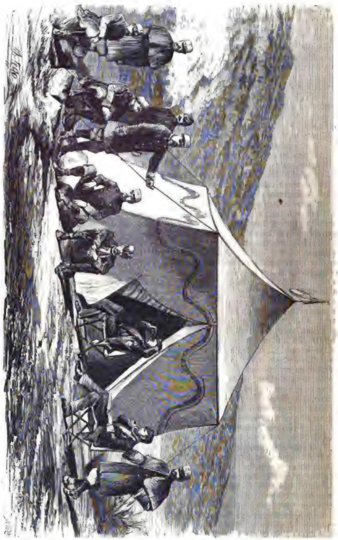
La primera fuerza enemiga que entró en fuego con nuestros infantes, fue una legion cuantiosa de ginetes.

La Albuera, Baza y Ciudad-Rodriego formaron el cuadro rápidamente.

Todos los que estábamos á caballo nos encerramos dentro de ellos.

Era la primera vez que yo me veia en semejante situacion, y en verdad te digo que es imponente á sumo grado encontrarse dentro de una fortaleza de carne humana, rodeado de enemigos por todas partes, sintiendo cruzarse las balas en direcciones opuestas, cercado de un anchuroso círculo de humo, y escuchando por intervalos sordos lamentos que revelan otras tantas bajas en nuestras compañías.

Tambien esta vez respetó la caballería árabe nuestros cuadros, y se mantuvo á cierta distancia sin atreverse á caer sobre ellos con todo el ímpetu de sus bridones, viendo lo cual el conde de Lucena, ordenó que saliesen algunas guerrillas á contestar al fuego diseminado del tímido enemigo.



El general Prim en su tienda. (De fotografía.)

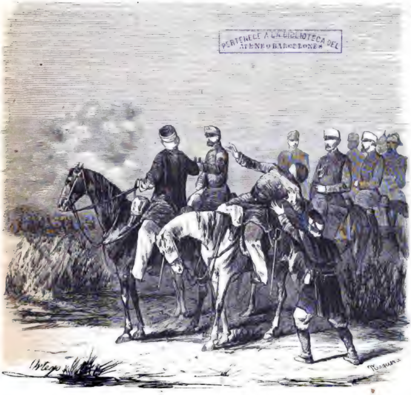
Entre tanto marchó él á recorrer toda nuestra línea, á fin de formar un juicio exacto de la situacion de cada fuerza antes de mandar el ataque general y en grande escala que debia poner fin á la lucha; ataque que constituye uno de sus mas bellos episodios de esta guerra.

Pero no adelantemos los sucesos.

El estado de nuestra línea era el mismo que ya conocemos. Solo habia ocurrido un incidente digno de mencion.

El general don Genaro Quesada (1) habia avanzado por la estrema derecha con los batallones de San Fernando y el Infante, al mando del brigadier Moreta, sostenidos por otros tres batallones á cuyo frente marchaba el brigadier Otero.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONÉS



Es herido el brigadier Dolz, comandante general de artillería.

A su izquierda habia encontrado un bosquecillo, apiñado y solo en medio de la llanura, á la manera de un gran ramillete de árboles.

Llamábase el *Campo-Santo*, y era efectivamente un cementerio de moros; un oasis fúnebre, si se me permite la frase.

A la sazon, unos cuatrocientos musulmanes vivos hacian compañía á los difuntos.

Aquellos cuatrocientos, de caballería por mas señas, estaban allí emboscados, esperando una ocasion de sorprender nuestra retaguardia.

Viólos el general Quesada; adivinó su intencion, y fuese derecho á ellos.

Los moros, creyendo que se trataba de un simple tiroteo, mantuviéronse firmes al principio; pero comprendiendo al poco rato que nuestra infantería trataba nada menos que de cargarles á la bayoneta... (yo comprendo su asombro), terciaron sus espingardas sobre el arzon, desalojaron el cementario y esparciéronse por la llanura, desde donde siguieron haciendo fuego durante algunos minutos.

---

(1) La circunstancia de imprimirse este libro lejos de mí, con sujecion á los confusos manuscritos que borroneo por las noches en mi tienda y no serme dado corregir mis errores ni los de los cajistas, hace que aparezcan las entregas con algunas erratas. Así, por ejemplo, en la entrega 6.ª, pág. 41, se dice que el general Quesada atacó á los moros *armado de carabina*, en vez de *armado de su espada*.

Quesada, entusiasmado con su infantería, que de progreso en progreso, no se contentaba ya con resistir á pié quieto á la caballería árabe, sino que ya osaba arremeter contra ella, tomó posesion del bosquecillo; apoyó en él sus masas y destacó algunas guerrillas en todas direcciones á fin de que respondiesen á los disparos de los desparramados ginetes, quienes comprendieron que aquella lucha les era desventajosa (puesto que ellos presentaban mas blanco que nuestros cazadores), y marcharon á reunirse al grueso de su ejército.

Nuestro general por su parte, dejó cuatro compañías en dicho cementerio, haciendo que un escuadron de húsares que acababa de incorporársele cubriese su derecha, y marchó con el resto de su fuerza en pos de los marroquíes, hasta que al llegar á rebasar nuestro frente, recibió órden de hacer alto y esperar en aquella posicion á que se determinase al ataque general.

Así las cosas, y comprendido ya por el general en jefe el órden actual de todo su ejército, hubo un momento de pausa en que estudió la situacion del enemigo y las posiciones que ocupaba.

Serian las tres de la tarde. Hacia mucho calor. No corria ni una ráfaga de viento, y el humo del combate se elevaba lentamente á la serena atmósfera como nube de incienso portadora del último suspiro de los que morian.

Iban cinco horas de incesante fuego: de la torre de Geleli y de las baterías rasantes que los moros habian establecido á su pié, alzábanse por momentos blanquecinas y solitarias humaredas. Eran otros tantos cañonazos, cuyos proyectiles no nos alcanzaban; pero cuyo estampido oíamos al modo de lejanos truenos. En cambio, nuestra artillería no cesaba de vomitar granadas y metralla dentro de las revueltas haces agarenas, mientras que las fusilerías de uno y otro bando se tiroteaban vivamente en una estension de cerca de una legua.

¡Qué ruido! ¡Qué agitacion! ¡Qué infierno! ¡Y cuán numeroso era todavía el ejército marroquí, cuán audaz y temerario!

Yo habia vuelto á reunirme al cuartel general del general en jefe, y una vez á su lado, tuve ocasion de lamentar mas que nunca el escesivo valor, la imprudente serenidad de nuestro caudillo.

O'Donnell se encontraba á caballo, en primera línea, entre nuestras guerrillas de tiradores, con el pecho á las balas, olvidado de sí mismo y de la muerte, observando con sus anteojos los movimientos del enemigo.

En menos de cinco minutos, fueron heridas varias personas de las que estaban á su lado ó detrás de él, todas pertenecientes á su cuartel general.

—¿Qué es eso? preguntaba sin volverse, al oir un golpe ó un gemido, ó al notar que bajaban del caballo á este ó aquel individuo de su comitiva.

—Nada... que han herido á fulano... le respondia el que se encontraba mas cerca de él, no sin añadir respetuosamente:—Mi general: V. no está bien aquí...

Pero O'Donnell ya no le oia, y continuaba sus observaciones desde el mismo puesto, ó adelantaba algunos pasos mas hácia el enemigo.

Así cayeron en torno suyo un correo de gabinete herido en un brazo, un guardia civil de su escolta con un muslo partido, el auditor de guerra señor Castillo con una fuerte contusion en el pecho y otras dos personas más que no recuerdo ahora...

Por último, el anciano brigadier comandante general de Artillería, señor Dolz, que se hallaba precisamente al lado del general O'Donnell, lanza un suspiro ahogado y esclama con una voz que condolió á todo el mundo:

—¡No veo! ¡No veo!... ¡Me han matado!

Y llevándose las manos á los ojos, cae sobre el cuello del caballo, mientras su espada rueda por el suelo.

Corremos á incorporarle y vemos que tiene un balazo en la frente.

La sangre que sale á borbotones de la herida enrojece ya todo su rostro y su blanca y magestuosa barba...

La lesion es mortal, pero el noble anciano respira todavía.

Una profunda piedad se apodera de nosotros: del corazon de O'Donnell se apodera en cambio una espantosa ira.

Él, como todos, habia visto caer al infortunado Dolz; pero en vez de pensar en aquel daño, que ya no tenia remedio, resuelve tomar en sangre de los moros una pronta y tremebunda venganza.

Inflámase su rostro: lanzan rayos sus miradas: busca con la vista á sus ayudantes y les da órdenes para todos los generales...

Yo no las oigo; pero veo que el caudillo señala con su espada á las últimas alturas ocupadas por los marroquíes...

—Hasta allí hemos de llegar, dicen algunos con admiracion.

Y tenian razon para admirarse. Entre aquellas alturas y nosotros habia medio cuarto de legua poblado por veinte mil moros, casi todos de caballería.

Ya en esto cundia por nuestro frente cierta animacion, cierto regocijo, cierta sacudida de entusiasmo, como si el mismo riesgo de la empresa fuese parte á alborozar los corazones.

—¡A ellos! ¡á ellos...! murmuran nuestros soldados, produciendo un sordo rumor semejante al que precede á la tormenta.

—¡A ellos! muchachos... ¡á la bayoneta...! ¡viva España! gritan los jefes, agradecidos de antemano á sus valerosas tropas.

Suena, en fin, el ardiente y vertiginoso toque de ataque; muévense nuestras columnas; primero lentamente; luego mas de prisa; por último á la carrera...

Ciudad-Rodrigo y Baza cargan en primera línea. En pos de ellos van los batallones de Albuera. Ros de Olano, Turon y Cervino capitanean aquel enérgico avance. La bandera de mi batallon ondea sobre una mar de bayonetas... Los vivas y las aclamaciones ahogan el estruendo de mil tiros.

¡Oh! ¡qué momento!—Los moros no piensan ni remotamente en resistirnos. Conocen demasiado estos ataques de nuestra infantería para intentar defenderse. Saltan, pues, de entre los cañaverales, de los pliegues de la sierra, de detrás de los parapetos, de todas las posiciones en que estaban ocultos, y trepan á la montaña como tímidas liebres; corren atribulados por todas partes; se agarran á las matas para subir; se derrumban de lo alto de las peñas; se deslizan, como sierpes, con el vientre por el suelo, ó andan con piés y manos entre las jaras, como bestias feroces, como parduzcas hienas.

Sublime, arrebatadora era la vista que presentaban aquellos arrojados batallones corriendo en masa y llevándose por delante, barriendo materialmente á millares y millares de infantes y ginetes revueltos en desesperada fuga!—¡Yo no he visto nunca,—y lo mismo decian los veteranos,—carga tan audaz, tan enérgica, tan brillante!—¡Bravo...! ¡Bien por los cazadores...! esclamaban jefes, oficiales y soldados, al ver á Ciudad-Rodrigo y Baza arrollarlo todo sin detenerse, fosos, trincheras, malezas, barrancos y colinas...

En tal momento, tengo ocasion de presenciar una escena que me interesa en alto grado.

El general Ros, que ve avanzar á sus batallones màs de lo conveniente, llevados de su ardor y su denuedo, vuélvese al primer ayudante que ve cerca de sí y le dice con energía.

—¡Al escape! ¡Al momento! ¡Que se detengan aquellas fuerzas!

El ayudante que recibe la órden es su hijo, el jóven teniente don Gonzalo Ros de Olano.

Saluda este á su padre y general con el respeto debido, y parte como una exhalacion.

Para llegar á donde se le ha mandado, hay dos caminos: uno muy largo, haciendo un rodeo y pasando por la retaguardia de nuestras tropas: otro cortísimo, faldeando la montaña y cruzando por entre los dos fuegos, que de arriba á abajo y de abajo á arriba se hacen los marroquíes y nuestros cazadores.

El bizarro ayudante comprende que no hay tiempo que perder y elige este último.

Su padre le ve desaparecer entre un diluvio de balas.

No el dolor, no la zozobra se pintan en el rostro del guerrero poeta, sino un gozoso y resplandeciente orgullo.....

Algunos momentos despues vése venir por el opuesto lado, flanqueando la posicion enemiga, un ginete á todo escape...

Los moros, que le distinguen, le hacen fuego; pero no le tocan.

Es el mismo ayudante; es el teniente Ros de Olano.

—Mi general, dice plantando su caballo delante del de su padre, y saludando á este con la mas severa etiqueta; la órden está cumplida.

—Hijo mio, responde tranquilamente el general: estoy muy satisfecho de tí.

Y con una profunda mirada, pregunta á su jóven heredero si está herido.

Este le significa que no con una sonrisa tierna.

Y los que presenciamos aquel mudo y patético coloquio, sentimos enternecido nuestro corazon y fortalecida nuestra alma.

Al mismo tiempo, el valeroso y distinguido general Makenna escalaba con dos batallones el estremo del cerro en que se apoyaban los moros, y el general Quesada subia con San Fernando y el Infante por detrás de la empinada posicion, mientras que el brigadier Otero tomaba á la bayoneta otras alturas aun mas distantes, sobre el estenso aduar de *Mel-lely*.

Para llegar á aquel punto, la division Quesada ha tenido que pasar á la desfilada entre dos pantanos muy profundos y que cargar otra vez á la caballería enemiga; pero la oportunidad con que aparece casi á retaguardia de los moros, le vale las alabanzas de todo el ejército.

Los pobres marroquíes, cogidos entre dos fuegos, rodeados, perseguidos por todas partes, tienen que retroceder en su fuga y descubren de pronto á nuestra vista sus numerosísimas huestes, que buscan otra salida por un barranco próximo á la torre de Geleli.—Parecian una inmensa manada de ovejas acosadas por hambrientos lobos...—¡Cuántos...! ¡cuántos eran todavía, y qué patente, qué ignominioso era su vencimiento! ¡Qué total y definitiva su derrota!

Aguardábales, sin embargo, una nueva amargura.

La batería de cohetes, que aun no habia entrado en fuego, ve en frente de sí aquel apiñado enjambre de acobardados monstruos, y empieza á lanzar en medio de ellos sus estraños y espantosos proyectiles.

Parten los cohetes como centellas, hendiendo el aire con estridente ruido; penetran como culebras de fuego en las haces musulmanas; serpean, saltan y vibran su larga cola, azotando con ella á peones y caballeros; otros se arrastran por la tierra, silbando y retorciéndose, yendo y viniendo sin rumbo fijo; algunos, en fin, trazan en la serena atmósfera amplias curvas, al modo de desencadenados cometas, y vienen á morir y á reventar sobre los moros sembrando el estrago y la muerte por do quier.

—¡*Fuego del cielo*! Nos ha dicho un prisionero que esclamaban ayer tarde los marroquíes. ¡Los cristianos disponen á su antojo de las exhalaciones de lo alto!...

Ni era esto todo. Nuestra artillería vomitaba andanadas numerosas de granadas y metralla sobre los aterrados agarenos, sobre su campo, sobre las huertas de Tetuan, sobre sus quintas y aduares... ¡Qué desolacion! ¡Qué castigo! ¡Qué bárbara venganza! ¡Cómo debieron arrepentirse de habernos provocado tan temerariamente! ¡Qué lúgubres presagios harian ya en aquel momento sobre la suerte de su ciudad querida!

Entre tanto, músicas y aclamaciones resonaban allá en las alturas que el general O'Donnell designó con su espada al ordenar el ataque.

Aquellos himnos celebraban nuestra completa victoria.

La bandera de España ondeaba sobre todas las cumbres de Sierra-Bermeja que ocupaba poco antes el enemigo.

Este ocultaba su dolor y su vergüenza en las fragosidades de las montañas próximas, dejando en nuestro poder centenares de muertos y una infinidad de armas y municiones.

Concluyamos.

Dicho se está que el general en gefe y su cuartel general habian subido de los primeros á las posiciones tan valerosamente conquistadas.

Desde allí, desde aquellas empinadas lomas, abarcábase de una sola ojeada toda la llanura que acabábamos de recorrer. Por un lado veíamos el cuerpo de reserva formado en cuadros; por otro la brigada Mogrovejo escalonada en columnas; allá nuestra caballería, tendida en batalla; mas cerca, la artillería tronando aun y coronada de blancas humaredas... Por todas partes guerrillas, grupos sueltos de soldados que conducian heridos; jefes y ayudantes que corrian en varias direcciones, cargas de cartuchos que venian de nuestros campamentos; camilleros de las compañías de sanidad que buscaban nuestros muertos entre la alta yerba, y acaso alguna que otra tertulia de oficiales, que almorzaban á aquella hora pan y queso, salchichon y vino sobre la tierra que acababan de ensangrentar sus compañeros.

¡Qué alegre, qué animada, qué marcial perspectiva!—El llano, relumbrante de bayonetas, poblado de batallones y de guerreros diseminados, parecia un vasto lienzo de esos que constituyen la gloria de los pintores de batallas...

Pero ¿qué rumor de músicas y tambores se percibe allá á lo lejos? ¿Qué ejército es aquel que avanza por la solitaria planicie que atraviesa el rio de la Judería?

Son los batallones del segundo cuerpo; es el general

Prim, que acude al teatro del combate á la cabeza de su ejército.

¡Imponente y magnífico espectáculo! Aquellas aguerridas fuerzas, que hoy han permanecido ociosas, vienen á banderas desplegadas y tambor batiente, en perfecta y vistosa formacion, al través de pantanos y lagunas, completando nuestro dominio sobre todo el anchuroso valle y como diciendo á nuestro general en jefe y á los caudillos mahometanos: «Aun quedábamos nosotros: aun estábamos de reserva para lo que pudiese ocurrir.»

El conde de Reus, adelantándose á su ejército, llega á todo escape á incorporarse al cuartel general de O'Donnell y á cumplimentarle por el hermoso triunfo que acaba de obtener.

Entonces oimos de su boca la relacion de un notable hecho de armas que ha tenido lugar allá abajo, durante la marcha de su cuerpo de ejército, mientras que el tercer cuerpo tomaba las posiciones enemigas.

Fue el caso, que habiendo hecho alto la division del general O'Donnell (don Enrique), un ginete árabe, que habia estado dirigiendo por aquel lado las fuerzas enemigas durante toda la lucha, se adelantó hácia nuestros batallones con cuatro ó seis ginetes mas, que parecian constituir su escolta.

Iba vestido todo de grana, y se lo habia visto siempre en los sitios de mayor peligro.

El hermano de nuestro general en jefe hizo avanzar por su parte á su ayudante el señor Maturana con ocho guardias civiles y cuatro ordenanzas, no con órden de cargar, sino de observar los movimientos del enemigo.

Pero al llegar al punto que se le habia señalado, y á gran distancia ya del resto de nuestras fuerzas, encuéntrase en frente al dicho estraño caballero, que habia reforzado su escolta con otros veinte ginetes.

Nadie habia visto llegar aquel refuerzo, que sin duda estaba escondido entre los altos juncales de las lagunas.

Sin vacilar ni un instante, el señor Maturana carga á los treinta marroquíes, yendo siempre á la cabeza de los doce valientes que le acompañan, y por un momento quedan revueltos y confundidos moros y cristianos.

Mas los nuestros se dan tal arte, que logran infundir miedo á los africanos. Retíranse estos... y Maturana y los suyos, viendo que nuevas fuerzas marroquíes vienen por la derecha tratando de envolverles, emprenden tambien la retirada para incorporarse al grueso de nuestras tropas.

Pero uno de los guardias civiles ha caido en esto del caballo, atravesado por una bala, sin que lo noten sus compañeros.

Maturana, que ahora venia detrás de todos, asi como para atacar habia ido delante, oye la voz del guardia civil que pide auxilio...

El jefe encarnado y seis ó siete moros le cercan ya, tratando de llevársele prisionero.

Maturana lo ve, y retrocede solo, armado de su revolver de seis tiros. Llega al grupo de moros, que salen á su encuentro blandiendo las afiladas gumías; apunta contra el jefe, y lo mata; dispara tres tiros mas y hiere á otros dos moros... Los restantes huyen, dejando prisioneros en poder del bravo ayudante á los dos amedrantados heridos.

Bien quisieran rescatarlos y castigar al audaz Maturana las fuerzas que acudian en socorro del ginete rojo; pero al mismo tiempo llegaban en ayuda de los nuestros dos compañías de la Princesa y una de Toledo, visto lo cual desistieron de su intento los marroquíes, pronunciándose en retirada.

Salvo ya el guardia civil, y recogidos los dos prisioneros, estos declararon que el jefe muerto era de una elevadísima graduacion.

Asi lo revelaban su rico traje de lana y seda y su escelente caballo, que en adelante montará el general Prim.

Por lo demás, esta marcha del conde de Reus por la llanura, sin caballería ni cañones, ha sido tan osada como aplaudida. Muchas veces vióse obligado á formar el cuadro, para hacer frente á los ginetes moros, que no se atrevieron á acercársele; otras destacó guerrillas en su seguimiento, causándoles algunas bajas, y á no haberle detenido la mala condicion del terreno, su llegada al teatro de la accion por la retaguardia del enemigo, hubiera hecho aun mas sangrienta su vergonzosa fuga.

Pero te he prometido terminar por hoy.—Describamos rápidamente nuestra retirada.

Esta se verificó con el mismo disgusto de las tropas y del general en jefe que la del dia del príncipe de Asturias.—¡Estábamos tan cerca del campamento enemigo! ¡Nos habia costado tanta sangre llegar allí!...

Sin embargo, era forzoso volver á nuestros reales.—Nuestro ataque á Tetuan debia verificarse por el otro lado de la llanura; por la orilla del rio Martin. Permaneciendo aquí, tendríamos que sostener dos ó tres acciones en terreno montuoso antes de llegar á las puertas de la ciudad, mientras que asaltando de frente los grandes parapetos guarnecidos de cañones que allí han construido los marroquíes, la jornada será dicisiva, quedando el resto de la empresa á cargo de nuestro tren de batir, que solo podrá avanzar por ciertos parajes, reconocidos ya y estudiados al lado allá de Sierra-Bermeja.

Retirámonos, pues. Los moros trataron varias veces de picarnos la retaguardia cuando la noche cubrió el valle de tinieblas; pero el general Quesada por un lado, y los brigadieres Villate y Cervino por otro, cargaron nuevamente al enemigo, que se resignó al fin á dejarnos marchar ufanos con nuestra victoria.

En cuanto al cuartel general, pasó á su vuelta sobre el teatro de las cargas de caballería.

Aun se veian algunos muertos nuestros, y muchos, innumerables mahometanos.

Dióse órden de recoger aquellos, y dejamos á los moros el cuidado de enterrar á sus compatriotas.

Algunos caballos de uno y otro ejército, agonizaban de pié, con el cuello tendido al aire y desangrándose lentamente... Otros yacian al lado de sus ginetes exánimes... Las armas descansaban tambien en tierra, como cansadas de matar... ¡Qué cuadros de tan lúgubre poesía!

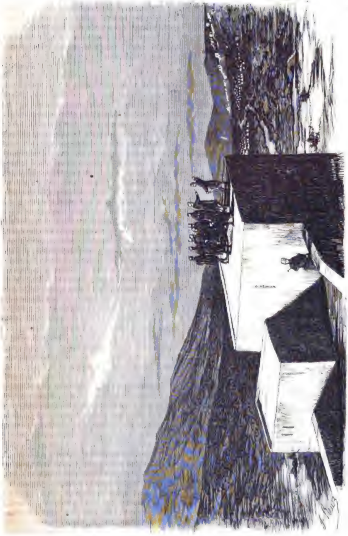
Entre los despojos del reciente combate, encontróse una bandera roja al lado del que la habia paseado todo el dia por el campo de batalla. Era este un mulato corpulento, vestido con una túnica, roja tambien, pantalon azul y turbante blanco. Dormia el sueño de la muerte con la faz al cielo, y su brazo derecho, estendido hácia la bandera, parecia pugnar por defenderla todavía.

En fin; cerca ya de nuestro campo, interrogó rápidamente O'Donnell á uno de los prisioneros hechos por el general Prim.

Era un anciano medio desnudo, de melancólica fisonomía.

—¿Sois muchos? le preguntó entre otras cosas el general en jefe.

—¡Muchos! ¡muchos! respondió el moro, estendiendo las manos y agitando los dedos, como si viese ante sí las numerosas haces que habia contemplado reunidas aquella mañana.—¡*Muchos!... ¡muchos!... pero, ¿de qué nos sirve?*



O'Donnell revela á los demás generales el plan de la batalla de Tetuan.

Y al pronunciar esta frase, espresaba el rostro del anciano una desesperacion tan profunda, que su patriotismo y su desgracia nos inspiraron respeto.

Concluyo diciéndote que nuestras bajas en el combate de ayer consistieron en ochenta muertos y sobre quinientos cincuenta heridos.

Las de los moros...—muchos pudieron verlas como yo,—fueron atroces. Los muertos solamente, pasarian de trescientos. — Tambien perdieron muchísimos caballos.

En cuanto á mí,—perdóname la inmodestia,—no tengo valor para dejar la pluma sin darte cuenta de la alegría y del orgullo que esperimento en este instante.

El general O'Donnell me ha dado la *cruz de San Fernando en el campo de batalla*, recompensando así con usura la parte insignificante que pudo caberme en los trabajos y peligros del combate de ayer.

Es decir, que mientras viva, adornarán mi pecho los colores amarillo y rojo de la bandera nacional, y que despues de terminarse esta guerra y mi compromiso de soldado, aun permaneceré unido con lazo tan solemne al bizarro ejército español, que tanta admiracion, tanta simpatía ha inspirado á mi alma, estraña hasta ahora á semejantes afectos y á toda relacion oficial con el Estado.

Sea en buen hora. Luzca sobre mi corazon el mas sagrado símbolo de la patria, la mas honrosa recompensa militar, la noble enseña española, y ella me inspire en todo tiempo sentimientos de amor y adoracion entusiasta hácia aquella ilustre nacion que bendigo ausente y de quien me envanezco de ser hijo.

XLIII.

Dia de la Candelaria.—Misa solemne.—Reconocimiento.—Conferencia de los generales y plan del próximo ataque.

Guad-el-Gelú 2 de febrero.

El dia de ayer trascurrió sin novedad. Dedicóse al embarque de heridos, al *municionamiento* de las tropas, al descanso de la pasada accion y á los preparativos de la marcha.

Esta se verificará pasado mañana al amanecer: las órdenes están dadas y todo dispuesto con la mas escrupulosa prevision.

Por lo demás, hoy ha sido un dia solemne, y de inolvidables emociones para los que seguimos atentamente la hilacion de los sucesos.

En primer lugar, esta mañana oyó misa todo el ejército con la ardiente devocion y místico entusiasmo que dedica siempre á tan sagrada ceremonia.—El ser dia de la *Purificacion* motivó realmente el santo sacrificio; pero la circunstancia de encontrarnos abocados á una grande y decisiva batalla; la evidente proximidad de nuestra entrada en una ciudad infiel, y el temor que no podíamos menos de abrigar todos y cada uno sobre si aquella misa seria la última que oyésemos antes de comparecer en la eternidad, han dado al acto religioso de hoy cierta sublime tristeza, cierta suprema y celestial dulzura, no sé qué grandiosidad austera y melancólica, que no podia menos de contrastar con el humilde aparato y militar desaliño del templo, del altar, del sacerdote y de los fieles.

Celebrábase la misa en la plataforma del torreon de la Aduana, bajo la serena bóveda del cielo. El altar se apoyaba en el muro; y cerca de él, asomado á las almenas aspilleradas, hallábase un corneta de cazadores, quien con agudas señales iba indicando á las numerosas huestes tendidas por la llanura la marcha silenciosa del cruento sacrificio.

Yo no pude menos de volver muchas veces la cabeza para contemplar el magnífico cuadro que presentaban nuestras tropas en aquel momento. En una parte se veian oscuras masas de batallones formados entre los claros de sus tiendas. En otra, columnas apretadas de caballería, cuyas espadas centelleaban al sol, ó cuyas lanzas entregaban al manso viento sus vistosos banderines. Aquí un grupo aislado de ginetes; allá cuatro ó seis guardias civiles alineados en otra direccion; ora un soldado solo, que habia interrumpido su marcha; ora los ingenieros apoyados en sus herramientas; en un lado el cuartel general de este ó de aquel cuerpo de ejército, parado en pintoresco peloton, con los generales y brigadieres á la cabeza; en otro los acemileros y las gentes de mar, descubierta la frente, pero colocados tambien en regulares filas; ya una escolta, ya un regimiento, ya una masa de artillería, ya un centinela solitario... y todos silenciosos, todos inmóviles, ordenadamente colocados, pero sin igualdad ni simetría; diseminados por cuerpos ó por armas, y siempre atentos á un mismo punto, mirando todos al torreon del arábigo edificio.

No habia semblante que no espresara cierta mezcla de ferocidad y dulzura, de tristeza y de alegría. Al través del duro aspecto y de la amenazadora espresion que los rigores de la campaña y los crueles hábitos de la guerra han prestado á todas las fisonomías, resplandecia la suave luz del espíritu evangélico, de la inteligencia ilustrada, del corazón afable y misericordioso. Dulces y generosos afectos se reflejaban en aquellos ojos familiarizados ya con el sombrío espectáculo de la sangre y de la muerte. Las memorias de la patria, los recuerdos de la familia, los cuidados del alma, la cercanía de la vida eterna, todo conspiraba á enternecer y mejorar el corazon, á exaltar el sentimiento religioso, á inflamar el amor divino.

Todos rezaban, pues, ó sostenian con el Ser Supremo mas íntimos coloquios. Quién le rendia una fervorosa accion de gracias por haberle protegido hasta entonces y conservádole para su atribuladá familia; quién le rogaba que fuese su escudo y su defensa en los próximos combates; quién le encomendaba la custodia de seres queridos que temia no volver á ver; quién, en fin, conmovido por mas grandes agitaciones, pedia para las armas españolas la ayuda y el favor del Dios de los ejércitos, ofreciéndole en cambio, si necesaria era para la felicidad de su patria, una desdichada vida, que no aspiraba á mas alta gloria ni á mejor ventura que ser de algun provecho á la causa de la humanidad.

Una regalada música poblaba en tanto de melodías la pura atmósfera de la mañana. El sol enviaba sus mas cariñosos rayos á los que vió en otros dias pacíficos moradores de sus lejanos hogares y hoy encontraba en estranjero suelo, dando su vida en flor en defensa de la honra de su patria. Dios, rey del universo, acudia gozoso á la nueva tierra en que sus hijos se reunian en su nombre y le llamaban...—¡Tetuan y sus guardadores debieron de sentir el frio de la muerte en tan augusto y misterioso instante!

Veinte y cinco mil soldados nuestros estaban de rodillas, presentando sus armas con humildad al Dios de *Sabaoth*, al caudillo del pueblo de Israel. Los ginetes, firmes sobre sus bridones, llevábanse al corazon la cruz de su espada, como ofreciendo la fuerza de su brazo y la sangre de sus venas á la Víctima que veian inmolar

Todos los ecos del valle resonaron con los acordes del himno triunfal de España, repetido por mil marciales instrumentos. La consagrada Hostia brilló al sol y eclipsó su lumbre, y el Cáliz misterioso, al alzarse sobre la cabeza del sacerdote, destacóse sobre el azul del cielo, como si en aquel sacrosanto brindis se hubiese unido la eternidad á lo creado.

Al fin de la misa, el general en jefe, que durante toda ella habia permanecido con la cabeza baja y la empuñadura de su acero apoyada en el corazon, emprendió silenciosamente el camino de los campamentos moros, seguido de su numeroso cuartel general y de todos los caudillos del ejército.

Su objeto era reconocer una vez mas el camino que hemos de recorrer pasado mañana y enterar á los demás generales de las observaciones hechas por el general García en los anteriores reconocimientos, designándoles al paso los sitios por donde han de conducir sus tropas á fin de esquivar en lo posible los parages pantanosos.

Llegamos, pues, hoy como los dias precedentes hasta muy cerca de los parapetos del enemigo, quien no dejó por su parte de recibirnos á cañonazos, que tampoco por esta vez nos causaron ningun perjuicio, á pesar de que sus voluminosas balas rasas nos alcanzaban con mucho y caian algunas veces á los piés de nuestros caballos.

Terminado el reconocimiento, volvimos á ganar nuestras trincheras; y una vez allí, el general O'Donnell invitó á todos los generales á que subiesen con él á la plataforma de la Aduana, desde donde, como te tengo dicho, se abarca perfectamente toda la llanura.

A nadie se le ocultó que el general en jefe iba á revelar y esplicar su plan de batalla á los que debian secundar sus órdenes y llevar á cabo el anhelado ataque á los campamentos enemigos.

Los generales Ros de Olano, Prim, García, Rios, O'Donnell (don Enrique), Orozco, Turon, Quesada, Galiano, Ustariz, Mackenna y Rubin de Celis, y los comandantes generales de artillería y de ingenieros componian aquella asamblea al aire libre, que nosotros divisábamos desde abajo con la curiosidad que puedes imaginarte.

La plataforma en que tenia lugar aquella importante escena era la misma en que pocos momentos antes se habia celebrado la misa de campaña.—O'Donnell, avanzado á las almenas del Oeste, designaba á sus subordinados varios puntos de la llanura, mientras que el general García, como jefe de Estado Mayor general, mostraba el plano del terreno, y Ros de Olano y Prim, agentes principales que habian de ser de la obra, se ponian de acuerdo sobre los puntos que habian de acometer con sus respectivas fuerzas.

Porque,—sábelo como ya lo sabemos todos;—el plan del conde de Lucena consiste en atacar á un mismo tiempo de frente y de flanco las posiciones enemigas y tomar á la bayoneta parapetos, cañones, tiendas y todo lo que encierren sus campamentos!

La idea no puede ser mas sencilla ni mas grande.

Ninguna tampoco podia entusiasmar tanto á nuestros soldados.

—¡Al fin, dicen; vamos á apoderarnos de la presa que hemos tenido al alcance de la mano en Castillejos, en Monte-Negron y en Rio-Azmir, y que tan de cerca amenazamos en los combates del 23 y del 31 de enero!

—¡Horrible y grandioso dia! esclamo yo para mí mismo, figurándome el momento del formidable ataque.—¡Dios sea con nosotros!

Pero de nuestras inquietudes y alegrías acerca de la próxima lucha, te hablaré mañana con mas viveza y propiedad que pudiera hacerlo hoy; pues mañana es la verdadera víspera del dia solemne, y nada tendremos que hacer sino filosofar con el pié en el estrivo.

Con que hasta mañana, y buenas noches.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONES

XLIV.

La víspera de la batalla.—*Molendris*, víctima política.—Llegan los voluntarios catalanes.—Los arenga el general Prim.—Despedidas.

Dia 3 de febrero.

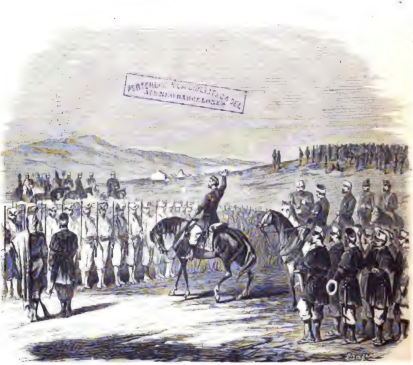
El dia de hoy me lo habia yo imaginado muchas veces antes de venir á la guerra. Sus peculiares emociones, sus mas íntimos sobresaltos, su solemne espectativa, sus terrores y sus dulzuras, son tales como yo los concebia siempre que pugnaba por figurarme la víspera de una batalla.

Hasta hoy no habia tenido ocasion de esperimentar nada de esto: y es que hasta hoy, nunca hemos tenido la seguridad de combatir al dia siguiente; nunca hemos atacado con premeditacion; nunca hemos buscado al enemigo.—El dia de los Castillejos marchábamos nosotros tranquilamente por nuestro camino cuando salieron los moros á estorvarnos el paso; el 16 de enero, cuando retamos á la caballería mora, nadie habia previsto un lance semejante; pero hoy sabemos todos,—lo mismo los jefes que los oficiales y los soldados,—que mañana al amanecer iremos á buscar las huestes contrarias, á batirlas, á asaltar su campo, á apoderarnos de él. Y esas huestes y ese campo no pudieran huirnos, ni encontrarse mas acá ó mas allá; sino que están allí, á nuestra vista, esperándonos hace mucho tiempo, con trincheras y cañones, con fosos y parapetos. La lid, por consiguiente, será segura, inevitable, tremenda.

Ahora; en lo que sí se parecerá el combate de mañana á muchos de los librados hasta hoy, es en la necesidad absoluta que tenemos de triunfar en él; de vencer irremisiblemente, de lograr por completo nuestras intenciones.—Al amanecer decamparemos: los soldados marcharán con sus tiendas á la espalda, provistos de raciones y con todo su equipo en las mochilas. Las acémilas nos seguirán con municiones y víveres, con hospitales y oficinas, botiquines y material de ingenieros...—O vencer ó morir; ó ganarlo ó perderlo todo; hé aquí nuestra culminante situacion.

Ni creas que me complazco en abultar la importancia de los riesgos que vamos á correr con el propósito pueril de que luego te parezca mayor nuestra victoria. Casualmente, tenemos noticias frescas del campamento, las cuales no dejan lugar á la duda acerca del formidable aparato y desesperada furia con que nos aguardan los marroquíes. Las enormes pérdidas que tuvieron en el último combate han sido suplidas y hasta superadas por tres ó cuatro mil *voluntarios* que Muley-el-Abbas ha reclutado entre los pacíficos vecinos de Tetuan, obligándoles á tomar las armas y á salir al campamento. Al mismo tiempo, el belicoso príncipe ha recibido de su hermano el emperador un considerable convoy de víveres y municiones, que empezaban á escasear, sobre todo los primeros, en las filas enemigas. Unido esto á la persuasion en que están de que mañana se juega el todo por el todo, de que será la batalla decisiva de la suerte de Tetuan y de que lo que no consigan en tan fuerte posicion; con artillería, parapetos y casi doble número de combatientes de los que nosotros podremos meter en fuego, no lo conseguirán ya nunca; todo esto, digo, hace que las tropas mahometanas hayan recobrado la fuerza moral perdida; que su confianza en la victoria sea mayor que en los últimos encuentros, y que su valor incontrovertible haya subido de punto con el deseo de vengar tantas derrotas.

Así se espresa á lo menos un pobre moro, enfermo y casi moribundo, que se nos ha pasado esta mañana, poseido tambien de un terrible espíritu de venganza; pero no contra nosotros, sino contra sus compatriotas y hermanos.



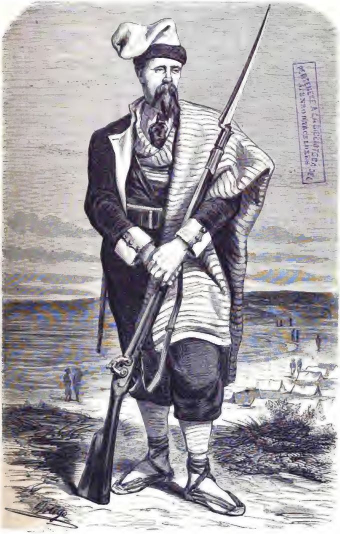
PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONES

El general Prim arenga á los voluntarios catalanes la víspera de la batalla de Tetuan.

Parece ser que este infeliz,—hombre de unos cuarenta años, flaco y amarillo como un espectro y vestido de cierto modo que revela su pasado bienestar,—ha recibido *cinco mil palos* en dos años por causas políticas, ó sea en virtud de un odio encarnizado que la familia imperatoria profesa á la suya hace medio siglo. Su padre y hermanos fueron degollados so pretesto de desobedencia á las órdenes del sultan; pero realmente, por ser amigos y allegados de cierto pretendiente al trono que quitó mucho tiempo el sueño al difunto Abderraman. El desgraciado que nos hablaba, habia pasado casi toda su vida en oscuros calabozos. El actual emperador le soltó hace pocas semanas en vista de que se moria, á fin de que recobrase su salud y tuviese fuerzas para padecer algunos años mas; pero con motivo de no haber tomado las armas, como se le mandó, en el reciente combate de Guad-el-Gelú, acaba de recibir doscientos palos, con los que se ha redondeado la cifra de *cinco mil* que constituye su lamentable historia. Ansioso de venganza, como te digo, y deseando favorecernos en contra de un soberano que no ha sido sino su verdugo, llega hoy á nosotros el desventurado ***Molendris***,—este es su nombre,—y nos da con febril y sanguinaria complacencia todos los datos y noticias que estima poder sernos de alguna inutilidad para la grande empresa que proyectamos...

¡Singular, increible historia! esclamarás acaso al leer lo que te digo de ***Molendris***.

Amigo mio, ¿de qué te asombras?—En nuestra católica España y en el presente siglo, han presenciado nuestros padres abominaciones y atropellos mucho mas escandalosos.



PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL

Voluntario catalan (muerto en la batalla del 4 de febrero).

Creo que no tengo necesidad de citarte por su nombre á los tiranos.

Volvamos, pues, á nuestra presente historia.

Todo está pronto. Los equipajes se encuentran empaquetados: solo falta abatir las tiendas y hacer las cargas. Los caballos tienen hoy doble racion de cebada y heno. Nuestros criados y asistentes preparan la frugal comida de mañana, á fin de que no ayunemos como otros dias de accion. Las armas están prontas: los cañones, las carabinas y los *revolvers*, han sido inspeccionados particularmente, pero con mas escrupulosidad que en una solemne revista. Las treinta mil cartas consabidas,—las que preceden á toda marcha ó encuentro que medio se haya sospechado,—encuéntranse ya en la tienda del correo. Apuesto cualquier cosa á que de todas esas cartas, ni la mitad siquiera dan la noticia de que mañana atacamos al enemigo. ¡Pero cómo se dejará adivinar en los dulces *adioses* que precederán á cada firma!

. . . .

Son las cinco de la tarde y vengo de presenciar una escena arrebatadora.

Las compañías de *voluntarios catalanes* que la noble y patriótica tierra de Roger de Flor envia al ejército de Africa, como precioso é inestimable donativo, acaban de desembarcar en este momento.

¡Afortunados aventureros!—Mas felices que los *tercios vascongados*, á quienes esperamos tambien hace muchos dias, llegan á tiempo de participar de los mayores peligros y mas gloriosos laureles de la campaña.

Son cerca de quinientos hombres. Visten el clásico traje de su país; calzon y chaqueta de pana azul, gorro frigio, botas amarillas, canana por cinturon, chaleco listado, pañuelo de colores anudado al cuello y manta á la bandolera. Sus armas son el fusil y la bayoneta. Sus cantineras, bellísimas. Su jefe es un comandante, jóven todavía, llamado don Victoriano Sugrañés. Tres cruces de San Fernando adornan su pecho, lo cual es de feliz agüero para su futura gloria. Los demás oficiales se han distinguido en muchas ocasiones y alguno de ellos ha militado, tambien voluntariamente, bajo las banderas de Pelissier y de Mac-Mahon.

La tropa toda ostenta en su fisonomía ese aire de dureza y atrevimiento, de laboriosidad y astucia que distingue á la raza catalana. Facciones angulosas, castaños ó rubios por lo general la barba y el cabello, recia musculatura y ágiles movimientos propios de gente montañesa; hé aquí los principales caractéres de los generosos voluntarios.

El general Prim, como paisano suyo, ha deseado que ingresen en su cuerpo de ejército, á lo que ha accedido el general en jefe.

Ellos, por su parte, los recien llegados reclutas, han pedido al conde de Reus ir mañana en la vanguardia, y tambien se les ha otorgado esta merced.

Pero vamos á la interesante escena que te he anunciado.

Los catalanes iban formando, segun desembarcaban, al pié de Fuerte-Martin. Todos los hijos del Principado que militan en este ejército habian acudido á saludarles. Mil abrazos, mil juramentos y saludos, mil diálogos en catalán de primera ley se seguian á cada encuentro, á cada reconocimiento. Entre tanto, la música de no sé qué regimiento del cuerpo de Prim, llegaba á dar la bienvenida á nuestros nuevos compañeros de glorias y trabajos, y el dicho general venia con ella tan contento y orgulloso como si fuese al encuentro de sus hijos.

El héroe de los Castillejos montaba aquel caballo árabe cogido á un jefe moro el dia 31, de que te hablé el otro dia. Vestia, como casi siempre, ancho pantalon encarnado; una modesta levita azul, sin mas adorno que dos grandes placas; quepis de paño, con la visera levantada al estilo francés y los dos entorchados de teniente general, y un sable muy corbo á la manera de un alfange turco.

Luego que estuvieron reunidas las cuatro compañías de voluntarios, Prim se colocó en medio de ellas, y en dialecto catalán, en aquel habla enérgica y espresiva que recuerda los romances heróicos provenzales, las arengó del siguiente modo:

—«Catalanes:

»Acabais de ingresar en un ejército bravo y aguerrido; en el ejército de Africa, cuyo renombre llena ya el universo.

»Vuestra fortuna es grande; pues habeis llegado á tiempo de combatir al lado de estos valientes.—Mañana mismo marchareis con ellos sobre Tetuan.

»Catalanes, vuestra responsabilidad es inmensa: estos bravos que os rodean y que os han recibido con tanto entusiasmo, son los vencedores de veinte combates; han sufrido todo género de fatigas y privaciones; han luchado con el hambre y con los elementos; han hecho penosas marchas con el agua hasta la cintura; han dormido meses enteros sobre el fango y bajo la lluvia; han arrostrado la tremenda plaga del cólera, y todo, todo lo han soportado sin murmurar, con soberano valor, con intachable disciplina.—Así lo habeis de soportar vosotros: no basta ser valientes, es menester ser humildes, pacientes, subordinados: es menester sufrir y obedecer sin murmurar; es necesario que correspondais con vuestras virtudes al amor que yo os profeso, y que os hagais dignos con vuestra conducta de los honores con que os ha recibido este glorioso ejército, de los himnos que os ha entonado esa música, del general en jefe, bajo cuyas órdenes vais á tener la honra de combatir; del bravo O'Donnell, que ha resucitado á España y reverdecido los laureles patrios; y tambien es menester que os hagais dignos de llamar camaradas á los soldados del segundo cuerpo con quienes vivireis en adelante, pues he alcanzado para vosotros tan señalada honra.

»Y no queda aquí la responsabilidad que pesa sobre vosotros. Pensad en la tierra que os ha equipado y enviado á esta campaña; pensad en que representais aquí el honor y la gloria de Cataluña; pensad en que sois depositarios de la bandera de vuestro pais... y que todos vuestros paisanos tienen los ojos fijos en vosotros para ver cómo dais cuenta de la mision que os han confiado.

»Uno solo de vosotros que sea cobarde, labrará la desgracia y la mengua de Cataluña.—Yo no lo espero. Recordad las glorias de nuestros mayores, de aquellos audaces aventureros que lucharon en Oriente con reyes y emperadores, que vencieron en Palestina, en Grecia y en Constantinopla. A vosotros os toca imitar sus hechos y demostrar que los catalanes son en la lid los mismos que fueron siempre.

»Y si así no lo hiciéreis; si alguno de vosotros olvidase sus sagrados deberes y diese un dia de luto á la tierra en que nacimos, yo os lo juro por el sol que nos está alumbrando, ni uno solo de vosotros volveria vivo á Cataluña.

»Pero si correspondeis á mis esperanzas y á las de todos vuestros paisanos, pronto tendreis la dicha de abrazar otra vez á vuestras familias, con la frente coronada de laureles; y los padres, las madres, las mujeres, los amigos dirán llenos de orgullo, al estrecharos en sus brazos: «*Tú eres un bravo catalán.*»

Imposible es que te figures ni que yo te describa la manera que tuvo el conde de Reus de pronunciar esta brillante alocucion.

Al principio la interrumpieron vivas y aclamaciones... Al final todo el mundo lloraba; todos llorábamos, mientras que el gran batallador, de pié sobre los estribos del árabe corcel, rígido, convulso, inflamado, parecia trasportado á los antiguos tiempos, á los dias de los Jaimes y Berengueres, y comunicaba á todos los corazones el entusiasmo heróico de su alma, el calor de su sangre belicosa y la estrema energía de su temperamento.

¡Cuán tremendo en la amenaza! ¡Qué arrebatador en el elogio! ¡Qué insinuante en la promesa! ¡Qué sublime al evocar la pasada historia!

Llorábamos, todos, sí; viejos y niños, generales y soldados, españoles y estranjeros, todos comprendian aquel idioma estraño! todos palpitaban á compás con aquel corazon embravecido; todos ansiaban ardientemente la llegada del nuevo dia, la hora de la refriega, el momento de la embestida y el asalto!

¡Ah! ¿qué pensarian los moros prisioneros en Fuerte-Martin, al contemplar desde las almenas aquel magnífico espectáculo?

¿Qué dirán mañana las hordas enemigas al divisar en la llanura esta nueva hueste, de tan estraño uniforme y que con tanto ímpetu acometerá al frente de nuestros batallones?

¡Eterno, inolvidable será el dia que nos espera!—Húndase pronto en Occidente el sol de hoy, y luzca sin tardanza la nueva aurora!

A las 9 de la noche.

Aun cojo la pluma para copiar algunas frases que oigo en este instante y que te revelarán, mejor que yo pudiera hacerlo, el estado de los ánimos y las preocupaciones que nos agitan en esta solemne noche.

A dos pasos de mi tienda hay una fonda francesa de que creo haberte hablado. En ella se reunen ordinariamente muchos jefes y oficiales á beber y á conversar, hasta las nueve de la noche en que resuena el toque de silencio, se apaga la luz y todo el mundo se va á dormir.

Es esa hora: las cornetas han dado la última señal y la tertulia de la fonda se dispersa á la puerta de mi tienda.

—Adios, dice uno; hasta mañana á la noche, si estamos vivos.

—Que no hagas locuras, responde otro.

—Mándame á tu asistente despues de la batalla con noticias tuyas.

—Que Dios quiera que nos veamos.

—Y si me ocurre alguna cosa, no olvides los encargos que te he hecho.

—Adios; buena suerte.

—Adios... hasta el valle de Josaphat.

—Adios... ¡y viva España!

—Adios, y sea lo que Dios quiera.

Este murmullo de tiernos y alegres *adioses* se aleja poco á poco, apagándose con el rumor de los sables y de las espuelas...

Ya no se oye en todo el campamento mas ruido que la palpitacion eterna del vecino mar, el canto de las insomnes ranas y el *¿quién vive?* de algunos centinelas.

Yo me despido tambien de tí, como acabo de hacerlo de mi familia; te prometo escribirte mañana á la noche, si no me lo estorba algun accidente ademas del cansancio de la batalla, y apagó la luz, murmurando en lo íntimo de mi corazon la última frase que resonó hace poco detrás de esa pared de lienzo:—*Sea lo que Dios quiera.*

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONES

XLV.

Batalla de Tetuan.

Campamento enemigo—á 4 de febrero de 1860.

¡Alzaos, profetas... levantad la losa!
¡Vírgenes de Salem... templad la lira!
El ángel que en el Gólgotha suspira
las alas tiende á la feliz señal.
Vuelve á lucir de la nacion cristiana
el claro sol en su fulgente cuna...
¡Arded, rayos de Dios! La media-luna
caña será que troncha el vendaval!

(Gabriel García Tasara.)

¡Victoria! ¡victoria! ¡Dios ha combatido con nosotros! ¡Ya no tenemos enemigos! ¡Tetuan será nuestro dentro de algunas horas! ¡Gloria á España! ¡Gloria á nuestro caudillo, al afortunado O'Donnell! ¡Gloria á nuestro invencible ejército!

¡Echad las campanas á vuelo; vestíos de gala; corred á los templos y alzad himnos de gratitud al Dios de las misericordias! Regocijaos, españoles; pasead en triunfo por ciudades y aldeas, por campos y montañas el pabellon morado de Castilla! Empavesad los barcos; prended de los balcones vistosas colgaduras; recorred toda nuestra tierra con músicas y cantares; visitad los sepulcros de nuestros mayores; despertad de su sueño eterno á los once Alfonsos, á los Sanchos, Fernandos y Ramiros, á Isabel y á Cisneros, al Cid y á don Juan de Austria; encomendad al padre Tajo que lleve la fausta nueva á nuestro hermano el Portugal; repique gozosamente la campana de la Vela; cubrid de negros paños el alcázar de Sevilla y la Alhambra de Granada; sembrad de flores las llanuras del Salado, de las Navas y Clavijo; resuenen desde Irun á Trafalgar y desde Reus á Finisterre salvas y aplausos, vítores y serenatas; canten los poetas; entonen un *Te-Deum* los sacerdotes; enjuguen su llanto las madres, las huérfanas y las viudas que han perdido en esta guerra las mas queridas prendas de su alma, y séales el sueño leve y gloriosa la resurrecion á los ínclitos héroes que acaban de morir á nuestro lado!

¡Oh! ¡qué felicidad, amigo mio! La mera fecha de esta página te dirá mas que yo pudiera hacerte comprender aunque poseyera una facundia inagotable. ¡Hemos vencido una vez mas! ¡Hemos vencido de una vez para siempre! ¡Hemos coronado nuestra larga obra!

Estamos sobre Tetuan: los campamentos enemigos han caido en nuestro poder: los ejércitos marroquíes huyen deshechos y atribulados por esas montañas. Sus cañones, sus tiendas, sus equipajes, sus víveres, todo lo han dejado en nuestras manos. Te escribo en la tienda del príncipe y general Muley-Hamet. Nuestros mas humildes soldados dormirán esta noche sobre las alfombras y bajo las tiendas de los vencidos jefes del imperio. El pabellon de España ondea sobre la torre de Geleli, sobre la tienda de Muley-Abbas, sobre cien quintas y caseríos!—La retreta que tocan en este instante nuestras músicas es repetida por los ecos de las murallas de Tetuan. Nuestros cañones, puestos ya en batería, amenazan á la ciudad infiel: solo la clemencia y el respeto á la desgracia nos impiden reducirla á escombros en breves momentos... ¡Qué triunfo tan rápido, tan completo, tan maravilloso!

Anoche á estas horas... tú lo recordarás... nos hallábamos á dos leguas de aquí, en la arenosa playa, agitados por mil ocultos temores.—Hoy... ya está todo terminado: la misma guerra acaso ha concluido. El sitio de la plaza será de todo punto innecesario.—¿Qué puede hacer sino rendirse?—¡Se acabó, pues, la sangre! ¡Terminó el largo martirio de nuestras tropas!— ¡Oh... qué dichosa será España dentro de breves momentos!—¡Patria del corazon!—¡Cómo nos gozamos en tu alegría!

Pero demos tregua por una hora á tan inefable regocijo, á tan celestial entusiasmo. Apartemos la consideracion de tantas esperanzas, de tantas emociones, de tantas ideas como pululan en mi mente desde que penetramos triunfantes en los reales enemigos. Recordemos el dia de hoy: retrocedamos á nuestro antiguo campamento: describamos la portentosa batalla antes que nuevas impresiones borren ó empalidezcan sus vivísimas imágenes, impresas ahora en mi imaginacion con caracteres de lumbre. Hagamos, en fin, que vuelva á aparecer en Oriente el fausto sol que acaba de ocultarse, y alumbre otra vez su bendecida llama el venturoso dia que ha de ser imperecedero en nuestra historia.

* * *

Toda la noche del 3 sopló un helado viento del Norte, que por la vez primera nos hizo probar el rigoroso frio que hace por este tiempo en España. Antes del dia nevó un poco, despues de lo cual mudóse el viento en un manso levante, que hizo subir la temperatura y convertirse la nieve en una ligera llovizna. Por último, al amanecer del 4, observamos que todos los buques surtos en la rada se hallaban ya en franquía, dispuestos á abandonarnos si arreciaba el viento; en cuya virtud, y visto el cariz de temporal que presentaba la atmósfera, revocóse la órden de abatir tiendas al toque de diana y se mandó á todo el ejército esperar armado y con los equipajes corrientes hasta recibir nuevo aviso.

Casi siempre que hemos pensado en emprender una marcha nos ha acontecido lo mismo; pero hoy nos irritó mas que nunca este contratiempo, que venia, como quien dice, á aguar nuestras impacientes esperanzas.

A las ocho y media despejóse un tanto el cielo y salió el sol: cambióse de pronto el Levante en un Poniente seco y apacible; apagaron los vapores sus calderas; dióse la órden de decampar, y la mas dulce alegría volvió á todos los corazones.

Un momento despues no habia mas tiendas á las orillas del Martin que las del cuerpo de reserva, que debia permanecer allí defendiendo los fuertes últimamente construidos y protegiendo nuestra retaguardia: nuestro campamento de diez y ocho dias desapareció como por encanto, y una larga hilera de acémilas empezó á desfilar rio arriba con direccion á Tetuan.

Entre tanto, la tropa habia tomado un ligero rancho y se formaba ya por batallones en el lugar que antes ocupaban sus tiendas. El general en jefe y su cuartel general recorrian la llanura en observacion del enemigo, y todos los ayudantes y oficiales de Estado mayor iban de un lado á otro á todo el correr de sus caballos trasmitiendo órdenes y organizando la espedicion.

En el campamento moro notábase tambien alguna novedad. El número de sus tiendas se habia aumentado, y muchas de ellas habian cambiado de lugar durante la noche, ocupando ahora las crestas de las montañas, cual si se hubiesen puesto tambien *en franquía*, temiendo otra tempestad.—Indudablemente, los moros sabian que les atacábamos hoy.

Dióse, por último, la señal de partir, y las tropas empezaron su movimiento, atravesando el rio Alcántara por cuatro puentes que el cuerpo de ingenieros habia echado la noche anterior. Al poco rato, nuestro brillante ejército estaba formado en una hermosa y dilatada llanura, á la vista del enemigo y en el mismo órden que debia conservar durante toda la batalla.

Este órden era el siguiente.

El segundo cuerpo, al mando del general Prim, marchaba por la derecha, llevando dos brigadas escalonadas por batallones y las otras dos á retaguardia en columnas cerradas. Entre unas y otras iban dos baterías de montaña y dos del segundo regimiento montado.

El tercer cuerpo, mandado por el general Ros, caminaba á la izquierda en la misma forma, ocupando su centro tres escuadrones del regimiento de artillería de á caballo.

Entre ambos cuerpos de ejército iba el regimiento de artillería de reserva, precedido de los ingenieros.

Y detrás de este, estendíase toda nuestra caballería en dos líneas, cerrando la marcha y como escoltando á las masas de batallones.

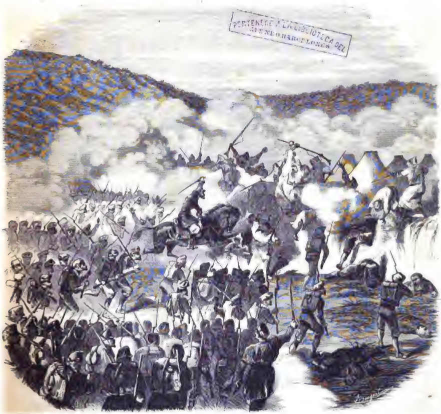
En cuanto al cuerpo de reserva, á las órdenes del general don Diego de los Rios, debia avanzar independientemente por nuestro flanco derecho hasta la altura del reducto de la Estrella, en donde permaneceria amenazando constantemente la estrema izquierda del campamento moro; pero sin empeñar accion á menos que el enemigo cayese sobre él ó intentase atacar nuestra retaguardia.

Acompañaban á este cuarto cuerpo dos baterías, una de ellas de montaña y la otra del quinto regimiento montado.

Cerca de una hora pasaria aun sin escucharse un solo tiro. El segundo y el tercer cuerpo adelantaban lentamente por el llano, con el arma al hombro y en la mas correcta formacion. Un silencio imponente y majestuoso reinaba en las filas, interrumpido tan solo por el sordo y acompasado andar de las masas sobre la yerba y por el áspero crugir de las ruedas de los cañones.

A eso de las diez se saludaron al fin los dos ejércitos. Una de las lanchas cañoneras que subian por el Martin protegiendo nuestro flanco izquierdo contra el fuego que á mansalva hubiera podido hacérsenos desde el lado allá del rio, avistó algunos moros que venian por aquel lado y les hizo fuego. Este primer cañonazo bastó para alejarles; pero, como si aquella hubiese sido una señal aguardada con impaciencia, á nuestro disparo respondieron inmediatamente los cañones moros que guarnecian sus parapetos, y dióse por principiada la batalla.

Los gruesos proyectiles que nos lanzaba el enemigo, alcanzaban á nuestros batallones, si bien no les causaban daño alguno. Los artilleros marroquies tiraban por elevacion, y las balas caian siempre en los claros de las filas, cual si un impulso providencial las apartase de sobre nuestras cabezas.



Batalla de Tetuan.—Asalto y toma de los campamentos marroquies por los cuerpos de ejército de los generales Prim y Ros de Olano.

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONÉS

Seguimos, pues, caminando sin atender á aquel formidable fuego ni contestarle por entonces. Nuestras masas continuaron alineadas y unidas como en un simulacro; las que encontraban un pantano ó una laguna penetraban en el agua sin perder la formacion, y así llegamos á situarnos á unos mil setecientos metros de las baterías contrarias.

Su cañoneo era cada vez mas vivo. La torre de Geleli había unido sus disparos á los de la llanura: los globos de plomo pasaban zumbando sobre nuestra frente como aereolitos atraidos por la tierra: las columnas de aire que conmovian, azotaban á veces nuestro rostro, y el golpe seco y ahogado que daban al sepultarse en el suelo, se parecia al último resoplido del toro cuando fenece ó de la locomotora cuando se para

Los moros, entre tanto, viendo que nuestro movimiento era siempre de frente y con direccion al ángulo derecho de sus trincheras, comprendieron en parte nuestro plan; y dejando á sus cañones y á sus infantes el cuidado de defender los amenazados campamentos, avanzaron por nuestra derecha en número de cuatro ó cinco mil ginetes, con el visible propósito de interponerse entre nuestro ejército y las posiciones que acabábamos de abandonar, y atacarnos por retaguardia cuando mas empeñados estuviésemos por el frente.

Pero el general O'Donnell no se inquietó por esto. Lo admirable de su plan era haber adivinado y prevenido todo lo que los mahometanos habian de intentar hoy. El cuarto cuerpo de ejército, que permanecia inmóvil y sobre las armas en el reducto de la Estrella, no tenia hoy otra mision que evitar el que los moros nos envolviesen de la manera que ya pensaban hacerlo. Dejó, pues, el conde de Lucena que el general Rios se entendiese con la caballería africana y continuó su resuelta marcha de frente á los cañones enemigos.

Estos menudeaban sus disparos, causándonos insignificantes pérdidas, pues casi siempre teníamos la fortuna de que sus proyectiles cayesen en los claros de los batallones: llegamos, en fin, á encontrarnos á un kilómetro de sus baterías, y solo entonces mandó el general en jefe hacer alto á nuestras masas y avanzar á la artillería de reserva.

Diez y seis cañones ocuparon instantáneamente nuestra vanguardia y rompieron un vivísimo fuego contra la posicion enemiga. Una densa cortina de humo nos robó por un instante la vista del campamento moro: un largo trueno ensordecia el espacio, y la soledad salvaje de los montes circunvecinos se estremeció hondamente con el fragor de la descomunal batalla.

¡Magnífica, soberbia sinfonía: digno prólogo de la espantosa tragedia que se preparaba!—¿Cómo olvidar nunca estas imponentes emociones?

Ya en adelante, la ruidosa tempestad fue aumentando en rápido *crescendo*. A la artillería de reserva, que empezó á ganar terreno, marchando por baterías, unió pronto sus bárbaros estampidos la artillería rayada de á cuatro, de la que un regimiento entero salió al galope por la izquierda, principiando á batir el flanco derecho de los contrarios.

Aflojó, en su consecuencia, un poco el fuego de las piezas enemigas. El nuestro, en cambio, se duplicó en breves instantes. Dos nuevos regimientos de artillería, seguidos y sostenidos por los treinta y dos batallones de infantería, que volvieron á ponerse en marcha, entraron juntos en accion, vomitando granadas encendidas, mientras que dos baterías mas, del segundo regimiento montado, cañoneaban la estrema izquierda del campamento moro y rechazaban algunas fuerzas de infantería y caballería que bajaban á apoyar á los seis mil ginetes agrupados en torno de las posiciones del general Rios.

Por lo que pudiera acontecer, mandó entonces el conde de Lucena al brigadier Villate que se corriese por aquel lado con sus escuadrones de lanceros, y obrase en combinacion con el ejército de reserva si los moros insistian en atacar nuestra retaguardia.

Nosotros continuamos marchando por nuestra parte, en el seno de una verdadera tormenta. Aun no se habia disparado un tiro de fusil ó de espingarda. Solo el cañon tronaba reciamente en la llanura... De esta manera llegamos á unos seiscientos metros de las fortificaciones enemigas.

En esto, se presentaron por nuestra izquierda, siguiendo el curso desmayado de Guad-el-Gelú, algunos moros de á pié y de á caballo. El general Mackenna se adelantó á su encuentro con dos batallones. El fuego de nuestras guerrillas bastó para rechazar á los agarenos sobre la plaza, y el bravo general, protegido por la brigada de lanceros que le habia acompañado con el general Galiano á su frente, permaneció en aquella comprometida posicion, interpuesto entre la ciudad y el campo de los marroquíes.

En el ínterin, el tercer cuerpo se adelantaba al segundo, que habia vuelto á hacer alto; seguia un recodo del Martin; rebasaba el ángulo de la trinchera enemiga; hacia un cambio de frente sobre la derecha, y amenazaba el flanco izquierdo de los moros á cuatrocientos metros de distancia.

A igual altura se encontraba ya el segundo cuerpo, plantado en frente de la vanguardia mora. Es decir, que el campamento de Muley-Hamet estaba virtualmente envuelto... Acercábase por tanto, el momento de la suprema embestida...—Nuestras columnas se pararon por tercera vez.

Tratábase de apagar los fuegos de la artillería enemiga antes de emprender la lucha de unos infantes contra otros; pero las trincheras de los musulmanes, construidas con tierra y arregladas á los últimos adelantos del arte, no permitian á nuestras piezas desmontar las suyas. Causaban, sí, grandes destrozos en las fortificaciones; introducian la muerte y el espanto en los que las custodiaban; hacian callar á veces á todas sus bocas de fuego... Pero pronto volvian estas á bramar sedientas de matanza, mientras que desde la torre de Geleli, desde la Alcazaba de Tetuan y desde las artilladas puertas de la misma plaza nos enviaban una incesante lluvia de sólidos proyectiles.

Mas nuestros impávidos artilleros no desisten de su propósito, y adelantados á todo el ejército, á pecho descubierto, y no detrás de espesas murallas como los marroquíes, colocan en batería cuarenta piezas y rompen un cañoneo horroroso, cerrado, permanente, sobre los fuertes enemigos.

¡Nunca faltaban del aire diez ó doce granadas; nunca se interrumpia el prolongado trueno de los bronces!

Alzánse entonces nubes de polvo en las baterías contrarias...

¡Es la trinchera que se derrumba!

Muchas granadas entran en el campo contrario y revientan á nuestra vista, incendiando las tiendas y destrozando á los hombres, cuyos miembros rotos vemos saltar por el aire...

¡Todo inútil! ¡Nada quebranta el desesperado valor y heróica constancia que hoy sienten los agarenos.

De pronto, elévase una anchísima, densa y aplomada columna de humo, que arrancando de entre las tiendas islamitas va á levantarse hasta el infinito cielo. Un estruendo nunca oido; una tremenda conmocion del aire, superior al estampido de mil truenos, resuena inmediatamente en aquel lugar, haciendo estremecerse hasta el húmedo suelo que pisamos...

¡Oh fortuna! ¡una granada nuestra habia caido en uno de sus repuestos de pólvora y lo habia volado!—¡Qué regocijo en nuestras filas! ¡cómo se adivinan los estragos que habrá producido este contratiempo en los reales enemigos!

Y nuestra artillería avanza siempre; corriendo y disparando, estrechando cada vez mas en un círculo de bronce el codiciado campamento.

Las baterías de á caballo se baten en guerrilla...

Hay una, la del capitan Alcalá, que gallardea enteramente delante de los cañones marroquíes!

Y todos avanzan otra vez lentamente, paso á paso, con pasmosa serenidad...

Y todos se sienten inflamados por el olor de la pólvora, por el estallido de los cañones, por la proximidad de la presa...

¿Cuándo? ¿Cuándo? parece que dicen nuestros soldados, nuestros bizarrísimos infantes, requiriendo sus bayonetas...

¿Cuándo? ¿Cuándo? parece que pregungan Ros de Olano y Prim fatigando sus impacientes bridones á la cabeza de sus ordenadas tropas...

¿Cuándo? ¿Cuándo? esclama todo el mundo viendo caer deshechos algunos, (muy pocos) de nuestros soldados bajo las ponderosas balas enemigas...

—*¡Ahora!—¡Ya!—¡Viva la reina! ¡A la bayoneta! ¡A ellos!* grita de pronto el general O'Donnell, cuando calcula que nuestra infantería puede llegar de un solo aliento, de una sola carrera á las trincheras moras, y saltarlas y penetrar en los campamentos...

—¡A la bayoneta! ¡á ellos! contestan veinte mil voces.

Y todas las músicas, todas las cornetas, todos los tambores repiten la señal de *ataque*. Y los treinta y dos batallones, y la caballería, y el cuartel general, y la artillería, y los ingenieros, ¡todos en fin! acometen furiosamente á las posiciones enemigas como impulsados por un solo y mágico resorte, como un pantano que rompe su dique, como la mar cuando la arroja sobre la playa un terremoto.

¡Oh momento!—Yo no sé; yo no puedo describirlo. Su mero recuerdo inflama mis sentidos y acumula las lágrimas en mis ojos.. ¡Qué embriaguez! ¡Qué vértigo! ¡Qué fanatismo! ¡Qué locura aquella!—La alegría, el furor, el entusiasmo, la soberbia española, el miedo de que los moros tuvieran tiempo para rehacerse y nuestros soldados para cansarse, la súbita aparicion de la patria regocijada por tan hermoso triunfo, la admiracion y la gratitud que los unos sentíamos hácia los otros, la larga agonía pasada, la desesperacion hasta entonces reprimida, la curiosidad ansiosa de pisar el campamento árabe, todo nos enardecia, todo nos arrebataba, todo nos trastornó la razon hasta tal punto que, jóvenes y viejos, próceres y reclutas, todos se saludaban, todos se hablaban sin conocerse, todos se daban la mano, todos reian y lloraban á un mismo tiempo como los que se vuelven locos de felicidad!

Y sin embargo, aquel momento era horrible, era mortal; era desastroso. Corriendo como íbamos, entre músicas y aclamaciones, entre *vivas* y jubilosa fiesta, mil y mil tiros nos recibian á boca de jarro. Treinta mil enemigos guarnecian las dilatadas trincheras; treinta mil espingardas nos apuntaban al corazon...

Y ¡cómo caian nuestros jefes, nuestros oficiales, nuestros soldados! ¡Cuántos, cuántos, Dios mio!—Fueron treinta minutos de lucha; treinta minutos solamente..: y mas de mil españoles se bañaban ya en su sangre generosa!

Pero ¿qué importaba? ¿Ni quién reparó en ello? ¿Qué importaba si nuestras tropas habian acometido de frente, escalado el muro de tierra con piés y manos, derribado á las numerosas huestes que las guardaban, tomado los cañones á la bayoneta, despues de recibir sus últimos y mortíferos disparos á quema-ropa, invadido el campamento como una inundacion, luchado cuerpo á cuerpo, fuera y dentro de las tiendas, entre los cañaverales y los árboles, sembrando de muertos su triunfal camino, y puesto en vergonzosa fuga á todo el ejército mahometano?

¿Y he de decirte yo quién mereció mas, quién penetró primero, quién derramo mas sangre fementida?—¡Todos fueron iguales! ¡Todos eran uno solo! ¡Todos acometieron con igual brio! ¡Nadie pensó en sí propio, sino en el resto del ejército! ¡Nadie deseó triunfar por sí mismo, sino que triunfase España! ¡Nadie trató de llegar al término de aquella carrera, sino de que llegase el estandarte nacional!—Eran veinte mil hijos de una misma madre, criados á sus pechos; poseedores de su sangre de leona, que luchaban por su fama y en su nombre, y que triunfaban ó morian allí donde les colocó la suerte, peleando con los primeros enemigos que hallaban á las manos, sin otro pensamiento que la cruz y la bandera roja y amarilla, símbolos sagrados de su Dios y de su patria!

Y sin embargo, ¿cómo pasar en silencio los mas culminantes episodios de tan heróica embestida? ¿Cómo callar los hechos inmortales que he tenido la felicidad de ver?

Diré, en primer lugar, el arrojo y la bravura del general en jefe, de don Leopoldo O'Donnell, del héroe de la batalla.

Desde el dia de los Castillejos yo no le habia vuelto á ver convertido de ordenador de la lid en instrumento de ella, de jefe supremo en batallador, de general en soldado.

¡Hoy sí! Hoy volvió el entusiasmo á su alma, el fuego bélico á sus venas, la ardiente poesía del combate á su corazon.

Hoy, como nunca, inflamado, vehemente, impetuoso, dominaba con su talla marcial y arrogante las masas de infantería y caballería; hoy, como en sus heróicos tiempos de coronel, de brigadier y de mariscal de campo, lanzábase á las balas con el acero desnudo, buscando al enemigo, arengando á las tropas (—¡cosa rara!—en idioma francés), lleno de actividad y fuerza, resplandeciente el rostro de júbilo y de ternura, con el llanto del amor patrio en los ojos, inspirado, grandioso, verdaderamente sublime!

—¡*En avant*! ¡*En avant!* (¡adelante! ¡adelante!) ¡Viva la reina! gritaba saltando la trinchera, metiendo su caballo en lo mas recio de la lid y penetrando de los primeros en el campamento enemigo.

—¡Soldados! ¡Viva España! esclamaba otras veces, dirigiéndose á los que luchaban y á los que morian...

—¡Viva la infantería española! añadia por último, volviéndose á su cuartel general,—como él entusiasmado al ver la violencia irresistible de nuestros batallones.

Y la voz, el gesto, la actividad del ilustre caudillo nos arrebataban á todos, nos imponian; nos subyugaban materialmente...

—¡Viva O'Donnell! gritaban generales y soldados...

—¡Viva la reina, gritaba el general en jefe!...

—¡VIVA EL DUQUE DE TETUAN! se oyó por la primera vez entre las filas de infantes...

—¡VIVA EL DUQUE DE TETUAN! repitieron mil y mil voces, saludando espontánea, tierna, cariñosamente al antiguo vencedor de Lucena, al actual domador del moro!

Y los acordes de la marcha real, confundidos con el toque de ataque que resonaba en una estension de legua y media, solemnizaban aquella augusta aclamacion; la mas verdadera, la mas legítima, la mas cordial de cuantas he presenciado en toda mi vida.

Diré tambien de los voluntarios catalanes la singular hazaña con que han levantado su nombre desde el primer momento al grado de esplendor que ya gozaban los héroes de veinte combates.

Los nobles hijos del Principado iban en la vanguardia, como sabes, capitaneados por el general Prim.

En el instante crítico de la carrera y del ataque; cuando ya les faltarian veinte pasos para llegar á la trinchera, encontráronse cortados por una zanja pantanosa, especie de foso natural, cubierto de altas yerbas que lo disimulaban completamente.

Caen, pues, dentro los bravos voluntarios...

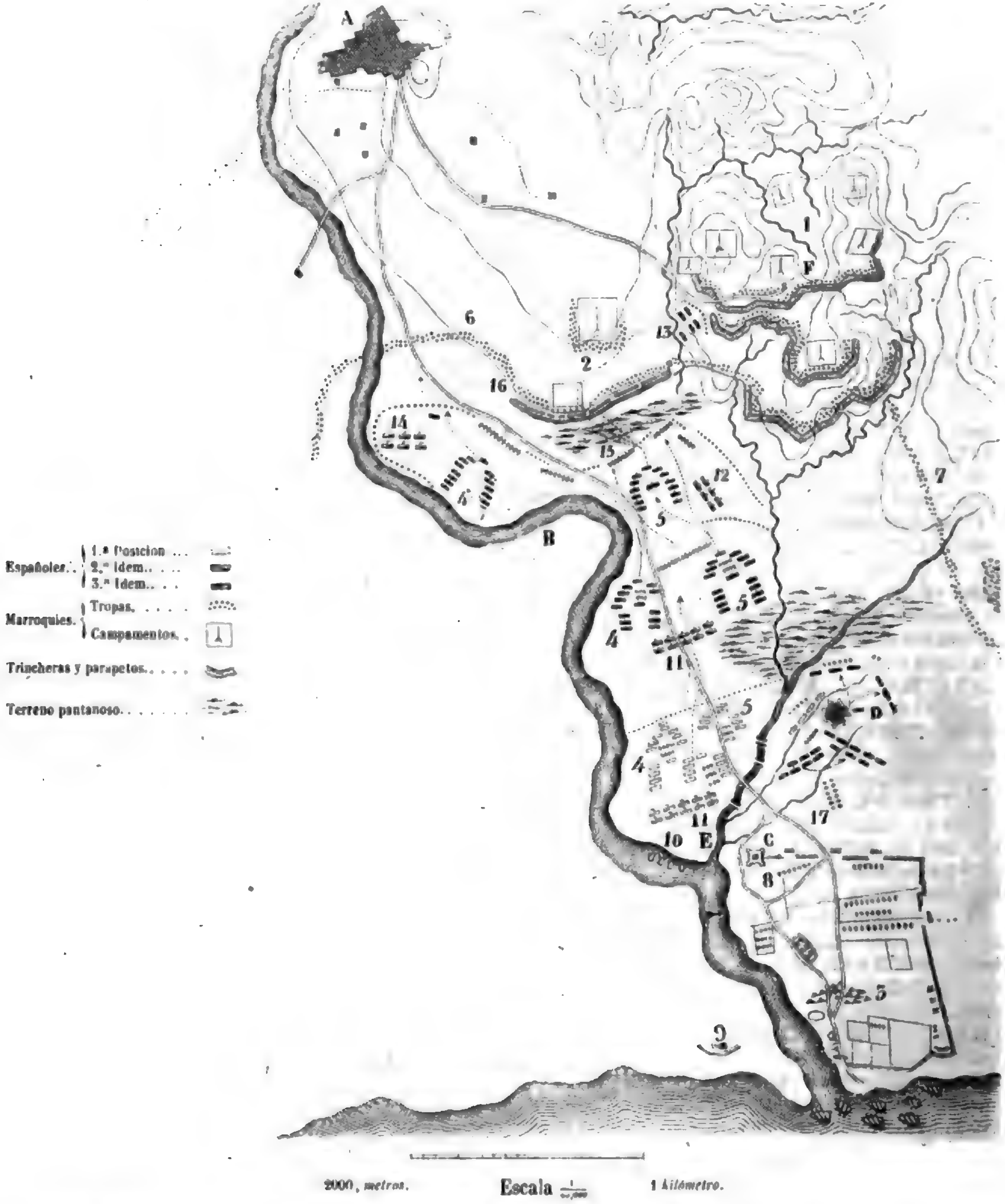
Los moros, de pié sobre sus parapetos, los fusilan sin piedad.

Pero los nuestros no retroceden...

Sobre los primeros que se han hundido pasan otros.

PLANO DE LA BATALLA DE TETUAN.

El 4 de febrero de 1860.


A
1
F
6
2
13
16
14
15
12
7
5
B
5
4
11
5
D
4
11
17
10
E
C
8
3
9
Españoles. 1.ª Posicion ...
2.ª Idem.. ...
3.ª Idem.. ..
Marroquíes. Tropas. ....
Campamentos.
Trincheras y parapetos.....
Terreno pantanoso.......
2000, metros.
Escala
1 kilómetro.

A Tetuan.
B Rio-Martin.
C Aduana.
D Reducto de la Estrella.
E Rio Alcántara.
F Torre Geleli.

1 Campamento Muley-el-Abbas.

2 Campamento de Muley-Hamet.
3 Campamento español.
4 Tercer cuerpo.
5 Segundo cuerpo.
6 Caballería marroquí.
7 Infantería y caballería marroquí.
8 Reserva del tercer cuerpo.
9 Batería.

10 Cañoneras.
11 Caballería.
12 Brigada de lanceros.
13 Segunda division del segundo cuerpo.
14 Brigada de coraceros.
15 Artillería.
16 Batería.
17 Cuerpo de reserva.

Los muertos y heridos sirven de puente á sus compañeros...

¡Y aun los diezman y amenazan aniquilarlos las descargas enemigas!

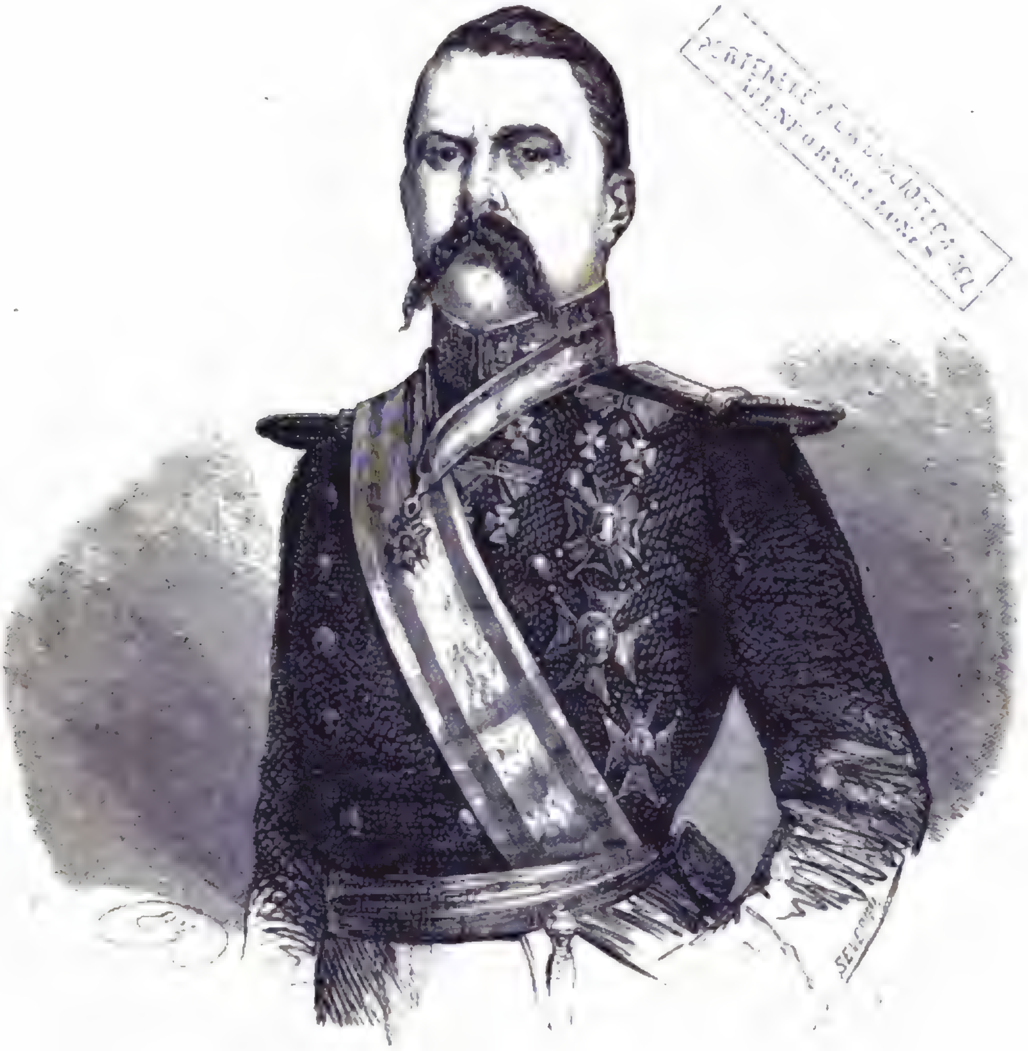
Es un empeño insensato, una empresa imposible tratar de aproximarse á la trinchera!

Unos detrás de otros, los que han logrado salvar el pantano, van cayendo abrasados por aquel fuego incesante...

Y á pesar de esto, los soldados bisoños no desisten! Pero se paran, como preguntando qué les toca hacer: si han de morir todos en tan desigual y temeraria lucha...

El general Prim vé aquella perplegidad, y llega á todo escape al frente de sus paisanos.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA [illegible]



Don José Ramon Mackenna.

—¡Adelante, catalanes! grítales en su lengua. No hay tiempo que perder... ¡Acordaos de lo que me habeis prometido!

No fue menester mas. Los voluntarios bajan la cabeza y arremeten como ciegos toros á la formidable trinchera.

Prim va delante, como el dia de los Castillejos: llega; ve un portillo en el muro, y mete por él su caballo, cayendo como una exhalacion en el campo enemigo.

Espántanse los moros ante aquella aparicion... Algunos retroceden... Uno, mas osado, llega blandiendo su gumía á dar muerte á nuestro bizarro general...

Este se convierte en soldado; blande su corvo acero, y derriba á sus piés al insolente moro.

Simultáneamente, los voluntarios se encaramaban como gatos por la muralla de tierra; penetraban por las troneras de los cañones; ensangrentaban sus bayonetas hasta el cubo; vengaban, en fin, á sus compañeros, asesinados poco antes á mansalva.

¡Brava gente! La tierra que les ha criado puede envanecerse de ellos. La primera vez que han entrado en fuego, han perdido la cuarta parte de su fuerza. Su jefe, el comandante Sugrañés, ha muerto como bueno, á las veinte horas de desembarcar en Africa, cumpliendo al general Prim la palabra empeñada de dar su vida por el honor de Cataluña!—¡Honor á él y á sus valientes soldados! ¡Gloria á la tierra de Roger de Flor! ¡Vítores sin cuento á la madre España!

Mientras asi se portaban los catalanes, los batallones de Leon y Saboya hacian iguales prodigios por su lado.

Saboya acometió de frente á un cañon… al último que pudieron cargar los marroquies.

Ya lo tocaban con la mano, cuando el formidable mónstruo vomitó un torrente de metralla sobre la compañía de granaderos.

La mitad de la compañía fue barrida, deshecha, bárbaramente mutilada.

Un teniente,—don Miguel Castelo,—todos los sargentos y treinta y cinco individuos de tropa cayeron muertos ó espantosamente heridos…—El teniente, muerto en el acto.

Mandaba la compañía el capitan don José Bernad y Tabuenca.

—Mi general, habia dicho á Prim pocos momentos antes: quíteme V. de delante esa guerrilla…

Y una vez despejado su frente, entró en còlumna por la tronera, perdiendo la mitad de su tropa de la manera que te he dicho.

La primera persona que Bernad encontró en el campamento moro, fue al mismo general Prim, quien avanzó á recibirle y le tendió la mano, felicitándole con el mayor entusiasmo.

Proezas semejantes realizaban por todos los puntos del parapeto el regimiento de Leon, los cazadores de Alba de Tormes, el primer batallon de la Princesa y los dos de Córdoba.—Todos iban penetrando en los reales enemigos, bajo el mas espantoso fuego, ora disparando con sus carabinas, ora empleándolas como mazas, ora acometiendo á la bayoneta.

Al mismo tiempo que invadian de este modo el frente de la trinchera los soldados del general Prim, el cuerpo de ejército del general Ros de Olano, con el que iba el general O'Donnell, penetraba como un torbellino por el flanco izquierdo del campamento moro.

Tambien por allí encontramos fosos y acequias, parapetos y bardales: tambien allí el aire estaba cuajado de balas, y la muerte se cernia sobre todas las cabezas: tambien allí cada paso costaba una preciosa vida, y cada grito de ¡*España*! ¡*España*! celebraba prodigios de valor, arranques de heroismo!

El regimiento de la Albuera, mandado por el intrépido Alaminos; Ciudad-Rodrigo, mi ilustre batallon; el de Zamora y el primero de Asturias, entran los primeros en aquel laberinto infernal, en aquel caos de gloria y de matanza.

Cada tienda mora, cada árbol en flor, cada cañaveral, cada seto, presencia un desafío, un lance personal, una lucha cuerpo á cuerpo. Los jefes ensangrientan sus espadas; los oficiales responden á pistoletazos á las espingardas morunas. El fuego es á quema-ropa… El arma blanca y la de fuego se emplean á igual distancia. Los gritos de triunfo y los de agonía resuenan en discordante confusion. La muerte, ciega ya y fatigada, no escoge sus víctimas, sino que blande su segur á diestro y siniestro, y asi derriba á moros como á cristianos, y acaso muchas veces una misma bala hiere al adversario y al amigo, ó un moro mata á otro, ó un español derrama sin querer la sangre de su hermano.

¡Horror! ¡Horror!—Una escena semejante no podia durar mucho tiempo sin acabar con una y otra hueste… ¡No duró! Fue, como te he dicho, una tempestad de treinta minutos… ¡Treinta minutos en que quedaron mas de tres mil hombres fuera de combate!

Llegó al cabo un momento en que los moros se vieron envueltos materialmente. El general García con algunos guardias civiles, penetraba por su retaguardia… El general Mackenna los estrechaba mas arriba… Ros de Olano, Turon y Quesada ganaban terreno por toda la estension de sus posiciones… Prim y Orozco avanzaban de tienda en tienda, siempre de frente y cada vez con mayor brio. Don Enrique O'Donnell subia ya por la derecha con su division, apoderándose del campamento de Muley-el-Abbas y encaminándose á la torre de Geleli. Nuestros cañones volvian á tronar lanzando una lluvia de granadas sobre los barrancos en que hubieran podido rehacerse los musulmanes…

¡Un momento mas de resistencia, y aquel anillo se cerraba y todo el ejército enemigo era nuestro prisionero!…

¡Ceder ó morir! ¡Abandonar su campo ó entregarse con él!…—A tal alternativa habíamos reducido á los agarenos.

Decidiéronse, pues, por la fuga… Pero ¡de qué manera!—¡Yo no la concibo mas resuelta, mas atribulada, mas ignominiosa!

Alguien debió de dar la voz ¡*Sálvese el que pueda*! ¡*Estamos envueltos*! ¡*Estamos cortados*!…—Ello es que, repentinamente, aquellos indómitos luchadores que peleaban como acosados javalíes, y que parecian decididos á perder la última gota de su sangre antes que abandonar sus campamentos, depusieron las armas, prorumpieron en gritos de terror, saltaron de entre los setos y la lona y huyeron por todos lados, levantando las manos al cielo, volviendo la cabeza para maldecirnos ó para saludar sus amadas tiendas, en que dejaban todo su haber y ademas su honra y su esperanza.

Este pánico cundió por todas partes. La caballería mora, tendida por la llanura, y que no habia osado rebasar el reducto de la Estrella, temerosa de verse envuelta por los batallones del general Rios, salió tambien á todo el escape de sus corceles, dispersa, desordenada, despavorida, y se amparó de las montañas colindantes, por cuyas crestas desapareció bien pronto.

Todos, todos huyeron. Y nadie los seguia; y ellos continuaban su cobarde fuga.

Pudieron rehacerse; hacer alto en Sierra-Bermeja y empeñar desde allí un nuevo combate…

Pero no pareció sino que les habian abandonado á un mismo tiempo la fe, el valor, la dignidad, el patriotismo, ¡todo!…

¡*Está escrito*! habrian dicho probablemente; y corrian, corrian á ocultar su desventura, á reconciliarse con su Dios, á hacer penitencia, á llorar á solas ó á matarse los unos á los otros en fratricida contienda para no ver su mútuo baldon, ó para demostrarse recíprocamente que aun quedaba en sus almas abatidas un resto de ferocidad sarracena.

¡Oh!… ¡Cuán numeroso era el miserable enjambre de los fugitivos! ¡Y cuánto nuestro alborozo al verlos desaparecer atropelladamente! ¡Cuál nuestro orgullo! ¡Cuál nuestra satisfaccion!

Ya no podrian negarse á sí mismos, ni ocultar á su rey, ni disfrazar á los ojos de sus compatriotas el desastroso vencimiento que habia castigado su soberbia!—Ya no podrian menos de confesar que siempre les habíamos derrotado; que todas las fuerzas del imperio no eran nada contra nosotros; que su Dios temblaba ante nuestro Dios; que Marruecos debia rendir homenaje á España!

—¿Qué ha sido de vuestras tiendas, de vuestros cañones, de vuestra pólvora, de vuestras vituallas? les preguntarán mañana las ciudades en que irán á guarecerse.

¿Por qué teneis hambre? ¿Por qué pedís pan? ¿Por qué llorais? ¿Qué habeis hecho de nuestros hermanos y de nuestros hijos?

Y ellos tendrán que responder:—Todo, todo ha caido en poder de los españoles. ¡Dios no quiere que podamos resistir á los cristianos!

—

Pero olvidemos á los moros por un momento. Vuelve, amigo mio, vuelve tus miradas á nuestras vencedoras tropas, que recorren los cuatro campamentos enemigos al son de la marcha real.

¡Ah! sí... ¡Todo, todo se lo habian cogido! ¡El ejército marroquí habia dejado de merecer este nombre! Ochocientas tiendas de campaña de gran tamaño, muchas con adornos de colores, y entre ellas las de los dos príncipes y las de todos los jefes, estaban en nuestro poder. En la de los Muleyes habia ricas alfombras, blandos divanes, lujosos muebles, vajilla de gran precio y otros curiosos objetos. Muchas se hallaban atestadas de víveres; las habia llenas completamente de naranjas, de harina, de cebada, de galleta, de dátiles y de maiz: en otras encontramos grandes provisiones de pólvora, de balas y de metralla: en todas habia mantas, esteras, jaiques, arneses, espingardas, gumías, pistolas, puñales, jarros, morteros de piedra, mil y mil objetos de que se incautaba al paso nuestra tropa como señora y dueña de lo que habia ganado en buena lid.

(Yo me he contentado con una *guzla* estrecha y larga, (una especie de bandolin de dos cuerdas) sumamente melodiosa, construida con madera de olivo y piel de cordero, y en cuyo mástil torneado se ven misteriosas inscripciones.—Pienso conservarla toda mi vida, formando trofeo con mi vieja tizona toledana. Será una puerilidad melancólica que legaré á mis hijos, si Dios me los da en su gracia. Ambos instrumentos encerrarán toda mi pobre historia de poeta y de soldado, de admirador y enemigo de los moros.)

Continuemos.

En la trinchera y en la torre de Geleli hemos tomado nueve cañones: á las puertas de algunas tiendas pacian mansamente algunos jumentos enanos y hasta veinte y seis camellos, que nos servirán de acémilas. Trescientas sesenta granadas y una infinidad de bombas han sido encontradas en el campamento del Oeste, y por último, Nuestra Señora de Atocha ha enriquecido su museo heróico con dos hermosísimas banderas, azul la una y la otra amarilla, cogidas en el real de Muley-el-Abbas.

Pero nada de esto es lo que yo queria decirte. Lo que yo quisiera que te imaginaras es la impresion que nos produjo el aspecto general de este aduar guerrero, sumando en esa impresion la estrañeza, la curiosidad, la admiracion y la alegría con que observábamos sus mas insignificantes pormenores.

Desearia hacerte ver el pintoresco cuadro que presentaban las tiendas entre los floridos árboles, los cañaverales en que estaban atados los asnos y los camellos, las vistosas ropas y raros muebles esparcidos por la tierra, las pilas de naranjas y los cajones ingleses llenos de pólvora, nuestros soldados riendo y gritando cada vez que encontraban un objeto curioso, la hermosura de la tarde, las flores silvestres que decoraban aun algunos parajes de estas antiguas huertas; y desearia ademas que comprendieses el encanto que nos causaba el pensar que todo aquello era de los moros; que lo habíamos estado viendo á lo lejos durante muchos dias; que lo poseian ellos hacia pocos minutos; que lo echarian de menos en aquel instante; que todo acreditaba nuestra victoria, la documentaba, la materializaba, por decirlo así; que podriamos mandar á España aquellos despojos y atestiguar con ellos nuestro completo triunfo; que los habíamos ganado, en fin, al glorioso juego de las armas, y que nada semejante habian conseguido de nosotros los africanos cuando atacaban nuestros campamentos de la Concepcion, de Rio-Azmir y de Guad-el-Gelú.

Pero ¡ay! ¡aun nos estaba reservado un instante de luto y de tristeza!

Pasemos ligeramente sobre él... ¡por mas que fuera tan horrible, que nos dejará una impresion inolvidable!

Hallábase parado O'Donnell con su cuartel general en medio del campamento de Muley-Hamet, dictando disposiciones para asegurar su triunfo y guarnecer todas las posiciones que rodeaban estas huertas.

Ya no se oia un solo tiro... Hacia una tarde hermosa y trasparente. Todos los individuos y agregados del cuartel general estábamos en torno del caudillo, llenos de júbilo y entusiasmo, dándonos el parabien como españoles antes que como militares.

Allí se encontraban tambien los periodistas estranjeros que habian llegado á cumplimentar á O'Donnell; los corresponsales de nuestros periódicos, Navarro y Nuñez de Arce, que me habian acompañado todo el dia y asaltado la trinchera como todo el mundo; el señor don Jorge Diez Martinez, distinguidísimo caballero, que no se ha separado un instante del general en jefe durante toda la campaña; el conde d'Eu; los oficiales estranjeros; todo el cuartel general, en fin,—verdadera tertulia amistosa en que el contínuo trato ha unido con inestinguibles afectos todos los corazones.

De pronto, óyese un tiro próximo y el silbido de una bala, que pasa por entre nuestras apiñadas cabezas.

Al mismo tiempo percíbese un golpe seco, como el de un aldabon sobre una puerta, y un ronco gemido entrecortado por la muerte...

Miramos, y vemos á un anciano correo de gabinete que ha hecho toda la campaña, doblarse pausadamente sobre la silla.

De su cerebro cae un caño de sangre sobre la grupa de su caballo tordo...

La barba blanca de la infortunada víctima levántase lentamente á medida que su cabeza, atravesada de parte á parte, va inclinándose hácia atrás...

—Muerto... está muerto, esclama el general O'Donnell; vamos adelante...

Y en tanto que pronuncia estas palabras, pasa otra bala por entre nosotros, pero sin tocar á nadie...

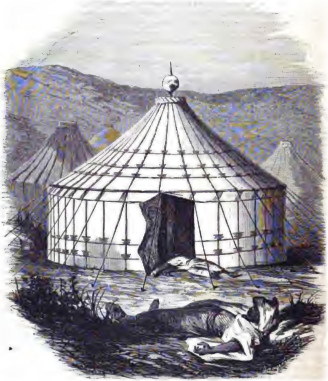
Indudablemente, un marroquí se habia quedado escondido en alguna tienda, decidido á asesinar al general O'Donnell.

Mientras se le busca, (y por cierto que no se le encontró) nos alejamos de aquel sitio, tristemente afectados por una desgracia tan estéril, tan inesperada, tan alevosa y que tan duro contraste habia hecho con el júbilo que esperimentaba en aquel instante el pobre anciano.

Bajamos, pues, á la trinchera, prudentes y egoistas por la primera vez, como si el triunfo hubiese despertado en nuestro corazon cierta codicia de vivir.

En aquel lugar nos aguardaba un espectáculo espantoso, pero que no por eso conmovió ni un punto nuestra alma.

Veíase allí el efecto producido por nuestra artillería en el campamento de Muley-Hamet.—Tiendas incendiadas, armas rotas, centenares de cadáveres destrozados; aquí una mano, allá una cabeza; en este lado un cuerpo hecho carbon, en el otro charcos de sangre; huellas de pólvora inflamada, girones de ropas berberiscas, caballos muertos, vituallas y municiones esparcidas al acaso... ¡Oh! era una patente de gloria y de fortuna para nuestra artilleria. Su triunfo de hoy, su arrojo, su serenidad, su pericia, estaban allí escritos con caracteres de sangre y fuego!



Tienda de Muley-el-Abbas.

Sobre los parapetos y las trincheras veíanse tambien los muertos por la bayoneta ó la carabina de nuestros infantes, y muchos heridos que se quejaban lastimosamente.

A estos se les curó; pero ninguno tenia remedio.

En cuanto á nuestros muertos y heridos, habian sido ya retirados á las casas de campo inmediatas... No nos amargó, pues, las alegres horas de esta tarde el espectáculo de nuestras lamentables y numerosas pérdidas, que habian consistido en mil ciento quince hombres; de ellos, sesenta y siete muertos, setecientos sesenta y dos heridos, doscientos setenta y nueve contusos y siete estraviados.

La de los moros era incalculable. Nosotros solo podiamos contar los muertos, y pasaban de trescientos cincuenta. Los heridos se los habian llevado en su precipitada fuga.

Con que basta por hoy.

En este momento son las nueve de la noche. Nuestras tiendas han sido levantadas entre las de los moros; pero muchos dormiremos dentro de estas.

Nuestros caballos están atados con los mismos cordeles y en las mismas estacas que les sirvieron para amarrar los suyos.

Su fuga ha sido tan rápida, que algunos se han llevado sus corceles en pelo.

El pienso que les tenian preparado para esta noche, se lo comen tranquilamente mi *África* y sus compañeros de glorias y fatigas.

Las reses recien muertas,—vacas y ovejas,—con que pensaban refocilarse los marroquíes despues de la batalla, han sido condimentadas y consumidas por nuestros soldados.

¿Qué harán, pues, á estas horas nuestros desgraciados enemigos? ¿Cómo pasarán la noche? ¿Qué comerán? ¿Dónde encontrarán amparo?

¡Infelices! Allá se fueron, por lo mas áspero de esas montañas, desprovistos de todo, solamente cargados de vergüenza y de infortunio!

¡Qué frio pasarán; qué hambre; qué desesperacion!

Yo me imagino á Muley-el-Abbas en lo alto de esa sierra, fijando sus ojos en Tetuan, y suspirando como Boabdil cuando desde las cumbres del Veleta miró por la última vez á su Granada!—¡Heróico y desventurado príncipe! ¡Digno quizás de mejor suerte!

Pero á todo esto, mi buen amigo, no te he dicho una de las cosas mas importantes que están ocurriendo mientras dejo correr la pluma sobre mi diario.

Es el caso que los cañones de la Alcazaba de Tetuan no dejan de disparar balas rasas sobre este campamento.

Cuatro horas hace que terminó la lid, y durante ellas, de minuto en minuto cae entre nuestras tiendas un pesado proyectil, que afortunadamente no nos ha causado todavía daño alguno; pero que bien pudiera mas tarde convertir nuestro reposo temporal en un sueño eterno.

Yo confío, sin embargo, en que esos disparos cesarán dentro de una hora.

Los habitantes de la ciudad se habrán reunido en consejo al vernos acampados á sus puertas, y no podrán menos de resolver la rendicion de la plaza.

Entonces dejará de hostilizarnos la soberbia fortaleza.

Comprenderás que en tanto que suenen esos cañonazos,—último suspiro, estertor de muerte del coloso que hemos combatido dos meses y medio,—permanezca yo despierto y con la pluma en la mano...

Y comprenderás que á cada momento reaparezca en mi imaginacion la gran batalla de hoy y que no sepa hablarte sino de ella.

¡Qué hecho de armas tan glorioso para nuesto general en jefe! El pondrá el sello á su alta reputacion militar.

A medida que pasan las horas y veo mas friamente lo ocurrido, comprendo mejor toda la escelencia de aquel plan premeditado en todos sus detalles y revelado hace dos dias por el conde de Lucena en el torreon de la Aduana.

¡Qué prevision, qué tino, qué apreciacion tan exacta de las distancias y del tiempo en que habia de verificarse todo! ¡Qué conocimiento del terreno y del ejército enemigo! ¡Qué bien comprendida la posicion del cuerpo de reserva!

Ella ha anulado, por decirlo así, durante todo un dia, los esfuerzos de la caballería mora.

¡Y qué seguridad en la marcha! ¡Qué osadía en el ataque!...

¡Ah! es el triunfo de la inteligencia y del valor! ¡Qué bien conocia O'Donnell al ejército que acaudillaba!

. . . .

Son las diez de la noche y el cañon de la plaza sigue haciendo fuego.

Que yo sepa, hasta ahora no nos ha causado ninguna baja... Pero, moralmente, nos incomoda mucho, pues nos revela que los marroquíes son tan tercos que van á obligarnos á reducir á cenizas en cuanto amanezca la ciudad que idolatran tanto.

Yo, sin embargo, espero todavía en su prudencia. ¡Ah! yo no quisiera que entrásemos en Tetuan á sangre y fuego!

Y seré franco. No es solo la piedad la que me mueve á pensar así. Es la curiosidad artística.

Yo quisiera ver un pueblo moro en su estado normal, y no convertido en ruinas. Yo tiemblo á la idea de que todos sus habitantes tomen el camino de la montaña.

Para monumentos árabes, bastantes he visto en Andalucía.

Yo quiero ver la poblacion, las costumbres, los trajes, los ritos, las fisonomías de los moros. Quiero hablarles; ser amigo de ellos; penetrar en el fondo de su alma; sorprender el misterio de su estraña vida.—Yo, en fin, (y vuelvo á mi antiguo tema), me estremezco al pensar en el esclavo negro, en el almacen de pólvora y en la ciudad volando por el aire, que se me aparecieron en sueños hace pocas noches.

. . . .

Las diez y media, y todo sigue lo mismo.

Se me aconseja que apague la luz, alegando que el lienzo de la tienda deja paso á su claridad, y que esta pudiera servir de blanco á los cañones moros...

Voy á obedecer.

Adios... amigo mio; y adios, *cuatro de febrero*!

¡Oh! ¡qué dia tan largo! ¡qué dia tan grande!—El será eterno en nuestra historia!

A estas horas sabrá ya toda España el triunfo que han alcanzado hoy sus hijos... ¡Quién estuviera ahí!

¡De placer y entusiasmo se me heriza el cabello cuando me imagino la alegría, la emocion, la gratitud que va á esperimentar nuestra bendita patria!...

¡Ah, noble madre; viuda de grandes emperadores y fortísimos guerreros, arroja tus crespones de luto; gózate; resucita; rejuvenécete y haz alarde de tu pasada fiereza!—¡Tenias hijos... y estos han vuelto por tu honra y alegrado tu triste ancianidad!—¡Tenias hijos, destronada reina, y ellos te vuelven á hacer soberana!—¡Gloria á tí; que no á ellos! ¡Gloria á tí, que fuiste el modelo de sus virtudes y serás el espejo de su gloria!

. . . .

Vuelvo á encender la luz.—El cañon ha dejado de sonar... Son las once, y va ya cerca de un cuarto de hora que no dispara... Es cosa concluida. El titan ha muerto. Tetuan se rinde. La guerra ha concluido.

La melancólica *Paz* aparecerá mañana en el Oriente, traida de la mano con amoroso júbilo por su feliz hermana la siempre alegre y sonrosada *Aurora*.

¡Sean bienvenidas á nuestro ensangrentado campamento las dos misericordiosas compañeras!

XLVI.

Alegría.—Primeros parlamentarios moros.—Intimacion á la plaza.—Tetuan capitula.—De las guerras indefinidas.—Fisiología del *renegado*.

Dia 5 de febrero.

¡Qué profundo y sosegado ha sido esta noche el sueño de los que hemos dormido!—No parecia sino que nuestras almas, libres ya de todo recelo y sobresalto acerca de un enemigo que acabábamos de aniquilar, habian aprovechado estas horas de reposo para volver á España y tomar parte en sus regocijos.—¡Oh, sí! nuestros cuerpos inertes han descansado esta noche en el campamento moro; pero nuestro espíritu, nuestro pensamiento, nuestra vida han volado á otras regiones en alas de melancólicos ensueños.—Así es que la mayor tranquilidad, el mas profundo silencio han reinado bajo nuestras tiendas.—Tal quietud se observa en un colegio á la hora en que todos los escolares han burlado la vigilancia del conserge y escapado entre las sombras para correr en busca de las enamoradas que les aguardan á la reja.—Y no menos hondo y sereno es el sueño con que dormimos la primera noche que sucede á la muerte de alguna persona querida, á cuya cabecera habíamos pasado muchas semanas de insomnio, de zozobra y de agonía.—Hemos dormido, en fin, como patriarcas, debajo de esta tienda imperatoria, y dormiríamos aun, si no nos hubiese despertado el toque de diana.

Al escuchar sus primeros sones, muchos habrán abierto los ojos con cierta pena, creyendo que la total victoria de ayer habia sido un sueño, y que los clarines matutinos les avisaban, como otras veces, la hora del afan y del combate; pero pronto, la misma gracia y alegría que respira hoy la conocidísima tocata, les habrá recordado á todos la brillante realidad de su fortuna, y de aquí el largo aplauso y gozoso vocerío con que saludan las tropas, ni mas ni menos que al principio de la campaña, los madrugadores acentos de tambores, músicas y cornetas.

Por lo demás, aun no se ven en el cielo señales del amanecer. Son las cinco de la mañana y la mas densa oscuridad reina en el campamento. Solo se ve alguna leve claridad al través del lienzo de esta ó de la otra tienda, dentro de la cual acaban de encender luz sus moradores, mientras que muchos soldados soplan los mal apagados tizones de las hogueras en que cocieron ayer su rancho, á fin de reanimarlos y hacerse el tónico café, que constituye ya su matinal delicia, como pudo constituirla en otro tiempo la copa de aguardiente que tomaban en la cantina del cuartel durante la enojosa vida de guarnicion.

Cesa, por último, la diana; pasa un cuarto de hora, y principia á clarear el dia sobre las olas del remoto mar...

Entonces empieza á sonar una nueva diana que no habíamos oido hasta ahora en los inhospitalarios parajes que hemos habitado.

Hablo del canto de los pájaros.

Ni los montes bravíos, ni los arenales estériles son lugares á propósito para que las aves del cielo entonen sus melodiosas serenatas; pero en este campamento, poblado de tantos árboles como tiendas, en este jardin de Marte, en este verdadero oasis lleno de flores y de verdura, de perfumes y de sombras, y habitado por una raza peregrina, los cantores del aire saludan el primer albor de la mañana con aquellos mismos suaves conciertos que escuchábamos en las patrias alamedas antes de que nos llamara á la lid la ibera trompa.

Amanece, al fin. El cielo está azul y trasparente desde la primera hora. Ni una nube interrumpe su infinita limpidez. Torna, por último, á nuestro horizonte el padre sol, gloria y alegría de los mundos, y con él renace en todos los pechos la actividad y el ansia de nuevas emociones.

Los cañones de la Alcazaba y de las puertas de Tetuan no han hecho disparo alguno en toda la noche ni en lo que va de mañana. Nadie duda ya de que la ciudad se rinde.

Sin embargo, nuestros artilleros lo disponen todo para un bombardeo inmediato, mientras que en la tienda del general en jefe se determina alguna cosa de gran importancia y que yo necesito averiguar inmediatamente.

Esto me será fácil. Hace algun tiempo que tengo organizada en el ejército una especie de policía, ó por mejor decir, de correspondencia diplomática, por medio de la cual sé todas las cosas notables que ocurren en cada campamento los dias de huelga, y en cada cuerpo de ejército los dias de accion.

Solo así pudiera ir formando juicio exacto de las operaciones en general y compaginando tantos y tan diversos hechos particulares.

De ese modo tambien, me doy cuenta de muchos fenómenos que para otro serán indescifrables, y me esplico nuestras marchas, nuestras detenciones en tal ó cual punto, la importancia de esta ó aquella posicion y la causa y los resultados de cada acontecimiento.

Hoy, por ejemplo, sé ya que se trata de enviar á Tetuan un mensaje ó parlamento intimando á sus habitantes la rendicion.

Los comisionados elegidos son el preceptor de Anibal Rinaldy, ó sea el cosmopolita Pedro Dejean, que, como sabes, habita en la misma tienda que yo, y un moro de alguna categoría, hecho prisionero en la batalla de ayer y llamado *Sidi-Mohammad*.

La intimacion va redactada de una manera digna, sencilla y solemne, propia del capitan que la suscribe, de las circunstancias que la ocasionan y del mísero pueblo que ha de leerla.

Dice así:

«Al gobernedor de la plaza de Tetuan.

»Habeis visto vuestro ejército, mandado por los hermanos del emperador, batido: su campamento, con la artillería, municiones, tiendas y cuanto contenia, ocupado por el ejército español, que está á vuestras puertas con todos los medios para destruir vuestra ciudad en cortas horas.

»No obstante, un sentimiento de humanidad me hace dirigirme á vos.

»Entregad la plaza, para la que obtendreis condiciones razonables, entre las que estarán el respeto de las personas, de vuestras mujeres, de las propiedades y de vuestras leyes y costumbres.

»Debeis conocer los horrores de una plaza bombardeada y tomada por asalto: evitadlos á Tetuan, ó, de otro modo, cargad con la responsabilidad de verla convertida en ruinas, y desaparecer la poblacion rica y laboriosa que la ocupa.

»Os doy veinte y cuatro horas para resolver: despues de ellas no espereis otras condiciones que las que imponen la fuerza y la victoria.

»El capitan general y en jefe del ejército español,

LEOPOLDO O'DONNELL.

«Campamento junto á la plaza, 5 de febrero de 1860.»

Al mismo tiempo se ha leido á nuestras tropas la siguiente órden del dia, documento no menos notable que el anterior y que debe quedar tambien consignado en estos humildísimos apuntes.

«Soldados: En el dia de ayer habeis conseguido una completa victoria, tomando al enemigo sus reductos y atrincheramientos, su artillería y sus cuatro campamentos con todas sus tiendas y bagajes. Habeis correspondido dignamente á lo que la reina y la patria esperan de vosotros, y habeis elevado á una grande altura la gloria y el nombre del ejército español.

Soldados: continuad con la misma constancia con que habeis luchado durante tres meses contra los elementos de un clima duro, y en un país inhospitalario, hasta que obliguemos al enemigo á pedir gracia, dando á España satisfaccion cumplida de sus agravios, é indemnizacion de los sacrificios que ha hecho.—Vuestro general en jefe,

O'DONNELL.»

Volviendo á la intimacion, te diré que, no bien he tenido conocimiento de lo que se trata, he resuelto seguir estraoficialmente á nuestros mensajeros, yendo á la vista de ellos por una de las muchas sendas que conducen á la plaza.

Una vez á las puertas de Tetuan, mi amigo el cosmopolita verá la manera de que penetre en él con la misteriosa poblacion. ¡Oh! ¡qué ventura!

Hago, pues, ensillar mi caballo.—Mr. Iriarte, el concienzudo artista, se dispone á acompañarme. Ambos preparamos nuestros lápices y carteras, á fin de dibujar y escribir sobre el arzon como tenemos de costumbre...

¡Ah! ¡Nunca podrás imaginarte de qué manera se han escrito las páginas y dibujado los croquis de este libro!—Ni creo que haya ejemplo en la historia del arte y de las letras de semejante improvisacion sobre el terreno mismo de los acontecimientos!—La obra de romanos será luego copiar, traducir, compaginar los confusos apuntes, los abreviados conceptos, la estraña taquigrafía con que fijamos rápidamente nuestras observaciones, nuestros pensamientos, los cuadros que se presentan á nuestra vista.—Solo el gran dibujante español, señor Vallejo, nos ha igualado en constancia, en sangre fria, y en fanatismo por el arte. El, como nosotros, ha manejado el lápiz en medio de los mas terribles aguaceros, entre las balas, al lado de los coléricos, á la luz de la luna, á la claridad de las hogueras. Yo, por mi parte, me he acostumbrado á escribir montado, sin necesidad de parar el caballo, el cual sabe ya de lo que se trata, y no bien le abandono las riendas, empieza á andar tan suave y sosegadamente que casi casi parecen letras las que hago en mis libros de memorias.

Con que pongámonos en marcha.

Son las nueve de la mañana y Pedro Dejean y Sidi Mahommad se preparan á partir.

Van á pié... ¡tanto mejor!—Nosotros dejamos tambien nuestros caballos, y nos perdemos por unos cañaverales muy intrincados, que no recorreríamos con tanta calma á no respirarse paz y amistad en el sosegado ambiente de esta mañana inolvidable.—Sin embargo, vamos armados de *revolvers* por lo que pudiera acontecer.

Acompañan á nuestros parlamentarios cuatro guardias civiles, mas bien con el objeto de evitar que les siga la muchedumbre de soldados que ha echado detrás de ellos, que como escolta de seguridad contra el enemigo.—Asi es que, no bien se encuentran ambos comisionados fuera de nuestras avanzadas y en la estrecha senda empedrada que conduce á la ciudad, los civiles hacen alto, sin dejar avanzar á los curiosos, mientras que Dejean y Mahommad siguen solos por el tortuoso camino, y nosotros nos deslizamos hácia la izquierda, dando un ancho rodeo y sin perderles nunca de vista.

El moro lleva un pañuelo blanco izado en una baqueta de espingarda, como señal de parlamento.

De nuestro campo á la plaza habrá poco mas de un cuarto de legua.

Todo este espacio es un laberinto de árboles, acequias, puentecillos, setos, bardales, casas de campo, caminos cubiertos por una bóveda de follaje, y brazales y collados, vestidos ya de gala por una primavera precoz.

Tan pronto, pues, desaparecen los dos enviados en un recodo del camino, como se ve caminar la bandera blanca entre dos líneas de encañados, como campean ambos solitarios viajeros sobre una suave colina...

Van muy despacio y no sin cierto recelo...

Desde nuestra trinchera les siguen con los ojos veinte mil almas.

Ya estamos á mitad del camino de Tetuan. Sobre sus murallas aparecen algunas cabezas adornadas de blancos turbantes, y que van ocultándose á medida que nos ven avanzar...

Ya percibimos distintamente los cañones, la bandera verde del profeta, levantada en la Alcazaba, los arcos de herradura de dos puertas de la ciudad, los mosáicos de colores que revisten los minaretes, las medias lunas que los coronan, las blancas azoteas á que dan acceso estrechos y bajos postigos; mil y mil accidentes y detalles de arquitectura impregnados del mas genuino orientalismo, del mas característico gusto árabe... ¡Ah! ¡nos parece un sueño!

¡Y qué silencio! ¡Qué calma! ¡Qué mañana tan apacible!—Solo las flores de los árboles y los pájaros que saludan la vuelta de la estacion amorosa parecen habitar en estas comarcas. Respírase un ambiente cargado de balsámicos perfumes. El sol hermosea con sus ardientes caricias piedras, aguas, troncos, praderas, edificios, montañas, cuanto su luz cariñosa alumbra... Y el corazon, con su fiel instinto, late alborozado dentro del pecho, como presagiando largos dias de felicidad y reposo, de gloria y bienandanza.

Mas ¿qué gente es aquella que viene hácia nosotros por entre los cañaverales?

Forzosamente ha salido de Tetuan al mismo tiempo que nosotros de nuestro campo...

¡Ah! ¡Otra bandera blanca!

La ciudad capitula, anticipándose á nuestra intimacion...

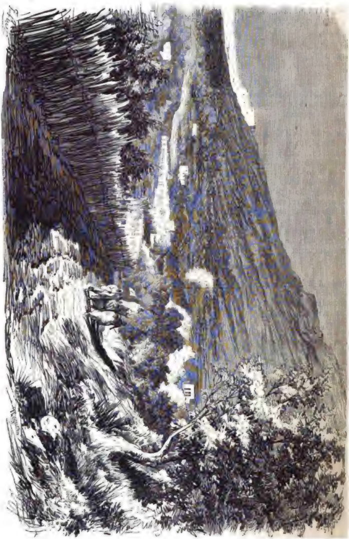
¿Qué otra cosa pudiera significar ese mensaje?

Nuestros enviados se paran y dejan avanzar á los del enemigo.

Estos son cinco.

De ellos, cuatro vienen á pié, y el otro encaramado, que no montado en una mula, vistosamente enjaezada.

Tan estraño caballero constituye la retaguardia.



Primeros parlamentarios moros.—Capitulacion de Tetuan.

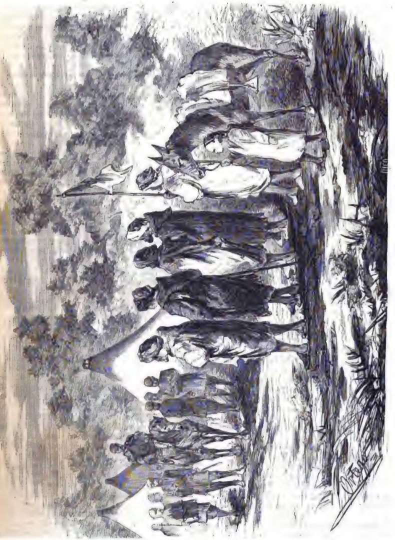
A vanguardia avanza el de la bandera, que es un morazo grosero, vestido sencillamente con un jaique blanquecino.

De los otros dos, el uno viste con lujo y mas bien al estilo de Argel que al de Marruecos.

El restante tiene todos los aires de ser de armas tomar.

Sin embargo, los cinco vienen inermes.

No bien divisa esta comitiva á la nuestra, los cuatro que vienen á pié empiezan á agitar los arremangados jaiques y á tremolar la bandera blanca.



Primera entrevista del general O'Donnell con los parlamentarios de Tetuan.

—¿Qué significa eso? pregunta Dejean á Mahommad. Iriarte y yo nos hemos incorporado ya á ellos.

—Significa paz y buena intencion, responde el moro.

—Pues guardemos nuestro pliego, y recibamos el que indudablemente traerán, responde nuestro sabio comisionado.

Y se mete en el pecho la intimacion de O'Donnell, á fin de que la iniciativa en el asunto de la capitulacion sea completamente de los enemigos.

A las gozosas señas que hacian estos, contestan nuestros enviados con otras semejantes, despues de lo cual nos adelantamos los unos hácia los otros, y se entabla en árabe el siguiente diálogo entre el maestro de Rinaldy y el moro de la mula.

—Alá te guarde, dice este último.

—El te conserve, responde nuestro enviado. ¿Qué mensaje es el tuyo?

—De paz.

—Bien venido seas.

—Busco al *Gran Cristiano*.

(Así designan los moros al general O'Donnell.)

—¿De parte de quién?

—De parte de los vecinos de Tetuan. ¿Quieres llevarme á la tienda de tu emir?

—Vamos andando, responde Dejean.

Y todos emprendemos el camino que han traido nuestros mensajeros, y nos dirigimos hácia el cuartel general de O'Donnell.

Los moros vienen tristes, pálidos, con el sello de un profundo terror en sus abatidos semblantes.

Durante el camino, trábase naturalmente conversacion entre ambas embajadas, y de todo ello y de mis observaciones resulta lo que sigue:

El parlamentario principal de los moros es un anciano de severa y trabajada fisonomía, alto, flaco y duro como una palma combatida muchos años por los vientos. Viste un ancho calzon azul, media blanca europea, babucha amarilla, jubon de merino negro bordado de seda, largo caftan de paño de color de café y gran turbante blanco, como la faja redoblada que envuelve su cintura.

Llámase el HACH-*Men-Abel*.

(La palabra *Hach*, puesta antes de un nombre, es una especie de *tratamiento*, y significa: *hombre que ha estado en la Meca*.)

Este ilustre moro desempeña en el imperio el alto cargo de cónsul de Austria. Ha viajado mucho, y se le han escapado dos ó tres palabras en español. Acompáñale un niño de corta edad que parece ser su hijo.

De los otros cuatro personages, el único digno de mencion es el que viste á la argelina.

El traje argelino recuerda mas que ningun otro, al moro tradicional de España. Las prendas que lo constituyen son las mismas que usamos nosotros en nuestros teatros y mascaradas. Calzon de un color muy vivo, albornoz ondulante, vistoso chaleco, lujosa faja y muchos alamares y bordados de seda en las mangas y en todas las orillas de la vestimenta.

Este moro, viejo tambien; pero de semblante vulgar, habla perfectamente el español, segun nos ha dicho por señas el de la bandera blanca, que entre paréntesis, es un rifeño estúpido y malicioso; y aun sino comprendo mal, me parece que este último quiere significarme que el de la ropa argelina es tan español como yo, ó por mejor decir, que lo ha sido.—Yo sabré la verdad dentro de un momento.

Entre tanto, Dejean habla con el cónsul de Austria, el cual le dice algo de lo que ocurre en Tetuan.

La ciudad se encuentra en la mayor tribulacion. Muley-el-Abbas y Muley-Hamet entraron en ella ayer tarde, despues de la pérdida de los campamentos, á todo el escape de sus corceles y seguidos de los principales jefes de su desmoralizado ejército.

—¡El cristiano está á las puertas! dijo el general vencido: el que me quiera; el que sea fiel al emperador, que me siga. Nosotros no podemos defender á Tetuan. ¡Dios ha abandonado nuestras huestes! *Dejemos á Tetuan como una isla* (1). Que el cristiano no encuentre nada en ella... Pero el que quiera quedarse, que se quede. ¡Dios lo juzgará en su dia!

Despues de pronunciar estas palabras en medio de la plaza, el emir entró en casa del gobernador. Cargáronse de dinero y alhajas hasta treinta mulas; sacó de la cárcel algunos presos políticos, abrumados de cadenas, casi todos *alcuides* que habian sido; proveyóse de una tienda y de algunos víveres, y partió por otra puerta de la ciudad que da al camino de Tánger.

—Segun su cuenta, añadió el *Hach*, anoche mismo debíais dormir dentro de nuestros muros.

Muchas familias de Tetuan han seguido en su fuga á los príncipes y jefes militares del imperio, sobre todo las mujeres y la gente rica. El camino de Tánger está cubierto por una larga carabana de camellos, caballos, mulas y asnos, cargados de muebles, ropas y víveres. La emigracion es espantosa.

Los príncipes y los pocos servidores que aun les permanecen fieles, acamparon anoche en otra llanura que hay del lado allá de Tetuan. Con ellos van los susodichos presos... ¡Ah! ¡el odio de los africanos es implacable!—¡Muley-el-Abbas, príncipe clemente,—al decir de todos los prisioneros y de estos parlamentarios,—no abandona á Tetuan sin llevarse consigo á sus víctimas, como su mejor y mas preciado tesoro!!

En cuanto al ejército derrotado, vivaqueó anoche en la sierra; pero á las dos de la madrugada el hambre y el frio le hicieron acercarse á Tetuan.—Tal entran en poblado famélicos lobos.

Entonces comprendieron las feroces y desesperadas kabilas que los cristianos no ocupaban todavía la ciudad.

—Todo lo hemos perdido esta tarde, dijeron: la *judería* nos ofrece una abundante rebancha... ¡A la *judería*!

Asaltaron, pues, las murallas del Norte, hácia donde cae el barrio de los judios.

—Yo no puedo esplicaros, dice el *Hach*, lo que ha pasado allí esta noche. Solo sé que hemos oido tristes lamentos, confundidos con el golpe del hacha sobre las puertas... Por las azoteas de las casas vagaban doloridas sombras que elevaban los brazos al cielo... El incendio alumbraba á veces aquel cuadro... La sangre ha debido correr como un desatado torrente. ¡El saqueo y la violencia habrán sido espantosos! Nosotros, los pacíficos habitantes de Tetuan, que no podemos abandonarla, porque la amamos demasiado y tenemos en ella grandes intereses, estábamos entre tanto reunidos en consejo... ¡Ah... ninguno ha dormido!... ¿Qué hacer en tamaña tribulacion? Si estuviéramos solos, os entregaríamos la plaza; pero las kabilas nos observan; Muley-el-Abbas acecha nuestros movimientos desde la otra llanura... No bien comprendan que nos rendimos; antes que vosotros hayais penetrado por una puerta, nuestros cadáveres habrán salido arrastrando por otra.—Al fin, esta mañana nos hemos resuelto los que aquí ves á demandaros consejo y proteccion. Tetuan quiere entregarse; pero no puede. Nosotros hemos venido sin que nos vea la gente de guerra; pero la gente de paz lo sabe y nos bendice. Si vosotros acometiéseis otra vez á Muley-el-Abbas y á las kabilas, todos se irian mucho mas lejos, y la ciudad os abriria sus puertas, porque nosotros sabemos que los cristianos no queman, ni roban, ni matan al moro desarmado, ni hacen llorar á las mujeres.

---

(1) Testual.

Por aquí iba en su discurso el *Hach-Men-Abel* cuando llegamos á nuestras avanzadas.

Desde aquel momento, ya no ha sido posible entenderse con ellos ni pensar mas que en la propia conservacion.

Una innumerable multitud de soldados nuestros se apiña al paso de los marroquíes.

—¡Tetuan se rinde! murmuran mil y mil gozosas voces al ver la bandera blanca.

Y la alegría, la curiosidad, la sorpresa, mil afectos que puedes imaginarte sin trabajo alguno, agitan nuestros campamentos, hacen salir de sus tiendas á generales y soldados, y arremolinan á nuestro paso un mar de ávidas cabezas.

Los parlamentarios miran con terror y admiracion esta muchedumbre vencedora, tantos y tantos pabellones de fusiles, tantas largas hileras de artillería, todo este cúmulo de poder y de fuerza amontonado á las puertas de su ciudad amada.

Cruzan, pues, tristes y pensativos uno y otro campamento. Las tiendas moras se levantan aun entre las nuestras... ¡Que espectáculo para los míseros agarenos!

—Este, dirán, este ha sido el teatro de la batalla que ayer ensordecia los vientos... Estos son los vencedores de nuestros príncipes... Estos son los indomables guerreros de que hemos oido contar tantas hazañas... Estos son los que nuestros santones y derviches nos dieron tantas veces por derrotados... Estos los que luchaban allá abajo con las tormentas, con la epidemia, con el *Levante* y con las privaciones!—¡Y aquí, aquí mismo han aniquilado hace pocas horas á nuestras soberbias tropas! Este suelo está húmedo todavía de sangre de nuestros hermanos... ¡Suyo ha sido cuanto nos rodea!—La marea creciente que se desbordó de Ceuta hace dos meses y medio, ha subido hasta el boquete de Anghera, ha devorado despues seis leguas de costa, ha invadido una llanura de dos leguas, penetrado en las huertas de Tetuan, inundado los campamentos musulmanes y hoy amenaza tragarse á nuestra ciudad santa, á nuestra ciudad querida!...

Y solo ahora comprenderán los tetuaníes toda la estension del infortunio que ha militado bajo el estandarte del profeta y las derrotas sucesivas que ha esperimentado Muley-el-Abbas desde el principio de la guerra.

Pero henos ya en el cuartel general de O'Donnell.

El general en jefe no se encuentra en él. Dícese que montó á caballo hace una hora, y que recorre todas las posiciones ganadas ayer al enemigo desde el Guad-el-Gelú á la torre de Geleli.

Búscasele, pues, por todas partes, á fin de que reciba á la diputacion de la plaza; pero no se le encuentra en ningun lado.

Esta circunstancia da tiempo á que se ordene y regularice en cierto modo la entrevista de nuestro caudillo y de los embajadores africanos.

La gran calle, que como en todos nuestros anteriores campamentos, trazan las tiendas del cuartel general del general en jefe, ha sido despejada y está cubierta por dos filas de carabineros. A la puerta de la tienda del general en jefe hállanse alineados los cinco parlamentarios en actitud humilde, pero digna. Cerca de ellos forman un grupo todos nuestros generales. La habitual comitiva de O'Donnell y una infinidad de jefes y oficiales de todas armas componen otro grupo mas á la derecha; y á los dos lados de esta esplanada anchurosa vénse oscilar millares de cabezas ávidas... Son los soldados... los beneméritos soldados, á quienes interesa tanto ó mas que á nadie el resultado de la entrevista que se prepara.

Asi pasan algunos minutos de inmovilidad y silencio. —Solo se escucha de vez en cuando alguna órden para que se busque al general en jefe por estos ó por los otros sitios.

Al fin resuenan de pronto las majestuosas armonías de la marcha real: las centuplicadas centinelas presentan las armas, y el general O'Donnell aparece á caballo, por un lado de la estensa vía, seguido de un solo ayudante.

Apéase el victorioso caudillo á la puerta de su tienda; saluda con un sencillo y cortés ademan á los enviados, y penetra en ella el primero, indicando al paso á los embajadores, con otra accion llena de esquisita superioridad, que pueden penetrar en pos suyo.

Hácenlo asi estos, no sin clavar antes á la puerta de la tienda la bandera blanca, y un nuevo silencio lleno de elocuencia y que deja adivinar la preocupacion de todos, reina en nuestros dilatados campamentos durante los breves minutos que dura aquella conferencia tan solemne.

Los que estamos mas cerca de la tienda percibimos algunas palabras de O'Donnell y de los parlamentarios. Todos hablan en español. El general en jefe se produce con sentido enojo, con severa fortaleza, con cierta mezcla de rigor y lástima. Las palabras *crueldad*, *inhumanidad*, *barbarie* salen de sus labios. Alude sin duda á la saña feroz con que los moros han tratado á nuestros prisioneros, degollándoles desapiadadamente. Luego habla de *generosidad*, de *perdon*, de *tolerancia* con los vencidos; de *Tetuan reducido á escombros*; de *bombardeo*; de *plazo improrogable*...

Los marroquíes tartamudean escusas; hablan en voz baja; se quejan; repiten mucho las palabras *cristiano*... *piedad*... *proteccion*... y protestan de su buena fe, de la verdad de sus palabras, de la lealtad de su mensage.

Al fin el general en jefe llama á un ayudante y le pide el pliego que Dejean y Mohammad se habian encargado de llevar á la plaza.

Vuelve el pliego á poder de O'Donnell, y al cabo de un momento los marroquíes salen trayéndolo en la mano.

Es decir que ellos mismos harán en nuestro nombre la intimacion á Tetuan.

—Mañana á las diez disparo el primer cañonazo, dice O'Donnell al cónsul de Austria cuando este le saluda por última vez.

—Antes de las diez tendrás la contestacion, responde el moro; y desde el amanecer podrás mirar á la Alcazaba. Si no ves en ella nuestra bandera, es señal de que Tetuan se rinde.

—Pues hasta mañana, concluye el general en jefe.

Parten, finalmente, los marroquíes escoltados por algunos caballos nuestros, mientras que mil y mil voces preguntan en nuestro campo.

—¿Qué hay? ¿Qué dicen? ¿Qué se ha resuelto?

Entonces corre de boca en boca el siguiente resúmen auténtico de la conferencia.

—La ciudad quiere entregarse; pero no se atreve á hacerlo por miedo á las kabilas. Los tetuaníes nos ruegan que vayamos á ayudarles contra su mismo ejército. Nosotros hemos contestado que si mañana á las diez no ha abierto la ciudad sus puertas, á las once será un monton de escombros. ¡Allá arreglen los marroquíes sus desavenencias domésticas! Asi el ejército como el vecindario de Tetuan verán lo que mas les conviene. Por nuestra parte, no estamos dispuestos á fiar la vida de nuestros soldados á la lealtad y palabra de cuatro moros.

Reprodúcense, pues, las cabilaciones y las congeturas.

La rendicion de Tetuan, pensamos todos, aun dado caso de que se verifique, no traerá forzosamente consigo, como creíamos antes, la terminacion de la guerra; puesto que el ejército marroquí, ó por decir mejor, Muley-el-Abbas, representante del imperio, protesta contra la entrega de la plaza lejos de capitular con ella.

Es decir, que quien demanda la paz no es el enemigo que combatíamos; no es el emperador; no son sus tropas, sino los habitantes inermes de una ciudad desguarnecida. Es decir, que tantas derrotas no han quebrantado aun el fiero orgullo de nuestros adversarios, los cuales, ó esperan todavía en su valor, ó están resueltos á perecer desde el primero hasta el último sin confesarse vencidos.

Ciertamente, esto es lo peor que podia sucedernos.

Te diré por qué.—Las guerras de desesperacion (permíteme la frase) ó por mejor decir, las guerras *á la desesperada*, como la de la *Independencia* que sostuvimos nosotros con los franceses hace cincuenta años, no tienen término ni límite, y si llegan á concluir, es por consuncion de los ejércitos triunfantes.

Cuando un pueblo se resuelve á no capitular, las victorias son vanas quimeras, máxime si se trata de una nacion desorganizada, sobria, que carece de industria y de grandes intereses colectivos, como el imperio de Marruecos.

Aquí, donde casi no existe unidad social; donde cada individuo se rige y sostiene por su propia cuenta; donde el hombre vive de la caza ó de la agricultura; pero de una agricultura ligera tambien y escasa; donde apenas se reconocen otras necesidades que el comer, y el comer se limita á triturar un poco de maiz ó á esprimirse en los labios una naranja; aquí, digo, casi no tiene trascendencia nacional la pérdida de una plaza, de una provincia ó de la mitad del imperio.

La poblacion, arrojada de sus hogares, se replegará al Sur; y provista de pólvora y de balas, volverá todos os dias sobre nosotros y luchará años y años sin debilitarse, mientras que nosotros perderemos lentamente la abia nacional; empobreceremos nuestra hacienda; aniuilaremos nuestro ejército.

Aquí no hay ejército ni hacienda, tales como nosotros los entendemos: todos son soldados voluntarios y todos viven de su gestion particular...—Para herir, pues, en el corazon al Estado, tendríamos que estirpar toda la raza; que hacerla desaparecer; que matar diez millones de hombres y ocupar veinte mil leguas cuadradas de territorio...

Yo me estremezco por consiguiente á la sola idea de que el enemigo no se dé nunca por dominado; de que no se alarme por la pérdida de esta ó de aquella ciudad; de que haga, en fin, la guerra desesperada.

Ahora bien: la indiferencia con que parece mirar hoy la caida de Tetuan, es ya un síntoma horrible de tan infernal sistema.

Y dime: ¿Qué partido podria tomar España si Marruecos siguiese terco en semejante porfía?

—Quedarse con lo conquistado, me dirás tal vez: incautarse del territorio que abandonen los marroquíes: conservar á Tetuan y tomar á Tánger... bombardear todos los puertos del Atlántico...

¿No es esto lo primero que se te ocurre?

¡Y bien! ¿qué conseguiríamos?

Tener algunos presidios mas en que invertiríamos numerosas y costosísimas guarniciones; presentar una estensa y débil línea á los ataques del enemigo; alimentar una guerra permanente... ¿Y qué mas?

Nada mas... Los puertos, las factorías en suelo estranjero, son útiles cuando mantienen relaciones con el país en que están enclavadas; cuando la colonia comercia con el interior; cuando son el punto de contacto de dos industrias, de los productos de dos pueblos...

¿Y mantendríamos nosotros relaciones con los moros desde Tetuan, Tánger, Rabat ó Mogador? ¿Tratarian estos amistosamente á sus conquistadores?

Respondan Ceuta y Melilla... ¡Responda la Inglaterra, que para llegar á ser, como es hoy, el vampiro de Marruecos, tuvo que empezar por evacuar á Tánger, de que se habia apoderado imprudentemente, y prometer á los moros no arrebatarles nunca ni un palmo de terreno!

Y aunque nada lográsemos y mucho perdiésemos por el lado de nuestros intereses materiales ¿adelantaríamos alguna cosa por el lado de la influencia moral? ¿Contribuiríamos á la civilizacion y mejoramiento del imperio? ¿Realizaríamos de este modo la mision providencial que la España está llamada á cumplir en Africa?

Menos aun. La desconfianza, el recelo, el odio, el rencor nos mantendrian mas alejados á españoles y marroquíes el dia que ocupasemos veinte plazas moras, que hoy que solo habitamos cuatro estériles peñones.

¡Ah! No es la violencia el mejor camino para asimilarse á un pueblo como el que tenemos en frente.

Ved sino la Argelia.—¿Ha influido Francia en las costumbres de aquel país? ¿Lo ha civilizado? ¿Lo ha ganado al cristianismo? ¿Se ha identificado con él?

De ningun modo.—Francia vive en Africa hace treinta años: manda en el terreno que pisa: es solo obedecida en donde tiene bayonetas: trabaja la tierra y la esplota, y mantiene allí una gran parte de su exuberante poblacion; sírvele, en fin, la Argelia de desahogo para su plétora de hombres, de industrias y de actividad moral.

¿Pero estamos nosotros en el mismo caso? ¿Nos falta territorio? ¿Nos sobra poblacion? ¿Pecamos de esceso de actividad? ¿Necesitamos espacios nuevos en qué emplearla? ¿Está ya todo hecho en nuestro país? ¿No se encuentran despobladas ó incultas Sierra-Morena, la Mancha y otras cien zonas de la península? Nuestros capitales, ¿nada tienen que emprender en ellas? ¿Tan sobrados estamos de ferro-carriles, de marina, de fábricas, de canales de riego y navegacion, de puertos útiles, de caminos carreteros, ni aun de sendas transitables?...

Pero ¿á dónde voy á parar? ¿Ni á qué viene todo esto? Mi obligacion en el presente libro no es discurrir ni juzgar acerca de las cosas, sino consignar la impresion que me produzcan.

Basta, pues, á mi propósito con decirte que no me impondria tanto (como español amante de mi nacion), ver rehecho súbitamente el ejército marroquí, como me impone el saber que Muley-el-Abbas no se da por vencido despues de derrotado.

Un nuevo ejército se destruye con mas ó menos facilidad: contra un enemigo que se arma de su propia flaqueza, no hay fuerza humana que baste.

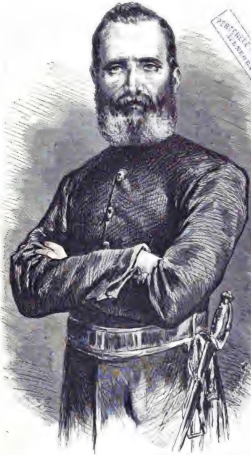
Mientras los moros se jactaban de ser mas fuertes que nosotros, la contienda tenia una solucion posible; y esta consistia en demostrarles lo contrario.

Desde el momento en que se disponen á resistirnos contando de antemano con su derrota, nuestros triunfos serán ineficaces y la guerra no ofrece otro desenlace que el cansancio.

Con que volvamos á nuestra relacion y esperemos los sucesos.—¡Quién sabe si todas estas reflexiones serán anticipadas y prematuras!—Muley-el-Abbas y su hermano el emperador, pueden ser muy bien hombres sensatos y abrir los oidos á los consejos de la prudencia.

Decia que acaban de marcharse los parlamentarios de Tetuan.

Nosotros, aunque no muy satisfechos del mensaje, no estamos sin embargo tan serios y preocupados como pudieras deducir de las precedentes reflexiones, debidas en su mayor parte á la impaciente susceptibilidad de mi temperamento ó de mi imaginacion, y como, por otro lado, nos agitan y conmueven todavía las grandes impresiones del combate de ayer y la espectativa de la entrada de Tetuan, la mayor animacion y mas férvida alegría reinan en el campamento.



El general don Cárlos Latorre, comandante en jefe de los tercios vascongados. (De fotografía).

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONÉS

Lo cierto es que, á lo menos por ahora, se acabó la sangre; que el ejército enemigo está deshecho; que hemos coronado felizmente la campaña y que nos encontramos vivos en el momento dichoso de la victoria.

El cólera ha desaparecido casi completamente.

Tetuan nos abrirá sus puertas de un modo ó de otro dentro de veinte y cuatro horas, y allí nos aguardan mil curiosos espectáculos, mil estrañas aventuras.

Por otra parte, el regocijo que ahora mismo conmoverá á toda España, parece que vibra ya en el ambiente que respiramos... Aquellas remotas alegrías nos causan una emocion todavía mas grande que la que esperimentamos ayer en el trance supremo del maravilloso triunfo...

¡Fuera, pues, importunos pensamientos! ¡Abandonémonos al placer de nuestra fortuna; bendigamos á Dios que nos ha sacado salvos y con honra de tan multiplicados peligros, y creamos y esperemos en mayores felicidades: ¡creamos en que florece ya la oliva de la paz! ¡creamos en que sonrie en el cielo el iris mensajero de bonanza!

Verdaderamente, suceda lo que quiera, nosotros no podremos olvidar nunca este domingo, pasado en los campamentos moros; este dia de descanso y regocijo; este sol cariñoso; este aire cargado de perfumes, y que encierra ya las promesas de una primavera anticipada.

A eso de las doce, vienen á visitarnos otros cuatro vecinos de Tetuan. Este segundo mensaje no tiene carácter oficial alguno. La curiosidad solamente trae á nuestras tiendas á los africanos.

Dos de ellos son argelinos y todos cuatro parecen gente pacífica y de oscura posicion. Nos agasajan mucho, y ponderan el deseo que tenian de que entrásemos en la ciudad. Describen los malos tratos que han recibido de las autoridades imperiales, que sabian la desafeccion de los tetuanies por la continuacion de la guerra, y nos hablan de futuras concordias, de alianzas entre moros y españoles y del odio que sienten ya hácia los ingleses.

—Nos han engañado; nos han vendido, dicen. Primero nos aseguraron que érais muy pocos y muy cobardes; que no teniais cañones ni comida y que os veríais obligados á volver á España ó quedaríais todos aquí muertos y prisioneros como el ejército del rey don Sebastian. ¡Despues nos prometieron ayuda y proteccion contra vosotros, y ya veis que nos han abandonado!—Español... bueno y valiente,—concluyen con su habitual vehemencia;—moro... tambien valiente y bueno; inglés... falso, y tú y yo cortar cabeza de inglés.

Entre esta segunda diputacion viene tambien un *renegado*, el cual ha tenido la franqueza de confesarnos que lo es.

Llámase *Robles*; fue relojero en Cádiz, y vive en el imperio hace mas de veinte años.

Cualquiera le hubiera tomado por un árabe puro y neto... ¡tan morisca es su fisonomía!

A mí no me estraña esto: hace tiempo que me maravillo todos los dias de la perfecta semejanza que existe entre los tipos verdaderamente moros y la mayor parte de nuestros andaluces y valencianos.

Mas volviendo á los *renegados*, y hablando de ellos en términos generales, quisiera yo esplicarte hoy el singular efecto que me produce la aparicion de cada uno de estos desenterrados ó resucitados que van surgiendo á nuestra vista á medida que turbamos el largo silencio en que han yacido estas comarcas.

El supersticioso asombro que esperimento pudiera compararlo al que me causaria encontrar viva, al derribar una casa, á una criatura que hubiese sido *emparedada* muchos años atrás.—Y rodando de idea en idea y de una alucinacion en otra, adivino la impresion que me produciria descubrir una ciudad subterránea, ignorada de los geógrafos y arqueólogos, y habitada de gentes incomunicadas siglos y siglos con la sociedad, con el género humano, con el resto de la tierra, con el espectáculo del cielo.

Digo mas: al tropezar en estas inesploradas regiones con semejantes personajes, olvidados del mundo en que se agitaron algun dia, muertos civilmente, muertos tambien para sus familias y amigos, perdidos en el tiempo como fantasmas disipados en el espacio; y al tropezármelos vivos, con memoria de lo que fueron, hablando la lengua patria con cierto rubor ó sobresalto, cual si creyesen ofender el venerable idioma de sus padres,—aquel idioma que abandonaron, que procuraron olvidar, que no ha resonado en sus oidos durante tanto tiempo; pero que dormia en su alma, vívido, inalterable, incorruptible, como un remordimiento en la conciencia;—al oir á estos miserables esclamar: *yo soy* (digo mal), YO ERA *fulano*; al oirles citar su nombre, que ya no es su nombre; hablar de su pueblo, del que no saben ni si existe aun sobre la tierra; referirse á una esposa que han reemplazado con otra; aludir á sus hijos ó á sus padres, de los que ignoran, —¡viles, inicuos, desalmados como fieras!—¡*hasta si existen todavía!*... al oir todo esto, digo, acuden á mi mente mil estraordinarias escenas ideadas por la fantasía de los vates ó predichas en los libros santos de nuestra religion.

Y ya recuerdo la bajada de Eneas á las regiones infernales y sus encuentros con los pasados griegos y los futuros romanos; ya el paseo de Dante, conducido por Virgilio, por los tres reinos de la muerte; ya el maravilloso descubrimiento de Pompeya y Herculano; ya la exhumacion de las seculares momias egipcias,—ó bien presiento las supremas entrevistas del valle de Josaphat, el dia de la gran cita de los pecadores, y los diálogos que tendrán lugar despues del tremendo juicio en la gloria, en el infierno ó en el purgatorio, entre los hijos de todas las edades y de todos los pueblos,—quienes al verse juntos y destinados á vivir uniforme y simultáneamente, en un tiempo y en una patria comunes, acaso amenicen ó hagan mas espantoso el infinito dia ó la perdurable noche de la eternidad, refiriéndose sus pasadas aventuras, las causas de su condenacion ó de su beatitud, y las cosas que acontecieron en la tierra antes ó despues de la muerte de cada uno.

Pero veo, amigo mio, que hoy estoy por demás analítico y hablador.—Reservemos para mañana estas felices disposiciones, que mañana no han de faltarme interesantísimos asuntos en que emplearlas, si, como creo, se verifica nuestra entrada en Tetuan.

XLVII.

Entrada del ejército español en Tetuan.

TETUAN,—6 de febrero.

¡Al fin llegamos! ¡Al fin puedo fechar estas cartas en Tetuan, despues de haberlo hecho en tantos puntos del escabroso camino!—Ceuta, el Serrallo, la Concepcion, Castillejos, Rio Azmir, Cabo-Negro, Guad-el-Gelú, las tiendas enemigas... todos estos nombres, coloreados de sangre, con que he encabezado tantas veces mis apuntes de viajero, me parecen ya ensueños de mi imaginacion.

Aquellas ciudades movibles han desaparecido como vanas quimeras. Nuestros campamentos solo viven ya en la historia. Tantas noches pasadas bajo la tienda ó al amor de la lumbre en las cimas de ásperas montañas, en ignorados bosques, en solitarias llanuras, á la márgen de olvidados rios; ese largo invierno en que hemos vivido al raso, á la intemperie, como las fieras, en parages despoblados y melancólicos; esos dos meses de peregrinacion, de lucha con los elementos, de incomodidades y privaciones, de rudas fatigas, de tétrico abandono; ¡todo ha concluido! Mi dura penitencia ha terminado. Mi alejamiento de la sociedad y del mundo entero; mi vida sin hogar; aquella soledad y desamparo en que pasé la Noche-Buena, la Pascua, el Año-Nuevo, el dia de Reyes, el de San Anton, el de la Candelaria; tantos y tantos dias doblemente memorables por los placeres que los acompañaban otros años y por las penalidades y horrores que este año he presenciado en ellos, todo pasó ya; todo queda relegado á la region de los recuerdos inmortales; todo huyó para no volver... ¡Ya me cobija un techo; ya me alberga una ciudad; ya estoy en el mundo!

¡Tetuan!—¡Estoy en Tetuan!—La aspiracion de toda mi juventud se ha convertido en un hecho, y mi deseo de toda la campaña en una viva y palpable realidad...—Pero ¿qué importo yo? ¿Ni qué es mi júbilo en comparacion del que ya ilumina las empolvadas páginas de nuestra patria historia?

¡Tetuan por España!—Hé aquí lo que debemos esclamar todos. Siglos hace que no ha resonado en oidos españoles una palabra semejante. ¡La bandera amarilla y roja ondea sobre una ciudad estranjera! ¡Feliz la generacion que asiste á esta vuelta de nuestras antiguas glorias! —El dia de hoy busca, al través de los tiempos, otros dias análogos en edades apartadas. A su vivo esplendor se divisan en la noche de nuestra historia los muros de Nápoles, de Oran, de Bruselas, de Pavía, de San Quintin, de Méjico, de Roma, de Breda y de otras mil y mil ciudades tomadas por nuestros ilustres antepasados. ¡Venturosos los que presenciamos esta magnífica resurreccion! Las horas de hoy serán eternamente las mas grandes y luminosas de nuestra vida. ¡Nada mas digno y noble tendremos que recordar en los dias de nuestra vejez, por larga y gloriosa que Dios haga nuestra vida! ¡Siempre, siempre diremos llenos de orgullo y de entusiasmo, como una prueba de que nuestra existencia no se ha deslizado inútil y oscuramente: «¡Yo fui uno de los que entraron en Tetuan!»

¡Tetuan por España!... Este mágico grito, que oí esta mañana con la frente descubierta, las lágrimas en los ojos, la fe patria en el corazon, y un himno fervoroso en los labios;—himno de gratitud y de alabanza al Dios que saludaron Colon en las Antillas, Cortés en los Andes, Balboa al descubrir el mar Pacífico, Gama en Calcuta y Magallanes en Filipinas;—este grito de triunfo, de gloria y de felicidad resonará ahora mismo en todo el universo, despertando los ecos de nuestro nombre que aun vaga por todas las zonas, por todas las latitudes, por todos los continentes que pasearon un tiempo nuestras armas; y de América, de Flandes, de Francia, de Alemania, de la Italia entera, de Grecia, de Constantinopla, de Asia y de la apartada Occeanía, de todos los campos y ciudades en que corrió sangre española y duermen el sueño de la gloria cenizas de nuestros mayores, volverán los ojos hácia España pueblos y reyes con tanta veneracion como simpatía.

¡Oh! ¡qué dia el de hoy!—Aun prescindiendo de su grandeza histórica, de su importancia social, moral y política, de lo que he gozado en él como español y como cristiano, todavía es y será el mas sublime de mi existencia, el mas bello, el mas grandioso, si lo considero por el lado artístico, por el lado poético; si atiendo á los maravillosos cuadros que he visto, á las profundas emociones que me han agitado, á las sorprendentes escenas que durante él han herido mi imaginacion.—Hoy sí que dudo, hoy sí que desconfío de mis fuerzas para describirte y relatarte, para hacerte ver y comprender los múltiples y solemnes espectáculos á que he asistido; hoy sí que desearia la pluma de Xenofonte, el arpa de Virgilio ó el pincel de Rubens, á fin de poder fijar ciertas impresiones, copiar ciertos accidentes, eternizar ciertos instantes!—Pero no es culpa mia si solo puedo disponer de una tosca y fatigada pluma: conténtate con sus imperfectos rasgos, y atiende á los pálidos apuntes que encuentro en mi album de aventurero, trazados incoherentemente á grandes intervalos y en diversos sitios desde las primeras horas de este dia hasta este momento que son las nueve de la noche. . . . .

Cuando al amanecer de hoy resonó el toque de diana, casi todo el ejército se encontraba ya de pié.

Tan rara diligencia estaba justificada por dos razones: primera, porque todos ansiábamos ver si ondeaba la bandera marroquí sobre las almenas de la Alcazaba; y segunda, porque queríamos tener dispuesto nuestro equipaje para el momento que se diese la órden de marchar.

Escuso decirte que ningun dia nos hemos dispuesto con tanta alegría y solicitud como hoy á la penosa operacion de levantar nuestro campo...

—¡Es la última vez! pensábamos. Es la última etapa. Desde aquí iremos á dormir á Tetuan. La tienda será al fin sustituida por la casa. ¡Adios, pues, á la vida de campamento!

Y á la verdad, no todos acertaron en su profecía.—Pero mas tarde hablaremos de esto.

La mañana se presentó al principio fria y nublada; pero á eso de las siete salió el sol, y sus primeros rayos disiparon la bruma que empañaba la atmósfera.

Todos teníamos los ojos fijos en la Alcazaba de Tetuan...

¡La bandera morisca no estaba izada!

Con anteojos y sin ellos, percibíase claramente el asta, desnuda, lisa, escueta, trazando una línea oscura sobre el azul del cielo.

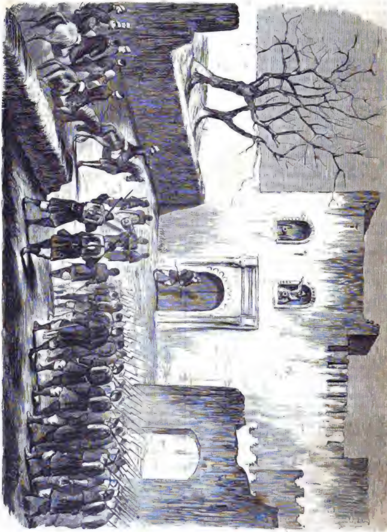
Tetuan se rendia, por consiguiente.

Los emisarios de la plaza no podian tardar.

Almorzó, pues, todo el mundo y dióse prisa á la confeccion de equipajes, mientras que los que ya estábamos libres de estos quehaceres nos dirigíamos á nuestras avanzadas, á fin de ver llegar á la diputacion mora.

Una vez allí, preguntamos á los oficiales que habian pasado la noche en la trinchera si habia ocurrido algo de particular mientras nosotros dormíamos.

—Creo, dijo uno, y conmigo toda mi compañía, haber escuchado algunos tiros dentro de Tetuan ó al otro lado de sus muros. Tambien nos ha parecido oir (pero esto puede ser una preocupacion nacida de lo que nos contó ayer mañana el *Hach*), lejanos lamentos, misteriosos y lúgubres ruidos que turbaban el silencio de la alta noche. No se si estaba en la atmósfera, ó en mi corazon; pero yo he respirado con dificultad en medio de las tinieblas; he sentido un vago terror, una secreta angustia; y cuando esta mañana rayó el dia y ví á Tetuan en su sitio, tan blanco, tan inmóvil como lo perdí de vista ayer tarde, me ha estrañado sobre manera; pues me hubiera parecido mas natural no encontrar piedra sobre piedra ó hallar que la ciudad habia desaparecido como un fantasma que se desvanece.

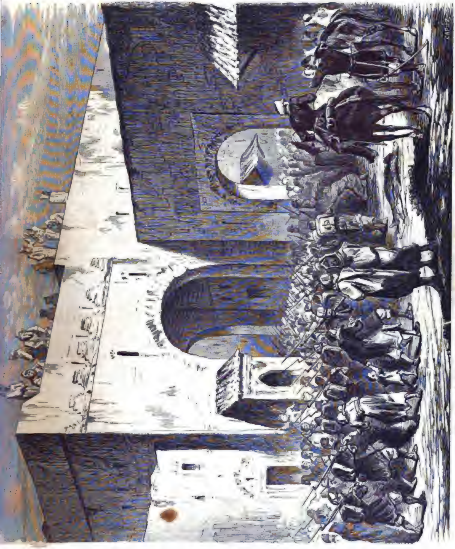


Entrada en Tetuan de las primeras fuerzas españolas.

—Lo de los tiros es seguro, mi capitan, esclamó un soldado; yo estaba de escucha allá, bien lejos, y he oido mas de veinte en toda la noche. Y debian ser en las calles de Tetuan, porque retumbaban mucho, y los tiros en campo abierto retumban poco.

En esto ya eran las ocho menos cuarto, y empezamos á notar cierta agitacion en nuestro campamento, como si desde alguna altura y con ayuda de anteojos, hubiesen visto salir por las puertas de Tetuan á la ansiada comitiva.

Entonces nosotros (una docena de curiosos) metimos espuelas á los caballos y avanzamos hácia la plaza.



Plaza mayor de Tetuan.—Llegada de nuestro ejército.—Los judios salen de su barrio. (De un croquis.)

Pocos pasos habíamos andado, cuando al revolver de unos cañaverales muy espesos, distinguimos como á medio cuarto de legua un ginete con traje blanco, que avanzaba al trote hácia nuestro campamento.

—¡Trae bandera blanca! esclamó uno de mis amigos.

—No viene á caballo... viene en mula; añadió otro al cabo de un momento.

—No viene solo; le acompaña otro moro á pié, dijo un tercero cuando hubieron pasado algunos instantes.

—¡Es Robles! ¡Es el renegado de ayer! repuso al fin el que primero veia las cosas.

Entre tanto el ginete habia llegado ya á pocos pasos de nosotros.

En efecto; era Robles.

Respondimos con los pañuelos á las señales que nos hizo con la bandera blanca, y entonces se nos acercó sonriendo.

—Buenos dias, nos dijo en intachable español.

—Buenos dias, paisano; le respondimos. ¿Qué hay de nuevo?

La pregunta era escusada.

El semblante de Robles, pálido y demudado, su jaique manchado de sangre y su mirada torba y afligida nos revelaron los horrores que habian ocurrido en Tetuan la noche última.

—Mucho malo para los moros; mucho bueno para España, respondió Robles con indefinible espresion.

A todo esto íbamos marchando hácia el cuartel general del general O'Donnell, y rodeaba ya al enviado una inmensa muchedumbre.

—¡Pero bien! ¿Se entrega la plaza ó no se entrega? le preguntamos en confianza.

—Se entrega, respondió el renegado en voz baja, llevándose una mano al pecho, como indicando que traia un papel entre sus ropas.

—Hace bien en entregarse, observó un artillero; pues nuestro general tiene puestos ya en bateria doce morteros, con abundante dotacion de municiones.

—No quiera Dios que hagais uso de vuestra fuerza contra la infortunada ciudad, replicó Robles. Tetuan es á estas horas un mar de sangre y llanto. ¡Qué noche! Si la de anteayer fue horrible, la de ayer ha sido desastrosa... Y aun en el momento que os hablo; ahora mismo... ¡Dios sabe lo que estará sucediendo dentro de aquellos muros! Cuando yo salia por una puerta, los restos del ejército marroquí volvian á la carga por otra. El robo y la matanza de anoche no les han bastado... Buscan nuevo botin y nuevas víctimas... Están locos de furor... Ya no son hombres... Son perros rabiosos... ¡Ah! por humanidad solamente, no debeis tardar un minuto en ocupar á Tetuan...

Al llegar á este punto, hizo alto la cabalgata.

Estábamos en el cuartel general.

O'Donnell entró en su tienda seguido de Robles, quien ya habia sacado una carta de su jubon.

La conferencia duró breves instantes.

El conde de Lucena volvió á aparecer, visiblemente afectado de pena y de alegría por el relato que acababa de escuchar.

—¡A caballo! dijo. Que formen todas las fuerzas para marchar.

No habian acabado de resonar estas palabras, cuando ya no se veia un alma en el cuartel general.

Todo el mundo habia corrido á su tienda, á fin de abatirla y disponerse al supremo avance.

¡Y qué júbilo, qué actividad, qué entusiasmo cundió por todo el campamento!

Un instante despues no habia una sola tienda levantada.

O'Donnell daba entre tanto á sus ayudantes diversas órdenes para los generales de cuerpo de ejército.

Prim, acampado en las alturas de Sierra-Bermeja, faldearia la montaña con sus batallones y ocuparia la Alcazaba.

Rios marcharia por el camino que habian traido los parlamentarios moros, y entraria en la plaza por la primera puerta que encontrase.

En pos de él iria el mismo general en jefe con el tercer cuerpo, mandado por Ros de Olano.

Emprendióse, pues, el movimiento en esta forma.

Eran las nueve de la mañana.

—¿Qué decia el pliego que ha traido Robles? nos preguntábamos unos á otros.

—Lo que ya saben ustedes, respondió uno que se habia enterado de todo. Que Tetuan gime bajo la violencia y el saqueo, y que la escasa poblacion pacífica que ha quedado en sus casas nos pide auxilio. Nosotros, pues, vamos á entrar en la plaza de grado ó por fuerza, es decir, á todo riesgo. Un deber de humanidad nos impone esta conducta... ¡Dios solo sabe lo que puede suceder!

Hablando asi, avanzábamos lentamente hácia la plaza.

Yo habia formado desde el amanecer un firme propósito de no separarme del cuartel general de O'Donnell en tan solemnes momentos. El conde de Lucena era la representacion del ejército y la personificacion histórica de España, y yo comprendia que solo entrando á su lado en la ciudad marroquí, presenciaria la verdadera toma de posesion y veria los episodios mas importantes de tan supremo acto. Renuncié, pues, al placer de pisar de los primeros los umbrales de la plaza, y caminé siempre á la vista de nuestro caudillo.

Delante de nosotros iba un batallon de la infanteria del general Rios; y como las sendas eran tan estrechas, veíamonos obligados á llevar nuestros caballos muy lentamente y á pararlos á cada instante.

Ibámos, pues, todos en amigable conversacion.

La mañana, aunque fresca, estaba deliciosa. El sol brillaba mas alegremente que nunca, y parecia sentirse la palpitacion de la tierra, ansiosa de desarrollar los tesoros de flores, de hojas y de frutos que ya germinaban en su seno.

En cuanto á nosotros... imagínate el alborozo que sentiríamos; el placer que inundaria nuestra alma. La misma inquietud, el mismo sobresalto que aun nos agitaban respecto de la sinceridad de los moros, eran parte á conmover y exaltar todos los corazones. La febril impaciencia que esperimentamos secretamente, hacia locuaces á los mas taciturnos; alegres y decidores á los mas graves y circunspectos...

¿Cómo olvidar nunca este paseo matinal tan interesante y grato?—Yo creo firmemente que será uno de los recuerdos que mas fijos conservaré toda mi vida.

El general O'Donnell, escitado como el que mas por tan varios y poderosos afectos, abandonábase á una espansion franca y cordial, y nos referia episodios de la campaña de los siete años, en que tambien mandó en jefe á nuestras tropas. La mañana de hoy le recordaba otras semejantes. El lo decia del modo mas natural, fijándose solamente en la lentitud de nuestra marcha y en la circunstancia de ir detenido el cuartel general por una columna de infan[illegible]; pero todos los que le escuchábamos comprendiamos que el general G'Donnell se veia á sí mismo esta mañana á la fulgente claridad de su gloria,—sin darse cuenta de ello quizás,—y coordinaba instintivamente los mas memorables dias de su vida de soldado, uniendo por primera vez á sus pasados hechos de armas las grandiosas jornadas de esta guerra, cuyos prósperos resultados se tocaban ya en aquel momento.

Entre tanto, veíamos avanzar por las alturas de la sierra á las tropas del general Prim con direccion á la Alcazaba. Los voluntarios catalanes se distinguian por sus gorros encarnados. Iban en la vanguardia como anteayer y trepaban y corrian por las escarpadas peñas con la agilidad propia de todos los hijos de montaña.

En cuanto á los batallones que nosotros seguíamos, su cabeza debia de encontrarse ya muy cerca de Tetuan, y cada vez que se paraba la columna que iba inmediatamente delante de nuestros caballos, esperimentábamos cierta emocion de placer, como si aquello nos indicase que habíamos llegado ya al pié de los muros de la plaza.

Pronto, sin embargo, volvia á moverse dicha columna, y nosotros en pos de ella, devorados de curiosidad acerca de lo que sucederia allá delante y de lo que ya verian los que marchaban en la vanguardia.

Por lo demás, el camino que recorríamos todos no podia ser mas pintoresco. A veces pasábamos bajo una bóveda de follaje; otras teníamos que ir á la desfilada por estrechos y sombríos callejones formados por altos y verdes setos; tan pronto cruzábamos frondosas huertas como atravesábamos espesos y sonantes cañaverales.

Y por todas partes veíamos, ya recientes fosas, de las que salian un pié, una mano ó la cabeza de un cadáver mal enterrado por los moros durante la batalla del 4; ya caballos ó camellos muertos; ya instrumentos de labor; ya casas de campo abandonadas; aquí pozos, allá acequias; en un lado prados de flores; en otro verdes sembrados; ora puentecillos rústicos; ora chozas ó cuevas de tan gracioso como miserable aspecto... mil y mil indicios, en fin, de la antigua paz y de la reciente guerra.

Era aquel un espectáculo tan alegre como melancólico, que predispuso nuestro ánimo á la compasion, á la piedad, á la simpatía para con los vencidos musulmanes, por lo mismo que recordaba á cada uno los alrededores de su pueblo natal...

En cuanto á mí, encontraba un maravilloso parecido entre aquellos lugares y los callejones de Gracia, por donde se entra en Granada yendo del Norte; ó bien creia recorrer, como en un tiempo inolvidable, las afueras de aquella otra ciudad morisca en que rodó mi cuna y florecieron todas mis esperanzas.

Serian las nueve y media cuándo salimos al fin de aquellos laberintos y volvimos á descubrir á Tetuan.

Ya no distaria de nosotros medio cuarto de legua... Su blancura nos deslumbraba enteramente.

En esto se oyeron algunos tiros en la montaña que faldeaba Prim. Nosotros habíamos hecho alto para dejar avanzar á los batallones que nos cortaban el paso. Todos mirábamos á las torres de las mezquitas y á los muros de la Alcazaba, esperando de un momento á otro ver ondear en ellos una bandera española...

¡Qué instantes aquellos tan largos y tan solemnes! ¡Qué emocion la nuestra! ¡Qué hora para España! ¡Para España, que nada sabia de lo que estaba sucediendo!

Reinaba un silencio religioso. Era el momento crítico... ¿Encontraban nuestras tropas algun obstáculo? ¿La aguardaba una traicion? ¿Ibamos á ver volar la plaza?

Nada se oia tampoco en nuestra [illegible]ota vanguardia. Solo algun tiro, y á veces dos ó tres, se escuchaban á grandes intervalos. Todos aquellos tiros eran de espingarda, segun lo ronco de la detonacion.

—¡Veo gente en la Alcazaba! esclamó en esto uno de nuestra comitiva.

—¡Son los catalanes! dijo otro.

—¡Tratan de izar una bandera...! añadió un tercero.

—Sí... sí... la Alcazaba está en nuestro poder...

—Tambien se ve gente en las murallas de Tetuan... ¡Una bandera...! ved... ¡es la española...!

—¿Dónde?

—¡Sobre la puerta de la ciudad! ¡Ya estamos dentro!

Era cierto: lejanos vivas y los ecos de la marcha real que allá tocaban músicas, tambores y cornetas no nos dejaron lugar á la duda...

Al poco tiempo, ondeaba la misma enseña vencedora sobre el asta-bandera de la Alcazaba, sobre los muros, sobre las azoteas, sobre los minaretes...

Entonces hubo una esplosion de alegría en todos los batallones que se iban acercando á la plaza, y aun en el cuartel general.

—¡Viva España! ¡Viva O'Donnell! se escuchó por todas partes.

Eran las diez...

¡Y que puerilidades ocurren á veces á la imaginacion! Yo no debo ocultarte la que me asaltó en aquel instante.

—Son las diez, me dije. Es la hora en que se toca á Gloria el Sábado Santo en todo el mundo católico.

Pero no habia concluido de formular esta idea, cuando se oyó á lo lejos un cañonazo.

Todos nos miramos sorprendidos.

Un sombrío recelo anubló el rostro de O'Donnell.

Cesaron las músicas, y un nuevo cañonazo, y luego otro, y hasta cinco ó seis mas, resonaron en la plaza.

¿Qué era aquello? Mil confusos temores nos asaltaron en tropel... y sin embargo, nadie hablaba.

—¡Adelante! gritó por último el conde de Lucena.

Y poniendo su caballo al galope, se dirigió á la puerta de Tetuan.

Todos echamos detrás de él. El trozo de camino que recorrimos entonces era una carretera empedrada, que pasaba luego por una calzada ó puente y terminaba bajo los muros de la ciudad. Los caballos producian un estruendo formidable al galopar sobre las gruesas y desnudas piedras. Este marcial ruido inflamó de nuevo en nuestras almas el espíritu bélico, amortiguado hacia dos dias.

—¡Si se resisten, tanto peor para ellos! medité yo.— Tendremos drama.

Llegamos por último á la puerta.

Era esta un arco de herradura con dos agimeces encima, por los que asomaban dos cañones.

El arco formaba el principio de una calle embovedada y retorcida que nada nos permitia ver del interior de la ciudad.

Sobre el dintel habia centinelas españoles y un oficial de Estado Mayor.

—¿Qué cañonazos son esos? le preguntó á este el general O'Donnell.

—Son nuestros soldados que disparan los cañones de la Alcazaba contra los restos del ejército marroquí, que están en el otro llano y amenazan penetrar de nuevo en la ciudad por la puerta de Tánger; pero ya han salido á rechazarlos y perseguirlos algunos batallones con piezas de montaña.

—¿Dónde está el general Rios?

—En el *soco* ó plaza principal.

—¿Y el conde de Reus?

—Ocupa la Alcazaba. Tengo órden de decir á V. E. que nuestras tropas van recorriendo toda la ciudad sin encontrar resistencia alguna.

Pero entremos en pormenores de lo que habia pasado.

Los generales Rios y Mackenna llegaron los primeros al pié de la muralla, seguidos de algunos batallones, y acompañados de Robles, el parlamentario de la ciudad.

Contra lo que se esperaba, y este habia prometido, la puerta estaba cerrada y no se veia á nadie por ningun lado.

—¿Qué significa esto? preguntó Rios al mensajero, que estaba pálido como la muerte.

—Señor... no sé. Quizás habrán vuelto los moros...

—Tanto mejor, replicó Rios: ¡á ver! que avancen dos cañones y derriben esa puerta.

En esto, se vió aparecer á un moro sobre un cañon de los que guarnecian los altos agimeces...

Mackenna y Rios se miraron con asombro. Aquello tenia todos los aires de la mas negra traicion.

—Descuida, señor, dijo Robles. Ese moro no va á hacerte fuego. Es un amigo mio.

—¡Dile que abra la puerta, ó teme por tu vida! esclamaron nuestros generales.

El moro montado en el cañon gritaba entre tanto en árabe de una manera espantosa.

—Dice ese moro, balbuceó Robles: que el gobernador acaba de huir llevándose todas las llaves de la ciudad...

—Que abra la puerta... ó ponemos fuego á Tetuan.

Nuestros artilleros llegaban ya con dos cañones y los cargaban con bala rasa.

Al mismo tiempo se asomaron algunos judíos por lo alto de las almenas gritando desaforadamente.

—¡Que entren pronto! ¡Que entren pronto...! Los moros están entrando por la otra puerta. ¡Vienen á matarnos...! ¡Abrid á la reina de España!

Mientras tenian lugar estas conversaciones, algunos soldados del regimiento de Zaragoza pugnaban por forzar con sus bayonetas y á pedradas la cerradura de la puerta, á lo cual conocieron que les ayudaban por la parte de adentro.

—¿Quién anda ahí? preguntaban nuestros soldados.

—Somos judíos, somos amigos, respondian algunas voces en español á través de las ferradas tablas.

Y los golpes de adentro y los de afuera se respondian como ecos.

Saltaron, al fin, las cerraduras, y la puerta se abrió de par en par.

Al otro lado de ella no habia nadie. Los judíos habian desaparecido llenos de miedo.

Pero los de la muralla, mas audaces porque tenian asegurada la fuga en caso de que nuestras tropas se hubiesen manifestado hostiles, esclamaban con grandes voces.

—¡Tocad la música! ¡Tocad los tambores! ¡Tocad las trompetas para que huyan los *morios!*

Asi nombran á los moros los hebreos.

—¡Adelante! gritó Rios á sus tropas; y las músicas entonaron la marcha real, y acompañado de Mackenna, avanzó resueltamente por las tortuosas calles de la ciudad, seguido del regimiento de Zaragoza, que fue el primero que tuvo la gloria de pisar el suelo de la ciudad musulmana.

Diez minutos habrian trascurrido despues de todo esto, cuando nosotros llegamos á la misma puerta.

O'Donnell hizo allí alto algunos momentos. Cauto y previsor como siempre, antes de penetrar en la plaza, queria estudiar su verdadera situacion y las posiciones que la rodeaban.

—Nadie me siga, dijo, pues.

Y acompañado de un solo ayudante, pasó la puerta y entró en Tetuan, donde apenas permaneció medio minuto.

Aquello era una mera fórmula de toma de posesion; y una vez verificada, regresó nuevamente en nuestra busca, pronunciando estas palabras:

—¡Es un espectáculo horrible!—Vamos ahora por aquí.

Y apeándose del caballo, empezó á subir un monte, en que se apoya la muralla por el lado de la derecha.

Este monte merece una detenida descripcion.

Hállase cubierto de escombros, de blancos cimientos y de pequeños edificios. Todo esto hace creer á primera vista que allí ha habido antiguamente un barrio estra-muros, del que solo quedan las ruinas; pero considerado mas de cerca y mas despacio, conócese que es un viejísimo y lujoso cementerio.

Y en verdad que yo no he visto mas pintoresco camposanto.

Por su disposicion en anfiteatro y vasta estension sobre la montaña, recuerda el enterramiento del padre *La-Chaisse* en Paris; pero la forma de las sepulturas, muchas de las cuales se conservan en buen estado, los arcos arábigos, los calados doseletes, los blancos recintos y panteones, semejantes en cierta manera á muebles góticos, le dan cierto carácter monumental, histórico, esquisitamente artístico que no se encuentra en ninguna ciudad mortuoria de nuestra Europa. Todos los sepulcros son de cal y ladrillo, pero graciosamente modelados y de una blancura deslumbrante. Entre ellos crecen el jazmin y la yedra, festoneándolos con primor. Flores silvestres, higueras, pitas, algarrobos y otros árboles sombrean y decoran los panteones mas lujosos. En cambio no se ve sobre ninguno de ellos ni un nombre, ni una fecha, ni una inscripcion. La muerte es allí tan muda y tan elocuente como en la imaginacion del hombre. La vanidad musulmana no ha tenido una sola frase que añadir despues que la segur del tiempo derribó á este ó á aquel poderoso, á esta ó á aquella grandeza desvanecida. El amor de los hijos, no ha necesidad aquí de guarismos ni de letras que le digan dónde yacen sus padres, quiénes fueron, ni cuándo les abandonaron. Nada les importa que lo ignore el resto del universo. La urna de cal y canto que les construyó su piedad, fue solo para la escoria terrena; para el barro humano. El alma, el ser ideal, el recuerdo de la vida de sus mayores tienen mas noble urna en su corazon. En él solamente pudiera leerse su epitafio.

Por tan sagrado lugar subíamos nosotros indiferentes, aunque sacrílegos, saltando de tumba en tumba, escalándolas materialmente, hollándolas con los piés, y haciendo resonar sobre sus losas el regaton de las espadas.

A este rumor de armas estranjeras, de aceros cristianos, debieron estremecerse en su eterno lecho las pasadas generaciones tetuanies, los nobles moros que nacieron en Granada y vinieron á morir en esta tierra, los antiguos guerreros, los fanáticos santones, los que fueron alcaides de la ciudad recien conquistada, los que nunca imaginaron que llegase un dia de tanta tribulacion para los hijos del Profeta.

—¡Oh! ¡Si despertaran...! pensaba yo con cierta mezcla de cruel orgullo y de respeto religioso. ¡Si levantaran la cabeza y nos viesen con la cruz al pecho y ociosa al cinto la vencedo[illegible] espada, cansada ya de triunfos sobre ejércitos marroquíes...! ¡Si supiesen hasta dónde ha llegado el infortunio de sus hijos...!

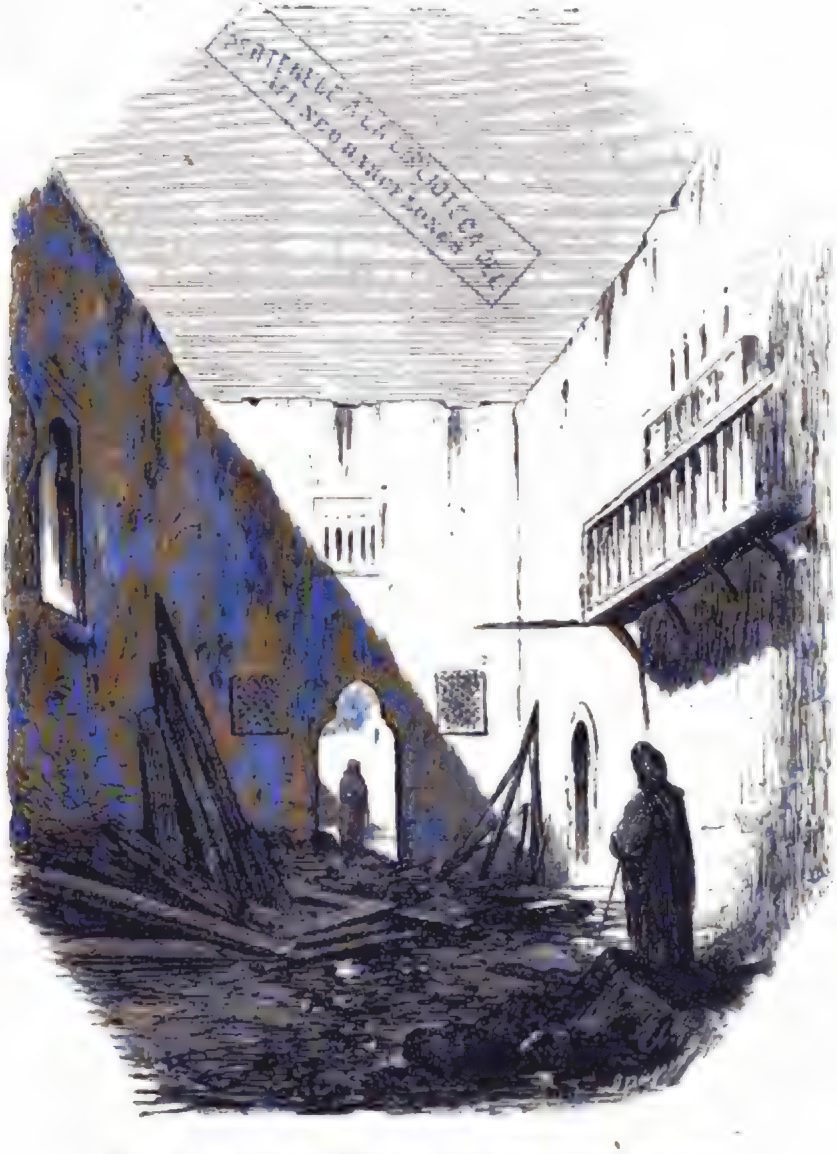
Y mientras yo discurria de esta manera, una voz que me era conocida,—la del poeta Nuñez de Arce,—murmuraba á mi espalda unos versos del gran poeta sevillano, que he repetido muchas veces desde anteayer.

Era aquella profecía de Herrera (cumplida ya, siquier al cabo de tres siglos), en que se dice, despues de lamentar la derrota de los portugueses en el llano de Alcazarquivir:

Tú, infanda Libia, en cuya seca arena
murió vencido el reino lusitano
y se acabó su generosa historia,
no estés alegre y de ufania llena,
porque tu temerosa y flaca mano
hubo sin esperanza tal victoria,
indina de memoria:
que si el justo dolor mueve á venganza
alguna vez el español coraje,
despedazada con aguda lanza
compensarás muriendo el hecho ultraje,
y Luco amedrantado al mar inmenso
pagará de africana sangre el censo.

Llegamos al fin á la cumbre del cementerio; á lo alto de la montaña.

El vasto panorama que desde allí se descubria nos dejó completamente absortos.


PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL

Calle de la Juderia.—Estragos del saqueo. (De un croquis)

Todo Tetuan se desarrollaba á nuestros piés. A un lado veíamos entera la llanura de Guad-el-Gelú, teatro de los últimos combates, ó sea desde las huertas hasta el mar. Al otro lado de la plaza se nos presentaba una nueva planicie, no tan ancha, pero mas larga que la anterior y muy mas verde, graciosa y pintoresca. Es decir que la ciudad, engarzada en una angostura de las dos montañas que forman el lecho del Martin, hállase interpuesta entre los dos llanos; los domina; se enseñorea sobre ellos, y presenta á los que vienen de Tánger ó de Fez una perspectiva semejante (siquier invertida), á la que nos habia ofrecido á nosotros hasta entonces por la parte del Mediterráneo.

Tetuan, contemplado así á vista de pájaro, es todavía la ciudad mas bella que yo he encontrado en toda mi vida. Su planta tiene la forma de una perfecta estrella de cinco puntas. Las calles son tan angostas y el caserio tan apiñado, que toda la poblacion parece componerse de un solo edificio. Una vastísima azotea, dividida en pequeños cuadros, mas altos ó mas bajos, cubre toda su superficie. El piso de esta azotea ó de estas mil azoteas adheridas, hállase escrupulosamente blanqueado de cal, como vemos en Cádiz; pero esta blancura es tan reciente, tan deslumbradora, tan general, que ofende materialmente la vista, y hace que Tetuan parezca revestido de una chapa de plata refulgente, acabada de labrar por un primoroso artificio. Nada tan monótono como este espectáculo; pero nada tampoco tan estraordinario y nuevo, tan espléndido y lujoso, tan lleno de misterio y de atractivo. Solo interrumpen á veces su severa uniformidad los altos minaretes de las mezquitas, alguno de los cuales no es completamente blanco, sino que está cubierto de mosáicos de vivísimos colores. El de la mezquita mayor es elegante á sumo grado, y recuerda la Giralda de Sevilla. Todos los demás lucen por su esbeltez y artísticas proporciones. No la Cruz... la Media-Luna corona las agujas de estas torres, en que hace dos dias que el *muezzin* no se asoma á llamar á la oracion á los creyentes; pero en cambio, la bandera española ha reemplazado ya á todos los estandartes que hemos visto ondear durante tres semanas sobre la segunda ciudad santa del imperio.

De buen grado me hubiera pasado horas y horas contemplando á Tetuan desde aquella altura. Ciertamente, nada nuevo habria visto que no hubiese observado á la primera ojeada... Pero ¿era acaso la materialidad de un conjunto de edificios lo que yo consideraba con tal avidez, con tal emocion, con tal recogimiento? ¡Oh!... no. La ciudad que yo miraba no era ya aquella que se estendia bajo mis piés... Era la ciudad de mis recuerdos, la de mi soñadora fantasía, la de mis amores de poeta. Era la ciudad oriental, la ciudad árabe, cualquiera que ella fuese, llamárase de este ó de aquel modo. Era el misterioso albergue de una raza apartada del mundo; era el secreto de una olvidada historia; era la realidad de mis ilusiones de niño; era la Granada del siglo XIV; era Damasco; era Medina; era Ispahan...; era la díscola civilizacion mahometana que no va ya nunca á visitarnos á Europa; que quiere pasar por muerta; que vive aquí escondida y solitaria... Todo esto era lo que yo veia con los ojos de la imaginacion, mientras contemplaba á Tetuan desde lo alto del cementerio. Así es que una sola de aquellas medias-lunas, puestas allí tan seriamente, con tanto derecho, con la autoridad que presta una tradicion de mil doscientos años, hubiera bastado para alimentar largo tiempo mis meditaciones.—No es tan fácil, no es tan insignificante,—y hé aquí la verdadera razon del pasmo y de la turbacion que he esperimentado hoy;—no es tan sencillo cambiar de pronto todos los puntos de vista de la imaginacion, trasladar á la region de los hechos lo que antes era patrimonio de la fantasía, convertir el sueño en realidad, ver trocado en cosa material y practicable el ideal mas abstracto del espíritu.—Suelen los poetas llamar *la desposada del conquistador* á cualquiera ciudad que abre sus puertas al estranjero.—¡Imágen exactísima!—Ella traduce perfectamente lo que yo he sentido hoy al tocar con la mano la verdad, la presencia, el ser del orientalismo.

El deseo se ha trasformado en posesion; el amor en goce; la esperanza en recuerdo... ¡tanto peor para mi alma!

Pero abandonemos la metafísica y veamos á Tetuan mas *concretamente*, que dicen ahora los filósofos.

Mientras yo discurria de la manera que acabo de indicarte, mis ojos se entretenian en seguir una bandada de palomas blancas que revolaba sobre la ciudad. Un gran estrépito de músicas, vivas y otras voces, resonaba allá abajo en las invisibles calles; y espantadas sin duda por tan desusado ruido, las tímidas viajeras vagaban por el aire, no sabiendo en donde guarecerse. Al fin hicieron lo que suelen hacer los humanos en sus grandes tribulaciones: se refugiaron á un templo. El alto minarete de la mezquita mayor las albergó á todas, y allí, lejos de todo peligro y agenas al tumulto que las habia asustado, descansaron de su vuelo y sus temores.

Al mismo tiempo, y hasta quizás por idéntico motivo, andaban por las azoteas de las casas algunas personas, no sé si hombres y mujeres; pues como unos y otras tienen faldas, no era fácil discernirlo desde tan lejos... Todas aquellas personas vestian jaiques blancos, no tan blancos como el suelo que pisaban.

En fin;—para acabar con Tetuan,—ni una ráfaga de humo empañaba la trasparencia del aire azul en que se destacaba la limpia silueta de sus muros. Estos muros la cercaban completamente y en estrechísimo abrazo. Del lado afuera de ellos veíanse huertas y jardines cubiertos ya de flores y verdura. El Martin corria á poca distancia de la ciudad por la parte del Sur, poniendo en comunicacion los dos llanos que te he dicho. Pasado el rio, empezaban á escalonarse, hasta perderse en las altas quebradas de una montaña abrupta, mil caseríos medio ocultos en los bosques, graciosos aduares y algunos verdes sembrados. Por último, la mañana era hermosa, el aire sano y ligero, el sol estaba alegre como nosotros, los campos esperaban vestidos de gala la llegada de la primavera, los montes proyectaban largas sombras que convidaban á la siesta y al placer... ¡todo, todo sonreia en esta comarca menos sus infelices moradores!

Para ver á estos tenemos que volver los ojos hácia el llano de Poniente, ó sea hácia el camino de Tánger, por donde huyen en tropel.

He reservado para lo último la descricion de este llano, por lo mismo que sospecho que es la que esperas con mas curiosidad, asi como fue la que yo apunté con mas gusto.

¿Cómo no?—Tetuan; la llanura de Guad-el-Gelú, el Serrallo, el boquete de Anghera, los Castillejos; todo el terreno que habíamos recorrido hasta entonces, se descubre desde los mares; lo ve todo el que pasa cerca de las costas africanas; está mirando á Europa; es por decirlo así, la fachada de esta tierra, y sabido es, y si no sábelo ahora, que de nada se cuidan menos los moros que de las fachadas. El aliño de todos sus goces es el misterio: la mejor habitacion de sus casas la mas oculta: su mujer mas preciosa la que nadie haya visto: su mas profunda conviccion ó puro sentimiento el que nunca manifestaron á nadie.—Yo sabia esto de antemano, y de aquí deducia que la verdadera patria de los moros, su patria predilecta, debia de empezar allí donde no hubiese penetrado nunca la mirada de los infieles, quiero decir, de los cristianos.

Ahora bien; la llanura que principia detrás de Tetuan y que se pierde de vista hácia el Oeste, no se ve desde el mar, no se adivina siquiera: en aquellos parajes puede gozar ya el africano de su querida soledad, de su grato recogimiento: allí es mas libre; allí está mas en contacto con su alma, mas cerca de su Dios.

Calcula, pues, ahora con qué placer y curiosidad me asomaria yo á aquellas alturas y fijaria mis ojos en el nuevo horizonte que desde allí se descubria.

En efecto: aquella comarca está mas habitada y mejor cultivada que el llano de Guad-el-Gelú. Muchas casas de campo, algunas de ellas vistosísimas, aduares, morabitos y aldeas, vénse esparcidos en los pliegues mas frondosos y sombríos de las montañas. El Martin serpea por en medio de huertas y campiñas hasta desaparecer por el Sur. Una faja amarillenta señala en fin sobre los verdes prados el camino del Fondac, camino que se pierde de vista al Noroeste por entre dos elevados montes.

Marchando en esta direccion, y en confusa y numerosa carabana, alcanzamos á ver, con ayuda de escelentes anteojos, la emigracion tetuaní; los restos del ejército moro; las feroces kabilas enriquecidas por el saqueo; todo aquel mundo que huia espantado ante nuestros pasos.

Las fuerzas que el general Rios habia enviado en seguimiento de los míseros fugitivos cuando estos manifestaban intencion de volver sobre la plaza, habian recibido órden de volverse y dejar caminar en paz á aquella infortunada tribu, en la que iban casi todas las mujeres de Tetuan, los niños, los ancianos y los varones de ánimo asustadizo.

Los de espíritu mas levantado se habian quedado en la ciudad, encerrados en sus casas, al cuidado del resto de su hacienda, dispuestos á sufrir con la inalterable pasibilidad moruna todos los vejámenes que pudieran causarles los cristianos.

¡Qué interesante, qué patético, qué conmovedor era el lejano aspecto de aquella poblacion que volvia á la vida nómada que fue su origen! Las mujeres con sus pequeñuelos en los brazos; los viejos llevando de la mano á los adultos; los heridos atados sobre mulas y camellos; los guerreros confundidos con la gente desarmada; los caballos de batalla cargados de muebles, ropas y dinero, y los príncipes y los generales cabalgando en medio de sus mas humildes súbditos, traian á mi imaginacion mil recuerdos de escenas semejantes, consignadas en la historia ó en la poesía; pero de todas ellas, las que mas vivamente veia representadas, eran el abandono de Troya, la huida de la familia de Lot, el desamparo de los moriscos y judíos cuando fueron espulsados de España, y por supuesto, la larga peregrinacion del pueblo de Israel.

No se me niegue que hay dignidad y grandeza en este modo de aceptar el infortunio. Los moros han sido vencidos y saben que somos generosos en la victoria. En nuestra intimacion á la plaza les prometíamos respetar su religion, sus costumbres, sus mujeres, sus propiedades... Cualquier pueblo europeo se hubiera resignado con su vencimiento en análogas circunstancias. Los musulmanes prefieren todo género de penalidades, privaciones y miserias á la humillacion de reconocer su derrota y declararse dominados.—Esto es heróico, antiguo, clásico, propio de la vieja Roma y de la inmortal Esparta. Hacer ilusorios los triunfos de la fuerza, es una gran virtud de que ya se ven raros ejemplos. Para ello es preciso poseer el temple de alma que aun conservan los africanos; es necesaria su profunda y sincera fe religiosa, su entereza primitiva, su sencillez de costumbres, su rico y acendrado sentimiento.—Solo el pueblo ruso, retirándose hácia el Norte segun que avanzaba Napoleon el Grande por aquel dilatado imperio, y quemando sus ciudades para que el conquistador no dominase sino sobre montones de cenizas, ha dado modernamente en Europa pruebas de un patriotismo tan exaltado.—Declarémoslo en honor de la justicia.

Y continuemos.—En tanto que yo me daba á estas reflexiones, el general en jefe habia terminado sus observaciones militares acerca de Tetuan. Bajamos, pues, atravesando de nuevo por el cementerio, hasta donde nos esperaban los caballos; montamos con el apresuramiento y el gusto que puedes suponer, y nos dirigimos por último á la ciudad.

* * *

Desde que penetramos por la puerta de Tetuan, ofreciéronse á nuestra vista los indicios de los pasados horrores y del tremendo espectáculo que nos esperaba en el *Zoco*.

La primera calle en que entramos, despues de pasar bajo un arco retorcido, era larga, desigual y sombría. Cubríanla espesos emparrados, ó zarzos de cañas, que impedian que el sol bajase á ella, y estaba muda y solitaria como uno de aquellos barrios malditos de nuestras ciudades del siglo XIV, en que no habitaba nadie por miedo á los demonios ó á los duendes.

Era evidente que aquella calle habia estado ocupada por el comercio; y conocíase esto en los miles de armarios, escaparates y cajones destrozados que se veian por el suelo, entre los restos destruidos de muchas clases de mercancías. Vagilla rota, cristales quebrados, ojas de libros, raices de estrañas yerbas, semillas, muebles deshechos, ropas desgarradas, cofres descerrajados, puertas caidas, pedazos de alfombra, de estera y de pintadas pieles, herramientas de varios oficios, millones, en fin, de objetos inutilizados, como se ven en el Rastro de esa villa y córte, formaban altos montones, ó por mejor decir, ostruian la calle, haciendo sumamente difícil la marcha de nuestros caballos, que cada vez que sentaban un pié rompian ó trillaban con melancólico estrépito aquellos despojos del saqueo, aquellos desperdicios del completo botin que se habian llevado las kabilas.

Melancólico dije, hablando del ruido que hacia nuestra cabalgata al pasar sobre aquellas singulares ruinas; y en verdad que no puede dársele otro nombre.

Causaba pena efectivamente contribuir á rematar tanto estrago, tanta destruccion. Nosotros habíamos sido en cierto modo la causa de aquellos desastres, y lejos de condolernos de ellos—lamentándolos quizás,—los aumentábamos con nuestra marcha devastadora. Cada una de aquellas pilas de escombros representaba la fortuna de una familia, fortuna acumulada en largos años de afanes, trasmitida de padres á hijos y aniquilada en un momento.

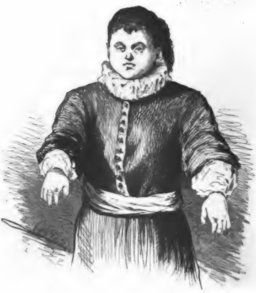
¡Ay! Para sus míseros dueños, Tetuan ha dejado ya de existir. Si alguna vez vuelven á él, nada encontrarán que les retenga al lado de su cuna. Cuando se hunde nuestro hogar y naufraga el haber que debíamos á la suerte, la patria se convierte en un desierto tan desconsolado como la existencia del que sobrevive á todas las prendas de su amor, á todos los objetos de su ternura.

Prosigamos.

Mas adelante te describiré prolijamente las casas y las calles de Tetuan. Ahora solo trato de contarte nuestra entrada en la ciudad vencida. Añadiré, sin embargo, á lo ya dicho, que asi la conformacion de las calles como la de los edificios responden exactamente á la idea que yo tenia de los pueblos árabes, á lo que yo esperaba y deseaba encontrar dentro de estos muros. Lo que sí ha sobrepujado mis presentimientos es la suciedad, la miseria, la inmundicia que se advierte por todas partes. Y á pesar de esto, respírase aquí un penetrante perfume que ya percibimos en el campamento moro; y es que el suelo está lleno de frascos rotos de esencia de rosas, de yerbas aromáticas y de especias, resultado todo del saqueo de las tiendas y las casas.

En Tetuan no hay ventanas ni balcones. La calle primera que pasamos estaba completamente sola como te acabo de decir. A cada paso se unian las casas de una y otra acera por medio de estrechos y bajos cobertizos ó de imperfectos arcos de herradura. Las tiendas destrozadas y los escombros no tenian término. La devastacion habia sido general.

Al penetrar en la segunda calle, encontramos al fin una figura humana. Era un moro viejísimo, de larga barba como la nieve, adornado con un recio turbante y vestido con un jaique de lana. Estaba sentado á la puerta de una tiendecilla, que indudablemente habria sido suya, y cuya puerta y armarios se hallaban tambien por el suelo. Aquel anciano, de rostro patriarcal y nobilísimo, tenia cruzadas las manos sobre las rodillas y los ojos clavados en tierra, como sumido en la contemplacion de tantos desastres. Nuestra ruidosa marcha no le hizo levantar la cabeza para mirarnos, ni moverse á fin de evitar que los caballos le pisasen. Todos le compadecimos al pasar; todos le consideramos en silencio, mostrándonosle unos á otros con la mano; y él siguió inmóvil, indiferente, yerto como una estátua, aguardando yo no sé qué... ¡tal vez una muerte que apetecia y que por lo mismo le esquivaba!



Tipo de niño judío. (Del natural.)

Mas adelante empezaron á aparecérsenos algunas flacas y pálidas mujeres ó endebles y afeminados mancebos, vestidos con raros trajes de vivísimos colores... Eran judíos.—Hallábanse apostados en los huecos de las puertas y en las esquinas de las calles para saludarnos al paso.

—¡*Bien venidos! ¡Bien venidos! ¡Viva la reina de España! ¡Vivan los señores!* gritaban en castellano aquellas gentes; pero con un acento particular, enteramente distinto del de todas nuestras provincias.

Y diciendo así, las mujeres agitaban sus delantales, y los mancebos echaban por el aire unos gorrillos negros como solideos, que apenas les tapaban la coronilla; y unas y otros se metian entre los piés de los caballos para cogernos las manos ó besarnos las piernas, con una falsa sonrisa en los labios y marchitos los ojos de tanto llorar....

Tanto sus figuras, como su actitud, como el alarde que hacian de hablar el español nos repugnaron desde luego profundamente. Yo les comparé con el anciano moro que acabábamos de encontrar y formulé en seguida la profunda diferencia que hay entre raza y raza. ¡Cuánta dignidad en el agareno! ¡Qué miserable abyeccion en el israelita!

Al principio creí que aquellas palabras españolas las habian aprendido la víspera para adularnos... Luego supe que era su habla habitual. De cualquier modo, la alegría que siempre causa escuchar el habla patria en país estranjero, se eclipsaba entonces á la sola consideracion de las viles personas que se producian en nuestra lengua... Y con todo, aquello tenia su peculiar encanto: halagaba nuestra vanidad de vencedores y fortalecia en nuestro corazon el respeto á nosotros mismos.

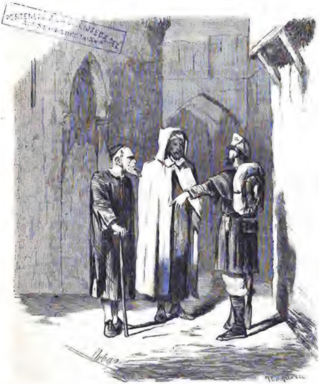
—¡*Viva!* ¡*Viva!* seguian gritando los hebreos con desentonadas voces.

Su número era cada vez mayor. La variedad de sus trajes cada vez mas estraña y sorprendente.

Las mujeres llamaban sobre todo nuestra atencion. ¡Ya veíamos mujeres!

Las habia bellas.—Ya te diré despues hasta qué punto...

Chocábanos muy particularmente la precoz pubertad de algunas niñas...



Conversacion de un hebreo, un moro y un cristiano.

Porque he de advertirte que las hebreas iban medio desnudas, sobre todo de la cintura para arriba...

Esto era en parte una costumbre inveterada; pero tambien habia en ello cierta afectacion de pobreza, inspirada por el miedo de que las creyésemos ricas y las acabáramos de despojar de lo que las habian dejado los ***morios***.

Por lo general, aquellas míseras hembras se nos aparecian sucias y andrajosas... Su color era enfermizo... sobre todo el de las jóvenes.

Yo, sin embargo, merced á la costumbre que he contraido de mirar las cosas por el prisma del arte, y á mi grande aficion á la pintura, encontraba mil encantos donde otras personas solo veian repugnante miseria y pálida fealdad.

De todo esto hablaremos mas despacio.

Por ahora solo te digo que mi entusiasmo subia de punto á cada nuevo paso que daba por Tetuan. La raza judía era tal como yo la sospechaba; como la tenia en la imaginacion; como la habia leido en Shakspeare y otros poetas. Todos los trajes eran característicos, originales, históricos. Las casas y las calles no se parecian en nada á las europeas. Algunos moros, negros y blancos, cruzaban á veces de una casa á otra, lo que queria decir que la ciudad no estaba completamente vacía de mahometanos... Todo, en fin, me prometia una larga temporada de observaciones, de estudios, de aventuras, de encontrados afectos, de inspiraciones continuamente renovadas.

A todo esto seguíamos marchando hácia la plaza, cuyo distante rumor me hacia comprender que allí me esperaba el verdadero cuadro de la toma de Tetuan, del que no eran sino episodios las cosas que iba viendo al paso.

¡Y sin embargo, que multitud de escenas interesantísimas, de espectáculos estraordinarios dejábamos atrás!—En cualquiera otra ocasion, ellos hubieran bastado á detenerme horas y horas.

Porque todavía no te he dicho que sobre los escombros que pisábamos encontrábamos á veces el cadáver de un moro ó de un judío, víctima de la tremenda pasada noche: todavía no te he hablado de los charcos de sangre que veíamos en las puertas de las casas; de las huellas de manos ensangrentadas que descubriamos en las paredes; de los indicios de recientes incendios; de las fuentes que murmuraban tranquilamente bajo los emparrados como en los dias de paz; de las fachadas elegantes de algunas mezquitas, en que apenas teníamos tiempo de fijar los ojos; de algunos preciosos patios que distinguíamos al través de las puertas rotas; de millares de objetos, en fin, que ya volveremos á buscar mañana y que prometo describirte detenidamente.

Ya cerca de la plaza, hízome reir y dióme que pensar el siguiente diálogo, que acabó de revelarme la historia entera y el carácter de los judíos.

—¡*Viva la reina... inglesa*! esclamó un hebreo de diez ó doce años, fingiendo un entusiasmo loco al vernos pasar.

—*No digas eso*, le advirtió una muchacha, ó por mejor decir, una mujer de su misma edad.

—¡*Viva la reina... francesa*! rectificó entonces el chico con redoblada energía.

—*Hombre, no*... repuso la jóven llena de miedo...

—¡*Viva la reina... española*! esclamó por último el israelita temblando como un azogado.

—¡Hé ahí el pueblo hebreo retratado por sí mismo! reflexioné yo entonces. Hélo ahí al servicio del primer recien llegado. Hélo *sin rey ni Roque* como se dice vulgarmente. Pueblo que no es pueblo; raza parásita; grey desheredada y maldita, cambia de patria y de señor á cada momento, y ninguno es sin embargo su señor, ninguna su patria. La misma nacion que posee á estos miserables, que los alberga, que los domina, reniega de ellos con noble indignacion, mientras que ellos aclaman con igual indiferencia, gratuita y espontáneamente, como sino pudiesen vivir sin amo ó sin verdugo, al rey de España, que al rey de Inglaterra, al rey de Francia, que al emperador de Marruecos!—Esta conciencia de su destino no puede menos de ser providencial.

Pero ya hablaremos tambien de esto en ocasion mas oportuna. Apresurémonos ahora á penetrar en la plaza, de la que como te he dicho, distábamos ya muy pocos pasos.

Un ayudante se habia adelantado á anunciar la llegada del general en jefe. Una corneta habia lanzado ya el agudo toque de *atencion*. Al tumulto y vocerío que poco antes escuchábamos empezaba á suceder una tregua de silencio. Solo las sonoras pisadas de nuestros caballos se oian ya bajo los arcos de la calle de la Meca... Mi corazon latia aceleradamente. En aquel momento no pensaba tanto en lo que iba á ver, sino en lo que verian los moros y judíos reunidos en el *Zoco*. Mi imaginacion se trasportó de nuevo á los dias históricos, y convirtiéndome de actor en espectador, creí encontrarme en Roma el dia que entraron en ella las tropas de Carlos V; en Granada cuando la tomaron los reyes católicos, ó mas bien en Jerusalen cuando llegó Tito á cumplir la profecía.

Penetramos, por último, en la plaza por un anchuroso arco. El general O'Donnell va delante. A su aparicion, prorumpen las músicas en solemnes armonías. Mil y mil vivas se unen á los acordes de la marcha real. Algunos batallones del general Rios están formados en medio de la estensa plaza. Todas las azoteas que la circuyen se ven coronadas de moros y de israelitas. Las aclamaciones de las mujeres resaltan sobre el universal estruendo. Las quejas, los lloros, las súplicas, los discursos de niños y viejos, de ancianos miserables y de jóvenes doncellas, forman en torno nuestro una infernal algarabía que nos aturde y vuelve locos...—¡Que espectáculo! ¡Que momento! ¡Que confusion! ¡Que desórden! ¿Por dónde principiar á describirlo?

Desde luego te declaro que yo no he visto ni espero ver en toda mi vida nada tan grande, tan imponente, tan lleno de animacion y poesía como el cuadro que pretendo copiar en este instante.

Ni el embarque en Málaga, ni las luchas en los montes, ni los combates en la llanura, nada ha tenido la solemne y suprema grandiosidad de esta escena.

El género artístico y literario á que pertenece, no es ya el clásico que entreví en la carga de caballería del 31 de enero; tampoco es el moderno con que Horacio Wernet ha pintado la iliada napoleónica; menos aun recuerda el estilo romántico, el fantástico ó el realista... ¡no!

El espectáculo que tenemos en frente pertenece á aquella gran pintura mural en que solemos ver representados asuntos como la ***Degollacion de los Inocentes***, el ***Paso del Mar Rojo***, el ***Diluvio Universal***, las ***Plagas de Faraon*** ó el ***Escándalo de Babilonia***; á la pintura de los tapices célebres; á la familia de los frescos de Miguel Angel ó al linage de los grandes lienzos históricos de Rubens y Poussin.

Empieza por imaginarte las masas del pueblo, no á la manera que hasta ahora las conoces, sino como fueron en la antigüedad, como se reunian en el *forum* romano ó en la plaza de Atenas: fíngete á los hombres, no con nuestros trajes desprovistos de aptitud para la estatuaria, sino todos con la ropa talar que tanto ennoblece á las figuras; no con sombreros de esta ó de aquella forma, sino con la frente descubierta como los Césares, los Alcibiades ó los Escipiones; no con la vulgar patilla ó el prosáico bigote de nuestros tiempos, sino con toda la barba al modo monumental y mitológico; no, en fin, vestidos todos de negro ó de gris, como estamos acostumbrados á ver á nuestras muchedumbres, sino ostentando los colores mas vistosos; el amarillo, el verde, el rojo, el azul, el blanco y el violado. Figúrate venerables cabezas de ancianos israelitas, verdaderas cabezas de patriarcas, llenas de una majestad que contrasta con la vileza de sus pensamientos; rostros de mujeres, envueltos en blancas tocas, como nos pintan á las Dalilas y á las Rebecas; decrépitas abuelas mostrando su desnudez entre los harapos; mancebos esbeltos ciñendo luengas túnicas; impúdicas doncellas, cuyos ligeros y desaliñados vestidos marcan todas las formas del cuerpo, lo mismo las piernas, que las caderas, el seno, los hombros y los brazos, como vemos en las antiguas estátuas; niños cubiertos con una sencilla *chilava*, y otras mil figuras que fuera interminable describir... Imagínate todo esto, digo; y cuando te lo hayas imaginado, anima todos esos personajes, inflama todas esas cabezas, agita todos esos rostros, dáles la espresion del terror, de la alegría, de la pena, de la admiracion, del sobresalto...; añádeles las lágrimas falsas ó la sonrisa mentida, el gesto hipócrita, la actitud del ruego, el ademan de la oracion ó la compostura del verdadero sentimiento, y dime si puede concebirse un cuadro de mas vida, de mayor interés, de tan maravillosa grandilocuencia.

Aquí tienes la vírgen ultrajada, pálida aun y llorosa; allí la madre que estrecha á un hijo contra su corazon, mientras que otros dos ó tres pequeñuelos se asen á sus faldas; acá el adolescente acobardado; allá la esposa, de rostro dulce y enamorados ojos, herida en la frente por el bárbaro montañés; en este lado el viejo rabino que reza los psalmos del Antiguo Testamento, meciéndose como una caña batida por el aire; en el otro el mahometano sombrío y taciturno que pasa sin mirar á nadie por entre las oleadas de la multitud...

Pero donde la perspectiva se presenta mas grandiosa é indescriptible, es asomándose al arco de la *Judería*...

Por allí se descubre una larga calle cuajada de cabezas, que se asoman las unas sobre las otras... Miles de ojos ávidos se fijan en la plaza... Hace siglos que el pueblo hebreo se ve encerrado en aquel barrio, de donde le estaba vedado salir en gran número y sin formal licencia... Todavía dudan los parias de los moros si los cristianos serán mas tolerantes con ellos... Todavía no se atreven á invadir el *Zoco*, lugar de honor en que jamás se les permitió esparcirse...

¡Qué espectáculo aquel! ¡Qué gritería en árabe, en español y en hebreo! ¡Qué rio de gente! ¡Qué variedad de colores en los trajes! ¡Qué movimiento! ¡Qué agitacion!...

Poco á poco va desembocando en la plaza aquella detenida corriente; y las primeras escenas habidas con las tropas de Rios se reproducen con el cuartel general.

—¡Todo, señor; todo nos lo ha robado el *morio*!... esclaman lastimosamente.

—Mire, señor; nos han dejado en cueros...

—¿Por qué no vinísteis ayer?

—Nos han saqueado los baules...

—Nos han matado á los padres...

—Nos han maltratado á las mujeres...

—Nos han quemado las casas...

—Saul ha muerto, señor... el virtuoso Saul, que no le hizo daño á nadie...

Y hablando así, hombres y mujeres, viejos y niños, nos mostraban sus heridas, ó sus cuerpos desnudos, ó sus trajes destrozados, ó los cardenales que amorataban sus miembros; ó levantaban á sus hijos sobre sus cabezas, diciendo con desgarradores gemidos...

—¡Mire, señor, al hijo de mis entrañas! ¡Tiene hambre!... ¡No ha comido hace tres dias!

Vieras entonces á nuestros oficiales vaciar sus bolsillos en las manos de los judíos; vieras á los judíos pelearse como furias del infierno por arrebatarse las monedas; vieras á los soldados entregar sus fusiles á las mujeres para abrir el morral y repartir todo su pan, toda su galleta, ¡su rancho de dos ó tres dias!... entre los quejumbrosos hebreos... vieras aquella santa y bendecida escena en que los ángeles del cielo debieron de llorar de gozo, en que la caridad cristiana bañó de un placer angélico el semblante de los vencedores, en que los adustos moros, que aun no se habian dignado mirarnos, levantaron la frente por primera vez y fijaron la vista en nuestras tropas, asombrados de tan noble comportamiento, y en que los judíos, comparando nuestra benignidad con la inhumana fiereza de los musulmanes, nos abrazaban y besaban, gritando medio sincera, medio interesadamente...

—¡Dios os ha traido! ¡Ya era tiempo! ¡Vivan los españoles! ¡Viva la reina del mundo! ¡Viva el general O'Donnell!...

Vieras, te digo, aquel patético cuadro de este sublime drama... Vieras á nuestros nobilísimos soldados, crédulos y llorosos, consolando á los judíos, jurándoles que ellos no les harian daño alguno y cobrando estas mercedes con alguna mirada codiciosa dirigida á la desnudez de las doncellas, con alguna sonrisa epigramática, con algun chiste murmurando entre amigos y en voz baja... Vieras á los generales y jefes contemplar estasiados la virtud instintiva de las tropas, que se indemnizaban de tantas privaciones y sufrimientos socorriendo las necesidades de su prójimo... Vieras, en fin, tremolar pañuelos y tocas sobre las azoteas, hervir la muchedumbre por la plaza, combinarse artísticamente millares de grupos, dignos de los mas sabios pinceles; grupos en que formaban primoroso contraste los conquistadores y los conquistados; aquellos, relucientes, pardos, duros, armados, caballeros en briosos trotones, ciñendo el duro casco, embrazando la robusta lanza, llenos de galones, cruces y otros objetos que entonaban fuertemente sus figuras; y estos, humildes, desunidos, descubierta la cabeza, inermes, á pié, con su traje pacífico y urbano...—Vieras, vuelvo á decir, este lienzo incomensurable, de contornos bíblicos, palpitante de realidad, alumbrado intensamente por el sol, y animado por la gritería y por las músicas, y confesarias, como yo confieso, que no hay palabras, que no hay imágenes, que no hay elocuencia suficiente en genio humano para poder dar una remota idea de tan múltiple accion, de tan varios accidentes, de tragedia tan inmensa, de epopeya tan grandiosa!

Pues aun habia de subir de punto el interés de esta escena; aun podia rayar mas alta una situacion tan culminante.

Fue el caso que mientras yo me hallaba en la puerta de la Judería, en medio de aquellas masas que no me cansaba de mirar, rodeado mi caballo por una multitud de desarrapados hebreos que me referian tremendos episodios de la pasada noche, el conde de Lucena y su cuartel general habian penetrado en la casa del gobernador, situada al otro estremo de la plaza.

Este edificio es á la vez palacio y fortaleza y sobre su plataforma habia cañones y pertrechos de guerra segun pude ver mas tarde.

De pronto, y cuando mas ageno estaba ya á ciertos temores de que te he hablado varias veces, óyese una espantosa detonacion que estremece á todo Tetuan... Veinte mil alaridos de espanto resuenan al mismo tiempo... Una dilatada y espesa humareda tapa la casa del gobernador... La muchedumbre se replega huyendo hácia la Judería... Los batallones formados en la plaza se precipitan tambien sobre ella... Los caballos atropellan á los infantes... Los lamentos ensordecen el espacio...

—¡Pólvora! ¡pólvora! esclama todo el mundo.

Una segunda detonacion y una segunda humareda aumentan la consternacion general...

Yo me acuerdo de mi sueño...—¡Tetuan va á volar hecho cenizas!—Nuestras victorias terminarán al fin por un desastre...

Ni es este el único peligro que nos amenaza. Hay otro mas inmediato... ¡El atropello, la confusion, el tumulto; los caballos que se meten espantados entre las olas de la muchedumbre!...

Yo creo perecer... un bárbaro egoismo se apodera de mi corazon y pienso en salir de la plaza á todo escape atropellando cuanto se me oponga...

Al mismo tiempo no puedo menos de mirar con amorosa piedad al lugar del incendio...

Entonces veo por un claro del humo al general O'Donnell que atraviesa la plataforma de la fortaleza... Otras varias figuras conocidas corren en todas direcciones por las azoteas inmediatas...

El terror oscurece mi vista...

Y creo ver vacilar la casa... Creo ver hundirse sus paredes, sepultando al general en jefe y á mis demás amigos...

¡Morir! ¡morir en aquel instante!... ¡Bárbaros marroquíes!... ¡Desventurada España!!

En aquel fugitivo momento acude á mi mente el recuerdo de un peligro de la misma magnitud, en que me agitaron iguales emociones.—El ferro-carril de Santander desmoronándose; el tren cayendo al abismo; la locomotora estrellándose en las peñas; yo volando por el aire; los muertos y los heridos cayendo á mi alrededor... ¡Hé aquí la escena que se me apareció de pronto!

Y como ya daba por aniquilado á todo el cuartel general, y yo me habia separado de él casualmente hacia pocos minutos, y creia que á esta casualidad le debia la existencia, mi inaudita fortuna me hizo sonreir de una manera cruel, implacable, bárbara como los instintos animales...

Todas estas reflexiones y las demás que callo, fueron cosa de dos ó tres segundos...

Y es que en instantes como estos la imaginacion centuplica su fuerza y su lucidez, y lo ve todo de golpe, como se ven cielos y tierra á la súbita claridad de un relámpago.

En medio de todo, yo no habia hecho otra cosa que aparentar un valor y una confianza que no tenia y contener con grandes gritos á la muchedumbre que se amontonaba ferozmente pugnando por huir en todas direcciones...

—¡No es nada!... ¡no es nada!... repiten al fin muchas voces en el lugar de la catástrofe.

Y vemos aparecer en la puerta de la casa del gobernador al general O'Donnell y á su cuartel general...

¡Ah! ¡Me parece un sueño!

La cantidad de pólvora que ha ardido ha sido insignificante. Una casualidad ha dado márgen al conflicto. Los moros no han tenido intervencion alguna en él. En la casa del gobernador habia habido durante la guerra un almacen de municiones. Ayer, al escapar Muley-el-Abbas, se las llevó consigo; pero la operacion se hizo tan deprisa, que el suelo quedó sembrado de pólvora.

Alguien tiró sobre ella inadvertidamente un cigarro encendido, y hé aquí el orígen de tan alarmante suceso.

¡Ah! respiremos... ¡Bendigamos á Dios!—¡Qué momento tan espantoso!

De él resultaron gravemente quemadas dos ó tres personas y otras muchas heridas y contusas á causa del tropel que se movió en la plaza...

Mas, ¿qué era esto, en comparacion de lo que habia podido suceder?

Una vez restablecido el órden, los judíos, tranquilos ya respecto de la conducta que pensábamos seguir con ellos, empezaron á volver á sus casas, y yo tomé por la primera calle que ví mas cerca, á fin de recorrer la ciudad en busca de nuevas observaciones.

Sígueme, si no estás fatigado de escucharme.

XLVIII.

Tetuan.

Antes de descender á referirte los mil curiosos pormenores que he recogido y las peregrinas escenas que he presenciado durante mi primer paseo por esta maravillosa ciudad, juzgo conveniente y necesario darte una ligera idea de su conjunto; empezando por advertirte que mi opinion acerca de Tetuan no es, ni mucho menos, la de la mayoría de mis compañeros de armas.

Por el contrario, mi opinion es la de una exígua minoría.—La generalidad del ejército está desencantada con lo que ha encontrado en el seno de la codiciada odalisca, que tanto hemos adorado desde lejos.—Yo, en cambio, estoy enamorado de Tetuan y lo hallo delicioso, magnífico, inmejorable.

Todos tenemos razon, y la diferencia de nuestras opiniones consiste en que consideramos la ciudad bajo diverso punto de vista.

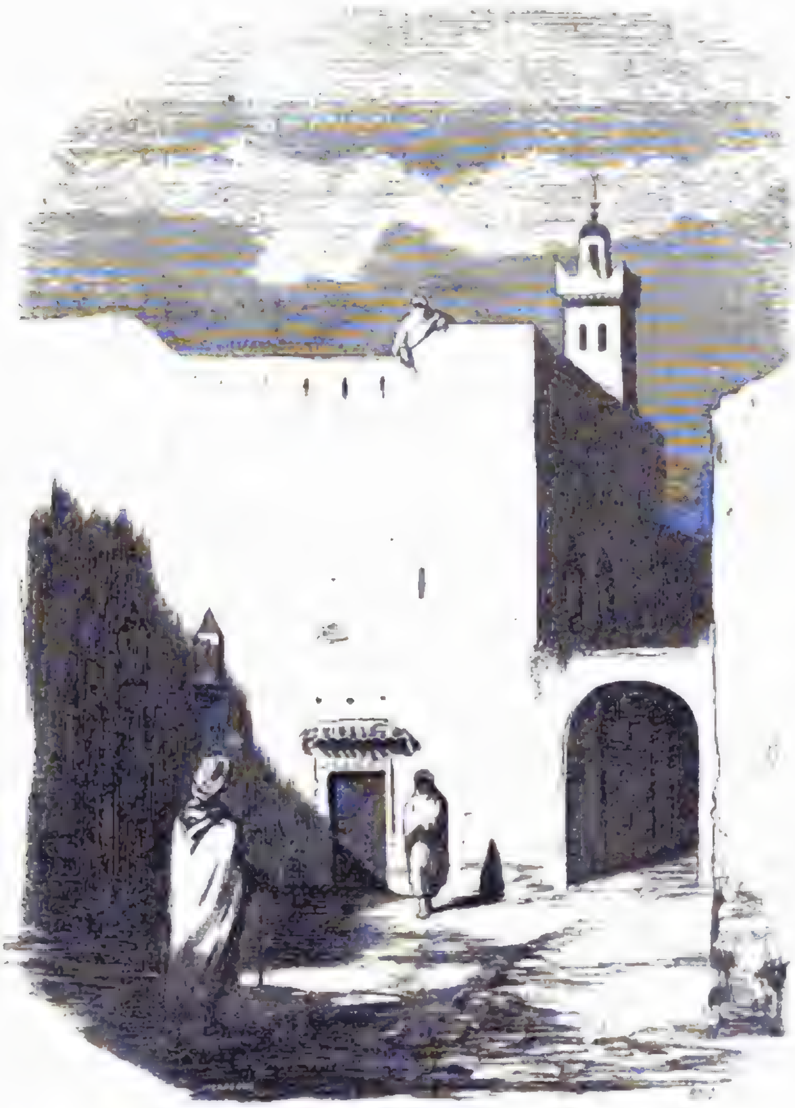
Sus detractores, mirándola por el prisma europeo, echan de menos en ella una porcion de cosas que real y verdaderamente no tiene.—Tetuan, dicen; es peor que el último pueblo de España. Sus calles son sucias, irregulares, estrechas, y están completamente desempedradas, sin aceras ni arroyo, sin alcantarillas, ni nombre, ni numeracion. El aspecto de sus casas es pobrísimo y miserable. Apenas se ve entre ellas un edificio que merezca llamarse tal. Aquí no hay monumentos, ni paseos públicos, ni teatros, ni fondas, ni cafés, ni casinos, ni mercados. La policía urbana se ve sumida en el atraso mas lamentable, ó por mejor decir, no se ha sospechado siquiera. De noche no hay alumbrado ni serenos. ¡Esto es horrible! ¡Esto es detestable! ¡Aquí no se puede vivir! Un pueblo de la Mancha ofrece mas comodidades y recursos...

Todo esto es verdad; y por lo mismo que lo es, encuentro yo á Tetuan delicioso, magnífico, inmejorable... como te acabo de decir. Si poseyera todos los encantos europeos que le faltan, seria para mí una de tantas ciudades como he visto en este mundo y como podria ver sin necesidad de venir á Africa. Para calles tiradas á cordel, soberbios edificios, suntuosos teatros, lindos paseos, buenas fondas y escelente policía, ahí están París y Lóndres, Marsella y Burdeos, Cádiz y Sevilla, Málaga, Bilbao y Barcelona, y mil y mil otras capitales. El mérito de Tetuan consiste en no parecerse á ninguna de ellas, ¡Desgraciado de mí si me las recordase en cualquier modo! ¡Adios entonces, mi amor á la novedad! ¡Adios entonces mis ensueños africanos! ¡Adios, arte; adios, poesía; adios, originalidad; adios, orientalismo; adios, todo lo que he venido á buscar á esta tierra!

Comprenderás por lo dicho que yo no considero á Tetuan *seriamente*, como se dice ahora, sino con ojos de poeta ó de artista, esto es, de hombre tan inútil como perjudicial. Desconfía, pues, de mi opinion. Yo no soy un espíritu práctico; yo desconozco la estética utilitaria de los economistas y de los comerciantes; yo respeto profundamente la crítica administrativa y militar á que se halla sometida esta plaza hace algunas horas... pero me lamento de verla ejercida en nombre de la belleza.

Y hechas estas salvedades, oye mi *voto particular* acerca de la sultana del Guad-el-Gelú.

Tetuan es lo que debia ser, lo que yo deseaba que fuera; una ciudad completamente árabe; un pueblo desemejante en todo de los de Europa; un nido de moros; una resureccion del arruinado *Albaizin* de Granada. La forma de sus calles, la disposicion de sus casas, todo lo que encierra, y aquello mismo de que carece, revela la índole, la historia y las costumbres de sus moradores. Solamente los islamitas pudieran hallarse bien avenidos en una ciudad semejante: las preocupaciones de su espíritu y los afectos de su corazon se ven retratados en los menores accidentes de cada barrio, de cada vivienda, de cada apesento, así como en el aspecto general de la poblacion en conjunto.



«La mora espera á que se vaya su marido para asomarse á la azotea.....»

El moro desconoce todos los goces sociales; es individualista; ama la soledad del campo y la del hogar, y pasa su vida entregado á sus propios pensamientos sin cuidarse para nada de los del vecino. Por eso no decora la fachada de su casa; por eso hace pequeña la puerta y la sitúa en el lugar mas escondido; por eso no repara en el estado de las calles ni se afana en construir puntos de reunion, tales como teatros y paseos, ni tan siquiera *boulebarts* en que perder el tiempo conversando con sus amigos. Para él la calle es el camino de su casa, y nunca sale á ella sino para trasladarse de un lugar á otro. Procura que esta calle sea estrecha y retorcida á fin de que esté fresca y llena de sombra durante los perdurables dias de verano, y con este mismo objeto prodiga en ellas las bóvedas y los cobertizos. Las autoridades, por su parte, no piensan tampoco en el interés comun, ni se les ha ocurrido que exista tal comunidad. Preocúpanse, sí, de este ó de aquel individuo, mézclanse en sus negocios (acaso mas de lo justo), fiscalizan sus actos y hasta intervienen en su fortuna; pero jamás se les pasa por la imaginacion la idea de adoptar ninguna medida de utilidad pública, ya higiénica, ya administrativa, ya de seguridad personal. De aquí el que no haya alumbrado ni otras muchas cosas. El que necesita luz de noche, la lleva; y el que no la tiene, marcha á oscuras, ni mas ni menos que hace diez años acontecia en la ilustre ciudad donde nací.

d by Google

En cuanto á seguridad personal, cada uno cuida de la suya, y Dios de la de todos.—Te lo repito: la calle no tiene existencia, por lo mismo que la colectividad no existe y que hasta la vecindad se niega. La poblacion que vive dentro de estos muros carece de representacion, de derechos y de obligaciones, Es una acumulacion de huéspedes estraños, sin asimilacion ni relacion alguna. No es una asociacion; es una muchedumbre. La ciudad no es un colegio; es una vasta posada.

Los únicos sitios públicos de Tetuan son las mezquitas. En ellas se reunen los moros tres veces por dia, y consecuencia de esto es que sus fachadas sean algo ostentosas y que sus grandes puertas estén en el lugar mas visible y despejado.—Pero en cuanto á las casas, fuera imposible discernir dónde principia una ni concluye otra. El esterior de cada manzana forma una pared desigual y panzuda, que se prolonga serpeando á la manera de una muralla. De trecho en trecho, y siempre á bastante altura, vénse unas hendiduras muy parecidas á las aspilleras de un fuerte. Son las únicas ventanas que miran á la calle. Apenas cabe una mano por ellas, y mas que para dar luz á las habitaciones, sirven de acechadero á los recelosos marroquíes. Es regla general que cuanto mas lujosa y bella es una casa por dentro, tanto mas pobre es su entrada y mas deforme ó insignificante su frente. Asi, pues, nunca sabe uno si el edificio que tiene delante es un miserable tugurio ó un magnífico palacio, cuyas labradas estancias, frescos patios y sombríos cenadores sean verdaderas maravillas del arte.

De todo esto se deduce que los moros hacen amable su ciudad por fuera y su hogar por dentro, lo cual se esplica tambien por su carácter y sus inclinaciones.—Amantes de los placeres domésticos, de las felicidades solitarias y silenciosas, sitúan sus pueblos en vistosos parajes; les dan una graciosa perspectiva, y los blanquean cuidadosamente, todo á fin de que les sonrian desde lejos, de que les atraigan, de que les recuerden las dulzuras de su haren ó de su baño; y una vez dentro de la ciudad, no encuentran en ella nada que les halague, que les entretenga, que les ofrezca comodidad ni reposo, sino su apartado albergue, su mansion oculta, su blando y amoroso nido.

Hay, sin embargo, una escepcion que hacer en todo lo enunciado.—Aludo al *Fondac*, pequeñísima plazoleta cubierta por una gran parra y en la que algunos argelinos han establecido la moda de los *cafés* tan renombrados de su tierra.

Allí se reunen los mozos y los viejos, esto es, las gentes poco encariñadas con su casa, ya porque aun no tienen familias, ya porque la han perdido, y si bien no se abandonan á largas conversaciones, pasan algunas horas tomando café y entregados á sus pensamientos.

Ya iré yo por allí á hacerles compañía y te describiré detenidamente estas escenas, interrumpidas hoy; pero que me ha contado el judío que me sirve á la vez de *cicerone* y de intérprete.

Poco mas tengo que decirte del aspecto esterior de Tetuan. En toda la ciudad, que es bastante grande, muy apiñada, y que, segun me dicen, ha llegado á contener hasta cincuenta mil habitantes, solo hay dos plazas: la *Mayor* ó el *Zoco*, de que ya te he hablado, la cual es estenso y no muy perfecto cuadrilongo, y la *Plaza vieja*, de forma irregular, que da entrada á la *Alcaicería*.

La Alcaicería,—bien te lo dice su nombre,—es un barrio cerrado en que está, ó por mejor decir, *estaba* el comercio principal de la poblacion.

Cúbrela un espeso toldo de zarzos de cañas, y comprende mas de trescientas tiendas, destrozadas y saqueadas todas, primero por las kabilas, y despues por los judíos.

Estas tiendas, como todas las de Tetuan, son á la manera de cajones ó alacenas embutidas en la pared á media altura del cuerpo.

En ellas se sentaba el mercader sobre sus piernas cruzadas, teniendo al alcance de la mano todas sus mercancías.

En muchos parajes de la ciudad se encuentran fuentes públicas, nada monumentales, y que consisten en un caño de agua cayendo en un pilon de piedra.—Con todo, su blando y monótono murmullo presta un encanto particular á las entoldadas calles.

En resúmen; Tetuan tiene sobre otras muchas capitales que le esceden en lujo y en belleza, el privilegio de hablar al alma del viajero, de contarle su historia, de hacerle comprender á primera vista los usos y costumbres de sus moradores.

Su monstruosa y abigarrada contestura ofrece un aire de antigüedad tan severo y espresivo como el que hace respetables los grandiosos y elegantes monumentos de nuestros pueblos clásicos.

Al lado del acueducto de Segovia, por ejemplo, en las ruinas del Panteon del Coliseo ó de los templos ejipcios, acude á nuestra alma la grave melancolía del tiempo pasado; pero es porque ve uno la huella del hombre sobreviviendo á las generaciones y á los siglos, á las razas y á los imperios.

Aquí sucede al contrario. Aquí ve uno la huella del tiempo, su propia obra: no lo que destruyera, sino lo que creó la acumulacion de los años. En los monumentos que te he dicho, creémos mirar el tiempo desvanecido; aquí lo miramos condensado, permanente, inmóvil como un cadáver.

Y es que en estos pueblos estacionarios, quietos, refractarios de toda idea de progreso ó de reforma, nada cambia de ser; nada se altera ni modifica: un siglo no renueva á otro; jamás se derriba una casa; jamás se barre una calle; nunca se atreve, en fin, la mano del hombre á la fatalidad consumada de las cosas.

Amontónanse, pues, hechos sobre hechos, vidas sobre vidas, pavesas sobre pavesas, polvo sobre polvo. Es decir, que lo muerto no se entierra; que lo que nace vive adherido á lo que ya pereció; que levantando una y otra capa de ceniza, se encontrarian aun las raices del primitivo Tetuan; que la humanidad, aquí, ó sea la civilizacion, no es aquella vívida y simbólica serpiente que muda su piel de tiempo y tiempo, sino una especie de *banco* de moluscos, cuyas partículas están todas animadas; pero cuya suma es un pólipo sin vida.

Valiéndome de otra imágen, te diré que una ciudad como esta parece haber sido formada al modo de los nidos de golondrinas, á los que cada una de las parejas de amantes que en ellos se suceden, añade una capa de lodo, una paja ó una pluma, ya para reforzarlos, ya para hacerlos mayores; pero sin derribar ni desechar nunca la obra de sus antepasados, sin alterar su forma originaria, sin remover nunca el envejecido lecho que fue en otras primaveras, primero cuna, luego cama nupcial, y por último, sepultura de sus padres.

Tal es Tetuan considerado en globo y como mera apariencia.

Si ahora penetramos en sus casas—y ya lo haremos particular y detenidamente en muchas de ellas,—encontraremos innumerables comprobaciones de todo lo que llevo asentado.

Las casas de Tetuan recuerdan en su mayor parte las de Andalucía. Su planta y disposicion son completamente idénticas. El centro del edificio lo ocupa el patio, dando luz á casi todas las habitaciones. En medio de él hay una fuente, y en torno suyo cuatro cenadores, formados por arcos ó por columnas. Largas cortinas aislan á veces uno ó dos de estos cenadores convirtiéndolos en dormitorios de verano. En el piso superior hay cuatro corredores, tambien descubiertos, y con barandas que dan al mismo patio. El lujo de las casas principales consiste sobre todo en las puertas, en las ventanas y en los techos, labrados esquisitamente sobre maderas de colores, así como en el mosáico de que están revestidos los suelos, el tercio bajo de las paredes, y los peldaños de las escaleras. Es muy frecuente que las estancias, sobre todo las destinadas á las mujeres, reciban la luz por el techo. Estos aposentos, en las casas principales, se dividen en dos partes, mediante una arcada ó rompimiento de esquisitas ojivas morunas. La parte anterior, ó mas próxima á la entrada, tiene pocos muebles: desde los arcos para allá el piso forma un estrado, al que se sube por un escalon ó dos, y allí está el divan, compuesto de mil lujosos colchoncillos, cojines, mantas y almohadones, que constituyen un vastísimo lecho. Desde la mitad de la pared hasta el suelo pende alrededor de la habitacion una cortina de seda de colores, y esteras de junco ó ricos tapices de lana cubren el reluciente pavimento.

La mayor parte de las casas, aquí como en todas partes, son pobres; quiero decir, que la gente acomodada está en minoría. Ya haremos visitas particulares y entraremos en pormenores mas prolijos. Ahora, para concluir con las interioridades de Tetuan que he podido ver en mi primer paseo, te diré que tampoco han defraudado mis esperanzas. Los escasos muebles, las cortinas, las alfombras, las alacenas, la vajilla; todo lo que he examinado, es auténtico y artístico; tiene un carácter oriental sumamente marcado; se encuentra lleno de inscripciones y alegóricas figuras geométricas, y corresponde perfectamente á todos los objetos moriscos que se conservan en nuestra España, restos de la larga dominacion agarena. El arte, pues, los oficios, las costumbres, todo lo que se refiere á la vida de los moros, sigue en el *statu quo* que constituye la esencia de su civilizacion. Nada ha variado; nada ha progresado, nada ha cambiado ni en la materia ni en la forma. Visitar hoy á Tetuan equivale á ver á Córdoba en el siglo XIII.—Háse cumplido, por lo tanto, el deseo que me agitaba cuando escribí estas frases en la introduccion del presente libro:

«Nacido yo en Sierra-Nevada, desde cuyas cimas se alcanzan á ver las playas donde la morisma duerme su muerte histórica; hijo de una ciudad que conserva las huellas de la dominacion árabe, como que fue una de sus últimas trincheras en el siglo XV, y mas tarde el foco de la rebelion de los moriscos; amamantado con las tradiciones, con las crónicas y con las leyendas de aquella raza que, como las aguas del diluvio, anegó á España y la abandonó luego, pero dejando en montes y llanuras indelebles señales del cataclismo; habiendo pasado mi niñez en las ruinas de mezquitas y alcazabas, y acariciado los sueños de mi adolescencia al son de los cantos de los moros, á la luz de su poesía, quizás bajo los techos que cobijaron sus últimos placeres, natural era que al abandonar mi hogar paterno y tender por el mundo una mirada ávida de poéticas impresiones, me sintiese solicitado por la proximidad del Africa, y anhelase cruzar el Mediterráneo para tocar, por decirlo así, en aquel maravilloso continente, la viva realidad de lo pasado.»

XLIX.

Cristianos, moros y judíos.—El negro de mi sueño.—Album de bronce.—Paseo por las calles.—Hospitalidad hebrea.

Voy á terminar por hoy, refiriéndote mis observaciones episódicas durante el primer reconocimiento que acabo de hacer en la ciudad.

Empiezo por consolarte acerca de la suerte que haya podido caber á los judíos en estos dos últimos dias de violencia y de saqueo, manifestándote que si mucho les han robado las kabilas, mucho mas han robado ellos esta mañana y están robando todavía á los moros que han salido huyendo de Tetuan.

Al ver yo entrar en la judería un cordon incesante de hebreos, todos cargados de ropas, muebles, maderas, sacos de harina, vidriado, puertas, ventanas, rejas de hierro y otra infinidad de cosas, mientras que salia por la misma puerta otro cordon, tambien de hebreos, con las manos desocupadas; al oir á unos y otros gritar con desapacibles voces, y como quien repite maquinalmente un estrivillo...—¡*Todo, todo nos lo han robado*!—*Señor, permítame pasar... Nos han dejado en cueros los morios... ¡Todo nos lo han robado!*... al reparar en esto, digo, me he preguntado naturalmente:—¿De dónde proceden todos estos efectos que entran en la judería? ¿Poseian algo los hebreos fuera de su barrio? ¿Quién ha derribado la *Alcaicería* y las demás tiendas de los moros?—¡Ah! ¡hipócritas israelitas! ¡Ah, fariseos!—¿Habrá sido un gran negocio para ellos la última tribulacion porque han pasado?—Yo creo que sí.

Por lo demás, á poco que se medite en la actitud de cada una de las tres razas que acaban de reunirse en esta ciudad, encontraremos que los cristianos tienen por qué enorgullecerse y dar gracias á Dios, que tan grandes los ha hecho en comparacion de los musulmanes é israelitas.

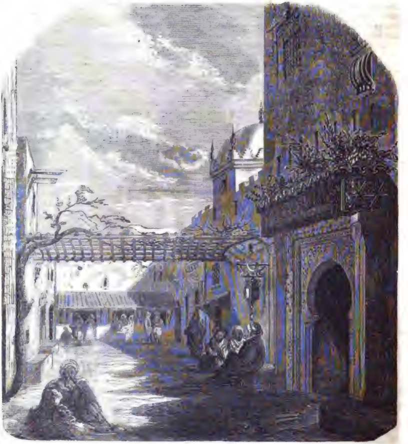
Aquí se ha verificado hoy una solemne entrevista de los tres pueblos bíblicos, cual si se hubiesen citado á través de los tiempos para darse cuenta de su conducta respectiva, de la eficacia de sus principios religiosos, de la gerarquía que han alcanzado sobre la tierra.—Aquí se ve hoy á la religion madre y á sus dos descendientes; al pueblo testador y á sus dos herederos; al viejo Abraham y á sus hijos Isaac é Ismael.

El decrépito hebraismo arrastra una vida inútil, parásita, miserable, adherido por decirlo así al mas réprobo y vicioso de sus hijos, al que mas se ha apartado del espíritu y la letra del Antiguo Testamento, al mahometismo, en fin, que parte con él la mas triste inhabilitacion social, y que, como él, está proscrito de la historia, en cuya marcha providencial ni el uno ni el otro tendrán ya influencia alguna aunque durasen siglos y siglos y sus tribus se multiplicasen como la fatídica langosta.

Esto lo sabe el musulman, y en la rabia de su impotencia, en su misantrópico aburrimiento, vuelve su ira y su desprecio contra el judío, mas abyecto aun que él, mas estéril y menguado.

No de otro modo, un hijo pervertido por una mala educacion, hace responsable á sus indignos padres de todas las desgracias que sufre é iniquidades que comete.

Ahora bien; al encontrarse de nuevo la raza hebrea en frente de su otro hijo, del bueno, del noble, del amigo de Dios, del *José* que tanto ha trabajado por la verdad y la virtud, no puede menos de ufanarse de haber engendrado tan ilustre vástago; cuéntale las amarguras que ha padecido bajo la tutela de aquel mónstruo parricida que en mal hora hubo en las entrañas de **Agar**, y le demanda proteccion contra este, haciendo valer interesada y torpemente el lazo de consanguinidad que une á los apóstoles con los deicidas.



Plaza de Tetuan, llamada *El Fondac*.

El cristiano, por su parte, avergüénzase al ver la postracion y vileza del que le dió la vida; respétale á pesar de todo; cumple con su deber filial sin entusiasmo, y siente fortificarse en su corazon la fe en Cristo.

¡Oh, sí! El espectáculo que presentan los mahometanos y los hebreos, es la prueba mas evidente que pudiera alegarse de las escelencias de nuestra religion, de los grandes bienes que ha reportado á la humanidad, de la obra de redencion que cumple hace diez y nueve siglos.—La dignidad humana, ya se considere en el individuo, ya en la sociedad, solo puede alcanzarse por medio del Evangelio. Por desconocer sus doctrinas, vive el moro bajo la tiranía de la fuerza, entregado al capricho de poderes arbitrarios, sin nocion de sus derechos, en el solitario abandono de un individualismo salvaje. Por haber cerrado sus ojos á la misma luz, vive el judío proscrito y desheredado, sin patria ni bandera, en grupos accidentales que nunca constituirán un pueblo, en aquella *menor edad* sin esperanza á que relegan nuestras leyes al decrépito incapacitado, al criminal infame, al pródigo y al demente.

¡Qué ruindad, qué ignorancia, qué ignominia, qué pena y qué abatimiento en una y otra raza! ¡Qué savia generosa, qué brillante destino, qué bello porvenir, qué gloriosa predestinacion en los que oyeron y creyeron las palabas de paz del Crucificado!

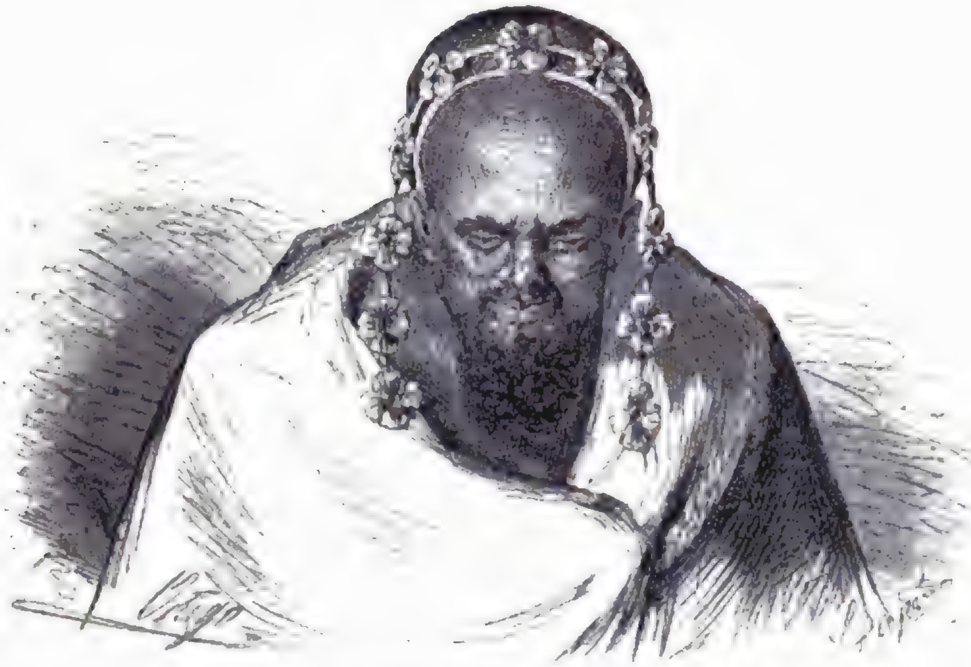
. . . .

Acabo de presenciar una escena sumamente dramática y que yo habia previsto hace mucho tiempo.

Al pasar hace un momento por una calle próxima al *Zoco*, me llamó la atencion un grupo de soldados y judíos que habia cerca de una puerta, y lleguéme á averiguar lo que sucedia.

El centro de todas las miradas era un negro como de treinta años,—casi un gigante,—oscuro, recio y fornido como una encina carbonizada, vestido de blanco con cierto lujo y adornada su cabeza con una corona de conchas amarillas, de la que le caia por cada lado de la cara una sarta de la misma materia.

Hallábase sentado en el tranco de la puerta, inmóvil y silencioso, mirando fijamente al concurso con unos ojos leonados, en los que no sé qué era mas horrible, si las pupilas, bañadas de una luz siniestra y rutilante, ó lo blanco del globo, inyectado de un vapor sanguinolento.



Esclavo negro, guardador de un polvorin en Tetuan. (Del natural.)

Aquella puerta daba á una casuca de un solo aposento, oscuro como la cueva de un demonio.

El negro tenia apoyada la cara en ambas manos, y sus brazos, adornados con pulseras de oro, descansaban indolentemente sobre sus robustas rodillas.

Nuestros soldados le lanzaban miradas amenazadoras; le enseñaban el puño y le dirigian enérgicos apóstrofes.

El permanecía indiferente, mirándoles de hito en hito, con la boca cerrada de la manera que la cierran los negros, esto es, como si sus gruesos y salientes labios estuviesen pegados ó cosidos.

Finalmente, dos centinelas nuestros custodiaban al corpulento africano, cuya tranquilidad desdeñosa imponia no sé qué terror ó supersticion.

—¿Qué casta de animal es este? le pregunté á un soldado.

—¡Cómo! ¿No sabe usted? me respondió mi compañero. Este bribon pensaba pegarle fuego á Tetuan y hacernos saltar á todos por el aire. Ahora poco íbamos con el general Rios reconociendo todos los sitios en que los judíos nos indicaban que debia haber pólvora, cuando al llegar á esta casa (que ahí donde usted la ve, es un polvorin), encontramos la puerta cerrada por dentro... Llamamos, y ni respondia nadie ni nos abrian. Entonces forzamos la puerta en un dos por tres, é íbamos á entrar, cuando se nos pone delante este Lucifer, armado de una gran pistola y de una gumía, y decidido á estorbarnos el paso. La pistola le dió falta; pero antes de que pudiéramos apoderarnos de él, ya habia herido levemente con la gumía á dos de mis compañeros. Al fin lo atrapamos, y vimos que vivia aquí en amable compañía de algunos quintales de pólvora. Sin duda tenia encargo de incendiarla cuando nosotros entráramos en la ciudad y de volar con ella, y ó no se ha atrevido á hacerlo, ó no habia creido llegado el momento mas oportuno.

—¿Y qué dijo cuando le prendisteis?

—¡Nada! sentarse como usted le ve, y mirarnos á la cara con la mayor frescura.

—¿Y se sabe quién es?

—Este negro, respondió un judío, lo he visto yo muchas veces en Tetuan, cuando venian comisiones de Fez. Es un esclavo del difunto emperador Abderraman.

Yo miré entonces con mayor atencion á aquel espantoso ser, que, como sabes, se me habia aparecido en sueños algunas noches.

Su frente era aplastada como la de la pantera: dos rayas, que yo habia tomado al principio por arrugas, atravesaban sus mejillas. Eran dos largas cicatrices, simétricamente trazadas, lo que queria decir que habian sido causadas adrede y por via de adorno. Su nariz deprimida, que aquellas dos señales hacian aparecer mucho mas ancha, tapaba casi completamente un bigote rizado y de un negro tan intenso que rayaba en azul. Llevaba un gran anillo de plata con una inscripcion, y debajo del jaique, que era de lana blanquecina, vestia un ropaje de seda verde con bordados de oro y de colores. ¡Estaba horrible!

Por conocer todo el temple de aquel tenebroso espíritu, miréle mucho rato con fijeza, con descaro, con espresion de mofa y de furor.

El sostuvo al principio mi mirada sin pestañear; pero luego volvió los ojos á otra parte con soberano desden.

Entonces, deseando irritarle, llevé una mano á la empuñadura de mi espada, y con la otra hice la demostracion de cortarle la cabeza.

Sus cárdenos labios palidecieron, poniéndose de color de lila: luego los despegó lentamente, animados por una bárbara sonrisa, y dejóme ver unos dientes blancos y apretados que relucieron como el marfil bruñido.

—Dile, le indiqué á un judío; que dentro de una hora le habremos cortado la cabeza.

Pero el negro entendia sin duda el español; pues antes de que el hebreo repitiese en árabe mis palabras, ya habia cerrado el puño y descargado con él un fuerte golpe sobre la pared mas inmediata.

Aquel movimiento y el gesto con que lo acompañó, solo podian traducirse de este modo.

—Mi corazon es tan duro como esta pared... Con que no pretendas asustarme.

O bien:

—Cuando me corteis la cabeza, mis labios no se quejarán ni revelarán una palabra, sino que permanecerán tan mudos como esta pared.

Luego se tranquilizó; tornó á su postura, y ya no conseguí que volviera á mirarme.

Creó inútil decirte que lejos de inspirarme odio, aquel hombre me causaba admiracion, y que al tiempo de abandonarle, estaba perdidamente enamorado de él.

Por lo demás, su vida no corre peligro alguno; y si yo he sido cruel en hacerle sospechar lo contrario, más lo ha sido él apareciéndoseme en sueños con una mecha en la mano, antes de que tuviese la honra de conocerle.

. . . .

A propósito de pólvora, debo consignar aquí que pasan de setenta quintales los que hasta ahora se han encontrado en Tetuan, asi como unos dos mil proyectiles de diferentes calibres y setenta y ocho cañones y morteros.

Cada una de estas piezas, tiene una inscripcion que indica su procedencia.—Las hay regaladas al emperador de Marruecos por varios soberanos de Europa, asi del Mediodía como del apartado Norte. Las hay tambien apresadas en las famosas piraterías de los antiguos tetuanies. Las hay, por último,—y estas han sido las que mas impresion me han hecho,—tomadas á los portugueses en el llano de Alcazarkibir el dia de la rota del heróico don Sebastian!

Ninguna historia mas elocuente pudiera escribirse del pasado poder discrecional de este imperio y del terror que ha infundido á todos los pueblos marítimos, que este álbum de bronce donde se ven á un tiempo los homenajes, los trofeos, los donativos, los naufragios, la sangre, el oro y los demás innumerables sacrificios que han costado la amistad ó la ira de los sultanes moros asi á los rusos como á los italianos, asi á los suecos como á los españoles, asi á los franceses, como á los ingleses, austriacos, griegos, dinamarqueses y belgas.

¡De tanto poder, solo queda hoy una vana sombra!

. . . .

Estoy fatigado y me voy en busca de mi alojamiento. Mañana veremos mas y mejor. El cúmulo y la variedad de mis observaciones y sentimientos abruman de tal manera mi imaginacion, que no acierto á hablar de nada á fuerza de querer hablar de todo.

Adios, pues.—Escribo estas últimas líneas en un apartado barrio de la ciudad, á donde no llega el estruendo militar de los conquistadores.

Un judío me ha acompañado hasta aquí, y él me sacará de este laberinto.

El barrio en que me encuentro es el *riñon*, por decirlo asi, de la poblacion mora, donde viven los tetuanies mas acomodados.

Hállase completamente solo... Todas las casas están cerradas...

Sin embargo, á veces oigo sordos pasos detrás de algunas puertas, y lamentos de niños unidos al rumor del agua que fluye en ocultas fuentes, y voces ahogadas por el terror ó por la prudencia...

Indudablemente, casi todas estas casas están llenas de moros. Quizás me espian muchas miradas al través de las aspilleras que dan luz á sus apartadas habitaciones... Quizás hago mal en permanecer mucho tiempo en este solitario lugar.

El saqueo no ha llegado hasta aqui. Los tímidos judíos no se hubieran atrevido asi como quiera á penetrar en estas intrincadas calles, cuyo sosiego parece la máscara de mil peligros.

Apenas son las cuatro de la tarde, y los pasadizos, embovedados empiezan á llenarse de temerosas tinieblas...

Jacob,—mi cicerone,—está pálido y trémulo en medio de la calle, con el oido al viento, como un ciervo asustado en un monte lleno de cazadores.

No se atreve á decirme que debemos marcharnos; pero su inquietud, su angustiosa mirada fija en mi *revolver*, y el sudor que baña su semblante, hablan con mayor elocuencia que pudieran hacerlo sus descoloridos labios...

Decido, pues, marcharme, prometiéndome volver por aquí mañana mismo.

Nuestros pasos turban de nuevo el silencio de estos melancólicos parajes.

Apenas hemos andado un poco, sentimos abrirse cautelosamente alguna puerta á nuestra espalda...

Jacob anda cada vez mas deprisa, arrimado á la pared y arrastrando sus babuchas amarillas con tal arte, que casi no levantan ningun ruido...

Y lo peor de todo, es que este infame judío me ha pegado el miedo, y que yo tampoco vuelvo la cabeza para ver quién se asoma á aquellas puertas que se abren silenciosamente despues que nosotros pasamos...

Al fin empezamos á encontrar algunas comparsas de soldados nuestros, acompañados de judíos, que vienen de reconocer otros barrios de la ciudad...

Jacob respira, y yo me avergüenzo de mi debilidad.

Llegamos, por último, á la plaza, donde aun es dia claro y hierve todavía parte de la muchedumbre que dejé en ella...

Jacob recobra la sonrisa y la palabra.

—¿A dónde va el señor? me pregunta entonces con un gesto resplandeciente de felicidad, al ver que se ha ganado la propina sin detrimento de sus espaldas.

—A mi alojamiento; á la Judería; en casa de Abraham.

Jacob (¡qué grandes nombres para tan pequeños séres!) emprende gustoso el camino de la Judería, en la que entra delante de mí, saludando amablemente á sus correligionarios y sonriendo con inefable alegría, como si les dijera:

—Ya veis que me ha caido un gran negocio: en el bolsillo de esta persona que acompaño, hay á lo menos una moneda que va á pasar á mi poder dentro de un momento, y que os enseñaré esta noche para que envidieis mi fortuna.

Y volviéndose á mí, esclama:

—Aquí no hay ya nada que temer.—Por la Judería se puede andar á tódas horas sin peligro alguno. Los hebreos son una buena gente que no se mete con nadie.

. . . .

La Judería, amigo mio, se diferencia de los barrios moros, en que sus calles son rectas y en que sus casas están amuebladas á la española, siquier conservando todo el carácter del moviliario antiguo de nuestros palacios solariegos y reflejando en algunos accidentes los usos y costumbres de los moros.

Tambien se encuentran en las casas mas acomodadas algunos muebles modernos traidos de Gibraltar,—butacas, mesas de juego, blandos sofás y elegantes camas,—que me recuerdan la vida de esa córte.

Es decir, que los hebreos ricos han tomado de los moros, de los españoles y de los ingleses los objetos mas cómodos y *confortables*, sin cuidarse para nada de la unidad artística.

Tambien es esto propio de su vil cosmopolitismo y de la nulidad histórica y social que representan en todas partes.

Por lo demás, la Judería, en conjunto, es tan pobre, tan súcia y de tan repugnante aspecto como el resto de la poblacion, lo cual no quita para que haya casas perfectamente construidas por dentro y amuebladas con esquisito lujo.

El judío, como todos los verdaderos avaros, es pródigo consigo mismo, y no se escasea ni las ropas de gran precio, ni las joyas, ni el fausto y la ostentacion en su vivienda.

Es indudable que las kabilas han hecho un gran destrozo en las mas lujosas de estas casas, cuyas puertas se ven destrozadas, y cuyos muebles y ropas andan revueltos por los patios y demás habitaciones. Pero ¿crees tú que los judíos habrian dejado en sitio donde pudieran ser hallados, sus cofres llenos de dinero, sus alhajas y los trajes de gala de sus mujeres, que al decir de ellos mismos, los tenian tan suntuosos que no hubieran dado alguna saya por 20,000 reales, ni alguna toca por 2,000 duros? ¿Se puede concebir en los hebreos tamaña imprevision cuando el enemigo llamaba á las puertas de Tetuan y la poblacion morisca se amotinaba en calles y plazas? —De ningun modo.

Sin embargo, á mi paso por la Judería, no he dejado de oir ni un solo momento las mismas lamentaciones que por la mañana.

Las mujeres, los ancianos, hasta los niños me cogian de la ropa y me metian en sus casas para que viera los estragos causados por los *morios*...

Yo me dejaba llevar; no por examinar lo que ellos se proponian, sino por observar la raza y la familia israelitas; por estudiar sus costumbres, y acaso tambien por ver gentiles talles y lánguidos ojos negros.

Te describiré, como muestra, uno de los muchos cuadros domésticos que he visto con este motivo.

Erase una casa de mediano porte. En la puerta habia un ancho boquete abierto á hachazos hácia la parte de la cerradura. A la vuelta de un estrecho corredor, encontrábase el patio, cubierto arriba por una fuerte reja de hierro. Sólidas columnas, revestidas de un mosáico formado por losetas azules y blancas, sostenian ocho arcos estalactíticos, en que se apoyaba el corredor del piso alto. El suelo y la escalera eran del mismo mosáico, brillante á la sazon como un espejo por estar recien lavado. De un grifo de bronce caia sobre un pilon de mármol un recio caño de agua, cuyo incesante rumor esparcia blandos ecos por los solitarios cenadores. En el fóndo del patio, una larga cortina de seda negra y roja, recogida por una punta, dejaba ver un arco, igual en todo á los de la sinagoga de *Santa María la Blanca* de Toledo, el cual estaba tapado por una grande y bien labrada puerta, tan notable por la caprichosa ensambladura de sus pequeñísimos tableros como por los vivos colores de que estaban pintados. En esta puerta solo habia abierto un postigo ojival,—precisamente el del lado que cubria el ámplio velo de seda. Un arabesco, calado sobre el recio muro, allá cerca del techo, daba luz á la sala que principiaba allí, á la manera que los rosetones góticos alumbran el trascoro de nuestras catedrales.

En aquel apartado aposento habia hasta veinte personas formando dos ó tres grupos.

La mayor parte de ellas se ocupaban en doblar ropas y en arreglar baules, tambien descerrajados y rotos.

Entre aquellas veinte personas las habia de ambos sexos y de todas las edades...

El que me acompañaba esta vez, era el amo de la casa, hombre de unos cuarenta años, grueso, limpio, hermoso como puede serlo un israelita, y de modales sumamente corteses.

—Entre usted, señor, y verá lástimas, me dijo al verme pasar cerca de su puerta.

Y una vez en presencia de su familia, añadió políticamente.

—Aquí tiene usted á mis padres, á los padres de mi mujer, á mi esposa, á mis diez hijos, á mis dos yernos y á mis tres nietos.

—¡Bien venido, señor; bien venido! esclamó toda aquella tribu con plañidero acento, fingiendo varias especies de sonrisas y mirando fijamente al dueño de la casa, como preguntándole qué clase de visita era yo; si tenian algo que temer por sus personas, ó si en fuerza de lo anormal de las circunstancias, iba á costarles mi presencia algun dispendio, siquiera fuese de *una onza*,—palabra con que se designa entre ellos á una moneda de cobre, mas pequeña que un ochavo.

Los ojos del interrogado, que se llamaba nada menos que *Moisés*, debieron de tranquilizarles acerca de todos estos puntos.

Ello es que toda la familia volvió á decirme con mayor efusion:

—¡Bien venido! ¡Viva la reina de España!

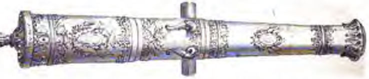
Yo les supliqué que no se movieran ni incomodaran y que siguieran en sus tareas.

Pretesté hallarme cansado y me senté en una silla cuyo respaldo estaba adornado con una lámina del *Quijote*.

La mujer de Moisés empezó entonces á hacerme una nueva edicion del saqueo de la noche pasada, y yo, fingiendo que la oia, me abandoné á mis propias observaciones.

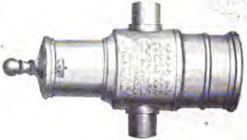
La señora de Moisés tendria unos treinta y ocho años: habria sido bella; pero hallábase ya marchita, al modo de las flores que crecen en parajes húmedos. Quiero decir que parecia estar *cocida*. Sus ojos mustios y sus carnes deslabazadas revelaban una vida pasada á la sombra, en un aire mal sano, en aquel hondo patio, mojado continuamente. Como todas las hebreas casadas, llevaba sobre el pelo una especie de peluca de seda negra, que formaba un pabellon muy alisado á los dos lados de su cara. Una toca celeste, que consistia en una estrecha faja, rodeaba su cabeza, luego su cuello y por último su cintura. Vestia una saya morada muy angosta, y un corpiño encarnado que dejaba descubiertos sus brazos, sus hombros y su seno. Estaba descalza de pié y pierna, como sus cuatro hijas, y hallábase sentada en medio de ellas sobre una vieja alfombra que habria sido de gran precio.

CAÑONES TOMADOS A LOS MOROS EN LA ALCAZABA DE TETUAN.

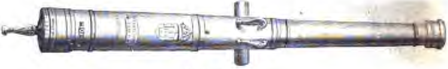


Cañon labrado.

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONÉS



Mortero

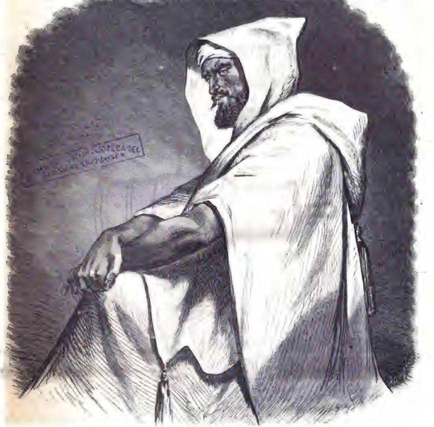


Colebrina portuguesa.

Los hombres vestian todos pantalon, ó por mejor decir, calzoncillos blancos. Tampoco llevaban medias; pero calzaban babuchas rojas ó amarillas.—Dos túnicas cubrian su cuerpo; la de debajo era blanca, muy bordada y cerrada por el pecho: la de encima era de merino de color de café, azul ó pagiza, abierta por delante y recamada de labores de seda negra, como los dormanes andaluces. Estas dos túnicas les llegarian poco mas abajo de la rodilla, y las llevaban ceñidas á la cintura con fajas de vivísimos colores. Los ancianos,—los padres de los cónyuges,—se diferenciaban de los demás en que usaban medias de hilo blanco, zapatos de cordoban negro y una tercera túnica suelta, con grandes mangas perdidas y mas larga que las de los otros. En cuanto á los niños, vestian exactamente lo mismo que sus padres.

Pero hablemos de las cuatro señoritas de Moisés, que llamaron sobre todo mi atencion, y aprovechemos esta coyuntura de fijar de una vez para siempre la importante cuestion de si las judías son ó dejan de ser tan hermosas como decia la fama antes de que las vieran nuestros soldados.

Indudablemente, la raza israelita es bella. Verdad es que en los hombres la cobardía y la avaricia privan de toda nobleza á las fisonomías, dándoles un aire de vil astucia y malvada penetracion; pero fuerza es reconocer al mismo tiempo que los adolescentes son por lo general esbeltos, gallardos y de facciones espresivas, mientras que los ancianos presentan tipos de una magestad tan venerable como no se ve en ningun otro pueblo. —Con todo; yo declaro tambien que estas mismas figuras dignas ó gallardas; que estos mismos rostros dulces ó severos carecen de vigor y de energía y ostentan en sus menores gestos toda la degradacion de sus almas.



Ben-Abu, general de caballería, intérprete de los primeros enviados de Muley-el-Abbas. (Del natural.)

Mas no acontece asi con las mujeres.

En las mujeres, la debilidad es siempre un encanto y la cobardía un atractivo; y en cuanto á la avaricia, yo creo que no tiene espresion propia en sus semblantes ni quizás se alberga nunca en sus almas de una manera absoluta.

¡Oh... no! La mujer no puede nacer avara. Podrá aprender á serlo; acostumbrarse á este goce por identificarse con su marido; pero siempre su naturaleza afectuosa y espansiva triunfará en ciertos momentos del mas odioso y cruel de los pecados.

Siendo esto asi, y dado tambien que las mujeres son mas pudorosas, mas delicadas y mas dignas que los hombres en todo aquello que se refiere á los grandes instintos del corazon, resulta que si en la raza judía queda un resto de vergüenza, de orgullo y de decoro humano es en las hembras.

¿Cómo no? Por mucho que fuera el egoismo de las judías, la ley del amor, ó cuando menos la ley de la naturaleza las llevaria á ser madres; y la que es ó ha de ser madre; la que ha de parir á sus hijos con tanto dolor como alegria y ha de darles la sangre de sus venas con inefable júbilo, no puede menos de abrigar en su pecho ternura, generosidad y abnegacion y de reflejar en sus ojos hasta la última hora de su vida un rayo de infinito sentimiento.

De todo esto deduzco yo que no me engaña mi habitual benevolencia con el sexo débil, cuando encuentro en el semblante de las israelitas mas dignidad, mas grandeza y mas elevacion que en el de sus padres, hermanos y maridos.

Ahora bien; añádase este tinte de belleza moral á las correctas y clásicas fisonomías de estas hijas del Oriente; imagínate unas caras pálidas, ó mas bien descoloridas, levemente morenas, de ovalado y suave contorno, de admirable nariz,—noble y pura como la de los modelos griegos,—de negros ó azules ojos,—negros mas comunmente,—anegados de no sé qué tristeza apasionada, rodeados de aquellos círculos de color de lila, vulgo *ojeras*, que tanto amaba lord Byron, y que yo amo tambien, pecador de mí; ojos voluptuosos, llenos de promesas ó de recuerdos de placer, coronados de pobladas cejas, adornados de largas y sedosas pestañas que dan sombra á unas mejillas altas y suaves, en donde, por la misericordia de Dios, aparece el rubor hermoso siempre que el honor lo exige; imagínate, digo, estas caras de pequeña boca, cuajada, por decirlo asi, de menudos y blancos dientes; estas caras, mas perfectas que lindas, mas artísticas que seductoras, mas *bellas* que sorprendentes, y tendrás una idea de la mayor parte de las jóvenes hebreas.

Nada te indico,—porque supongo que te lo figurarás,—del encanto histórico, pictórico por decir mejor, que añade á estas fisonomías el tocado monumental que las adorna, y que es el mismo que vemos en esas Esthéres y Saras que figuran en las colecciones alemanas de *Mujeres de la Biblia*; nada te digo tampoco del mérito peregrino que encuentra el artista en sus trajes estrechos, adheridos *al desnudo*, sóbrios de paños, coloreados de una manera que Ticiano encontraria irreprochable; en sus menudos piés, blancos y descalzos como los de las estátuas, y en sus talles flexibles, modelados graciosamente por una adolescencia anticipada, y tan manifiestos á la mirada cuando los vela una endeble y ajustada muselina, como cuando, olvidados de un pudor que la costumbre ha dejado de hacer celoso de semejantes bellezas, lucen descubiertos ante nuestra tímida y criminosa curiosidad.

Sin embargo, á propósito de todo esto, te repetiré lo mismo que te advertí acerca del aspecto de Tetuan.—Para comprender y sentir su hermosura, es menester mirarlo con ojos de artista.

Las hebreas, descalzas, desceñidas, despeinadas, pálidas, ojerosas, pobremente vestidas por lo regular, sentadas en el suelo y con un aire de mansedumbre completamente desprovisto de coqueteria, no pueden agradar sino al escultor, al erudito, al idólatra de la belleza convencional. El hombre lascivo, el amante de los encantos lujosos, de la gracia viva, de la seduccion ardiente, de la hermosura material, no hallará en estas pobres y desaliñadas hembras nada que escite su admiracion, halague sus sentidos, irrite su vanidad ó acalore sus deseos. Son una beldad muerta; monumentos animados; *cuadros vivos*, que se ha dicho modernamente. En ellas hay que notar la actitud, la postura, la línea, el escorzo, los pliegues de la ropa, la armonía de los colores, lo auténtico del traje, lo genuino del tipo, lo legítimo de la representacion histórica.

Yo las considero así: yo las admiro de este modo: yo me alegro de que se diferencien tanto de las mujeres que se prometian algunos de mis compañeros de peregrinacion.

Angeles y serafines; diablos con faldas; deidades irresistibles; serpientes tentadoras, las hay á millares en España.....

Visiones de otro mundo; momias de otros siglos; flores exóticas y de perfume desconocido; ídolos que no correspondan á nuestro culto, hé aquí lo que vine á buscar y he encontrado dichosamente en las israelitas de Africa.

Mas adelante, veremos si las moras corresponden tambien á los ensueños de mi estravagante imaginacion.

Con que hablemos ahora de las hijas de Moisés.

Estas eran cuatro, como te he dicho.

La mayor tendria veinte años y la menor once.

Las otras dos eran casadas, y por lo tanto ocultaban cuidadosamente su cabello.

Una de ellas dormia á un pequeñuelo, hijo suyo, cantando con voz dulcísima un estrevillo monótono que se parecia á nuestra *caña*.

Era alta y fuerte como una Judith. Vestia con cierto lujo,—saya y chal de paño negro con bordados de seda azul,—y cubria su cabeza una toca de la misma tela, por el estilo de las que usaban nuestras damas del siglo XV.

La otra casada, pequeña y gruesa, no llamaba la atencion sino por sus grandes y espresivos ojos, negros y lucientes como el azabache y que contrastaban con el quebrado y plácido color de sus mejillas.

La mayor era la mas fea; pero en cambio tenia unos hombros, unos brazos, unas caderas y unas piernas que hubiera tomado Fidias para modelo de una Juno.

En cuanto á la menor, eclipsaba completamente á sus tres hermanas.

Llamábase *Lia*. Era una niña por la edad; pues ya te he dicho que solo tenia once años. Sus delgados miembros apenas empezaban á redondearse. Su blanco y virgineo seno, que brotaba ya al impulso de una prematura pubertad, asi como la vaga melancolía que mitigaba la viva luz de sus ojos, eran los únicos asomos de primavera que se veian en aquella jóven y flexible rama de sauce.

Hallábase de rodillas, trasteando en el fondo de un grande y antiguo cofre.

Vestia una angostísima, corta, rasgada y ligera *chilava* de algodon de color de rosa, sumamente limpia, pero muy vieja. Conocíase que la usaba hacia mucho tiempo, y que durante aquel tiempo, habia crecido y se habia desarrollado tanto el delicado cuerpo de la adolescente, que la vestimenta habia tenido que estallar por todas las costuras, perfilando y dando realce á los menores contornos del talle y de las caderas.

Doblada, pues, como un junco sobre aquel baul monumental—claveteado con tachuelas de bronce y forrado de tafilete verde,—presentaba Lia un perfil tan puro y tan casto en su misma desnudez, que halagaba mas al alma que á los sentidos. Su negra cabellera, larga y abundosa, partida en dos trenzas, caia sobre sus hombros y descansaba en el suelo cada vez que introducia los brazos en el cofre. Sus piés desnudos y blanquísimos, que, como los de las nayades, siempre habian estado metidos en el agua, remataban graciosamente aquella esbelta figura, armonizando con su descubierta espalda en que no cerraba ni con mucho la reducida *chilava*. Su cintura, en fin, que se hubiera podido abarcar con las manos, se cimbreaba á cada movimiento, haciendo aun mas correctas y artísticas las ondulaciones de su talle hasta en aquellas posturas reprobadas por la estatuaria.

Y no era todavía nada de esto lo que yo admiraba mas en Lia.

Admiraba, sí, estáticamente el noble, limpio y gracioso perfil de su peregrino rostro; el esquisito pliegue de su boca, que parecia un clavel entreabierto; sus negros y adormecidos ojos en que la pasion y la inocencia unian sus misteriosos encantos; su altiva y serena frente; sus cejas, suavemente dibujadas; su largo cuello adelantado con cierta osadía sobre los hombros; su redonda cabeza, que parecia abrumada por un pensamiento grave, impropio de su edad; su menuda oreja, semejante á una hoja de rosa medio plegada; su cándida sonrisa, que marcaba un leve hoyo bajo los pómulos, dulcemente pronunciados; su pequeña barba, que prolongaba el óvalo de su semblante, como vemos en las vírgenes de Rafael; su blancura mate, en fin, esclarecida ó sombreada por indefinibles tintas, segun que trasparentaba el rubor de la sangre, el azul de las venas ó los diáfanos tonos de un cutis que nunca doró el sol ni orearon los vientos campesinos.

Tal era Lia.—Si me he detenido demasiado en su descripcion, ten en cuenta que es lo menos que puedes dispensarme despues de tanto tiempo de no haber visto sino guerreros cubiertos de sangre y polvo, negros y mulatos, cadáveres y heridos, enfermos y prisioneros, rifeños y cazadores.—Mi alma está sedienta de emociones tranquilas, tiernas y suaves, y se complace en saborear todo lo que le recuerda la mujer y el hogar, el amor y la familia.

. . . .

Abandonemos, sin embargo, la casa de Moisés, y vengamos á la mia, ó por mejor decir, á la de Abraham, donde te he escrito esta larga carta y me espera el primer lecho digno de tal nombre que he cogido en el espacio de un mes.

Abraham es amigo de aquel *Santiago* que conocimos en Rio-Martin, y que, entre paréntesis, encuéntrase ya en posesion de algunos de los bienes que dejó en Tetuan, ya que no en su antigua casa, por haberla incendiado y saqueado las kabilas, con lo cual contaba él desde que la dejó, como tú recordarás.

Por lo demás, solamente el cuerpo de ejército del general Rios queda guarneciendo esta plaza.

El general en jefe ha preferido la vida de la tienda y plantado su cuartel general en una huerta al Oriente de la ciudad, donde tambien ha acampado el tercer cuerpo con el general Ros, mientras que el general Prim y sus batallones han ido á establecer su campamento al otro lado de Tetuan, sobre el camino de Tánger.

Yo he optado por quedarme dentro de estos muros, sin consideracion á la higiene, con objeto de dedicarme con mayor asiduidad á mis estudios artísticos y observaciones morales.

No obstante, he hecho plantar tambien mi tienda en el campo, á fin de tener allí una especie de quinta y pasar entre mis compañeros todos los momentos que me dejen libres mis trabajos literarios.

Ahora bien: Santiago se ha entendido con Abraham, respecto de mi permanencia en su casa como alojado, ó por mejor decir, como huésped, ínterin se habilita alguna fonda en el *Zoco*, que por mas señas ha sido bautizado ya con el nombre de *Plaza de España*.

Abraham vive solo con su mujer; mujer de edad respetable.

Su casa es de las mejores de la Judería y está adornada medio á la oriental, medio á la inglesa.

En cuanto á la cama es estrictamente hebrea.

Constitúyela un altísimo estrado de madera clavado en la pared bajo un arco de herradura que forma una especie de alcoba en un estremo de la sala principal. Amplias y largas cortinas ocultan á la vez el lecho y la alcoba. Gruesas alfombras dobladas sirven de colchon,—por cierto muy mullido,—mientras que una soberbia y estensísima colcha blanca de rico estambre, suple á un tiempo por las dos sábanas. Otras cuantas alfombras, dobladas ó estendidas, hacen finalmente las veces de almohadas y de abrigo.

En este raro lecho cabrian cómodamente seis personas; pero lo ocuparé yo solo, ó por mejor decir, lo ocupo ya.

En él acabo mis apuntes de hoy, á las doce de la noche, á la luz de una vela morisca, bajo un rico artesonado, viendo el estrellado cielo y la blanca luna por un gracioso agimez abierto cerca del techo, oyendo el murmullo melancólico de las dos fuentes que fluyen en el patio, aspirando el penetrante aroma de esencias desconocidas, entre las que á veces creo percibir el perfume de la rosa, satisfecho y triste como nunca; satisfecho, porque veo cumplidas mis mas doradas ilusiones; por que recuerdo á Cervantes, á Marcilla, á Don Quijote de la Mancha, á los príncipes de las *Mil y una noches* y á muchos otros caballeros como durmieron en palacios encantados; triste... quizás por lo mismo que estoy satisfecho; ó acaso porque echo de menos en este suelo estraño, en medio de estas peregrinas costumbres, bajo la media luna infiel que corona las mezquitas de Tetuan, mi dulce sociedad cristiana, mi cariñosa familia, las adoradas sombras que vagaron por el eden de mi primera juventud; mis amigos, mis amores, los camaradas de mi infancia; todas aquellas constelaciones que veia brillar en el cielo de mi vida, ó sea en el techo de mi alcoba, cuando en otro tiempo bajaba el sueño misericordioso á besar mis párpados entornados!...

¡Estoy tan solo!... ¡Ah, no!—Las piadosas manos de mi madre colgaron de mi cuello una medalla de la Vírgen la primera vez que abandoné mi hogar paterno, y otras manos no menos puras colocaron sobre mi corazon en tormentosos dias una nueva imágen de la Madre de los afligidos...

Por la primera vez despues de muchos años—reparen en esta confesion los jóvenes que hayan renegado de toda fé, embriagados por la soberbia de sus imaginarios dolores;—por la primera vez, digo, despues de muchos años de jactanciosa emancipacion y sacrílega libertad, siento reanimarse en mi alma inefables afectos, volver á mi memoria santas oraciones y despertarse en mi corazon plácidas esperanzas...

¡Dios sea bendito en el momento que acerco á mis labios la celestial imágen de María, y bendita sea la madre que me llevó en sus entrañas y me enseñó á pronunciar el dulce nombre de la Reina de los Angeles!

¿Significará todo esto que la guerra me ha hecho *neo-católico*?

Nada me importa lo que digas de mí, con tal que creas en la sinceridad de estas emociones.

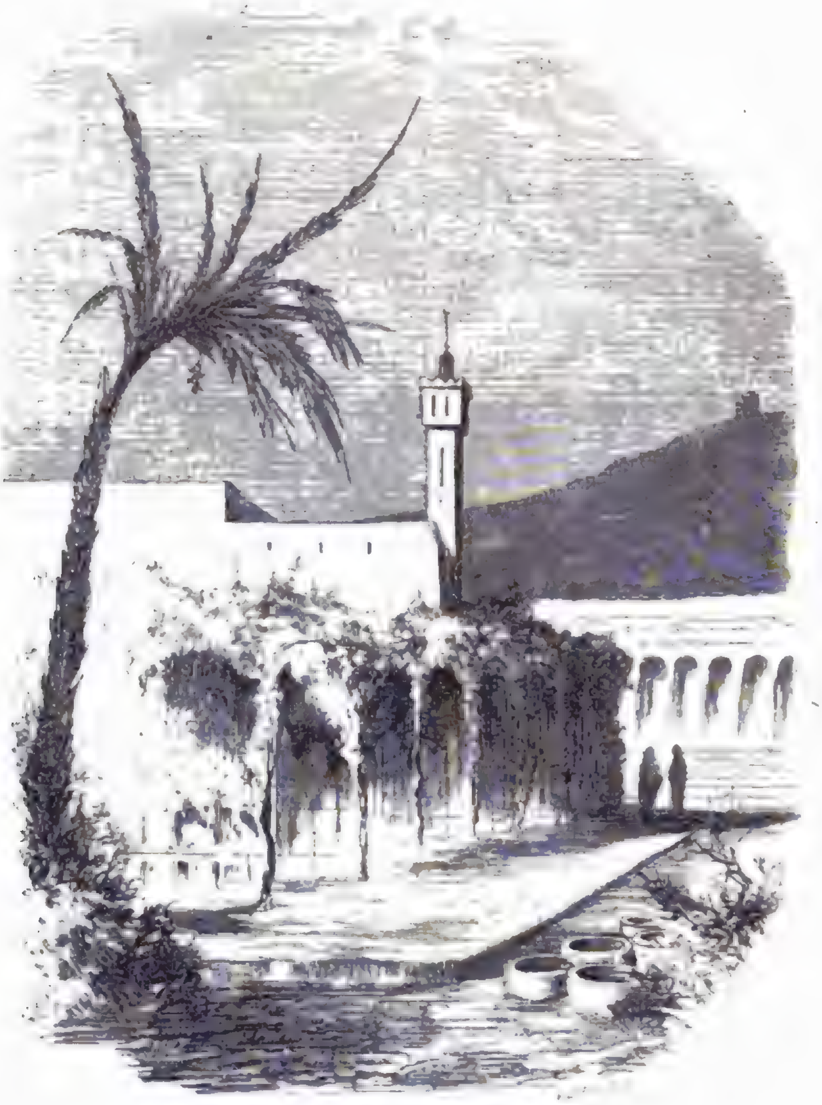
Anch'io son poeta...

L.

En el que se vé por el revés la presente historia, ó por mejor decir, se refiere la guerra de los marroquíes con los españoles.—Planes de los moros; sus esperanzas; sus ejércitos; sus proclamas y pregones; sus pérdidas.—Nuestros prisioneros.—Situacion de Tetuan durante las últimas acciones.—Muley-el-Abbas.—Muley-Hamet.—Las kabilas.—Con lo demás que verá el curioso lector.

Tetuan 7 de febrero.

Una de las infinitas razones que tenia yo para desear comunicarme con moros y judíos era la viva curiosidad que sentia hace mucho tiempo de romper el encanto y descifrar el misterio que han rodeado al ejército enemigo durante la campaña.



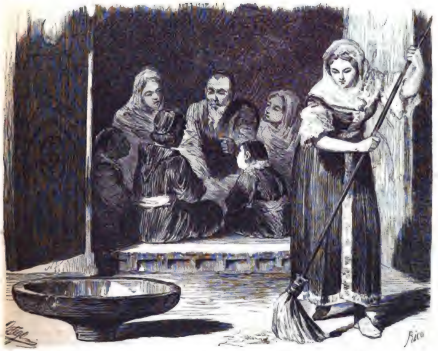
Jardin del palacio del gobernador en Tetuan.

El número de sus legiones y de sus pérdidas; la procedencia de las hordas que hemos batido; el nombre de sus generales y gefes; lo que decian la víspera y al dia siguiente de cada accion; la idea que tenian de nosotros; la esplicacion de sus maniobras; lo que hacian de sus heridos; el juicio que formaban los habitantes de Tetuan acerca del curso de la guerra; todo esto y otras muchas cosas que solo hemos sabido por cálculo ó conjetura, por adivinacion ó por el relato de falaces prisioneros, eran datos muy preciosos para la inteligencia de la presente historia, sin los cuales careceria de vida, de relieve y de movimiento.

Pues hé ahí lo que he averiguado hoy.

Aquellas legiones fantásticas que saltaban á nuestro paso por Sierra-Bullones, como las liebres bajo los piés del cazador, y que luego se desvanecian á lo lejos como impalpables sombras, tienen ya cuerpo y realidad en mi imaginacion; conozco su nombre y su procedencia, y hasta sé lo que decian y pensaban mientras que yo escribia las siguientes frases al principio de este libro, cuando me ví por primera vez enfrente de los moros.

«En las demás guerras se sabe el número y calidad del enemigo; se conocen sus recursos y proclamas, su intencion, su procedencia y sus fines; se tiene idea de sus nombres, de su carácter, de su historia, del camino que han traido y del lugar de su campamento. Al ver aparecer á los moros, no sabe uno sino que están allí; que lo mismo pueden ser un millon de hombres que una guerrilla de ciento; que la tierra que pisamos los cria, y que nuestra presencia los levanta de sus madrigueras; que vienen contra nosotros; que vinieron ayer y que vendrán mañana, sin que tantas derrotas consecutivas los desalienten, ni tan enormes pérdidas los aminoren, ni nuestra superioridad les intimide, ni nuestro valor les acobarde.....»



Familia judía.

Gracias á Dios, ya sé á qué atenerme respecto de todos estos puntos.

Para ello he sometido á *Abraham*, mi huésped, á un prolijo interrogatorio, y escrito al paso todas sus contestaciones. Despues he salido á la calle y trabado conversacion con cuantos moros y judíos he tropezado. A este le he preguntado una cosa; al otro otra: aquí he comprobado las aseveraciones y los datos de Abraham; allí he armonizado versiones distintas y opiniones diferentes, hasta que al fin he hecho brotar la verdad de acaloradas discusiones que he suscitado entre hebreos y musulmanes.

De todo ello; de las noticias que yo habia averiguado ya por los prisioneros marroquíes, y de las que debia á mis propias observaciones, resulta que Abraham ha estado veraz y exactísimo en la curiosa relacion que me ha hecho esta mañana despues de almorzar; por lo que voy á permitirme trascribirla á continuacion, tal como la fui apuntando en mi libro de mémorias.

Mi diálogo con Abraham acerca de la guerra principió del siguiente modo.

—¡Pues señor, me has dado un gran almuerzo! esclamé yo saboreando un rico chocolate, como no lo habia tomado hace mucho tiempo. En verdad te digo, mi querido Abraham, que no esperaba encontrar tan bien provista tu despensa...

—Gracias á Dios, los moros han respetado mi casa,— respondió mi huésped, que habia preferido acabar su desayuno con café.

—Eso habrá consistido en que tú serias amigo de los moros...

—¡Amigo! Los moros no respetan la amistad. Es cierto que yo soy de los hebreos que mas íntima y familiarmente los han tratado... pero ¿no ha oido V. un refran que dice: *no hay que fiarse de ningun moro, ni cuarenta años despues de muerto?*

—No; no habia oido ese refran.

—¿Ni conoce usted su orígen?

—Tampoco.

—Pues voy á contárselo á usted.

Fue el caso que un judío iba de viaje en una mula cierto dia de viernes por la noche, con direccion á Mequinez. Llevaba consigo una gran cantidad de dinero,— lo menos cien duros franceses,—y contaba llegar al término de su caminata antes de la media noche, en que principiaba el dia de sábado.

Usted sabrá que los hebreos no pueden llevar dinero encima los dias de sábado...

—No lo sabia.

—Pues si, señor. El sábado es nuestro dia festivo, y no podemos encender lumbre, ni trabajar, ni llevar dinero en la bolsa, ni tocarlo, ni cómer nada caliente, ni pasar por puertas de ciudad, ni conocer á nuestra esposa...

—Continúa...

—Pues bien; cate usted aquí que á eso de las ocho de la noche sobrevino una tempestad tan formidable que nuestro pobre judío, á quien llamaremos Daniel, se vió obligado á pararse debajo de unas palmeras hasta que pasó el chubasco.

Este amainó á cosa de las diez: Daniel echó sus cuentas y comprendió que no podia llegar ni en cuatro horas á Mequinez, que distaba todavía cinco leguas largas.

¿Qué hacer, pues, con el tesoro que llevaba en el bolsillo, luego que las estrellas marcasen la media noche?

No tenia mas remedio que enterrarlo y volver el domingo á recogerlo.

Pero ¿dónde? ¿En medio de la llanura? ¿Y si se le olvidaba el sitio? ¿Colocaria encima una señal? ¿Y si la señal que dejara para recordarlo inspiraba sospechas á algun caminante y daba con el dinero? Cerca de un árbol, era una imprudencia; pues los viajeros se sientan debajo de los árboles y suelen entretenerse en remover el suelo. Cerca de una peña, ofrecia los mismos inconvenientes... Los moros, cuando van de camino y se les acaba el alcuzcuz, majan el maiz ó el trigo en la primera piedra que encuentran al paso...—¡La cosa merecia reflexionarse!

Caminaba, pues, el hebreo sin saber qué partido tomar, y la media noche se aproximaba, y los 100 duros le pesaban en el bolsillo como si fueran 100,000.

En esto descubrió uno de esos sepulcros de moros que se ven en medio de los caminos de Marruecos, y que tanta veneracion inspiran á estos infieles.

—¡Magnífico sitio! esclamó Daniel. Este sepulcro es una seña inolvidable, y nadie se atreverá á tocar á él por respeto á las cenizas que ahí descansan.

Y diciendo así, levantó la losa; removió la tierra y hasta el cadáver; escondió debajo de este su dinero; volvió á colocarlo todo como estaba; apisonó la tierra con los piés por los cuatro lados de la losa; borró con las manos la huella de sus pasos, andando de rodillas y hácia atrás; y por último, se encaramó en su mula y se marchó, despues de asegurarse de que no habia por aquellos contornos ningun otro sepulcro con que poder confundir el que guardaba su tesoro.

—El domingo al amanecer estaré aquí de vuelta... ¡Son treinta horas! ¡Dios vele por mi dinero! se dijo el pobre judío al perder de vista la sepultura.

Y como se acercaba el principio del dia de sábado, y tampoco podia atravesar puertas de ciudad, dirigióse á una choza de pastores, que divisó á lo lejos, donde pasó la noche sin cenar y sin pegar los ojos.

Veamos ahora lo que sucedió entre tanto.

El moro, cuyos huesos acababa de remover el hebreo, estaba enterrado allí hacia cuarenta años. Habia sido muy rico; pero, como la generalidad de los musulmanes, tenia escondido todo su dinero en parajes solo sabidos de él. Yendo un dia de viaje por el sitio en que duerme el sueño eterno, sorprendióle una muerte repentina, y quedó tendido sobre la vereda solitaria, como un saco de trigo que se cae de una mula sin que lo note el arriero: otros piadosos pasajeros encontraron su cadáver y lo enterraron allí mismo, no sin reconocer en él á uno de los mas principales moros de Mequinez y darle cuenta á un hijo que dejaba de la desgracia que acababa de sucederle.

Esta desgracia no podia ser mayor. Por una parte perdia al autor de su existencia, y por la otra quedaba completamente á oscuras acerca del sitio en que su padre tenia escondidas todas sus riquezas.

Pasábase, pues, las noches y los dias el pobre Almanzor,—que así se llamaba el desheredado,—buscando aquel tesoro; y ya se encontraba en la mayor miseria y desesperado de descubrir cosa alguna despues de cuarenta años de inútiles pesquisas, cuando hé aquí que aquella misma noche (la noche de viernes de que hemos hablado antes), soñó que su padre habia sido enterrado casualmente encima de su dinero, á causa de haber muerto en el mismo lugar en que lo tenia escondido, y precisamente en ocasion que acababa de añadir una gruesa suma á las grandes cantidades que tenia allí sepultadas.

Levantóse, pues, el sábado antes de la aurora; salió de Mequinez provisto de ocho grandes sacos y cuatro mulas que le prestó un antiguo amigo, y se dirigió á la sepultura de su padre.

Puede usted adivinar que Almanzor encontró allí solamente los 100 napoleones del judío; pero aunque esta cantidad no era la enorme suma que esperaba, alegróse con todo su corazon del hallazgo, y se la llevó en el bolsillo, despues de volver á enterrar á su padre con tanto cuidado como habia empleado Daniel.

Daniel volvió el domingo antes del dia; desenterró nuevamente al moro; cabó la tierra; abrió un hoyo de dos varas, y no encontró su dinero por ninguna parte...

Calculando entonces todo lo que podia haber sucedido, vino á parar en la firme conviccion de que el muerto habia sido el autor de aquel robo inesplicable. Ahora bien: como era *sabio*...

—¿Quién era sabio? le pregunté yo á Abraham.

—Daniel era *sabio* desde la muerte de un tio suyo que le hizo este legado en atencion á su gran religiosidad...—Como era *sabio*, digo, inventó este refran, que hoy se repite por todos los hebreos residentes en Africa: *no hay que fiarse de ningun moro, ni cuarenta años despues de muerto.*

En tanto que mi huésped me referia la anterior anécdota, reparaba yo en la facilidad con que se espresaba, en la franqueza de su carácter y en la despreocupacion de sus ideas.

Entonces me ocurrió que ninguna persona mas á propósito que él podria buscar á quien exigirle que me contara la historia de la guerra que ha terminado, tal como se ha visto desde el campamento de los moros.

Indiquele, pues, mi deseo, ofreciéndole, si lo satisfacia cumplidamente, indemnizarle con usura lo que dejase de ganar en sus negocios durante nuestra larga conversacion: hícele juramento de no comprometerle revelando á los moros lo que él me contase, y él me juró en cambio *por su ley y por la mia*... (está fue la fórmula de su juramento) decirme la verdad de todo lo que supiera.

—Convenidos, añadí yo, una vez terminadas estas mútuas protestas. Ahora, empieza por decirme qué idea tenian los moros de los españoles antes de la guerra; cómo se supo que esta se declaraba, y qué se hablaba en Tetuan por entonces.

—Pues la verdad, señor, esclamó Abraham con una humilde sonrisa, es que los moros tenian una idea muy triste de España. Odiábanla sobre todas las naciones;—porque ellos las odian á todas,—y despreciábanla aun mas que al pueblo judío... ¡y mire usted que á los judíos nos desprecian de corazon!

A Francia la temian y respetaban de resultas de la toma de Mogador y del bombardeo de Tánger en 1844, así como por las noticias que tenian de su creciente dominacion en la Argelia. Ademas, nadie habia olvidado la gran derrota sufrida en Isly por Sidi-Mahommed, el primogénito del emperador, y el recuerdo de aquel pavoroso dia les hacia acatar y reverenciar el nombre francés, de la manera que esta gente reverencia y acata todo lo que es fuerte y afortunado.

Con la Inglaterra sucedia otra cosa muy diferente. Tambien la aborrecian, como á todo el mundo; pero creian necesitarla y poder contar con su ayuda para el dia que se viesen metidos en guerra con cualquiera otra nacion.

Y ciertamente, Inglaterra se cuidaba tanto de los asuntos marroquíes como de los suyos propios: daba instruccion á los artilleros musulmanes; proporcionaba cañones á las principales plazas del imperio; surtia de pólvora lo mismo á las kabilas que á las tropas de rey; defendia en los consejos de Europa la integridad del territorio de Marruecos, y en cambio de todo esto no habia exigido nunca al difunto Abderraman un tributo, una reforma civil ó religiosa, ni un palmo de terreno; nada, en fin, que pudiera escitar su desconfianza.

Pero hay mas: si por acaso algun receloso santon echábase á investigar por qué motivo la egoista Inglaterra era tan desinteresada y gratuitamente amiga de los moros, no faltaba quien le saliese al encuentro con esta aduladora manifestacion. *Nuestra causa es la misma: musulmanes é ingleses*, *todos somos enemigos de Maria*; *todos aborrecemos la misa*; *todos deseamos el esterminio del Papa*; y unido esto al espectáculo de fuerza que los ingleses les daban en Gibraltar, y al poder marítimo que desplegaban frecuentemente en la bahía de Tánger, hacia que los marroquíes mas díscolos y fanáticos llamasen á la Gran Bretaña su aliada, su amiga y su protectora.

Por otra parte, Gibraltar les consolaba en cierto modo de Ceuta...

¡*Ceuta*!—Aquí tiene usted la esplicacion del odio preferente que profesaban á España.

¡España era la única nacion cristiana que ocupaba territorio marroquí! Ceuta, Melilla y los demás presidios españoles de esta costa quitaban el sueño á los musulmanes hacia muchos años. Los *derwiches*, para hacerse populares, empezaban siempre por profetizar que estaba cercano el dia en que *arderia la misa* en todas las plazas españolas de Marruecos. Las gentes de armas no soñaban con mas bella empresa que con reconquistar estas ciudades, y las kabilas fronterizas eran escitadas contínuamente á hostilizar á los perros que guarnecian á Ceuta y á Melilla.

Cómo se cumplia este encargo, usted lo sabrá mejor que yo.

Así las hordas riffeñas como las tribus de Anghera y de Benzú, violaban todos los dias la ley de los tratados; insultaban la bandera española; disparaban sus espingardas y sus cañones contra los muros de vuestras plazas, y rara vez trascurria un año sin que una cabeza de cristiano fuese llevada como el mas estimable presente á los piés del trono de Abderraman.

Vosotros reclamabais; este se escusaba; los moros fronterizos hacian falsas promesas; repetíase la agresion de órden del mismo sultan; volvíais á quejaros diplomáticamente; reíanse *alcaides* y generales de vuestras quejas; fingian castigar á los agresores; dábanles prémios secretamente... y vosotros no os atrevíais nunca á tomaros la justicia por vuestra mano; á salir de Ceuta ó de Melilla y escarmentar á vuestros desleales vecinos; á hacer, finalmente, lo que hubieran hecho en vuestro caso la Francia ó la Inglaterra, ó vuestros ilustres progenitores, los castellanos de otros tiempos.

—«No salen porque no pueden, decíanse los moros: los españoles son cobardes como gallinas: los centinelas se esconden cuando nos acercamos á sus murallas, y huyen despavoridos cuando les hacemos fuego. Los españoles tienen guerra en su casa sobre si ha de mandarlos una mujer ó un hombre; carecen de barcos y de caballeria, y son muy pocos, muy débiles y muy pequeños, mientras que los moros somos muchos, muy fuertes y muy grandes... La hora se aproxima en que les echemos de nuestra tierra para siempre. Despues nos meteremos en naves inglesas, é iremos á desembarcar en el reino de Granada, que ha sido nuestro, y conquistaremos otra vez la Alhambra, y tomaremos á Córdoba, á Sevilla y Toledo, donde duermen nuestros padres, y acabaremos con Isabel II y con los españoles, como acabamos en otro tiempo con don Sebastian y con los portugueses.»

—¡Magnífico programa! esclamé yo con tanta risa como indignacion y vergüenza me hubieran causado aquellas mismas palabras hace menos de tres meses.—¡Vive Dios que estos bárbaros tenian sobrada razon para juzgarnos de esa manera!—¡Espero que no dirán ahora otro tanto!

—¡Ah! ya lo creo... replicó Abraham con su sonrisa delicada.

—Continúa. Veamos cómo se recibió en Tetuan la primera noticia de que los españoles querian guerra.

—Me acuerdo como de lo que hice ayer... Fue de la manera siguiente:

Hará cosa de seis meses, un dia de muchísimo calor, presentáronse en Tetuan como unos veinte moros pertenecientes á la grande y belicosa kabila de Anghera, y participaron al gobernador *Ben-el-Hach*, que mandaba á la sazon en esta plaza, que *se preparase*; pues iba á haber guerra con los españoles.

—¿Quién os ha dicho eso? les preguntó *Ben-el-Hach* lleno á la vez de susto y de alegría.

—Nosotros *que la hemos buscado*; derribando la piedra divisoria del Otero y pisoteando las armas españolas, respondieron los montaraces.

—¡Eso es demasiado, y el sultan os cortará la cabeza! dijo un tal *Fragi*, administrador de la Aduana de Rio-Martin, á quien le iba muy bien con este destino, y que era grande amigo del difunto Abderraman.

—Hemos cumplido con nuestro deber, replicaron los montañeses. El cristiano se ha empeñado en edificar un cuerpo de guardia en terreno que no es suyo, y contra lo escrito en el tratado. Nosotros hemos derribado dos ó tres veces la obra comenzada, sin lograr atraer á un campo neutral á nuestros enemigos, á fin de que las armas decidiesen quién tenia razon; hasta que cansados ya de esperarles y de que no acudan á nuestro desafío; hemos echado á rodar aquella piedra aborrecida, colocada en mal hora sobre el Otero por la debilidad de nuestros padres, y que es un monumento de ignominia para las tribus de Anghera y un sacrílego desacato á las leyes de Mahoma!

—Teneis razon... esclamaron el gobernador y otros cuantos moros que asistian á esta conferencia, levantándose indignados y echando de menos la gumía en su cintura.

—No teneis razon, y el sultan os degollará cuando lo sepa, replicó el susodicho *Fragí*, temblando por su destino.

—Pues hará mal, respondieron los angherinos. Si el sultan nos mata, esos soldados ménos tendrá para la inevitable lucha. Ceuta arde en este momento en furor y en indignacion. Por Gibraltar sabemos que la noticia de nuestro insulto ha conmovido á toda España y que los cristianos piden á voces la guerra contra el moro. Ademas, nuestros amigos de Sierra-Bullones están decididos á morir todos antes que ceder en la demanda; y si el emperador no quiere guerrear por la razon y la justicia, los montañeses guerrearán por su cuenta propia y tomarán á Ceuta y quemarán la Misa el dia de la Pascua de los cristianos.

Asi diciendo, saludaron al gobernador los veinte fronterizos y esparciéronse por la ciudad, que ya habia comprendido algo de lo que sucedía y empezaba á agitarse sordamente.

Fueron, pues, de casa en casa; arengaron á los tímidos; comprometieron á los prudentes; arrebataron en pos suyo á los audaces; atrajeron fácilmente á los santones y *derwiches*; dirigiéronse á las mezquitas; hablaron largamente sobre el particular; leyeron con tremebundo acento todos los versos del Koran que hablan de la bienaventuranza de los que mueren en guerra con infieles, y sobre todo con cristianos; y cuando, ya de noche, abandonaron á Tetuan, la fiebre patriótica y el fanatismo religioso enloquecian á tres cuartas partes de sus moradores.

Pero los angherinos no se contentaron con esto, sino que se desparramaron por esas montañas y llegaron hasta el Riff, comprometiendo en su empresa á todas las kabilas que encontraron y haciéndolas jurar «que si el emperador no hacia la guerra, la harian ellas contra los cristianos y contra el emperador.»

Despues de estos sucesos, trascurrieron algunas semanas, durante las cuales no se supo en Tetuan nada de fijo.

Por una parte oíamos hablar de que el sultan daba satisfacciones, y por el otro veíamos hacer grandes armamentos. La gente del *gobierno* (1) hablaba mucho de paz; pero las kabilas seguian creyendo en la guerra, y los *santos* y *santones* la daban como cosa irremediable.

En esto se recibió la noticia de la muerte del emperador Abderraman y de la subida al trono de su hijo primogénito, *Sidi-Mahommed el de la mala estrella*.

Entonces ya no dudó nadie de que la guerra se llevaria á cabo.

Sidi-Mahommed era el mas tremendo enemigo que tenian los cristianos en el imperio. Cuándo perdió la batalla de Isly, su padre le prohibió montar á caballo por el espacio de tres años, penitencia que soportó sin murmurar el príncipe vencido; pero jurando por su parte no cortarse la barba ni el cabello hasta que recobrase su crédito de general, ganando una gran batalla á los cristianos.

Yo le vi casualmente el año pasado en un viaje que hice á Mequinez.

La barba, negra como las alas de un cuervo, le llegaba ya á la cintura, y la cabellera, crespa y herizada como la melena de un leon, le caia sobre la espalda en broncos rizos. Su padre le trataba todavía con desden, y él hablaba á todas horas de tomar á Ceuta, y de lavar con sangre española la mancha que los franceses echaron sobre su honor hace mas de quince años...

Calcule usted, pues, si nos quedarian esperanzas de paz despues que supimos que aquel príncipe habia sido proclamado emperador de Marruecos.

Por otra parte, aunque Sidi-Mahommed no hubiese deseado la guerra (como la deseaba, dijera lo que quisiera su ministro *Sidi-Mohammed-el-Getib*, residente en Tánger,) habríase visto precisado á hacerla ó á abandonar el trono; pues un tio suyo, un tal *Soliman*, que se cree con derechos al imperio, empezaba á crearse partido entre las gentes mas belicosas, diciéndolas que su sobrino era un cobarde; que le hicieran á él emperador y principiaria su reinado declarando la guerra á los españoles.

En tal estado de cosas, de la noche á la mañana, vino á Tetuan un propio con una órden destituyendo á *Fragí*, el administrador de la Aduana de Rio-Martin, que como le he dicho á usted, hablaba en contra de la guerra.

Este hecho ya no dejó lugar á la duda. Todo el mundo empezó á comprar armas: estas subieron á un precio fabuloso: los jóvenes se ejercitaban mañana y tarde en el ejercicio de la gumía y en tirar al blanco con las espingardas: las mujeres cosian y bordaban bolsas para la pólvora: hacíanse provisiones en grande escala: celebrábanse juntas en casa del gobernador: iban y venian correos de aquí á Sierra-Bullones: exhortaban los santones á los *creyentes* siempre que se reunian en las mezquitas: construíanse baterías de tierra y ramaje en la playa del Rio-Martin; guarnecíanse de cañones...

—Permite que te interrumpa un momento, dije yo mirando fijamente á Abraham,—que bajó los ojos, adivinando sin duda la pregunta que iba á hacerle.

—Diga usted lo que quiera, replicó el judío con amabilidad.

—¿Quién construyó las magníficas baterías rasantes de Rio-Martin? ¿Los moros ó los...?

—Le diré á usted. Los moros no dejaban que los judíos nos aproximásemos á ver sus preparativos de defensa, temerosos de que los reveláramos á los cristianos.

—Pero ¿no llegaste nunca á divisar á los ingenieros que construian aquellos fuertes?

—Si, señor... y lo único que puedo decirle á usted es que todos estaban vestidos de moros.

—¿Y... los habia... rubios?

—Si, señor, respondió Abraham sonriéndose: ¡todos eran rubios!

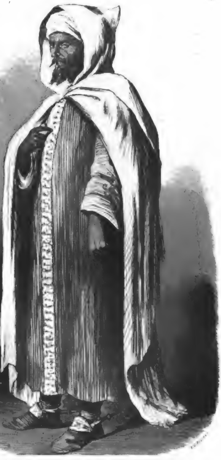
—Continúa.

—Decia que todo el mundo se preparaba para la guerra; mas sin embargo, habia órdenes terminantes del emperador de no disparar un solo tiro ni intentar cosa alguna contra los cristianos hasta que él avisara oficialmente.

---

(1) Testual.

Al fin, un dia de domingo, á mediados de octubre y como á cosa de las tres de la tarde, salió un moro de casa del gobernador, acompañado de algunas tropas de rey, y dió un pregon en medio de la plaza, diciendo de órden del emperador que habia guerra con el cristiano; que todo el mundo se pusiese sobre las armas; que el que no tuviese espingarda la adquiriese inmediatamente, y que á los pobres se las daria el *gobierno*.



El Alcaid Ahmet-el-Batin, segundo de Muley-el-Abbas. (Del natural.)

Imposible me fuera describirle á usted el entusiasmo con que se recibió esta noticia.

Aquella tarde hubo salvas, carreras de caballos y grandes fiestas en las mezquitas: ayunóse al dia siguiente: los santones declararon que la guerra era *Santa*; y ya en adelante, todas las mañanas á eso de las doce se daba un largo pregon en medio del *Zoco*, contando al pueblo los preparativos que se hacian; las órdenes y consejos del sultan; la manera como se debia pelear con los cristianos; lo que se sabia de España; el punto donde se reunia vuestro ejército, y los lugares en que se creia que ibais á desembarcar.

—Es decir, que esos pregones suplian por nuestros periódicos...

—Justamente.—Estas últimas noticias eran siempre contrarias á las del dia anterior...

—¡Eso es! ¡Como las de los periódicos...!

—Tan pronto se hablaba de que íbais á empezar por atacar á Tánger, como que os dirigíais contra Tetuan. Unas veces se os esperaba por Ceuta; otras por la bahía de Jeremías, y hasta se dijo que pensábais desembarcar en Mogador para encaminaros desde allí á Mequinez en busca del tesoro!!

Todas estas cosas las oian los musulmanes con grandes risotadas. Lisongeábanse desde luego con esterminaros en el primer choque: ridiculizaban vuestro modo de pelear: decian que érais tan pocos, que habíais pedido auxilio á los franceses, quienes os lo habian negado; que los italianos ós proporcionarian embarcaciones, y los ingleses os prestarian galleta y latas de carne; pero que unos y otros dejarian de socorreros cuando ya estuviéseis en Africa, á fin de que os muriéseis aquí de hambre... En fin, señor; estaban estos bárbaros tan orgullosos y soberbios, que á mí se me quemaba la sangre de oirlos...

—Muchas gracias. Continúa.

—Por entonces, mandaba todas las tropas, lo mismo las de Anghera que las de aquí y las que acudian de muchos puntos del imperio, el gobernador de Tetuan, quien envió á Sierra-Bullones, para que se pusiese á la cabeza de las kabilas, á un *kadéb* ó comandante, llamado *El-Crasi*, en sustitucion del que las habia capitaneado los primeros dias, que era un tal *Ben-Yagiad*, moro de rey, criado del cónsul de Inglaterra, sir Drumen Hayde, de quien usted tendrá noticias.

En esto, habia principiado ya la guerra.

Los judíos estábamos muy vigilados; pues se desconfiaba de nosotros; de manera que no sabíamos mas que lo que los moros querian contarnos y lo que observábamos desde nuestras azoteas, habiendo llegado el recelo de nuestros enemigos hasta prohibirnos salir de Tetuan.

¡Y era que nosotros confiábamos en vuestro esfuerzo y esperábamos gozosos el instante en que castigáseis á nuestros verdugos... Cosas que adivinaban ellos en nuestros ojos y en el afan con que pedíamos noticias vuestras...

—Y bien: ¿qué noticias recibíais? ¿Llegaban aquí los heridos de las primeras acciones?

—No señor. Como casi todos eran de aquel país, los curaban en Anghera y otros aduares de Sierra-Bullones. Pero de aquí les enviaban municiones y víveres.

—¿Qué clase de víveres?

—Pan, manteca, pasas, higos, galleta, dátiles y naranjas.

—¿Y cómo les llevaban todo eso?

—En camellos y mulas del país. Despues trajo consigo Muley-el-Abbas mil quinientas caballerías para trasportar heridos.

—¿Y qué decian los moros acerca de los primeros encuentros?

—Que siempre ganaban; que no sabíais tirar; que no apuntábais, y que os habíais tenido que encerrar en Ceuta.

—¿Cuántos moros nos combatirian por entonces?

—Unos quince mil... todos voluntarios y de kabilas. Las primeras tropas de rey las trajo el *Santo de Guazan*...

—Hazme el favor de decirme qué clase de santo era ese.

—El *Santo de Guazan* era,—y digo *era*, porque lo matásteis detrás del Serrallo,—un hermosísimo moro de Rabat, que no habria cumplido todavía los treinta años y era ya un prodigio de ciencia y de valor. Llamábase *Hach-el-Arbi*, y su categoría venia á ser la de patriarca de todo el imperio. Vestia con mucho lujo y mandaba mil y quinientos caballos de la flor del ejército marroquí. Entró en Tetuan al mediodia y permaneció en él unas dos horas, que empleó en visitar las mezquitas y conferenciar con el gobernador.—Al tiempo de irse, dijo á los moros que le despedian besándole las rodillas y hasta el caballo...—*Hoy es viernes*... ¡*Acordaos*...! ¡*Cuando llegue otro viernes, habrá ardido la misa en Ceuta, ó yo habré dejado de existir*!

—¡Buen profeta era ese santo!

—¡Ya ve usted si lo era! Al viernes siguiente habia dejado de existir.—Marchóse por la puerta del campo santo, y era tanta la gente que acudia á verle y oirle, que no le dejaban caminar. Entonces fue cuando dijo que Dios habia concedido el cólera á sus ruegos, revelándole que una tercera parte del ejército cristiano moriria de la peste, otra tercera en el mar y la restante por el fuego de las armas.

—¡Demonio! ¿Hácia cuando pasó por Tetuan ese refuerzo?

—Le diré á usted. La primera accion á que asistió el *Santo de Guazan* y en que quedó muerto con muchos de los ginetes que mandaba, fue una que hubo en el camino de Casa Blanca, un jueves por mas señas... mucho antes de la batalla de los Castillejos. Y recuerdo que era jueves, porque cuando al siguiente dia entró en Tetuan el cadáver del *Santo*, los moros estaban celebrando su sábado, que como usted sabe, equivale á nuestro dia de viernes.

—Un jueves... reflexioné yo. Esa debió de ser la accion del 15 de diciembre; la primera en que se encontró el tercer cuerpo de ejército.—Y á la verdad recuerdo haber oido que aquel combate fue tambien el primero en que se presentó caballería marroquí... Nuestras granadas derribaron á la tarde muchos ginetes... Habia algunos con banderas verdes y amarillas...

—Justo. Aquel dia tuvieron tanta pérdida los moros, que se vieron obligados á trasportar á Tetuan doscientos heridos, ademas de los que se quedaron en Anghera y de los que murieron en la travesía por esos montes...

—Me has hablado de Muley-el-Abbas... proseguí yo despues de un intervalo de silencio. ¿Podrás tú calcular hácia cuando se puso al frente de sus tropas?

—Le diré á usted.—A los pocos dias de morir el *Santo de Guazan*, supimos aquí que Muley-el-Abbas se encontraba en el *Fondac* con muchas fuerzas, y que habia hecho alto en la encrucijada de los caminos de Tánger, Fez, Tetuan y Anghera, no atreviéndose á echar por ninguno de ellos hasta saber la direccion que tomaba el ejército cristiano, á fin de salirle al encuentro inmediatamente. Asi permaneció cerca de una semana. Por último, hízose público que vuestro proyecto era venir sobre Tetuan y que para ello construíais un camino á todo lo largo de las playas del Tarajar y de los Castillejos... ¿Es así?

—Efectivamente.

—Pues entonces fue cuando pasó por Tetuan Muley-el-Abbas.

—¿No recuerdas el dia?

—Usted lo adivinará. ¿Cuándo celebran su pascua los cristianos?

—El 25 de diciembre.

—¿Tuvísteis un gran combate al amanecer de ese dia?

—Sí, que lo tuvimos...

—¿Seria domingo...

—Justamente.

—Pues entonces, Múley-el-Abbas estuvo en Tetuan el 22 de diciembre.—Verá usted cómo saco la cuenta. Al tiempo de despedirse el príncipe del gobernador, le dijo estás ó semejantes palabras: «Llevo prisa: pasado mañana sábado celebran los españoles la víspera de su Pascua y velarán toda la noche cantando y bebiendo como tienen de costumbre; por lo cual he pensado sorprender su campamento al amanecer del domingo, cuando estén mas ébrios y fatigados, y no dejar un cristiano con cabeza.»

—Así lo hizo: solo que los degollados fueron los moros... Pero, en fin... prosigue. Háblame de Muley-el-Abbas. Nuestro ejército le estima mucho sin conocerle y sin darse cuenta del motivo... Quizás consiste en que sabemos que es de los príncipes que se baten.—Le creemos bello, noble, arrojado, elegante...

—Pues no os equivocais en nada.

—Bien... Cúentame con todos sus pormenores su entrada en Tetuan.

—Fue muy sencilla. Cuando se supo que llegaba, estaba ya á las puertas de la ciudad. Las autoridades y el pueblo salieron á recibirle. La Alcazaba le saludó con veinte y un cañonazos como á príncipe imperial, y nosotros los judíos fuimos encerrados en nuestro barrio para que no le viésemos.

Yo le ví, sin embargo, desde una azotea que dá á la plaza.

Delante de él entraron veinte músicos tocando tambores y trompetas... Estas trompetas son de cuerno, y no suenan tanto como las que traeis vosotros.

Despues venia el príncipe, montado en un caballo alazan ricamente enjaezado y seguido de tres caballos de mano que conducian otros tantos negros de infantería.

Dos jóvenes ginetes cabalgaban cerca de él, cada uno á un lado, quitándole las moscas con pañuelos de seda, mientras que las gentes del pueblo (así los pequeños como los grandes) le besaban las rodillas con veneracion y respeto.

Era la primera vez que el emir entraba en Tetuan, y todo el mundo le miraba con avidez; pues goza de mucho mas partido que el emperador, por sus virtudes, su arrojo y su modestia.

Muley-el-Abbas tendrá treinta y cinco años; es alto, bien parecido, un poco grueso, sumamente elegante, de color pálido y ligeramente oscuro. A diferencia de su hermano *Sidi-Mahommed*, tiene la barba fina, corta y suave. Vestia un jaique verde muy rico, bonete colorado, turbante blanco, botas amarillas y no llevaba armas sobre su cuerpo.

Acompañábanle, como escolta, hasta mil caballos, que llenaron la plaza completamente; pero el resto de su ejército, que consistia en diezmil infantes y otros mil caballos, pasó por fuera de la ciudad y estuvo acampado cerca de Cabo-Negro las pocas horas que el príncipe permaneció entre nosotros.

Este conferenció largamente con el gobernador; reconoció las baterías del Martin y los fuertes de la ciudad; visitó las mezquitas una por una, orando devotamente en todas ellas, y se marchó al fin entre los aplausos y las aclamaciones de los pacíficos habitantes de Tetuan.

La primera noticia que despues tuvimos de él fueron trescientos heridos que llegaron al cabo de tres noches en medio de un furioso temporal, que parecia querer acabar con tierra y cielo.

Por aquellos heridos se supo—aunque los vecinos de Tetuan trataron de ocultarlo,—que al amanecer de vuestro dia de Pascua habia intentado efectivamente Muley-el-Abbas sorprender vuestro campamento; pero que vosotros estábais vigilantes y le sorprendísteis á él, cortándole una parte de sus fuerzas, que arrojásteis al mar á bayonetazos, y rechazando las demás, despues de hacer en ellas una espantosa carnicería con vuestros cañones de trampa...

Usted sabrá si hay algo de verdad en lo que digo; pero yo lo cuento como me lo contaron los moros...

—Abraham... ¡estos ojos lo vieron! Fue una mañana horrible para los mahometanos...—Continúa.

—Pocos dias despues pasó por Tetuan un *alcaide* muy poderoso, de tierra de Fez, llamado *Ben-Auda*, con otros mil quinientos hombres de infantería y de caballería.

Eran kabilas.

Luego pasaron muchas gentes del Riff, tan corpulentas y feroces que daba miedo el verlas.

Estas no se detuvieron en Tetuan sino para comer, y nos contaron que habian degollado al alcaide de Gumara, pueblo que distará de aquí unas cuatro leguas, por no haber querido reforzarles con su kabila, que entre paréntesis, es la mas pacífica y trabajadora de todas estas comarcas.

Entonces emprendísteis vuestra marcha hácia Tetuan, y al mismo tiempo que esta noticia, llegaron aquí otros setecientos heridos...

—Eso fue el dia de año nuevo...

—Sí, señor; el dia de la batalla de los Castillejos.

—«¿Veis cómo avanzan los cristianos? les preguntaban las gentes pacíficas á las de armas tomar. ¿Direis todavía que vais ganando en la guerra? ¿Confesareis ahora que no podeis con los españoles?»

—¿Y qué contestaban á eso?

—Decian que os dejaban avanzar á fin de que perdiéseis vuestra comunicacion con Ceuta y no pudiéseis recibir socorro alguno sino por medio de los vapores.— —«Entonces, añadian, el *Levante* hará lo demás. Los barcos tendrán que irse, y esos perros perecerán de hambre.»

—Cerca anduvimos de que nos sucediera asi...

—Ya nos lo dijeron...

—¿Qué decian?

—Que hacia tres dias que estábais incomunicados por mar y tierra; que se os habian acabado los víveres, y que os manteníais con yerba y con avechuchos de los que arrojaban las olas...

—¿Y prisioneros nuestros? ¿No venian á Tetuan?

—Vinieron despues de la batalla de los Castillejos. Antes, solo llegaban las cabezas...

—¿Muchas?

—Diez ó doce.

—Y ¿qué hacian con ellas?

—Las salaban y se las enviaban al emperador... Sin embargo, los muchachos del pueblo se apoderaron de una, y la estuvieron arrastrando todo un dia por esas calles...

—¡Desgraciada! esclamé yo pensando en la madre del infeliz cuya suerte habia sido tan espantosa.

—Tambien ellos han padecido mucho, se apresuró á decir Abráham por consolarme. Sus heridos se morian casi todos, comidos de gangrena por falta de cuidado. En Sierra-Bullones y en Rio-Azmir han pasado hambres espantosas, y hubo un dia en que desertó una kabila entera diciendo que no se podia con los españoles; que sonaba la corneta y salian los hombres de la tierra como gusanos; que por aquí bayonetas; por allí tiros; por este lado piedras; por aquel cañones... en todas partes encontraban la muerte; que era inútil huir; puesto que las balas de trampa llegaban á todas partes, y que últimamente habíais inventado unos rayos, que culebreaban por el suelo como las exhalaciones por la atmósfera.

—¡Ah! sí: los cohetes á la *congreve*.

—Eso seria. Cuando estábais en las lagunas, le matásteis el caballo á Muley-el-Abbas y estuvisteis á punto de hacerle prisionero. En Cabo-Negro, le incendiásteis la tienda con una granada, en ocasion que él estaba dentro tomando café. Les habeis matado una infinidad de jefes, dervichs, alcaides y santones... En fin, señor, se han cobrado ustedes con usura del daño que les hayan hecho los marroquíes.

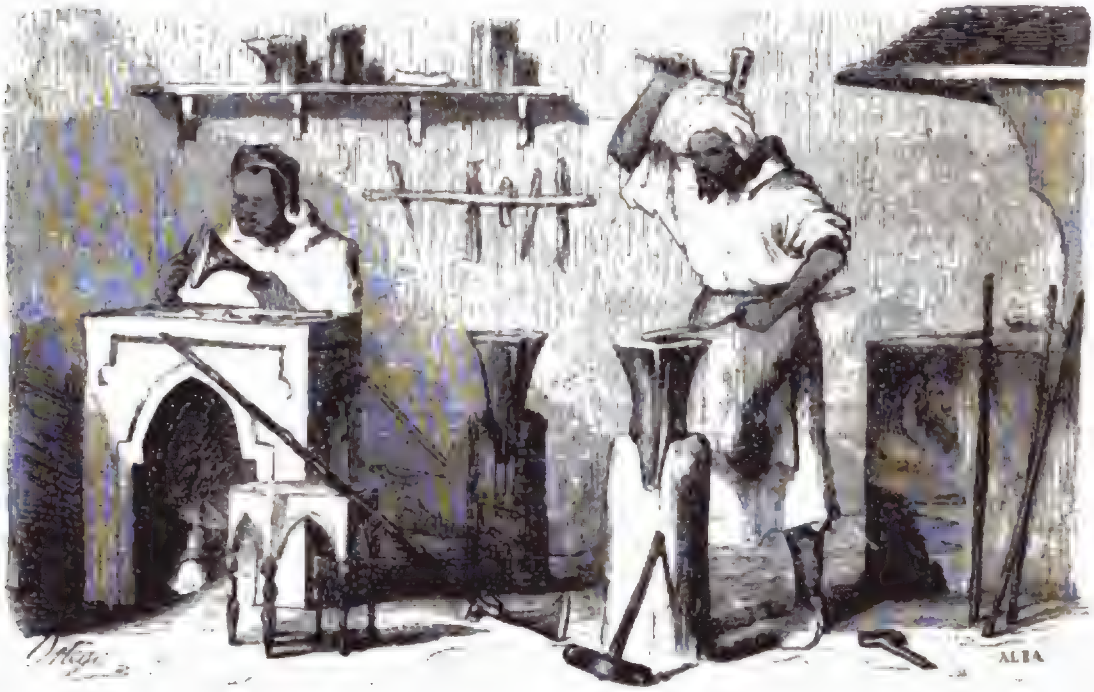
—Háblame de nuestros prisioneros. ¿Cuántos habreis visto?

—Unos diez y ocho ó veinte. Los primeros traian chaquetas blancas...

—¡Ah! ... sí... del dia primero... Esos eran húsares.

—Trajeron tres... todos ellos heridos de gravedad. A los pocos dias murieron, y sus chaquetas se han vendido en la Judería la semana pasada.—Pero el que me hizo reir fue un soldado muy jóven á quien oí interrogar en la plaza la misma tarde que lo cogieron.

—¿Cuántos sois? le preguntó un jefe de caballería, grande amigo de Muley-el-Abbas.



Fábrica de espingardas.

—Setenta mil, respondió muy formal el soldado; y otros setenta mil que deben de llegar de un momento á otro.

—¿Y teneis muchos cañones? replicó el moro frunciendo el ceño.

—Quinientos nada mas; pero se esperan los principales.

—¿Cuánto alcanzan los mejores?

—Cuatro leguas.

—Y ¿cuánto son cuatro leguas?

—Medio dia de camino.

Los moros se miraron asombrados.

—¿Y qué haceis tanto tiempo parados en Rio-Martin, si teneis tan buenos cañones? insistió el jefe de caballería lleno de furia.

—Estamos construyendo casas, respondió el soldado sin alterarse.

—Todo eso es mentira, observó un guerrero viejo; pero sirves bien á tu rey y eres un valiente. No temas por tu vida, que yo cuidaré de tí.

—¿Y vive ese soldado? le pregunté á Abraham con verdadero interés.

—Sí, señor; se lo lleváron á Fez con los demás prisioneros.

—¿Qué tal los tratan?

—Mal... sobre todo en la comida.

—Y ellos... ¿qué tal estaban de humor?

—Al principio muy apenados; pero despues reian y bromeaban con los moros.

—Segun eso, ¿los dejaban andar por la ciudad...?

—Solo por la plaza, y eso con testigos de vista. A la noche, los encerraban en los calabozos de la casa del gobernador.

—Volvamos á la historia.—Ibamos por la batalla de los Castillejos... ¿Qué supísteis despues en Tetuan?

—Ya no supimos nada, sino que avanzábais siempre. Los heridos no cabian en las casas, y la ciudad era un puro lamento. Pasaron dos ó tres dias sin que se oyera hablar de vosotros ni del ejército de Muley-el-Abbas. Al cabo de ellos vimos llegar una infinidad de moros por las alturas de Sierra-Bermeja, los cuales descendieron á la llanura de Guad-el-Gelú. Al principio creimos que eran nuevos refuerzos enviados por las provincias; pero pronto cundió la voz de que no eran sino las tropas de Muley-el-

Abbas, rechazadas y vencidas en una infinidad de combates, que venian á tentar el último esfuerzo en Cabo-Negro, por donde debíais asomar los españoles de un momento á otro.

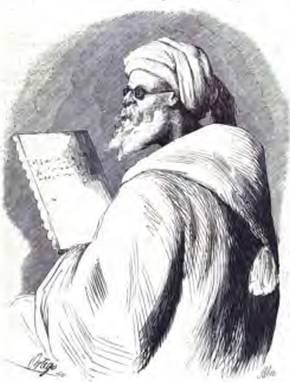
Con efecto, al dia siguiente empezamos á oir desde el amanecer un vivísimo fuego hácia aquel lado, y vimos el humo del combate sobre todas las cimas del promontorio.

—¡Los cristianos! ¡Los cristianos! gritaron las mujeres y los niños escondiéndose en los últimos rincones de sus casas.

—¡Estamos perdidos! esclamaron por último los tetuanies menos belicosos.

—Nos queda nuestra caballería, dijeron los mas arrojados.

—Muley-Hamet, el hermano menor del sultan, debe de llegar con refuerzos dentro de pocos dias, añadió por último el gobernador. Entonces vengaremos en una hora toda la sangre marroquí derramada por los españoles en dos meses. ¡Ahora principia la verdadera guerra...!



Sabio judío. (Del natural.)

Sin embargo, aquella noche entraron en Tetuan otros ochocientos moros heridos.

La poblacion estaba consternada.—Los hebreos, locos de alegría.

Entre tanto Muley-el-Abbas escribia al emperador diciéndole que ya ocupábais la Aduana del Rio-Martin y que si no le enviaba fuerzas, no respondia de Tetuan.

Dentro de esta plaza cundia la misma desanimacion.

Todas las obras construidas en la playa despues que vuestros buques bombardearon el Fuerte-Martin, habian sido completamente inútiles.

Un nuevo ejército español desembarcaba á la vista de los moros sin que estos pudiesen impedirlo, merced á vuestro feliz pensamiento de apoderaros antes de la llanura.

La numerosa caballería que os atacó el dia 16 habia sido rechazada, y vuestros cañonazos la obligaban á refugiarse bajo los muros de Tetuan ó en las montañas vecinas.

Hubo granada que llegó á las huertas, mientras que otras muchas causaron incendios y destrozos en las tiendas que circundaban la torre de Geleli.

¡Todo, todo era inútil contra vosotros!

La numerosa y flamante caballería en que tanto confiaba Muley-el-Abbas, no se habia atrevido á atacar á vuestros batallones...

¿A qué esperaban ya los pertinaces musulmanes para declararse vencidos?

Pues sin embargo, seguian obstinados en su empeño; y en tanto que llegaban los refuerzos que habian pedido, consagráronse en cuerpo y alma á construir los parapetos y trincheras que tomásteis en la última batalla.

¡Ah! si viese usted con qué terror, con qué odio, con qué desesperacion miraban los vecinos de Tetuan aquel sinnumero de tiendas que establecísteis desde el mar hasta la Aduana!

Vistos desde aquí, vuestros campamentos y vuestros barcos se parecian á una gran ciudad mucho mas grande y poderosa que la que veníais á combatir!

Yo me pasaba los dias en mi azotea con los ojos fijos en aquel maravilloso espectáculo; y desde allí he visto, con auxilio de un buen anteojo, los tres últimos combates; vuestros reconocimientos; los cañonazos que os tiraban los moros; vuestros ejercicios en los dias de paz, y en fin, todo lo que ha pasado desde el 14 de enero hasta el dia de ayer.

—Viste, pues, la accion del 23 de enero...

—Completamente. Desde el amanecer empezásteis á disparar cañonazos. Los moros no acertaban al principio con lo que significaba aquello. Al fin, un prisionero que os habian cogido la tarde anterior en el rio Jelú, donde estaba lavando, dijo que celebrábais los dias del hijo de la reina de España.

—«¡Ayudémosles á celebrarlo!» esclamaron los moros, y se lanzaron á la llanura de la manera que usted veria.

Yo, desde mi azotea, vi aquella reñida lucha.

El vivo fuego de los fusiles, las cargas de vuestros caballos y por último el tremendo avance de la artillería, todo lo divisé perfectamente.

Ya estábais al pié de los campamentos moros... El cañon resonaba cada vez mas cerca. Enormes masas de bayonetas relucientes ocupaban toda la llanura... Los mejores guerreros mahometanos corrian llenos de miedo por las cumbres de Sierra-Bermeja, y el viento nos traia el son de vuestras músicas unido al estruendo del combate y á los ardientes vivas á la reina de España...

—«¡Que entran! ¡que entran! ¡Los cristianos han vencido...!» esclamaban los habitantes de esta plaza, disponiéndose tambien á la fuga.

Yo mismo creí que os apoderábais aquella tarde de Tetuan.

Luego fue alejándose poco á poco aquel estrépito.

Ya solo se oian los ecos de las músicas y el redoblar de los tambores...

El fuego habia cesado completamente.

Aquella noche, entraron en Tetuan doscientos cincuenta heridos, los cuales olvidaban su propia desventura, al considerar los muchos y bravos compañeros que dejaban enterrados en el campo de batalla.

—«¡Muley-Hamet! ¡Muley-Hamet! decian: tú solo puedes salvarnos. Ven pronto, Muley-Hamet; ó encontrarás á Tetuan en poder de los infieles.»

Pasaron algunos dias de abatimiento y de tristeza. Pero el valor del árabe se rehace con facilidad.—La llegada de cinco mil moros de rey, procedentes de Mequínez, que entraron en Tetuan el dia 26 por la mañana, bastó á reanimar el espíritu de los sitiados.

Por esta nueva gente, que venia llena de furor y de entusiasmo, se supo que el príncipe Hamet estaba de camino con ocho mil infantes y mil caballos y que debia encontrarse aquí de un momento á otro.

Festejaron, pues, los moros con salvas y grandes voces á los recien llegados, y se dispusieron á recibir con mayores demostraciones de respeto y alegría al hermano de Muley-el-Abbas.

El dia 29 anuncióse al fin que Muley-Hamet asomaba por Vad-rás.

Todo el mundo subió á las azoteas y muchos personajes de Tetuan salieron hasta el puente de Buceja á recibir al ansiado príncipe.

Este penetró en Tetuan como á las once de la mañana.

La Alcazaba y las puertas de la ciudad le saludaron con cuarenta cañonazos. Las mezquitas, adornadas con arcos de verdura; la muchedumbre corriendo por las calles, ansiosa de verle y de besar sus rodillas; los espingardazos disparados al aire; los gritos; las músicas; todas las señales del mas frenético entusiasmo, indicaron á Muley-Hamet la oportunidad con que llegaba, haciéndole imaginarse que él estaba llamado á salvar la honra del ejército y la integridad de la patria.

Ufano, pues, y orgulloso,—lo cual es propio de su carácter superficial y ligero,—pasó por Tetuan sin detenerse un momento y se dirigió al campamento de su hermano Abbas, seguido de sus nueve mil peones y caballeros, que en verdad eran las mejores tropas que hasta entonces habian tomado parte en la guerra.

Muley-Hamet es hermano de padre de Sidi-Mahommed y de Muley-el-Abbas. Su madre fue una esclava negra del difunto Abderraman. Es mulato y de los mas oscuros. Tiene la misma edad que Muley-el-Abbas, pues creo que solo se llevan dias; pero no se le parece ni en el carácter ni en el rostro. Pasa por hombre atolondrado y de mala vida; muy dado á las zambras, al lujo, á la *fantasía* y á la mujer agena. Hace inoportunos alardes de valor, y habla y miente tanto como sus hermanos son formales y taciturnos.

El dia que pasó por aquí, iba muy bien vestido, todo de blanco, montado en una hermosísima yegua, blanca tambien, y seguido de tres caballos de mano, para cuando quisiese ó se viese obligado á variar de cabalgadura.

Acompañábanle once *alcaides* muy poderosos, la mayor parte de avanzada edad, hombres unos acreditados en el consejo, y avezados los otros á largas luchas con las feroces kabilas del lado allá del Atlas.

A eso de las dos de la tarde, llegó esta lucida comitiva al campamento de Geleli, donde la recibieron nuevas salvas y aclamaciones.

—Las oimos desde Fuerte-Martin... esclamé yo, que encontraba un singular placer en mirar cómo tomaban cuerpo aquellas remotas apariencias que tanto me habian preocupado durante nuestra estancia en la llanura de Levante.

—Los dos Muleyes, prosiguió Abraham, se abrazaron con efusion y cariño; y de la conferencia que tuvieron en seguida, resultó que dos dias despues atacarian juntos vuestras posiciones, con el firme propósito,—fueron sus palabras,—«de morir todos en vuestras trincheras, ó arrojaros de cabeza al mar y abrasaros con vuestros mismos cañones.»

—¡Ah! sí: ahora comprendo el terrible combate del dia 31...

—Figúrese usted que eran ya treinta y ocho mil hombres entre todos; que habian recibido gran cantidad de municiones y víveres; que estaban desesperados por lo ocurrido hasta entonces, y envalentonados por las jactanciosas arengas de Muley-Hamet.—Nosotros mismos, los que mas desconfiábamos de la causa de los moros, empezamos á creer que conseguirian aquel dia alguna ventaja.—¡Catorce mil caballos y veinte y cuatro mil peones son capaces de cualquiera cosa, sobre todo cuando los animan sus príncipes en el combate; cuando juegan el todo por el todo; cuando su amor propio está escitado por la emulacion que ya mediaba entre los dos hermanos del sultan; cuando tienen á la espalda una ciudad que los observa y los censura; cuando hay, en fin, mas lejos un pretendiente al imperio, que se prevale de las derrotas de Sidi-Mahommed *el de la mala estrella* para allegar partidarios á su causa!—¡Tiene usted razon; aquella lucha debió de ser tremenda, formidable, encarnizada como pocas!

Yo la ví tambien, aunque á gran distancia. Todo el vecindario de Tetuan, que sabia lo que se jugaba en la contienda, y creia que de perder los moros, aquella tarde llamarian los cristianos á las puertas de Tetuan, hallábase asomado á las murallas, despues de haber dispuesto sus familias y sus equipajes para una fuga repentina.

Al principio, cuando se vió que la caballería árabe rebasaba vuestro campamento por la izquierda y se adelantaba casi hasta el mar; cuando se divisaron aquellas blancas nubes de infantes y ginetes que os acosaban por todas partes; cuando se os miró atascados en los pantanos y lagunas, y vimos á vuestra caballería correr por el valle abajo rechazada y casi dispersa, cundió por la ciudad la noticia de que estábais derrotados, de que la victoria era de los príncipes, de que ya levantábais vuestro campo... y no sé cuántas falsedades mas.—Pero ¡ah! de pronto pueblan el aire mil gritos de terror...—Los cañonazos retumban como un continuado trueno... Esos cohetes que usted dice, cruzan como rayos de una parte á otra... Vuestras cornetas se oyen tan cerca que parece que están debajo de estas murallas... Los moros huyen en todas direcciones... Los heridos que van entrando en la ciudad, dan la voz de ¡*Sálvese el que pueda*!... Otros llegan despues diciendo que no hay cuidado; que no pensais venir á la plaza todavía; pero que Muley-Hamet y Muley-el-Abbas han sido derrotados... ¡Quién añade que han muerto!—Las mujeres y los niños lloran y gritan como yo no habia visto nunca en la gente mora... Los vecinos de Tetuan se dirigen á orar á las mezquitas... Las mejores tropas del imperio pasan á todo escape por los dos lados de Tetuan... Sus jefes las persiguen, gritándoles: «Cobardes; á la trinchera; que van á robarnos el campamento...» Y esta voz detiene á algunos, que vuelven otra vez al campo de batalla, donde sucumben miserablemente, destrozados por vuestros huecos proyectiles.

Por lo demás, todos creimos que aquel dia os apoderábais cuando menos de las tiendas enemigas...

—No era tiempo.

—Vuestras bayonetas se veian relucir en todas las alturas de Sierra Bermeja. La torre de Geleli estaba materialmente cercada. Vuestras granadas llegaban á Tetuan... tanto que una de ellas mató á un moro en el mismo cementerio... ¡Qué consternacion! ¡Qué agonía dentro de la plaza!... ¡Y qué secreto júbilo en nuestro cerrado barrio!

En fin... ¿Qué mas quiere usted que le diga?—Trescientos muertos enterraron los moros aquella tarde, y novecientos heridos entraron aquella noche en Tetuan...

—¿Pero qué se ha hecho de tanto herido? pregunté yo entonces al hebreo.

—Los de esa accion salieron para Tánger al dia siguiente; pues aquí no habia ya donde tenerlos ni quien los asistiera. Los de la batalla última se los llevaron ayer los moros al evacuar á Tetuan...

—Sí; eso lo ví yo mismo...

—Pues bien; los demás, ó se han muerto (casi todos se morian) ó están dentro de la ciudad...

—¿Dónde?

—En las casas de los moros. ¿Pues qué? ¿Cree usted que no hay moros en Tetuan?—¡Lo menos hay ocho mil encerrados en sus casas... y uno sí y otro no, todos tendrán sus armas escondidas!

—Mal quieres á los moros...—Vamos á la batalla del 4.

—¡Ah! ¡esa!... ¡quién la podrá contar!

—¿Tambien la viste?

—Tambien, y desde que noté que erais vosotros los que atacábais sin provocacion alguna, comprendí que ya no habia remedio para los moros. Por supuesto que todo el mundo lo conoció aquí de la misma manera.—La accion del 31 habia acabado con todas las ilusiones.

—¿Qué decía Muley-el-Abbas despues de esa accion?

—¿De cuál?

—De la del 31.

—Ni él ni su hermano volvieron á poner los piés en Tetuan, sin duda de vergüenza; pero aquí supimos que Muley-Hamet estaba desesperado y que entonces era Muley-el-Abbas el que le infundia valor, diciéndole que no se habia perdido todo; que sus trincheras artilladas y las posiciones de sus campamentos eran inconquistables, y que antes de apoderaros de ellas habíais de estrellaros muchas veces al pié de sus cañones y de los tiradores emboscados que defenderian el camino de Tetuan.

Y á la verdad, las obras construidas en aquellos parajes...—Usted las habrá visto.—Eran imponentes; fosos, lagunas, cañaverales, parapetos, la torre de Geleli, el rio Jelú, árboles, malezas, caseríos; todo contribuia á dificultaros el paso. Vuestra artillería sería impotente, una vez internados en tales laberintos. La falta de práctica en el terreno os comprometería aun despues de haber asaltado las tiendas moras... Habia, en fin, muchos motivos, si no para confiar en que no penetraríais en la plaza, para suponer que os costaría aun varios combates y muchos miles de hombres.

¡Cuál seria, pues, el asombro de todo el mundo, al ver entrar en Tetuan á los dos príncipes á las cuatro y media de aquella tremenda tarde, pálidos como la muerte, á todo el escape de sus caballos, gritando con descompuestas voces:—«¡Huid... Huid!... El que nos ame, que nos siga!..; ¡Todo se ha perdido!... ¡Tetuan es de los cristianos!»

—¿Quién decia eso? ¿Muley-el-Abbas?

—No, señor; Muley-Hamet.—Muley-el Abbas, reposado y triste, se lamentaba de la cobardía de sus tropas, que habian abandonado todas las posiciones no bien perdieron las primeras, y daba órdenes de coger y degollar á todos los jefes de kabila que habian huido.

Así se hizo con algunos.

Entre tanto, la Judería era asaltada por aquellas enfurecidas hordas...—Nosotros...

—Sé lo demás, le dije al hebreo, interrumpiéndole. Hemos concluido por hoy.

Tú tambien sabes ya todo lo ocurrido desde la batalla del 4 hasta nuestra llegada á Tetuan, —pues te lo he relatado con referencia á los parlamentarios de la plaza.

Suspendo, por lo tanto, mi larga conversacion con Abraham, y salgo á dar una vuelta por esas calles, donde tantas cosas me quedan aun que ver y que referirte.

LI.

Actitud del pueblo vencido y del ejército vencedor.—El palacio de Erzini.—La gran Mezquita.

> Item, mando que no alquilen
> plañideras que me lloren:
> bastan las de mi *Jimena*,
> sin que otras lagrimas compren.
>
> *(Romancero del Cid.)*

Estamos en el palacio de *Erzini*, que es como si dijéramos en un patio de la Alhambra de Granada; pero antes de decirte quién es Erzini y de describirte su palacio, voy á apuntar algunas de las cosas que mas han llamado mi atencion al venir á este sosegado barrio desde la alborotada Judería.

Primeramente, al salir de casa de Abraham, encontréme una multitud de soldados nuestros en torno de una puerta, por la cual comprendí que debia de verse alguna cosa estraña.

Acerquéme tambien, é hirieron mis oidos unos descompasados lamentos de hombres y mujeres, que mas parecian provenir de una riña que de un pesar cualquiera.

Pero ¡reñir los judíos!...—Esto no cabe en cabeza humana.

—Chicos ¿qué es eso? pregunté á los soldados, procurando hacerme lugar para ver lo que pasaba.

—¡Calle usted, hombre! me respondió un granadero, muerto de risa, ¡si es la cosa mas particular que ha visto uno! ¿Oye usted ese jaleo y esas voces? Pues es un duelo por un tal Saul que mataron los moros anteanoche.

—Mucho lo sienten segun veo...

—¡Cá! no, señor. Si eso es una ceremonia. Figúrese usted que ahora poco han entrado en esta casa mas de cuarenta judíos tan alegres y satisfechos como si tal cosa: se han sentado todos en el patio, y han empezado á gritar y á gemir de la manera que usted oye... Mire usted... mire usted cómo se arañan.

Hízome lado el granadero y vi efectivamente á una porcion de judíos de ambos sexos, con el rostro chorreando lágrimas y sangre, y sollozando en coro sin darse apenas tiempo para respirar.

—Hé aquí nuestras antiguas *plañideras* de alquiler, dije yo para mi coleto, mientras que el soldado añadia.

—Dice ahí un judío que el luto dura tanto como los arañazos que se hacen en la cara; á lo que digo yo que muchas de esas muchachas se habrán cortado las uñas antes de venir al duelo.

—*Saul ha muerto, señor; el virtuoso Saul que no le hizo daño á nadie.*—Estas palabras, que escuché ayer, acudieron entonces á mi memoria, y me marché pensando en la rara índole de nuestro humano corazon, que así se afecta de lo que él mismo ha creado, y que llora ó se regocija segun la moda de cada país, y no conoce otras verdades que las relativas á la educacion que le dan ó al código que aprendió en el aula.

Esto es oscuro; pero yo me entiendo.—¿No bailan las gitanas cuando se les muere un hijo de pocos años? ¿No mataban los hijos á sus padres en algunas tribus salvajes del Nuevo Mundo para librarles de los achaques de la vejez?—Dejemos esta conversacion.

Mas adelante, vi escenas de otra naturaleza que me distrajeron de tan crueles reflexiones.

Por ejemplo: era un cuadro sumamente gracioso el que presentaban nuestros soldados plantados en medio de la calle, hablando con las judías, asomadas á las azoteas ó á las ventanas de sus casas.

Los pobres muchachos estaban ya contentos como si todo lo sufrido hasta aquí hubiera sido la pesadilla de un instante. Orgullosos con sus triunfos y alegres con la conducta humana y piadosa que observan en Tetuan, requebraban discreta y galantemente á las hebreas, quienes, por su parte, están ya consoladas; se han atrevido á vestirse, confiando en que no les robaremos sus ropas y alhajas, y hasta han recibido órden de ser honestas á la europea, es decir, de llevar un poco alto el escote del corpiño.

En estas conversaciones amorosas al aire libre, oíanse á cada momento, como tema obligado, las palabras *mi ley* y *tu ley*...

Era la polémica religiosa de siempre entre la cautiva y el vencedor.

—Mi ley no me lo permite...

—Hazte cristiana...

—Reconoce á mi Dios...

—Mi religion me manda aborrecerte...

Estas ó semejantes palabras leemos en el *Gonzalo de Córdoba* de Florian; en *Matilde ó las Cruzadas*; en Chateaubriand; en lord Byron; en Calderon; en Zorrilla...

¡Oh! ¡cuántos dramas y novelas, cuántos poemas y romances he visto realizados, animados, vivos desde que pisé esta tierra de Africa!

¡Y qué grupos, qué cuadros tan cómicos ofrece Tetuan en este momento!...

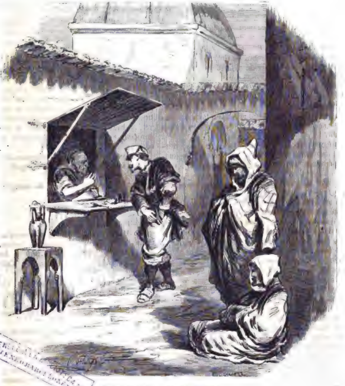
Mi pluma retrocede ante el empeño de hacértelos siquiera adivinar. —El trio de moro, español y hebreo, conversando en el hueco de una puerta; los ajustes, las ventas, las compras y los cambios; las esplicaciones que hace cada cual de sus particulares usos y costumbres; el fiero musulman que pregunta mansamente si se le permitirá usar armas; el otro que, con un pase escrito en castellano por algun sargento, anda buscando al general Rios para que se lo firme, y que cuando lo encuentra, le tira de la levita, y le dice por señas ó tuteándole: *yo moro bueno, querer entrar y salir en Tetuan*...; el guerrero de ayer, que vuelve á la plaza sin mirar á nadie; penetra en su casa; coge su ato, y nos dice que le dejemos salir; que quiere marcharse para no volver...; el moro que llega á pedir justicia, trayendo á un judío cogido por el cuello; el judío que por la primera vez de su vida se atreve á insultar á un moro, contando para ello con el apoyo del concurso de soldados, que naturalmente le dan la razon al que se espresa en su habla; las esplicaciones que se dan unos soldados á otros acerca de las peregrinas cosas que encuentran en la ciudad... todo esto, digo, constituye otros tantos asuntos dignos del pincel ó de la comedia, del romance ó del sainete, pero que yo trataria en vano de querer compendiar en este libro.

Fijémonos si no en cualquier detalle: en el cambio de monedas, por ejemplo.

—¿Qué me das aquí? pregunta un soldado nuestro, rechazando la vuelta de un duro, que le entrega un judío en cierto género de ochavos y de chapitas de plata que parecen cualquier cosa menos dinero.

—Todo eso es muy bueno, dice el judío.

—¡Mira, tú, ven acá!...—¿Cuánto vale esto? replica el soldado cogiendo á un moro por el jaique y mostrándole aquel raro numerario.



Tienda de un judío. (De un croquis.)

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONÉS

El moro responde en árabe cualquier cosa como si pudiese ser entendido por el español.

—¿Lo ves? esclama el judío. Dice lo que yo decia...

—No dice eso. ¿No es verdad que no dices eso? le pregunta de nuevo el soldado al moro.

Este mira al judío con desprecio, y le dice por señas al cristiano que tenga cuidado con aquella gente.

—¡Dame mi duro! grita entonces nuestro compatriota.

—Ya no lo tengo; se lo debia á uno que pasó por aquí, y se lo he dado. Pero toma, si quieres, mas ochavos... añade el hebreo sacando del bolsillo otro puñado de cobre.

El soldado, harto ya de aquella disputa en que resulta cada vez mas confundido, calcula á ojo el valor del metal que llena sus manos, y dice por último.

—Vaya: échame otros pocos; y sea lo que Dios quiera.

—Tóma, para que veas que no te engaño, concluye el judío, dándole dos ochavos mas, y se escabulle ligeramente aprovechándose de que el soldado tiene las manos ocupadas y no puede cogerle.

La verdad es que el hebreo no ha estafado al cristiano. Aquella infinidad de medallas de plata y cobre, valen acaso mas que el duro que representan.

Sin embargo, el judío ha hecho un gran negocio. Te diré por qué.

Nuestras monedas tienen en Marruecos un valor flotante, como el papel del Estado entre nosotros. Los napoleones, v. gr. están hoy á veinte y cinco reales; mañana á diez y ocho; pasado mañana á treinta; segun su abundancia ó su escasez.

Esto quiere decir que los consideran como nosotros á los diamantes.—Ahora bien: el judío acapara todos los napoleones que puede, y cuando ha subido su precio, empieza á ponerlos en circulacion.

Esto lo hace á veces desplegando una actividad y hasta un valor que solo se conciben en su carácter, tratándose del dinero.

Abraham, por ejemplo, cuando fue esta mañana á almorzar conmigo, venia de vender napoleones á los pastores de la tierra de Samsa, que se los habian pagado nada menos que á treinta y cinco reales en cobre. Para ello habia tenido que salir de Tetuan antes del amanecer; atravesar nuestros campamentos, á riesgo de que le creyesen un traidor; llegar á terreno ocupado por los moros, que le tomaron por un espía; sufrir vejámenes de unos y otros, y esponerse á morir, y lo que es peor, á ser robado.

¡Causa asombro el valor que infunde la avaricia; tanto mas cuanto que todos los avaros son cobardes!

Yo tengo para mí que la avaricia es la pasion mas vehemente, mas activa y avasalladora que puede abrigar el corazon humano.

Mas prosigamos nuestro camino.

Una vez en los barrios de los moros, he echado de ver que estos empiezan á salir de sus casas.

Hasta ahora no han pasado de la puerta, en la que toman el sol, acurrucados sobre el duro suelo. Era natural que deseasen respirar el aire libre.—Llevaban dos dias de absoluta y voluntaria reclusion.

A pesar de ser las calles tan estrechas y de encontrarse por consiguiente tan cerca unos de otros, los moros que hoy pueblan las aceras no se dirigen la palabra.

Cada cual está solo en la puerta de su casa como una estátua ó un centinela.

Sus únicos movimientos son los que hacen de minuto en minuto para tomar polvo de tabaco.

Cuando pasan nuestras vistosas cabalgatas,—generales con su Estado Mayor, escoltas ó cualquiera de las lucientes comitivas que cruzan á cada momento las calles de Tetuan,—los taciturnos musulmanes recogen un poco las piernas á fin de que no les pisen nuestros caballos, y ni por casualidad siquiera alzan la cabeza para mirar á aquellos lucidos ginetes que tanto ruido van haciendo con sus bridones y sus armas.

Su única preocupacion en aquel momento parece ser el evitar que les afecte materialmente aquel hecho fatal y mecánico que pasa cerca de ellos. Por eso encogen las piernas. Pero levantar los ojos para mirarlo seria reconocerlo en cierto modo; seria saberlo; consignarlo en su memoria; acogerlo con la curiosidad; imposibilitarse para negarlo el dia de mañana.

Cuando ya ha pasado la cabalgata y se quedan solos,—yo los espío con disimulo desde lejos,—ni tan siquiera se miran.

Mirarse, equivaldria á tratar de aquel asunto... y el desprecio de los moros hácia el vencedor, llega hasta el estremo de afectar los unos con los otros que ignoran todo lo acontecido últimamente.

Por lo demás ¿á qué han de mirarse, ni qué han de decirse? ¿Acaso no tiene cada uno la seguridad de que todos están pensando una misma cosa? ¿Pudieran comunicarse algo que no fuese una pálida espresion del sentimiento general?—Hablar es esplicar; y la esplicacion dada por cualquier moro, seria una ofensa á la religiosidad y al patriotismo de los restantes. El dolor es igual en todos ellos. No tienen, pues, nada que contarse, ni hay razon para que este trate de consolar á aquel, ni de inspirarle resignacion ó ira.

—*La elocuencia es plata: el silencio es oro*, suelen decir los árabes. ¡Cómo se comprende ahora este proverbio!

¡Silencio grande, orgullo digno, indiferencia majestuosa, desprecio heróico!—¡Ah! la actitud de estos salvajes es sublime. Yo no he visto nunca llevar con tanta nobleza la desgracia. Tienen hambre y no piden pan. Sufren y no lloran. Están indignados y no se encolerizan. Se hallan resueltos á morir todos antes que transigir con nuestras leyes, con nuestros ritos y nuestros hábitos, y no manifiestan su decision con estériles alardes de patriotismo. Ni nos temen ni nos provocan. Bástales con su propia conviccion de que jamás serán nuestros esclavos.

Salvajes, dije, y á la verdad que yo no concibo un grado mayor de civilizacion que el que revelan los moros.

Si la civilizacion consiste, como debe consistir, en exaltar el espíritu humano, en hacerle triunfar de la materia, en sobreponerle á los instintos de la carne, á los afectos de la naturaleza, ó por mejor decir, de la *naturalidad* primitiva, yo creo que esta inmovilidad y este silencio de los marroquíes; esta apelacion á su conciencia; esta libertad de espíritu que conservan en el vencimiento; esta superioridad indestructible que les da su acendrada fe religiosa; esta fuerza moral cifrada en una idea; este olvido, en fin, de todo lo caduco, de todo lo temporal, de todo lo transitorio, y esta presencia de los deberes abstractos, de las venturas eternas, de la inviolabilidad del alma perseguida, demuestran que la raza mora está en plena posesion de su espíritu inmortal, vive mas que ninguna otra de sentimiento y de pensamiento, y ejerce sus facultades racionales con tanta sabiduría como Sócrates y Caton, ó como los mártires del cristianismo.

De todo esto se deduce tambien que los moros son inconquistables, sobre todo por la fuerza; que su pasibilidad resistente les hace impenetrables de todo punto; que ni aun á la vívida y espansiva civilizacion católica le seria posible asimilárselos, modificarlos ó influir en sus reconcentradas y sólidas convicciones, y en fin (aunque esta sea una salida de tono) que se parecen muchísimo á los ingleses en lo individualistas, en lo maniáticos, en lo iconoclastas, en lo idealistas, en lo taciturnos, en lo valientes, en lo amantes de su domicilio, en lo indiferentes al público, y en el poco número y grande intensidad de sus amores y de sus odios.

Continuemos.

Haciendo estas y otras observaciones análogas, llegué por último á este palacio, en donde he descansado una hora al fresco—(pues hoy hace muchísimo calor)—y por el que vamos ahora á dar una vuelta el moro que lo guarda, el hebreo que me guia, tú, mi escelente amigo, que has de leerme, y yo, que no me canso de referirte todo lo que siento y pienso.

Erzini, el dueño de esta morada, es un riquísimo moro, no tan rico como otro hermano suyo de quien hablaremos alguna vez. Sin embargo, dícese del que ahora nos ocupa, que lo es tanto, que mide el oro por fanegas y que al marcharse ayer de Tetuan, cargó de dinero nueve mulas, tres camellos y ocho esclavos.

El palacio revela por sí solo la creciente opulencia de su señor. Siendo como es magnífico, este lo habia encontrado estrecho, y construia á espaldas de él un segundo y mas suntuoso edificio, cuyas obras paralizó la guerra.

Los arcos ya levantados, las maderas reunidas, los montones de mosáicos, coleccionados por tamaños y colores, y el trazado del vasto jardin que habia de constituir el tercer patio, dejan comprender lo que hubiera sido esta mansion despues de terminada.

En cuanto á la parte antigua en que nos encontramos, basta por sí misma para dar idea de la vida del aristócrata musulman que aquí habitaba.

Las estancias son espaciosas; los techos sumamente altos y de esquisitas ensambladuras de maderas de colores. Todos los pavimentos y paredes están cubiertos de graciosos mosáicos. Las arcadas y columnatas que forman los cenadores y los corredores altos, lucen por su grandiosidad y esbeltez, siendo del mejor gusto de arquitectura árabe; del que *Alhamar* empleó en Granada.

En este primer patio hay una luz, hay un aire, hay una cosa sin nombre, tan llena de calma, de soledad y de ventura, que lo primero que desea uno al penetrar en él es sentarse en el suelo y callar durante muchas horas...

Y es que en las ámplias y lisas paredes se proyectan largas y quebradas, las sombras de los fustes de las columnas: es que el sol acaricia suavemente los graciosos arabescos llenos de leyendas que revisten las cornisas: es que el rumor del agua parece la lengua del alto silencio que reina en estos lugares; es que los naranjos que crecen entre las losas del patio perfuman el ambiente con el esquisito olor de su azahar; es que las aves gorjean en los calados de blanquísimos arcos que parecen de encaje ó de filigrana; es en fin, que el gran cuadrado de cielo que se descubre al través de este ambiente de paz y de poesía, contrasta con las blancas líneas que lo encuadran, y aparece mas azul, mas limpio y apacible que los ojos de ciertas rubias cuando sonrien de amor despues de haber llorado de celos.

Y hé aquí lo que son las cosas, cuando se las deja llegar naturalmente.—Aun no hemos pasado del primer patio de esta mansion moruna, y ya pensamos en mujeres.—¿Cómo no, si esta arquitectura es hija del amor; si esta manera de disponer y adornar las casas ha sido inspirada por el deleite; si este aire está todavía impregnado de los perfumes del harem; si allá, en el fondo del patio, hay un gran arco tapado por una amplísima cortina de seda, que oculta un cenador, donde acaba de resonar un canto de mujer unido al llanto de un pequeñuelo?

Al mismo tiempo ha pasado cerca de mí un hermoso gato blanco y se ha metido en aquella habitacion.

El guardian de este palacio, viejo moro, muy adicto á Erzini (segun me dice *Jacob*, mi cicerone de siempre), pónese pálido al escuchar aquel canto y aquel lamento.

Sin duda teme una profanacion de nuestra parte; quizás teme que pretendamos penetrar en el cenador habitado.

Mr. Iriarte, mi querido artista, acaba de llegar,—pues nos habíamos citado para este palacio á las doce de la mañana,—y como yo, se siente movido de una curiosidad invencible por *ver*, nada mas que por *ver* el cuadro que se oculta detrás de aquel velo de seda.

—Aquí hay mujeres, Jacob, digo yo en voz baja á mi judío.

—Eso se dice en Tetuan; que Erzini se ha dejado aquí á sus esclavas, sobre todo á las que tienen hijos, por miedo á las kabilas.—Como hombre de mundo, conoceria que nada tenia que temer de los cristianos, en lo cual ha acertado de medio á medio.

El lloro y el canto continuaban. Por último cesó el lloro y no se oyó mas que el canto. Era una melodía tan vaga, tan sencilla, que se hubiera tomado por la larga vibracion de una sola cuerda de arpa.—El agua y los pájaros y algun suspiro del viento en los altos cinamomos del segundo patio, servian de acompañamiento á la cautiva.

El anciano moro,—que tenia órden del general Rios de enseñar el palacio á los que llevasen ciertos pases que se nos habian repartido á un corto número de personas que amamos el arte por el arte, pero órden en que se garantía el secreto de las habitaciones cerradas y sobre todo de las ocupadas por mujeres;—el anciano moro, repito, sacudia con impaciencia un manojo de llaves, como diciéndonos:—«Aquí no hay ya nada que ver: vamos adelante.»

Pero tú me conoces: esto era imposible. La bondad de mis intenciones me impulsaba al desacato. La curiosidad poética me prensaba el corazon... ¿Qué me importaba la órden? El general no sabria nunca que yo la habia infringido; pues aunque el moro me acusase, no podria dar mi nombre. Los centinelas de la puerta no me conocián tampoco... Ademas, el general Rios me honra con una amistad de algunos años... ¡y la falta es tan leve!... ¡está tan justificada en un escritor!

Iriarte, mas fuerte que yo, domina su curiosidad, y dice.

—Vámonos arriba; dejemos eso. Estará escrito que no veamos un gineceo árabe.

—Vamos arriba, repito yo.

Y emprendemos por la escalera arriba; yo detrás de todos.

El moro va muy contento con el triunfo que su fidelidad ha obtenido sobre nuestra imprudencia...

De pronto, asáltame una idea; y sin meditarla, deslízome otra vez por la escalera abajo, procurando no ser visto ni oido; pero observado, sin embargo, por Iriarte, que no se atreve á seguirme, y que por el contrario, se apresura á distraer al moro.

Llego yo al patio; tuerzo á la izquierda; me acerco al cenador famoso; levanto la cortina... y encuéntrome en medio de la misteriosa estancia.

La primera impresion que recibo es la de una atmósfera tibia y tan cargada de perfumes, que me hace creer que voy á marearme.

Luego percibo una jóven negra medio vestida con una *chilaba* blanca y un turbante del mismo color, sentada en un gran almohadon, al lado de una alta cuna en que duerme un niño desnudo y que parece vaciado en cobre.

¡Qué desencanto! ¡La odalisca es negra!—No podia darse mayor desgracia!—Mírola, sin embargo, con atencion, y comprendo que, dada la costumbre, puede agradar aquella mujer.

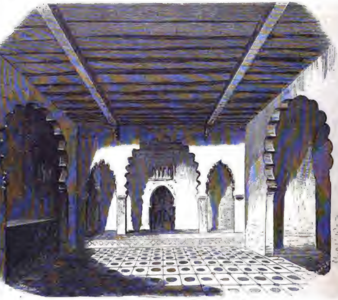
Sus facciones son regulares y finas; su cuerpo el de una Venus de azabache; su tocado, sumamente artístico; su actitud la de una pereza voluptuosa.

Yo contaba con que al verme daria un grito; huiria, ó á lo menos se llenaria de terror...—Nada de eso. Mírame fijamente con la inmovilidad que suelen hacerlo los negros, y sonríese con dulzura, mostrando sus blanquísimos dientes, que parecen sobre la sombra de su cara una doble sarta de perlas.

Aquella sonrisa medio estúpida, medio cariñosa, me revela estos pensamientos de la nubia.

—La mora es negra: el moro se ha ido: el niño duerme: tú deseabas mirarme: yo estaba aquí: has entrado: yo no habia visto á ningun español: el guardian del palacio dice que no haceis daño alguno. Yo no tengo la culpa de que hayas levantado esa cortina: tambien soy curiosa: gracias, por haberte comprometido en beneficio de los dos: tu sabrás cuando has de irte: yo sé bien que á los cristianos no les gustan las moras negras; pero si supiera Erzini que estás aquí!...

O yo no entiendo de fisonomías, y no sé leer en los ojos, ni estoy dotado de un átomo de intuicion, ó la esclava me dijo todo esto con su larga mirada y su continuada sonrisa.



Interior de la casa de Erzini.

En la habitacion habia un lecho, verdaderamente regio, cubierto de almohadones de damasco rojo y de cortinas de lana y seda. Subíase á él por unas gradas, alfombradas como toda la habitacion con riquísimos y blandos tapices.—Muchas otomanas, muchos cogines, muchas vistosas mantas formaban un divan alrededor del aposento. Un pebetero dorado, colocado en medio de él, lo perfumaba incesantemente. Cerca de la negra habia dos ó tres de esas tacitas semi-ovales en que los moros toman el café, encaramadas sobre unas como copas de metal, ó tambien de porcelana, que vienen á servirles de pié ó de asidero, á fin de no quemarse al tiempo de beber. Encima de un mueble, que no sé cómo se llama ni como describírtelo, pues carece de equivalente entre nosotros; sobre una especie de tarima alta y pequeña (que esto parece mas que otra cosa), arquitectónicamente construida y pintada de varios colores, veíanse mas tazas como las que he descrito, una lámpara de metal, de forma europea, algunos pedazos de cierta galleta negra que aman mucho los moros, dos ó tres naranjas y un plato de cristal lleno de azúcar.

Mientras mis ojos apreciaban todos estos detalles y aun otros muchos mas nimios, mi imaginacion consideraba el conjunto de aquella pieza y la poblaba á su antojo de las escenas que allí habian tenido lugar.

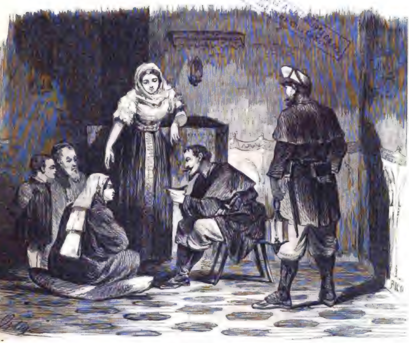
Al fin contemplaba á mi sabor el misterio de la vida árabe. Aquella era la verdadera mujer del Oriente; aquel el oculto cuadro de familia musulmana. Una jóven ociosa, prisionera, consumiendo sus horas en el sibaritismo y la inaccion: un niño, que le asegura cierto respeto en el corazon de su esposo y amo: silencio, soledad, perfumes, sueño, placeres y tristezas confundidos... Fastidio, monotonía, alejamiento del mundo; suspiros, cantos y sollozos que nadie oye ni compadece...—Así habia adivinado el alma aquella vida: así la habia leido en poetas y viajeros: así la canta lord Byron.—Nada tenia ya que desear.

Salí, pues, del cenador, saludando á la negra á la usanza mora, ó sea besándome las yemas de los dedos de la mano derecha,—lo que quiere decir *paz*,—y subí á escape la escalera en busca de mis acompañantes.

El viejo moro no me habia echado de menos. Iriarte me miró con envidia. El judío sonrió, como diciendo: ya me pagará usted el secreto con una doble propina. Yo pregunté á Iriarte si habian visto algo nuevo durante mi corta ausencia.

—Nada. Hemos pasado cerca de una puerta, que el moro no ha querido abrir. A la parte de adentro se oia hablar en voz baja. Jacob dice que allí estarán todas las mujeres y esclavas de Erzini. Parece ser que la de abajo, la que usted ha visto, era la favorita en estos últimos tiempos. El moro y yo empezamos á entendernos por señas. Está mucho mas humano. ¡El pobre ignora la traicion que acaba usted de jugarle!

Pocas cosas mas, dignas de especial mencion, hemos encontrado en esta casa. El moro no ha querido enseñarnos los baños, y me he contentado con ver los estanques del jardin. Este jardin no tiene nada de particular todavía, y hállase muy estropeado con motivo de las obras que se construyen en tornó de él.



Oficial español conversando con sus huéspedes hebreos.

En una habitacion muy escondida hemos visto un lecho revuelto, pero lujoso, aunque no estaba en alto como el que describí anteriormente. Cerca de la cabecera habia una taza que aun conservaba un poco café, una lamparilla de cobre derribada, y un reloj antiguo de sobremesa, que andaba todavía.

Este reloj se hallaba sobre el duro suelo y marcaba perfectamente la hora.

—Aquí durmió Erzini la última noche, dijimos Iriarte y yo.

Por lo demás, todas las habitaciones están llenas de muebles europeos y moriscos que fuera interminable enumerar. Los mas notables entre estos últimos son las grandes arcas labradas, altas como nuestras cómodas, y las tarimas que sirven para comer, bajas como las que encierran nuestros clásicos braseros.—Otomanas y cojines hasta la profusion; alacenas llenas de todo género de comestibles, muchos de ellos reprobados por el Koran; cajas llenas de botellas de vino; vagilla oriental é inglesa; grandes espejos modernos; ni una silla; ricas alfombras; esteras de junco y de palma; cortinajes de gran mérito; arañas de cristal; dos ó tres magníficas camas de bronce dispuestas á nuestra usanza, y otra infinidad de objetos argelinos, franceses, marroquíes, ingleses y españoles revelan la despreocupacion y el cosmopolitismo del diplomático moro, que al decir de Jacob, ha viajado mucho y pasa por uno de los hombres mas civilizados de este imperio. (1)

---

(1) Este Erzini es cónsul de Marruecos en Gibraltar.

Con que marchemos á otra parte. Tiempo es ya de que visitemos una mezquita, antes de que los moros logren del general Rios que ni los *touristes* pongamos los piés en ellas. Vamos á la *Mezquita Grande*,—*Djama-el-Kebir*, que dicen los *creyentes*.

. . . .

Para venir al templo moro, hemos atravesado algunas calles solitarias, embovedadas casi todas, llenas de sombra y de silencio.

Desde que Abraham me dijo que aun habia miles de heridos dentro de Tetuan, miro con el mas profundo respeto las casas cerradas de los barrios moros.

Alguna vez encuentro una puerta entornada, y al través de ella veo ondear un jaique blanco, que cruza por el estrecho pasillo que sirve de portal.

En otras ocasiones, asómase á la calle algun niño imprudente, y ve uno salir un brazo blanco ó negro; coger de la chilaba al pequeñuelo; tirar de él, y cerrar la puerta en seguida...

El ruido de la llave únese á las palabras de reprension que murmura en árabe una voz femenil.—Los gritos del niño se alejan poco á poco por el interior de la casa, y yo siento una honda pena al considerarme tan enemistado por las circunstancias con una gente que admiro y compadezco, y á la que me liga desde mis primeros años la mas ardiente devocion poética, el mas puro amor artístico.

. . . .

Estamos en la Gran Mezquita.

Un centinela nuestro guarda la puerta.

Esta es un bello arco de herradura, abierto en una pared labrada por hermosas inscripciones.

Aun decora la entrada un feston de ramaje seco, con que fue adornada el dia que llegó á Tetuan Muley-Hamet.

Penétrase por ella en un gran patio lleno de luz, de rumor de agua, de cantos de pájaros, de soledad y de sosiego.

A la izquierda hay un gran pilar de mármol, donde los mahometanos se lavan los piés siempre que vienen á orar.

Cerca de él, forma el suelo un pequeño estrado en que dejan las babuchas.

En medio del ventilado patio hay otra gran fuente, que es la que llena de blandos murmullos los espaciosos ámbitos del templo.

A cada lado del patio vése un rompimiento de arcos elegantísimos que dan paso á dos anchos cenadores, á los que se sube por un doble escalon, revestido de mosáico como todo el pavimento.

En el fondo, ó sea de frente á la calle, encuéntrase el recinto interior del templo.

Entrase allí por una gran puerta primorosamente labrada, y desde luego se imponen al ánimo la gran capacidad de la nave, la altura del techo, las cien lámparas que penden de él, la severa sencillez de los adornos que revisten las paredes,—todos de madera sin pintar,—los atrevidos arcos y frágiles columnas que los sostienen, la soledad austera que allí aguarda á los creyentes y la ausencia de todo ídolo, de toda figura, de todo símbolo material.

En esto se parece á un templo protestante.

De vuelta en el patio, nos sentamos Iriarte y yo en uno de los cenadores, y él saca sus carteras y sus lápices y yo mi recado de escribir.

El, trata de fijar sobre la vitela los ángulos de luz y sombra que proyecta el sol del mediodia sobre las paredes y el suelo; la perspectiva aérea de los arcos y columnas; la silueta del alto cornisamento sobre el azul del espacio; el armonioso contorno de las ojivas y su combinacion con los planos oscuros ó luminosos en que se destacan...

Yo, me esfuerzo por reflejar en el papel estos fugitivos instantes; por parar el tiempo; por condensar la vaga meditacion en que aquí se solaza el alma; por darme cuenta de mis indeterminadas emociones; por hacerte sentir y comprender la estrañeza, el orgullo, la rara lástima, el cruel sarcasmo, la pueril complacencia y la involuntaria melancolía que esperimenta el cristiano en el templo de Mahoma.

Es la primera vez que un pié calzado huella estas losas de colores: la primera vez que los ecos del techo repiten el rumor de armas y de espuelas.—¿Dónde está ese profeta, me pregunto, que no hunde sobre mí su profanada casa?

¡Ah! ¡Mahoma solo existe en el corazon de los mahometanos; y cuando ellos salen de este templo, *aquí no queda nadie*!

Cuando vienen á buscar á su Dios á este edificio, son ellos los que le traen en su fantasía; y si soy yo el que viene, si es cualquiera otra persona que no profese el islamismo, cree uno oir reirse á los ladrillos y á las maderas, como diciendo al forastero:

—Ahora que no están aquí los moros, podemos ser francos contigo. Nosotros no dejamos de ser materia inanimada: nada sabemos ni creemos de lo que nos achacan los musulmanes: ellos nos toman por cosa sacratísima, y bien sabe Dios que nosotros nos tenemos por inferiores al hombre y aun á los irracionales, que á lo menos se mueven y van de una parte á otra. ¡Es una picardía aprovecharse de que somos mudos para atribuirnos una historia, una representacion y una importancia que no podemos denegar!

Asi deben de discurrir, en mi concepto, los pilares de esta mezquita, cuando se quedan solos ó se ven delante de una persona imparcial. Asi deben de espresarse en su lenguaje mudo estos venerados techos, suelos y columnas, hartos de asistir á las injustificadas, improcedentes y gratuitas ceremonias con que los moros les agasajan tres veces por dia.

Yo, á lo menos, solo pudiera esplicarme de este modo el que no me inspiren adoracion alguna, y me permitan andar por aquí impunemente, con la cabeza cubierta, los piés calzados, el acero á la cintura, el cigarro en la boca y ni un ápice de miedo ni de remordimiento en el corazon.

¡Por lo demás, yo no me imaginaba dotado por la misericordia divina de ninguna conviccion tan ciega, tan profunda, tan acendrada como lo que en este momento abrigo de que no creo en Mahoma!

—¡Oh!... ¡cuán dulce es la fé! ¡Y cómo me complazco de encontrarla en el fondo de mi irresoluto corazon!

Profeta; yo te niego con todas las fuerzas de mi razon y de mi sentimiento! ¡Yo moriria proclamando que no eres Dios! ¡Yo creo firmemente en tu falsedad!—¡Por consiguiente, yo no soy tan escéptico como han pretendido algunos hombres, que acaso no arrostrarian aquí con la tranquilidad que yo la desafío, la remota é improbable contingencia de que tu cólera hiciese un milagro!

Pero demos de mano á estas baladronadas oficiosas. —Un moro acaba de penetrar en la mezquita, y nos mira á Iriarte y á mí de tal manera que nos infunde respeto, lástima y un ligero temor.—La cólera de Mahoma es fácil de arrostrar: la de un mahometano... presentaria mayores inconvenientes.

El moro recien llegado tendrá cuarenta años. Su pálido y austero semblante luce una barba negra no muy larga. Viste jaique blanco y gran turbante liado en un casquete rojo.

Primero se para y nos contempla: viendo luego que no nos marchamos, colócase cerca de la fuente; mide con la vista la sombra que su cuerpo traza sobre el suelo, y volviéndose hácia nosotros, nos muestra estendidos dos dedos de su mano derecha, como diciendo:

—Las dos.

Es la hora de la oracion. Partamos.

Al mismo tiempo, oimos allá, sobre el altísimo minarete, la voz de un moro que grita, ó por mejor decir, canta una salmodía lenta, vibrante y melodiosa como las notas *tenidas* de nuestras canciones andaluzas.

—¡*Aláh*!... ¡*Aláh*!... repite muchas veces el *Muezzin* entre otras palabras que no puedo descifrar; pero que significan, segun Jacob, algo parecido á lo siguiente:

—*Bendigamos á Dios: es la hora de la oracion: acudid, creyentes, á bendecir á Dios.*

—Vámonos nosotros, le digo yo á Iriarte, que recogia ya sus dibujos.—Desde que esos hombres han penetrado aquí, tan llenos de fé y de indignacion, este lugar debe de ser sagrado para todo corazon generoso.

Cuando pusimos el pié en la calle, eran ya muchos los moros que salian de sus casas ó asomaban por las esquinas con direccion al templo.

—¡*Paz*! les dijimos nosotros con la demostracion que ya sabes.

—¡*Paz*! respondieron ellos del mismo modo.

Y el *muezzin* seguia llenando el espacio con el nombre de Dios, mil veces bendito.

Entre tanto, estarian tocando á *vísperas* los esquilones de las catedrales y conventos de todo el mundo católico.

LII.

Mercaderes argelinos.—Moras tapadas.—Algo de la historia de Tetuan.—El Job mahometano.

Dia 8 de febrero.

Hoy se ha practicado un largo reconocimiento por el camino de Tánger.

Muley-el-Abbas y los exiguos restos de su ejército,—seis ú ocho mil hombres,—están acampados á dos leguas de aquí; ó sea á la mitad del camino del Fondach.

Los habitantes de los aduares que hemos encontrado al paso, han huido en su mayor parte. Algunos, viendo que no íbamos en ademan de guerra, se nos han acercado á vendernos huevos y gallinas.

El general Rios ha sido nombrado capitan general de Tetuan, ó sea gobernador militar de la plaza.

Por ahora solo se piensa en remover escombros, sacar de ella miles de carros de basura, habilitar hospitales, rotular las calles á fin de que sea fácil entenderse en su anónimo laberinto, garantir las propiedades de los moros que han evacuado á Tetuan y arbitrar medios de hacer menos incómoda á la guarnicion su estancia en este pueblo estrafalario.

Yo he pasado la mañana recorriendo las tiendas argelinas, que por estar situadas en la habitacion mas escondida de sus casas, se han librado del saqueo.

El moro argelino se diferencia del marroquí en que conoce mas la vida europea, siquier no acepte sus goces ni sus hábitos. Esplótala, sin embargo, para sus negocios, y es mas trabajador y comerciante que su correligionario de Occidente.

Todos los argelinos hablan francés: el trato con nuestros vecinos les ha hecho tambien mas locuaces de lo que suelen ser los moros: visten, segun te he dicho, con lujo y coquetería: sus costumbres son mas suaves que las de los marroquíes, y por consiguiente menos sobrias y severas. Asimismo les creo un tanto despreocupados en religion; y por lo demás, es evidente que se alegran en el fondo de su alma de todo lo que hoy sucede en Tetuan.

Esto se comprende sin esfuerzo. Vencidos ellos por la Francia; dominados y anulados hace treinta años por la civilizacion europea, han sufrido mas de un escarnio, mas de un insulto y mas de un alarde de superioridad de parte de los marroquíes, quienes se jactaban de ser inconquistables y hasta invencibles, á pesar de lo ocurrido en Isly y en otros puntos.—Ahora bien: los argelinos ven hoy al feroz Gétulo en el mismo caso que al desgraciado Númida, y sienten aliviado su corazon de aquella vergüenza con que antes se presentaban delante de los ufanos hijos de Marruecos.

Pero vamos á lo de las compras.—En lo interior de sus casas, como te he dicho, tienen los argelinos una especie de *bazar*, que consiste en un gran mostrador sobre el cual se ven estendidas las mas ricas telas del Sur y del Oriente, desde el damasco hasta el tisú, desde la lana mas suave que la seda hasta el brocado y el terciopelo cubierto de piedras preciosas. Riquísimos velos, esquisitas esencias, rosarios de ámbar, cucharas de concha y oro, babuchas guarnecidas de perlas, olorosas pastillas, primorosas fajas bordadas de colores y otros mil objetos tan lujosos como raros, han pasado ante mi asombrada vista y dádome una idea del fausto de los musulmanes, así como de lo preciosas que estarán las blancas hijas de los caballeros *bereberes* cuando se adornen con tan suntuosos atavíos.

Con el moro no se puede regatear. Vende con cierto decoro, y su lealtad contrasta en alto grado con el modo de comerciar del codicioso judío.

—¿Cuánto vale esto? se le pregunta al moro.

—Veinte duros. Llevar ó dejar.

—¿Quieres quince?

—No: porque otro me dará veinte.

—¿Quieres diez y nueve?

—Mira, no. Compra otra cosa que valga diez y nueve; pero esto vale veinte.

. . . .

A fuerza de dar vueltas por los barrios moros, he conseguido ver tres de sus mujeres, ó por mejor decir, tres fantasmas que me han asegurado que lo eran.

Todas llevaban la cara tapada con una especie de toca, rasgada horizontalmente á la altura de los ojos.—Vestian de blanco, y parecian esos penitentes que aun salen en nuestras procesiones de Semana Santa.

A una me la encontré parada debajo de un arco, acompañada de tres moros. Comprendí que se marchaba de Tetuan. Era alta y de porte elegante. Su alquicel, finísimo y onduloso, la envolvia de alto á abajo, dejando ver unos piés menudos y muy blancos calzados con chapines de terciopelo carmesí. Por la hendidura de la máscara relucian unos ojos negros, ardientes, juveniles, cuya mirada se cruzó con la mia al tiempo que pasé rozando con su falda por el angosto arco.

En cambio no me atreví á mirar á los moros que la guardaban.

Las otras moras las divisé á lo lejos en ocasion que pasaban corriendo de una casa á otra.

—Irán á bañarse, me dijo mi *cicerone*. En la casa en que han entrado hay unos baños muy buenos.

—¿Públicos?

—No, señor. De familia.

Por mucho que apresuré el paso, no llegué á tiempo sino de oir el portazo con que se encerraban, y las risas, entrecortadas por el cansancio, con que festejaban la desaparicion del peligro que creian haber corrido.

En la puerta habia cinco agujeros muy pequeños que suplian por los ventanillos de Madrid. Acerquéme á mirar por ellos, y lo único que vi fue otros ojos, negros y lucientes, que me espiaban á su vez desde el otro lado de la tabla.

—¿Será el moro? pensé, dándome la enhorabuena por este principio de drama.

Pero nuevas risas femeniles, que resonaron y se fueron alejando, unidas al leve rumor de pasos y de ropas, me convencieron de que aquellas *donne belle bianco vestite* campaban hoy por su respeto.

¡No interpretes mal mis intenciones, amigo mio! No veas en estos rasgos pueriles que tengo la franqueza de confesarte, cosa alguna que signifique un torpe afan ó una curiosidad de mala especie.—Unicamente son resabios de mis lecturas, instintos poéticos, ansia de realizar ó cuando menos de entrever aquellas aventuras maravillosas, idealizadas por el peligro, que amenizan el cautiverio de Cervantes, y sonrien á la imaginacion cuando nos refiere lord Byron los casos y las cosas que le acontecieron en Grecia y en Turquía al hijo de doña Inés.

Hay ademas en un libro moderno (1) cierta *Haoüa*, que, asi Dios me perdone, como es la *Beatrice* que me empuja ó *fucce andare* por el paraiso de Mahoma.

. . . .

Pero ya creo que es tiempo de que averigüemos algo acerca de la pasada historia de Tetuan.—Cuando un escritor público se traslada de un pais á otro, tiene la obligacion (ó á lo menos la costumbre) de demostrar que sabe por donde va y de instruir al lector hasta de cosas que él mismo ignora.

Esto me pasa á mí.—Yo no sé una sola palabra acerca de la fundacion de Tetuan ni de los sucesos que constituyen su historia.—Sin embargo, he descubierto un medio de ponerte al corriente de todo, y por cierto que de la manera mas agradable que nunca te hubieras podido imaginar.

Mi ilustre amigo el general Ros de Olano distrae los ocios de la tienda escribiendo un primoroso libro titulado *Leyendas de Africa*, que como fruto de su ingenio y obra de su pluma, no puede menos de ser una joya inestimable.

Entre las páginas que lleva escritas de la leyenda que tiene por nombre GUAD-EL-JELU (*el rio dulce*)—TETUAN (*Tel-tagüen*), hay algunas que vienen aquí como de molde; puesto que comprenden una bellísima relacion del origen de la ciudad cautiva y una magistral pintura de las costumbres mahometanas.—Voy, pues, á permitirme usurparle dichas páginas, confiando en que el eminente poeta me lo perdonará y en que tú y mis demás lectores habeis de agradecérmelo.

Dice asi el relato histórico:

«Mi tienda estaba abierta de par en par, y una brisa deleitosa acariciaba los árboles, que le respondian con amoroso murmullo.—¿En qué piensas, amigo Abd-el-Kader? —No pienso; miro.—¿Y qué miras, mi buen amigo?—Miro el árbol que hace mas de tres centenares de años que da sombra al descanso de Sidi-Alí-Berachet, sultan de Schagüen, el protegido de Dios. Los tuyos no han encendido aun su fuego con sus ramas, y el árbol continúa dando sombra al descanso de Sidi-Alí.—¿Dime tú, cuál es el árbol y quién era el sultan Sidi-Alí de buena memoria, que aquí dejó sus huesos y su carne?—El árbol es aquel que está cercado junto al adarve, aquel que de aquí á mediodia da sombra á la ciudad, y de mediodia á la oracion de la tarde dará su sombra al cementerio; y el bueno Sidi-Ah-Berachet era sultan de Schagüen mientras que se fundaba Tetuan: vivió mucho para sus pueblos; hubo en sus años grandes cosechas, y quiso en su muerte descansar en la ciudad que habia permitido labrar á Sidi-Alí-el-Mandri, Bajá bueno que ayudaba Dios cuando los árabes vinieron de Granada con solo las llaves de sus casas en las manos, y las lágrimas de su corazon puestas en sus ojos.—Cuéntame Abd-el-Kader lo que en eso te hayan enseñado los libros de vuestra poesía, ó los de vuestra historia.—Sí, te diré aquello contado por otros á quienes otros dijeron lo que les decian sus mayores, y cuando yo me callase, tú preguntas que Abd-el-Kader, dirá lo que supiere.—¿Cuántos años há que vinieron esos árabes tan desgraciados?—Tres centenares y ochenta mas: traian la religion y la familia; venian sin las armas, y demandaban patria en el suelo del Profeta. La tierra de Dios sea para todos, les respondió Sidi-Alí-Berachet: tomad parte de ella en la llanura donde mas cunden las flores para que levanteis un pueblo que sonria entre los cuatro tiempos del año, sentado á la orilla de un rio dulcísimo; y como asi lo hiciesen, este rio se llama desde entonces Guad-el-Jelú.

Los proscriptos bendijeron á Sidi-Alí-Berachet, sultan suyo, y se amistaron con las kabilas del monte partiendo su pan para que no les ofendiesen, y para que les ayudaran en el trabajo y en la defensa.

Pusieron los del monte con los árabes sus manos juntas para levantar la Alcazaba lo primero, y se trasladaban las armas para descansar del trabajo de la tierra en el ejercicio de la guerra contra los de allá del rio, gentes del Riff, sueltas de autoridad, que los acometian sin tregua ni reposo.

Dióles entonces el sultan para que los gobernara á Sidiel-Mandri, Bajá sencillo, temeroso de Dios, moro bueno que no era de los riffeños por su sangre, aunque los del monte lo fuesen como los del otro lado de Guad-el-Jelú, mas no se querian los unos á los otros porque los apartaba el rio, y porque se robaban los ganados.

Mandó el Mandri que se levantara la muralla para una ciudad grande y la Djama (1) en medio del espacio antes que se fabricaran las casas de la ciudad; y todo se hacia en alabanza de Dios al estilo y magnificencia de Damasco que conocian los árabes de Granada..... ¡Allahmar! ¡Allahmar!..... cuéntase que decian estos trabajando, y luego cantaban muy tristes.

---

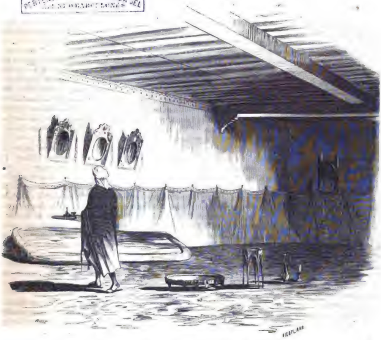
(1) *Une année dans le Sahel*, par Eugene Fromentin.

(1) Mezquita.

Me alejo, adios Granada,
Me alejo, adios Genil;
¡Maldita la flaqueza
Del torpe Boabdil!
Me marcho, rio Darro
Que riegas mi jardin,
Y al despedirme corren
Mis lágrimas á tí.
¡Maldita la flaqueza
Del torpe Boabdil!
La ira del Profeta
Le siga hasta su fin;
Y Allahá nos vuelva á nuestra patria amada
De rios y de flores circundada!
Allahá nos vuelva y quiera
Por siempre confundir,
A los que profanaron
Su Alhambra y Zacatin,
Su plaza Vivarrambla,
Su Darro y su Genil,
Sus torres y sus muros
Su suelo antes feliz.
El suelo en que reposan
Los padres del Muslim!....
¡Allhá riégalo en sangre!
Pero antes de morir.
Vuélvenos ¡ay! á la infeliz Granada
De flores y de rios circundada.

Esto dicho sin la cadencia del romance morisco, pero muy saborosamente aproximado á ella, calló Abd-el-Kader temeroso tal vez de fatigar mi atencion, y yo reflexionaba en tanto como coincide la belleza histórica con los hechos históricos, que, segun la espresion feliz de un sabio, son la elocuencia de Dios.

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DEL



Interior de la casa del poeta Chorbi.

. . . .

Sabia yo que mi interlocutor habia servido cinco años la causa de los creyentes, á las órdenes del Emir Abd-el-Kader en calidad de su secretario; pero ésta vez no quise desviarme de mi propósito, y sin atender á su indicacion le dije: enséñame con tu dedo la mezquita que se fabricó antes que las demás y que todas las casas de Tetuan; y él me señaló la mas eminente; la que tiene un altísimo minarete tachonado de menudos y lucientes azulejos que refractan el sol y reflejan la luna; aquella en que mas se oye cantar al *Muezzin*. ¡*No hay mas Dios que Dios*! (1) Tú ves la *Gubba* (2), me dijo; pues fue levantada antes que la *Djama-el-Kebir* (mezquita grande), y desde allí un ojo que nunca dormia miraba á todas partes, y una voz que nunca callaba decia siempre á todos: *Tet-Tagüen*, *Tet-Tagüen* (abre ojo, abre ojo): respondian á esta voz los de la Alcazaba y repetianla los de la muralla, de manera que los riffeños encontraban vigilancia en los de Granada á toda hora, y por todas partes cuando probaban envestirlos á la redonda: y asi fue como los unos edificando siempre, y los otros procurando para destruir, concluyeron su colmena y acomodaron sus panales las abejas de Granada, que Dios bendijo, y prosperó sus familias, y los árboles y legumbres de sus huertos, y las hechuras de sus manos para que comerciaran y estendiesen las máximas de su sabiduría, tras los trabajos de la peregrinacion, y las fatigas de su trabajo, porque de esta manera sazona Dios los bienes.

---

(1) La ilah illa Allah.
(2) Cúpula de la torre.

Y sucedió que como durante tantas lunas estuviesen los de dentro repitiendo *Tet-Tagüen*, acomodáronse de tal modo estas palabras á los oidos de los unos y de los otros, que todos, los de adentro y los de afuera, llamaron á la ciudad Tet-Tagüen, como la llamamos hoy nosotros, herederos, de cuanto perdimos en un dia, peleando como valientes, y dime tú si no es verdad.—Como valientes peleais, Abd-el-Kader, pero sin la unidad colectiva, sin la unidad de mando y sin la unidad de accion, gastais la sangre peleando como guerreros de vuestra fe religiosa, pero no combatis como soldados de la disciplina militar.—Tambien dices tú verdad, que moro bueno pelea y quema toda su pólvora, pero no toma cañon, y vosotros quemais poquita pólvora y tomais cañones en torre Jeleli..... Moro para moro pelea bien.—Quisiera veros.—¿Tú ves en el cementerio aquel montecillo cubierto de verdura que se levanta mas que la Gubba (1) que le viene enfrente? Sabe tú que lo forman huesos de hombres muertos en una noche, si bien miras que lo visten yerbas del campo criadas en cien años y ochenta.

Varias veces me habia llamado la atencion el montículo que se erige en mitad del enterramiento, y acaso me cruzó la idea de si pudiera ser resto de algun monumento romano, pero prescindí siempre de la investigacion por la dificultad de encontrar los medios. Abd-el-Kader salia, pues, al paso de mi curiosidad, y dijo:—Cada odio tiene una historia y la venganza sigue las generaciones: Dios puso en la frente la memoria, en el corazon la voluntad, y en el brazo la fuerza: Dios es justo. Habian ofendido mucho los del Riff á los de Tet-Tagüen, y aunque nuestros padres no les hacian algaras en sus tierras, ellos hacian continuas razias en la vega y probaban tomarles la ciudad. Los ancianos hubieron consejo que el Bajá encontró bueno, y dispuso que se tuviera plática y convenio con los riffeños que ellos no guardarian, para lo que debian los de Tet-Tagüen tener prestas y escondidas las armas, y que se dejara á los del Riff entrar despues de El-Maghreb (oracion de la tarde) y que se les dejara quebrantar lo prometido hasta El-Echá (oracion de la noche), hora en que nacia la luna en aquel dia, para que en aquel momento la *Alcazaba* diera la señal quemando á un tiempo tres cazoletas, y cada hombre matase á su enemigo. Sabíanlo las mujeres, y fueron atalayas desde las azoteas para dar señal cuando lucieran los tres relámpagos de la muerte, que brillaron á la voz del *Muezzin* y á la salida misma de la luna.—¿Y entonces?—Entonces las mujeres dieron señal á grito herido, y cada árabe mató un hombre ó murió peleando para que otro árabe le vengara. Murieron riffeños en dos horas treinta cientos, y al El-Fedjar (amanecer del dia siguiente), cada *Tet-Tuani* arrastraba un cadáver por la crencha, y cada niño traia detrás una espuerta de tierra que se juntaron hasta formar el monte. Murieron árabes para levantar la victoria, pero desde aquellas horas los riffeños nos respetan en Medina Tet-Tagüen, y siguen siendo como las águilas del Atlas.

Con el último tropo quiso significar Abd-el-Kader que los riffeños son como siempre ladrones y asesinos, que ya solo hacen sus presas una por una. Mas conviene advertir que cuando el árabe condensa mucho sus respuestas, es que se halla impaciente, y que no acierta á despedirse del europeo: me levanté, pues, y él en el acto suspendió á su hijo, y lo cargó sobre sus lomos como Agár á Ismael. En esta forma le acompañé por el tránsito de todo el campamento hasta cerca de la ciudad; allí me puso una mano en el hombro y colocándose la otra sobre el pecho, me dijo en castellano, «adios,» y se fué.»

Oigamos ahora esta animada descripcion de la vida árabe. Solo quien, como el general Ros de Olano, ha morado largos años en Africa, pudiera retratar con tan vivos colores las costumbres de los islamitas en la ciudad y en la tienda.

Dice asi:

«Penetrad en la tienda de Zedár, en la casa del moro (1); su puerta no dá paso mas que á un hombre; y allí dentro, en la mitad de un patio umbroso, bajo toldos, cortinas y faroles de gusto afiligranado, allí sobre limpios azulejos mana el agua como en el *Oasis* en que termina el peregrino su jornada, y brota á borbotones como brotaba de la peña de *Oreb*: el musulman se lava, y sus hijuelos desnudos juegan en torno como triscaban los recentales de Jacob. Entra y reposa sobre alfombras que tienden sus esclavas mientras que la mujer quema perfumes y aguarda en su cubículo las órdenes de Sidi (el señor): su rosario en una mano, su tabaco en la otra, ningun bullicio lo distrae, ninguna cuestion esterior turba su paz, ni sobresalta á su familia: sus paredes son mudas y ciegas como deben ser los límites de todo derecho privado. La luz no le viene sino del zenit; la fe le columpia en los vaivenes de la fantasía, sin pensar en las necesidades de mañana, porque sabe que su despensa encierra miel y leche, harina y frutas secas.

Tras la ablucion, la oracion y el arrobamiento, siguen el amor y el sueño... La virtud le despierta al dia siguiente, sin risa en los labios pero con la serenidad del alma en el semblante. Creyente incorruptible, oye al *Muezzin* que llama á la oracion del Sabbhaj, y purificado y vuelto hácia el Oriente se prosterna y saluda al Creador en la manifestacion sensible mas pasmosa de su infinita grandeza, en la salida del sol. Tras esto la amistad ó el deber le llaman fuera á un punto dado, á un determinado objeto, y para conseguirlo, la calle no es mas que tránsito abreviado y umbrio, porque no va en coche á sus deberes, ni á sus espansiones, ni sabe lo que es un carruaje, ni estimaria saberlo, y porque su turbante, su jaique y su chilava son siempre lo mismo, de lo mismo y para lo mismo. Su ornato está en su casa, allí donde es suyo y para él: allí espejos levantados que reverberen el agua y la luz, vasos del Japon que encierren miel y aguas olorosas preparadas para el uso, alfombras mórvidas de Persia... alfombras y vasos heredados que trajeron sus progenitores cuando la fe los derramó en apostolado guerrero sobre la haz de la tierra conquistada, ornatos venturosos que no envejecen y contra cuyo gusto y conveniencia no conspira la moda, porque en Africa como en Arabia la moda no se conoce, no es, no fue, y por lo tanto no es, no será la enemiga de aquellos dones del arte para la sóbria comodidad de la vida que entre nosotros son bellos y preciados, hasta que la moda nace de sí misma para envilecerlos con la depreciacion y el ridículo. La moda, esa carcoma de nuestro corazon siempre desazonado, esa voluntad conspiradora á perpetuidad, esa voluble manceba digna solo de Alcibiades, de Neron y de Robespierre; de los intemperantes, de los malvados y de los misántropos, esa manceba que sin embargo de no saber nosotros si es fea ó si es bonita, ni si tiene conciencia de sus hechos, y que solo porque nos consta que es para todos, seguimos por la calle y en la casa á todas horas, no se conoce en Africa, ni en Arabia.

---

(1) Santuario que se erige á los Marabuts, y tambien panteon erigido en los enterramientos para ciertas familias; todos estos edificios rematan en una cúpula.

(1) Esta descripcion se refiere á las casas de Tetuan, pero generalmente el moro no edifica mas que donde abunda el agua, y la arquitectura urbana es siempre la misma, salvo el mayor ó menor tamaño. (*Nota del testo.*)

Entrad en la tienda de Zedár, en *El-Duar* (1) del moro: apenas le veis á la distancia que podríais incendiarlo con una granada de mano, es mas que pequeño, es menudo; es mas que menudo, es humilde, y su color es el color de las alondras.

Las cañas silvestres primorosamente amanojadas, son fustes erectos de columnas estriadas sin basa y sin capitel, y de los fustes arranca la flexible cimbria que sustenta una bóveda flotante de verdura: la vid se esparrama con anchas hojas y racimos desmayados, y el jazmin parásito serpea por los vástagos asomando sus florecitas blancas y olorosas que parecen besos de niño. Este es el peristilo á cuyo amparo se sienta la familia; detrás está la choza. La rodean la higuera que á mis ojos se presenta siempre como una nodriza, el naranjo y el limonero perpétuos símbolos de la esperanza agrícola, y no siempre, pero alguna vez, descuella sobre algun *Duar* una palmera viuda (1). Entrad en la choza; está limpia; tiene de quince á veinte pasos; tiene el fuego en un ángulo, en otro un búcaro para el agua, otro búcaro para la leche y una hortera de palo; en esta come la familia, y en aquellos bebe: en otro ángulo hay esteras superpuestas, que son el movible asiento durante el dia y el lecho para la noche: el otro rincon tampoco está vacío, mas que cuando el moro sale al campo, ó á la puerta de su cabaña. Cuando el moro está en su casa, en el cuarto ángulo se apoya la espingarda, su arma querida, la que corresponde á su voluntad, la garantía de su independencia, la compañera de su gumía que no tiene puesto en el *Duar* porque la lleva siempre su dueño al calor de su cintura... Allí no está la riqueza de Zafir, allí anida la bienaventuranza... ¡Y yo he visto caer y arder esos *Duares*, y esos árboles familiares segados por el tronco! ¡Guerra! ¡aunque tú seas mi segunda madre y yo te ayude, aunque seas á veces merecidamente cruel con los hombres, eres increiblemente impía con los dones de la naturaleza que Dios prospera con la lentitud de los años, y fecunda con el rocío del cielo!

No la ciudad, no la casa, no la choza; ¡los dones de la naturaleza! ¡esos encierran la arquitectura monumental del árabe, esos, esos la inmensurable máquina del mundo, cuya cúpula es la bóveda del cielo, columnas son los bosques, arcos las selvas, cuadros las estaciones, fuentes las cataratas y las crestas del Atlas obeliscos...!»

Voy á concluir por hoy dándote á conocer un estraño personaje que completará en tu mente la idea que ya irás formando del misticismo musulman.

A cualquiera hora del dia ó de la noche que atravieses las oscuras y retorcidas callejuelas que desde la *Plaza Vieja* conducen al palacio de Ersini, escucharás al pasar bajo un aplanado arco en que termina una calle y empieza otra, un triste y prolongado lamento, nunca interrumpido, y que es único rumor, ademas del eco de tus pasos, que turba la quietud medrosa de aquellas lóbregas encrucijadas.

Este lamento sale de un arruinado poyo de cal y canto que se alza en la parte mas oscura del solitario pasadizo; y lo lanza un pobre moro que vive hace muchos años tendido en aquel mismo lugar, y de quien solo he podido saber que es uno de los *derwiches* mas respetados del imperio.

Cuando luce el sol en el Mediodía, penetra alguna claridad en aquel ángulo de la embovedada calle, y se percibe vagamente la figura del hombre que se queja; mas, aun entonces, solo por su voz se viene en conocimiento de que aquel es un ser humano.

Tus ojos no distinguen mas que un puñado de mugre, un montoncillo de harapos, sin forma ni color preciso, en que no se conoce cuáles son las manos ni los piés, ni hácia donde cae la cabeza del mortal que se lamenta bajo aquella masa de asco, de vejez y de pobreza.

Y es que el *derwich*, flaco como un esqueleto, sucio como toda una vida de incuria, acurrucado, ó por mejor decir, hecho un ovillo bajo sus mil veces desgarradas y remendadas vestiduras, oculta su cabeza entre sus rodillas, abárcase las piernas con los brazos y permanece inmóvil horas y horas, gimiendo siempre desde lo profundo de su miseria.

Allí pasa el dia y la noche: allí come lo que la piedad de algun transeunte pone al alcance de su mano; allí duerme, si es que duerme; allí se encuentran uno y otro estío, un invierno y otro; allí parece que nació; allí morirá... si aquello puede llamarse vivir. Nadie recuerda haberle visto en otra parte. Nadie pasó bajo aquel arco á ninguna hora sin escuchar su acento plañidero. Muy pocas personas le han sorprendido en otra actitud...

Yo, por ejemplo, le ví incorporarse esta noche, á eso de las diez, que pasé por aquel lugar, provisto de una linterna. Miróme con calenturientos ojos... Estaba delirando... Habíase desarropado un punto, y eso que hacia mucho frio... Su lamento era mas lúgubre que nunca.

El *derwich* tendrá cuarenta años, á lo que dicen; pero representa ochenta. Está verdaderamente loco, y su locura, como la de todos los musulmanes, consiste en hablar con Dios.

Su gemido, pues, es siempre el mismo, y hace muchos años que solo sale de su boca esta palabra.—¡*Alah*! ¡*Alah*!—¡*Alah*!—¡*Dios*!—¡*Dios*!—hé aquí la idea, el acento, la chispa de vida, el rayo de luz que brota de aquella basura, de aquella escoria, de aquella podredumbre humana.

---

(1) Significa estrictamente aldea; reunion de chozas ó de tiendas, pero aquí se denomina la parte como el todo, por ser uso frecuente.

(1) Esta reseña comprende á aquellos Duares situados en las vegas y sitios amenos; pero entiéndase que hay otros áridos y escondidos en sitios agrestes como son casi todos los de la comarca de Anghera. (*Nota del texto*)

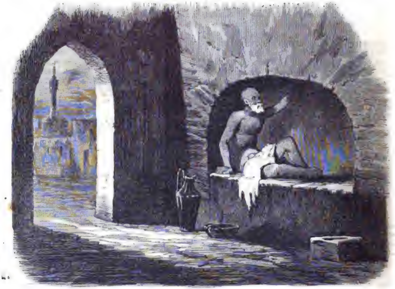
Recuérdame á Job.—Solo asi concibo un espíritu tan luciente unido á una materia tan miserable. Debajo de aquel estiércol, hay escondida un alma, y en esta alma reside el autor de mundos y soles; mora el gran Dios, el único, el eterno, el omnipotente; albérganse la eternidad y el infinito; alienta la fé; sonrie la esperanza; arde la caridad!—¡Oh misericordia divina! ¡Tú no te desdeñas de habitar en tan inmundo seno!—¡Oh espíritu inmortal, rayo del cielo, alma del hombre!—Tú eres incorruptible; tú fulguras lo mismo en el corazon del leproso que en la frente de Constantino; tú saliste tan inmaculada y pura del gangrenado pecho de Lázaro y de Job, como del casto corazon de los santos niños calcinados en el horno! ¡Tú eres como amianto!

LIII.

Noticia del entusiasmo de España.—Parlamentarios de Muley-el-Abbas.—El sábado de los judíos.—*Tamo.*

Dia 11 de febrero.

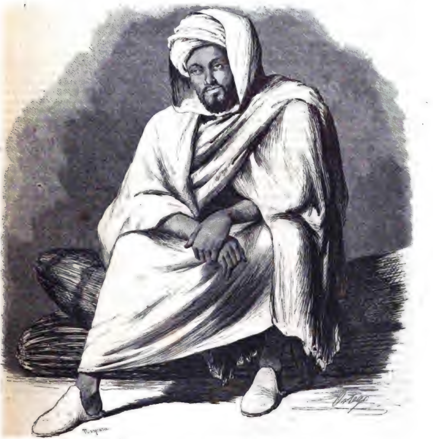
Despues de algunos dias, durante los cuales—lo confieso ingénuamente,—en nada he pensado menos que en la guerra que aquí nos ha traido y en la patria que nos ha enviado; dias de romancescas y artísticas emociones, llenos de contemplaciones filosóficas y delirios poéticos, de prolijos estudios acerca del carácter y las costumbres de los moros y judíos, de raros encuentros, de estrañas aventuras y de inocentes placeres; dias, en fin, de poeta-viajero, y con esto lo digo todo, amaneció el de hoy, que por los singulares acontecimientos que en él se han verificado, me ha sustraido de mis éstasis morunos y desatinado amor á los africanos, para volver á inflamar en mi corazon el recuerdo de la patria, de nuestra bandera, de la santa causa que hemos venido á sostener en este imperio y de la noble sangre que nos ha costado llegar á las puertas de Tetuan.



Un Derwich.

La primera cosa que me ha hecho pensar esta mañana en que soy español y soldado, ha sido la llegada del correo, que nos traia ya noticias de la impresion producida en la madre patria por la batalla del 4 y por la toma de esta ciudad.

Al leer la primera carta en que tú me describias el entusiasmo que embargaba á España, un doloroso estremecimiento de inefable placer circuló por todo mi cuerpo... Los regocijos, las fiestas, las aclamaciones populares, las colgaduras, los himnos, las iluminaciones..... todo lo vió mi imaginacion; ¡todo lo agradeció mi alma! —La patria entera habia respondido á nuestros gritos de triunfo... Madrid hervia en orgullo y alborozo... El nombre del ejército era repetido por todas partes con amor y admiracion... Millones de brazos cariñosos se estendian hácia los soldados de Africa... La noble, la grande, la heróica España nos consideraba dignos de ella... nos proclamaba sus legítimos hijos... nos significaba su respeto y su gratitud!—¡Ah! era demasiado para nuestra ambicion.—La largueza del premio, la esplendidez de la recompensa enternecia mi endurecido pecho.—Aquellas dulces caricias, despues de tan rudas penalidades, arrasaban de lágrimas mis ojos!—¡Santo, sublime, generoso pueblo! ¡Nacion hidalga, digna de que sus hijos den por su felicidad toda su sangre!...



El segundo gobernador de Fez, parlamentario de Muley-el-Abbas.

Asi esclamaba yo, leyendo una y otra carta, uno y otro periódico.—En esto ocúrreme una idea.—El correo se repartia en aquel instante en medio de la plaza, donde yo me hallaba tambien.—Todos los que se encontraban en ella, debian de esperimentar mis mismas emociones... —Alzo la vista, y en efecto veo temblar mil blancos papeles en las manos de soldados, jefes y oficiales... Todos los semblantes están conmovidos... El llanto del reconocimiento baña todas las mejillas... «¡España! ¡España!» murmuran innumerables voces, con aquella ternura conque se pronuncia siempre el nombre de una buena madre.

Y para todos, aquel es el verdadero momento de la victoria; y solo entonces levantan la cabeza con arrogancia, cual si el voto patrio fuese la ansiada confirmacion del triunfo; solo entonces se convencen de la grandeza de la obra que han llevado á feliz término; solo entonces prueban el soberano júbilo de la gloria.

Por lo demás, yo me esplico perfectamente el escesivo placer que esperimenta hoy nuestra cara patria, y desde luego me atrevo á asegurar que no consiste tanto en la valía real del bien que acaba de otorgarle el cielo, como en las circunstancias en que lo recibe.—España habia perdido ya la costumbre, la tradicion y hasta quizás la esperanza de semejantes goces. Derrotar ejércitos estranjeros y tomar plazas enemigas, recordaba haberlo hecho en otras épocas, y no pensaba en ello sin remordimiento y amargura.—«¡Estamos muertos... ya no existimos,» deciamos los españoles con honda pena, anticipándonos al desden con que nos miraban todos los pueblos de Europa.—Y una tétrica desesperacion corroia nuestras entrañas.

Ahora bien: esta súbita resurreccion de nuestros bellos dias: esta reaparicion de nuestra grandeza pasada; este nuevo amanecer de nuestra gloria ha vuelto la confianza á todos los corazones, ha revelado á la nacion su propia fuerza; le ha hablado de porvenir, de redencion, de felicidades futuras, de reconciliacion con su antigua historia.—Es un enfermo que se levanta del lecho, despues de una larga dolencia de que no creyó salir con vida; y que al ver el sol, al recorrer los campos, al respirar de nuevo las brisas regeneradoras de la primavera, llora de felicidad, de gratitud al cielo, de fé en la existencia, de amor á la creacion.—¡Lágrimas hermosas, único premio que deseaba recibir el santo ángel de su guarda!

Sumergido andaba en estas reflexiones, cuando dejóse sentir en la plaza una gran agitacion, y ví reflejarse en todos los rostros las señales de la mas pura alegría.

—¡Parlamento! ¡Parlamento! murmuraba todo el mundo. Por el camino de Tánger llegan emisarios de Muley-el-Abbas...—Ya están en la tienda del general Prim.—¡Nos piden la paz!...—Marruecos reconoce al mismo tiempo que España nuestras definitivas victorias...! ¡Oh felicidad! ¡Oh ventura!

Estos acentos de alegría no deben estrañarte.—La paz es siempre grata despues del triunfo, si el triunfo ha bastado á la satisfaccion de las ofensas.

Nosotros hemos venido á Africa á cobrar una antigua deuda de honra; á hacer comprender á los marroquíes que no se insulta impunemente el nombre español; á demostrar al mundo que aun sabemos morir por nuestro decoro; á hacer ostentacion de nuestra fuerza, primero á nuestros propios ojos; pues nosotros nos desconocíamos antes que nadie; segundo, á los ojos de los procaces mahometanos, que nos creian débiles y hundidos, y últimamente, á los ojos de la Europa, donde hace largo tiempo se nos habia rezado la oracion fúnebre y se nos contaba en el número de los pueblos históricos, de los pueblos muertos, como á la heróica Grecia, como á la cesárea Roma.

Todo esto lo hemos conseguido ya.—España ha despertado de su letárgica postracion, de su error y melancolía; la Europa nos saluda y aclama como á dignos herederos de nuestros antepasados; Marruecos viene á pedirnos la paz, ó sea á proclamar la superioridad y la fortuna de nuestras armas...

Razon hay, por consiguiente, para que se regocige nuestro ejército al recibir semejante nueva.

La guerra ha concluido de una manera feliz, oportuna, honrosísima para España. La sangre derramada no ha sido estéril. La fanática terquedad de los moros no nos ha comprometido, como temíamos, en una lucha indefinida y sin resultados. Este pueblo indomable ha escuchado los consejos de la prudencia y acepta el vencimiento.

No necesitamos mas: no vinimos á otra cosa. La primera jornada del largo drama que hemos de representar en Africa los españoles, y que acabará por darnos mas ó menos tarde la soberanía en Marruecos, ha terminado satisfactoriamente.

¡Dios ilumine al hombre de Estado como ha asistido al general! ¡Dios tenga á raya la soñadora fantasía de nuestros compatriotas! ¡Quiera Dios que el engreimiento del triunfo no les lleve á empeñarse en conquistar toda el Africa!—¡Ay! España se ha hundido muchas veces por sobra de aliento, de fortuna y de heroismo!

Esto pensaba yo, en tanto que me dirigia al cuartel general del conde de Lucena,—ya duque de Tetuan,—á fin de presenciar la llegada de los emisarios moros.

Y sugeríame estas ideas, el haber encontrado en los periódicos que acababa de recibir, palabras tan fascinadoras como imprudentes, hijas quizás de un entusiasmo generoso; fruto tal vez de miserables cálculos formados por el odio de los partidos.

Aquellas palabras hablaban de conquista, de colonizacion, de que debíamos ir á Tanger, á Fez y hasta á Tafilete; de estirpar el islamismo en Africa; de improvisar una nueva España á este lado del Estrecho; de plantar la cruz sobre el Atlas y convertir al cristianismo á diez millones de fanáticos musulmanes, ó de aniquilarlos con los treinta ó cuarenta mil hombres que componen nuestro ejército; de despoblar una vez mas la península ibérica para poblar este inconmensurable continente; de reproducir, en fin, la política austriaca, tan brillante, tan poética, tan heróica; pero tan fatal á España, tan temeraria en su orígen, tan devastadora en su desarrollo, tan nula en sus resultados!

Llegué, al fin, al cuartel general de O'Donnell en ocasion que los parlamentarios de Muley-el-Abbas penetraban en él por el opuesto lado, precedidos de un corpulento riffeño que llevaba en alto una bandera blanca.

Los emisarios marroquíes son cuatro, todos ellos generales de sus ejércitos, á lo que hemos comprendido.

Visten nobles, sino muy lujosos trajes, que consisten en largos caftanes oscuros, botas de tafilete amarillo, turbantes y albornoces blancos.

Los arneses de sus caballos son de tanto gusto como valor, así como las armas, sobre todo las pistolas, que llevan los moros de rey que les sirven de escolta.

Estos son tambien cuatro, y se distinguen por sus altos gorros encarnados, feroz fisonomía y colosal estatura. Uno de ellos es negro y los otros tres nacieron en el Riff, cerca de Melilla, segun confesion propia.

De los cuatro generales, ninguno contará cuarenta años.

Llámanse *el Alcaid-el-Yas-el-Mahchard*; *el Yuis el Charquí*; *el Alcaid-Ahmet-el-Batin*, y *Ben-Abu*.

Este último habla español y viene en calidad de intérprete.

Los riffeños de la escolta entienden tambien el castellano; pero no lo hablan, sin duda por encargo de sus señores.

Sin embargo, hemos averiguado que el *Mahchard* es gobernador de Riff; el *Charquí*, segundo gobernador de Fez; *Ahmet-el-Batin*, gobernador de Tanger y lugarteniente ó *segundo* de Muley-el-Abbas, y que *Aben-Abu*, hermano de este último, ha mandado la caballería mora en casi todos los combates.

El semblante de estos guerreros, que tanto han sufrido y trabajado en el trascurso de la campaña, revela una honda tristeza; pero llevada con tanta resignacion como dignidad.

Asi es que al ver pasar á nuestro lado á tan insignes caudillos, cuyo desesperado valor hemos podido apreciar tantas veces, sentimos que al odio ó á la compasion que debian inspirarnos se sobrepone un generoso respeto.

Mirámosles, pues, sin aquella molesta curiosidad que tanto abruma al estranjero solitario; y en cambio, ellos nos saludan ligeramente con la mano, adivinando indudablemente la justicia que les hacemos en lo profundo de nuestro corazon.

La conferencia de estos cuatro personajes con nuestro general ha sido sumamente sencilla.—Hánle preguntado aquellos á qué habia venido á Africa; qué queria; qué demandaba y con qué condiciones haria la paz...

—Muley-el-Abbas la quiere, añadieron por último, y nuestra patria la necesita.

—Yo he venido aquí, respondió el general O'Donnell, enviado por la reina de España con autorizacion para hacer la guerra, pero no para hacer la paz. Hoy marchará á Madrid uno de mis generales y comunicará vuestra pregunta á S. M.—El jueves próximo podeis venir por su respuesta.

—El jueves próximo estaremos aquí sin falta, replicaron los marroquíes.

Despues de esto, han mediado entre los caudillos algunas esplicaciones acerca del modo como se ha sostenido la guerra por una y otra parte.

Los generales moros se han apresurado á demostrar su reconocimiento por el clemente y caritativo empleo que hemos hecho de la victoria.

O'Donnell ha vuelto á quejarse de la bárbara crueldad con que el enemigo han tratado á los españoles que han caido en su poder.

—No es culpa nuestra, sino de las feroces kabilas, han contestado los musulmanes. Por lo demás, nosotros no os conocíamos. Se nos habia engañado acerca de vosotros, haciéndonos creer que érais tan débiles en la lucha como inhumanos en la victoria. Hoy sabemos que sois valientes y generosos, y Muley-el-Abbas quiere ser vuestro amigo.

—En su mano está el serlo, respondió O'Donnell. Yo admiro tambien vuestro valor respetando la desgracia que ha militado bajo vuestras banderas...

—Sí: Dios no quiere que venzamos...

—Eso os dirá de parte de quién están la razon y la justicia.

—Nuestra pobre nacion es un buque que naufraga, ha respondido el *Charquí* con honda melancolía. ¡Nos han engañado! ¡Nos han vendido!

—España no os engañará nunca. España tiene un interés en vuestra felicidad, y en *vuestra independencia.*

—El español y el moro están llamados á *hacer compañía*, dijeron por último los africanos, levantándose para marchar.

No lo hicieron, sin embargo, tan pronto como deseaban. De la tienda de O'Donnell fueron conducidos á la del general Ustariz, donde se les obsequió con café y cigarros, que aceptaron de muy buena voluntad.

Allí repitieron sus frases de admiracion y simpatía por los españoles; elogiaron nuestra generosa clemencia con los habitantes de Tetuan; manifestáronse resignados con la voluntad de Dios que les habia negado la victoria, y partieron al fin, seguidos de una lucida escolta.

Al pasar nuevamente por el campamento del segundo cuerpo, entraron en la tienda del general Prim, á fin de despedirse de él, y este correspondió á su cortesía acompañándoles á caballo, con todo su cuartel general, hasta mucho mas allá de sus avanzadas.

En el camino, Prim regaló un revólver á uno de los parlamentarios que miraba con suma curiosidad aquel arma nueva para ellos. El moro rogó entonces al conde de Reus que aceptase una de sus magníficas pistolas, primorosamente incrustadas de plata.

En seguida se despidieron muy afablemente hasta dentro de *cinco dias*.

Al mismo tiempo se embarcaba para España el general Ustariz, á fin de saber la voluntad de la reina y de su gobierno acerca de las condiciones de paz.

Esto será muy legal, muy constitucional, muy delicado de parte de nuestro victorioso caudillo. Pero yo dudo que allá en Madrid hagan un prudente uso de su poder, desconociendo, como indudablemente desconocen, lo que solo visto de cerca puede comprenderse.

El general O'Donnell, como soldado (que en Africa no es otra cosa) no ha creido deber hacer indicacion alguna sobre el particular.—Su galantería, su adhesion al trono, y aun los temores que acerca de él se han abrigado varias veces sobre si pensaba en el cesarismo y en la dictadura, le han impulsado (á lo menos yo lo interpreto asi) á someter la cuestion íntegra á la reina y al ministerio, bastándole para su tranquilidad respecto de los intereses de la patria, el haber ya dicho, y no una vez sola, antes de emprender la guerra, que no venia al Africa por conquistas; que España no las necesitaba; que él no las juzgaba convenientes...

Yo, á pesar de todo, hubiera preferido que el general O'Donnell no confiase tanto en la cordura y en la buena intencion de los demás, cuando no solo se trata de su propia gloria, que á tantos mortificará secretamente, sino de la gloria y de los intereses del país, de que algunos podrán desentenderse para pensar en sus mezquinas ambiciones personales.

Ello dirá dentro de cinco dias.

Con que volvamos á nuestras observaciones de artista y de viajero.

Hoy es sábado, dia solemne en la Judería, como el de ayer lo fue para los moros.

La fiesta religiosa de estos se verificó á puerta cerrada, y bajo la proteccion de nuestros centinelas, encargados de evitar que la curiosidad de nuestras tropas turbase la ceremonia mahometana....

¡Cuán grave y significativo es este hecho tan sencillo en la apariencia!—¡Cuánto camina y cómo se mejora la humanidad!

La tolerancia religiosa, protegida por soldados de España, no pudo menos de recordarme las campañas de Flandes del duque de Alba, don Juan de Austria, Alejandro Farnesio y demás insignes capitanes que incendiaron templos y degollaron inermes hugonotes en nombre del Dios de paz y de amor que habia dicho por medio de los Santos Padres.—*Persuadid*; *pero no violenteis*.

Abominable será bajo el punto de vista de la poesía y del arte nuestra civilizacion razonadora; mas si se la considera por el lado de la equidad y de la justicia, fuerza es reconocer que la historia del género humano no encierra un período de tanta dignidad, de tanta grandeza, de tan saludable filosofía como nuestra época revolucionaria.—Solo es de lamentar que dé una importancia desmedida á los intereses materiales, y que al dejar de hacer la guerra en nombre de las religiones, se haya olvidado de predicar la paz en nombre de Dios...—Pero esto llegará con la segunda revolucion; con la revolucion económica que nos amenaza. Las hordas populares pedirán un dia los bienes de la tierra como indemnizacion de los bienes del cielo que los modernos filósofos les han arrebatado; y entonces el fuego de la caridad derretirá el becerro de oro.

Nada mas sobre este punto, y perdona la digresion.—Hablábamos del sábado judío, y pensaba decirte que la fiesta religiosa de los hebreos no se celebra á puerta cerrada como la de los moros, sino públicamente, permitiendo entrar á mahometanos y católicos en las sinagogas, que, segun ya te he indicado, se encuentran en el patio de la casa de los sabios ó rabinos.—Allí, los hombres solos... (los judíos no permiten entrar á sus mujeres en el templo, en lo cual les imitan los musulmanes), los hombres solos, digo, de pié unas veces y otras sentados en bancos de tosca madera, leen ó cantan durante muchas horas, mientras que el sacerdote, subido en una especie de cátedra, dirige la ceremonia con la faz vuelta al Oriente. Mas que á nada, se parece aquello á una de nuestras escuelas de lugar, diferenciándose solamente en que los hebreos no dejan de mecerse de atrás para adelante, como si estuviesen azogados, desde el principio hasta el fin del rezo. Segun tengo entendido, esto lo hacen para no distraerse; pero yo digo que lo mas que lograrán es que su cuerpo no se distraiga. Entre nosotros, lo mismo se va la cabeza á pájaros cuando bailamos, ó quizás mas, que cuando permanecemos inmóviles y circunspectos al pié de nuestros altares.

Fuera de esto, el sábado judío se celebra de otros varios modos. Cuando te referí la historia de los cien napoleones de Daniel, te dije que los israelitas no pueden trabajar el sábado, ni encender lumbre, ni comer cosa caliente, ni tocar dinero, ni pasar por puertas de ciudad, ni hacer otra porcion de cosas.

Pero lo que sí pueden hacer las judías es ataviarse con sus mejores galas y reunirse de tertulia en el piso superior de las sinagogas, desde donde oyen el canto del patio sin tomar parte en él.

Con este motivo, he visto hoy á las mas hermosas hebreas de Tetuan; pues, como puedes suponer, yo me he permitido formar parte de algunas de estas tertulias, acompañado siempre de Iriarte, que ha retratado á dos ó tres de las mas interesantes israelitas, con gran contentamiento de ellas, y previa la venia y licencia marital.

La aristocracia del bello sexo del antiguo pueblo elegido, hallábase reunida en casa de un tal Benjamin, sabio centenario, cuyo retrato te envié ayer.

Aquellas ilustres damas lucian magníficas sayas recamadas de oro, plata y pedrería; *petis* de tisú; grandes *aljorzas* ó zarcillos de oro y perlas, que las llegaban hasta los hombros; unas tiaras, tambien de oro y plata, que les daban cierto aire salomónico ó pontifical; encajes finísimos, bordados asimismo de oro y menudas piedras preciosas, que encubrian mal su garganta y su levantado seno; chapines de terciopelo no menos recargados del metal precioso; brazaletes; collares; cinturones; sortijas por docenas; centenares, en fin, de valiosas joyas..; ¡y eso que *todo se lo habian robado los morios*!!!

Peregrina, sorprendente, fascinadora era en verdad la hermosura de algunas de aquellas mujeres tan suntuosamente ataviadas.—*Clara*, *Estrella*, y *Mesoda* ó *Fortunata* eran las mas lindas.—A mí me recordaban aquellas reinas del Antiguo Testamento que Rubens y Poussin han retratado en sus cuadros.

Pero sobre todas ellas resaltaba, como la luna sobre los luceros, *Tamo*, la noble, la dulce, la pálida esposa de Samuel.—Este es un comerciante de joyas, que se hallaba allí, casualmente ó impulsado por sus celos, á costa de su religiosidad. Tiene sesenta años; es riquísimo y viste con algun lujo; pero su incalificable avaricia le ha llevado hasta el estremo de comprometerse á cuidar los caballos á algunos jefes nuestros por una peseta diaria.—Este trato se hizo ayer en mi presencia en medio del Zoco... ¿Quién habia de decirme que aquel inmundo viejo estaba casado con la reina de la Judería?

Tamo no pasa de los diez y siete años; tiene ya dos hijos, *Jacob* y *Josué*, y está criando, segun me dijo la mujer de Benjamin.—Vestia algo mas sencillamente que las otras; pero con mayor gusto y elegancia. Mirada de perfil parece una estatua egipcia hecha por un griego. Su saya de paño verde, su chal blanco bordado de oro, su tiara adornada de esmeraldas, sus aljorzas de corales y topacios, su cabellera de seda, todo conspira á engrandecer é idealizar su voluptuosa figura. Su delicada carne contrasta vivamente con la dureza de los ribetes de su corpiño. Aquella suave garganta; aquellos brazos, *blancos como dos rayos de luna*, que diria el poeta inglés, y aquel rostro de tan plácido color, rodeado de piedras y metales, parecen formados de leche y hojas de rosa, y que todas las perfecciones de aquel cuerpo son un presente de ambrosía encerrado en una copa de oro. Sus negros ojos atraen todo lo que miran y piensan y presienten acerca de cuanto ven. Su boca tiene la forma del beso, siempre que no se rie, y cuando *Tamo* se rie, desfallece su mirada y márcanse dos hoyos en sus mejillas. Pero *Tamo* sonrie pocas veces.

Si fuese española, yo atribuiria su aire soñador y dolorido á penas sufridas en su orgullo, en sus ensueños de adolescente ó en su dignidad de mujer al verse enlazada con un ser tan despreciable. Pero *Tamo* es hebrea... y su mirada melancólica, su aire lánguido y majestuoso y el timbre de su acento, dulce como los trinos mas graves del ruiseñor, no pasan de ser fenómenos físicos, puramente materiales, debidos quizá á la circunstancia de estar criando, á secretos vicios ó á desgracias vulgarísimas ocurridas en sus intereses pecuniarios. Mas á pesar de todas estas reflexiones, no puedo menos de confesar que *Tamo*, considerada como estátua, como *modelo*, como retrato arrancado de una Biblia alemana, es una mujer admirable, bellísima, encantadora.

—¿Cómo te llamas? le pregunté yo maravillado, en tanto que Iriarte hacia el adjunto retrato de su peregrina beldad.

Ruborizóse y miró á su marido.

—¿Para qué quieres saberlo? me preguntó este con una tristeza que suplia por la cólera que le vedaban las circunstancias y su temperamento.

—Para recordarlo, le respondí con afectada crueldad.

—Díselo, murmuró el hebreo mirando á su mujer con ojos de serpiente.

—*Tamo*, esclamó la hermosa judía bajando los ojos.

Y sus largas pestañas negras sombrearon sus encendidas mejillas.

Yo me ruboricé á mi vez, sin esplicarme lo que oia.

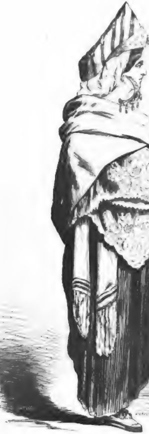
T'amo, en italiano, significa *te amo*, como todo el mundo sabe.—La bella israelita tenia por nombre la mas tierna frase del mas dulce idioma.

—¿Te llamas *Tamo?* repliqué yo maquinalmente ó por repetir el equívoco.

—Sí; *Tamo*.

—¡Tanto mejor! murmuré al cabo con una triste ironía.

Y aquella otra apariencia engañadora, que como la de su hermosura, nada encerraba que fuese hijo del sentimiento, acabó por disgustarme de la hechicera jóven, cuyo esposo é hijos se aparecieron á mi imaginacion en ridículo grupo, y á la fin suspiré por mis vírgenes cristianas, que como no esperan ser madres del *Mesías*, hacen de la pureza la aureola de su juventud y el alma de sus encantos.



Tamo.

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DEL
[illegible]

A este propósito, bueno será que leas mi cuento titulado: *La belleza ideal*.

LIV.

Primera misa en Tetuan.—Nuestra Señora de las Victorias.—La nueva primavera.—Un domingo por la tarde.—Mi nueva casa.

Dia 12 de febrero.

Quiero que el sublime cuadro que hoy ha ofrecido la plaza de Tetuan se refleje y perpetúe en esta humilde crónica con todos sus accidentes y pormenores: quiero que se fije y conserve sobre las hojas de mi libro la luz que presidió á aquel augusto y misterioso instante: quiero

Google

que las pasajeras emociones que agitaron esta mañana al ejército cristiano cuando se celebraba por primera vez el sacrificio de la misa, pública y victoriosamente, dentro de los muros de la ciudad agarena, se graben en la historia de mi patria; duren y permanezcan mas que nuestros corazones; conmuevan en lo futuro á los hijos de nuestros hijos, y eternicen la alegría del mas señalado triunfo que hemos alcanzado en Africa;—cual ha sido proclamar en alta voz los nombres de Jesus y de María sobre las piedras regadas tantas veces con sangre de nuestros mártires, y en presencia de los bárbaros verdugos.

Era domingo. Despues de haber presenciado mas ó menos de cerca la ceremonia religiosa de los moros, celebrada anteayer viernes, y la de los hebreos, que, como te he dicho, tuvo lugar ayer sábado, habia llegado nuestro dia festivo, el primero de descanso y oracion que pasábamos en Tetuan.

Desde por la mañana echóse de ver en los campamentos de uno y otro lado de la ciudad y en las casas de la misma donde habia alojados, que se preparaba alguna gran funcion de aquellas que constituyen la vida de la milicia en tiempos de paz y que tanto escasean en campaña.—Todos los soldados arreglaban de la mejor manera posible su uniforme roto y descolorido por los rigores de la guerra; sacaban lustre á sus zapatos; lavábanse cuidadosamente; limpiaban sus armas, no ya por dentro para que funcionasen bien, sino por fuera, á fin de que brillasen al sol; peinaban sus crecidos cabellos, y hasta algunos se afeitaban la luenga barba que habian pensado llevar á su país como un testimonio de las ásperas costumbres del campamento.

A eso de las diez, ya formaban en la plaza de España diez ó doce batallones, alguna caballería y mucha parte de la oficialidad del resto del ejército.

Entre tanto acababa de disponerse un altar á la puerta de una pequeña mezquita, habilitada para templo católico y que debia bendecirse é inaugurarse hoy.

Aquel altar se veia adornado con algunas macetas de flores; dos velas moriscas,—(puntiagudas y pintadas de colores)—un crucificado de cobre y una estampa que representaba á la Vírgen María.

Nada mas poseíamos con que glorificar á nuestro Dios; pero aquellos tiernos y sencillos homenajes debian de serle tan gratos como las magnificencias del templo de Jerusalem.

Habíase colocado este altar á la puerta de la nueva iglesia, á fin de que el sacrificio pudiese ser visto desde toda la plaza.

El interior del templo, poco mas ofrecia de notable. Una alfombra turca; otras cuantas macetas; una fuente con agua, que habia de ser bendita, y algunos chales y pañuelos morunos, formando pueriles adornos en torno al Sagrario, habian sido afanosamente buscados por todo Tetuan y encontrados al fin en la Judería.

Cuando yo era niño, divertíame,—especialmente las primaveras,—en hacer altares en las torres de mi casa y simular procesiones, *Te-Deums*, letanías y otras funciones religiosas.—Esta práctica, y mis estudios teológicos, de que siempre estaré ufano, me han servido hoy para ayudarle al padre Sabatel á construir el altar...—¡yo... de quien algunos fariseos han dicho y escrito que era enemigo de nuestra religion!—¡Ellos, los que simoniacamente la supeditan á sus ambiciones terrenales, sí que son sus enemigos!—¡Dios los perdone como yo los compadezco!

El padre Sabatel,—justo es que de él nos ocupemos al llegar á este punto,—es un modelo de sacerdotes cristianos. Fue fraile Francisco de la órden de Descalzos y hoy pertenece á esas beneméritas misiones de Filipinas que tantos servicios prestan al cristianismo y á la civilizacion. Nació en Cataluña; aun no tendrá cuarenta años; es alto, fuerte y hermoso como un San Pablo. Su acrisolada virtud, su modestia, su tolerancia, la pureza y sencillez de sus ascéticas costumbres, y su ardiente caridad con los pobres y los afligidos, le constituyen á mis ojos uno de los hombres mas buenos que he encontrado en el mundo. Ha recorrido todo el litoral de Africa y mucha parte del interior del imperio de Marruecos predicando la doctrina de Jesus; ha estado tambien en América, en Asia y en la Occeanía. Ha sufrido todas las penalidades que los hombres y los elementos, los climas rigorosos y las necesidades humanas pueden acumular sobre una criatura. ¡Y sin embargo, es tan feliz! Su rostro ostenta continuamente la mas pura y hasta infantil alegría; es afable, decidor, cariñoso, y no comprende las felicidades que se dice van unidas al poder y al dinero. Todos sus bienes materiales consisten en un hábito de lana, un Cristo de cobre y un breviario. Con ellos acudió á Ceuta no bien supo que sus compatriotas estaban en guerra contra infieles; y allí, en los hospitales de apestados, á la cabecera de los moribundos, ha pasado los dos meses y medio de la campaña, dando tales muestras de fé en Dios y de amor al hombre, que son muchos, innumerables los hermanos nuestros que le han debido una muerte suave, dulce, tranquila, regocijada por la espectacion de las alegrías eternas.—Tal es el hombre que estaba destinado á consagrar la nueva iglesia.

Dicha consagracion se ha hecho bajo la advocacion de *Nuestra Señora de las Victorias*, nombre que llevó el primer templo cristiano edificado en Oran por el cardenal Cisneros; y por lo demás, debo advertirte que no ha sido hoy la primera vez que se ha celebrado el sacrificio de la Misa en Tetuan; pues, segun el padre Sabatel, su infatigable *Mision* tuvo en otro tiempo una iglesia secreta en la Judería.—De cualquier modo, el acto religioso de hoy conserva la importancia de haberse verificado pública y oficialmente y por derecho de conquista.

Con que pasemos á su descripcion.

A eso de las once, cuando todo estaba dispuesto en el altar, y la plaza se hallaba llena enteramente de tropas nuestras, de moros y de judíos, un agudo *punto* de corneta dió la señal de atencion, avisando la llegada del general en jefe.

Presentaron las armas los batallones; reinó un instante de silencio; apareció el duque de Tetuan por el arco de la Meca, y todas las músicas entonaron la marcha real.

Por la primera vez en toda la guerra, el vencedor vestia de gran uniforme.

Acompañábanle casi todos los generales del ejército, cada uno con su lucido Estado Mayor.

Todos los paisanos, compatriotas nuestros,—mercaderes, cantineros, curiosos, gente marinera, pintores, corresponsales de periódicos, etc.,—formaban un gran grupo no lejos del altar.

O'Donnell, con su comitiva, se colocó en un alto que la desigualdad del piso hace por el lado en que está la iglesia.

Todas las azoteas que circuyen la plaza estaban coronadas de judías, cuyas clásicas figuras, vestidas de azul, blanco y rojo, se destacaban en el aire.

Allá lejos, veíase la gigantesca mole de la próxima sierra de Samsa, cuya levantada y única cima parecia formar parte de la ciudad.

Y en último término, dilatábase un apacible y despejado cielo en que irradiaba el sol sus mas alegres y cariñosas llamas...

Era un cuadro espléndido y grandioso que mas parecia imaginado por el arte que obra de la casualidad.

Despues de bendecir el nuevo templo, el padre Sabatel se revistió de los ornamentos sagrados y principió la misa.

Yo no intentaré analizar lo que pensábamos y sentíamos. Lo dejo á tu adivinacion. Confio en que lo comprenderá tu alma por sí sola.

Una dulce y patética melodía vagaba por el aire... ¡Nunca me pareció tan espresiva la voz de los marciales instrumentos!

La tropa estaba firme sobre las armas: todos los que ceñian espada, hallábanse asimismo de pié, con el acero desnudo: los paisanos se habian puesto de rodillas, y los judíos tambien... por adularnos.

Los pocos moros que aun permanecian en la plaza seguian apoyados en los quicios de las puertas, observando la ceremonia con mas curiosidad de la que suelen acordar á nuestros actos.

Despues del Evangelio, el padre Sabatel dirigió á los concurrentes una sencilla é inspirada plática, que si bien no hubiese entusiasmado á un público compuesto de retóricos, arrancó muchas lágrimas del corazon de nuestros soldados, á quienes les habló de todo lo que podia alegrar y mejorar su espíritu;—concluyendo por victorear á Dios, á la Vírgen, á la patria, á la reina y al general en jefe.

Llegó la consagracion. Todo el ejército rindió las armas, dobló la rodilla y abatió la frente... Cinco ó seis bandas de música batieron la marcha real. Los golpes de pecho producian un largo y sordo rumor que parecia el sollozo del ánimo contrito.

En aquel instante, dos ó tres moros, únicos que quedaban en la plaza, pues los demás se habian ido marchando poco á poco, sintieron no sé qué estraña emocion; no sé qué respeto á aquel Dios á cuyas plantas veian humilladas tan poderosas legiones; no sé qué miedo; no sé qué ira...

Ello es que, súbitamente, en medio de la inmovilidad y el recogimiento de aquel solemne trance, echaron á correr, atravesando toda la plaza, y desaparecieron, por el ancho arco de la calle de la Meca, como si les persiguiera un fantasma aterrador.

—¡*Fugite*, *dæmones*!... murmuraron algunas voces en torno mio.

Y en efecto, parecian demonios huyendo delante de la cruz.

. . . .

Despues de la misa, desfilaron las tropas como en una parada, por delante del duque de Tetuan.

¡Qué aire marcial, qué órden y viveza en los movimientos; qué resolucion, qué energía desplegaron aquellos aguerridos batallones! ¡Y con qué amor, con qué entusiasmo, con qué gratitud les veíamos pasar unos en pos de otros, tan fieros y tranquilos como en los recientes dias de gloria y de matanza!—Los judíos, pálidos y trémulos, se estrechaban unos contra otros, como diciéndose: «Estos son los que no les temen á los *morios*!»

Terminado el desfile, el general O'Donnell ha dado libertad á los prisioneros moros que teníamos aquí en nuestro poder.—Nada mejor que este acto de clemencia podia revelar á los mahometanos el espíritu de la religion de que hemos hecho tan solemne alarde...

Por lo demás, todo el dia de hoy ha sido de holganza, de inocentes distracciones y de cierta melancólica alegría.

Los soldados están con la Iglesia como con una novia. A todas horas se les encuentra al pié del altar; ya arrodillados y en cruz, cumpliendo promesas que habrian hecho tal ó cual dia de accion; ya rezando por sus camaradas muertos; ya dirigiendo á la Vírgen verdaderas letanías de requiebros y flores, á medida de la imaginacion de cada cual.

—¡Ya se ven los santos de España! decia un artillero á otro al salir de la antigua mezquita: ¡ya se ve la gracia de Dios!

—¡Morena, Dios te lo pague por habernos sacado con bien! esclamaba otro dirigiéndose á la Vírgen de las Victorias.

—Vamos á buscar flores para obsequiar á esta prenda, añadia un tercero, enviando un beso con la mano á la Madre de Jesus.

Pero ¿cómo acordarme de todo lo que he oido á este propósito?

¡Oh nobles soldados, piadosos cuanto fuertes; tan humildes y misericordiosos en la paz como arrogantes y terribles en la guerra!—¡Qué orgullosa debe estar de vosotros la patria que representais tan dignamente!

. . . .

Tu imágen hechicera
Vagaba allí conmigo,
Eterna compañera
De tanta soledad.

. . . .

Yo he festejado este domingo pasando toda la tarde en el magnífico jardin llamado del *Gobernador*.

Allí, aspirando los efluvios de la nueva primavera que ya sonrie en Africa hace algunos dias; sentado á la sombra de corpulentos naranjos y limoneros; oyendo cantos de pájaros que me recuerdan los cármenes granadinos y las arboledas de Aranjuez; viendo correr á mis plantas purísimos arroyuelos que van á reunirse en un gran estanque de alabastro; viendo en torno mio yedras y jazmines que visten con su verde pompa los muros de este recinto solitario; allí, digo, he descansado por la primera vez despues de dos meses de perpétua agitacion; he dejado de ver al ejército; de pensar en moros ni judíos; de acordarme de que estoy en Africa; me he encontrado solo, libre, lleno de vida, de juventud y de esperanza; me he trasportado á otros *domingos*, ya de mi pasado, ya de mi porvenir; he visto toda mi existencia á la luz de un amor inestinguible, de una fé inagotable, que vaga de cosa en cosa, que sobrevive á los objetos en que se cifra y que triunfó ya muchas veces de la muerte de séres adorados; he sondeado, en fin, con la imaginacion los dias futuros y creido divisar deliciosos fantasmas que me sonreian con ternura y me llamaban á la bienaventuranza de la tierra, al hogar del amor, á la escondida y consagrada fuente de una nueva familia...

¡Oh! yo no pudiera esplicar todas las emociones que me agitaban; toda la felicidad que he esperimentado en aquella hora de sonambulismo...

Los secretos latidos de la naturaleza que despertaba tambien al amor y á la reproduccion; los blandos conciertos de las aguas, de las aves y de las hojas; el perfume de las flores; las desmayadas luces del sol poniente dando el último adios á las caladas torres de la próxima mezquita... todo me hablaba el lenguaje dulcísimo de aquella pacífica tristeza que precede siempre á la resurreccion de perdidas esperanzas, al regreso de afecciones por mucho tiempo desatendidas, á cada nuevo florecer del corazon, á cada nuevo nombre de mujer que se graba en nuestra alma!...

Por Jesus bendito, no vayas á imaginarte, mi querido Pepe, que toda esta música celestial quiere decir que me he enamorado de ***Tamo*** ó de cualquiera otra hebrea ó musulmana!—¡Nada menos que eso, ni eso pudiera ser!—¡Ay! ¡dulce es decirlo! *No hay mas mujer que la cristiana*; que la redimida; que la regenerada por el Evangelio.

La musa del amor, la inspiracion del alma, la lira del poeta no podrá encontrarse nunca ni en la fria beldad del paganismo griego ni en la voluptuosa esclava del Oriente...

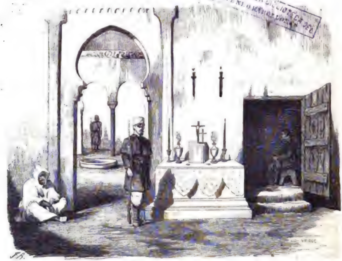
Pero te hago gracia de esta disertacion.

El hecho es que en el jardin del ***Gobernador*** habia ya una gran cosecha de violetas y jazmines; que me he pasado allí las horas muertas haciendo ramilletes, y que no tengo á quién regalárselos.

Hé aquí esplicada toda mi sublime melancolía.

¿Qué hacer con estas flores?—Darlas á una hebrea ó una mora, seria desperdiciarlas.—Una hebrea preferiria un puñado de plata; una mora quedaria mas contenta con un abrazo.

PERTENECE A LA [illegible]



Mezquita convertida en templo católico, y altar en que se celebró la primera misa en Tetuan.

Las guardaré, pues, aunque se marchiten, y las llevaré conmigo á Europa.

Los moros aman estraordinariamente las flores. Las aman tanto, que, así como nosotros los españoles nos pedimos en la calle la lumbre del cigarro, ó los italianos un polvo de rapé, sin necesidad de conocerse, así ellos se acercan á cualquiera que lleva flores; se apoderan de su mano, las huelen, y se alejan sin decir una palabra.—Esto me ha pasado esta tarde con tres ó cuatro adustos musulmanes.—Por lo demás, al ver la admiracion que escitaban, yo le ofrecí parte de las flores al primer moro que se me acercó para olerlas; pero él se desentendió de mi ofrecimiento, mientras que Jacob me advertia que no volviera á hacer tal cosa; pues la cortesía consiste en conservar las flores en la mano y permitir á todo el mundo que disfrute de su aroma, sin aparentar uno mismo reparar en ello.

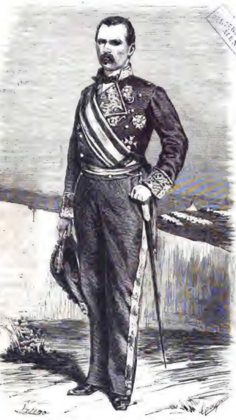
Desde el jardin del Gobernador, me fuí al ***Fonduch***, que, como te he dicho, es el punto de confluencia de tres calles, así como el pueblo llamado del mismo modo es la encrucijada de tres caminos.

Casi todas las tardes suelo ir á sentarme allí, en una tienda de argelinos, con quienes me entiendo en francés.

En aquella plaza hay dos cafés morunos, esto es; dos portales rodeados de un poyo de ladrillo, cubierto de estera de palma, donde siempre se ven tendidos á la larga ó encaramados con las piernas recogidas, seis ú ocho moros silenciosos y sombríos, que ya fuman, ya toman polvo, ya alargan la tacita del café para que se la llenen de nuevo.

Los musulmanes toman el café mas bien asado que cocido. Digo esto porque le hacen hervir en un cazo de hierro metido entre brasas, é incandescente él mismo, hasta que se forma una especie de barro tostado, sumamente oloroso y de un sabor esquisito para los inteligentes en la materia.—Yo, como muy aficionado al buen café, hago un verdadero abuso de estas pócimas, que lejos de quitarme el sueño, como suele el café hervido á la europea, me produce una somnolencia deleitosa parecida á la del opio.

Lo que no me permito es permanecer mucho tiempo en semejantes establecimientos, desaseados en grado superlativo; sino que me hago llevar el café á la tienda argelina, donde se calla tambien mas que se habla, y me abandono á mis contemplaciones filosófico-poéticas y melancólicos desvaríos.



El general don José Orozco de Zúñiga.

Desde allí veo apagarse las luces de la tarde en los claros de cielo que se perciben al través del alto emparrado que cubre la plaza; examino atentamente todo lo que me rodea, procurando que se graben en mi memoria hasta sus últimos perfiles; pienso en los dias, que no sé cuando llegarán ni si han de llegar siquiera, en que, habiendo regresado á España y tornado á mis antiguas costumbres, recordaré estas horas de meditacion pasadas á la vista de tan estraños espectáculos; me esfuerzo por adivinar lo que piensa y siente cada uno de los musulmanes que me miran tambien en silencio, y lo que harán y dirán cuando nos hayamos ido todos y queden ellos otra vez en plena posesion de su ciudad amada; oigo el monótono murmullo de un caño de agua que brota de una pared sobre una pila de tosca peña, y entre su continuado rumor, escucho confundido el lejano lamento del *derwich* del arco, aquel eco fatal, incesante, misterioso, que, como todo lo que me rodea, habla de la inmutabilidad de los destinos humanos, de la repeticion de las cosas y de los seres, de la lentitud de esta vida, de la falta de esperanza en todo lo que se refiere á nuestro mundo y de esperanzas inefables en otro mundo superior; en otra vida eterna.

Ya de noche, tomo el camino de mi casa, tanteando las paredes de las embovedadas calles, á fin de guiarme por entre las tinieblas, y no es mucho que, en lugar de la pared, palpe á veces el burdo jaique de un moro, que se halla de pié en el hueco de una puerta, y que al sentirse tocado pronuncia alguna ininteligible palabra, mientras que yo, mas muerto que vivo, me paso á la otra acera, deplorando mi temeridad de quedarme solo de noche en tan apartados barrios.

Cerca ya de mi nueva casa,—una casa mora deshabitada hace nueve años,—he tenido esta noche un curioso encuentro.

Eránse dos moros con la capucha calada, de los cuales el que iba delante alumbraba con un farol al de detrás, que chocaba desde luego por su elevada estatura y larguísimo jaique negro.

Hiceme á un lado para dejar el paso libre á aquel personaje, sin acertar á darme cuenta de quién podria ser, pero ¡cuál seria mi asombro cuando ví que al cruzar á mi lado me tendia una mano medio oculta en la ancha manga de su jaique y la dejaba caer sobre mi hombro, esclamando alegremente:—Hola amigo! ¿Qué hace usted aquí?

Era el padre Sabatel.

Su hábito de franciscano me habia hecho confundirle con un moro.

El que le acompañaba alumbrándole, era efectivamente un mahometano.

¡Estraño grupo!

El virtuoso sacerdote venia de ayudar á bien morir á un pobre soldado.

El moro era el dueño de la casa donde aquel acababa de espirar, víctima del cólera.

Despues de un minuto de conversacion, el padre Sabatel siguió su camino.

Yo permanecí inmóvil, contemplando de nuevo aquellos dos seres tan iguales en la forma, tan desemejantes en el fondo; y solo cuando desaparecieron los dos encapuchados y se estinguió la luz del farol en las sinuosidades de la calle, continué mi marcha dificultosa, hasta que por último logré dar con mi casa.

¿Y despues?—Despues, una larga noche de soledad en un desmantelado aposento que fue serrallo de un rico moro; una silenciosa vigilia escribiendo en este *Diario*; recuerdos de Madrid, de sus teatros y salones abiertos en este instante; recuerdos de la familia y de los amigos, de amables sociedades, de remotísimos placeres...—Y fuera y dentro de mi estancia, el sosiego, el fastidio, el ocio, el aislamiento del estranjero.

Ahí tienes nuestro primer domingo en Tetuan.—Adios; hasta el jueves próximo, en que volverán los parlamentarios marroquíes y el general Ustariz, y sabremos á qué atenernos sobre la continuacion de la guerra.—Entre tanto, me tienes á tus órdenes en la casa de *Achas*, gobernador que fue de Tetuan hasta el año de 1850 de la era de Jesucristo, en que el difunto emperador Abderraman dispuso de la persona y de los bienes de aquel ilustre personaje, prisionero hoy en Fez, y cuya sombra suele aparecérseme en sueños á la hora en que las golondrinas empiezan á revolotear sobre mi cama.

LV.

Banquete moro.—Vuelven los parlamentarios.—*Soirée* musulmana.

Dia 16 de febrero.

El dia de hoy dejará en mi imaginacion un indeleble recuerdo.

¿Cómo no, si desde su primera hasta su última hora ha sido para mí un verdadero dia mahometano; si lo he pasado entre moros, haciendo su vida, comiendo en su mesa y hablando amigablemente con ellos?

A la verdad que soy afortunado en mis deseos de conocer á fondo las costumbres musulmanas, y que no tendría precio para erudito.—Pero yo entiendo la erudicion á mi manera.—Yo no pregunto nunca á las cosas su secreto; sino que me planto en medio de ellas y trato de comprender su particular lenguaje.—En lugar de remover escombros y manuscritos buscando nombres y fechas, procuro penetrar lo mas hondo posible en el corazon de todo lo que veo; y una vez allí, dejo á mi sensibilidad el cuidado de adivinar el eterno monólogo que están murmurando siempre al oido de los que saben escuchar con el alma, piedras, árboles y hombres, astros é insectos, monumentos y ruinas, preocupaciones y costumbres, tierra, mares y cielos.

Es, pues, el caso que esta mañana fuí invitado á una *comida árabe* (así se me anunció) con que *Abd-el-Kader*, moro de Argel, obsequiaba al conde d'Eu, de quien ya te he hablado algunas veces.

La razon de este obsequio era fácil de comprender.

Abd-el-Kader es sobrino del famoso general del mismo nombre que tanto figura en el reinado de Luis Felipe I, rey de los franceses, abuelo del conde d'Eu.

Los convidados, ademas del príncipe, éramos seis; un moro, amigo de Abd-el-Kader; don José María Pacheco, hermano del famoso orador y ministro; don Carlos Coig y O'Donnell, sobrino del general en jefe; el señor Velarde, ayudante del señor duque de Montpensier; M. Chevarrier, el periodista francés de quien te hablé tanto cuando me hallaba enfermo en Ceuta, y tu humildísimo servidor.—Total de comensales, ocho.

La cita era despues de la oracion del mediodia. Reunímonos á esa hora en la plaza de España, y precedidos del anfitrion, que llevaba en la mano,—cosa muy comun en los moros,—la llave de su casa, nos dirigimos allá, poseidos todos de la ardiente curiosidad que puedes imaginarte.

Despues de muchas vueltas y revueltas por angostísimas calles, paróse, al fin, nuestro huésped delante de una puertecilla; abrióla, y penetró delante de todos, haciéndonos seña de que le siguiéramos.

Atravesamos un estrecho pasadizo oscuro; franqueósenos otra puerta, y el sol volvió á brillar á nuestros ojos.

Estábamos en un gran patio, fresco, limpio, sosegado, lujoso y elegantemente construido.

Solo el rumor del agua interrumpia el silencio de aquel lugar.

Parecia que nos hallábamos ya á muchas leguas del mundanal estruendo.

Abd-el-Kader sonrió de placer al verse dentro de su casa.

Todos sabíamos que tenia en ella sus mujeres y esclavas, y aun creimos escuchar ruido de leves pasos y misteriosos cuchicheos detrás de algunas puertas; pero ninguno se dió por entendido de ello.

La casa estaba sola en apariencia.

La voluntad del moro quedaba conocida.

Subimos una escalera sumamente pina, como todas las de Tetuan; atravesamos un corredor, cubierto de primorosos artesonados, y llegamos por último á un precioso camarin, donde estaba preparado el banquete.

Antes de penetrar en él, nos despojamos de las armas y las espuelas, pidiendo al huésped que nos perdonara si no nos descalzábamos tambien, como él habia hecho.

El sobrino del último héroe númida nos escusó con una fina sonrisa.

El camarin estaba lujosamente alfombrado: en medio de él se hallaba la mesa, que por lo baja y redonda recordaba las tarimas de nuestros braseros; y en torno de ella, habia una gran cantidad de almohadones y otomanas de riquísimos damascos y otras telas en que no era mucho encontrar entretejidos hilos de plata y oro.

El techo era estalactítico, y las dos puertas de la habitacion consistian en dos graciosos arcos de herradura primorosamente calados.

La mesa estaba ya servida. Cubríala primeramente un mantel de lana. Sobre él se veian tres fuentes de cristal de Trieste, una de ellas colmada de higos chumbos, y las otras dos llenas de *alcuzcuz* de dos diferentes clases.

Una especie de compotera de cristal con arabescos de oro contenia el agua...—Y hé aquí todo lo que el sobrino de un príncipe daba de comer al nieto de un rey.

En cambio, las cucharas que nos presentó eran del mas estraordinario mérito. Componíanse de muchas piezas. El mango tenia un trozo de coral, otro de plata, otro de cornalina, otro de ámbar y otro de marfil, mientras que la parte cóncava era de carey.

—¡Magníficas cucharas! esclamaron todos.

—Son de Constantinopla, respondió nuestro huésped.

Y se puso á servirnos.

Abd-el-Kader tendrá veinte y dos años; es de pequeña estatura, rubio y sumamente elegante. Cada dia se le ve con un traje distinto. Sus fajas y sus turbantes volverian loca á una sultana. Tiene piés y manos de mujer; la mirada soñadora; la boca triste y la nariz de orgulloso. Vive dedicado al comercio; pero no interviene directamente en él, sino que se conforma con el empleo que sus amigos dan á sus intereses.

El que hoy le acompañaba, jóven de diez y ocho años, imberbe, pálido, ligeramente grueso, blanco y rubio como un aleman, no tiene de moro sino el traje, la seriedad y pocas palabras. No recuerdo su nombre; pero sí que habla el francés y el italiano admirablemente, asi como Abd-el-Kader.

Ambos jóvenes han viajado por toda Europa y por Oriente; conocen á fondo las grandes cuestiones políticas que hoy conmueven el mundo; confiesan que el islamismo es un cadáver, pero lo dicen con el tono de quien piensa ser enterrado con él.

La admiracion de Abd-el-Kader por su ilustre y desventurado tio raya en adoracion fanática.—Cuando oyó al conde d'Eu elogiar el valor y la magnanimidad de aquel héroe á quien la Francia debió primero tanta sangre y despues tanta gratitud, los ojos del jóven se nublaron de lágrimas...

—¡Abd-el-Kader no ha muerto todavía! murmuró por último.

—¿Dónde está ahora? le preguntamos nosotros.

—En Damasco, donde es querido y respetado como un ser superior al hombre. Ahora duerme. Yo espero que despertará algun dia y que su gran figura sea el último resplandor del islamismo.

En cuanto al *alcuzcuz*, debo decirte que es un alimento tan agradable como nutritivo.

Lo habia de dos clases. El que los moros nos aconsejaron que tomáramos primero, era mas sustancioso y mas pesado que el otro, componiéndose de harina, azúcar, manteca y otros ingredientes que lo hacian tan grato al paladar como al olfato. El segundo, mucho mas ligero, equivalia á un postre. Encontrámosle sumamente dulce y aromático. Olia á celindas.

Despues del *alcuzcuz*, (que nos dejó tan satisfechos como pudiera el mas opíparo banquete; pues nos gustó á todos sobremanera y le hicimos los honores hasta el esceso,) probamos los higos chumbos, tambien muy esquisitos, y sacamos cigarros, como era de rigor entre españoles y moros.

Entonces se abrió una puerta, y apareció un negro, medio vestido de blanco, con una mecha encendida en la mano derecha y la pipa de su señor en la izquierda.

—¿Quereis pipas? nos preguntó Abd-el-Kader.

—No: preferimos los cigarros, le respondimos.

—Ya lo sabia; y por eso no las he hecho preparar, replicó el amigo del huésped.

Con gran estrañeza mia, no nos dieron café.

—El café no tiene nada que ver con la comida; es un placer de otra naturaleza, me esplicó en español Mr. Chevarrier.

—El café, es como si dijéramos, el alimento del alma... añadí yo entonces por via de comentario.

—Justamente; como para nosotros la lectura, replicó el ingenioso francés.

—Yo diria mejor la música...

—La música celestial... insistió M. Chevarrier con esquisita gracia.

—Despues de esta discusion, fuerza será tomar café en alguna parte, interrumpió el conde d'Eu.

—En el café de mi amigo Ben-el-Sus... esclamó no sé quién.

—Es cosa convenida, respondimos todos.

En esto, nos habíamos ya levantado para marcharnos al cuartel general del duque de Tetuan; pues nos apremiaba el recuerdo de que hoy era el dia en que los parlamentarios de Muley-el-Abbas habian prometido venir en busca de nuestras condiciones de paz.

Despedímonos, por consiguiente, de los argelinos; tomamos café apresuradamente en el Fondac, en casa de Ben-el-Sus; montamos á caballo, y nos dirigimos al campamento de Levante.

. . . .

Los enviados marroquíes llegaron efectivamente á eso de las tres de la tarde.

Las avanzadas del segundo cuerpo les condujeron á la tienda del general Prim, que se halla sobre el camino de Tánger.

Eran los mismos que vinieron el dia 11: acompañábales un criado mas, montado en un caballo negro, que traia unos pequeños capachos tejidos con palma.

De estos capachos sacaron un cajon de dátiles que regalaron al conde de Reus, y siguieron su camino hácia el cuartel general de O'Donnell, acompañados del teniente coronel Gaminde y de una escolta de lanceros.

Recibida la noticia de su aproximacion, hubo en el campamento del general en jefe un movimiento de vivísima curiosidad y de patriótico interés: formó la guardia á la puerta de la tienda de nuestro caudillo, quien penetró en ella seguido del general jefe de Estado Mayor y del intérprete Rinaldy, y una muchedumbre inmensa de oficiales y soldados abrió paso á los embajadores del príncipe vencido.

Estos avanzaron con aquella gravedad que no abandonan nunca los moros, y que unida á sus severas ropas talares, hace que jamás estén en ridículo, ni aun cuando atraviesan las mas desfavorables circunstancias.

Una vez dentro de la tienda del duque de Tetuan, reinó un profundo silencio en la multitud.—A nadie se le ocultaba la solemnidad de aquel momento.

El general O'Donnell habia recibido el dia antes las *condiciones* mediante las cuales el gobierno de Madrid accederia á firmar la paz con Marruecos...

Entre estas condiciones,—lo sé de buena tinta,—hay una en que se pide la incorporacion perpétua del bajalato y de la ciudad de Tetuan á la nacion española...

—¡Qué imprudencia!—Ha sido la primera esclamacion de todo el ejército al saber esta noticia.

Y despues se ha encogido de hombros con arreglo á la ordenanza.

Pero yo no soy tan militar, ó por mejor decir, no estoy tan acostumbrado á serlo, que pueda guardar silencio al ver que mi patria, arrebatada por una fantasía poética, se lanza de ese modo en un abismo.

Pedir á Tetuan es pedir la continuacion indefinida de la guerra, la perpetuidad de las hostilidades con Marruecos, ya nos ceda su emperador esta plaza, ya nos la niegue.

Si nos la niega, que nos la negará de seguro (y ya lo anuncian todos los moros y judíos con quien hablamos del negocio), la guerra será como hasta aquí de potencia á potencia, directa y oficial, franca y terminante, es decir, será una guerra que nos cuesté 100.000,000 y tres ó cuatro mil soldados por mes.—En ella alcanzaremos mucha gloria; pero nos arruinaremos miserablente y no lograremos otro resultado que dar un paseo por el interior de Africa, cosa muy útil y provechosa, sobre todo en el verano, para volvernos despues á España cargados de laureles y de deudas.

Si el emperador de Marruecos nos concede á Tetuan, la guerra continuará del mismo modo; pero mucho mas desastrosa, porque será menos franca. Es decir, que estaremos oficialmente en paz, y entre tanto todas las kabilas del imperio rodearán á Tetuan, mal que le pese á S. M. Scherifiana (si es que antes no le arrojan del trono), y nos hostilizarán de dia y de noche, nos bloquearán completamente y con mas facilidad que á Ceuta y á Melilla, nos obligarán á tener veinte mil hombres establecidos en reductos por las sierras de estos contornos; gastaremos los mismos 100,000,000 de reales y los mismos cuatro mil hombres por mes; y esta situacion tan lisongera no tendrá fin hasta que consigamos esterminar ó convertir al cristianismo á los diez millones de habitantes que, segun dicen, comprende este vasto imperio!

Pues supongamos que nada de esto sucede; supongamos que desde el emperador marroquí hasta el último de sus vasallos se conforman hoy, mañana y siempre con que el bajalato de Tetuan sea nuestro... ¿Qué habremos conseguido?—Tener una colonia mas en Africa. ¿Y de qué nos servirá esta colonia? ¿Será comercial?—Con Marruecos no se comercia por la via de las armas; y si no, dime qué comercio hemos sostenido hasta ahora desde Melilla y Ceuta con el interior del imperio. ¿Será la colonia agrícola? ¡Más que nuevos terrenos que cultivar, necesita España brazos que cultiven los desiertos que dejaron en su territorio los que se marcharon á cultivar la América en el siglo XVI!

Pero no son de este lugar semejantes reflexiones, ni se avienen con mi carácter ni con mi temperamento. Inspíramelas el patriotismo; dedúzcolas de la realidad de las cosas que tan de cerca veo y toco; comprendo que desde España se juzgue esta cuestion por impresiones entusiastas, por recuerdos históricos, por aspiraciones aventureras, y conozco que mis discursos no conducirian á maldita la cosa, tanto mas que, cuando se publiquen, el bien ó el mal estará ya hecho: por consiguiente dejo esta disertacion y vuelvo á reducirme á considerar por el lado artístico los graves acontecimientos que se verifican á mi alrededor.

Decia, pues, que reinaba un profundo silencio en nuestro campo mientras que el general O'Donnell leia á los enviados de Muley-el-Abbas las condiciones de paz.

Segun despues he sabido, los marroquíes oyeron sin pestañear una y otra cláusula.—España les pedia una fuerte indemnizacion de guerra; un ensanche de territorio hácia el Serrallo, un tratado de comercio, tolerancia para el culto cristiano y proteccion á nuestros misioneros; permiso á nuestro embajador para residir en Fez, la ratificacion del ensanche del campo de Melilla, y finalmente, la plaza de Tetuan, su territorio y todo el terreno recorrido por nuestro ejército.

Todo lo oyeron sin dar muestras de alegría, de pesar ni de sorpresa; pero al llegar á la cesion de la ciudad, miráronse con honda pena, como diciendo: «¡Lástima que no pueda hacerse una paz tan necesaria!»

Terminada la lectura, hízoseles entrega del pliego: guardáronlo ellos cuidadosamente y pidieron los caballos á uno de los rifeños, que habia quedado á la puerta de la tienda.

En seguida mandaron descargar otros cajones de dátiles, suplicando al general O'Donnell que los aceptase, no sin advertirle que eran de las huertas del emperador y que se los remitia Muley-el-Abbas como un testimonio de respeto y de cariño.

Por nuestra parte les obsequiamos con café, dulces y cigarros, y habiendo sabido que los príncipes carecian de muchas cosas en su campamento del Fondac, preguntóse á los parlamentarios si les seria grato recibir azúcar y café, de que son tan amantes los moros, á lo que contestaron afirmativamente, añadiendo que otra vez que viniesen traerian preparada una mula para cargarla de aquellas cosas.

En seguida pidieron permiso al general O'Donnel pa[illegible] pasar la noche en Tetuan, alegando que estaban muy cansados.

O'Donnell accedió á ello con el mayor gusto, y les confió á la galantería del general Rios, al lado del cual y seguidos de una gran escolta tomaron el camino de su ciudad amada.

Creo inútil decirte que yo me arrimé á mi bondadoso amigo el general Rios, resuelto á no separarme de él hasta que los caudillos moros hubiesen abandonado á Tetuan.

Y era que adivinaba el vasto campo que durante esta tarde y esta noche, habian de ofrecer á mis observaciones y estudios aquellos insignes personajes.

No me he engañado ciertamente. Esta es la santa hora de Dios en que llamo ya mis amigos á los cuatro graves generales que tantos sustos me habrán dado durante la campaña, mientras que mi album de bolsillo rebosa notas y datos tomados durante las largas horas que he permanecido en tan honorable compañía.

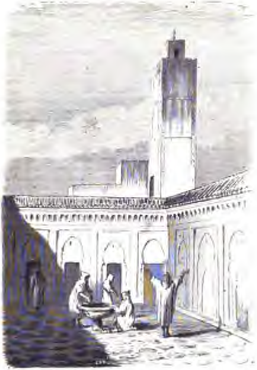
Con que vamos por partes.

La entrada de los parlamentarios en la plaza se verificó con cierta solemnidad.

Para ello bastó con que la guarnicion hiciese al general Rios los honores de ordenanza.

Batiéronle marcha las músicas desde que penetró por la puerta de la *Reina*; las tropas agrupadas á su paso le saludaron rigorosamente, cuadrándose como autómatas; formáronse las guardias donde las habia, y todo, en fin, pudo dar idea á los moros de la estricta disciplina de nuestro ejército.

Por esta vez, los mahometanos que viven en Tetuan se dignaron mirar nuestra cabalgata; pero era para leer en el semblante de los jefes marroquíes la sentencia que acababan de pronunciar sobre su suerte.—¿Qué debemos hacer? ¿Qué habeis hecho? parecian preguntarles. ¿Habeis vendido la patria? ¿Sabeis cuánto sufrimos? ¿Deberemos sublevarnos contra el invasor? ¿Hay esperanza para este desgraciado pueblo?



Patio de una mezquita.—Abluciones de los moros.

Los generales moros caminaban con inalterable continente. Nada contestaban sus ojos ni sus labios á aquellas mil tácitas preguntas. Yo me atrevo á creer que este digno silencio parecia de buen agüero á los tetuanies.

—Cuando el moro habla mucho, está mintiendo, dice un adagio musulman.

El general Rios paseó á los parlamentarios por todo Tetuan á fin de que formasen una idea de los medios de ataque y defensa que poseemos, asi como de nuestra cultura.

Llevólos á la oficina del telégrafo eléctrico que nos tiene en rápida comunicacion con la escuadra, y les esplicó detenidamente el mecanismo y la teoría de aquel maravilloso aparato.

Ellos asintieron con la cabeza; pero me atrevo á asegurar que no habian comprendido ni una palabra.

Bien es cierto que tampoco prestaron una escesiva atencion al decantado invento.

Y se esplica esta indiferencia.

¿Qué les importaba á ellos de la prontitud de las comunicaciones, si lo que desean es vivir incomunicados? ¿Multiplica la vida la multiplicacion de la celeridad?

¡Antes la amengua! Pues allá se quedaran unos descubrimientos que solo servian para aumentar los trabajos del hombre!

—Una carta, dirán ellos, tarda tres meses en ir y volver desde Tetuan á los confines meridionales de Marruecos. Mientras va y vuelve, el que la ha escrito tiene tiempo de descansar á sus anchas, de pensar, de rezar, de saborear el café y el tabaco y de mirar á sus mujeres, — únicas cosas verdaderamente importantes en la vida.

—Vamos, preguntad alguna cosa á la Aduana, y vereis cuán rápidamente teneis la contestacion, les dijo el general Rios.

—Nada deseamos saber, respondieron los musulmanes.

—Cualquier cosa... aunque no os importe saberla, insistió el primero.

—Pregunta si sale algun buque para Gibraltar, esclamó el gobernador de Tánger.

Al oir estas palabras, todos nos miramos como consultándonos si habrian sido dichas con ánimo de humillarnos.

Yo lo creo así.—El moro, de paso hoy por su ciudad perdida, no tiene para su orgullo otro consuelo que pensar en que la vencedora España ve tambien ondear un pabellon estranjero sobre los muros de una de sus ciudades.

Por otro lado, era recordarnos que no estaban solos en el mundo, sino que contaban con la diplomacia ó con la marina inglesa para un caso de suprema necesidad.

La contestacion telegráfica fue súbita.

Esto les sorprendió ya un poco; pero no tanto como debian sorprenderles nuestros magníficos hornos de campaña.

Con la mas viva curiosidad oyeron la descripcion que les hizo el general Rios de la prontitud con que se proveia al ejército de esquisito pan, por medio de aquellos hornos.—Y era, sin duda, que recordaban las hambres que habian pasado y tal vez estarian pasando sus tropas en aquel momento.

Hiciéronselo, pues, esplicar todo prolijamente; examinaron los hornos en todas sus fases, frios, caldeados y funcionando; vieron cocer unos panes destinados á ellos, á fin de que les sirviesen para el camino de mañana; comiéronse uno en probaturas; y oyendo decir á un jefe:

—Ya veis que en media hora la masa se ha vuelto pan...

—En mi huerta, le contestó el gobernador del Riff, tengo yo un horno que asa una gallina en la mitad del tiempo.

—¡Mucho es que este hombre se atreve á revelarnos lo que tiene dentro de su huerta!... reflexioné yo, trasladándome con la imaginacion á aquella ignorada casa de aquel ignorado pueblo donde aquel raro personaje asaba gallinas cuando no tenia cristianos que degollar.

En esto se acercaba la noche, y los parlamentarios, invitados por el general Rios á tomar café en su casa, le prometieron ir á las ocho de la noche, pidiéndole permiso para llegarse antes á su alojamiento, que era la casa de Erzini que te describí el otro dia.

—Id; pero no falteis: que hemos de ser buenos amigos, les dijo nuestro general.

—Descuida, no faltaremos, contestaron los embajadores.

Y saludándonos con un grave movimiento de cabeza, partieron ya sin escolta, pues así lo desearon, y se fueron á buscar por entre aquellas calles que tanto conocian, algun rincon de soledad y silencio al lado de sus amigos los moros que aun permanecen ocultos en Tetuan.

. . . .

Dos horas despues, á las ocho de la noche, hallábame en casa del general Rios, ó sea en el palacio del otro Erzini, esperando la llegada de los generales marroquies.

Los españoles convidados á esta fiesta, éramos seis ú ocho.

La habitacion, lujosa de suyo por su conformacion artística, estaba suntuosamente adornada.

Espejos de Venecia, de la época del renacimiento, cubrian las paredes.

¿Cómo habian llegado á Tetuan aquellas antiquísimas lunas?—Todos pensamos en los famosos piratas que hace tres siglos arrojaba el Africa sobre las costas de Europa.

Veíanse ademas en aquel aposento magníficos divanes y otomanas de seda, lámparas turcas, cortinajes de gran mérito, enormes arcas labradas con primor, alfombras, pebeteros, mesas-tarimas y otros muebles del mas riguroso estilo oriental.

Al mismo tiempo,—y para uso de los españoles,—veíanse allí algunos objetos europeos, del menaje de campaña del general Rios, ó llevados de la Judería: mesas altas; sillas y sillones de alambre; candelabros con bujías de esperma, vagilla de porcelana y de cristal y otros utensilios para el refresco, *té* ó *café* que se preparaba.

Completaban aquel cuadro ciertos perfiles guerreros, que naturalmente no podian faltar; espadas, gumías, revólvers, espingardas, carabinas, puñales, altas botas armadas de espuelas, anteojos de campaña, la cama de hierro que sirvió en la tienda, etc., etc., y todo esto diseminado por los rincones, ó sobre el divan, ó colgado de las altas paredes revestidas de mosáico.

Hacia algun frio y se habia preparado un brasero.

Dulces, bizcochos, frutas secas, cigarros, licores y vinos componian las provisiones que esperaban sobre una mesa la hora del festin.

A ellas se agregária á su tiempo el café... *et voilà tout*.

Sin embargo, nosotros, y el mismo Rios, acostumbrados ya á tantas privaciones, estábamos entusiasmados con la magnificencia que habiamos conseguido desplegar.

¡El agua estaba en botellas! ¡Se podia hacer un ponche! ¡El café se tomaria en tazas! ¡El vino se beberia en copas de cristal!—No podia darse mayor lujo.

A eso de las ocho y media, una banda de música que estaba preparada en el patio, nos dió la señal de la llegada de los marroquies.

Pocos momentos despues, un niño moro, de ocho ó diez años de edad, graciosamente vestido, (y que no era sino el hijo de aquel cónsul de Austria que llevó al campamento de Geleli la rendicion de Tetuan,) penetró resueltamente en la habitacion, diciendo un—¡*Hola*! en perfecto castellano que nos hizo reir á todos.

Detrás entró su padre, que como recordarás, se llama el *Hach-Men-Abet*, y que hoy es alcalde de los moros de Tetuan, nombrado por el general Rios.

Esta noche venia ademas con el carácter de intérprete.

Por último, aparecieron los cuatro embajadores acompañados de otro moro que yo no conocia sino de nombre.

Era *Erzini* el menor; el mas rico de los dos hermanos de este nombre; el dueño de la casa en que nos encontrábamos.

Los cuatro enviados dejaron sus babuchas en la puerta de la sala y entraron descalzos completamente, sin que bastasen á impedirlo todas las instancias del general.

Erzini no solo no se quitó las babuchas, sino que llevaba medias.

Al alcalde le tenia ya dispensado Rios de aquella ceremonia.

Despues de separarse de nosotros en los hornos de campaña, los parlamentarios habian ido á orar á la mezquita mayor, donde se habian lavado los piés y la cabeza, no por aseo, sino por obligacion religiosa.

De cualquier modo, resultaba que iban limpios.

Yo creo que su ingenioso profeta no se propuso otra cosa al prescribirles tan cuidadosamente las abluciones.

Los siete musulmanes nos dieron la mano á todos los allí presentes, y despues hubo una larga discusion en pantomima sobre el asiento que habia de ocupar cada uno, resultando de ella lo que resulta siempre de los cumplidos; que todos hicimos lo contrario de lo que deseábamos: es decir; que los moros se sentaron en silla á la europea, y que los cristianos nos sentamos en el suelo, ó sea sobre cojines, á la oriental.

Sin embargo, los agarenos buscaron pronto su habitual postura, encaramándose poco á poco por los palos de las sillas, hasta cogerse los piés con las manos.

El *kabo* ó gobernador de Fez, hombre serio si los hay, no encontró sin duda bastante digna esta actitud, y acabó por echarse al suelo y sentarse sobre sus piernas.

Entre tanto, la banda militar tocaba en el patio la jota aragonesa, atronándonos los oidos; y yo estudiaba minuciosamente á los cuatro generales y al opulento banquero, mientras que una conversacion *banal* y dificultosa, entorpecida por la lentitud de una doble traduccion, pugnaba por improvisarse interesante.

El *segundo* de Muley-el-Abbas era el que mas sostenia el dialogo.

Jóven, fino, nervioso, susceptible, con aire de aristócrata andaluz, mas bien parece hombre de ideas ó de negocios, que guerrero tan incansable y esforzado como lo califica la fama. Su palabra es vibrante, su gesticulacion viva, sus réplicas calorosas y su movilidad estraordinaria... sobre todo para un sarraceno.

El gobernador del Riff parece el reverso de la medalla. Grave, severo, circunspecto, habla poco y con cierta solemnidad, sonríe levemente cuando se le dirige la palabra, y piensa largo rato sus respuestas, que siempre vienen á interrumpir una nueva conversacion.

Su fisonomía, poco favorecida por la naturaleza, revela sin embargo mucho talento. Dícenme que es un gran diplomático y un hábil general. Por mi parte, he notado desde el primer dia que este es el principal de los enviados, y que sus compañeros le tratan con marcadas deferencias.

Su hermano, el general de la caballería, de quien ya te he dicho que habla español, es un soldado vulgar, franco, sencillo; de fisonomía ruda, pero simpática; alegre como no suelen serlo los moros en estas circunstancias; espansivo como no lo son en ningunas; hablador sempiterno cuando su ilustre hermano no le oye, y tímido y respetuoso como un párbulo, no bien este le dirige una mirada. Sin embargo, es entrañable el cariño que se profesan.

—¡Somos de una misma madre! nos dijo en voz baja el general de la caballería, mirando con ternura al gobernador del Riff. ¿No he de quererle? Entre nosotros hay muy pocos hermanos nacidos de un mismo seno. Luego, ese que veis ahí, es tan sabio y tan valeroso, que yo le temo como á mi padre y le quiero como á mi madre.

El cuarto enviado era aun mas interesante que todos estos,—á lo menos para mí.

Hablo del segundo gobernador de Fez.

Este singular personaje no despegó sus labios en toda la noche. Parecia hallarse entre nosotros como un acusado impenitente ante la barra del tribunal. La visible violencia que se hacian sus compañeros permaneciendo en nuestra compañía y sirviéndonos de espectáculo, era para él un verdadero tormento, una secreta rabia, una muda desesperacion que se revelaba en su actitud, en su gesto, en su mirada.

Nada comió ni bebió de cuanto le ofrecimos. Ni por un instante cambió de postura. Ni por casualidad dejó oir el acento de su voz.

Inmóvil, adusto, erguido sobre el almohadon en que estaba sentado á la oriental; con los brazos cruzados bajo su jaique negro; con la mirada fija ya en uno ya en otro de aquellos locuaces infieles (lo digo por nosotros) que tantas cosas hacian y decian sin proponerse nada importante; indiferente á las discusiones que se entablaban; insensible á los raptos de entusiasmo afectuoso (fingido ó verdadero) que dió de sí la conversacion; refractario á la alegría que reinó en algunos momentos, el poderoso *kabo* parecia protestar con su silencio de todo lo que allí sucedia, ó formar siniestros planes de venganza para el dia en que se reprodujese la guerra.

Por lo demás, su tétrica figura contribuia á hacerlo sombrío y pavoroso.

Era mulato pálido; tenia los labios gruesos y pensativos; los ojos de un negro aterciopelado; la barba bronca; torva la mirada; lúgubre el gesto, y un traje oscuro, de severos pliegues, que contrastaba con los albornoces blancos de sus compañeros.

De todo esto resultaba que aquel jóven era estraordinariamente bello, bajo el punto de vista de la poesía ó del arte.—Parecia la imágen del dolor, la personificacion del crímen, una alegoría de la noche, el genio del mal, el príncipe de los infiernos.—Lord Byron, en sus mas tenebrosas fantasías, no imaginó nunca un ser tan romántico, tan fatídico, tan sentimental y espantoso.

Réstame presentarte á *Erzini*, tipo físico y moral diametralmente opuesto; Erzini, el acaudalado sibarita, el alma encorbada y deprimida bajo el peso del oro; el hombre galante, flexible, cortesano, lisonjero; el espíritu utilitario, conciliador, acomodaticio, comercial á todas horas.—Tendrá cuarenta y cinco años; es rubio como unas candelas; tiene ojos azules, gran nariz, flacas mejillas, pero muy encarnadas, barba prominente, alta y encorvada estatura, algun diente de menos, y un aire marcadísimo de astucia y penetracion. Se parece á Francisco I de Francia.

Erzini hablaba y reia como un descosido.

Estaba sumamente alegre, y sus motivos tenia para ello.

El general Rios acababa de entregarle una cartera, que el opulento comerciante habia perdido en la precipitacion de su fuga, y que el coronel Vargas se habia encontrado en la misma habitacion que ocupábamos en aquel momento.—La tal cartera contenia treinta ó cuarenta mil duros en letras *al portador* sobre Gibraltar.

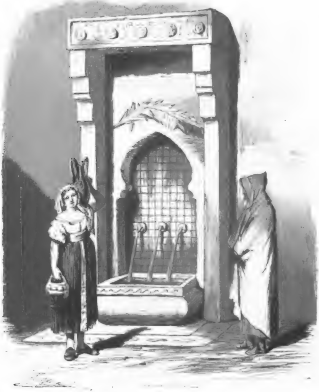
Erzini elogió mucho el pundonoroso proceder del señor Vargas, allí presente, tanto mas cuanto que ya no abrigaba esperanza alguna de recobrar aquel dinero.

En esto, y para escitar la confianza, se habia principiado á servir el café.

Los moros,—esceptuando siempre al taciturno *kabo*,—hicieron los honores á todo lo que se les ofreció, comiendo bizcochos á dos carrillos, fumando como irlandeses y tomando sendas tazas de café.

El *alcalde*, viejo ladino y de gran entendimiento, que, so color de simpatizar con la causa de España, está favoreciendo cuanto puede en su tribulacion á los míseros habitantes de Tetuan,—en lo cual hace perfectisimamente,—formuló, por via de brindis, un gran elogio del carácter y proceder de los españoles, pintando á los generales marroquíes las grandes ventajas que reportaria su emperador de una franca y estrecha amistad con la España.

El general Rios insistió sobre esto, y con mucho tacto, mezcló en su discurso una descripcion de los grandes medios de que aun podíamos disponer en el caso de continuarse la guerra.



Fuente en un patio de la Judería.

Los musulmanes asentian á todo con la cabeza, y repetian una y otra vez que Muley-el-Abbas y todo su ejército querian la paz á toda costa y la amistad con España; pero que habia gentes en el imperio que se aprovechaban de todo para conmover el trono del nuevo sultan, mal asegurado todavía, y que por eso este se veria tal vez en el caso de seguir, no la política de sus deseos, sino la que le impusieran las circunstancias.

Era evidente que aludian á la cesion de Tetuan.

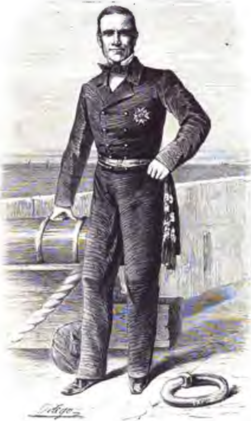
Entonces el alcalde fue mas esplícito.

—Si el emperador, dijo, pierde á Tetuan, los partidos derriban al emperador, y si derriban al emperador, hay guerra civil en Marruecos; y desórden y anarquía de muchos años; y vosotros no teneis con quien tratar; y aunque trateis con unos, otros dejarán de cumplir; y tendreis que estar guerreando aquí toda la vida sin resultado alguno.

—El que quiera á Tetuan no quiere la paz, añadió sentenciosamente el gobernador del Riff.

—Es que nosotros no le tememos á la guerra, insistió el general Rios; nosotros podemos...

—No te engañes, general, dijo con su acostumbrada llaneza el general de la caballería marroquí: vosotros no podeis hacernos la guerra tres años seguidos, y nosotros podemos hacérosla á vosotros mas de cuarenta años sin descansar. El moro está en su casa y el español en la agena. La guerra os cuesta mucho dinero... mucho dinero... y el dinero tiene fin, como la vida y todo lo del mundo. Los que no tienen fin son los moros... Morir unos y venir otros... ¡Muchos moros... muchos... muchos!



El general de marina don José María de Bustillo. (De fotografía.)

La tremenda verdad que encorraban estas palabras nos hizo mirarnos asombrados de que los moros discurriesen con tanto acierto.

—Todo eso se lo han enseñado los ingleses, murmuró uno de nosotros.

Aben-Abu comprendió la frase y se sonrió con malicia.

Despues se habló de la pasada campaña; del sistema de combate de uno y otro ejército; de las pérdidas sufridas por ellos y por nosotros.

Los marroquíes confesaron que las suyas habian sido inmensas.

—La bayoneta y la artillería, dijeron, son vuestras grandes ventajas.

Rios hizo el elogio de Isabel II y de O'Donnell.

Ellos manifestaron un gran respeto hácia nuestro caudillo, cuya pericia en una guerra que le era nueva, dijeron haber sorprendido mucho á Muley-el-Abbas.

—Nosotros creíamos que era mas viejo, dijo el gobernador del Riff.

—¿Y por qué?

—Por la prudencia.

Con este motivo recayó la conversacion en Muley-el-Abbas.

—Es muy valiente y muy generoso, dijeron; pero tiene mala tropa.

—Yo mismo,—añadió su *segundo*, tuve que matar por mi mano muchos jefes de kabila el dia de la batalla del campamento.

—¿Y por qué?

—Por embusteros y cobardes; por haber huido mas lejos de lo necesario.

En medio de todo esto, la música seguia tocando en el patio aires españoles.

El Kabo de Fez estaba cada vez mas sombrío.

Los otros moros habian llegado á entusiasmarse.

La espansion era general: la franqueza animaba todas las fisonomías: cada cual habia tomado la postura mas de su gusto: casi todos estábamos sentados ó medio tendidos en los divanes y otomanas: el humo de los cigarros envolvia por momentos algunas figuras.

¡Qué cuadro! ¡Qué escena! ¡Qué noche esta!—Yo no me habia atrevido nunca ni á soñarla!

Aquellos siete magnates moros con sus albornoces y sus turbantes blancos, con sus rostros graves y solemnes, con su habla gutural, con sus clásicas actitudes; aquellos muebles orientales; aquellas alfombras y cortinas; aquella arquitectura; la ciudad en que nos encontrábamos; nuestra posicion de soldados en campaña, de estranjeros, de vencedores; el ser nosotros los únicos, no solo de nuestro ejército, sino de nuestra nacion, que habian asistido á una tertulia semejante; la hora; el asunto de las conversaciones; la idea de que aquellos generales habian estado en frente de nosotros en los montes y en la llanura uno y otro dia de combate; la consideracion de que acababan de llegar del campamento enemigo, de que mañana regresarian á él y de que acaso jamás volveríamos ya á verlos, como no fuese tendidos en el campo de batalla; todo esto, digo, ¿no era mucho mas de lo que pudo sonreir á mi imaginacion, cuando, nuevo don Quijote, abandoné el seminario y salí á caza de aventuras?

¡Ah! ¡qué pocos poetas de nuestros tiempos habrán encontrado en su vida realidades tan maravillosas! ¡Qué pocos habrán gozado tan á sus anchas de lo fantástico, de lo estraordinario, de lo romancesco! —¡Afortunado yo mil veces!—¡Oh! cuanto hubieran ganado nuestras letras, si Zorrilla ó Fernandez y Gonzalez hubieran asistido con sus liras acordadas, á lo que he asistido yo, que solo poseo una mal cortada pluma!

Asi y todo, la escena que presenciaba anoche me parecia un sueño, una inspiracion ó algo semejante.—Ya creia haber nacido en la Edad Media y encontrarme en la Granada de Muley-Hassen ó en la Córdoba de los Abderramanes; ya me figuraba estar leyendo una novela ó un poema de Tomás Moore; ora me hacia la ilusion de que estaba en el teatro viendo una tragedia ó una ópera; ora juzgaba que todo lo que tenia ante mis ojos era una alucinacion, un delirio, una loca fantasía...

En un palacio de Madrid,—en casa de la ilustre madre de la emperatriz de los franceses y de la reina de la alta sociedad española,—hay una galería árabe, formada por graciosos arcos apoyados en elegantes columnas.

Allí penetra la luz de la luna al través de las enredaderas que cubren los agimeces cubiertos de cristales: allí penden del techo amortiguadas lámparas turcas: allí perfuman el ambiente centenares de macetas de olorosas flores: allí, finalmente, las mas bellas mujeres de la tierra, vestidas con impalpables gasas, como blancas hadas vaporosas, se columpian á merced de blandas melodías, arrulladas por mil suspiros de amor y de ternura.

No sé por qué; al verme esta noche bajo otros arcos árabes, rodeado otra vez de luces y de espejos, halagado por la música y en el seno de una sociedad estraña en que pasaba por la primera vez despues de mucho tiempo una velada de suaves placeres, se trasladó mi pensamiento á aquellos lugares que presenciaron mis últimas emociones de la vida europea, y díjeme comparando una *soirée* con otra:

—¡Vive Dios... (en una reunion como esta se puede jurar sin miedo alguno) que si muy estraño, nuevo y sorprendente fuera para los madrileños el espectáculo de esta tertulia, si por casualidad asomaran de pronto la cabeza por esa puerta; mucho mas asombraria á estos señores moros,—y eso que los moros son poco asustadizos, y profesan la máxima de *nihil admirari*,—mucho mas les asombraria, digo, el maravilloso cuadro que acaso en este momento ofrecerá aquel paraiso!

Tal lo creerian indudablemente.—La vida musulmana no presenta nunca, ni aun en los palacios de los emperadores, nada parecido á una de nuestras fiestas. Tanto esplendor, tanta alegría, tanta hermosura; aquel lujo, aquella animacion, aquella elegancia; las bellezas ideales girando en torno del hombre; sus ondulantes faldas, sus talles voluptuosos, sus gargantas desnudas, su seductora sonrisa, sus lánguidas miradas, sus cabellos coronados de flores; los cien espejos que reproducen un cuadro tan fascinador; la música, los perfumes; el concierto de mil argentinas voces; el vértigo de la danza; el largo insomnio; la luz del alba que sustituye á la de la luna y que penetra insensiblemente por los cristales de la galería... todo les haria creer que se hallaban en otra vida superior, en el edem prometido por Mahoma, en el seno de las eternas bienaventuranzas!...

Pero volvamos á nuestra tertulia agarena.

¡Y bien! Tal como la he descrito, duró hasta las once de la noche.

Por lo demás, si nosotros no éramos huries ni mucho menos, ni la *soirée* que dábamos á los parlamentarios moros podia compararse con las de Madrid, éramos españoles (andaluces la mayor parte), y nuestro carácter locuaz, espansivo, entusiasta, exaltado por alguna libacion y por la misma novedad de aquella escena, bastó para aturdir á los marroquíes, para marearles, para derretir su máscara de hielo, y hacerles reir, hablar alto, perder la conciencia de su situacion y no saber á qué atenerse respecto de nuestro modo de ser, de nuestras costumbres, de nuestra superioridad ó de la suya.

Alegres, cabilosos, con la faz encendida y los ojos ardiendo, desconcertados, llenos acaso de remordimientos, pero tambien de admiracion hácia unos séres tan varios, tan complejos, tan móviles y fecundos, tan diferentes, en fin, de como los habian visto en el combate ó en el campamento, despidiéronse de nosotros cordialmente, alegando que tenian que madrugar para hacer largas oraciones antes de partir, en atencion á que mañana es viernes... nada menos.

De todo lo dicho con respecto á animacion y regocijo, haz siempre una completa escepcion en favor del cabo de Fez.

Este se despidió del general Rios de una manera estraña

Dióle primero la mano naturalmente, como se usa entre nosotros. Despues cogiósela violentamente, cual si fuese á echar el pulso con él, y apretósela con una fuerza estraordinaria, mirándole fijamente y en silencio.

Era la primera señal de vida que daba en toda la noche.

Aquella demostracion, lo mismo parecia un arranque de cariño largo tiempo refrenado, que un reto para el primer combate, que una misteriosa maldicion.

El se envolvió en su jaique negro y se marchó con el secreto de su idea.

¡Magnífico personaje!—Shakspeare lo adivinó completamente cuando escribió su *Otelo*.

Comentando estábamos nosotros este y otros lances de la noche, cuando al cabo de una media hora, se nos presentó de pronto el general de la caballería, trayendo debajo del brazo un saco de dátiles.

—Toma, le dijo al general Rios: al llegar á casa hemos visto que nos quedaban estos dátiles: cómetelos en nuestro nombre.

—¡Estraña gente! nos dijimos todos con una mirada.

E hicimos sentarse á Aben-Abu, quien, viéndose libre de su hermano, se abandonó á su natural llaneza y nos dió un rato delicioso.

El bravo general habla *el presidiario* mas bien que el español. Sin duda lo ha aprendido de nuestros renegados. Ello es que yo no puedo trascribir aquí sus discursos sin faltar á todas las reglas de la sintaxis y del decoro.

Entre las cosas que nos dijo acerca de las interioridades de su ejército, fue sumamente notable el retrato de Muley-Hamet.

—Hace como uno, dijo, y cuenta como veinte. Corre mucho á caballo y habla y rie mas de lo regular. Es un *sevillano*.

Figúrate el efecto que nos haria esta frase, teniendo presente que entre nosotros habia dos ó tres hijos de Sevilla.

Las carcajadas duraron un cuarto de hora, y Aben-Abu se reia con mas ganas que ninguno.

Por él supimos muchos pormenores interesantísimos acerca del estado actual del ejército moro.

Hasta ahora tiene poca gente; pero se aguarda mucha. El emperador ***desde su casa*** no puede comprender lo que sucede; pero ya lo comprenderá cuando reciba una larga carta de Muley-el-Abbas en que le dice que todos los moros de Marruecos no pueden con las bayonetas y los cañones españoles.

—Habrá paz, porque todos la necesitamos, concluyó el moro; pero no debeis pedir á Tetuan, ni esto os serviria de nada.

—Lo piden de Madrid, le contestamos.

—En Madrid pasará lo que en Mequinez; observó el musulman: como no ven las cosas de cerca, se figuran que todo es muy fácil.

Esta conversacion joco-seria se prolongó hasta las doce. Aben-Abu se despidió de nosotros muy cariñosamente, diciéndonos que si habia mas guerra y alguno de nosotros caia prisionero nos trataria perfectamente; y que si habia paz, que fuéramos á visitarle á Fez y seríamos los dueños de su casa.

Repetímosle iguales ofrecimientos, y se marchó muy satisfecho de nosotros y de sí mismo.

No lo estoy yo tanto de la presente relacion al darte las buenas noches.

LVI.

Espectativa.—Conferencia de O'Donnell y de Muley-el-Abbas.—Retrato de este.

Dia 17.

Los parlamentarios se marcharon esta mañana á las diez.

Llevan un plazo de ocho dias para contestar á las condiciones de paz que se les han entregado.

Ellos han prometido estar aquí el jueves próximo sin falta.

Por lo que pueda suceder, el general O'Donnell lo prepara todo hace muchos dias para emprender en caso necesario la segunda campaña, que consistirá en la toma de Tánger.

Hácense, pues, grandes aprestos de víveres y municiones: esperánse los tercios vascongados, que deben llegar de un momento á otro: dánse órdenes para que aceleren su embarque los nuevos batallones que se hallan ya dispuestos á la lucha en el litoral de Andalucía: repáranse las fortificicaciones de Tetuan: practícanse reconocimientos por las llanuras y los montes de Poniente y se arreglan algunos pasos del camino á fin de que pueda atravesarlos la artillería: háse mandado á Oran por camellos y á la península por mulas á fin de aumentar estraordinariamente el número de acémilas que se necesitan para tan importante marcha: dispónese todo, en fin, como al principio de la guerra... menos el espíritu de la tropa, que es ahora muy diferente.

Yo espero que no echarás á mala parte esta observacion mia. Nuestros soldados han dado las suficientes pruebas de arrojo y de constancia para que no pueda atribuirse á flaqueza su resfriamiento, y si mañana se rompen de nuevo las hostilidades, serán los mismos que fueron hasta ahora, y aun me atrevo á decir que rayará mas alto su heroismo... Pero esto no impide el que tengan ojos para ver y sentido comun para pensar que no hay razon ni motivo alguno que nos obligue á empezar de nuevo una empresa tan brillantemente terminada.

El jueves próximo los parlamentarios marroquíes vendrán á decirnos,—tengo la seguridad de ello,—que no nos ceden esta plaza, y en su consecuencia, recomenzaremos la lucha.

Pero ¿qué lucha? ¿qué guerra será esa?

¿Pelearemos como hasta ahora por la reparacion de nuestras ofensas, por la gloria de nuestras armas, por el crédito de nuestra nacion, por humillar el orgullo sarraceno? ¿Será, en fin, la guerra por el honor de España?

¡No!—¡Será la guerra por la posesion de Tetuan!

¡Flamante vellocino de oro!

Dia 18.

Viene la duquesa de Tetuan á saludar á su invicto esposo y se aloja en el palacio de Erzini el mayor.

Acompañan á la animosa viajera el general Ustariz y algunos hombres políticos.

El ejército recibe á su ilustre huéspeda con tanto respeto y consideracion como admiracion y cariño profesa al victorioso capitan que ha coronado de gloria nuestros estandartes.

Dia 20.

Nuestro amigo Aben-Abu, el general de la caballería mora, se ha presentado esta tarde en nuestro campamento, caballero en una magnífica mula, ensillada con una rica montura de terciopelo carmesí, y seguido de cuatro soldados de rey.

Esta inesperada visita nos ha sorprendido mucho.

Viene á pedir que se prorrogue el plazo de ocho dias que se le concedió á Muley-el-Abbas para aceptar ó deshechar nuestras condiciones de paz.

Parece ser que el príncipe las ha encontrado tan graves que no se ha atrevido á resolver nada por sí mismo, y las ha trasladado al emperador.

Ahora bien; la prorroga que solicita es el tiempo necesario para que pueda ir y volver un correo á Mequinez.

O'Donnell se la ha negado rotundamente.

Sin duda teme, ó le han inducido á temer, que estas idas y venidas de los moros no sean mas que pretestos para ganar tiempo y reorganizar sus fuerzas.

Yo no lo creo así.

Por lo demás, Aben-Abu al tiempo de irse, ha indicado, si bien estraoficialmente, y no al general O'Donnell, sino al general Rios, que Muley-el-Abbas tendria sumo placer en hablar con *el gran cristiano* en algun sitio convenido previamente, que no fuese Tetuan.

—¿Crees tú, le preguntó Rios; que eso seria de alguna utilidad para las dos naciones?

—Sí, lo creo: pues Muley-el-Abbas no acudiria á esa conferencia movido por una vana curiosidad, sino para ver de transigir este pleito, que ya no consiste en nada, y que sin embargo nos va á costar todavía mares de sangre.

—Pues si Muley-el-Abbas pide esa conferencia, yo no dudo de que el general O'Donnell se la concederá con mucho gusto.

—Yo lo arreglaré todo, replicó el africano encaramándose en su mula.

Y partió para sus reales, dejándonos en mayor incertidumbre que nunca acerca del resultado de las negociaciones.

Dia 23 de febrero.

Al fin se verificó hoy la anunciada entrevista de O'Donnell y Muley-el-Abbas.

Esta solemne y pintoresca escena,—que tambien he tenido la fortuna de presenciar,—completa maravillosamente la galería de grandes cuadros que ha ofrecido á la consideracion de poetas y artistas la romántica guerra de Marruecos.

El interesantísimo cuadro de hoy, puede ser colocado sin desventaja al lado de los que representen las batallas de los Castillejos y de Tetuan, la gran parada en la llanura despues del combate del dia de San Ildefonso, la puerta de la Judería el dia de nuestra entrada en esta plaza, el embarque del tercer cuerpo en el puerto de Málaga y la misa solemne del dia de la Purificacion, antevíspera de la toma de los campamentos.

La novedad del espectáculo y del lugar en que se verificaba; la trascendencia de lo que allí sucedia; la hermosura de la naturaleza; el poético aspecto del ejército moro; la interesante figura del príncipe vencido; la solitaria tienda; las brillantes escoltas; todo contribuye á realzar y embellecer el asunto que pienso desempeñar hoy...

—Y á la verdad que no puedo hacer cosa mejor que considerarlo por el lado artístico, olvidándome en cuanto me sea dado de su significacion política ó diplomática, y de la influencia que ha de ejercer en la importantísima cuestion de la paz ó de la guerra.

Con que vamos al caso.

Esta mañana, á eso de las doce, llegó á Tetuan Aben-Abú y manifestó al general O'Donnell que el príncipe Muley-el-Abbas deseaba tener una conferencia con él; pero que no creyendo decoroso el Emir penetrar en una ciudad que habia perdido, le estaba esperando en el puente de ***Buceja***, á menos de una legua de esta plaza, donde habia hecho plantar una tienda, que le suplicaba honrase por una hora.

El Puente de ***Buceja*** se halla situado á mas de legua y media del campamento moro; por consiguiente, Muley-el-Abbas, para llegar hasta allí, habia tenido que hacer una marcha casi doble que la que solicitaba de nuestro caudillo.—Accedió, pues, este á su demanda y montó á caballo inmediatamente, seguido de los generales García, Rios, Prim, Ustariz y Quesada y de un numeroso estado mayor.

Preguntóle á Aben-Abú, cuántas fuerzas acompañaban al Emir, y sabedor de que le acompañaban unos mil moros entre infantes y ginetes, tomó al paso por el campamento de la caballería un escuadron de coraceros del Príncipe; esto es, menos de cien hombres.—El cuartel general y la escolta de los generales compondrian otros cien ginetes.

Así emprendimos la marcha.

El camino se presentó al principio dificultoso; pues limitado á una parte por el Guad-el-Jelú y á la otra por los montes de Samsa, se deslizaba trabajosamente de barranco en barranco, sobre hondos lodazales ó peladas guijas.

Anoche habia llovido; pero á la hora de nuestra caminata hacia un tiempo inmejorable.

El sol bañaba de pura luz un despejado cielo, sin producir por eso un calor escesivo.

La verde alfombra de los prados, y los árboles, que empiezan ya á cubrirse de hojas, lavados por la reciente lluvia, brillaban como esmeraldas bruñidas.

Las montañas mas remotas se destacaban en el azul del firmamento con perfiles tan limpios y correctos que dejaban entrever á la imaginacion los horizontes que se escondian detrás de ellas.

Era, en fin, una mañana de febrero, que se podia comparar á una mañana de mayo de nuestras provincias septentrionales.

Al principio todo fue soledad y reposo en los terrenos que recorrimos.—Despues desembocamos en el valle fecundado por el *Buceja*, y una vez en él, el espectáculo que se ofreció á nuestros ojos nos causó tanta sorpresa como admiracion y alegría.

Erase una redonda y dilatada llanura, perfectamente lisa, tapizada de verdes trigos, cerrada en todas direcciones por colinas y montañas, de las cuales una se levantaba al cielo tan súbita y atrevidamente, que parecia una gran pirámide egipcia cubierta de frondosísimo arbolado.

Al pié de ella se veia una tienda, sola, aislada, blanca como la nieve y esmaltada con algunas labores de color azul turquí.

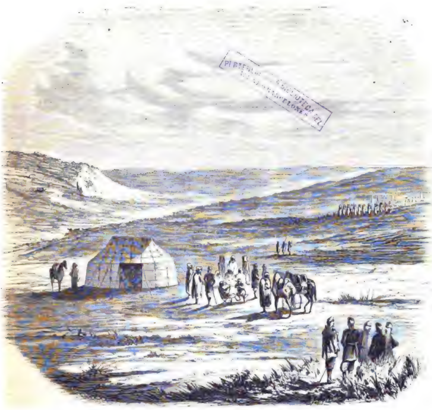
Parecia una paloma enorme que descansaba de su vuelo.

Como á unos quinientos pasos de ella, por el lado de Poniente, percibíase, confinando con el horizonte, un apretado cordon de vistosísimas tropas, que coronaba una suave cadena de aplanadas colinas.

Sus figuras, ora blancas, ora de los colores mas vivos, se proyectaban graciosamente sobre el cielo, formando todas juntas un perfecto arco de caprichosos matices.

Innumerables banderas, azules, verdes, amarillas y encarnadas, ondeaban á todo lo largo de la línea: las armas relucian al sol como las ondas de un rio: infantes y ginetes se hallaban revueltos en graciosa confusion.

La primera hilera se componia de peones sentados en el suelo: los abanderados estaban de pié: por encima de estos aparecian algunos caballeros enhiestos en las sillas: y en otro lado se distinguia la gallarda silueta de caballos sin ginete, sujetos de la brida por esclavos tendidos boca abajo sobre la yerba.



PERTEN[illegible] BIBLIOTECA DEL [illegible]

Conferencia del duque de Tetuan y de Muley-el-Abbas (De un croquis.)

¡Maravillosa aparicion!—El mas inspirado artista no hubiera colocado mejor á aquella gente en un teatro.

En honor de la verdad, no pasarian de mil hombres los que allí habia; pero al ver tantas banderas izadas entre ellos, tan varias vestimentas y tan diferentes tipos y actitudes, aquella inmóvil muchedumbre, asomada, nada mas que asomada á la llanura, parecia la cabeza, la vanguardia, el estado mayor de un numerosísimo ejército que se dilatara al lado allá de aquella cordillera, poblando el llano de Vad-ras y las eminencias sucesivas.

En cambio, nuestra reducida escolta de coraceros formó una densa y reducida columna en medio de la despejada planicie que te he descrito, quedando en órden de batalla, en frente de la línea marroquí, y á igual distancia que esta del solitario alcázar de lona.

Al hacer alto nosotros, destacáronse seis ginetes de la colina ocupada por los mahometanos.

Al mismo tiempo avanzaron otros seis caballeros nuestros, del estado mayor de O'Donnell, yendo á su frente el general Ustariz.

Conferenciaron brevemente ambas comisiones, y volvieron á sus respectivos campos.

Un momento despues dirigióse á la tienda (que estaba, no precisamente en medio, sino á un lado de las dos escoltas,—á nuestra izquierda,—) dirigióse á la tienda, digo, á todo el correr de sus caballos y trazando una línea diagonal sobre la llanura, una lucida cabalgata, compuesta de unos treinta elegantes moros.

Adelantado un poco á ellos, iba uno de elevada estatura, blanquísimas y ondulantes ropas y voluminoso turbante.

Sin duda era el príncipe...

El era.

O'Donnell corrió tambien en la misma direccion, seguido solamente de los cinco generales que le acompañaban, del alcalde de Tetuan, del intérprete Aníbal Rinaldy y de mi pobre humanidad.—Total, ocho personas.

Despues llegaron los dibujantes Iriarte, Vallejo y algun otro, cuyo nombre no sé, así como un fotógrafo con su máquina,—que, entre paréntesis, no pudo funcionar.

Cerca ya uno de otro, los dos caudillos se saludaron corriendo como iban,

Luego echaron pié á tierra y se dieron lás manos.

En seguida se dirigieron á la tienda, que estaba abierta hácia nuestro campo, y penetraron en ella, dándose mútuas señales de consideracion y cortesía.

Con Muley-el-Abbas entraron tres moros, que eran nuestro amigo Aben-Abû, á quien ya conoces; el famoso *Sidi Mahommed el Jetib*, primer ministro del sultan; un tal *Ezzebbi*, hombre de gran travesura y mucho talento, *muy malo*, segun la opinion de algunos moros que me han hablado de él, pero gran amigo del emperador, á cuyo *divan* pertenece y á quien acompaña oficialmente en [todos sus viajes.

Tanto el *Jetib* como *Ezzebbi* son de avanzada edad.

El rostro del *Jetib* es hermosísimo. Su larga barba parece de nieve: su tez es limpia y rosada: sus ojos vivos y penetrantes. Por lo demás, es alto, fuerte, y viste con elegancia.

Ezzebbi no tiene una figura tan imponente; pero su traje, todo blanco como su barba, sus cejas y su turbante, le da tanta dignidad como pequeñez de espíritu revelan su semblante aplanado y su mirada recelosa.

Con O'Donnell, solo entró en la tienda el intérprete Rinaldy.

(Ten paciencia; que ya te describiré á Muley-el-Abbas cuando llegue el momento en que yo le examine de cerca y á mi satisfaccion.)

A la puerta de la tienda, pero fuera de ella, estaba aquel jóven *lugar-teniente ó segundo* del Emir que conocimos en la tertulia famosa.

Nuestros generales se habian sentado á la derecha del movible palacio y á unos cuatro pasos de él, en unas sillas de campaña, traidas, como las que habia dentro de la tienda, del campamento del general Prim, antes de nuestra llegada.

El resto de los acompañantes del príncipe, consistia en diez y seis jefes, cuya categoría en el ejército moro equivale á la nuestra de *coronel*.

Aquellos diez y seis señores coroneles se habian sentado en el suelo detrás de la tienda, formando fila.

Casi todos eran hombres de cincuenta á sesenta años, de fisonomía dura y continente feroz.

Los habia blancos, negros y mulatos.

Cada cual vestia á su manera; pero todos con lujo y severidad.

Nuestros caballos y los de toda esta gente eran tenidos del diestro por cinco ó seis negros, que confesaron ser esclavos, los cuales, acurrucados en el suelo, y empuñando cada uno cuatro ó cinco bridas españolas ó africanas, miraban de hito en hito, frente á frente, ó por mejor decir, de abajo á arriba, á los sosegados animales,—que, como sus dueños, se veian juntos en sana paz por la primera vez, despues de haberse perseguido y hostilizado muchas otras en los campos de batalla.

Nada mas pintoresco bajo el punto de vista artístico, ni nada mas interesante mirado por el lado histórico, que aquellos caprichosos grupos de gentes de tan apartados paises; que aquella tienda en que se decidia del destino de dos pueblos; que aquellas masas de soldados que tantas veces se habian combatido, y que ahora se contemplaban sin susto ni recelo.

El silencio era profundísimo.—La naturaleza y los hombres parecian atentos á la grave conversacion que ya habia principiado.

La verdad es que yo la oí toda.—Hallábame á tres pasos de la tienda, escribiendo los apuntes de este capítulo, y al través del indiscreto lienzo, llegaban á mis oidos, finos de suyo, las severas palabras del general en jefe y las contestaciones de los moros, traducidas por Aníbal Rinaldy.—Todo te lo referiré á su tiempo.—Sigamos describiendo ahora.

O'Donnell, ese hombre práctico y positivo que todos conoceis, ageno á la poesía y al entusiasmo, desconfiado de las imaginaciones calorosas, insensible á otro arte que no sea el de la guerra, y enemigo de las bellas frases, hallábase hoy tan poseido de la solemnidad del momento, que hablaba con elevacion, con retórica, con cierto énfasis del mejor gusto; á lo general antiguo; como Napoleon en las Pirámides.

Ni ha sido esta la primera vez que he sorprendido en el conde de Lucena arranques patéticos y rasgos de grandilocuencia. En las situaciones culminantes, en los trances supremos, cuando llega á entusiasmarse verdaderamente, habla, sin saberlo, como solian hablar aquellos capitanes cuyas historias son su lectura favorita; echándose de ver su frecuente trato con los *Comentarios de César*, la *Guerra de Yugurta*, las obras de Federico el Grande y las campañas de Napoleon I.—En el senado español, cuando relató sus hechos de **1854**; en el congreso, cuando declaró la presente guerra; en la llanura del Martin el dia 23 de enero; en la batalla de Tetuan; al tomar posesion de la plaza, y en alguna otra ocasion crítica y solemne, el general O'Donnell ha apelado al mas vehemente lirismo, y rendido culto á la mágia irresistible de la forma.

Hoy, que tenia que hablar por medio de intérprete, comprendió,—¡véase qué maravilloso instinto!—que sus discursos serian pálidos y desmayados, si se reducia á esplicar friamente á Rinaldy lo que este habia de decir á los marroquíes... Era menester que su palabra fuese animada por la actitud, por el ademan, por la mirada, por el gesto... Solo de esta manera podria revelar sus afectos é intenciones: solo de este modo podria persuadir é interesar los ánimos.—Para ello, decidió hablar directamente con los moros, como si estos entendiesen el español: interpelólas, pues, con energía; peroró y declamó con elocuencia; ora los apostrofó; ora los halagó bondadosamente; y cada vez que terminaba un período, le decia al jóven Aníbal:—Esplícales todo esto.

Los moros, con su viva imaginacion, habian ya leido en el semblante y el tono del general los sentimientos que le animaban y el grado de verdad ó de astucia, de cálculo ó de pasion que envolvia cada frase. Las palabras del intérprete servian, pues, como de luz á una estátua que ellos habian ya palpado en las tinieblas.—Y de tal modo comprendieron la ventaja de aquel sistema de diálogo, que lo adoptaron en seguida, y se dirigian en árabe al general O'Donnell, á quien ya Rinaldy, ya el general de la caballería, daban la version literal de lo que acaso habia ya comprendido vagamente.

Por lo demás, lo asombroso de todo aquel asunto era Aníbal, el polígiota de quince años, que haciendo suya sucesivamente la causa de España y la de Marruecos, repetia con pasmosa exactitud, y con tanto calor y brio como los oradores originales, todas las frases, todos los tonos, todos los accidentes de sus discursos.—Ni Maiquez ni Talma hubieran podido ir mas allá.—Sobre todo, cuando hablaba en nombre del general O'Donnell, cuyo interés le era mas simpático, sus ojos, sus ademanes, su acento, el fuego de sus mejillas, todo su ser, daba color y vida al razonamiento; todo en él era persuasivo, elocuente, insinuante, conmovedor.

A todo esto, lo que yo no conseguia por mas vueltas que daba era ver al príncipe, que se habia sentado de espaldas á la puerta.

Dichosamente, hubo un momento en que el general O'Donnell se levantó para marcharse, y en que Muley-el-Abbas le detuvo.—Con este motivo cambiaron todos de posicion. El duque de Tetuan quedó entonces de espaldas á la entrada, y el Emir á la vista de todo el mundo.

Iriarte, que como yo, acechaba este momento, lo aprovechó para trazar el retrato que te envio.

Vallejo, nuestro inspirado compatriota, cuyo lapiz ha reproducido tantos sublimes episodios de esta guerra, fue menos feliz que nosotros y perdió aquella ocasion de enriquecer su album de viaje.—Consistió esto en que, habiéndose sentado en el suelo en frente de la tienda, al principio de la entrevista, y cuando aun podia ser divisado por O'Donnell, este, que le vió armado de un lapiz y sabia la repugnancia que tienen los musulmanes á ser retratados, hízole una seña de que se retirara, lo que tuvo que verificar el impaciente artista, quedándose tan mohino,—pues ya conoces su noble modestia, pueril timidez y poco mundo,—que no se atrevió á hacer otra tentativa cuando ya no se corria peligro alguno de ser amonestado.

En cuanto á mí, pasé nada menos que media hora contemplando á mi sabor á Muley-el-Abbas, mientras que Iriarte copiaba la magnífica figura del vencido príncipe, tomada de perfil, que era como se nos presentaba.

Ahora, por si la pluma puede añadir algun colorido á la obra del lapiz, voy á describirte al *kalifa*—(tambien dicen que es kalifa)—[redacted] arreglo á mis observaciones y á los pormenores que me ha suministrado Aníbal Rinaldy, el cual vive hoy en mi casa como ayer vivia en mi tienda.

Muley-el-Abbas es un hombre alto, fuerte y recio, pero no grueso; de noble apostura, distinguido porte y graciosos modales. Viste el traje talar de su país: un ropaje amarillo debajo de todo; luego, una especie de túnica azul, pero de ese azul muy claro que llaman los franceses *azul de agua*: despues le cubre de piés á cabeza un ondulante y magnífico jaique blanco de delicado merino, cuyos dóciles pliegues delinean la forma del turbante, rodean su cabeza y su cuello completamente, marcan las principales líneas de su cuerpo y flotan al fin, casi rozando con la tierra, pero dejando ver unas botas de rico tafilete amarillo, bordadas de seda, sin suela ni tacon, muy arrugadas ó rizadas, y reducidas á la forma de la pierna. Un ancho feston de seda verde sujeta la capucha del jaique sobre su cabeza, trazando una línea que á lo lejos parece una corona triunfal ó sagrada, como las que usaban los druidas. Todo este traje luce por su riqueza y por su sencillez. Ni un bordado, ni un adorno, ni un hilo de oro; nada interrumpe la severidad de aquella elegante y artística figura, que parece tallada en mármol griego. Solo lleva, como recuerdo, distintivo de raza ó signo de autoridad, un rosario de ámbar negro liado á la muñeca derecha, un diminuto arete de oro en una oreja, y un anillo blanco egipcio en el dedo meñique de la mano izquierda. El rosario se lo saca frecuentemente del brazo, como una dama se quita una pulsera, y aspira con placer el aroma que despide.

Vamos ahora á su cabeza.

El rostro del emir tiene todos los caracteres de la verdadera belleza meridional, y recuerda al *Eliezer* de nuestros pintores valencianos. Es muy moreno; y lo parece aun mas por estar su semblante rodeado, como el de las monjas, por una toca de deslumbradora blancura. Su barba negra, larga y sedosa, ondula á merced del aire, y en ella blanquea alguna que otra cana. Sin embargo, el príncipe no pasará de los treinta y cinco años. Su perfil llama la atencion por la limpieza y majestad de la línea: la nariz es bien proporcionada; la frente noble; la boca un tanto africana, pero rasgada con energía y dejando ver una dentadura tan blanca y tan brillante que parece de trasparente nácar. Sus ojos, negros y tristes, miran con calma y lentitud. Adivínase todo el fuego que puede llegar á animarlos, al ver la rigidez que los mantiene abiertos ó la pesantez con que se cierran; pero mientras yo lo estuve mirando, aquellos ojos parecian apagados, como si todo el calor y la vida del emir hubiesen refluido á su corazon.

Finalmente, Muley-el-Abbas estaba abatido, pero circunspecto: triste, pero digno y respetable: vencido, pero no domado: humillado, pero sin haber perdido el aprecio de sí propio.

Conocíase que se hallaba satisfecho de su conducta, si bien disgustado de la de los demás y sobre todo de su suerte.

Su humildad era resignacion: su mansedumbre, patriotismo.

El vencido general inspiraba, pues, una compasion y un respeto que no deben confundirse con la piedad ni con la lástima.

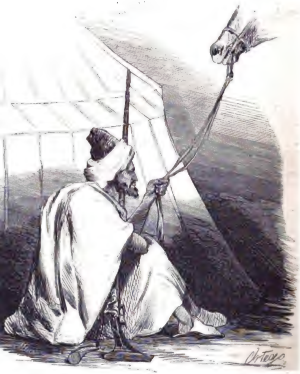
Yo, á lo menos, al verle acariciarse la barba con aquella mano desnuda, fina y correctamente delineada; al ver sus ojos parados y como fijos en remotos horizontes; al oir su palabra viva, ligera, breve, sonora, como un eco metálico; al contemplar, en fin, su grandiosa figura, tan [redacted] de majestad y de pesadumbre, esperimenté una viva simpatía hácia aquel enemigo de mi Dios y de mi patria...

Y fue acaso que lo vi con ojos de artista, y que personifiqué en él al desgraciado y valeroso Muza, á quien aman todavía en Granada los vigésimos nietos de los conquistadores de la Alhambra.

Conocidos los personajes, el sitio, la hora, las comitivas y todas las circunstancias esteriores de la importante escena que te describo, tiempo es ya de que penetremos bajo la tienda, ó por decir mejor, de que prestemos atento oido á lo que en ella se habla,—pésele á la prudencia y á la discrecion;—discrecion y prudencia, dicho sea entre paréntesis, que no soy yo el primero en dar hoy al olvido,—y á la verdad que lo lamento con toda mi alma.

La conferencia principió por recíprocas protestas del buen deseo que animaba á una y otra parte de llegar á una transacion que evitase nuevos sacrificios á las dos naciones.

Muley-el-Abbas se apresuró á reconocer que nada podia contra los españoles; que habia sido vencido en todos terrenos, y que su ejército estaba desmoralizado y deshecho, mientras que el nuestro se hallaba en un estado brillantísimo que nadie en Marruecos se hubiera podido imaginar.



Soldado moro que tenia el caballo de Muley-el-Abbas, durante la conferencia. (Del natural.)

—Dios no quiere que venzamos, dijo por último: pero tampoco querria que abandonásemos nuestra causa. Grandes males ocasionaria esta guerra á nuestros pueblos si nos empeñásemos en continuarla... Cortémosla de raiz.

O'Donnell elogió entonces grandemente el valor y la prudencia del príncipe, y manifestó con cuánto gusto se llegaba á él, no como vencedor, sino como amigo, dispuesto á hacer todas las concesiones compatibles con las bases de paz que le habia marcado su reina, y de las que no podria separarse ni un punto.

—Por lo demás, añadió; yo me alegro de que no se hayan ocultado á tu alta penetracion los grandes recursos con que cuenta España; pues solo así podremos entendernos y llegar á una avenencia.

—Veamos en qué términos, esclamó el viejo ministro.

—Ya debeis conocerlos, respondió O'Donnell, entregando al intérprete un pliego en que estaban las condiciones de paz traidas por Ustariz de Madrid y presentadas á los moros el dia 16.

El intérprete empezó á traducir al árabe aquel documento, parándose al final de cada artículo.

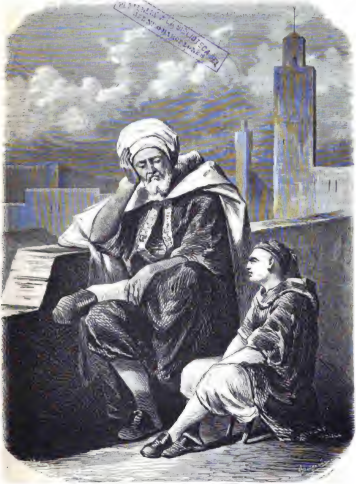
—*Bien... buena...* murmuraba entonces el *Jetib* en español: *el sultan quiere...*

T

Muley-el-Abbas no decia una palabra, y escuchaba las condiciones con los ojos fijos en el suelo y acariciándose la barba con la misma lentitud que antes.

Cuando se leyó aquello de que Tetuan pasaria á formar parte de la monarquía española, el príncipe suspiró como diciendo:

PERTENECE A LA BIBLIOTECA [illegible]



El alcalde de Tetuan y su hijo. (Del natural.)

—No vamos á conseguir nada...

El *Jetib* fué mas lejos, y esclamó con energía.

—¡Eso no!—Antes que ceder á Tetuan, morirán todos los marroquíes.

—¡Pues morirán! replicó O'Donnell herido por aquel tono.

Y se levantó con aire resuelto.

—Hemos concluido, añadió, tendiendo la mano al generalísimo de los moros.

Este alargó la suya, no para estrechar la del duque, sino para cogerle suavemente de la ropa y retenerle ó hacerle volver la cabeza.

En seguida, con un gesto bondadoso y triste, murmuró, dirigiéndose á Rinaldy.

—Dile que se siente.

—¡Morirán! repetia O'Donnell, dirigiéndose al ministro; pero tú no morirás por eso; porque tú no te bates; porque tú no sientes en esta guerra sino la mala pasion que te han inspirado tus amigos y consejeros.

Aludia á cierto cónsul de Europa.

—¡Siéntate! suplicó de nuevo Muley-el-Abbas.

O'Donnell se volvió á sentar.

—Tú lo deseas, añadió, dirigiéndose al kalifa; y yo me entenderé gustoso contigo; porque tú sabes lo que es la guerra, lo que son tus soldados y lo que son los de España.—¡Ah! esclamó encarándose de nuevo con el *Jetib*: si tú hubiéras sufrido y peleado como este heróico príncipe; si tú le hubieras visto, como yo, abandonado de sus tropas, tener que ensangrentarse en ellas para impedir su completa desercion; si tú le admiraras como yo le admiro, á él y á todos sus generales, que se han batido muchas veces en el lugar de los soldados, sin conseguir por eso ni una pasagera ventaja, serias tan prudente como él y no comprometerias tu nacion en una nueva campaña que os será mucho mas fatal que la primera.

—¿Y qué conseguireis vosotros? replicó el *Jetib*. ¿Tomar á Tánger?—La Europa no lo consentiria.

—¡La Europa! contestó O'Donnell... ¡llamémosla asi! Pero sea de la Europa, ó sea de una determinada potencia de la que tú hables, ten entendido que os prestará mañana la misma ayuda que os ha prestado hasta hoy. Los pueblos de Europa no pueden luchar entre sí tan fácilmente como tú crees; y un solo paso dado en contra de los designios de España, seria quizás el principio de una lucha en todo el continente.

—De cualquier modo, y sin que nadie se lo aconseje, repuso *Sidi-Mahommed*; el emperador no accederá nunca á quedarse sin la plaza que demandais.

—Hará mal; porque la reina de España la desea; sus tropas la han ganado, y yo estoy resuelto á todo, hasta que acepteis las condiciones que os dicte mi soberana. Para ello cuento con el ejército que conoceis y con grandes refuerzos que aguardo. El entusiasmo es cada vez mayor en España; sus hijos darán toda su hacienda y toda su sangre por someteros á la ley de la victoria, y yo no haré mas que aumentar mi fama y la de mi bravo ejército el dia que lo lleve (como lo llevaré si os empeñais,) á Tánger, á Fez y hasta á Mequinez. ¡Pues qué! ¿Juzgais acaso que yo ignoro lo que sucede en vuestra casa? ¿Creeis que habré yo estado tres meses entre vosotros sin enterarme de la situacion del imperio, de los riesgos que lo amenazan, de los partidos que lo dividen, de los enemigos que cercan al emperador? ¿Pensais que no sé que en este momento apenas cuenta este bizarro príncipe con seis ú ocho mil soldados; que la toma de Tetuan ha hecho vacilar el trono de S. M. cherifiana, y que el dia en que mis banderas victoriosas ondeen sobre los muros de Tánger, se hundirá con estrépito el poder del sultan; se declarará la mas espantosa anarquía en Marruecos; nos pedirán auxilio los partidos; (acaso nos lo han pedido ya); nosotros se lo daremos; pondremos en el trono á ese *Soliman*, que tanto se agita ó á cualquiera otro pretendiente, y obtendremos en cambio mas de lo que os exigimos ahora?

—Tienes razon, contestó Muley-el-Abbas; y asi comprendo yo este asunto. Pero el emperador, mi hermano, lo ve de otra manera desde tan lejos. Dame una prórroga de algunos dias y yo le escribiré diciéndole todas esas cosas...

—No puedo prorogar el plazo que cumple hoy, replicó O'Donnell. Yo seria un mal general si te dejara ganar dias en que reorganizar tu ejército. Yo debo aprovecharme de las ventajas que me ha proporcionado la fortuna de la guerra, y desde ahora mismo, si no suscribís á las condiciones de mi reina, quedo en libertad de emprender las operaciones sobre Tánger.

—Dame siquiera dos dias, insistió el príncipe. La contestacion del emperador al pliego que le remití la semana pasada tardará ese tiempo en llegar á mis manos. ¿Quién sabe si habrá reflexionado bien y accederá á vuestros deseos? Dos dias nada mas te pido, y despues... sea lo que Dios disponga.

—Príncipe, no puedo. Tú en mi caso, obrarias como yo. Hace quince dias te quedaban cuatro mil hombres y hoy tienes ya ocho mil. Cada dia que pasa, aumenta tus fuerzas. Yo no deseo ni necesito tanto la paz, que comprometa por conseguirla la vida de uno solo de mis soldados. Pero si mañana, si cualquier otro dia, tienes algo nuevo que decirme, yo recibiré tus parlamentos donde quiera que me halle; lo mismo en medio de una marcha que en medio de la refriega.—En el Fondac, en Tánger, donde quiera que vea venir una bandera blanca, suspenderé el fuego y escucharé á tus embajadores.—Ahora, adios: siempre consideraré una grande honra haber combatido y hablado con un general tan valiente y un príncipe tan ilustre como tú. Desde este momento volvemos á ser enemigos, pero no por eso disminuirá mi consideracion á tu persona.

—Lo mismo te digo en todo, respondió Muley-el-Abbas sumamente conmovido. Dios lo quiere... Dios ilumine la razon del emperador... Yo no soy mas que un ciego instrumento de ambos.

—No me separaré de tí, añadió el duque de Tetuan, sin tener el gusto, si me lo permites, de presentarte á mis bravos generales, que tanto han contribuido á decidir en mi favor la victoria.

—Mucho deseo conocerlos, respondió el kalifa.

O'Donnell llamó entonces á los cinco generales que le acompañaban, y los fue presentando al príncipe uno por uno.

Esta escena fue sumamente rápida y ceremoniosa.

Por último, diéronse la mano los dos caudillos, de la manera solemne que te puedes imaginar, y un nuevo abismo de sangre los separó desde aquel momento.

Los moros quedaron en la tienda. Nosotros montamos á caballo y nos dirigimos á escape á donde aguardaban el cuartel general y la escolta.

La vuelta á Tetuan fue muy animada.

—¿Guerra? nos preguntaron los que habian quedado atrás, buscando la contestacion en nuestros rostros.

—¡Guerra! les respondimos.

—Pues ¡guerra! esclamó todo el mundo.

Y aquellas esperanzas de paz, concebidas el dia de la toma del campamento, y que nos habian halagado durante tres semanas, remontaron el vuelo y desaparecieron de nuestra vista, dejando en su lugar, en nuestro corazon, cierta renaciente ira, que pugnaba por ahogar las severas voces con que la razon nos gritaba que habiamos hecho mal en provocar nuevas lides despues de cumplido el objeto que nos sacó de nuestra patria.

Pero, en fin, ya no hay que pensar en esto.—Las circunstancias vuelven á llamarnos á la guerra...—¡Guerra, pues! Soldados somos... Aquí están nuestras vidas.

LVII.

Relámpagos de nuevas hostilidades.—Asesinatos.—Llegada de los tercios Vascongados.—Bombardeo de Larache y Arzilla.

Tetuan 29 de febrero.

Cerca de una semana hace que no te escribo, y al cabo de este tiempo, fecho todavía mis cartas en Tetuan, cuando acaso esperabas ya recibirlas del Fondac, de Tánger, ó del camino de Fez.

Pero, amigo, el hombre pone y Dios dispone: un furioso *levante*, que se declaró al mismo tiempo que la nueva guerra, como si fuesen compañeros inseparables, ha impedido el desembarco de víveres y municiones durante algunos dias, asi como el de los tercios vascongados y demás tropas que han de reforzar nuestro ejército.

A pesar de todo, la última semana ha sido fecunda en acontecimientos.

No bien llegó á su tienda el general en jefe, de vuelta de su entrevista con Muley-el-Abbas, conferenció largamente con el general Bustillo, comandante general de la escuadra, quien partió inmediatamente para el mar, con órden de pasar al Océano y bombardear los puertos que allí tiene el imperio marroquí.

Entre tanto, los moros residentes en Tetuan se enteraban como todo el mundo del nuevo rompimiento de hostilidades, y corrian á encerrarse en sus casas, no ya con aquel aire melancólico que lo hicieron cuando tomamos la ciudad sino con el rostro iluminado por la alegría, como si la esperanza renaciese en sus corazones y respirasen ya el olor de la pólvora sarracena y de la sangre cristiana.

Desde entonces, ha principiado una larga serie de asesinatos, de robos, de pérdidas de soldados y de emboscadas en los caminos que fuera interminable enumerar.—Muley-el-Abbas ha mandado á decir á las kabilas que cercan esta plaza, que considerará traidores, y autoriza á todo el mundo para que les corte la cabeza, á los moros que se acerquen á Tetuan con víveres ú otro cualquier objeto de comercio ó de socorro; pues lo que se debe hacer es bloquearnos dentro de estos muros, no permitirnos apartarnos de ellos, erizar de dificultades nuestra comunicacion con la Aduana, privarnos de cuanto puedan y esperar un momento en que caer todos juntos sobre Tetuan y pasarnos á cuchillo.

Consecuencia de esta órden es, en primer lugar, que volvemos á vernos reducidos á los víveres que nos traen de España; que no podemos bajar á la Aduana despues de las cuatro de la tarde sin sufrir las descargas que nos hacen invisibles enemigos desde la orilla derecha del Guad-el-Gelú; que los soldados que salen á lavar y se alejan un poco de la plaza son hechos prisioneros ó alevosamente asesinados; que de noche, dentro de la misma ciudad, se repiten estos horrores con los centinelas, con los soldados alojados en casas de moros ó con los que pasan por la calle, sin escluir á los guardias civiles que van de ronda.

Y contra esto no hay defensa. Todavía no se ha podido coger á un solo agresor. Nunca se sabe de dónde viene el golpe; y el castigo se impone á ciegas, mas bien con ánimo de prevenir nuevos delitos, que de vengar los ya perpetrados.

De cualquier modo, y como un dato relativo á lo que seria la conservacion de Tetuan en nuestro poder contra la voluntad de los moros, bueno es que te fijes en el hecho de que cuarenta mil soldados, establecidos dentro y fuera de la plaza, no bastan á garantir la vida ni la hacienda de sus moradores contra la perfidia (¡ó el patriotismo!) de los musulmanes.

¿Qué sucederia cuando quedase aquí una exigua guarnicion y saliesen nuestros colonos á cultivar esos hermosos campos; nuestros pastores á llevar sus ganados por esas sierras; nuestros arrieros á traginar por esos caminos?

Aquí no puedo menos de confesar que la actitud de los moros con la invasion española es la misma que adoptamos nosotros con la invasion francesa.—Piensa tú en lo que sucedió entonces en la península, y calcularás lo que podrá sucedernos en Africa andando el tiempo.—Creo que se hace subir á *medio millon* de franceses el número de los que devoró nuestra tierra en el espacio de seis años.

A propósito de tropas: los tercios Vascongados llegaron al fin el dia 27.

Sabrás que los manda el general don Cárlos María Latorre.

Compónense de gente hermosa, alta y robusta, como lo es siempre esta raza privilegiada.

Del clásico traje de su país, solo han conservado la boina, la cual basta para darles no sé qué aire antiguo y romancesco que previene en su favor.

Cada tercio lleva el nombre y se compone por lo general de gente de cada una de las tres provincias hermanas.

El general en jefe los revistó ayer 28, y hallándolos, naturalmente, faltos de instruccion, ha mandado que por ahora guarnezcan la Aduana, y se ejerciten en la llanura de Guad-el-Gelú.

Hoy, en fin, hemos recibido la noticia del bombardeo de Larache y Arzilla por nuestros buques de guerra, verificado en los dias 25 y 26 del actual.

Esta importante operacion, que por sus especiales circunstancias tanto honra á nuestra marina, debe quedar consignada estensamente en este *Diario*, por si algun dia llega á convertirse en *Crónica*, y sirve de dato para la confeccion de una historia de la guerra de Africa.—He hablado, pues, largamente con algunos de los marinos que han tomado parte en la refriega, y hé aquí la relacion detallada de todo lo ocurrido.

Despues de conferenciar con el general O'Donnell de la manera que sabemos en la famosa tarde del 23, el general de Marina don José María Bustillo bajó á la mar; y al amanecer del dia siguiente puso en la fragata capitana (*Princesa de Asturias*), la señal de dar á la vela.

En su consecuencia, tanto los buques que se hallaban fondeados en la bahía de Algeciras, como los que habia en Puente-Mayorga, con viento al Este fresco y sobre dos y tres anclas, estuvieron en movimiento al mediodia, es decir, á las cuatro horas de haber puesto la señal en Tetuan.

En el primer puerto se encontraban los buques siguientes: navío ***Reina Isabel II***, vapor ***Isabel II***, fragata ***Cortés***, corbeta ***Villa de Bilbao*** y vapor ***Colon***; y en el segundo; fragata ***Blanca***, vapor ***Vasco Nuñez de Balboa***, vapor ***Vulcano***, goleta ***Céres***, goleta ***Edetana*** y goleta ***Buenaventura***.

Segun estaba prevenido de antemano, y prévias las señales de banderas que ordenan los movimientos de los buques, todos levaron sus anclas, pasando inmediatamente los vapores ***Isabel II***, ***Colon*** y ***Vasco Nuñez*** á tomar á remolque respectivamente al navío ***Reina***, fragata ***Cortés*** y corbeta ***Villa de Bilbao***, que siendo barcos puramente de vela, no podian por sí solos seguir la marcha y movimientos de los de vapor.

Esta escuadra tan ***heterogénea***, compuesta de embarcaciones de todas clases, de hélice y de ruedas, navíos, fragatas y goletas, formó en dos columnas para franquear la bahía de Algeciras.

Libre ya de puntas á las tres de la tarde, la escuadra hizo rumbo al Oeste un cuarto Noroeste, á fin de desembocar ganando sobre la costa de Africa.

Los remolcadores llegaron á un andar de cinco millas con el viento fresco en popa.

En el Estrecho reinaba viento al Este fresquito y mar bonanza.

Empezó entonces la escuadra á gobernar á longo de costas, y á la una de la noche se hallaba sobre el cabo Espartel.

Una vez al Oeste del mismo cabo, empezó á sentirse mar del Noroeste con fuertes corrientes al Oeste, que obligó á enmendar el rumbo mas al Sur.

Al amanecer se encontraba la escuadra en el paralelo de Arzilla, avistando á las ocho de la mañana la poblacion de Larache, á cuyo fondeadero se dirigió.

Larache es la segunda plaza fuerte que el imperio marroquí tiene en el Océano.

Hállase situada en anfiteatro sobre la misma costa, en la orilla izquierda de un pequeño rio que le sirve de puerto; pero solo para buques de escasa calada por el poco fondo que hay en su barra.

Está amurallada y defendida por siete baterías con unos sesenta cañones de grueso calibre.

Una de estas baterías está situada sobre una colina, á la izquierda de la poblacion, y las demás distribuidas en la costa por el frente de ella, cubiertas con tierra y matorrales, de suerte que nuestros marinos no las vieron hasta que principiaron á romper el fuego.

A esta hora se llamó el viento al Sudeste flojo, aumentando la mar del Noroeste, y el general Bustillo dió por telégrafo la órden de acoderarse en una línea Noroeste—Suroeste por las siete á nueve brazas, ocupando la cabeza Suroeste la fragata ***Princesa***, de su insignia, y seguidamente el ***Reina***, ***Blanca***, ***Bilbao*** y ***Cortés***, con sus remolques, debiendo flanquear los demás buques sin dar fondo.

A las diez de la mañana empezaron á jugar las banderas de señales en la fragata ***Princesa***, dando las órdenes convenientes al mejor éxito del ataque y concluyendo con la de *zafarrancho de combate*.

Al distinguirse esta, los tambores y cornetas de todos los buques, tocaron generala, y cada uno corrió á ocupar su puesto: unos al servicio de los cañones; otros á la conduccion de la pólvora y granadas desde los respectivos pañoles ó almacenes hasta las baterías y cañones, y otros en fin, á la maniobra de velas y fusilería.

Todo así preparado y listo, á las once y media de la mañana se halló nuestra escuadra en frente de la plaza y lo mas próximo que la sonda permitia.

Desde el momento en que los buques empezaron á encontrarse dentro de tiro de cañon de la plaza, rompió esta el fuego con todas sus baterías, continuando aquellos en silencio hasta despues de fondeados y acoderados.

Un cielo despejado y un sol radiante contribuian á engrandecer el magnífico espectáculo que ofrecia nuestra escuadra alineada al frente de las costas berberiscas y presentando sus costados á los invisibles cañones enemigos.

Para que la línea descrita anteriormente quedara en una posicion ventajosa, se adelantó la ***Princesa*** costeando muy atracada á la barra, que estaba completamente cerrada, tomando posicion en las ocho brazas; y tan luego como estuvo acoderada, rompió el fuego contra las dos baterías que hay al Oeste de la poblacion, y hasta las doce estuvo batiéndolas sola; pues para marcar bien la línea á los otros buques, se adelantó bastante espacio.

En todo este tiempo, habia ido entrando mucha mar de leva, que aumentaba progresivamente á medida que pasaba el tiempo.

Al mediodia tomaron su puesto el ***Isabel II*** y el ***Reina***, verificándolo poco despues la ***Blanca***, la ***Cortés*** y ***Bilbao*** con sus remolcadores y los buques sueltos, que eran el ***Vulcano***, la ***Céres***, la ***Buena-Ventura*** y la ***Edetana***, rompieñdo todos el fuego segun iban ocupando sus posiciones.

El espacio reducido en qué maniobraban, la mar gruesa de través y lo largo de los remolcadores hacian sumamente difícil la operacion de acoderarse los buques; pero sus comandantes maniobraban con acierto, ocupando sus puestos denodadamente bajo el fuego de las baterías enemigas y á distancia de unos cuatro cables de ellas.

La mar gruesa del Noroeste que, como decimos, era completamente de través, y los balances violentos que ocasionaban sus olas al estrellarse en los cascos de los buques, impidieron al ***Reina*** hacer uso de su primera batería.

La ***Cortés*** y ***Bilbao*** solo pudieron hacer con sus baterías bajas la cuarta parte de los disparos que hubieran hecho con las del alcázar y castillo, tocándose el mismo inconveniente en los demás buques.

A pesar de todo, el fuego se sostuvo muy animado, logrando acallar el del enemigo, que solo hacia sus disparos cuando los repetidos balances mitigaban algo el de los buques.

Estos se batian en tan malas circunstancias como lo hubieran hecho en alta mar corriendo *un tiempo*.

El manejo de la artillería con tales condiciones habla muy en favor de los equipajes, que sin embargo de componerse en su mayoría de gente recien entrada en el servicio, se condujeron con la mayor inteligencia, llenando cumplidamente los deseos de su entendido y bizarro general.

Aunque flojo, se llamó el viento al Sudoeste á las doce y cuarto, y por el cariz y la opinion de los prácticos, comprendió el general Bustillo la urgente necesidad de ponerse al abrigo del temporal que podia sobrevenir, y en el cual los buques remolcados sobre todo, se verian en estremo comprometidos con el viento de travesía.

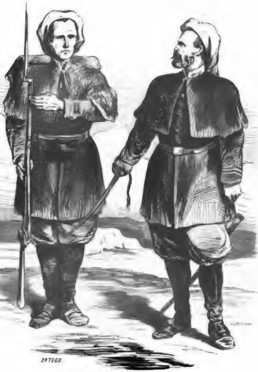
A pesar de esto, duró el combate hasta la una y veinte, en que aumentando la mar por momentos, y siendo por tanto mas frecuentes y violentos los balances, hizo el general la señal de levar anclas y dar la vela.

Aquí debemos consignar un hecho en estremo notable y que es un ejemplo mas del heroismo con que nuestros marinos se han conducido en la guerra de Africa.

Dada la órden de levar anclas, lo hicieron al mismo tiempo el vapor *Isabel II* y el navío del mismo nombre, que aquel remolcaba; pero faltaron los remolques ó cuerdas que los unian, (rotos sin dúda por alguna bala enemiga,) y el navío, dando la popa á tierra, se fué sobre la *Blanca*, que continuaba en su línea de combate.

—¡*Que se nos echa encima*! gritó el equipaje de esta, viendo la inminencia del peligro.

—Dejadle venir, contestó don Tomás Alvear, comandante de la *Blanca:* aunque nos destroce el costado, se librará de varar en la playa y del fuego de los moros.



Voluntarios de los tercios Vascongados.

Y respondiendo bizarramente con sus baterías al fuego que empezó á hacer la plaza, animada por la retirada que estaban ejecutando todos los demás buques, se mantuvo firme, sosteniendo el combate por largo rato, en tanto que el navío pasó casi rozándole por la proa, desrizando sus velas poco á poco, hasta que ya pudo maniobrar y salirse fuera de tiro...

Entonces la *Blanca*, cumplida ya su generosa mision, levó un ancla; pico la otra en el acto, y con un movimiento recto y preciso, se deslizó sin embarazar la lenta marcha del perezoso navío, uniéndose los dos, á poco, al resto de la escuadra.

Allí oyó el comandante Alvear los justísimos elogios que sus jefes y compañeros se apresuraron á tributarle por su bizarra y noble conducta y por la serenidad que habia manifestado en el arriesgado lance, recibiendo repetidas veces las gracias y plácemes del valeroso y entendido hombre de mar, brigadier Quesada, comandante del Navío.

Tambien el comandante del *Reina* demostró al ejecutar la maniobra de levar anclas, la justicia del concepto que disfruta como esperimentado marino. Todos, en fin, y cada uno por su parte, contribuyeron al mejor éxito de esta empresa, de tantos inconvenientes rodeada, y tan felizmente llevada á cabo.

A las dos de la tarde concluyó el combate, y ordenando el general Bustillo la misma formacion de dos columnas, gobernó al Noroeste para poder franquear de la costa á los buques que carecian de movimiento propio.

La mar era tan tendida á las cuatro de la tarde como lo habia sido á las dos sobre Larache. Con las apariencias del viento al Oeste y la gran mar de leva del Noroeste, el general juzgó oportuno navegar hácia el Estrecho, verificándolo asi por la noche, notándose segun se ganaba en latitud, que el viento rolaba al Norte y Nordeste.

Al amanecer se halló la escuadra sobre el cabo Espartel, é hizo rumbo al Sur con objeto de batir los fuertes de la poblacion de Arzilla, cuya operacion se verificó por contramarcha, formando una sola línea las dos columnas y dejando para flanquear las tres goletas de hélice y el vapor *Vulcano*.

Arzilla, tristemente famosa por haber desembarcado en ella la espedicion del rey don Sebastian, se halla asentada tambien, como Larache, en forma de anfiteatro sobre la costa y rodeada de pequeñas colinas.

De menos consideracion que la primera, solo tiene cuatro baterías con unos veinte cañones, sobre una muralla que la defiende del mar.

Toda la poblacion se hallaba en las azoteas de sus blancas casas, al darse á la vista las primeras velas españolas.

Aquellas pobres gentes sabian sin duda lo ocurrido en Larache el dia anterior.

Al sonar los primeros disparos, todos aquellos infelices huyeron despavoridos á las colinas mas remotas, desde donde contemplaron tristemente la demolicion de unas casas, el incendio de otras y las anchas brechas que nuestros proyectiles abrian en las murallas de la ciudad.

A las doce del dia (26) se formó la línea de combate, quedando á barlovento los cuatro buques menores flanqueadores.

Entonces el general Bustillo gobernó á atracar los arrecifes que á dos cables despide Arzilla, marchando á la cabeza con la *Princesa de Asturias* por un braceaje de siete y media á ocho brazas.

A las doce y cincuenta y cinco se oyeron los primeros disparos del enemigo, y á la una y dos rompió el fuego la *Princesa*, siguiéndole la *Blanca*, el *Isabel II* con el navío *Reina*, el *Colon* con la *Cortés*, y el *Vasco Nuñez* con la *Villa de Bilbao*, colocándose al Norte los flanqueadores, que hicieron durante dos horas y media un vivo fuego de granada.

Repetido dos veces mas este movimiento por todos los buques, cesó el fuego á las tres y cinco, despues de haber causado mucho daño á la poblacion.

A una legua de Arzilla, el general llamó á bordo á los comandantes para coordinar el ataque de Salé y Rabat, dándoles las instrucciones convenientes para maniobrar en caso de cambio de tiempo, y enviando á las cinco de la tarde á Cádiz la *Buenaventura* para que llevara noticias y remediase las averías de sus colisas, asi como al *Vulcano*, que tenia partidos el bauprés y el mastelero de velacho.

Al anochecer estaba el viento al Nordeste flojo, con mar del Noroeste; sin embargo, la escuadra siguió su rumbo al Sur, aunque convencido el general Bustillo de que por poca que fuese la mar en el paralelo de Espartel ó Arzilla, debia ser muy grande en Larache y mayor aun en Rabat.

A eso de las nueve aumentó estraordinariamente la mar de leva y saltó el viento al Noroeste fresquito... Era cosa de volverse.

Con todo; aun no queria el general desistir de la espedicion á Rabat, pero viendo que á eso de las once continuaba la mar siempre tendida y el viento de afuera; temiéndose que llegara el caso de que los remolcadores no pudieran sacar á barlovento á los remolcados, hizo señal de rumbo al Norte, y arreglando á tres millas el andar de la *Princesa*, tuvo mas de una vez que parar para aguardar al *Vasco Nuñez*, que apenas arrancaba dos, á la *Villa de Bilbao* y al *Isabel II*, que apenas llegaba á hacer andar tres al navío *Reina*.

Al amanecer se encontró la escuadra diez y ocho millas O. S. O. de cabo Espartel; y montándolo á las once, se dirigió á Algeciras, donde fondeó con todos los buques á las seis de la tarde.

Las pérdidas en esta espedicion consistieron en un muerto, ocho heridos y tres contusos.

Las del enemigo se ven ya pintadas con dolorosas cifras en el rostro de los habitantes de Tetuan, quienes esta tarde se han hablado algunas palabras en el café, alzando los ojos al cielo, como demandándole venganza.

Mr. Chevarrier, que como sabes entiende el árabe, me dijo que todos se contaban lo ocurrido en Arzilla y en Larache, lamentando la muerte de muchos amigos y el incendio de bastantes casas.

Para los inteligentes lo notable de esta espedicion consiste en haberse llevado á feliz término en medio de un verdadero temporal, sobre una de las mas peligrosas costas del Océano.

El general Bustillo habia prometido al general O'Donnell que España se anticiparia á Marruecos á inaugurar el segundo período de la guerra, y lo ha cumplido á riesgo de perecer con toda la escuadra.

Tres dias despues de romperse las negociaciones de paz bajo la tienda de Muley-el-Abbas, dos nuevas ciudades del imperio han sufrido el rigor de las armas españolas.

¿Querian guerra?—¡*Pues guerra*! como dicen ahora nuestros soldados.

LVIII.

La kabila de *Busemeler*.—El Eco de Tetuan.—La campana y el judío.—El poeta *Chorby*.—El amor de una mora.

Dia 1.° de marzo.

Hace dos dias que estamos en guerra abierta con un pueblecillo de la inmediata sierra, llamado *Busemeler*, de donde son en su mayor parte los moros que, ocultos en los cañaverales y en la maleza, asesinan á mansalva á los soldados que bajan á lavar al rio.

La posicion de este pueblo no puede ser mas pintoresca ni mas formidable. Colgado, por decirlo asi, en la áspera ladera de una empinadísima montaña, divísase desde todo Tetuan como un nido de golondrinas adherido á una gigantesca torre; en tanto que su proximidad á los inaccesibles picos de la sierra de Samsa proporciona á sus moradores un impenetrable refugio.

Animada, pues, por la seguridad de no ser nunca habida ni castigada, la kabila de Busemeler, que se nos habia sometido espontáneamente pocos dias despues de nuestra entrada en Tetuan, nos hostiliza de mil maneras desde que se interrumpieron las negociaciones de paz, habiendo llegado el caso de matarnos tres soldados en solo un dia, que creo fue el 27 por la tarde.

En su consecuencia, el 28 por la mañana se dirigió un batallon á dicho pueblo, á fin de intimar á los fieros montañeses que si continuaban en sus tropelías se pondria fuego á sus casas y serian tratados con todo rigor cuantos moros se cogiesen pertenecientes á su kabila.

Pero los de Busemeler no se dejaron hacer la intimacion, sino que despreciando la imponente fuerza que se dirigia á sus aduares, la recibieron á tiros y batiéronse durante mas de una hora en lenta retirada por las empinadas cumbres, en las cuales se sentaron tranquilamente y se pusieron á fumar.

Intimóseles, por medio de un prisionero, que se rindiesen ó que de lo contrario perderian sus viviendas, á lo que contestaron con salvajes ahullidos y carcajadas, y disparando de nuevo algunos tiros, visto lo cual por nuestra gente, puso fuego á cuarenta casas de las mas grandes del pueblo, y mandó á decir á los moros que si repetian sus atentados en el rio, volverian nuestros soldados con hachas y no dejarian de pié ni un solo frutal en todo Busemeler.

Pues, ¿lo creerás?—Los feroces montañeses no han escarmentado. Ayer nos mataron un soldado y se llevaron otro, y esta mañana han bajado en gran número é intentado robarnos algunas vacas de la administracion militar.

En vista de esto, salió inmediatamente para la sierra un batallon provisto de trescientas hachas, con ánimo de arrasar todo lo que encontrase á su paso; pero algun moro, sin duda, les avisó de nuestras intenciones, y los vecinos de Busemeler han salido al encuentro de nuestra gente, llorosos y arrepentidos, pidiendo piedad para sus queridos árboles... ¡ellos que no la pidieron el dia anterior para sus casas ni para sus hijos!

Creo inútil decir que fueron perdonados.

En cambio, el jefe de la kabila prometió volver á someterse al general O'Donnell de una manera oficial, á cuyo fin dijo que bajaria mañana á visitarle con algunos de sus compañeros.

Supongo que esta paz durará veinte y cuatro horas.

Con que vamos á otro asunto.

Hoy, amigo mio,—1.° de marzo de 1860,—es un dia muy solemne para el imperio de Marruecos, por mas que los marroquies no tengan noticia alguna de semejante solemnidad.

Hoy ha empezado á funcionar en esta tierra la bienhechora máquina de Guttemberg.

Hoy ha aparecido aquí el primer número de un periódico titulado: EL ECO DE TETUAN.

Cabe, pues, á España la gloria de haber sido la primera que ha traido al Africa, siquier en tímidos y pasajeros ensayos, los mas grandes inventos de la civilizacion.

Mañana acaso se habrán borrado sus huellas; pero el hecho moral subsistirá siempre.

No me he propuesto yo otra cosa al fundar dicho periódico.

Quiero que en algun tiempo; cuando este pais despierte de su mortal letargo; cuando entre en la comunion de los pueblos; cuando aprecie y ame ya todo lo que hoy aborrece ó desconoce; cuando sea, en fin,—que lo será irremisiblemente antes de cien años,—una nacion culta, civilizada, cristiana, amiga de la humanidad, se diga por la raza que lo habite, que en el año de 1860 pasó por aquí un ejército de españoles, y que este ejército no solo tendió los hilos eléctricos y las vias férreas sobre la llanura de Guad-el-Gelú y surcó las olas de este rio con barcos de vapor, sino que imprimió un periódico dentro de los muros de Tetuan; es decir, que por medio de él tomaron posesion de este imperio las ideas que han de regenerarlo en un tiempo mas ó menos distante.

Por lo demás, y á fin de que duren siquiera tanto como haya de durar este libro, creo que estoy en el deber de insertar aquí, por vía de muestra, los dos primeros artículos del primer número del ECO DE TETUAN.

Hay ademas en ellos ciertas noticias y pormenores que tambien pertenecen á la historia, y que por este medio se salvarán del insondable olvido.

Dicen así:

«INTRODUCCION.—No lo ocultaremos. Al coger hoy la pluma para redactar las primeras líneas de este humilde periódico, la mas dulce emocion embarga nuestro ánimo y un inefable sentimiento de orgullo y de alegría nos hace derramar lágrimas de entusiasmo y regocijo.

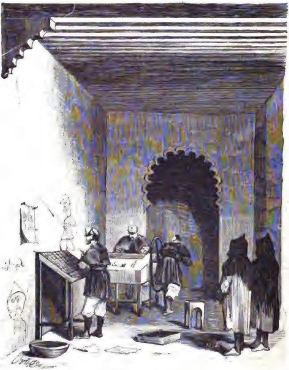
¡Sea; sea en el nombre de Dios y en el de nuestra cara España; sea en el insigne idioma castellano; sea bajo la bandera triunfante de Jesucristo como nazca á la luz pública el primer periódico del imperio de Marruecos, y regocíjese en su tumba el inmortal Guttemberg al ver volar por estos horizontes la palabra impresa, pálida estrella hoy, como nacida de nuestro pobre entendimiento, pero que algun dia llegará á ser claro sol de verdad, que esparza resplandores de amor y de justicia en la tenebrosa mente de los africanos!

Mas no somos nosotros, agentes ciegos y fatales del espíritu sublime que hoy anima á nuestra madre patria; no somos nosotros los que debemos envanecernos de la nueva conquista que realiza la civilizacion de Europa al plantar su cátedra (la prensa) sobre el territorio que ayer era marroquí: es España la que debe ceñir á su frente tan inmarcesible lauro; España, que en brevísimos dias ha hecho pasar el Estrecho de Gibraltar, en medio de sus legiones armadas, y avanzar de campamento en campamento, siempre en pos de la victoria, las grandes maravillas del siglo XIX, los mas ópimos frutos del progreso, las obras mas portentosas de la libertad, el telégrafo eléctrico, el vapor y el ferro-carril, y que hoy establece la imprenta sobre los viejos manuscritos de las bibliotecas de Tetuan; España, que entre lagos de sangre, nubes de pólvora inflamada, montones de cadáveres apilados por la peste y tormentas y naufragios horrorosos, ha dado al pueblo marroquí ejemplos de caridad y de hidalguía, de generosidad y largueza, de tolerancia á todos los ritos y religiones, de respeto á la propiedad y á las costumbres, de piedad con el vencido, de amor al desgraciado, de admiracion al heroismo sin fortuna, y que, aprovechando los cortos intervalos en que calla la voz de los cañones, levanta la voz persuasiva de la prensa, y pasando la espada de la una á la otra mano, esgrime las armas de la razon bajo la bandera de parlamento que tremolan los derrotados islamitas.

Por lo demás, bien puede morir ó suspenderse mañana este periódico, cuando el clarin de guerra vuelva á resonar llamándonos á nuevas lides; tambien puede ser que su segundo número se publique lejos de Tetuan, bajo una tienda de lona, en el aduar de un pastor morisco ó en otras ciudades de Marruecos; pero de cualquier modo, el hecho quedará consignado: nuestro propósito servirá de guia á los que nos sucedan; la prensa renacerá de sus cenizas en estas comarcas, y poetas, publicistas, sabios, filósofos pueden honrar á Tetuan en tiempos mas ó menos remotos, que nos den con sus recuerdos y con su estimacion el único premio á que aspiramos al ofrecer al público este pobre testimonio de nuestro amor á España.—Pedro Antonio de Alarcon.»

«Administracion.—Hace poco mas de tres semanas (desde el inolvidable dia 6 de febrero), que la ciudad de Tetuan forma parte de la monarquía española, y causa ya asombro considerar los trabajos concluidos para atender á sus mas urgentes necesidades.

Vamos á relatarlos sumariamente., y nuestros lectore podran juzgar por sí mismos de la provechosa eficacia de nuestra dominacion en este país.



Imprenta donde se tiró *El Eco de Tetuan*.

Una vez tomada posesion de la ciudad, el general en jefe confió el mando de la misma al general don Diego de los Rios, quien la ocupó con ocho batallones, hospedándose en ella y nombrando un gobernador, un mayor y tres ayudantes de plaza.

Mandóse una compañía á cada puerta y otra á los fortines y polvorines, en tanto que se nombraba un batallon de ronda, y se estableció el principal en la plaza mayor, que se denominó *de España*, y casa de los antiguos gobernadores.

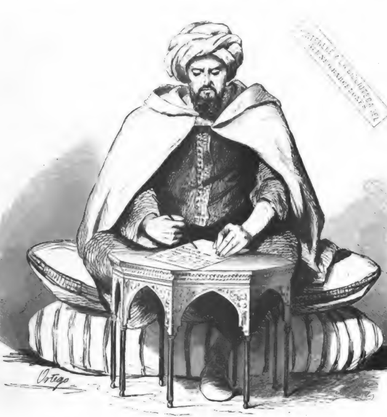
Procediéndose luego á la organizacion civil, nombróse alcalde de los moros á Al-Hache Hamet Abel, y alcalde de los hebreos á Levi Cases, asi como un concejo municipal de seis hebreos y seis moros, á los que se repartieron distintas atribuciones.

Enterráronse setenta cadáveres que habia en las calles y casas, de resultas del motin que precedió á la entrada de los españoles, y atendido á que los judíos pedian pan, señalóse á cada uno de los indigentes una peseta diaria, quedando á su cargo limpiar la poblacion, para lo que se les facilitaron camellos, carros y acémilas.

Al mismo tiempo el Estado Mayor trazaba desde la

Alcazaba el plano de la ciudad, dividiéndola en cuatro cantones ó distritos militares: púsose nombre á las calles, puertas y castillos, dando á los fuertes los nombres de la familia real, á las calles los de los batallones y hechos de armas de esta campaña y denominando á las puertas de Tánger, el Cid, la Victoria, la Reina, los Reyes Católicos y Alfonso XII.

Organizóse policía política y de seguridad, la que procedió en seguida á formar un padron por barrios, designando las casas vacías y las ocupadas, numerándolas todas y espresando el número de sus habitantes, con sus nombres y los datos posibles acerca de los ausentes.



El poeta marroquí Chorbi. (Del natural.)

El alumbrado público corrió primero por cuenta del ejército; despues se mandó á cada diez vecinos que costeasen un farol hasta las diez de la noche, esperándose hoy una gran remesa de faroles antiguos de nuestras ciudades de España, que envia el ministro de la Gobernacion.

Se han publicado bandos para el respeto de la propiedad: se han nombrado serenos moros con patrullas de soldados nuestros; puesto guardias en las casas abandonadas y en las mezquitas; recogido las armas á la poblacion marroquí; invitado á los moros de las cercanías á que traigan al mercado comestibles, garantizándoles la seguridad y el provecho, y llamado por edictos á los que habian abandonado sus casas y demás propiedades, conminándoles con que de no hacerlo en un plazo que se ha prorogado dos veces, el Estado se incautaria de todo.

Al mismo tiempo se establecian hospitales para cristianos, moros y judíos; se situaba el mercado en la calle de la Albuera, cerca de una puerta de la ciudad, á fin de que pudiesen acudir cómodamente á comprar los soldados de todos los campamentos; abríanse fondas y cafés; componíanse los caños de desagüe, trasladábase el matadero á un lugar higiénico; dábase alojamiento á las tropas en la Judería y barrio de los moros; nombrábanse varias juntas compuestas de las tres razas susodichas; una para nivelar el valor de la moneda, la cual espuso al público un cuadro comparativo en tres idiomas y con muestras de toda clase de monedas españolas y moriscas; otra para hacer una tarifa de comestibles á fin de evitar abusos; otra para investigar los bienes religiosos de eremitas y patronatos, y otra para estudiar el sistema arancelario de los moros en los voluminosos libros que se encontraron en la Aduana. Buscóse la oficina de hipotecas á fin de saber á qué atenerse en punto á las propiedades, y se halló que en este pais no existia, pues las traslaciones de dominio se verificaban en una forma judicial.

Por último, se designó para templo cristiano una mezquita situada en la plaza; hiciéronse en ella algunas obras, y se bendijo y abrió al público el domingo 11 de febrero, celebrándose una solemne misa con *Te-Deum* y sermon por el P. Sabatel, con asistencia de todos los capellanes del ejército, á cuyo templo se dió el nombre de Nuestra Señora de las Victorias.

Tales han sido los trabajos hechos hasta ahora para el mejoramiento de la ciudad. Hoy se piensa en la construccion de cuarteles, fortificaciones, baños medicinales y de placer y otras empresas importantísimas.

Cuanto se diga en elogio del general Rios y del coronel Artaza será siempre poco en comparacion de la actividad é inteligencia que han desplegado en el desempeño de sus difíciles y apremiantes cometidos.»

Dia 4 de marzo.

A propósito de letras,—y como último cuadro de costumbres mahometanas y de mis impresiones en Tetuan, pues temo fatigar demasiado tu atencion,—voy á referirte todo lo que he hecho hoy.

Esto te proporcionará la ventaja de conocer á tres insignes personajes, con quienes estoy en la mejor inteligencia hace algunos dias, y que son, como quien no dice nada, los dos moros mas notables y la mora mas hermosa que viven actualmente en esta plaza.

Pero empecemos por el principio.

Esta mañana á cosa de las seis, despertóme una *diana* de nuevo género, que resonaba sobre mi cabeza, y que no era ya el canto de las golondrinas que habitan en mi mismo cuarto, ni menos el cotidiano estruendo matutino de cornetas y tambores.

A uno y á otro me he acostumbrado ya, y no consiguen despertarme.

Era otra clase de diana, que resucitaba en mi corazon ecos dulcísimos; que, dormido y todo como me encontraba, me producia un inefable bienestar; que me halagaba como debe de halagar una fresca brisa al peregrino que duerme la siesta bajo una palma del desierto; que me hizo despertar en fin, lleno de aquella plácida ventura que esperimenté en Ceuta la primera mañana en que salió el sol despues de muchos dias de espantosos vendabales.

—¿Dónde he oido yo esta melodía? me preguntaba hoy. Yo conozco esos vibrantes y lánguidos sones... Yo no les he oido hace mucho tiempo... ¡Pero yo los amo!

En esto acabé de despabilarme, como suele decirse, y comprendí que lo que oia era una campana que tocaba á misa en la torre de la nueva iglesia, que linda precisamente pared por medio con mi dormitorio.

Aquella campana habia llegado de España ayer tarde, y esta mañana ejercia por la primera vez su sagrado ministerio.

Entonces recordé tambien que hoy era domingo segundo de cuaresma.

Y todas estas cosas, y el ocio, y el temporal que retrasa nuestra marcha sobre Tánger, y el no saber qué hacerme durante todo el dia, pues Tetuan empieza á parecerme monótono, me pusieron de mal humor... lo cual es de muy buen agüero cuando acontece por la mañana temprano.

Así me ha sucedido hoy:

Pocos momentos hacia que me hallaba despierto, cuando penetró en mi cuarto *Jacob*, mi criado hebreo.

Traia aquella cara de bienaventurado que tiene siempre los domingos, á consecuencia de no haberme servido de maldita la cosa durante todo el *dia de sábado*.

Nuestro diálogo merece contarse por lo característico.

—Buenos dias, esclamó al entrar el descendiente de los que crucificaron á Jesus.

—Dios te los dé muy buenos. ¿Dónde estuviste ayer?

—Señor... era sábado...

—¡Eso es! y porque era sábado, mi caballo no comió en todo el dia.

—Señor, yo no comí tampoco.

—¡Y te quieres tú comparar con mi caballo!

—No, señor; porque él es irracional...

—¡Y tú eres judío!

—Bien; yo soy judío; pero soy tambien racional.

—¡Demasiado!—El caballo ha comido toda la noche, á pesar de tu devocion.—¿Qué tal dia hace hoy?

—Llueve.

—¿Y qué se dijo ayer en la Judería?

—Que los españoles van á irse de Tetuan.

—¿Y qué te parece de eso?

—Me parece mal; porque cuando se vayan los españoles, los moros nos van á abrasar vivos á los hebreos.

—Harán bien.

—Diga mas bien que harán mal.

—¡Qué sabes tú! Vamos á ver: ¿por cuánto dinero te dejarias abrasar vivo?

—Segun y conforme.

—¿Qué quiere decir eso?

—Si me lo daban antes... ¡por un millon! Pero si me lo daban despues, por ningun dinero del mundo.

Y se echó á reir.

—Mas ¿para qué querias ese millon, si en seguida habian de abrasarte?

—¡Toma! Yo procuraria huir...

—¿Y sino podias?

—Lloraria hasta que me perdonaran...

—¿Y sino lograbas el perdon?

—Devolveria el millon de reales, despues de haber tenido el gusto de poseerlo durante una hora.

—Efectivamente, eres mas racional que mi caballo.

En esto se oyó el segundo toque de misa.

—Dígame, señor; ¿qué es eso que suena? preguntó el judío lleno de admiracion.

—Una campana.

—¿Y para qué la tocan?

—¿Para qué? Voy á decírtelo.—Cuando se serene el tiempo, emprenderemos la marcha sobre Tánger y volverán otra vez las grandes luchas de Castillejos y Guad-el-Gelú.—¡Esa campana toca, pues, á muerto por moros y judíos; á gloria por los cristianos!—¡Dobla por los muertos que hemos de tener en la segunda campaña; repica por las victorias!—Es un eco pátrio.—Tiene el son puro y alegre de una voz infantil.—Es el primer acento de la iglesia hispano-africana que nace; el primer sollozo de Jesus en el pesebre; el primer balido del cordero de Dios! —¿Te has enterado ya, fiero deicida?

—¿El señor quiere alguna cosa? preguntó temblando el miserable hebreo, que nada habia comprendido de mi intempestiva peroracion.

—Que preguntes en la iglesia si me han traido el correo.

Jacob volvió al poco tiempo con mi correspondencia y con una esquela, procedente del mismo Tetuan, que decia así:

«Amigo mio: hoy llueve, y hemos decidido pasar tambien el dia en el campo. El poeta *Chorby* y el dandy *Hamet-Fucay* son de la partida. La jóven de la azotea no ha comido dulces hace tres soles. Venga usted con las provisiones que haya á su alcance y proporcionará un singular placer á su afectísimo amigo,—M.

«P. D. Hay tresillo y se dará de dormir.»

Esta carta necesita una ligera esplicacion.

La M que la suscribe representa á un bizarrísimo brigadier, que con otros distinguidos jefes, todos muy conocidos y famosos en esta córte, habita la casa de un tal *Chorby*, opulento moro, dedicado á las bellas letras desde sus primeros años, y uno de los hombres mas cultos de este imperio, al decir de sus compatriotas.

Dicha casa se halla situada en un estremo de Tetuan, en el barrio mas tranquilo, sosegado y pavoroso; y cuando yo voy á ella, que es muy frecuentemente, me quedo siempre á dormir con mis amigos, en atencion á que seria una temeridad, casi un suicidio, recorrer de noche el largo laberinto de tenebrosas calles que median hasta la plaza en que yo habito.

El mismo *Chorby* me aconseja esta prudencia; *Chorby*, el árabe clásico, el huésped generoso, el mahometano segun el *Koran*.

Este admirable hombre, cuando vió que el brigadier y sus amigos elegian su casa para alojamiento, les pidió permiso para evacuarla por su parte, á fin de que estuviesen con mas libertad. Dejó, sin embargo, en ella todos sus muebles y tapices, reservándose una sola habitacion en que encerró todas aquellas cosas de su uso particular, como ropas, víveres, libros y dinero.

—Yo, dijo *Chorby*; comeré y dormiré en casa de unos amigos; pero tendreis que permitirme que venga todos los dias un momento y me encierre en este cuarto.

Nuestros jefes, en vista de tan noble y delicado comportamiento, quisieron dejarle la casa y buscar otra, ó volver á la tienda; pero *Chorby* se opuso obstinadamente, levantó las manos al cielo, se las llevó al corazon, se las besó repetidas veces, y juró y perjuró que se creeria ofendido si aquellos no correspondian á su franqueza.

Fue, pues, indispensable aceptar un favor tan escesivo.

Mis amigos se instalaron en la gran sala del divan, donde encontraron colchones, mantas, almohadas, otomanas y cojines para un regimiento.

Ellos no eran mas que cinco, y de aquí el que convidasen gente á dormir con tanta facilidad.

Pasar un dia de absoluta reclusion en esta casa, se llama un dia de campo.

En cuanto á la mora y al *dandy*, ya hablaremos de ellos dentro de un instante.

Cuando llegué en casa de *Chorby*, mis amigos me esperaban ya con la mesa puesta y con aquel buen humor que me detiene allí algunas veces dos ó tres dias seguidos.

Casi al fin del almuerzo llegó *Chorby*; saludónos á lo lejos desde el corredor con una amable sonrisa, y penetró en su cuarto.

Al cabo de un momento volvió á salir con una bandeja llena de naranjas, que dejó sobre nuestra mesa, á fin de que nos sirvieran de postre.

¡Todos los dias hacia lo mismo!

—*Chorby*, ven; siéntate, hombre; siéntate y almuerza, le dijo el brigadier M.

—Gracias, gracias; he almorzado, respondió *Chorby* mas bien por señas que de palabra;—pues apenas sabe decir tres frases en español.

Igual contestacion daba todos los dias; pero hoy se sentó á nuestro lado. Habia prometido pasar el domingo entre nosotros.

Chorby no es bello; frisará en los cuarenta años; tiene la faz triste; la risa bondadosa; los ojos grandes y espresivos; la barba escasa. Viste un albornoz negro sobre un jaique blanco. Parece un fraile dominico.

El sabia que yo era escritor, como yo sabia que él lo era; pero aun no habíamos tenido tiempo de hablar largamente, ni esto era muy fácil, atendida nuestra incomunicacion lingüística.

Pero ¡qué no consigue la voluntad!—Valiéndonos de las tres ó cuatro frases españolas que él comprende, hemos logrado sostener hoy durante mas de dos horas una profundísima y trascendental conferencia sobre artes, ciencias, política y literatura.

Trabajo nos ha costado; pero nos hemos entendido.

Oye sino las cosas que he averiguado.

Chorby sabe de memoria, no solo el *Koran*, sino mas de cien libros de comentarios sobre aquella obra. Sabe la historia de la dominacion árabe en España, si bien confusamente. Sabe mucha geografía, y sobre todo, está al corriente de la política universal.

—Los moros, dice *Chorby*; no tener estampa (imprenta), porque no necesitar. La tienen los moros turcos, los moros persas, los moros indios, los moros chinos... y estos... inventar. Pero moro de Marruecos ser de campo, comer y dormir en casa con mujeras; salir á cazar, pescar y pelear, y volver cansado... ¡No necesitar estampa!

¡Que gráfica pintura de las costumbres marroquíes!

Los moros escriben con una caña cortada como nuestras plumas de ave. La mojan en tintas de varios colores, y algunas veces adornan las letras con plata y oro.

Los libros de que *Chorby* tiene noticias, casi todos son de religion, ó sea de *Majomé*. (Así suena en sus labios el nombre de Mahoma.)

Tambien ha leido libros de *andar y ver* (es decir; de viajes;) por Marsella, por Gibraltar, por la Meca, por Jerusalem, por Londres y por otras muchas partes.

Entiende algo de astronomía; pero bajo el punto de vista astrológico.

En medicina, conoce algunos específicos,—todos vegetales,—y por supuesto, el famoso sistema de cáusticos africanos, que consiste en aplicar un hierro ardiendo á todo el que necesita un sacudimiento de vida hácia la piel ó un descarte de malos humores.

Las obras escritas por Chorby se reducen á tres: la vida de un *santo* muy famoso que hubo en Fez; un libro de leyes, y un comentario sobre el *Koran*, aparte de algunas alabanzas en verso á Dios, al profeta y al difunto emperador.

Por lo demás, creo escusado decirte que este mi hermano en Apolo no vive de lo que le producen las letras.

Es comerciante en lanas y banquero.

Hace hoy un mes precisamente, cogió en sus manos una espingarda por la primera vez de su vida.

Es decir, que asistió á la batalla de los campamentos.

Pero no se batió.

Obligado por las autoridades, como todos los habitantes de esta plaza, *á coger un chopo*, que solemos decir ahí, y salir á defender el suelo patrio, pasó el dia, cuenta él, sentado en lo alto de un cerro, con la espingarda descargada, viendo los toros desde la barrera; y á la tarde, cuando ya hubo concluido todo, cargó el arma con pólvora sola y la volvió á descargar, á fin de que oliese convenientemente, y regresó á Tetuan, sin el remordimiento, dice, de haber matado á nadie.

Por aquí íbamos de nuestra conversacion, cuando apareció en la estancia *Hamet Fucay*, el *dandy* de Tetuan.

Es este un jóven que tendrá veinte y dos años. Sus blancas y delicadas manos revelan claramente su condicion de aristócrata, de ciudadano pacífico... con los hombres, de hijo mimado de la fortuna.

Yo no he visto moro mas bello y elegante que él. Nadie lleva el jaique con tanta gracia; nadie anda con tanto donaire: nadie va siempre tan compuesto, tan limpio, tan perfumado.—Es alto, delgado, pálido. Tiene los ojos y la barba negros como el ébano; los dientes mas hermosos del mundo; la frente y la nariz de un Antínoo, y la sonrisa franca y constante.

Es un verdadero *lion*, no solo por su figura, sino por sus costumbres. Todas sus ideas son de este siglo. Sus costumbres bastante disipadas. Sus escrúpulos religiosos completamente negativos.

Baste decirte que come jamon y bebe Jerez... pero exigiéndonos que no se lo digamos á ningun moro.

Se burla de sus compatriotas. Ama la civilizacion cristiana. Es, en fin, en su tierra una planta exótica; una escepcion... nada honrosa por cierto...

Y hablo asi, porque Hamet no ama á su patria, ni se ha batido por ella, ni respeta la religion de sus padres.

No es mas que un hombre *encantador*, como se dice en París.

Con él y con *Chorby* pasé toda la mañana.

Al medio dia dejó de llover y salió el sol.

Yo cogí un puñado de dulces y me dirigí á la azotea.

Iba á ver á mi novia, á mi odalisca, á la hermosísima mora que te he anunciado.

Pero seamos serios.

No digo «*seamos verídicos*,» porque siempre lo soy.

Es el caso que yo me cuento entre los pocos, entre los poquísimos españoles que han visto en Tetuan una mora bonita y trabado amistad con ella... aunque á respetable distancia.

Esto ha sucedido del siguiente modo.

El primer dia que subí á la azotea de esta casa, desde donde se distinguen otras muchas, y ademas un magnífico paisaje, vi aparecer una blanca figura en la azotea de otra casa muy próxima; pero... ¡oh dolor! separada de la de Chorby por una calle...

La circunstancia de llevar cubierto el rostro con un tupido velo, hendido horizontalmente hácia los ojos, me reveló que aquella figura era una mujer.

Escondíme detrás de un muro, y me puse á observarla por una aspillera.

La mora se acercó cautelosamente á las almenas, digámoslo asi, de su terrado, y se asomó á la calle.

En esto se oyó abajo el ruido de una puerta y de una llave.

Me asomé yo tambien rápidamente, y ví que un moro se alejaba de aquella casa, no sin asegurarse antes de que la puerta estaba cerrada en firme.

—Sin duda es su señor, pensé. *La mora espera á que se vaya su marido para asomarse á la azotea...*—¡Esto promete!

En efecto, no bien desapareció aquel moro por la esquina próxima, dió la tapada un salto de alegría y se levantó el velo.

El interés dramático y el rigor novelesco exigen aquí que mi vecina sea una divinidad, un portento de hermosura... No me vas á creer, por consiguiente, si te digo que lo era.

Lo era, ¡sí!—Y si no lo hubiera sido, ¿á qué tantas precauciones de parte del esposo, y á qué tanto afan en ella por descubrirse la cara?

¡Oh, sí; lo era!—¿Y cómo no ha de serlo una mora de catorce ó quince años, blanca y descolorida, con dos ojos negros grandes y relucientes, con una boca de niño, y envuelta de los piés á la cabeza en un alquicel de finísima lana, que la hace parecerse á una escultura griega?

Por mi alma te juro que era muy hermosa... y debes creerme, porque no estoy enamorado de ella.

Si su tierno semblante no me lo hubiese revelado, en sus vivos movimientos, en su infantil regocijo, en su loca curiosidad y en las coqueterías que hacia creyéndose sola, hubiera conocido que era una niña, quizás de menos edad de la que te he indicado; pero una niña encantadora.

¿Qué la llevaba á la azotea?—Pronto lo conocí.—En muchos otros terrados de Tetuan se veian oficiales y soldados españoles, que ponian ropa á secar, ó tomaban el sol, ó contemplaban el magnífico paisaje que se descubre desde todos aquellos.

La mora tenia gana de ver á los conquistadores que tanto ruido metian en la ciudad.—Hé aquí lo cierto.

Verdaderamente, ella espiaba á los demás con muchas precauciones y procurando no ser vista; pero como yo hacia lo mismo con ella, la veia á mi satisfaccion.

Una vez saciada mi curiosidad, pensé naturalmente en buscarle un segundo capítulo á aquella novela. Bajé, pues, á la despensa del brigadier; cogí unos dulces, y volví á mi acechadero.

La mora seguia en el mismo sitio; esto es, á unos veinte pasos de mí,—calle por medio.

Un puñado de dulces, envueltos en papeles, cayendo á sus piés como una granizada, la hizo dar un grito y un salto al mismo tiempo y abandonar aceleradamente la azotea.

—Ella volverá, me dije.

En efecto, al cabo de un minuto, su preciosa cabeza apareció de nuevo por la puertecilla que daba entrada á la plataforma, y sus grandes ojos se fijaron con curiosidad en aquellos papeles.

Luego miró en torno suyo; y no viendo á nadie por ningun lado, avanzó cautelosamente y cogió uno de los dulces. Entre tanto, yo salí de mi escondite.

Cuando volvió á levantar la cabeza, debió de verme sentado en medio de mi azotea, mirando hácia otro lado, (como si yo no supiera que ella estaba allí), desliando uno de aquellos papeles y llevándome á la boca su contenido.

Era el momento supremo.—O tiraba el dulce y desaparecia para siempre, ó se quedaba y se lo comia.

Dejé pasar un minuto sin mirarla, y al cabo de este tiempo me volví de pronto hácia ella.

En aquel mismo instante se bajaba para coger otro dulce.

El papel del primero se hallaba por tierra, ya desliado.

El movimiento de su boca me indicó que la hija de Eva se habia comido ya *una manzana*.

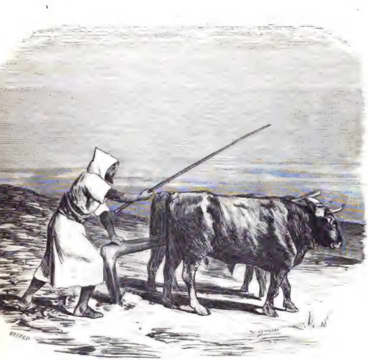
Al incorporarse con la segunda en la mano, sus ojos se encontraron con los mios.

Echóse á reir con toda su alma; enseñóme el dulce que acababa de coger; díjome por señas que le habia gustado mucho el anterior; y se llevó aquel otro á la boca, indicándome con un ademan codicioso que le arrojase muchos mas.

¿Comprendes, amigo mio? ¿Ves claramente á la mora? ¿Echas de ver su falta de alma? ¿Te sorprende como á mí su absoluta carencia de pudor? ¿No te hace daño tan vil materialismo?

Hé aquí por qué no me he enamorado de ella: hé aquí por qué es imposible enamorarse de las mujeres que no son cristianas; es decir; de las mujeres que no han sido rehabilitadas, redimidas, sacadas de la nulidad social en que las encontró Jesucristo; de las mujeres, en fin, como *Tamo* ó como la mora de la azotea, que viven reducidas á la condicion de los irracionales, y mueren sin haber ejercitado ni un dia siquiera las fuerzas de su alma.

No hay en toda Europa una sola mujer, que puesta en el caso de la que hoy me ocupa, hubiese dejado de ver en aquellos dulces algo mas que la materialidad de un manjar mas ó menos agradable.



Labrador moro.

Para la mora de la azotea, mis dulces fueron cuestion de sus sentidos corporales.—Mi presencia en su casa hubiera sido lo mismo.

Comprendo, pues, que los musulmanes encierren á sus mujeres.—El ser que no tiene alma no puede contraer deberes morales. Negar á las moras la gerarquía humana y exigirlas ademas pudor, dignidad, recato, decoro, fidelidad ó constancia, seria el mayor de los absurdos.—Por eso sus señores sustituyen estas obligaciones espirituales con obstáculos puramente físicos.

La cristiana quiere ó no quiere. La mora puede ó no puede. Aquella, lucha consigo misma. Esta, con inconvenientes materiales. La primera se compromete; la segunda se deja encadenar. Vencer á la una equivale á conquistar un alma: vencer á la otra equivale á tomar una fortaleza.

De todo esto se deduce que yo echo dulces á mi vecina, como pudiera echar pan á los peces.

De lejos me parece un animal gracioso.—De cerca me parecia una hembra agradable.—En ninguna circunstancia podria parecerme una *mujer*.

Tal es la que irónicamente llamé *mi novia* hace un instante.

Por lo demás, ni sé su nombre, ni hoy he ido mas allá que el primer dia.

Ella no habla el español ni yo el árabe. Siguen gustándole los dulces y yo dándoselos; pero se los arrojo uno á uno, obligándola á hacer antes algunas pantomimas.

El mismo método se emplea para que trabajen los monos sabios.

LIX.

Llega la division Echagüe.—Camino que ha traido.—Temporal.—Combate de Samsa.

Dia 5 de marzo.

Hoy ha llegado á Tetuan el general Echagüe con ocho batallones de los catorce que guarnecian el Serrallo desde el principio de la guerra.

Viene á reforzar nuestro ejército para la espedicion á Tánger.

Los nombres de los cuerpos recien llegados son *Madrid*, *Alcántara*, las *Navas*, *Barbastro*, *Granada* y *Borbon*.

Con ellos han venido el general Lassousaye y los brigadieres Trillo, Berruezo, Sousa y Caballero de Rodas.

En el Serrallo han quedado el general Gasset y el brigadier Sandoval con los batallones del *Fijo*, el *Rey*, *Mérida* y *Talavera*.

La division que trae el general Echagüe viene ansiosa de gloria y de trabajos.—Muchos y muy heróicos fueron los servicios que prestaron estos ilustres cuerpos en el primer período de la campaña; (y ya te los referiré al fin de este libro, en un breve *Apéndice*, segun te tengo anunciado, á fin de completar en todas sus partes la epopeya de Africa); pero nada puede compararse á lo que han sufrido desde que emprendimos la marcha sobre Tetuan,—al verse allí estacionados y en perdurable ocio, mientras que el viento les llevaba la voz de los cañones de Castillejos, Rio Azmir, Cabo-Negro, Guad-el-Gelú y Tetuan, y la fama les referia las grandes proezas que realizaban sus hermanos á pocos pasos de ellos.

Estas dolorosas emociones de generosa envidia se han avivado durante la marcha que acaban de hacer para incorporársenos; pues es menester que sepas que han venido por tierra y siguiendo las huellas de nuestros pasos, encontrando á su paso las señales de todas las acciones y plantando de noche sus tiendas en los mismos lugares que fueron nuestros campamentos.

No ha sido menor la emocion con que nosotros hemos oido la historia de esta marcha, y el afan con que les hemos pedido noticias de aquellos sitios en que tanto hemos padecido y luchado.

Ayer á las cuatro de la madrugada se pusieron en camino, y hoy á las tres de la tarde estaban ya en Tetuan.

Es decir, que en dia y medio han atravesado todo el terreno que nosotros tardamos catorce dias en recorrer, y treinta y cinco en dominar completamente.

La formacion para la marcha se verificó en el valle de la *Concepcion* ó del *Tarajar*, donde estuvo acampado catorce dias el tercer cuerpo de ejército; donde yo perdí tantos amigos, víctimas del cólera ó de las balas.

Aun se veian allí los vestigios de nuestras tiendas, y de nuestros pasos; el monte pelado de donde habíamos sacado leña; los cajones, las pipas y las latas de los víveres y municiones que habíamos consumido, los caballos muertos y algun cadáver insepulto ó desenterrado por los moros para cortarle la cabeza.

En aquel lugar consagrado por la muerte y la victoria, despidiéronse tiernamente los jefes que se quedaban en el Serrallo y los que volaban en busca de nuevos triunfos.—Llevaban cuatro meses de compartir glorias y trabajos, y tenian que separarse por la primera vez, los unos para correr acaso á la muerte; los otros para seguir con el arma al brazo bajo las inclemencias del cielo y en la mas triste soledad.

El bravo y modesto general Gaset y algunos jefes acompañaron á Echagüe hasta el famoso valle de los Castillejos: allí los despidieron por fin, y tornaron á los *Reductos* que conoces.

En el Valle de los Castillejos eran todavía espantosas las huellas de la gran batalla del 1.° de enero.—Armas rotas, harapos, infinidad de cajones vacíos y que habian tenido municiones, caballos muertos, árboles tronchados por el cañon, mil y mil indicios hablaban aun de aquel largo dia de sangrienta lucha y funeral estrago.

(Ya, antes, de órden del mismo general del primer cuerpo, se habian enterrado centenares de cadáveres de uno y otro ejército, cuyas exhalaciones pútridas habian llegado hasta el campamento del Serrallo.)

Mas adelante, hácia las *Alturas de la Condesa*, encontraron muchos ganados que pacian tranquilamente.

Los moros que los guardaban huyeron á la aproximacion de nuestras tropas; pero Echagüe dejó una escolta de guardias civiles que custodiase las reses hasta que pasara todo su ejército, á fin de evitar que nadie llegase á ellas.

En *Monte-Negron* vieron á lo lejos algunos campesinos que labraban las taladas tierras, y que escaparon tambien abandonando los arados.

A las cuatro y media de la tarde llegaron al fin á *Rio-Azmir*, al campamento del *Hambre*, ó de las *Tormentas* (como le llaman todavía los soldados.)

Allí acamparon toda la noche.

Por ninguna parte, dicen, se encontraba otra leña que cajones de municiones y pipas que habian tenido vino.

(Con unos y otras se calentaron ó hicieron el rancho.)

A las cuatro de la mañana se tocó diana..... ¡Allí, donde tantas veces la habian oido tocar los ecos de los montes!

A las seis estaba todo el mundo en marcha, despues de haber almorzado.

Iba de práctico el bizarrísimo comandante de Guardia Civil, don Teodoro Camino, de quien me atrevo á asegurar que es el oficial nuestro que mas enemigos ha matado por su mano en esta guerra.

A las nueve se engolfaron en la cordillera de Cabo-Negro.

En sus tortuosos desfiladeros se encontraron siete moros armados;—sin duda pertenecientes á la partida de bandoleros que tantas tropelías están haciendo en los alrededores de Tetuan.

Cogieron á dos, y se los trajeron consigo: los otros cinco lograron escaparse.

Una vez en la llanura, cortaron diagonalmente hácia la torre de Geleli, pasando por la trinchera morisca en que tuvo lugar lo mas recio del combate de Guad-el-Gelú, y, como te he dicho, á las tres de la tarde, llegaron á las puertas de Tetuan.

Imagínate ahora el encuentro de generales con generales, de soldados con soldados.—Desde que se vieron la última vez hasta hoy ¡qué grandes acontecimientos, cuánta gloria, cuánta mortandad!

Pero en fin, ¡ya están juntos!

—¡A Tánger! decimos nosotros, alegrándonos de ir en tan buena compañía.

—¡A Tánger! responden los recien llegados, ansiosos de recobrar el tiempo perdido.

Tetuan 10 de marzo de 1860.

En Tánger estaríamos ya; pero es el caso que el temporal no nos lo permite.

Llevamos cinco dias de *levante*; esto es, de no ver un solo buque en la mar.

Consiguientemente, lejos de recibir víveres, nos hemos comido en santa paz las trescientas mil raciones que teníamos de reserva para la marcha.

Cuando se serene el tiempo, tendremos que esperar de nuevo algunos dias, hasta proveernos otra vez de ellas y dejar llenos los almacenes para el mantenimiento de las numerosas fuerzas que quedaron guarneciendo á Tetuan, la Aduana y Rio-Martin.

Este es el cuento de nunca acabar.

Entre tanto, las hostilidades parciales se pronuncian cada vez mas. Todos los dias tenemos tiroteo con las kabilas desparramadas en torno á la plaza. Los asesinatos y los robos se multiplican. La falta de víveres nos enseña sus afilados dientes. Ya no el ejército solo; es toda la poblacion de Tetuan la que necesita comer. Los moros nos han bloqueado hasta el punto que la ciudad no ve entrar por su puerta ningun género de comestibles... Y ya conoces que nosotros no hemos de dejar que se mueran de hambre los diez mil judíos y los dos ó tres mil musulmanes que aun permanecen dentro de estos muros.

Por lo demás, esta vida de guarnicion se nos va haciendo insoportable.

Las casas árabes están hechas para el sol; no para la lluvia. Así es que no bien se entolda el cielo, nuestros cuartos quedan como de noche. Esto consiste en la falta de ventanas.

Ahora, por ejemplo, son las dos de la tarde, y te escribo con luz artificial. Allá por una aspillera ó claravoya que hay cerca al techo, penetra una ténue claridad que apenas alumbra á las golondrinas, mis amables compañeras de cuarto...

¡Melancólico dia!

Me voy en casa de *Chorby*, á pedirle al brigadier M. de comer y de dormir.

De camino veré á la mora de la azotea y le regalaré dulces.

Bien mirado, á ella le tocaba regalármelos á mí hoy; pues hoy cumplo veinte y siete años, y no sé como celebrar mi natalicio.

Dia 11 de marzo.

¡Gracias á Dios!—Hoy ha salido el sol, y por añadidura hemos tenido un gran combate.

¡Hénos aquí otra vez en nuestros grandes tiempos!

La sangre ha corrido en abundancia... El ambiente volvia á oler á pólvora... El espacio retumbaba con los ecos de cañon y de la fusilería... ¡La corneta esparcia por los montes la señal del ataque y las músicas entonaban el himno de la gloria!

El ocio y su compañera la tristeza han cedido su lugar en nuestra alma al entusiasmo y la alegría... ¡Admirable cosa es la guerra!—Ella serena el espíritu y fortifica el corazon.—Desde la batalla de Tetuan no habíamos probado sus solemnes emociones... Tampoco desde la noche aquella hemos dormido con la profunda tranquilidad que dormiremos esta noche.

Por lo demás, el combate de hoy ha sido el reverso de aquel; pero reverso que ha venido á confirmar la gloria que entonces alcanzaron nuestras armas.

Hoy éramos nosotros los que estábamos en la ciudad, y los marroquíes los que se acercaban á ella. Lindando con el teatro de la lucha, se hallaban nuestros campamentos, como en aquella ocasion se encontraban los suyos. Como nosotros aquel dia, los moros intentaban hoy penetrar en nuestros reales por dos puntos á la vez; por el frente y por el flanco derecho. Y en fin, para que todo haya sido igual... quiero decir, *diferente*, ¡nosotros dormiremos esta noche en nuestras tiendas, y ellos han huido á mas no poder, despues de dejarse sembrado de muertos y heridos el disputado campo de batalla!

¡Pobres desgraciados, tan heróicos como inocentes!

Es de notar, sin embargo, la prontitud con que han rehecho sus fuerzas. Yo creo que no bajarian de quince mil hombres los que hoy nos han atacado. Esto me gusta. Nosotros necesitamos un enemigo ansioso de victoria y que tenga la ilusion de que va á conseguirla alguna vez. Lo temible seria su abatimiento.

En cuanto á los pormenores del combate son los siguientes.

Esta mañana, á eso de las once, en el momento de estar oyendo misa,—como domingo que ha sido,—el general en jefe, su cuartel general y la guarnicion de la plaza, recibióse un aviso del general Echagüe (que ha acampado con sus tropas sobre el camino de Tánger, á la vanguardia del general Prim,) manifestando que por la parte del Fondac se habia presentado una masa de fuerza enemiga como de cuatrocientos á quinientos caballos, los cuales avanzaban con las precauciones y el aspecto de quien viene en son de guerra.

El duque de Tetuan recibió este parte con la mayor calma: dió algunas ligeras instrucciones al ayudante que lo habia traido, y siguió oyendo misa con la misma serenidad de antes.

Terminado el acto religioso, montó á caballo con igual aplomo que los demás dias, solo que en vez de echar por el arco de la Meca para volver á su campamento, tomó por la calle de enfrente, que conduce al camino de Tánger.

Una vez en la trinchera del primer cuerpo, observó que los llanos y alturas que se descubren desde allí hasta legua y media de distancia, estaban cubiertos de grupos de moros, cuyos movimientos indicaban tener á retaguardia considerables reservas.

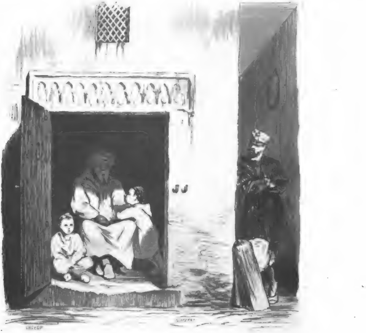
Sin embargo, creyó al principio que la presentacion de los moros no tendria por objeto un ataque serio, y sí solo una de esas demostraciones que acostumbran y á que son tan aficionados: así es que se limitó á reforzar con algunos batallones del primer cuerpo las grandes guardias de nuestra izquierda y frente, al mando esta del general Lasaussaye y aquella del coronel Izquierdo.

A eso de la una empezaron á desprenderse de la fuerza retrasada grandes grupos, dirigiéndose unos sobre nuestro frente, otros á pasar el rio Jelú, y por último, los mas crecidos sobre nuestra derecha, en la direccion de las alturas que dominan el pueblo de Samsa y unas posiciones que se hallan entre él y nuestro campo.

Entonces, el general en jefe, á la par que mandó poner sobre las armas el resto del primer cuerpo, hizo avanzar al segundo con dos escuadrones del regimiento de artillería de á caballo y la division de caballería, haciendo que el tercero se pusiese tambien sobre las armas, aunque no hubo necesidad de emplearlo.

Mientras esto sucedia, el enemigo, que habia venido oculto por la derecha del rio hasta colocarse frente á nuestra izquierda, lo atravesó é intentó envolverla, cargando a la guerrilla de infantería que estaba en el llano; pero el escuadron cazadores de la Albuera que lo sostenia, salió á su encuentro, y dando una resuelta y brillante carga, secundada bizarramente por la infantería, obligó al enemigo á repasar el rio, castigándole de tal modo que ya no volvió á intentar nada importante por aquel lado.

El comandante de dicho escuadron desapareció en la carga, cayendo herido al rio con su caballo.



Familia mora.

En aquel momento llegaron los escuadrones de artillería, de los cuales uno se colocó en el centro en batería, mientras que el otro se situaba en la parte de la izquierda.

Ambos rompieron el fuego; pero tan certero y nutrido, que á los pocos disparos consiguieron limpiar el frente y que el enemigo se retirase hasta ponerse á cubierto, lo que consiguieron fácilmente, aprovechándose de los pliegues del terreno, aunque manifestando siempre el propósito de dirigir sus esfuerzos sobre nuestra derecha.

Entre tanto, su infantería aumentaba considerablemente por aquel lado, prolongándose hasta las altas cimas de Sierra Bermeja.

En su vista, el general en jefe ordenó al general Echagüe que con tres batallones del primer cuerpo y una batería de montaña se dirigiese á aquella parte para sostenerla y arrojar al enemigo de las posiciones que habia ocupado cerca del pueblo de *Samsa*.

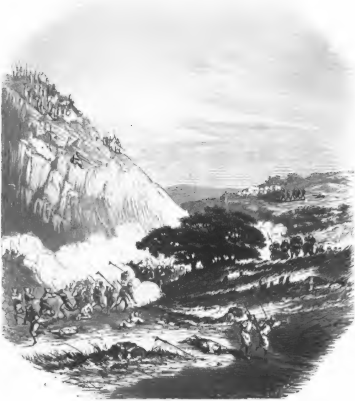
El bravo Echagüe lo verificó asi, tomándolas sucesivamente á la bayoneta y acosando á los moros sobre los escabrosos peñascos de Sierra Bermeja.

Entonces, para evitar que el enemigo se retirase en la direccion de los montes de Gualdrás, mandó el duque á la brigada Paredes, del segundo cuerpo, que se interpusiese en aquel lugar, y al general O'Donnell (don Enrique), que con su division cubriese la izquierda, marchando por las faldas de los montes que se hallaban á su frente.

Este movimiento se hizo con una celeridad y decision tan admirables, que los moros, cortados en su retirada natural, y acosados por el general Echagüe, se encontraron en una situacion desesperada, teniendo que trepar para salvarse por una peña escarpada que parecia completamente inaccesible, y que lo es, en efecto, para quien no tenga la asombrosa agilidad de los hijos de Marruecos.

Por allí huyeron, pues; pero no sin dejar en el camino un gran número de muertos, causados por el fuego y la bayoneta de nuestros cazadores.

Empeñado ya formalmente el combate, y visto que el enemigo era mas numeroso de lo que se podia calcular, se trató de arrojarle de todas las posiciones que habia ido ocupando, ya en la llanura, ya en las altas montañas por donde habia empezado el ataque.


Ataque en las alturas de Sierra Bermeja.

A este fin, el general en jefe espidió una de aquellas órdenes inesperadas y decisivas que le acreditan de gran caudillo, y en las que aprovechando la posicion transitoria de todas sus fuerzas, combina sus movimientos y acaba de un golpe los mas enmarañados combates.

Esta órden fue la siguiente.

Al general Orozco le mandó con dos batallones de su division reforzase la izquierda y le asegurase contra toda acometida por aquel lado; al general Rios, que con cuatro batallones de la segunda division de reserva tomase las elevadísimas cumbres de Sierra Bermeja, donde ya el general Echagüe habia establecido un batallon; al general conde de Reus, que con cuatro batallones y dos escuadrones de coraceros atacase y tomase las posiciones del frente; al general Mackenna que estuviese dispuesto con los cuatro batallones de la primera division de reserva y la caballería, mandada por el general Galiano, para descender á la llanura donde se hallaba la caballería marroquí; y por último, al general García, jefe de Estado Mayor general, que se habia trasladado á la derecha, que hiciese tomar las alturas de *Samsa* donde el enemigo parecia querer sostenerse.

Esta sabia y audaz operacion se ejecutó rápida y simultáneamente.

El general conde de Reus atacó y tomó las posiciones que se le habian indicado, arrojando de ellas la numerosa fuerza enemiga que las sostenia, y una vez en aquel lugar, acompañado de algunas piezas de montaña que instantáneamente hizo colocar en batería, rompió un certero fuego sobre la caballería mora, que tuvo que pronunciarse en deshecha fuga, avivada por el movimiento que hacian en el llano la brigada Mackenna y division de caballería.

El general Rios trepó á lo mas alto de la Sierra y persiguió á los enemigos por tales parajes, que me atrevo á asegurar que nunca los habia recorrido planta humana. Tambien allí nuestra victoria fue completa.

Por último, el general Paredes con su brigada, el primer batallon de Navarra y cuatro compañías de cazadores de Chiclana, á cuyo frente marchó el primer ayudante del general en jefe, brigadier Ceballos, sostenido por la fuerza del primer cuerpo, mandada por el general Lasaussaye, y á cuya cabeza iban los generales Echagüe y García, llegó en pocos instantes á las alturas de *Samsa*, que el enemigo, al parecer tenia empeño en defender, y que sin embargo vióse obligado á dejar en poder de nuestras tropas, retirándose á los altos montes de Gualdrás,—posiciones que, dominándose sucesivamente, son tan fáciles para la defensa, como difíciles para el ataque.

Asegurado ya completamente el éxito en toda la izquierda y centro, el general en jefe se trasladó á la derecha, adonde llegó pocos momentos despues de ser ocupadas las alturas, ordenando en seguida el ataque de todas las posiciones que ocupaban aun los moros, á pesar de lo avanzada que estaba la tarde.

Verificóse este ataque por cuatro compañías de Chiclana y el primer batallon del regimiento de Navarra, mandados por el coronel Lacy y sostenidos á su vez por la brigada Paredes y fuerza del primer cuerpo á las órdenes del general Echagüe.

El enemigo fue sucesiva y prontamente arrojado de todos los puntos que ocupó, á pesar de la resistencia que en cada uno trató de oponernos, y al anochecer ocuparon nuestras tropas la parte mas culminante de las sierras de Gualdrás, distantes mas de legua y media de Tetuan.

El enemigo esperimentó en esta jornada la dispersion mas completa de cuantas ha sufrido en sus combates con nuestro ejército; y si la noche no nos hubiese impedido seguir adelante, posible es que en muchos dias no hubieran podido reunirse, pues cada uno corria por su lado, mientras que nuestros soldados, desde el pico mas alto de la cordillera, saludaban á la reina y á la patria con gritos del mas puro entusiasmo, contemplando á un mismo tiempo los dos mares...

Siendo ya noche cerrada y no llevando las tropas lo necesario para acampar, dispuso el general en jefe que todas las fuerzas se replegasen á sus campamentos, lo que ordenaron los generales respectivos, encomendando la derecha al general Echagüe, que á las once de la noche entraba en su campo con el último batallon, sin que en todo este tiempo el enemigo hubiese dado señales de vida.

Nuestras pérdidas en este dia, han sido un jefe, dos oficiales y diez y nueve individuos de tropa muertos; tres jefes, catorce oficiales y ciento setenta y cuatro individuos de tropa heridos, y un jefe, siete oficiales y ciento veinte y cuatro individuos de tropa contusos.

Las del enemigo han debido de ser muy considerables. Nosotros hemos podido juzgarlas por las circunstancias del combate y por la multitud de cadáveres que quedaron en el campo.

Entre estos se han visto algunos jefes importantes.

Tal ha sido el combate de hoy, primero de una nueva série, que no sé dónde ni cuándo terminará.

En él nos han atacado los moros, lo cual quiere decir que han recibido grandes refuerzos y que vuelven á someter la cuestion de la paz al fallo de las armas...

¡Tanto mejor!—Antes de tres dias les atacaremos nosotros á nuestra vez, y ya no pararemos hasta clavar nuestra bandera en los muros de Tánger.

España lo desea y el enemigo nos desafía... ¡Ya no hay que dudar...!

Fatalidad ó providencia, una fuerza superior á nuestras convicciones nos empuja hácia adelante...—¡Marcharemos y venceremos!

¡Dios ponga un límite á la contienda, antes que el cúmulo de las victorias deje exhausta de hombres y de dinero á la generosa España...!

Nuestras tropas han divisado esta tarde el Océano atlántico...—¡Al Océano, pues!

LX.

Los moros vuelven á pedirnos la paz.—Esplicacion del combate de ayer.—Tetuan como garantía.—La cuestion de Tánger.—Nos disponemos á marchar sobre esta plaza.—Por qué cambié de idea y abandoné el ejército.—Despedidas.

Dia 12 de marzo.

La fortuna se ha empeñado en favorecernos en esta guerra.

Dios vela por su causa.

El enemigo se encuentra de nuevo á nuestros piés, pidiéndonos la paz.

El combate de ayer ha sido mucho mas importante de lo que nosotros mismos nos figurábamos.

Los parlamentarios de Muley-el-Abbas se hallan otra vez entre nosotros, demandando gracia, que no justicia; apremiándonos por una avenencia; diciendo que se arruina el imperio si ganamos otra batalla, y que á nosotros no nos acomoda semejante cataclismo, puesto que de suceder, ya no encontraríamos nunca en este país un gobierno con quién tratar, sino con guerra indefinida ó unas paces desleales y alevosas.

—No nos pidais á Tetuan... esclaman.—Eso es pretender lo imposible para nosotros y lo innecesario ó perjudicial para vuestra nacion. Pedidnos dinero; pedidnos cuanto querais; pedidnos todo aquello que el emperador pueda hacer sin que se enteren sus pueblos. ¡Evitad una revolucion en este imperio ó temed por la humanidad! El dia que se desencadene la tormenta que ya ruje á los dos lados del Atlas, todos los ejércitos del mundo no evitarán los horrores que presenciaria nuestro país.

Con razones tan sentidas, tan francas y convincentes se espresan hoy los marroquíes.

Por lo demás, su mision no se reduce por esta vez á proponernos la paz, sino que vienen tambien á presentarnos las disculpas de Muley-el-Abbas acerca del ataque de ayer:

Segun ellos, las cosas acontecieron de este modo.

Hace tres dias llegaron al Fondac unos ocho mil rifeños, que aun no habian tomado parte en esta guerra, pertenecientes á una de las tribus mas feroces y aguerridas del imperio.

Eran las mismas hordas que tan bárbaramente se ensangrentaron el mes pasado en la guarnicion de Melilla.

Envalentonadas por aquel infame triunfo debido á la sorpresa, al engaño y á las tinieblas de la noche, venian, —dijeron,—á volver por la honra del ejército marroquí, y á demostrar á Muley-el-Abbas y á sus tropas de qué modo se vencia á los presuntuosos españoles.

Muley-el-Abbas les prohibió terminantemente que intentasen cosa alguna contra nuestras posiciones, manifestándoles que era una locura tratar de vencer á los conquistadores de Tetuan, y que harto harian él y sus tropas, asi como ellos, y cuantos socorros le llegaran, con molestar y entorpecer pasajeramente nuestra marcha sobre Tánger; pero que tomaríamos esta ciudad, y todas las que quisiéramos, y rechazaríamos cuantos ataques se diesen á nuestro campo.

Semejantes razones, hijas de una dolorosa esperiencia, no fueron suficientes á convencer al general que mandaba á los riffeños, y que se llamaba *Cerid-el-Hach*; sino que tomando pié de estas espresiones, sublevó la mayor parte de las tropas de Muley-el-Abbas, á quien calificó públicamente de asustadizo y cobarde... («¡cobarde el kalifa!» esclamaban los parlamentarios al llegar á este punto), y decidió presentarnos la batalla por su cuenta, ofreciendo á los que no le quisieron acompañar, que á la noche les llevaria las tiendas que les tomamos en la batalla del 4 de febrero y ademas todas las nuestras.

—No vayas, *Cerid*, le dijo todavía Muley-el-Abbas, tú no conoces á los españoles.

—Si les conozco, respondió el Hach; vengo de vencerlos.

—Vienes de acuchillar de noche á unas tropas engañadas; pero no de atacarlas en sus posiciones á la luz del dia, como quieres hacer hoy.

—A la noche verás el resultado, replicó el riffeño.

—Quiera Dios que le veas tú, respondió Muley-el-Abbas.

El temor del kalifa no carecia de fundamento.

Cerid-el-Hach espiró esta mañana en la tienda del príncipe, de resultas de un balazo que recibió ayer en el vientre.

En cuanto á sus renombrados riffeños, regresaron huyendo y despavoridos al campamento de Muley-el-Abbas, á quien confesaron que habia hablado bien por la mañana; le pidieron perdon de haberle desobedecido, y se dijeron *mas que castigados* por su soberbia temeridad.

Sus pérdidas, entre muertos y heridos, habian llegado á mil hombres.

Todas estas cosas me las ha contado mi amigo Aben-Abú, el general de la caballería, á quien ya conoces; mientras que su hermano, el gobernador del Riff, conferenciaba con el duque de Tetuan.

De esta conferencia ha resultado que el general O'Donnell volverá á consultar la voluntad del gobierno de Madrid acerca de la cuestion de Tetuan, esponiéndole esta vez las razones que hay para considerar inconveniente la retencion de esta plaza en nuestro poder; razones que una esperiencia de treinta y seis dias y sus conversaciones con los generales marroquíes le han hecho ver mas claras que al principio.

—El sábado 17 tendré contestacion de España, ha dicho O'Donnell á los parlamentarios. Ese dia podeis venir por las nuevas condiciones de paz.

—Entre tanto, han respondido estos; nosotros cuidaremos de que las kabilas circunvecinas no repitan esos robos y asesinatos que Muley-el-Abbas lamenta mas que nadie.

Y en efecto; el general de la caballería, acompañado de cuatro moros de rey de su escolta, ha subido á los montes inmediatos y conminado con las mas severas penas á sus moradores si hostilizan á los cristianos durante las nuevas negociaciones de paz.

Hasta el sábado, pues.

Sábado 17.

El gobierno de Madrid ha modificado las condiciones de paz; pero siempre partiendo de un error de apreciacion, ó subordinando sus exigencias á las de la opinion pública,—estraviada por la mala fe de los enemigos del general O'Donnell, y tambien por las rancias tradiciones españolas de convertir todas las guerras en conquistas, creyendo que la fuerza de una nacion se funda en poseer muchos territorios en apartados paises.

¡Bello... pero lamentable error!

Ya no se pide á Tetuan en propiedad: se pide como *garantía* de una fuerte indemnizacion de guerra que han de pagarnos los marroquíes.

Lo de la indemnizacion lo veo muy justo; pero la garantía es en mi juicio *contra-producentem*.

Exigir á los moros 500.000,000 de reales, añadiendo que tendremos á Tetuan en nuestro poder hasta que la abonen, implica un doble contrasentido.—Lo es moralmente, y lo es en el terreno económico.

Si España no insiste en quedarse con Tetuan, es porque lo considera una carga onerosa; porque no conviene á sus intereses: no porque los moros se nieguen á nuestros deseos; no porque carezcamos de medios de sostener nuestra exigencia.

Y asi debemos hacérselo comprender al enemigo.

Pues bien; desde el momento en que pedimos á Tetuan en garantía, demostramos todo lo contrario: demostramos aficion á esta plaza; parece como que retrocedemos palmo á palmo en el camino de nuestros intereses ó de nuestras ambiciones, y que consideramos á Tetuan como un bien tan preciado, que aun temporal y condicionalmente, nos halaga su posesion...

Por otro lado,—y considerando la cuestion económimente,—la *garantía* de Tetuan es negativa.

Quiero decir que lejos de asegurarnos el cobro de los 500.000,000, lo que hace es ponernos en el caso de gastar otros 500.

La ocupacion de esta plaza exige una numerosa y costosísima guarnicion...—tan costosa en vidas como en dinero;—y en cambio no nos puede producir utilidad alguna.

Si los moros adoptan un sistema de morosidad, que es el que yo adoptaria en su caso, como venganza de las derrotas sufridas, al cabo de diez años de tener en nuestro poder esta prenda pretoria, tal vez nos veríamos en el caso de regalarles á Tetuan, los 500.000,000 de la indemnizacion y los otros 500 que hubiésemos gastado en alimentar la hipoteca...—Digo *tal vez*.

En resúmen: yo creo que para que una ciudad pueda servir como garantía de alguna cosa, es necesario que sea, ó una gran plaza comercial, ó una gran plaza fuerte: —Málaga ó Mahon...

¡Pero Tetuan!!...

Dichosamente,—y á juzgar por la cara que los parlamentarios moros (de vuelta ya en nuestro campo), han puesto á la nueva condicion,—el imperio no cederá á Tetuan ni siquiera en garantía.

La guerra, por consiguiente, seguirá adelante.

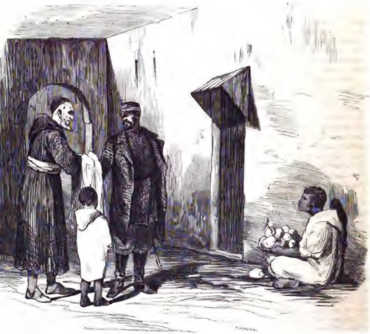
Es decir, que tomaremos á Tánger dentro de algunos dias.

—¡*Voilá*! oigo esclamar á algunos de mis fieros compatriotas. ¡Esa es la plaza, fuerte y comercial á un mismo tiempo, que necesita España para poner la ley á los moros!

—Ciertamente... Pero es el caso que los ingleses se oponen á que nos quedemos con Tánger,—y ya nos lo avisaron antes de principiar la guerra.

—¿Y qué nos importan los ingleses? añadirá con un sublime arranque de fiereza algun español de pura sangre.

—¡Tiene mucha razon! A un hijo de la noble España no le intimida ningun hombre, y lo mismo lucharia con un inglés que con un moro...—Pero es el caso que la guerra seria marítima...



Judío vendedor de ropas en Tetuan.

—¿Y qué nos importa? repetirá el leon castellano.

—Sí nos importa, amigo mio.—Y prueba de ello es que llevamos sobre la frente ese estigma vergonzoso que se llama Gibraltar!

¡Yo me alegro mucho de que desafíes la ira de la Gran Bretaña, á propósito de la conquista de una plaza estrangera; pero preferiria que la desafiases á propósito de la reconquista de la plaza española en que ondea un pabellon que no es el nuestro!

Si el nuevo agravio que la Gran Bretaña infiere á nuestro afan de independencia hace subir el rubor á tus mejillas...¡tanto mejor!

¡Apuntémosle al lado de otros muchos; trabajemos sin descanso; construyamos buques; lancemos á la vida de la mar á nuestros hijos; pongamos la confianza en Dios, en nuestro valor y en nuestro derecho; esperemos algunos años, y tantas y tan repetidas ofensas serán lavadas con sangre en la bahía de Gibraltar y en los campos de Algeciras!

¡Solo cuando hayamos conseguido esto, podremos entablar contiendas con la Gran Bretaña sobre nuestra libertad de accion en Tánger!

Digo... ¡á no ser que prefieras la gloria y la fortuna de que España sea ayudada en sus empresas de la manera que lo han sido el imperio turco y el reino sardo!!...

¡Pobre Turquía, y desgraciada Italia!

Desengañémonos.—Antes de conquistar la independencia, es menester sentir en el corazon su poderoso latido.

¡Tanto vale depender de un adversario injusto, como de un auxiliar... mas ó menos generoso!

Recordemos nuestra historia.

. . . .

. . . .

Los parlamentarios moros han quedado en volver el dia 21 con la contestacion de Muley-el-Abbas á las nuevas condiciones de paz.

Dia 21 de marzo.

¡Esto es hecho!—Pasado mañana saldremos para Tánger.

Muley-el-Abbas no suscribe á la cesion de Tetuan ni tan siquiera en garantía de la indemnizacion de guerra.

Sus embajadores nos estrechan la mano con profunda melancolía y parten á ponerse al frente de sus tropas.

—¡Adelante y escusemos negociaciones inútiles! dicen en nuestro ejército todas las fisonomías. ¡Adelante por España! ¡Pronto! ¡Pronto! ¡A matar! ¡A morir... puesto que nos lo exige la patria!—

¡Oh... qué reaccion tan sublime! ¡Qué espectáculo tan grandioso!

Todos arden ya en deseos de nuevas lides.—¡Tánger! ¡Tánger! resuena en todos los labios.—*Pasado mañana*... murmuran cuarenta mil voces.

Y cuenta, amigo mio, que acabamos de saber que en el Fondac nos aguardan cincuenta mil moros perfectamente atrincherados.—

Ya ves que no han perdido su tiempo.

Es cuanto podíamos apetecer. A medida que el enemigo se nos presente mas numeroso y confiado, las batallas serán mas decisivas.

¡Magnífica tempestad nos espera!

Figúrate ahora la animacion que reinará en Tetuan. Ya no se trata de marchar con la escuadra á la vista, encontrando en ella todo género de socorros, sino de caminar á la ventura, sin base de operaciones ni comunicacion alguna con el mundo entero hasta que lleguemos á las costas del Océano.

Proveémonos, pues, todos de infinidad de raciones; cómpranse caballos, asnos, mulas y camellos á los moros y judíos; cargamos hasta con muebles; mejoramos la condicion de nuestras camas de campaña; *Chorby*, el inimitable *Chorby*, nos regala á sus amigos los mejores cojines, las mejores mantas de su harem, todas las naranjas de su despensa y hasta sus utensilios de cocina... ¡Ahora sí que será nuestro ejército una ciudad ambulante!

Yo doy un adios del alma á Tetuan. Ya no volveré nunca á él. Nuestro regreso á España será por el Océano. —¡Y esto... el que regrese!

Pero hoy no se piensa de este modo.—Hoy no se vé en nadie aquel solemne recogimiento que precedió á la batalla de Tetuan. Hoy no se escriben tiernas cartas de despedida, ni se piensa en la familia ni en la patria. Domínanos, por el contrario, aquel bárbaro olvido de todas las cosas que se esperimenta en el momento mismo del combate.—¡Es la desesperacion! ¡Es la fiebre! ¡Es el remordimiento de haber acariciado ideas de paz! Es el miedo de que haya podido imaginarse alguien, que todo lo que hemos dicho y pensado en favor de la terminacion de la guerra, sea hijo del cansancio... ú otra cosa peor.

¡Oh...! no: era y es una conviccion profunda, patriótica, acendrada; así como la ira que enciende hoy á nuestro ejército es ciega, irreflexiva, vertiginosa, como la de una fiera encolerizada, no como la de un pueblo que se apercibe á luchar por una idea.

Verdaderas maravillas espero de unas tropas dispuestas de este modo. El primer encuentro ha de ser terrible, feroz, encarnizado.—¡*Concluyamos de una vez*! parecen decir todos segun el aire con que se preparan á la batalla...

Y dicen perfectamente...—Concluyamos de una vez.

Dia 22 de marzo.

Dentro de dos horas habré abandonado á Tetuan; pero no con direccion á Tánger, sino con direccion á Madrid.

He pedido una licencia temporal al general en jefe, y me la ha concedido.

La razon que me asiste para obrar así, espontánea y libremente como lo hago, es la misma que me trajo á la guerra, tambien voluntariamente, hace ya tres meses y medio:—el amor á mi patria.

Entonces creí que su interés, que su gloria, que su prosperidad estaban en esta tierra: y vine á añadir mi pobre grano de arena á la obra de nuestra regeneracion; y luché y padecí sin quejarme; y sufrí, no diré resignado, sino contento, todo género de trabajos y privaciones, porque los sufria por mi patria; y canté á mi modo la guerra, y procuré en fin inflamar mas y mas, si esto hubiera sido posible, el espíritu público, el entusiasmo patrio del pueblo y del ejército.

Hoy creo, ó por mejor decir, hace mes y medio que creo que nuestra mision en Africa está terminada por ahora; que la continuacion de la guerra no tiene objeto; que será una calamidad para mi país; que el espíritu público está estraviado en España; que la prensa de la córte, poderosa palanca que agita á su placer la opinion, empuja á nuestro ejército hácia un abismo, movida por el error, por la ignorancia, por un patriotismo mal entendido ó por miserables pasiones, por ruines envidias, por maquiavélicos propósitos; hoy creo finalmente, que la cuestion de la guerra, que el interés de la nacion, que la gloria del ejército, que los destinos de España no se ventilan ya aquí, sino allí; no dependen ya del valor de nuestras tropas, sino de la prudencia del gobierno español, de la sensatez del pueblo, de la ilustracion y del patriotismo de la prensa.—Es decir; que la patria está allá; que sus enemigos (muchos de ellos sin sospechar que lo son), se encuentran en su seno; que allí es por último donde amenazan ahora riesgos á la santa madre que vinimos á defender á esta tierra...

Corro, pues, á aquel nuevo campo de batalla.

Sin que se me tache de soberbio, puedo creer que no será completamente perdida, inútil ó ineficaz mi voz leal y franca proclamando desde la prensa la verdad de muchas cosas, que allí se desconocen por unos y quieren desconocerse por otros.

Yo creo que esa verdad brillará por sí sola, y que á pesar de la insignificancia del que la diga, logrará alumbrar todas las conciencias que merezcan este nombre. Yo creo que la opinion del que todo lo ha visto y oido será tenida en algo; que el grito de *paz*, lanzado por el que tanto y hace tan largo tiempo ha abogado por la guerra, será atendido; que cuando menos, lograré colocar la cuestion en su verdadero punto de vista; que ya que no otra cosa, conseguiré desvanecer los errores en materia de hechos, y que siquiera los periódicos que se dicen afectos á la situacion que ha iniciado la guerra, modificarán sus convicciones cuando sepan que las fundan en supuestos falsos.

Y si nada de esto logro, siempre habré cumplido con un deber; siempre me habré hallado en mi puesto; siempre habrá tenido un eco en España la opinion,—fuerza es decirlo,—la opinion de todo el ejército de África; la opinion de cuarenta mil españoles, generales, jefes, oficiales y soldados, hombres de todas las opiniones, de diverso carácter y de varia inteligencia, que convienen en considerar un mal la continuacion de la guerra y sobre todo el que se la quiera convertir de guerra de desagravio en guerra de conquista.

Opinion es esta muy respetable, muy atendible, muy competente y autorizada, puesto que nació á la vista de los hechos y no ha buscado medios de manifestarse públicamente ni de influir en la marcha de las cosas.—Yo la proclamo, sin embargo, en alta voz, cediendo á lo apremiante de las circunstancias.

El ejército piensa y calla: ó murmura y obedece. El ejército, por pundonor militar, no diria nunca de modo que pudiese ser oido y mal interpretado por el país y por la historia, su dictámen adverso á una guerra indefinida, ineficaz para el bien y ruinosa para España.—Se batirá mañana como un leon ostigado; se batirá todos los dias; se batirá siempre que se lo exija la patria; pero sin conciencia de lo que está haciendo, dejando á un lado sus opiniones, obedeciendo rigurosamente á la ordenanza y hasta gozando en la lucha, por injustificada que la encuentre; pues tal es nuestro temperamento belicoso.

Yo vendo aquí este secreto, como lo venderé mañana en los periódicos de Madrid. Yo revelaré sin temor de que se me contradiga por nadie, que *todos*... (sin escepcion de un solo hombre) todos los españoles que se encuentran en Africa y ven las cosas de cerca, convienen en la idea de paz, tan escarnecida hoy por los periódicos de Madrid; y desde el momento en que esto se sepa, yo espero que no habrá un solo español de buena fe que no sienta vacilar su propio convencimiento, formado en virtud de congeturas, de sospechas, de pérfidas sugestiones ó de escelentes deseos.

Por lo demás, y sea cualquiera el éxito de mi súbita pero firme resolucion, siempre resultará, (y lo digo anticipándome á quien encuentre peregrino que un soldado abandone las filas la víspera de una batalla;) siempre resultará, digo, verdadera y exacta la razon que me impele á obrar así.

La presencia de un soldado mas en los futuros combates nada influiria en la suerte de nuestras armas. La presencia de este soldado en los combates de la prensa será de alguna utilidad al ejército y al país.

Cuando la guerra me era simpática; cuando la creia un bien, necesitaba verla para encarecerla en mis escritos.—Hoy que la considero un mal, renuncio á poner mi pluma al servicio de sucesos que repruebo de antemano.

Gran violencia me he hecho, sin embargo, (te lo juro por mi honor), para decidirme á separarme hoy del ejército; y largas y profundas meditaciones precedieron anoche á la resolucion que he tomado esta mañana.

Sé que arrostro dos cosas: la impopularidad y la calumnia.

La impopularidad... porque España desea la continuacion de la guerra.

La calumnia... porque las almas desgraciadas darán una torcida interpretacion á mi repentino viaje.

No me importa: me basta con el aplauso de mi conciencia.

Confio ademas en que los hechos comprobarán muy pronto mis opiniones; y en que el ejército, cuando vuelva á España, justificará mi conducta.

Esto sin contar con que no soy yo solo el que adopta hoy tan grave determinacion.

Los corresponsales de *La Epoca* y de *La Iberia*, don Cárlos Navarro y don Gaspar Nuñez de Arce, han oido mis razones; se han penetrado de su bondad; han reconocido que ellos tambien pueden ser mas útiles á sus periódicos y á la patria, yendo á Madrid á desvanecer lamentables errores de funesta trascendencia, que siguiendo al ejército para hacer la crónica de estériles batallas; y, como ellos, lo mismo que todos, opinan de la manera que te he manifestado, han resuelto volverse conmigo á España, teniendo en mas los intereses de la nacion que los suyos particulares, y arrostrando generosamente el desagrado de las empresas y de los partidos que aquí representan, á trueque de prestar un gran servicio á la justicia, á la verdad y á las mismas personas que acaso repruebén su conducta.

Firmes en nuestro propósito, nos hemos presentado al general en jefe, á pedirle los pasaportes y ademas las licencias que necesitamos Navarro y yo; él por su posicion oficial en el ejército, como jefe de la imprenta de campaña, y yo por mi carácter de soldado.

Naturalmente, el duque de Tetuan ha estrañado nuestra marcha; pero cuando le hemos espuesto la idea que nos lleva á Madrid, ha callado como quien aprueba y no autoriza. Yo no dudo de que en el fondo de su corazon aplaudia nuestro proyecto; pero consideraciones fáciles de adivinar le obligaban á no intervenir en él á no influir en nuestra determinacion, á no sancionarla.

Mandó, pues, como única contestacion, que se nos dieran los pasaportes y las licencias; que se nos escoltara hasta la mar, y que se nos admitiese á bordo del primer buque que saliese para España.

Cuando nos despedimos de él, estas fueron sus últimas palabras, elocuentísimo resúmen de su carácter y de su posicion:

—Si me pierdo, señores, digan ustedes allá que me busquen en el desierto de Sahara.

¡Qué solemne ironía! ¡Qué protesta! ¡Qué profunda crítica de las pasadas negociaciones y de la campaña que iba á empezar obligado por las circúnstancias!

Por mi parte, no abandono el Africa sin una profunda emocion.—Aunque me propongo volver si mi voz es desoida en España y la guerra continúa, presiento, sin embargo, que este caso no llegará, pues tengo fe en mi empresa y espero que la verdad de mis palabras desvanecerá muchas locas ilusiones.

Despídome, pues, con el alma de estos lugares, que me representarán eternamente los momentos mas grandes y las emociones mas sublimes de mi vida. Doy un adios del corazon á este bravo ejército, en cuyo seno he aprendido á admirar á mi patria y á esperar en ella. El frio de la muerte circula por mis venas cuando medito en que mañana á estas horas, muchos de los que acaban de estrecharme la mano habrán dejado de existir... ¡Adios, adios á todos!

¡Adios á los que dejo ya sepultados en estos montes y llanuras! ¡Adios á nuestra adorada bandera! ¡Adios á mi vida de soldado! ¡Adios á mis contemplaciones moriscas, á mis ensueños orientales! ¡Adios á mi antigua espada de Toledo, á mi noble caballo, á mi hospitalaria tienda! ¡Y gracias mil á ese mismo Dios que ha velado por mi vida y me permite volver á pisar las costas de mi patria! —¡Nunca me atreví á esperarlo!

BIBLIOTECA DEL
BARCELONES

EPILOGO.

Actitud de nuestra escuadra.—El general Bustillo.—Veo á Tánger.—Llego á España.—La batalla de Vad-ras.—La paz.—Conclusion.

A bordo del *Tharsis*,—22 de marzo, á las diez de la noche.

A las seis de la tarde,—cerca ya del oscurecer,—abandoné la tierra de Africa.

A lo lejos empezaban á verse las primeras hogueras del campamento de Tetuan...

Mis ojos se han llenado de lágrimas... y he deseado volver en busca del ejército, y pasar con él esta solemne noche, y acompañarle mañana, y morir en el próximo combate bajo la bandera española...

¿A dónde voy? me he dicho lleno de remordimientos. ¡Al mundo de la política á hablar de patria! A proponer á un pueblo poeta que trueque gloria por ventura, conquistas por bienestar, lo bello por lo conveniente!—¡Locura! Al dejar de respirar la ardiente atmósfera, el patriótico fuego del campamento, la desconfianza penetra en mi corazon.—¿Quién me oirá? ¿Quién me creerá? Voy á ser calumniado, escarnecido...

¿Qué me importa? ¡Valor! «¡Adelante por España...» como decíamos ayer en la guerra.

Antes de venir á bordo de este vapor, que ha de conducirme á Cádiz, he estado una hora en la fragata *Princesa de Asturias*, de la insignia del general Bustillo.

Allí se ha fortalecido mi fe.—Todos los comandantes de los buques surtos en la rada se hallaban en la cámara del general.

Hemos hablado largamente de la cuestion de la paz y de la guerra, y todos, sin escepcion de uno solo, opinan como el ejército de tierra.

¡Oh! la verdad cundirá y llegará á lucir á los ojos de toda España.

Y sin embargo de pensar asi, la marina, como el ejército, lo prepara todo para el ataque de Tánger.

Solo que la marina no dice como el ejército:—¡*Triunfaremos en la lucha*! sino esta otra frase mucho mas sublime:—¡*Pereceremos en la demanda*!

Nuestra escuadra es insuficiente para sostener el fuego de las magníficas fortificaciones de Tánger, cuajadas de baterías.

Asi lo saben los denodados marinos con quienes acabo de hablar; y á la verdad que era imponente oirles decir con la mayor sangre fria:

—Nosotros calculamos perder la mitad de nuestra gente y dos terceras partes de nuestros barcos dentro de aquella bahía... pero será muy adentro... y uno solo que quede de nosotros, penetrará en Tánger con la bandera española en la mano.—El honor de la marina la exige perecer. Solo así podrá resucitar.

Estas palabras del general Bustillo, me han recordado aquellas otras de O'Donnell:—«Si me pierdo, que me busquen en el desierto de Sahara.»

España ha vuelto á ser España. La raza de Cortés y de Gravina reaparece sobre la escena. Esto quiere decir que siempre tendremos grandes capitanes. ¡Asi nos diera Dios grandes políticos!

Imagínate la efusion y el respeto con que habré saludado á aquellos bizarros marinos, dispuestos á inmolarse por el honor de su pabellon y por la gloria de España... Imagínate tambien la fuerza con que me habré aferrado á mi idea de que la guerra de Africa, despues de haber labrado la gloria de la nacion, acabará, si continúa, por ocasionar su ruina.

Dia 23 de marzo, al amanecer.

Está amaneciendo.

El *Tharsis* atraviesa en este momento el Estrecho de Gibraltar.

A la dudosa luz del crepúsculo distingo allá sobre la costa que se dilata á mi izquierda, una blanca ciudad dormida, mal envuelta en un sudario de bruma...

¡Es Tánger!

En este momento habrá resonado ya el toque de diana desde Fuerte-Martin al valle de Samsa, y todos nuestros campamentos se hallarán por tierra, y la vanguardia del ejército habrá empezado á moverse con direccion á esta ciudad maldecida...

¡Cuánta sangre nos ha de costar!... pero ¡á cuánto precio han de pagarla los marroquies!...

. . . .

Hé aquí el sol... ¡el sol de los combates!—Ya rujirá el cañon en el valle de Buceja... Ya habrá principiado la batalla...

Nada se escucha... nada veo. El litoral de Africa se percibe aun entre la niebla. Allá están solos, entregados á Dios y á su denuedo, luchando por la patria, aquellos hermanos míos que tanto he llegado á amar... Ya correrá su sangre generosa... Ya no existirán muchos de ellos.

. . . .

¡España! ¡España!—Hé aquí sus bellas y azuladas costas.—Hé allí Cádiz, anclada en medio de su bahía, como un navío de plata... Hé allí los campanarios coronados por la cruz...—Entro en Europa... Llego á mi patria... ¡Me siento nacer á una nueva vida!

. . . .

España.—Cádiz,—á las 9 de la mañana.

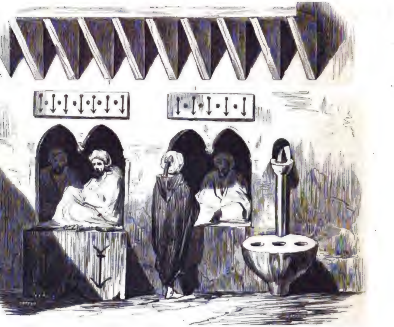
¿Por qué no late alborozado mi corazon en el instante en que siento estremecerse bajo mis plantas el suelo patrio? ¿Por qué no lloro de placer y gratitud? ¿Por qué no bendigo al cielo? ¿Por qué me parecen mudas y solitarias las costas españolas?

Es que la patria no está aquí. Es que me la he dejado en Africa, comprometida en mortal contienda. Es que mi alma, mi corazon, mi vida se han quedado allí, atentas al resultado de las batallas. Es que yo no tengo imaginacion, ni memoria, ni ternura, ni cariño sino para aquella mi heróica y atribulada familia, á quien he abandonado en trance tan supremo. Es que me parece oir los gritos de mis amigos que me llaman. Es que veo el desfiladero del

Fondac... Es que veo hundirse á nuestra escuadra en las aguas de Tánger... Es que miro el Océano alborotado y á nuestras vencedoras huestes que llegan á la bahía de Jeremías hambrientas y fatigadas... Sopla el Poniente... Ni un solo barco nuestro les espera allí... ¿Quién les socorrerá en su desamparo? ¿Qué harán de sus heridos y de sus enfermos? ¿Cómo se procurarán víveres y municiones?

Ya les separan de Tetuan ocho leguas sembradas de cadáveres... Han forzado la línea enemiga; han triunfado una vez mas; se ven en frente de Tánger... Pero están desarmados y desprovistos de todo.—Los elementos, que hace tiempo acechaban la ocasion de aniquilarlos, les presentan la última batalla en aquella soledad salvaje... ¡Oh, qué horror!—El heroismo, la fortuna, la victoria, todo ha sido inútil...—Apartemos la vista de tan espantoso cuadro.

Al través de tan melancólicas tintas considera hoy mi imaginacion las cosas.—¿Cómo alegrarme de haber llegado al imperio de la paz? ¿Cómo no sentir remordimiento y vergüenza de poder ya disfrutar tanta calma, tanta dicha, tanto regalo, tan apacible dulzura?...



Tiendas de argelinos en la plaza del Fondac.

¡Repitámoslo: la patria no está aquí; la patria está en Africa!

Sevilla, 24 de marzo.

¡Y sin embargo, cuán otra, cuán purificada, cuán bella, cuán sublime es la España que he encontrado á mi vuelta!—¡Qué actitud tan noble la de los pueblos! ¡Qué generosidad, qué interés, qué ternura demuestran hácia aquellos valientes cuya suerte ignoro, de los que nada se dice hace ya dos dias, de quienes me parece haberme separado hace tanto tiempo!!

Córdoba 24 por la tarde.

En alas de la electricidad, acaba de pasar por aquí la temerosa nueva.

El dia 23 de marzo, ayer... á las pocas horas de abandonar yo el ejército, principió la gran batalla que se esperaba.

¡Hemos vencido!

Hé aquí el testo de este parte.

«El general en jefe del ejército de Africa, al Escelentísimo señor ministro interino de la Guerra.

»Campamento del valle de Gualdrás 23 de marzo de 1860, á las cinco de la tarde.

»Batalla y victoria completa.

»El enemigo, fuertemente situado en posiciones de difícil acceso, nos esperaba á una legua de Tetuan. Con gran empeño ha tratado de estorbar el movimiento del ejército.

»Desalojado sucesivamente de todas las posiciones y arrojado en el valle, en donde se presentó tambien en fuerzas considerables, ha tenido que levantar su campamento á toda prisa para que no cayese en poder nuestro.

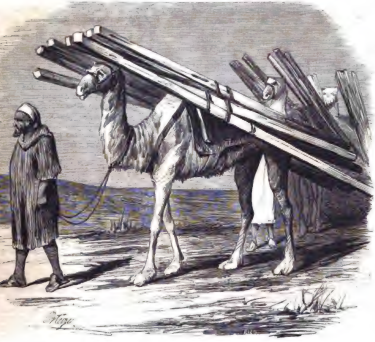
»En este instante se encuentra fuera del alcance de vista de las tropas de S. M.

»Todos los generales y tropas han rivalizado en denuedo y bizarría.»

Este parte se ha completado con otro que ha pasado por Córdoba pocas horas despues:

«El general en jefe del ejército de Africa al Escelentísimo señor ministro interino de la Guerra:

»Campamento de Gualdrás, **24 de marzo de 1860.**



Trenes de puentes.—Batalla de Vad-Ras (De un croquis.)

»Me he detenido hoy en este punto para desembarazarme de los heridos y enfermos, y para reponer las municiones gastadas ayer. Aun no puedo fijar la cifra exacta de nuestras pérdidas; pero las calculo de cuarenta á cincuenta muertos y seiscientos heridos. Las del enemigo han sido considerables, porque ha defendido tenazmente y á pecho descubierto sus fuertes posiciones, y se han visto sobre el campo multitud de sus muertos y heridos. Mañana al amanecer continúa la marcha con direccion al Fondac.»

Durante la campaña he aprendido á conocer la relacion que hay siempre entre los sucesos y los sencillos y modestos partes del general O'Donnell.

Una batalla, descrita por él de ese modo, ha debido de ser la mayor de cuantas hemos reñido en Africa.

Nuestras pérdidas habrán sido, cuando menos, dobles de las que se han averiguado en el primer momento.

Para que los moros, en número de cincuenta mil, hayan levantado su campamento en medio de la refriega, han de haber sido necesarios de parte de nuestras tropas esfuerzos desesperados de valor.

La lucha de anteayer era para los marroquíes á muerte ó vida y en ella jugaban el todo por el todo.

A estas horas, ó la paz está hecha, ó Tánger ha caido en nuestro poder.

Madrid 27 de marzo.

Al pasar á media noche por la villa de Manzanares, el repique de las campanas y los gritos de júbilo de la poblacion me dieron la primera noticia de que la paz se habia firmado.

. . . .

¡ Bendigamos á Dios !

Una vez en Madrid, he leido estos partes telegráficos.

«El general en jefe del ejército de Africa al Excelentísimo señor ministro de Estado, presidente interino del Consejo de ministros.

»Campamento del valle de Gualdrás 25 de marzo de 1860, á la una de la tarde.

»Ayer se presentaron de nuevo en mi campamento los comisionados de Muley-el-Abbas, portadores de una carta en que con insistencia me hablaba de sus deseos de paz, y pedia que celebrásemos una entrevista para ponernos de acuerdo: accedí á ella bajo la condicion de que las proposiciones que le tenia remitidas habian de ser aceptadas, y que la hora de la cita se me habia de avisar antes de las seis y media de la mañana siguiente, pues á esta hora emprenderia el movimiento.

»No se hicieron esperar los comisionados, y ya estaban batidas tiendas y las tropas en disposicion de marchar, cuando me avisaron que el califa vendria á la entrevista entre ocho y nueve de la mañana. Asi tuvo lugar, y le recibí en una tienda que mandé levantar á seiscientos pasos de nuestras avanzadas.»

«Campamento de Gualdrás 25 de marzo de 1860, á las dos de la tarde.

»Habiéndose firmado hoy los preliminares de la paz y la celebracion de un armisticio, el ejército marcha á colocarse dentro de la línea del puente de Buceja, que es la divisoria, y en posicion de ser con facilidad y presteza asistido y racionado.»

Madrid 29 de marzo.

No diré una palabra mas en pro ni en contra de la paz ni de la guerra.

Cuando los partidos levantan la voz, el patriotismo calla apesarado.

La paz está firmada. Mi acelerado viaje á Madrid no tiene, pues, ya objeto.

La calumnia procura mancharme... No me justificaré.

La crítica, ó por mejor decir, el odio y la ambicion, se ensangrientan en el general O'Donnell, calificando la paz de innecesaria y de deshonrosa...

La historia le hará justicia.

Los males que amenazaban á la patria han sido remediados ya.—Esto nos basta á sus buenos hijos.

Ahora, para que en el tiempo venidero los espíritus libres de pasion puedan fallar este gran litigio con perfecto conocimiento de causa, completaré estas *memorias* con la relacion de la batalla de Vad-Ras y con las bases de paz, *rechazadas un dia por los moros y aceptadas al siguiente bajo la presion de nuestras armas*.

LA BATALLA DE VAD-RAS.

Campamento de Vad-Ras 23 de marzo de 1860.

Sr. D. Pedro Antonio de Alarcon:

Nos dejó usted ayer dispuestos ya para la marcha y se alejó usted con la seguridad de que hoy tendríamos una gran batalla, mas grande todavía, mas reñida y sangrienta que la que tuvo lugar al frente de Tetuan el dia 4 del mes pasado.

No se ha equivocado usted, amigo mio; pues en el combate que terminó hace dos horas, los moros han hecho el último y desesperado esfuerzo de un ejército que defiende su pais y su independencia.

Fíjese usted en la duracion de la batalla, en la estension y dificultades del terreno que era su teatro, en el número de los combatientes, en la significacion y en los resultados que debe suponer la victoria, y determinará en su imaginacion toda la horrible grandeza del último combate.

Por complacerle, voy á intentar el describírselo á usted con todos sus pormenores.

Segun de antemano se habia prevenido, á las dos de la madrugada se disparó un cañonazo en la torre de la Alcazaba, que era la señal acordada para que el ejército batiera tiendas, cargase los bagajes y se preparara á emprender el movimiento en direccion al Fondach.

A las cuatro y media, los diferentes cuerpos se hallaban ya formados en columnas sobre el terreno de sus respectivos campamentos; pero una densa niebla que no permitia ver á corta distancia, obligó al general en jefe á suspender la marcha que debia ejecutarse con el primer crepúsculo del dia.

Este no era un mal presagio; pues recordará usted que tambien el dia de la batalla de Tetuan, que empezó nublado y medio lluvioso, se suspendieron las operaciones durante dos horas, á causa del tiempo.

Como en el dia de aquella magnífica jornada, á cosa de las ocho se despejó la atmósfera, y el sol reflejó su lumbre sobre el mar que íbamos á perder de vista por la primera vez despues de cinco meses.

Entonces se dió la órden de partir, ejecutándose desde luego el movimiento en la forma siguiente:

El general Rios, con cinco batallones de la segunda division de reserva, tres de la vascongada, mandados por el general Latorre, y dos escuadrones de lanceros, se dirigió por la derecha con el objeto de apoderarse de los montes de Samsa y seguir avanzando de una en otra posicion hasta colocarse sobre los montes que dominan la izquierda del valle de Vad-Ras, que atraviesa el rio Buceja.

El primer cuerpo, al mando del general Echagüe con dos baterías de montaña, toda la fuerza de ingenieros, y un escuadron de la Albuera, formando la vanguardia del resto del ejército, emprendió su marcha por el camino que conduce al puente de Buceja siguiendo por la derecha del rio Jelú.

El segundo cuerpo, á las órdenes del general Prim, siguió detrás del primero con una batería de montaña, la de cohetes y el segundo regimiento montado de artillería.

En prolongacion del segundo cuerpo, iban la brigada de coraceros, dos escuadrones de lanceros y uno de húsares al mando del general Galiano. En pos de estos caminaban el bagaje del cuartel general y todo el perteneciente á los cuerpos primero y segundo.

Seguia despues el tercer cuerpo, mandado por el general Ros de Olano, con una batería de montaña y un escuadron de la Albuera, llevando detrás su correspondiente bagaje.

Por último, cerraba la marcha, cubriendo la retaguardia, la primera division del cuerpo de reserva, á las órdenes del general Mackenna, con una batería de montaña y un escuadron de coraceros.

La disposicion de esta marcha, hábilmente adaptada á los accidentes del terreno, prevenia cualquier caso de ataque serio por el flanco derecho ó por retaguardia, mientras que por la izquierda un suelo mas despejado, con dos rios y diferentes arroyos que bañan el valle, hacian imposible para el enemigo la concentracion y movimiento de masas capaces de interrumpir el paso de nuestras tropas.

Tampoco era de esperar que por el frente se intentase una accion de empeño hasta la llegada del ejército á la proximidad del *Fondach*, desde cuyas formidables posiciones se creia que las fuerzas enemigas opondrian una tenaz resistencia; pero contra este cálculo natural, á la media legua de marcha se vió empeñada la vanguardia en un vigoroso ataque por su frente, mientras que muchos tiros sueltos de señal, resonando por toda la prolongacion del flanco izquierdo del ejército, aunque á larga distancia, nos indicaban que los kabilas y las fuerzas enemigas, dispersas por entre los aduares y alturas próximas, trataban de reunirse para hacer mas ruda y general la acometida.

Conocíamos á los moros, y comprendíamos que aquellos tiros sueltos eran su telégrafo, su corneta, su llamada de tropa.

Y á la verdad que era de ver, cómo de todas partes, sin órden ni concierto, pero incesantemente salian grupos numerosísimos de árabes, ora de infantería, ora de caballería, atronando al aire con sus feroces aullidos, no tanto para amedrentarnos á nosotros, como para animarse ellos, corriéndose diligentes y presurosos, unos hácia la vanguardia y otros á la orilla opuesta del rio Jelú.

Su fuego, cada vez mas vigoroso, hacia ya algun daño á nuestras tropas, por cuyo motivo el general en jefe dió la órden de que los diferentes cuerpos de ejército desplegasen sus guerrillas y protegiesen el flanco izquierdo en toda su estensa prolongacion.

Esta feliz medida no contúvo sin embargo á los moros que hoy se presentaban fieros y osados como nunca é intentaban pasar el rio para redoblar sus ataques con los refuerzos que incesantemente recibian.

Entonces se destacaron dos batallones del segundo cuerpo, al mando del brigadier Quiros, dispuestos á rechazarlos, si no bastaba con el fuego, recurriendo á la bayoneta.

A la altura del tercer cuerpo, el enemigo no se mostraba menos tenaz y temerario; pues habiendo logrado vadear el rio por diferentes puntos, intentaba sin duda dar un golpe atrevido sobre nuestra *impedimenta*.

Entonces el general Ros de Olano dispuso que todo el bagaje se separara del camino y marchara por la derecha, protegido por algunas tropas, mientras que el general Cervino con dos compañías y el brigadier Mogrovejo, con otras dos cargaban á los moros á la bayoneta con el mayor denuedo, obligándoles á repasar el rio y causándoles muchas pérdidas.

Entre tanto, el grueso de nuestro ejército, á cuya cabeza iba el general en jefe con su Estado Mayor y cuartel general, llegaba á la confluencia del rio Jelú con el Buceja, donde el fuego estaba empeñado por el frente y la izquierda, sostenido vigorosamente por las fuerzas enemigas que se habian acumulado en número considerable.

El duque de Tetuan dispuso en aquel momento que el segundo batallon del regimiento de Granada, á las órdenes del brigadier Trillo, y un escuadron de la Albuera, vadeasen el Jelú, que estaba á nuestra izquierda; operacion que ejecutaron con la mayor bizarría, rechazando al enemigo á larga distancia despues de una segunda carga del escuadron de la Albuera, en que alcanzó á los moros, mezclándose entre ellos y acuchillándolos de una manera espantosa.

Al mismo tiempo, los restantes batallones del primer cuerpo formaban en línea de columnas con una batería de montaña y atacaban por el frente con el objeto de tomar una altura que podia servir de situacion dominante en la lucha.

Comprendíanlo tambien asi los moros,—que en este dia se han batido con tanta bizarria como inteligencia,—y destacaron numerosísimas fuerzas para tomar el flanco izquierdo de esta posicion.

Ignorando su respectivo intento cristianos y marroquíes, pero coincidiendo en el mismo propósito, el batallon de cazadores de Cataluña subió á coronar la cumbre de dicha posicion, al mismo tiempo que por la opuesta ladera subian fuerzas enemigas muy superiores; pero los bravos cazadores no cejaron un paso, y un ataque de toda la línea á la bayoneta, que ordenaron con grande oportunidad los generales García y Echagüe, y que fue secundado á la derecha por el batallon cazadores de Madrid, á las órdenes del general Lasaussaye y brigadier Berruezo, dejó en nuestro poder la posicion, siendo horrorosos los estragos que el enemigo sufrió en su tenaz resistencia.

Puestos al fin en precipitada fuga, los moros se dirigieron á un barranco cercano, desde el cual, apoyados en nuevos refuerzos, intentaban todavía cerrar el paso á nuestras tropas, y avanzando entonces el segundo cuerpo por mandato del general en jefe para secundar los esfuerzos del primero, se destacaron á la bayoneta dos batallones del regimiento de Castilla contribuyendo con su poderosa carga á que el enemigo abandonara sus nuevas posiciones y quedara despejado el terreno para la continuacion de la marcha.

Los moros, sin embargo, multiplicándose con nuevas reservas, y aprovechándose de todos los accidentes del terreno que podian ofrecerles alguna ventaja, volvian á la pelea con desesperado ardimiento, siendo necesario que la primera brigada de la segunda division vadeara el rio Jelú para sostener las guerrillas del primer cuerpo y que el general Prim hiciese avanzar los tercios catalanes en ayuda del ala izquierda para contener el ímpetu del enemigo.

Los catalanes, que tan brillante muestra dieron de su valor el dia 4, aumentaron todavía mas su reputacion á este memorable dia; pues, como un solo hombre y á la carrera rebasaron la línea de nuestros tiradores y penetraron por entre los moros, sembrando en sus filas la confusion, el espanto y la muerte.

Allí hubo luchas individuales; allí se torcieron las bayonetas ó se quebraron las gumías en el choque violentísimo del furor y la desesperacion.

¡Qué bello y qué horrible á la vez era aquel espectáculo, amigo mio!

Terminó, sin embargo, con la pronta llegada de la segunda brigada de la segunda division, al mando del brigadier Hediger, quien lanzando sus batallones al combate aseguró la victoria por aquel lado.

Al mismo tiempo, la primera brigada de la misma division, capitaneada por el ya general Serrano, con una batería de montaña y la seccion de cohetes, avanzó á reforzar las tropas del frente por órden del conde de Reus, quien, en virtud de las instrucciones que le habia dado el general en jefe, hizo adelantar toda esta línea, á fin de proteger los batallones de la izquierda; romper el centro enemigo y precipitar sus huestes sobre el puente de Buceja.

Esta heróica operacion fue coronada del éxito mas brillante. El esfuerzo del batallon de Navarra, mandado por el brigadier Lacy, y los felicísimos disparos de la artillería y cohetes, contribuyeron á este nuevo y glorioso triunfo del bravo general Prim, al cual se reunieron tambien en aquel instante los escuadrones de coraceros y las baterías que mandaba el general Galiano.

Pasó, pues, el puente el segundo cuerpo sobre montones de cadáveres, así nuestros como marroquíes.—Al otro lado de él existe otra llanura, en que los moros trataron de reorganizarse; pero acosados rudamente en todas direcciones por nuestras tres armas, viéronse en la precision de retirarse á las formidables alturas de Yad-Ras.

Pero comprendiendo el general Prim á la primera ojeada, que esta ventajosa posicion permitiria al enemigo rehacer sus desordenadas huestes, si se le daba tiempo para ello, prosiguió denodadamente el ataque, y ocupó el primer estrivo de la áspera montaña.

Los moros, por su parte, conocieron tambien la importancia de aquel movimiento, y se opusieron á él con indecible furia, estableciéndose desde entonces una larga serie de encarnizados combates, en que nuestras fuerzas tuvieron que ceder algunas veces al mayor número, si bien para volver á cargar con renovado brio, ganando siempre terreno y vengando hasta la saciedad las numerosas pérdidas que sufrian.

Gracias á tan porfiada lucha, el conde de Reus llegó á la proximidad de un fragoso bosque que el enemigo acababa de abandonar con el intento de rehacerse en un aduar cercano, que se hallaba situado en el estremo opuesto.

El general Prim, apreciando debidamente la importancia de esta posicion, resolvió apoderarse tambien de ella.

Dejó, pues, al brigadier conde de la Cimera con dos escuadrones al cuidado de la artillería y en observacion de la llanura, á fin de impedir todo ataque por retaguardia; y solo con su escolta de infantería, el batallon de Navarra y la compañía de minadores, avanzó de frente; cargó repetidas veces al enemigo; lanzóle del aduar; apoderóse de él, y entrególe por último á las llamas.

Rechazados los moros de esta manera, volvieron á organizarse en un segundo aduar, mucho mas elevado y de difícil acceso, desde el cual cayeron sobre nuestras tropas, conteniendo á veces su movimiento de avance con feroces cargas de frente y tratando de envolverlas por los flancos.

Ya creo haber dicho á usted que los moros han combatido en este dia con un furor, un órden y una disciplina de que hasta hoy no nos habian ofrecido muchos ejemplos en la campaña.

Así es que conde de Reus, para tomar el segundo aduar, vióse obligado á abandonar algunas veces el terreno conquistado; pero al fin, su soberano esfuerzo, su presencia en todas partes, sus arengas á la tropa, y el auxilio que mútuamente se prestaban los batallones de Chiclana, Navarra, Leon y Toledo y los escuadrones de coraceros, mandados por el brigadier Villate, lograron, no solo sostener las posiciones adquiridas, sino apoderarse del segundo aduar, esterminando á cuantos lo defendian, quienes por esta vez se anticiparon á pegarle fuego.

Eran las dos de la tarde y la batalla habia principiado á las nueve. Las tropas del segundo cuerpo estaban fatigadas. Hasta entonces, ellas solas habian sostenido lo mas recio de la pelea, atravesando rios, cruzando bosques, salvando desfiladeros, coronando alturas casi inaccesible, tomando á la bayoneta riscos y aduares, peleando muchas veces entre las llamas y el humo del incendio, soportando un fuego incesante durante horas enteras y llevando siempre encima todo su equipaje y raciones de repuesto para seis dias.—¡Era cuanto se podia exigir del esfuerzo humano! Aquellos batallones, la caballería que los acompañaba en tan ásperos terrenos y el bizarro general Prim, que marchaba siempre á la cabeza de todos, deben recordar siempre con orgullo esta mañana de gloria, de afanes y de agonía.

Y, sin embargo, el combate estaba todavía muy lejos de concluir. Solo se hallaba á punto de regularizarse.

Allá por la derecha combatia el general Rios, con la division de reserva, guardando nuestra retaguardia, y pugnando por rebasar el flanco izquierdo del enemigo.

En el centro, el segundo cuerpo de ejército luchaba como he dicho, con el grueso de las huestes moras, y entre tanto, el tercer cuerpo, á las órdenes del general Ros de Olano, que habia rechazado completamente al enemigo por la izquierda en muchos y muy señalados encuentros, adelantábase hácia el puente de Buceja en busca de nuevos adversarios.

En la vanguardia se hallaba el primer cuerpo de ejército combatiendo todavía y esperando el momento del ataque general.

Por todas partes habia fuego: tronaba el cañon; el incendio lucia sus rojizos esplendores en los aduares de las alturas; las cargas á la bayoneta se repetian; embestian los ginetes moros en anchos remolinos; cargaban los nuestros en masas apretadas, y divisábase ya el campamento enemigo en una retorcida garganta, donde estaba sin duda aquel otro Cabo-Negro, aquel nuevo temeroso paso de las Termópilas, erizado de dificultades, áspero, revuelto, duro, inaccesible; sepulcro, segun los moros, de todo nuestro ejército; ¡el *Fondach!*...

Y sin embargo, todos estaban impacientes de precipitarse por aquella horrible y misteriosa hendidura, que ejercia sobre la imaginacion supersticiosa del soldado una fascinacion indecible, cual si este con su claro y certero instinto creyera encontrar allí el término glorioso de tan mortal contienda.

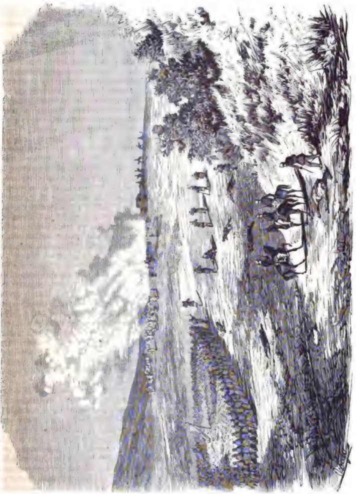
Repito que este momento no habia llegado aun. El ejército estaba desparramado á fin de concentrar al enemigo, siempre deseoso de envolvernos y que ocupaba por su parte una estension de cuatro leguas; puesto que se habia corrido al otro lado de Tetuan y combatia tambien en la Aduana.

He dicho á usted que el tercer cuerpo llegaba á la altura del puente de Buceja en el momento en que las tropas del conde de Reus estaban mas reciamente empeñadas en el combate.

El general Ros de Olano atravesó el puente con tres batallones de la primera division, una brigada de la segunda, una batería de montaña y otra rodada.

Entre tanto, el resto de sus tropas, á las órdenes de los generales Turon y Quesada, ocupaba las posiciones dominantes de la derecha por disposicion del general en jefe.

Este se hallaba situado en aquel punto con su cuartel general y escolta, observando los movimientos de la estensa línea del enemigo y dictando sus órdenes á todo nuestro ejército.



Quema de un aduar en la batalla de Vad-Ras. (De un croquis.)

En el instante que las tropas del general Ros llegaban á la llanura que se encuentra al pasar el puente, una masa considerable de caballería enemiga descendia de un cerro poco distante con el intento al parecer de atacar por la espalda á las tropas del segundo cuerpo, empeñadas como he dicho en las alturas de Vaddras.

Comprendiólo así el general Ros de Olano, y á fin de prevenir aquel riesgo, cubrió todo el llano con sus batallones en columna y la artillería á los costados, rompiendo desde luego un vivo y certero fuego de cañon, secundado por el de las guerrillas que hizo avanzar á la altura conveniente.

En esta disposicion, se preparaba á atacar de frente á la caballería enemiga con el objeto de coger por retaguardia á los moros y decidir la lucha que sostenian con las fuerzas del general Prim en aquellas importantes posiciones; cuando recibió órden de enviar tres de sus batallones en auxilio de las tropas del segundo cuerpo.

En cumplimiento de esta órden, destacóse el general Cervino con los batallones de Ciudad-Rodrigo, Baza y el segundo de Albuera, al paso ligero y por el camino mas recto hácia las alturas de Vad-Ras, sirviéndole de punto de direccion el fuego nutridísimo que se sostenia á las inmediaciones del segundo aduar.

Llegado al primer estribo, recibió las instrucciones de los generales Prim y García para seguir adelante, y pocos momentos despues, observando que grandes masas enemigas descendian á su encuentro, las acometió sin vacilar.

El trance era supremo; porque los marroquíes habian logrado rebasar la línea que marcaban las tropas del segundo cuerpo, estenuado de fatiga con tantas horas de desigual pelea.

El general Cervino encargó al brigadier Pino que con el batallon de Ciudad-Rodrigo operase sobre el flanco izquierdo enemigo y que el brigadier Alaminos con el de Albuera dirigiese su movimiento por el lado opuesto, mientras que el mismo general atacaria el centro con el de Baza.

Inició en primer término esta operacion el batallon de Ciudad-Rodrigo.

Apenas el enemigo le vió adelantarse, se arrojó sobre él como un rio que sale de madre. De todas partes brotaban moros de á pié y á caballo. El fuego se hacia á quemaropa. Despues no se empleó ya sino el arma blanca. Los moros apelaban á las piedras. Nuestros soldados convertian en mazas sus carabinas.

¡Heróica lucha!—El batallon de Ciudad-Rodrigo se cubrió allí de tanta gloria, que ninguna otra podrá jamás eclipsar sus resplandores. El ha sido el protagonista de la batalla de Vad-Ras. Para él son esta noche los aplausos y las alabanzas. El ha acometido una empresa de gigantes y la ha llevado á feliz término... ¡ay! ¡pero á cuánta costa!

¡Su coronel, el bizarro señor Cos-Gayon; diez y seis oficiales y mas de la tercera parte de los individuos de tropa quedaron tendidos en el primer encuentro!... Sú amigo de usted el capitan don Francisco Agulló y Linares ha sido una de las víctimas; pero consuélele á usted el saber que su valor rayaba en heroismo en el momento que cerró los ojos á la vida.

Perris, Saboya, Velasco, Echaun, Puig Samper, Peña, Calderon, Correa, Perez, Fernandez, Corbalan, Romera y Apellanes; es decir, casi todos los oficiales del batallon, cayeron tambien allí muertos y heridos.

Mas ¿qué importaba?—Hubiérase dicho que el aliento del que caia se comunicaba centuplicado al que quedaba de pié, encargado de vengarle!—Solo así se concibe que aquel puñado de valientes, capitaneados en el último momento por un denodado comandante de Estado Mayor,—el señor don Pedro Estéban,—no cediesen nunca un palmo de terreno; cargaran siempre con redoblado furor, y lograran hacer huir precipitadamente á una infinita numerosa muchedumbre, que poco antes habia rechazado á todo un regimiento.

Rehecho, sin embargo, el enemigo algunos instantes despues con las innumerables fuerzas que volaron en su socorro desde otras posiciones mas elevadas, intentó un segundo ataque sobre el invicto batallon.

Entonces el general Cervino acudió por su parte en auxilio de aquel monton de heridos y cadáveres que aun conservaba su bandera y se llamaba el batallon de Ciudad-Rodrigo.

Púsose, pues, al frente de los cazadores de Baza, mandados por el coronel Novella; desplególes en batalla; y enlazándoles con los de Ciudad-Rodrigo, formados ya una exígua columna, se lanzó con ambos batallones al encuentro de los moros; contuvo el ímpetu con que bajaban; batióles primero á tiros; cargóles despues á la bayoneta; hartó á sus soldados de sangre y de matanza, y vió por último huir otra vez á los pertinaces marroquíes en la mas completa y atribulada dispersion.

Pero aun la terquedad del enemigo encontró manera de rehacerse mas adelante y probar fortuna en la resistencia ya que no en la acometida.

Para ello se parapetó en ocultos aduares y en otras ventajosas posiciones que le ofrecia el terreno; pero los de Baza y Ciudad-Rodrigo los arrojaron tambien de allí, mientras que Alaminos, con los de Albuera, habiendo logrado coronar la altura mas dominante del flanco izquierdo, estrechaba al enemigo por este lado, ligando y generalizando el ataque.

Desde este momento, los moros abandonaron aquellas alturas, y precipitándose por las laderas opuestas de los montes, tomaron el camino del Fondach. Mientras esto ocurria en uno de los puntos mas importantes de la batalla, el general en jefe, situado con el general Ros á la inmediacion del puente de Buceja, esperaba el momento oportuno para adelantar por el valle las fuerzas del centro, luego que el general Rios, ejecutado, como se le habia prevenido, un cambio á la izquierda, acabase de envolver el flanco del enemigo rechazándolo hácia el centro.

Este general habia marchado al principio sin encontrar resistencia, avanzando por la derecha del ejército de una en otra posicion, siempre dispuesto á rechazar los ataques que el enemigo pudiera intentar sobre este flanco. Los moros, en efecto, desarrollaron numerosas fuerzas en la misma direccion, siguiendo su idea constante de envolver al ejército por ambas alas; pero las tropas del general Rios, se habian anticipado á su movimiento apoderándose de los montes de *Samsa*, y entonces se decidieron al combate.

Nuestras tropas, movidas por el mismo deseo, no se hicieron esperar: el batallon de cazadores de Tarifa con los tercios de Guipúzcoa y de Vizcaya al mando del general Latorre, cargaron resueltamente sobre el enemigo en el alto y aduar de *Saddina*, hasta arrojarlo hácia el valle de Vad-Ras.

Pero los moros volvieron poco despues con nuevos refuerzos y atacaron por el frente y derecha, aprovechándose de las estribaciones de Sierra Bermeja, con el intento de envolver todas las tropas del general Rios y venir á colocarse á retaguardia del ejército...

Entonces el general Rios mandó al brigadier Lesca que cargase á la derecha con el batallon de Bailen y el sesto de Marina, apoyado por el resto de su brigada, consiguiendo bizarramente contener al enemigo por este lado, mientras que el general Latorre verificaba igual operacion por la izquierda, rechazando al enemigo que queria interponerse entre aquellas tropas y las de la derecha del primer cuerpo.

De nuevo se obstinaron los moros en su temerario objeto, volviendo á probar fortuna con mayores fuerzas; pero un ataque general y arrojadísimo los desconcertó al fin y les obligó á huir á la desbandada.

Conseguido este resultado, fue cuando el general Rios, en cumplimiento de las intrucciones del general en jefe, dirigió el movimiento de sus tropas hácia las alturas del puente de Buceja, formando la segunda línea y cubriendo la comunicacion del ejército con Tetuan, línea que completaba el general Mackena con la division de su mando, establecida entre el puente y la plaza, y que prestó servicios muy importantes y rechazó con bravura muchos ataques al retirar el crecido número de heridos que tuvimos en la batalla.

Llegaba ya el momento solemne que habia indicado en el principio de la batalla el general en jefe.

Antes de empezar esta importante y decisiva operacion, el duque de Tetuan señaló á todos los generales de los diferentes cuerpos de ejército el puesto que habian de ocupar; los movimientos que habian de hacer; las relaciones con que debian comunicarse, y la concentracion final en que debian coincidir para caer como una abalancha irresistible sobre el campamento y ejército enemigos.

Como el dia 4 de febrero los movimientos se verificaron con armonía, con precision, con regularidad; pero el terreno no era una llanura como el valle de Tetuan: era, por el contrario, el mas vário, el mas revuelto, el mas accidentado de cuantos habia visto el ejército en toda su peregrinacion. Cortado por bruscos derrumbaderos, por el Gelú, por el Buceja y por otros arroyos no siempre vadeables; sembrado de bosques; erizado de agrias montañas; poblado, en fin, de aduares, á cada paso se encontraba un escollo, una dificultad, un obstáculo que no podia estar previsto.

Ademas, los moros luchaban con frenética desesperacion. Era el último paroxismo de la rabia; era el fanatismo de la religion;—se hallan en el *Rabadan*, esto es, en su cuaresma;—era, finalmente, el delirio de su amor al hogar, á la familia, á la patria, lo que duplicaba su aliento, lo que irritaba su furor, lo que aumentaba su heroismo.

Por eso le fue tan difícil al general Rios coronar las posiciones de la derecha y adelantarse rápidamente para verificar su movimiento de concentracion con el grueso del ejército cristiano.

Por eso luchaba y reluchaba tan desesperadamente el general Prim para dominar las alturas del centro.

Por eso no tenia un momento de descanso el primer cuerpo de ejército, que ocupaba la vanguardia.

Por eso podia decirse que á pesar de los reiterados combates que el cuerpo del general Ros de Olano habia sostenido con las kabilas y moros de rey que ocupaban la izquierda del Gelú, sus batallones entraban de refresco en la accion cuando Ciudad-Rodrigo, Baza y la Albuera, necesitaron desplegar un valor que rayó en locura para dominar las posiciones que constituian la llave de la batalla y eran el antemural del Fondach.

Pero á Dios gracias, todavía quedaba sol, y los cuatro cuerpos de ejército estaban ya concentrados.

Todo el mundo presentia que se llegaba al trance final, y nadie dudaba de la victoria.

El general en jefe, puesto á la cabeza de las tropas que respectivamente tenian mas cerca los generales Ros de Olano, O'Donnell y Quesada, penetró atrevidamente por el centro, dominando él valle y las orillas del rio Jelú en direccion del Fondach.

¡Bello, solemne, arrebatador era el espectáculo! Las músicas de todos los cuerpos tocaban paso de ataque, y nuestras tropas avanzaban como á una fiesta.

El enemigo no podia resistir su empuje... ¡Lo habia aprendido ya en cien derrotas!

Así fue que, mientras por el frente sostenia un vivísimo fuego, levantó apresuradamente su campamento.

Recordaba el dia de la batalla de Tetuan, y no queria sufrir de nuevo la deshonra que sufrió entonces.

Dábase por vencido; pero trataba de salvar sus reales.

Sin temor ya de perder su campamento, hicieron los marroquíes un nuevo y supremo esfuerzo de resistencia...

¡En vano!—Aquella masa densa, compacta, irresistible, que formaban nuestros batallones, seguia su movimiento sin inmutarse, como si el enemigo no existiese.

De este modo llegamos á los estribos de las codiciadas posiciones.

Los marroquíes tornaron á huir, y los gritos de júbilo y de victoria fueron de valle en valle, de monte en monte, de posicion en posicion, anunciando el magnífico resultado á todo el ejército.

¡Oh! ¡Y qué grande, qué bella y qué imponente ha sido la victoria de hoy!

Nunca hemos visto tantos moros juntos: nunca se han presentado masas tan numerosas y tan compactas: nunca han combatido con tanto valor, nunca con tanta inteligencia.

Eran cuando menos de cuarenta y cinco á cincuenta mil hombres, luchando como fieras, apareciendo en el valle, ocultándose en el bosque, reapareciendo en la altura, defendiéndose en el aduar, vadeando los rios, desparramándose, concentrándose, resistiendo, atacando, haciendo toda clase de esfuerzos de valor, de rábia, de astucia, hasta de heroismo,—preciso es hacerles esta justicia,—por obtener la victoria que les ha negado el cielo.

Y nosotros teníamos la mitad de sus fuerzas, y luchábamos en un terreno desconocido, y verificábamos una marcha penosa, y estábamos de pié desde las dos de la madrugada, y los soldados llevaban encima todo su equipo, manta, tienda, raciones, y asi y todo salvaban rios, subian montes, atravesaban selvas... y el sol de Africa derramaba una lluvia de fuego sobre nuestra frente.

¡Todo, todo conspira á engrandecer nuestro triunfo!

Pero la sangre ha corrido á torrentes de uno y otro lado.

¡Solo los tercios catalanes han tenido ciento once hombres de baja, de los trescientos de que constaban!

La pérdida total del ejército consiste en un jefe, seis oficiales y ciento treinta individuos de tropa muertos; once jefes, noventa oficiales y ochocientos cincuenta y cinco de tropa heridos; un jefe, cuatro oficiales y doscientos trece de tropa contusos.

¡Descansen en paz los mártires de la patria!—Su sangre ha sido el precio de la mas grande y disputada de las victorias alcanzadas en esta guerra. Ella nos asegura nuestra entrada triunfal en Tánger si el sultan no acepta las condiciones de paz que se le han impuesto. Ella no ha corrido sin que las huestes moras derramen mucha mas sobre el campo de batalla.

¡Oh! sí. Las pérdidas del enemigo han sido inmensas. A pesar del cuidado que tienen siempre de retirar sus muertos y heridos, esta vez encontramos sus heridos y muertos por todas partes.

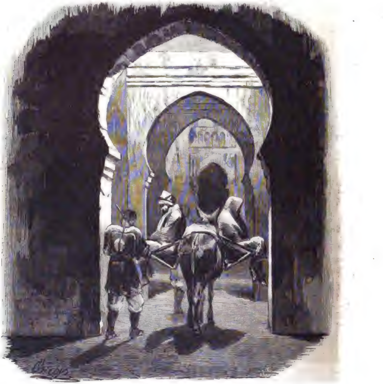
¡Causa horror contemplar tantos cadáveres, tantos destrozos, tanta matanza y desolacion!

Y si esto decimos nosotros, que hemos ocupado las posiciones del enemigo, que hemos obtenido una completa y hermosísima victoria, ¿qué dirán los marroquíes, vencidos una vez mas, arrojados de sus tiendas, diseminados como fieras por los montes y por los bosques, fatalmente resignados ya á perder otra de sus mas importantes ciudades?

Hé aquí ahora las bases de la paz:

«El Excmo. señor general en jefe del ejército de Africa dice al Excmo. señor presidente interino del Consejo de Ministros y ministro de Estado con fecha 25 del mes actual desde el campamento de Gualdrás lo siguiente:

«Excmo señor: Los comisionados de Muley-el-Abbas se presentaron ayer de nuevo en mi campamento con una carta del califa en que me encarecia vivamente sus deseos de paz, y al efecto solicitaba que celebrásemos una conferencia en que pudiéramos ponernos de acuerdo y firmar los preliminares de la paz. Tenia yo dispuesto emprender un movimiento, cuyo resultado debia ser el forzar el paso del Fondac, y deseoso de no retardarlo le contesté que si admitia el supuesto de que mis condiciones eran las mismas que ya conocia y me avisaba la hora de nuestra entrevista antes de las seis y media de la mañana siguiente, la tendria gustoso, pero que de no avisarme á dicha hora, emprenderia mi operacion.



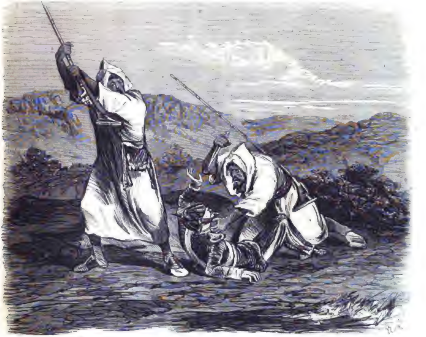
Heridos de la batalla de Vad-Ras entrando en la Aduana de Rio Martin. (De un croquis.)

Ya habia el ejército batido tiendas y dispuéstose á emprender la marcha, cuando á toda brida llegaron los comisionados á avisarme que Muley-el-Abbas asistiria á la entrevista entre ocho y nueve de la mañana. Hice disponer una tienda á seiscientos pasos de mis avanzadas para recibirlo, y cuando se aproximó salí á su encuentro, dejando mi cuartel general y escolta á trescientos pasos y acompañado solo de los generales.

En la conferencia fueron sucesivamente aceptadas todas las condiciones, con la sola modificacion de ser de 400.000,000 de indemnizacion en vez de ser de 500.

La insistencia con que pedia la paz; su elevada condicion de califa, y la dignidad con que soporta su desgraciada suerte, me movieron á rebajar á 400 millones la indemnizacion: no me pareció generoso para mi patria humillar mas á un enemigo, que si se reconoce vencido, dista mucho de ser despreciable. Convenimos en celebrar una suspension de armas, á contar de este dia, y nos separamos despues de firmar ambos los preliminares y el armisticio, que remito á V. E. originales los primeros y en copia el segundo. Hoy emprenderé y llevaré á cabo el movimiento de entrar en mi línea divisoria.

Lo que pongo en noticia de V. E. para que llegue á la de S. M. Dios guarde á V. E. muchos años. Campamento de Gualdrás 25 de marzo de 1860.—Firmado.—Leopoldo O'Donnell.



Accion de Samsa.—Muerte del comandante del escuadron de Albuera.

BASES PRELIMINARES

PARA LA CELEBRACION DE UN TRATADO DE PAZ QUE HA DE PONER TÉRMINO Á LA GUERRA HOY EXISTENTE ENTRE ESPAÑA Y MARRUECOS, CONVENIDAS ENTRE DON LEOPOLDO O'DONNELL, DUQUE DE TETUAN, CONDE DE LUCENA; CAPITAN GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO ESPAÑOL EN AFRICA, Y MULEY-EL-ABBAS, CALIFA DEL IMPERIO DE MARRUECOS Y PRÍNCIPE DEL ALGARBE.

Don Leopoldo O'Donnell, duque de Tetuan, conde de Lucena, capitan general en jefe del ejército español en Africa y Muley-el-Abbas, califa del imperio de Marruecos y príncipe del Algarbe, autorizados debidamente por S. M. la reina de las Españas y por S. M. el rey de Marruecos, han convenido en las siguientes bases preliminares para la celebracion del tratado de paz que ha de poner término á la guerra existente entre España y Marruecos.

Artículo primero. S. M. el rey de Marruecos cede á S. M. la reina de las Españas, á perpetuidad y en pleno dominio y soberanía, todo el territorio comprendido desde el mar, siguiendo las alturas de Sierra Bullones hasta el barranco de Anghera.

Art. 2.° Del mismo modo, S. M. el rey de Marruecos se obliga á conceder á perpetuidad en la costa del Océano en Santa Cruz la Pequeña el territorio suficiente para la formacion de un establecimiento como el que España tuvo allí anteriormente.

Art. 3.° S. M. el rey de Marruecos ratificará á la mayor brevedad posible el convenio relativo á las plazas de Melilla, el Peñon y Alhucemas que los plenipotenciarios de España y Marruecos firmaron en Tetuan en 24 de agosto del año próximo pasado de 1859.

Art. 4.° Como justa indemnizacion por los gastos de la guerra, S. M. el rey de Marruecos se obliga á pagar á S. M. la reina de las Españas la suma de 20.000,000 de duros. La forma del pago de esta suma se estipulará en el tratado de paz.

Art. 5.° La ciudad de Tetuan con todo el territorio que formaba el antiguo bajalato del mismo nombre quedará en poder de S. M. la reina de las Españas como garantía del cumplimiento de la obligacion consignada en el artículo anterior, hasta el completo pago de la indemnizacion de guerra. Verificado que sea este en su totalidad, las tropas españolas evacuarán seguidamente dicha ciudad y su territorio.

Art. 6.° Se celebrará un tratado de comercio en el cual se estipularán en favor de España todas las ventajas que se hayan concedido ó se concedan en el porvenir á la nacion mas favorecida.

Art. 7.° Para evitar en adelante sucesos como los que ocasionaron la guerra actual, el representante de España en Marruecos podrá residir en Fez ó en el punto que mas convenga para la proteccion de los intereses españoles y mantenimiento de las buenas relaciones entre ambos Estados.

Art. 8.° S. M. el rey de Marruecos autorizará el establecimiento en Fez de una casa de misioneros españoles como la que existe en Tánger.

Art. 9.° S. M. la reina de las Españas nombrará desde luego los plenipotenciarios para que con otros dos que designe S. M. el rey de Marruecos estiendan las capitulaciones definitivas de paz. Dichos plenipotenciarios se reunirán en la ciudad de Tetuan, y deberán dar por terminados sus trabajos en el plazo mas breve posible, que en ningun caso escederá de treinta dias, á contar desde el de la fecha.

En 25 de marzo de 1860.—Firmado.—Leopoldo O'Donnell.—Firmado.—Muley-el-Abbas.

Habiéndose convenido y firmado las bases preliminares para el tratado de paz entre España y Marruecos por don Leopoldo O'Donnell, duque de Tetuan, capitan general en jefe del ejército español en Africa y Muley-el-Abbas, califa del imperio de Marruecos y príncipe del Algarbe, desde este dia cesará toda hostilidad entre los dos ejércitos, siendo la línea divisoria de ambos el puente de Buseja.

Los infrascritos darán las órdenes mas terminantes á sus respectivos ejércitos, castigando severamente á los contraventores. Muley-el-Abbas se compromete á impedir las hostilidades de las kabilas, y si en algun caso las verificasen á pesar suyo, autoriza al ejército español á castigarlas, sin que por esto se entienda que se altera la paz.

En 25 de marzo de 1860.—Firmado.—Leopoldo O'Donnell.—Firmado.—Muley-el-Abbas.

CONCLUSION.

Madrid 15 de abril de 1860.

He dado cima á la penosa y árdua tarea que me impuse en Málaga hace cuatro meses y que ha llenado desde entonces todos los momentos de mi vida. He llegado al término de mi larga é inolvidable peregrinacion. He dado fin á este libro, empapado en mi sudor, en mis lágrimas y en mi sangre; trabajosamente compaginado en mil lugares distintos: en la mar, bajo la tienda, en medio de los campos, bajo la bóveda del cielo, en la vivienda del moro y del judío; y alimentado, por decirlo así, con los mas puros afectos de mi alma, con mis tristezas y alegrias, con mi entusiasmo, con mis delirios poéticos, con las mas grandes agitaciones de mi existencia.

Naturalmente, al separarme de él, al escribir su última hoja, al dar un adios á la pluma que ha recorrido una por una todas sus incorrectas páginas, esperimento una solemne emocion, semejante á la que sentirá el que estrecha por la primera vez á su corazon un hijo suyo.—Hijo mio es; hijo de mis afanes y vigilias, fruto de mi amor patrio y de mi aficion á las artes y á las letras, este mi adorado cuanto imperfecto libro, y él será siempre, á pesar de tantas faltas como debe á mi escaso númen, la obra que yo mas ame de cuantas he escrito y haya de escribir; pues dificulto que ninguna de ellas esté tan impregnada de mi ser, de mis emociones, de mis recuerdos, de mis penas, de mis terrores y de mis regocijos. Cada pasaje suyo me recuerda un lugar sagrado, una hora sublime, una escena grandiosa ó un amigo que me arrebató la muerte. Entre línea y línea veré yo siempre otros vagos renglones, trazados con lapiz en lo mas recio de las batallas ó de las tormentas, en lo mas triste de mi soledad y desamparo. Su conjunto, en fin, será lo único que me quede de tanto como he pensado, amado y sufrido en Africa, y la imágen viva de la realizacion de mis mas bellas ilusiones.

Despídome, pues, de tí, mi buen amigo, á quien he dirigido mi fatigoso relato, despídome del bondadoso público que tan lisonjeramente la ha acogido, y hago punto confiando en que el buril de la historia grabará en las columnas de oro del templo de la inmortalidad los memorables hechos que yo he consignado en estas humildes páginas, destinadas por su imperfeccion á ser ligero pasto del olvido.

FIN DEL DIARIO DE UN TESTIGO DE LA GUERRA DE AFRICA.

APENDICE.

Campamento del Serrallo 1.° de julio de 1860.

Señor don Pedro Antonio de Alarcon:

Muy señor mio y estimado amigo: recibo la de usted en que me pide le escriba, como un *apéndice* de su obra, una relacion de todo lo ocurrido en la última guerra desde que principió hasta que usted desembarcó en Africa; apéndice que le han exigido sus suscritores á fin de reunir en un solo volúmen toda la historia de la inmortal campaña que yo vi comenzar y que usted ha visto concluir.

Grave es el compromiso en que usted me coloca, amigo mio; porque eso de escribir la historia del primer cuerpo de ejército de Africa, ahora que la campaña ha terminado y cuando solo la pálida luz del recuerdo puede animar débilmente en mi imaginacion los hechos pasados, es una empresa casi temeraria, temeridad que sube de punto cuando reflexiono que mi descolorida y helada relacion ha de seguir á un libro tan bello y tan animado como el de usted, escrito en el calor del momento, en medio del combate, del fuego del vivac ó bajo la tienda de campaña.

Usted lo quiere; usted dice que lo necesita; á usted se lo pide su editor y usted me lo pide á mí. Enhorabuena; yo no me puedo negar á su pretension; yo la satisfaré de la mejor manera que me sea posible, y ya que me encuentro todavía en los lugares consagrados por la primera sangre derramada en esta guerra, haciendo una vida que ni es de campaña ni es de guarnicion; pero que tiene algo de las dos (esto es, su parte mala); escribiré como pueda lo que usted me pide, como el prisionero que se consuela en el fondo de su calabozo trazando los apuntes de su vida pasada, ó como el veterano—todavía estoy muy distante de serlo—se distrae contando los varios trances é interesantes peripecias de su vida militar.

Asi y todo, estos desaliñados renglones, que bien justamente he de llamar *Apéndice*, serán una superfetacion en su magnífico libro de usted; lo que seria un miembro estraño mal soldado en un cuerpo bello; lo que la pálida luz de la luna á la purísima luz del sol; lo que un eco apagado á una voz vibrante; lo que el descolorido recuerdo á una fresca y palpitante realidad.

Entremos en materia.

I.

¿De dónde nació la guerra?

Yo he visto contestada esta pregunta de diferentes maneras en los periódicos, en las cámaras, en las confidencias íntimas de la amistad: quién la supone pensamiento esclusivo del ilustre soldado que vino á Africa como general en jefe, para coronar la fama de guerrero y consolidar la posicion de presidencia de un ministerio; quién la ve nacer modesta y naturalmente en las murallas de Ceuta, á consecuencia de los ataques de las kabilas fronterizas; este ve flotar sus causas en nuestra atmósfera política desde que la reina Católica nos legó su testamento y el cardenal Cisneros conquistó á Oran; aquel en la necesidad de espansion de nuestra raza; tal en el deseo de evitar á todo trance que nos ahogue con sus brazos de hierro por el lado del mar la Francia omnipótente en la Argelia; cuál en la conveniencia de restaurar el brillo de nuestras armas en Europa y en el mundo.

Todas y cada una de estas causas influyeron; pero para que en un país se produzca un incendio, una calentura, un vértigo como el que nos abrasó al anunciarse la guerra de Africa, es necesario que con mucha antelacion existan arraigados los gérmenes que producen y mantienen un semejante estado. La guerra de España con Marruecos ha tenido el tremendo carácter de la guerra de Rusia con Turquía, de la guerra de Italia con Austria; el mismo formidable carácter que tendrá la infalible futura guerra que se está amasando en estos momentos entre Francia é Inglaterra.

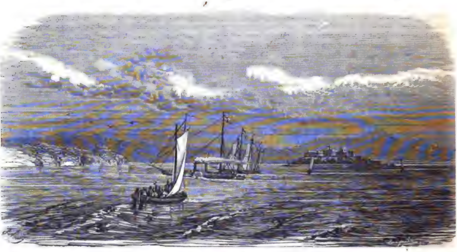
La Rusia, por haberse adelantado, ha tenido que retroceder en la realizacion de la histórica propension que la lleva á estenderse hácia Constantinopla; pero observad que se sigue preparando; la Italia, al librar á la Lombardía y á los ducados del yugo estranjero ó de la tiranía doméstica, se ha visto resignada á abandonar en su llorosa y enlutada viudez á la reina del Adriático; pero nadie duda de que la Italia intentará de nuevo la libertad de Venecia; Francia y la Inglaterra envian, como aliadas, sus ejércitos á Crimea, y sus escuadras á los mares de la China; se visitan sus soberanos; sus gobiernos celebran tratado de comercio que deben aumentar y fortificar sus lazos de union; pero nadie duda tampoco de que entre esas dos grandes naciones ha de estallar la lucha mas grandiosa que han de presenciar los siglos.

Asi nosotros en Africa, prescindiendo de las proporciones, hemos terminado la guerra cuando hemos hecho ya lo que en el año 1860 debíamos hacer; cuando hemos preparado ya el terreno del porvenir; cuando hemos borrado ya nuestras tristes últimas tradiciones en el territorio africano. Mañana, el año que viene, dentro de diez años, comenzaremos de nuevo la lucha en Marruecos como la Rusia en Oriente, como la Italia en Venecia, como la Francia con la Inglaterra ó como la Inglaterra con la Francia.

Yo encuentro esta esplicacion genérica y abstracta á la lucha que parece haber terminado. En cuanto á sus causas inmediatas, menudas y ocasionales, han sido las siguientes.

II.

En 1845 celebramos un tratado con el imperio de Marruecos, por la mediacion de la Inglaterra, en el cual se designaron los límites en nuestra plaza de Ceuta con una línea que corriendo por la pequeña elevacion del otro, principiaba en el Estrecho de Gibraltar y terminaba en el Mediterráneo.—El terreno que quedaba adjudicado á favor de la corona de España comprendia unos dos kilómetros cuadrados.



Vista del Peñon de Velez de la Gomera.

El gobernador de esta nuestra plaza creyó que, sin faltar á este tratado, podia construir á su inmediacion, fuera de las murallas y en el nuevo terreno un cuerpo de guardia ligeramente fortificado. Empezáronse las obras y se opusieron los moros. Lo que los españoles hacian de dia, los marroquíes lo derribaban durante la noche. Hubo algunos pequeños choques, y los moros llegaron hasta derribar la piedra que marcaba los límites, y como testimonio vivo de la afrenta que intencionalmente quisieron inferirnos, deslustraron las armas españolas que en dicha piedra estaban grabadas.

Estos escesos indignaron á la nacion entera, como indignaron á las tropas que guarnecian á Ceuta y á su gobernador militar. Este hizo adelantar rápidamente las obras del cuerpo de guardia, dejando en él gente bastante para que lo custodiase de noche, y saliendo durante el dia la guarnicion de la plaza á los límites de nuestro territorio para hacerlo respetar.

Entre tanto toda España empezaba á preocuparse de la cuestion de Africa. Nuestro gobierno seguia una viva correspondencia con el ministro del sultan, Sidi-Mohamed-el-Jetib. Este arrojaba toda la responsabilidad de los sucesos sobre el gobernador de Ceuta, señor Gomez Pulido, disculpaba á la kabila de Anghera, y solicitaba aplazamientos.

Nuestro cónsul general en Tánger, por el contrario, y como era justo, justificaba á aquella autoridad; ponia de manifiesto las afrentas que nos habia hecho la kabila angherina, y apremiaba por obtener las satisfacciones convenientes.

Con este motivo dirigió la siguiente nota al ministro del sultan.

«Tánger 5 de setiembre de 1859.

Alabanzas á Dios único.

A mi ilustrado amigo Sidi-Mohamed-el-Jetib, ministro de negocios estranjeros de S. M. el rey de Marruecos.

La paz sea con vos.

Y despues:

El ultraje inferido al pabellon español por las hordas salvajes que pueblan las provincias de Anghera, limítrofe á la plaza de Ceuta, objeto de sus inmotivadas y recientes agresiones, es de naturaleza tal, que ningun gobierno que tenga conciencia de su honra puede tolerarlos.

El de la reina, mi augusta soberana, está resuelto á obtener la debida reparacion, y tan cumplida como exigen la magnitud de la ofensa y el honor de la altiva nacion á cuyo frente se halla.

Sobradas contemplaciones ha guardado, fiado en las protestas de amistad y en las seguridades que en nombre de vuestro monarca me habeis tantas veces dado de que las plazas españolas enclavadas en vuestros territorios serian respetadas, y castigados severamente los que las hostilizasen.

No os haré el agravio de poner en duda la sinceridad y lealtad de vuestras palabras é intenciones; pero si lo fueron, los hechos han venido á demostrar que el rey, vuestro amo, carece de la fuerza y del poder necesarios para hacerse respetar y obedecer de sus vasallos.

Fijad por un momento vuestra atencion en los ataques que tan repetidamente han dirigido los moros del Riff á las fortalezas de Melilla, Alhucemas y el Peñon: llevadla despues á Ceuta durante tantos dias hostilizada por las kabilas á ella vecinas, y decid despues si tamaños atentados no han de tener término, y si han de continuar siempre cubiertos con el manto de la impunidad.

El gobierno de la reina está resuelto, sabedlo bien, á que no se renueven; para lo cual exige en desagravio, y como correctivo, el mas rigoroso castigo.

Si S. M. el sultan se considera impotente para ello, decidlo prontamente, y los ejércitos españoles, penetrando en vuestras tierras, harán sentir á esas tribus bárbaras, oprobio de los tiempos que alcanzamos, todo el peso de su indignacion y de su arrojo. Pero si no lo es, si se cree aun con los medios necesarios para reprimirlas y castigarlas, es preciso, absolutamente preciso, que lo mas antes posible se apresure á satisfacer las justas exigencias del gabinete de Madrid.

Estas son:

Primera. Que las armas españolas sean repuestas y saludadas por las tropas del sultan en el mismo sitio donde fueron echadas por tierra.

Segunda. Que los principales agresores sean conducidos al campo de Ceuta, para que á presencia de su guarnicion y vecindario sean severamente castigados.

Tercera. La declaracion oficial del derecho perfecto que asiste al gobierno de la reina para levantar en el campo de dicha plaza las fortificaciones que juzgue necesarias para la seguridad de ella.

Cuarta. La adopcion de las medidas que os indiqué en nuestra última conferencia, á fin de evitar la repeticion de los desmanes que han venido á turbar la paz y buena armonía que entre ambas naciones reinaba.

Diez dias os doy de tiempo para resolveros.

Trascurridos que sean sin que esta mi demanda haya sido cumplidamente satisfecha, me retiraré de este pais con los súbditos todos de la reina mi señora.

Ya sabeis lo que esto significa.

Y la paz.—Juan Blanco del Valle.»

En esta nota se comprendian las condiciones que exigia la España para reparar el insulto hecho á sus armas. Hé aquí ahora la contestacion del ministro del sultan, en que empieza á pedir aplazamientos y arroja la responsabilidad de los sucesos ocurridos ante las murallas de Ceuta sobre el gobernador de esta plaza. Dice asi:

«Sidi-Mohamed-el-Jetib al cónsul general de España. Tánger 7 de setiembre de 1859.

Alabanzas á Dios único.

No hay poder ni fuerza sino en Dios escelso y grande.

A nuestro amigo el ilustrado caballero, el representante encargado de negocios y cónsul general de la nacion española Excmo. Sr. don Juan Blanco del Valle.

Preguntamos por vos y rogamos á Dios que esteis bueno.

Y despues:

Nos ha llegado vuestra nota del 5, en que nos renovais por escrito las reclamaciones que nos hicisteis, primero de palabra y despues por medio de vuestro primer intérprete cuando os ausentásteis de Tetuan. Por el mismo os hice decir que todas serian satisfechas, escepto la relativa á la declaracion sobre las obras por no estar para ello autorizado, y sobre la cual consultaríamos á nuestro amo, á quien Dios asista. Así lo hemos hecho, y cuando recibamos su respuesta os la dirigiremos.

Estoy, sin embargo, en el deber de deciros, que las salidas que el gobernador de Ceuta hace con las tropas de la plaza dentro de nuestra línea para batir á nuestras kabilas, aumentan el fuego de la sedicion entre los campesinos, y entorpece nuestras gestiones en favor de la paz y tranquilidad de ambas naciones.

Si dicho gobernador no se abstiene con lo que vos le digais, escribidlo á vuestro gobierno para que le haga cesar en unos actos que no me permito calificar en honra de vuesta nacion. El gobierno de vuestra reina, que se distingue por su ilustracion y la rectitud de sus principios, no se negará á lo que la justicia y la humanidad demandan, á lo que reclaman las buenas relaciones de amistad entre ambos paises, y á lo que tenemos derecho á exigir por el art. 15 del tratado de 1789, en 1845 ratificado.

Nos, por la presente, protestamos del injusto é impolítico proceder de un funcionario militar, que parece complacerse en conmover los ánimos de los moros, sus vecinos, y encender entre ellos la tea revolucionaria.

Si en vez de haber esperado á que el castigo de los primeros delincuentes se hubiese ejecutado, no hubiera salido con sus tropas á clavar una bandera con bélico aparato y á los gritos de viva la reina; si no hubiera amenazado á los moros, que aquel acto inusitado presenciaban, con levantarla sobre sus cabezas si era derribada; si no los hubiera insultado y ultrajado injustamente, si hubiera tenido en cuenta que se dirigia á gentes ignorantes, que no conocen regla alguna, no habríamos llegado á la situacion lamentable en que nos encontramos en los momentos mismos en que el rey nuestro amo se halla en víspera de ser llamado á sí por Dios omnipotente.

El gobernador de Ceuta debe ser á los ojos de vuestro ilustrado gobierno y de la Europa el único responsable de la revolucion en que se agitan estos pueblos y de todo cuanto ha ocurrido y ocurrir pueda.

Vuestro gobierno no puede tener queja del nuestro. Llamadle la atencion sobre lo que el art. 15 del tratado prescribe. Recordadle si no el convenio que nos empeñamos en celebrar y celebramos, solo por lograr el bienestar y sosiego de los siervos de Dios, cuando el mencionado jefe militar descargaba el fuego de sus cañones sobre los vasallos de nuestro amo y les dirigia la amenaza de construir el cuerpo de guardia con sus propias cabezas.

Nos intimais que en el término de diez dias nos resolvamos á satisfacer vuestras demandas. Vos, que sois un caballero tan ilustrado, comprendereis que en el estado de gravedad en que la salud de nuestro amo se encuentra, nada puede hacerse ahora. Si asi no fuese, todo quedaria arreglado y concluido.

Cuanto nos habeis pedido lo hemos elevado al rey nuestro amo, cuya respuesta aguardamos y os remitiremos cuando nos sea llegada.

Entre tanto os rogamos escribais á vuestro gobierno asegurándole que nuestro señor, á quien Dios proteja, castigará severamente á los culpables. Hacedle conocer la situacion delicada en que se encuentra, y que su disgusto por la conducta de los de Anghera no será menor que el suyo. Recordadle tambien que durante muchos años las kabilas sus vecinas no ofendieron á la plaza de Ceuta, y que si ahora la han ofendido, la culpa toda debe recaer sobre el gobernador de ella, que en tan poco tuvo el interés de su pueblo y la amistad que entre nuestros respectivos gobiernos reinaba.

Os rogamos de nuevo que no dilateis pedirle la próroga que os demandamos. Ya sabreis las noticias que corren sobre nuestro amo y señor.

Es cuanto os participamos, confiando en Dios alabado que nos haga venir en acuerdo.

Y la paz en Tetuan á 8 de safar.—Igual á 7 setiembre de 1859.

Por traduccion literal.—El primer intérprete de la mision, Jehía Sicsú.

Por traduccion conforme.—El jóven de lenguas, Manuel María Quijada.—El segundo intérprete, Abraham Siusú.»

A esta siguió una nueva carta, fechada en 9 de setiembre, del ministro marroquí, en que participaba la muerte del sultan y pedia al gobierno español que aplazase sus reclamaciones hasta que fuese proclamado el nuevo soberano.

Concediéronse veinte dias de plazo: no los consideró bastantes el ministro marroquí y solicitó un nuevo aplazamiento, concediéndosele diez dias mas.

La nota en que se le prorogaba por última vez el plazo era terminante y enérgica: Decia así:

«Tánger 3 de octubre de 1859.

Alabanzas al Altísimo.

A mi ilustrado amigo Sidi-Mohamed-el-Jetib, ministro de negocios estranjeros de S. M. el rey de Marruecos.

La paz y la ayuda de Dios sea con vosotros.

Y despues:

El gobierno de la reina, mi augusta soberana, cediendo á vuestra demanda de 10 de safar (15 de setiembre) se presta á ampliaros el segundo plazo que os otorgó por mi conducto en 12 del mismo,

Pero esa ampliacion, que debeis considerar como improrogable, es solo por diez dias, que espiran en 15 del presente mes.

Si para entonces el gabinete de Madrid no ha recibido la decisiva y satisfactoria respuesta que de vuestro ilustrado monarca espera respecto de las justas reparaciones que se ha visto en el sensible caso de exigirle, las relaciones de amistad entre ambos paises quedarán rotas definitivamente.

No abrigueis esperanza de lograr nueva próroga, porque será una esperanza ilusoria. Mi gobierno no podria decorosamente, sin faltar á altísimas consideraciones y sin que la Europa toda se lo afease, condescender con vuestros deseos. Su dignidad se lo veda; la enormidad del ultraje inferido al pabellon español por una tribu salvaje, vasalla de vuestro rey, se lo impide igualmente.

De vos, de vuestra actividad, de vuestras leales advertencias á vuestro monarca, depende principalmente conjurar la tempestad que comienza á cernerse sobre estos territorios, y que los escandalosos atentados de la mas desenfrenada de las turbas han ido condensando, hasta poner en inminente riesgo la paz y buena armonía entre las dos naciones.

Las inculpaciones que con este motivo os permitisteis en vuestra precitada nota contra el digno y pundonoroso militar que se halla al frente de la altamente ofendida plaza de Ceuta son infundadas y á todas luces injustas.

El gobernador español, á quien tan inmerecidamente agraviais, en vez de provocar, como decís, á los vándalos angherinos, soportó pacientemente durante varios dias los incesantes insultos y atropellos de quienes, desconociendo la autoridad de su soberano y el derecho perfecto que asiste á mi gobierno para hacer lo que hizo en los terrenos de que es absoluta dueña y señora la reina augusta de las Españas, destruyeron las obras comenzadas, echaron por tierra las garitas donde se albergan nuestros centinelas, derribaron las armas de Castilla colocadas en la línea divisoria de los dos campos, y llegaron, sin tener en cuenta su flaqueza é impotencia, hasta atacar repetidamente los espesos muros de la espresada fortaleza.

Disculpado tan criminal proceder, empeorais vuestra causa y demostrais que la imparcialidad, tan necesaria en los que ocupan vuestro encumbrado puesto, os ha dejado de su mano.

El gobernador de Ceuta obró bien, y tuvo razon sobrada para proceder como procedió. Echad toda la responsabilidad de tamaños atentados sobre los inquietos y rebeldes vasallos de vuestro amo, que acudieron en grandes masas á los contornos de la fortaleza española para violar una vez mas la ley de las naciones.

Para que semejantes desmanes no se repitan y no surjan de nuevo los conflictos á que se prestan y dan fácilmente ocasion, como lo demuestran los recientes sucesos ocurridos en aquel campo, la ambigüedad del tratado existente y lo reducido del actual territorio jurisdiccional de Ceuta, es de todo punto indispensable que á la declaracion que el gobierno español exige, siga inmediatamente un arreglo de dicha plaza, hasta las alturas mas convenientes para su seguridad.

Ese arreglo, que es indispensable celebrar para asegurar sobre sólidos y firmísimos fundamentos la amistad de ambas naciones, deberá ser semejante al convenio ajustado respecto á Melilla. Las mismas razones que movieron al difunto Muley-Abd-Errajman á celebrar este, militan para llevar á cabo el que os propongo, porque los moros de Anghera han demostrado con sus inmotivadas agresiones no ser menos rebeldes, turbulentos y salvajes que los del Riff.

La declaracion que se desea, suficiente por el momento, será ineficaz en el porvenir para nuestros respectivos paises, si no recae sobre ella la sancion solemne de un tratado al cual debeis obligaros al hacerla, única manera de que aquella pueda satisfacer al gobierno de la reina mi señora.

El dia 15 se acerca. Si al ocaso de ese dia, postrero del plazo de que el gobierno español os ha hecho merced por un rasgo de generosidad, que forma notable contraste con la magnitud de la ofensa recibida, el rey vuestro amo no hubiera respondido tan satisfactoria y cumplidamente como exijo, yo seré el primero en pedir, si necesario fuese, que no lo será, porque la resolucion de mi gobierno es irrevocable, que nuestras pretensiones sean inmediata y completamente satisfechas, porque este es negocio que no podemos permitir continúe por mas tiempo en el presente estado.

Paz.

(*Firmado*, J. Blanco del Valle.)»

III.

Desde el principio de esta correspondencia no creia el gobierno en la paz y se preparaba para la guerra.

Por de pronto se había mandado formar su cuerpo de ejército de observacion que se situó en Algeciras y cuyo mando se concedió al Excmo. Sr. mariscal de campo don Rafael Echagüe.

Este cuerpo de observacion de las fronteras de Marruecos, que fue el primero del ejército de Africa, se componia de una brigada de vanguardia que se hallaba en Ceuta al mando del brigadier don Ricardo de Lassausaye y de una division mandada por el mariscal de campo señor don Manuel Gasset.

La brigada de vanguardia se componia del regimiento de *Granada* y de los batallones de cazadores de *Cataluña*, *Madrid* y *Alcántara*. Formaban la division del general Gasset dos brigadas; la primera al mando del señor brigadier don Fausto Elio y la segunda al de igual graduacion señor don Ventura Barcáistegui.

Formaban la primera brigada de dicha division el regimiento infantería del *Rey* y los batallones de cazadores de *Barbastro*, las *Navas* y provisionalmente el de *Simancas*. A la segunda brigada de la division pertenecian los dos batallones del regimiento infantería de *Borbon* y los de cazadores de *Talavera* y *Mérida*.

Ademas de la fuerza espuesta, correspondian á la misma division el escuadron cazadores de *Mallorca*, un escuadron del regimiento caballería de la *Albuera*, cuatro compañías de ingenieros y tres baterías de montaña.

En resúmen; el primer cuerpo de ejército, antes de entrar en campaña, contaba próximamente once mil quinientos hombres; ciento cincuenta caballos y diez y ocho piezas de artillería de montaña.

Todavía mediaban las notas que se habian pasado al gobierno marroquí, y ya tenian lugar choques terribles en las inmediaciones del Serrallo.

El renombrado batallon de cazadores de *Madrid* verificó una salida de la plaza de Ceuta el 22 de agosto de 1859 para castigar á las audaces é inquietas kabilas de Anghera, que incomodaban el presidio español y no permitian la construccion del cuerpo de guardia á sus estramuros.

Los moros eran muchos en número y pertenecian á la tribu mas indómita y mas guerrera del imperio.

Se resistieron; pues, con furor y con valentía. Nuestros bravos cazadores apelaron á la bayoneta y acorralaron é hicieron huir vergonzosamente á los enemigos.

Los moros, como fieras seguidas de cerca por el cazador, se fueron dispersando por entre el espesísimo bosque, retorcidos barrancos, estrechas cañadas y numerosos desfiladeros que se encuentran en este quebrado terreno, apenas se dejan las alturas del otro.

En este primer ensayo, los cazadores de Madrid llegaron hasta la mezquita, lugar consagrado por la piedad ó por la supersticion musulmana, sepulcro de uno de sus mas venerados santones y á donde acudian para adorarle desde los mas remotos confines del imperio. La urna en que reposaba este santon estaba llena de reliquias que en ella depositaban los peregrinos ó penitentes.

Respetada fue esta mezquita por los soldados españoles, como lo fueron siempre los prisioneros moros, como lo fue la plaza enemiga que se tomó mas tarde.

Y hé aquí como el primer combate entre cristianos y moros, pequeño é insignificante como era, fue el embrion atrevido de todas las grandes acciones que despues tuvieron lugar.

El valor de los moros, su certera puntería, su facilidad en perderse por entre bosques, barrancos ó cañaverales, en esta como en todas ocasiones se demostró; pero tambien quedó incontrastablemente sentada la superioridad del soldado español, cuando armando la bayoneta, al irresistible empuje de ataque; se precipita sobre el enemigo, despreciando su fuego, mermando su número y ocupando las posiciones mas difíciles que no se resisten á su ímpetu.

¡Bien hayan los valientes cazadores de Madrid, que siendo los que llevan el heróico nombre de la capital de la monarquía, debian ser los primeros en derramar su sangre, sí, pero en preludiar gloriosamente las magníficas victorias que esperaba el ejército español! ¡Bien haya el bizarro jefe de ese bizarro batallon, nobilísimo descendiente de una familia ilustre, que ha añadido el 22 de agosto de 1859, como ha añadido despues en otros dias felices de la misma campaña nuevos timbres de gloria á los timbres brillantísimos de su casa! Así todos los de su clase comprendieran como el ilustre duque de Gor los deberes de su alta posicion, que con mayor honra propia y harto mas provecho del país figuraria en el siglo XIX la aristocracia española!

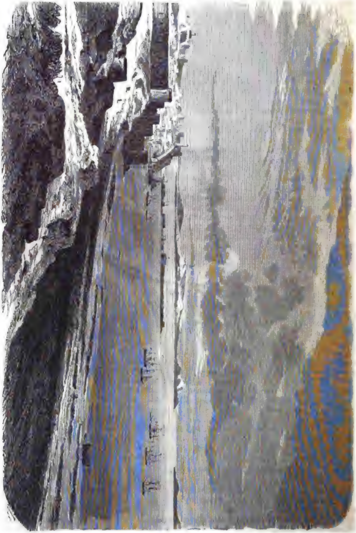
A pesar de este combate, la guerra no estaba todavía declarada. Seguian en grande escala los preparativos. En los arsenales marítimos y en los parques de artillería se trabajaba sin descanso. Se disponian provisiones. Se espedian órdenes á muchos batallones para que estuvieran prontos á ponerse en marcha, y entre tanto se mandaba reservadamente, aprovechando los últimos dias de paz, reconocer y sacar planos de las costas é inmediatas plazas enemigas.

Yo no puedo negarme aquí á hacer el elogio del arrojado, inteligente é ilustradísimo oficial de Estado Mayor señor Latorre, que pasó á Tánger con este último objeto, y en donde, merced á un disfraz de mercader moro de que se valió, pudo impunemente sacar un exactísimo y admirable plano del codiciado puerto marroquí, plano que hoy existe en los archivos del ministerio de la Guerra. Apenas este distinguido oficial terminó su obra y de regreso ya entre sus camaradas, la muerte le escogió por una de sus primeras víctimas. ¡Qué inmenso dolor para un alma jóven y ardiente, para un corazon generoso, morir oscuramente, como murió Latorre, como murió tambien el desventurado brigadier Barcáistegui, sin cruzarse con el fuego del enemigo, sin que al trocar la vida por la muerte se trueque tambien la oscuridad por la gloria, la mísera existencia del individuo que siempre pasa por la inmortalidad brillante de la patria que no sucumbe nunca!

Barcáistegui y Latorre murieron de esa enfermedad horrible que va precedida del terror, acompañada del egoismo, seguida del horror de un abandono sacrílego, de esa enfermedad cuyo nombre pronuncian hoy pocos sin que las carnes se le estremezcan y que pudo mas que los moros en contra de nuestro ejército; pero que no por eso rindió el valor á un tiempo de héroe y de mártir que ha demostrado en esta última inmortal campaña el soldado español.

IV.

La paz ya no era posible. El gobierno español declaró la guerra, y solo el de Inglaterra, que en esta ocasion como en otras anteriores, queria mantener la integridad del territorio de Marruecos é impedir que pusiese en él su planta ninguna potencia de Europa, miró de mal ojo nuestra actitud. Las dificultades que nos oponia la Inglaterra se vencieron; la guerra fue declarada solemne y oficialmente en el seno de la representacion nacional; todo el país se encendió en santo patriotismo; desaparecieron los partidos, y solo una voz se oia del uno al otro estremo de la península: ¡ *Al Africa*! ¡ *al Africa*!



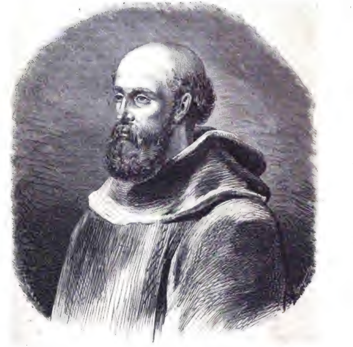
Vista de Tanger.

Dos nuevos cuerpos de ejército se formaron casi simultáneamente en Cádiz y en Málaga; el uno al mando del Excmo. Sr. teniente general don Juan de Zabala, y el otro al del de igual graduacion, Excmo. Sr. D. Antonio Ros de Olano.

En tanto se adelantaba la formacion de un cuarto cuerpo de ejército en Antequera, al mando del Excmo. señor teniente general conde de Reus.

El general en jefe, don Leopoldo O'Donnell y Joris, conde de Lucena, habia llegado á Cádiz, desde donde parecia que iba á operar sobre Tánger,

Desde el puerto español el ilustre caudillo, á bordo del *Vulcano*, se embarcó para reconocer la costa de Marruecos, acompañado del general jefe de Estado Mayor señor don Luis García. Tocó en Ceuta, recorrió todas las fortificaciones de la plaza, visitó los cuarteles y hospitales, salió al campo del moro y allí se detuvo algunos minutos examinando el terreno y las alturas de Sierra-Bullones, aquellos bosques y aquellas montañas, que iban á ser bien pronto el teatro magnífico de las proezas de nuestros soldados.



El padre Sabater.

Recuerdo que entonces el general en jefe de Estado Mayor, fijándose en el cuerpo de guardia, que habia dado orígen á la encarnizada contienda que ya se adivinaba, se dirigió á una de las personas que formaba la comitiva del general en jefe, y le dijo:

—Cuando nuestros nietos recuerden esta guerra, no querran creer que ese edificio miserable ha dado orígen á la terrible campaña que nos espera.

—Mi general, contestó el interpelado; casi siempre las causas pequeñas producen grandes resultados. Un abanicazo del bey de Argel dado al cónsul francés en un momento de oriental fastidio, fue la causa de la gran espedicion del año 30 y de la guerra de treinta años que ha tenido que sostener la Francia para dominar completamente la Argelia.

El general en jefe subió despues á las murallas de Ceuta y allí arengó á la oficialidad de los batallones que formaban la vanguardia del cuerpo de ejército del general Echagüe, anunciándoles las rudas fatigas y las grandes privaciones de la campaña que se iba á inaugurar.

El general Echagüe, que habia llegado tambien á Ceuta á bordo de *El Alerta* para conferenciar con el general en jefe, salió de la bahía con direccion á Algeciras. —Media hora despues zarpaba *El Vulcano* con direccion del Estrecho.

El general O'Donnell, de vuelta á Cádiz, se encerró en su impenetrable reserva, y todo el mundo siguió creyendo que se iba á dar un golpe atrevido sobre Tánger, ó que el cuerpo de ejército del general Zabala iba á desembarcar en la bahía de Jeremías, situada en el Océano y como á dos leguas del puerto marroquí.

Yo, sin embargo, creia firmemente que nuestra base de operaciones iba á ser Ceuta. Los desembarcos, aunque no se hagan á presencia del enemigo, son siempre muy peligrosos. Las costas de Marruecos son bravas y difíciles añadiendo dificultades la inconstancia de los vientos y la violencia de las corrientes que reinan en el Estrecho. Ademas no se me ocultaba la insuficiencia de nuestros recursos marítimos y habia oido hablar á personas que estaban en posicion de saber lo que se decian, de la franqueza con que el ilustre marino, jefe del departamento de la Carraca, habia manifestado al general en jefe lo arriesgado, lo casi imposible de un golpe atrevido sobre Tánger ó de un violento desembarco en la costa enemiga.

V.

El general Echagüe, cuando fué á Ceuta á conferenciar con el general en jefe, habia recibido sin duda la órden de embarque para el dia 18, á fin de inaugurar la campaña el siguiente, esto es, el dia de LA REINA.

Así el dia 18 estaban ya reunidas en Algeciras todas las tropas que constituian el primer cuerpo, las cuales habian estado alojadas en los pueblos inmediatos. No se comprendia que aquellos hombres se despidiesen con tanta alegría, con tanto júbilo, con tanto entusiasmo del santo hogar de la patria, sino se pensaba antes que iban por ella, por su nombre, por su honor, por su gloria, por su grandeza á pisar las costas africanas.

¡Ah! sí: comprendo que todos aquellos rostros se iluminasen de alegría y de orgullo, que sus pechos palpitasen de entusiasmo, que sus bandas de música rompiesen en himnos de patética armonía; porque el soldado estaba impaciente ya de salvar el Estrecho, de penetrar atrevidamente en Marruecos, de que sus triunfos encontrasen un eco en los hogares patrios; como la España lo estaba tambien de que quedasen limpios y brillantes como el sol su nombre esculpido y sus armas mancilladas, de que los triunfos de sus hijos resonasen en Europa y en el mundo anunciando la resurreccion de la patria invencible y valiente que parecia dormir un sueño eterno.

¡Ah! sí: comprendo que aquellos soldados al trasportarse al buque que habia de llevarlos al Africa, no volviesen el rostro hácia el último pueblo de su patria que los despedia y que clavasen sus ojos con ira en las costas africanas, porque el hijo que va á vengar la honra de la madre ultrajada, no vuelve la vista atrás para derramar una lágrima que sirva de despedida, sino que mira adelante y está siempre impaciente por llegar al sitio en donde se ha de celebrar el juicio de Dios que ha de purificar el nombre inmaculado de su familia y que ha de devolverle la consideracion y el respeto del mundo.

Algeciras y Ceuta parece como que se tocan con la mano: una hora de travesía bastó al primer cuerpo de ejército, una vez embarcado para llegar al punto de su destino. Por la noche se verificó el desembarco en la plaza, yendo las tropas á acampar en la gran plaza de armas, que ha sido en todos los casos una especie de campamento provisional, el prólogo de la vida en campaña, la iniciacion en las fatigas y privaciones de la guerra.

Todavía las sombras de la noche no habian abandonado la tierra, cuando se oyó el toque de diana. Poco despues el cuerpo de ejército se ponia en marcha en el órden mismo que dejamos apuntado, componiendo la vanguardia al mando del brigadier don Ricardo Lassausaye los dos batallones del regimiento de Granada y los de cazadores Cataluña, Madrid y Alcántara.

No iluminaba el sol aun el horizonte y ya la bandera española flotaba en la morisca torre del Serrallo, haciéndose en la plaza y con las baterías de la division los honores de ordenanza.

¡Era el dia de la reina! Dia funesto, dia grande como ninguno en los fastos de su reinado. En él se daba principio á la heróica empresa de nuestros dias. En él se protestaba solemnemente contra todas las miserias y pequeñeces de las banderías, contra las guerras civiles, contra las ideas mezquinas y los intereses bastardos. En él se daba principio á una guerra que iba á engrandecer á la patria á recaudar la magnífica historia de nuestros antiguos triunfos, á revelarnos todo el alcance de nuestro poder, toda la fuerza de nuestro patriotismo, toda la fuerza de nuestra raza.

¡Dia fausto! ¡Dia grande! El sol que te iluminó descubrió al mundo la eterna majestad, la varonil hermosura de la nobilísima matrona de las Españas; el solemne estampido de los cañones que te saludaron resonó en los espacios y tuvo un eco que hizo estremecer de júbilo á toda la raza española desparramada por las cinco partes del mundo; las mil armonías de las bandas de música que festejaron tu aparicion resonaron en los oidos de los hijos de España como el cántico de gloria que eternamente se alza en las regiones celestiales, como el himno de gratitud que dirigiera la naturaleza á su criador en el instante solemne de salir bella y acabada de sus manos divinas.

¡Qué de emociones agitaron tumultuosamente nuestro corazon, cuando á los primeros dudosos fulgores del crepúsculo de la mañana, nuestros soldados, graves, silenciosos, imponentes, como quien va á una parada, como quien asiste á un simulacro, en órden completo y en no interrumpida regularidad, salvaron los límites eternos de España y Marruecos y penetraron con planta atrevida en el territorio enemigo.

Aquella tierra bravía; aquella brutal vegetacion; aquellos jarales inmensos; aquellos corpulentos alcornoques; aquellas montañas sin fin; aquel terreno virgen en donde no se veia la huella de planta alguna, parecian defender á los moros, como el pico elevado del Norte, en donde construye el águila su nido, defiende á sus polluelos; como la inaccesible cueva que ampara á la fiera que en ella se guarece.

Pero nada impuso á nuestros batallones. Y hay que tener en cuenta que nuestro pobre soldado era bisoño, no acostumbrado todavía al mortífero fuego del combate ni á la ruda fatiga del campamento y que preocupaciones populares y la presencia, en fin, de la atroz y descomunal naturaleza en que los moros vivian, le hacian creer en la superioridad individual de estos. Error que bien pronto se desvaneció, error que puede abrigar el legítimo orgullo de haberlo desvanecido antes que nadie el primer cuerpo de ejército que tuvo que luchar con su valiente y fanático enemigo desde el primer dia que desembarcó en Africa; pero enemigo al cual venció siempre, luchando en terreno desconocido, con los elementos desencadenados, en número inferior, con los horrores del cólera, con trinchera ó sin ella; á cuerpo descubierto, con solo el recurso del arma blanca, con el auxilio de la temida bayoneta.

El dia en que se inauguró la campaña no podia ser mas hermoso. Un sol brillante resplandecia en el cielo y alumbraba nuestro triunfo, triunfo que no nos costó sino seis heridos, cinco del batallon de cazadores de Cataluña y uno del de Madrid. Estas bajas nos las causaron los diez ó doce moros que guarnecian el *Serrallo* y que abandonaron este derruido edificio, asi que notaron la aproximacion de los soldados españoles, retirándose por entre el fragoso bosque que cubre las agrias y escabrosísimas derivaciones de Sierra-Bullones.

¿Cómo habia tan pocos moros al frente de Ceuta? Porque á consecuencia de haberse formado un numeroso cuerpo de ejército en Cádiz ó mas bien en sus alrededores y de haber fijado en este puerto su residencia el general en jefe, se creia que el desembarco se debia verificar en la bahía de Jeremías ó atacar directamente á Tánger. De esta manera se engañaba al enemigo y las dificiles posiciones que empiezan desde la salida de Ceuta se pudieron ocupar en los primeros dias casi sin baja alguna.

VI.

Acampado el primer cuerpo en los alrededores del Serrallo y fortificado asi mismo este edificio en ruinas, aquella noche pasó sin novedad alguna, y el dia siguiente al toque de diana, despues de verificada la correspondiente descubierta, operacion indispensable para evitar cualquiera sorpresa, se practicó un reconocimiento en los montes inmediatos. La luz del dia no penetraba por entre aquellos enmarañados bosques y á las fieras les seria difícil caminar por entre aquellos vericuetos, cuanto mas á los hombres. De cuando en cuando, sin saber de dónde salia, sonaba un tiro de espingarda, se destacaban algunas fuerzas hácia el sitio de donde salia el fuego y nada se encontraba: las fieras huian á la aproximacion de los cazadores.

No tuvimos en este dia sino un muerto, seis heridos y seis contusos del regimiento de Granada. El resultado del reconocimiento fue designar el sitio en donde debia construirse el principal en los reductos que habian de constituir nuestra línea de fortificacion frente á Sierra-Bullones.

Trazóse el dia siguiente 21, y empezóse á construir el reducto de Isabel II, sin que se presentase á estorbarlo moro alguno; pero ¡ay! que en este dia llegó á presentarse un enemigo mas terrible, mas espantoso, mas atroz que toda la morisma entera. Hablo del cólera; ese misterioso huésped que no sé si vino con nosotros á Africa, pero que no nos ha abandonado durante toda la campaña. El cólera, que empezaba á hacer las víctimas, á cubrir de triste amarillez los rostros, á mermar las fuerzas de los soldados, que habia de ser la plaga de todo el ejército, el poderoso auxiliar de los marroquíes, el pánico y el terror de todas nuestras familias en España.

Por entonces no hacia esta calamidad sino tímidos ensayos. Nadie se habia atrevido aun á pronunciar el fatídico nombre. *El cambio de clima*, *disenterias*, *diarreas*, *las malas noches*, *las fatigas*, etc., etc.; pero ninguno habia pronunciado la horrenda palabra: ¡CÓLERA!

Continuóse el 22 trabajando en los reductos. Las cuatro compañías de ingenieros que tenia de dotacion el cuerpo de ejército no descansaban. El reducto adelantaba y esto era la desesperacion de los moros. Asi decidieron impedir los trabajos y atacar el empezado reducto todavía no terminado.

Habia dos batallones de servicio protegiendo los trabajos y en el momento en que el general Gasset subia á examinar el estado en que se encontraban, serian las once de la mañana, un grupo de unos dos mil moros por cada lado atacó con tanto ímpetu el reducto que hasta llegaron á sus fosos. Sí: hubo hasta lucha personal, se llevaron dos ollas de los ranchos de los presidiarios que trabajaban en el foso y alguno de estos se apoderó de los víveres de alguno de los moros á quien dejó tendido en la refriega.

Nuestros dos bravos batallones recurrieron á la bayoneta, devolviendo el ataque con redoblada decision y energía. El enemigo se pronunció en completa retirada despues de haber sufrido gran número de bajas. Las nuestras consistieron en cuarenta y ocho heridos y seis individuos de tropa muertos. En este combate fué herido uno de los ayudantes del general Gasset. Llámase este bravo oficial don Rafael Alferez y lo cito porque ha sido el primero de su clase que ha tenido la singular honra de verter su sangre por la patria en la campaña de Africa.

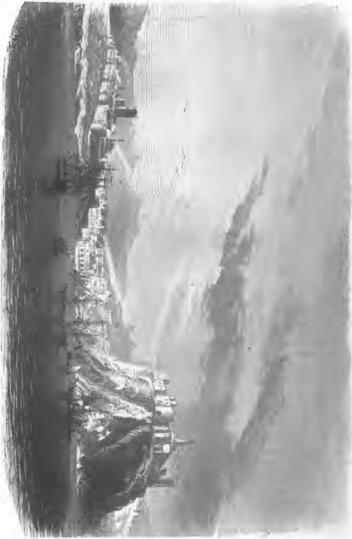
No hubo novedad el dia 23: no se presentaron enemigos, pero el cólera seguia creciendo: en este dia hubo doscientos cincuenta atacados.

El dia 24 amaneció triste, sombrío, encapotado. Una densa y espesísima nube cubria todo el cielo, y la niebla ademas que se estendia por la tierra no dejaba descubrir una vara mas allá de donde se pisaba. Por este motivo la descubierta se verificó con mucho mas detenimiento y tomándose las mas esquisitas precauciones.

Ademas de las fuerzas que trabajaban en el reducto y de los batallones que los guarnecian y custodiaban, se cubrieron todas las avenidas del campamento con numerosos puestos avanzados que formaban una doble cortina, precaucion tan conveniente como necesaria para evitar una sorpresa, á las que se suponia sumamente aficionados á los moros, favoreciéndoles grandemente para ello el terreno que como propio conocian, el dia nubladísimo que no permitia observar los movimientos del enemigo, ni funcionar al vigía del Hacho y la variedad de accidentes de ese mismo terreno poco frecuentado, si no del todo ignorado por nuestras tropas.

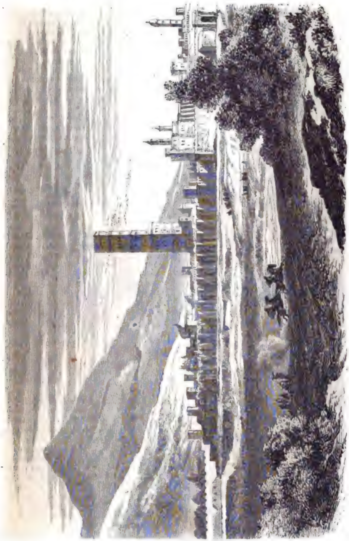
Bien pronto los hechos habian de acreditar la oportunidad y la conveniencia de todas las precauciones tomadas. Arrastrándose como culebras, adelantándose lentamente de árbol en árbol, esquivando de encontrarse con nuestros gruesos puestos avanzados, salieron de entre el bosque á las tres de la tarde y atacaron briosamente y en gran número á la compañía de cazadores del primer batallon del regimiento infantería del Rey, que servia de vanguardia á las demás compañías de su mismo batallon. ¡Hubo minutos en que esa bizarrísima compañía se creyó completamente perdida, rodeada de moros como en un vasto círculo de fuego que se iba estrechando, aproximándose los enemigos que disparaban sus espingardas y con la gumía en mano estaban ya casi encima, dando aullidos de júbilo, estremeciéndose de placer, saltando de contento, haciendo mil horribles gesticulaciones. El verdugo sobre la víctima, los hambrientos chacales sobre sus presas, son misericordiosos al lado de aquellos feroces musulmanes que ya creian saborear las delicias del paraiso con la esperanza cruel de degollar á aquellos soldados, á quienes creian haber sorprendido.

Defendióse la compañía con valor sobrehumano, con heroismo. No hubo un momento de vacilacion. La lucha llegó á entablarse cuerpo á cuerpo, las armas se entrechocaban. Las gumías y las bayonetas se mezclaban á los tiros á boca de jarro. Un momento mas, y los bárbaros moros vencian. Un momento mas, y toda la compañía perecia degollada. Un momento mas, y ya en la montaña iba á existir otro sitio que recordase una escena tan lúgubre y tan horrible como la que recuerda la *playa de la Sangre*, cerca de Ceuta, en donde todos los individuos de una compañía amanecieron un dia bárbaramente degollados.



Vista de Salé.

La compañía se salvó y se salvó porque merecia salvarse, porque supo resistir con admirable serenidad é indomable valor hasta que llegaron en su auxilio las demás compañías de su batallon y el de cazadores de Barbastro que restablecieron el combate en condiciones bastante ventajosas para que, no solo sin perder terreno, sino tomando al enemigo algunas posiciones, llegaran los demás batallones del primer cuerpo al sitio de donde



Vista de la ciudad de Marruecos.

habia cargado toda la fuerza de los moros y en donde el combate estaba con mas crudeza empeñado.

En este momento, la tempestad que habia estado durante toda la mañana cerniéndose sobre nuestras cabezas sin descargar, estalló con toda su violencia. Eran las cataratas del cielo que se abrian. Era un nuevo diluvio que nos amenazaba. Era una tempestad como no las conocíamos en Europa. Pronto los arroyos se convirtieron en torrentes, se iba á ciegas, se caminaba por entre lodazales, el combate perdió toda la regularidad, allí los esfuerzos individuales, lo hacian todo en aquel momento. ¡Ah! no parecia sino que el cielo se conjuraba en contra nuestra, no parecia sino que las furias del infierno querian favorecer á los bárbaros marroquíes, enviándonos la peste para mermar nuestros tercios, valiéndose de la borrasca para ampararlos contra el ímpetu de nuestro furor!

Cuando el cielo se serenó, el enemigo habia desaparecido de nuestro frente. Contamos nuestras bajas y resultaron ser ocho muertos de la compañía amenazada y treinta y uno entre heridos y contusos del primer batallon del regimiento del Rey y del batallon de cazadores de Barbastro.

Cuando por la noche se retiraron nuestros soldados á su campamento, no habia vivac, no habia tienda de oficial ó de jefe á donde no llegase la interesante y patética relacion de un gran hecho de humanidad y de valor que habia distinguido á uno de los soldados de la compañía de cazadores del Rey. Sabíase que esta compañía habia estado á punto de perecer toda entera: se recordaba que en el momento mas decisivo al ver un soldado caer á su camarada herido y que era cogido por los moros, habia esclamado: «*ó morir todos ó salvarnos todos*,» precipitándose frenéticamente el primero por entre los moros, decidido á perecer en la demanda ó recuperar á su compañero. Cuando una de estas acciones tan heróicas tiene lugar, se subyuga á los soldados y se les hace seguir adelante, aunque hayan de encontrar una muerte segura. El valiente y nobilísimo soldado fué seguido de sus compañeros y se introdujo el primero entre los marroquíes, arrancándoles á su compeñero herido, al cual cargó sobre sus hombros y tuvo la fortuna de presentarlo al batallon con todo su armamento.

Este soldado se llama Francisco Conejero y ha sido el que, por resolucion del general en jefe, ha sido agraciado con la medalla de oro que regaló el liceo de Cádiz para el que diese á un tiempo mayores pruebas de valor y de humanidad.

Pocos nombres han celebrado el país y los periódicos, con mas justo y legítimo motivo que el oscuro y modestísimo nombre de Francisco Conejero.

VII.

¡Todavía nos esperaba un dia de mas sangre, pero tambien de mayor gloria!

El dia 25 de noviembre lo recordará siempre el primer cuerpo con dolor y con orgullo á la vez.

En él se nos presentó mayor número de moros que en ninguno de los combates anteriores.

En él combatieron tambien nuestros enemigos con un valor que rayaba en desesperacion y con una inteligencia que no era propia de unos semi-salvajes.—Este fue el combate que despertó en nosotros la sospecha de que los ingleses dirigian en la lucha á los marroquíes.

Ya desde por la mañana se veian hormiguear los moros por encima de las sombrías crestas de Sierra-Bullones, aparecian ó se ocultaban por el boquete de Anghera, frente á la casa del Renegado, en las montañas vecinas y en las entradas del bosque.

A eso de las doce del dia rompieron el fuego. Los malditos estaban perfectamente situados.

Habian rebasado nuestros reductos: se habian interpuesto entre ellos y nuestro campamento situado en el Serrallo: nos hacian un fuego horroroso y nos amenazaban realmente por los flancos.

Ocupaban en grandes y numerosos grupos una estension de tres kilómetros; pero apenas se les veia: detrás de aquellos corpulentos alcornoques, ya parapetados en aquella selva secular y vírgen, ya desde el fondo de un retorcido desfiladero, se conocia su presencia por las secas detonaciones de sus espingardas, por el humo que manchaba la atmósfera, por las bajas que entre nosotros advertíamos.

Los reductos no podian hacer fuego sobre los moros. Ya he dicho á usted que estos habian rebasado la línea y los amenazaban por la espalda, amenazando á la vez nuestro campamento.

Ademas la escabrosidad del terreto era otro de los obstáculos con que se luchaba y en nuestras improvisadas fortificaciones no habia sino la fuerza necesaria para defenderlas, amenazadas como se veian tambien por otros moros que habian quedado en frente.

Nuestros bravos batallones, despues de haber recibido las órdenes convenientes, empezaron la marcha avanzando y aunque no todos se veian—pues demasiado conoce usted ya este poblado y escabrosísimo terreno—todos marchaban mejor, mucho mejor que si fueran á un simulacro.

En algunos puntos los encuentros fueron fuertes; pero no habia resistencia duradera ante el valor y la impetuosidad de nuestros soldados.

Ni un momento consiguieron los enemigos detener la marcha de nuestras tropas: lo intentaron, sí, hubo choques violentos, luchas encarnizadas, pero nuestros soldados avanzaron como la ola irresistible de un mar alborotado, como el torrente espumoso que desciende de una montaña y arrebata en pos de sí cuanto encuentra á su paso.

El batallon cazadores de Alcántara pasó á ocupar una posicion importante y difícil en el boquete de Anghera sobre el barranco del Infierno, punto de ataque y paso único de los enemigos.

Apenas llegó el batallon al sitio que se le habia señalado—serian las dos de la tarde—cuando vió instantáneamente envueltos sus flancos y su frente por el enemigo, que pudo hacerlo casi con impunidad por hallarse apostado en aquel cerradísimo bosque, en que nada se ve á quince pasos.

El batallon rompió el fuego, desplegando en guerrilla la escuadra de gastadores y la primera campaña, cuyo bizarro capitan cayó herido en la cabeza á los primeros disparos, gritando á su compañía «viva la reina.»

Inmediatamente se echó encima de Alcántara el grueso de los moros en número cinco veces mayor que el del batallon, que con una general é instantánea carga á la bayoneta, batiéndose cuerpo á cuerpo, logró contenerlos y rechazarlos sucesivamente, ganando terreno, sufriendo no obstante dolorosas y grandes pérdidas.

Rehaciéndose los moros, no tan solo contuvo Alcántara su tercera embestida, sino que avanzó á la bayoneta valerosamente, y una mitad de la segunda compañía, con unas hileras que acudieron con oportunidad, lograron salvar como á cien hombres que al retirarlos del combate por estar heridos, fueron atacados por mas de doscientos moros emboscados.

Conseguido este resultado y apoyado oportunamente Alcántara por el bravo batallon cazadores de Talavera, avanzaron unidos con notable rapidez y el enemigo desapareció completamente del campo.

En una de las cargas á la bayoneta murió el teniente don Juan Malavila y su asistente, Ramon Torrillo, se arrojó sobre el matador de su amo, atravesándole de un bayonetazo é hiriendo á otros dos mas.—El padre capellan don Nemesio Francés seguia con los heridos para prestarles los auxilios de la religion y habiéndose visto acometido y resultado contuso del golpe de una espingarda, recurrió á una carabina para defenderse y mató á su agresor.

A la izquierda del banquete de Anghera se encontraba situado el batallon cazadores de Madrid, apoyándose en el reducto de la Mona. Sus primeras guerrillas fueron atacadas por el enemigo que subia por este punto.

El batallon cazadores de Madrid hizo prodigios de valor, cargando repentinamente á la bayoneta contra enemigos numerosísimos que, conocedores del terreno y güiados por la rabia de la desesperacion, queria apoderarse de los reductos á toda costa.

Intentaron cortar nuestra reserva y sin la decision de los cazadores de Madrid nos hubieran causado grandes molestias.

El jefe de este batallon, el malogrado y bizarrísimo Piniers, que ha dado su nombre á uno de los reductos en cuya proximidad muriera, alentaba y dirigia valientemente á sus soldados á cuya cabeza estaba; pero las balas enemigas no respetaron tanto denuedo y tanto valor. Allí, á su lado, cayeron heridos ó muertos, otros distinguidos y bizarros oficiales y no muy lejos fue herido tambien, el general Echagüe que, acompañado de sus ayudantes, se dirigió hácia aquel punto, que veia comprometido, para alentar á sus tropas.

¡No sé cómo el general Echagüe no cayó en poder de los moros! ¡No sé cómo no le mataron! La descarga de que resultaron herido él y muerto su caballo, se la hicieron á quema-ropa. Se tocaba ya con los moros; sus alaridos feroces atronaban los oidos. La herida del general era en el índice de la mano derecha y se le cayó la espada: uno de los ayudantes la recogió y se la entregó en frente de los enemigos: á cuatro pasos de distancia se encontrarian y ya los moros estaban cortando la cincha del caballo para recoger la hermosa silla sobre que montaba Echagüe.

Esto nos salvó. Si los moros no se entretienen en el merodeo, sin duda á algunos de nosotros nos hubiesen hecho prisioneros.

Otro de los batallones que con mas bizarría se condujo fue el de cazadores de Cataluña: allí se hallaban los hermanos Labastida, que nos han legado una historia de ternura y de lágrimas. Herido uno de ellos, se arrojó el otro para salvarlo al oir el grito de su hermano, mas ¡ay! que el último resultó tambien herido en aquel mismo instante y de mayor gravedad, porque á los pocos dias moria en uno de nuestros hospitales de sangre.

Los regimientos de línea Borbon, Rey y Granada se cubrieron de gloria, como los coroneles Berruezo, Caballero, García, Rodriguez y Trillo.

La pérdida fue mucho mayor la de los moros, porque ademas de los muertos en la accion, perecieron muchos que fueron cortados por la rapidez de la marcha de nuestros soldados que estaban irritados al ver la suerte que habia cabido á sus compañeros que habian quedado sobre el campo de batalla. ¡Los bárbaros y crueles marroquíes los habian degollado y puesto en cruz como escarnio hecho al Divino Fundador de nuestra religion!

Nuestras pérdidas no fueron pocas desgraciadamente. Tuvimos ochenta y nueve muertos en el campo y trescientos treinta y seis heridos. Habian entrado en fuego siete batallones tan solo.

VIII.

Un dia despues.

En la última noche no cesamos un momento de oir hondos y prolongados gemidos. ¡Cuántos y cuántos heridos, de uno y de otro campo, habrán quedado abandonados! ¡Qué desesperacion para ellos! ¡Qué angustia para nosotros! ¡Morir así, pasto de los lobos ó de los chacales, sin un consuelo de la amistad, de la familia, de la religion!

Aquella mañana los cuervos se cernian con torvo vuelo sobre nuestras cabezas. ¡Buscaban sin duda los insepultos cadáveres de nuestros compañeros!

El cólera seguia aumentando: el primer cuerpo habia quedado reducido á unos siete mil quinientos hombres. ¡Eramos antes el doble!

El general Echagüe se trasladó á Ceuta para curarse de su herida, y con este motivo quedó encargado del mando el general don Manuel Gasset.

Hé aquí en qué términos anunció la noticia el general Echagüe á su cuerpo de ejército:

«Señores jefes, oficiales y soldados: Os doy las gracias en nombre del general en jefe y en el mio por el brillante comportamiento con que os habeis conducido en la jornada de ayer. No es posible ni mas valor ni mas entusiasmo, ni mas abnegacion que la que mostrásteis en el combate, y en verdad que no podia esperar otra cosa de soldados españoles que pelean por su reina y por la honra de su país. Grande, inmensa es la que habeis alcanzado en el dia de ayer; y yo, aunque os conozco, estoy admirado de vuestras virtudes militares, y orgulloso de encontrarme á vuestro frente.

Una leve herida que tuve la suerte de recibir me separará de vosotros breve tiempo. Escusado es deciros la esperanza que me anima, de que durante mi separacion continuareis demostrando el valor que ya habeis acreditado y el entusiasmo que distingue la disciplina con que sufrian esta campaña. Tambien mis gracias alcanzan, y muy merecidas, á los párrocos de los batallones, por su caridad cristiana, y á los oficiales de administracion y sanidad militar. Los unos haciendo frente al cúmulo de atenciones que sobre ellos ha pesado en estos últimos dias, han trabajado sin descanso para atender al suministro de las tropas: y los otros, solícitos al paso que humanos, han llenado sus deberes, lo mismo en el campo que en los hospitales, lo mejor posible, atendido su corto personal.

Soldados: el digno general Gasset me reemplaza: ya os conoce y le conoceis: os mandará con igual interés que vuestro general.—ECHAGÜE.»

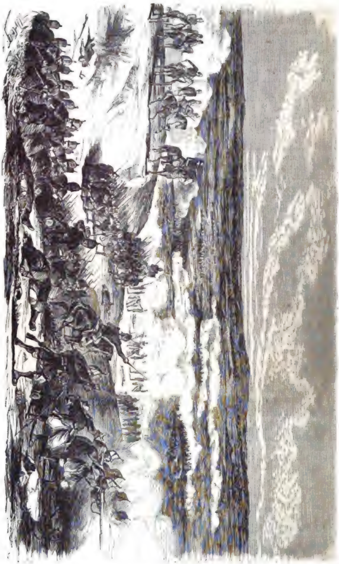
Este era un dia triste, y los moros amenazaban no presentarse.

Digo *amenazaban*, porque el combate nos proporcionaba un solaz, un esparcimiento, una alegría en medio de tantas ideas tristes como se agolpaban á nuestra mente como las nubes de tempestad que se condensan en el cielo.

Hasta este dia no habia yo vuelto á acordarme de España.

Hasta este dia no habia yo sentido el vivo deseo de que llegase pronto nuestro general en jefe y todo el ejército que estaba en nuestras costas.

Para distraer mis fúnebres pensamientos, me mezclé entre los soldados y les oí contar hechos dignos de eterna recordacion.



Accion en las alturas del Serrallo.

Un asistente habia salvado á su amo herido, despues de haber matado á dos moros que le acometian.

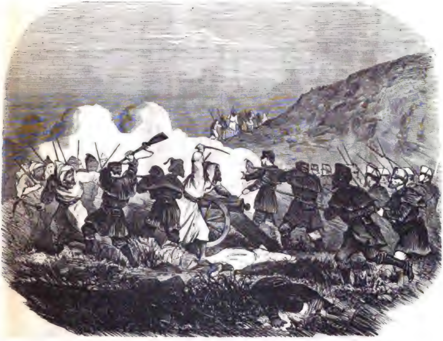
Un soldado, que habia puesto el cartucho al revés, al ver que no salia el tiro, dijo á su jefe:—No importa, mi capitan, yo enmendaré mi falta.—Y salió de la fila, cargando á la bayoneta.

Otro soldado, viendo enterrar á sus compañeros, muertos en el dia anterior, esclamó con un acento que hizo asomar las lágrimas á mis ojos:—¡*Dios os dé tanta gloria en el cielo como habeis ganado en la tierra*! ¡Qué hermosas y sublimes palabras! ¡Cuánta ternura y cuánto sentimiento encierran!

IX.

Dia 27 de noviembre.

Este, como todos los dias, al vivo y alegre toque de diana, nos levantamos.



Ataque del reducto de Isabel II.

Este como todos los dias, la mayor parte de nosotros —todos—enviamos nuestro tierno y cariñoso saludo á la madre patria que se nos aparecia de lejos bajo las blancas formas de los pueblos de nuestras costas andaluzas y de las gallardas naves que cruzaban el Estrecho.

Pero este dia nos saludó el sol con una alegría grande, inmensa, irresistible, que se estendió por todo el campamento y se comunicó á jefes, oficiales y soldados con la rápida intensidad de la vibracion eléctrica.

Una escuadra española venia por el Estrecho con direccion á Ceuta. Uno de sus buques; creo que era *el Vulcano*, enarbolaba la insignia que indicaba la presencia del general en jefe.

¡Era el general O'Donnell en efecto! ¡Era el segundo cuerpo de ejército!

Esta feliz nueva cundió rápidamente, y llenó el pecho de aquellos valientes de la mas santa alegria, del entusiasmo mas grande: las naves adelantaban tranquilamente, el viento las impelía hácia las borrascosas costas africanas, un momento mas, y nuestros hermanos recibirian el abrazo de bienvenida.

Por su parte, nuestro general en jefe no perdió un instante, y apenas desembarcó, cuando se presentó entre nosotros.

¡Qué inmensa conmocion, qué grato júbilo se estendió entonces por el campamento! ¡Qué felicidad inesperada!

¡Qué hermosa dicha! ¡Qué pura alegria no llenó en aquel momento nuestra alma!

Los soldados cantaban, reian, se abrazaban entre sí, tiraban sus roses al aire, empujaban el caballo del general, gritaban sin cesar ¡viva el general en jefe!

El general O'Donnell, casi con lágrimas en los ojos y sonriendo á la par, con voz enternecida, preguntaba á los soldados: «hijos mios, hijos mios, ¿habeis sufrido mucho? ¿Qué tal los moros? ¿No es verdad que los habeis escarmentado?»

Una de las escenas mas patéticas, mas conmovedoras que yo he presenciado, ha sido esta indudablemente. Una de las ovaciones mas entusiastas, mas espontáneas, mas ardientes que pudo gozar hombre en su vida, ha sido el recibimiento que ha hecho el primer cuerpo de ejército á su general en jefe.

Con su presencia cobraba el ejército nuevo aliento. No parecia sino que con la persona del general O'Donnell venia la patria entera.

Pero él para animarles, para hacerles saber cuán gratos habian sido para la patria los sufrimientos que habian soportado alegremente, los sangrientos choques que habian tenido con un enemigo tan astuto como encarnizado, tan valiente como tenaz en sus empeños, publicó la siguiente órden del dia en que se hace completa justicia al primer cuerpo de ejército, y se elogian como era debido, no solo su bizarro comportamiento en cuantos encuentros habian tenido ya, sino tambien la entereza con que sufrieran toda clase de rudas privaciones, el fuego del enemigo y las tempestades de la naturaleza:

«Ejército de Africa.—Estado Mayor general.—Orden general del 1.° de diciembre de 1859 en el campamento frente á Ceuta.—El Excmo. Sr. Capitan general y en jefe del ejército me manda hacer público en la órden del dia lo satisfecho que está del comportamiento del primer cuerpo, desde el momento de su desembarco en las playas de Africa, hasta esta fecha. S. E., que sabe apreciar el valor y ardimiento que ha mostrado en los combates, no admira menos la resignacion y fortaleza con que todos sus individuos han sabido soportar las privaciones consiguientes á la primera entrada en campaña, y las causadas por los fuertes temporales que han sufrido á la intemperie en la estacion mas cruda del año.

S. E., que ha recompensado por sí en nombre de S. M. y en uso de las facultades de que está revestido, algunos hechos de armas que ha presenciado, y que recompensará otros tan pronto como tenga los datos necesarios del combate de ayer, elevará á la aprobacion de la reina (Q. D. G.) las propuestas de todos aquellos que han merecido premio en las acciones anteriores á su llegada.

S. E. confía y está seguro de que todo el primer cuerpo que ha tenido la suerte de inaugurar la campaña de una manera tan gloriosa, la concluirá del mismo modo, haciéndose cada vez mas y mas digno de los justos elogios que hoy le prodiga á la vista de todo el ejército.—El General, Jefe de Estado mayor general, Luis García.»

X.

Los moros quisieron conocer bien pronto á nuestro general en jefe, y el 1.° de diciembre nos presentaron una grande y reñida accion.

El dia anterior, en el principio de la estrecha y pavorosa cortadura que forma el boquete de Anghera, colocadas entre los árboles del bosque, se veian algunas tiendas morunas esparcidas aquí y allá, como bandada de palomas diseminadas entre árboles, ó como anchos copos de nieve heridos por los rayos del sol. Salian los moros de sus tiendas, se tendian indolentemente en el suelo ó se subian por los ásperos senderos que conducen á la agreste y salvaje cordillera de Sierra-Bullones.

Pero en este dia quisieron reñir y riñeron. Serian las dos y media cuando el estampido del cañon anunció la proximidad del enemigo, que iba disparando algunos tiros sueltos, como señales para reunir sus huestes. En el momento en que el cañon se dejó oir, el general O'Donnell montó á caballo, y acompañado de su estado mayor, se situó en el reducto de Isabel II, desde donde dirigió todas las operaciones.

Los moros no pueden sufrir resignadamente que nuestros soldados ocupen el Serrallo y todas las alturas inmediatas y se lanzan como fieras á nuestros puntos avanzados; pero de dia en dia sufren mas terribles escarmientos, y eso que la fragosidad y aspereza del terreno les favorece mucho, y aun los elementos, pues el viento que hacia el dia 1.° casi cegaba á nuestros soldados, y los envolvia en una densa atmósfera formada por sus descargas y las de los enemigos.

Parece que los moros, con la astucia propia de su raza, prefieren los dias de tempestad para las luchas, porque creen que nuestros soldados en esos dias no están ni tan animosos ni tan fuertes como en los serenos, de lo cual quedarian bien desengañados ayer, pues nuestras tropas, fusilando moros unas veces, destrozándolos á bayonetazos otras, sin miedo nunca, sin retroceder jamás, hicieron huir al enemigo una legua mas allá del primitivo sitio del combate.

Los moros, llenos de cautela, avanzarón de árbol en árbol, de maleza en maleza, de peñasco en peñasco, siempre buscando un parapeto.

Renacian mas osados de cada derrota. Combaten desordenada, pero incansablemente.

Su línea de batalla ocupaba una gran estension, para tantear el lado débil del ejército contrario y distraer su atencion por muchas partes.

Daban como siempre aullidos espantosos; se agitaban, bullian, se aproximaban, aparecian y desaparecian como por encanto. Se acercaban frenéticos y atroces á los reductos, pero salian luego á todo correr por entre los ásperos accidentes de aquel montuoso terreno, y pronto se les veia coronar amedrantados las sombrías crestas de la gigante Sierra-Bullones, huyendo del cañon de los reductos y del hierro de los soldados.

No quiero hacer mencion especial de ningun cuerpo, porque todos los que entraron en accion, pertenecientes á la division de vanguardia del general Echagüe, rivalizaron en valor y bizarría.

Los batallones de cazadores de Simancas, Barbastro, Arapiles, Navas y otros dos batallones de los regimientos de línea Rey y Borbon, fueron los que principalmente sostuvieron el fuego.

Los moros conocen el toque de ataque, y huyen como gamos cuando se les persigue á la bayoneta.

Las dos divisiones de los generales Zabala y Prim tomaron posiciones durante la accion, pero no entraron en fuego.

El general O'Donnell concedió algunas gracias sobre el mismo campo de batalla por hechos que habia presenciado. La serenidad que manifestó el general en jefe, la atencion y la precisa y matemática exactitud con que dictaba las órdenes coadyuvaron al mejor resultado del combate.

No quiero concluir sin apuntar uno de los hechos mas gloriosos en este dia. La accion tocaba á su término, y en este momento, que es el que aprovechan siempre los marroquíes para sus *gatadas*, permitaseme la palabra, un gran número de moros se precipitó, dando feroces aullidos y disparando sus armas, sobre una de nuestras guerrillas mas avanzada.

Estos pobres soldados estaban comprometidísimos; pero una heróica compañía de Simancas los salvó. Al vertiginoso irresistible toque de ataque, salió esta compañía rápida, pero ordenadamente, desafiando el mortífero fuego de los moros, desconociendo todos los peligros y salvando todos los obstáculos.

Los marroquíes los esperaban: nuestros bravos cazadores se lanzaron á ellos como la leona sobre quien le ha robado sus cachorros, y huyendo á la desbandada, fueron perseguidos y acorralados, quedando la victoria sonriendo á la heróica compañía de Simancas y salvada la avanzada guerrilla en cuyo auxilio corriera.

Aun despues de anochecer, y ya cuando en medio de las armonías de las bandas de música, las divisiones de Zabala y de Prim entraban en sus campamentos, se oian algunas descargas.

Estas se hacian para proteger la retirada de algunas fuerzas de los batallones que mas avanzaron. La accion, sin embargo, se habria prolongado mas, si el viento y la lluvia no hubieran interrumpido el combate.

¡La noche que terminó este dia fue horrible! Densos nubarrones cubrian el cielo y como un inmenso turbante ceñian la cima de Sierra-Bullones; bramaba el viento azotando los árboles, batiendo las rocas, alborotando las agitadas olas del mar. La lluvia caia á torrentes é inundaba el campamento. Las tiendas se derrumbaban y parecia que la tempestad con su atroz omnipotencia queria probar el temple de nuestras fuerzas.

Y de la prueba salimos victoriosos. Nuestros pobres soldados habian pasado la noche tendidos sobre el barro, empapados de agua, caladas sus mantas y sus huesos; pero apenas asomó el dia siguiente ya sereno y apacible; se sucedieron grandes y animadas hogueras. En ellas formaban corro nuestros soldados y secaban sus mantas y preparaban su café y su almuerzo.

El cólera seguia aumentando. El clima continuaba siendo fatal para nuestra salud. Nuestro general en jefe bajó á visitar los hospitales de Ceuta.

XI.

No conozco cuadros mas sombríos que los que presenta un hospital de apestados ó una ciudad atacada por la epidemia.

Nada de cuanto pueda imaginarse la calenturienta imaginacion, nada de cuanto pueda decirse en el pobre lenguaje de los hombres, alcanzará nunca á presentar en toda su terrible pompa; en toda la desgarradora verdad con que se prestaban ante nuestra vista, cuadros de tan inmensa soledad.

El espíritu se abate, el fuerte se espanta de tan negra tristeza, el débil gime, falta el aire á nuestro pecho, la callada melancolía vive con nosotros, el inmenso desamparo en que se halla el hombre parece reflejarse en la naturaleza entera y en tanto el ángel de las iras del señor vibra su espada y siega las sonrientes vidas, como mieses en sazon.

Parece que todo concluye, y que en la senda que conduce á la ciudad bien pronto crecerá la grama.

En vano el que espira busca con la estraviada vista aquellos rostros amados en los cuales quiere fijar su última mirada, en vano modula la plegaria, en vano llama con voz desfallecida, la muerte es la única que responde, la que no se aparta de su lado.

El aspecto de Ceuta en estos dias era horrible: una visita á sus hospitales os parte las entrañas y os trastorna el espíritu.

El casino, las iglesias y algunos establecimientos particulares se habian habilitado para que sirvieran de hospitales.

Como no se contaba con un desarrollo tan formidable y tan inesperado de la epidemia, como se habia pensado en trasladar el mayor número de heridos y de enfermos á los buques habilitados de hospital ó á los pueblos de las costas andaluzas, en Ceuta fue necesario improvisarlo todo, y lo que no pudieron adquirir los recursos de la administracion, lo suplió la caridad pública.

Aun asi y por grandes que fueron los desvelos y los cuidados de las autoridades de Ceuta, la organizacion y asistencia de los hospitales dejó bastante que desear.

El general O'Donnell, decidido á examinarlo todo por sus propios ojos, visitaba los hospitales, asi de heridos como de enfermos.

Conocia que era necesario verlo todo por sí mismo, que era necesario saber hasta donde llegaba lo terrible de la epidemia; que era su deber consolar á los que estaban en el lecho del dolor esperando que la muerte hiciese menos lenta la agonía, y O'Donnell pasaba entre los enfermos, no como Napoleon entre los apestados de Jafa, sin tocarlos y á toda prisa, sino como un padre que trata de hacer menos amargos los dolores del hijo que sufre.

¡Cómo se animaban los heridos á la vista de su general en jefe! ¡Cómo le agradecian esta atencion! ¡Cuántos creyeron tener ya fuerzas para abandonar los vendajes de sus heridas y el lecho en que descansaban para volver á su campamento!

El general O'Donnell fue prodigando sus consuelos á todos aquellos valientes, y á cada individuo de la clase de tropa mandó que se entregasen diez y nueve reales.

Despues encaminamos nuestros pasos á los hospitales de coléricos. ¡Qué atmósfera tan densa y tan pesada la que habia en aquellas salas! ¡Qué soledad y que tristeza!

El hospital era una iglesia: una débil claridad penetraba al través de las ventanas de vidrios que habia á la entrada: sencillas camas de madera, colocadas en dos filas, ocupaban nuestra derecha y nuestra izquierda: todavia en el Altar mayor brillaba la pálida y mortecina luz de una lámpara.

¡Qué cuadro, Dios mio! ¡Cuán triste y cuán espantable para mi espíritu! Cada paso que daba parecia resonar en mi corazon; aquel aislamiento, aquellos angustiosos gemidos, aquel imperceptible rumor de tantas fatigosas respiraciones, todo me turbaba y me desvanecia; momentos hubo en que me creí pronto á desfallecer.

Reinaba en aquel instante un silencio solemne y pavoroso. Aquel silencio fúnebre era el aliento de la muerte.

Cuando el general en jefe fué aproximándose al lecho de los enfermos, ¡qué cuadros se presentaron á nuestra vista! ¡Qué rostros tan lívidos! ¡Qué ojos tan yertos, tan apagados y cuyas pupilas parecian haberse sepultado en el fondo de aquella cóncava tumba!

Casi todos los enfermos, cuando oian el ruido de nuestros pasos, pedian agua; muchos llamaban á sus madres, otros pedian un confesor.

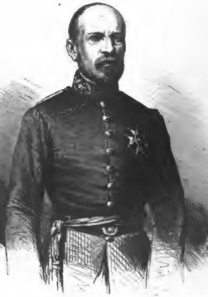
¡Ah! confieso que aquellas escenas eran imponentes y desgarradoras; confieso que nada ha estendido sobre mi alma una tan densa nube de melancolía como la presencia de aquellos desgraciados seres, atacados de una epidemia, no asistidos quizás de todo lo necesario, lejos de sus madres, á quienes llamaban, acaso deseando morir y llamando á un sacerdote que los encaminase al cielo.

¡Morir del cólera, en Africa, en Ceuta, sobre la infecta cama de un hospital, lejos de la patria, cuando se soñaba en la vida, en las batallas, en los triunfos, en la gloria, en la inmortalidad, en la familia y en la patria que palpitarian de noble y legítimo orgulloso cuando á su seno regresase el victorioso ejército! Eso era su pensamiento tan frio, tan doloroso y tan punzante que atormentaba mil veces mas que el pensamiento de la misma muerte.

¡Pobres mártires!

XII.

El segundo cuerpo de ejército que mandaba el general Zabala reemplazó al de vanguardia en el penoso servicio de guarnecer el Serrallo y los reductos que constituyen nuestra línea de defensa frente á Sierra-Bullones.



El general Ustariz. (De fotografía.)

El dia que se verificó el relevo de uno por otro cuerpo los moros se subieron á las cumbres sombrías de esta salvaje sierra. Desde allí observaban nuestro movimiento. Creian que íbamos á atacarlos.

El objeto de este cambio se esplica naturalmente.

El primer cuerpo necesitaba descanso: el segundo necesitaba foguearse.

XIII.

9 de diciembre.

No se hicieron esperar mucho los moros y en verdad que se batieron en este dia con una inteligencia, con una astucia y con un valor que nos dejó sorprendidos.

Toda la noche debieron estar preparando con gran cautela, para no llamar la atencion de nuestras escuchas, el golpe que quisieron darnos al dia siguiente. Como reptiles y de uno en uno han debido arrastrarse silenciosos para esconderse en el bosque que rodea á los reductos y que se interpone entre estos y el Serrallo.

Colocados en acecho, apenas la aurora se anunció en el horizonte tras una noche fria y húmeda, apenas se oyeron los animados toques de nuestra diana, se precipitaron los moros sobre nuestros reductos, cuyos defensores no tuvieron tiempo para dar la voz de alerta.

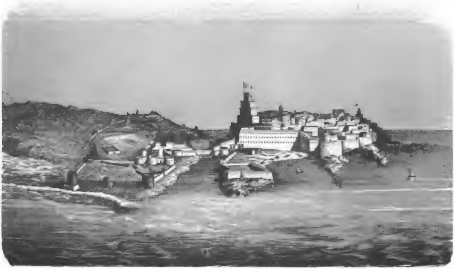
El reducto de *Isabel II* se hallaba defendido por tres compañías del regimiento infantería de Castilla, mandadas por el segundo comandante don Rafael Bermudez de Castro, y una de artillería de montaña á las órdenes del capitan don Gaspar Goñi. El reducto **Rey Francisco** estaba defendido por tres compañías del regimiento de Córdoba á las del comandante fiscal don José Fernandez.

Como ruda avalancha que á cada paso toma mas cuerpo y amenaza con mayores estragos, así los enemigos aumentaban en número; su furor, crecia, su deseo de arrojarnos de nuestras posiciones les daba cierta rabia salvaje que les hacia despreciar la vida que tenian en tan poco y estendiéndose velozmente, y avanzando siempre á pesar del mortífero fuego de nuestros soldados envolvieron los reductos y se estendieron por ambos lados.

Favoreciales en estremo para llevar á cabo su intento, ya lo quebrado y áspero del terreno, ya los espesos bosques que lo cubren.

Pero pronto se conoció que trataban de colocarse en las posiciones que se hallaban entre los reductos **Isabel II** y **Rey Francisco** y el campamento del Serrallo que ocupaba entonces el segundo cuerpo de ejército.

No habia, pues, tiempo que perder. Los moros crecian en empuje y en número. Estaban encima de los reductos. Atacaban con piedras ya. Estaban tan cerca que se hallaban resguardados del fuego de los cañones. Nuestros soldados no podian asomarse á la burbeta de la fortificacion, porque sus cabezas servian de seguro blanco.



Vista de Melilla.

Nuestros fuertes estaban en grave peligro. La bandera roja enarbolada lo indicaba así.

Esta señal terrible puso en alarma al general Zabala, que desde el Serrallo y á consecuencia del violento levante que reinaba, no habia oido el fuego vivo que se cruzaba por las alturas de su campamento.

Montó á caballo con su cuartel general y envió su parte al general en jefe.

¿Qué sucedia entre tanto?

La guarnicion de los fuertes se resistia con salvaje fiereza, con sobrehumano heroismo. Tres veces llegaron los marroquíes hasta los fosos y otras tantas fueron rechazados. Diez ó doce cadáveres moros tendidos allí en medio de un charco de sangre daban vivo testimonio de su arrojo y de su temeridad.

Y mientras esto sucedia en los reductos, las fuerzas restantes de los regimientos de Castilla y de Córdoba y el batallon de cazadores de Figueras, que salieron con el brigadier don José Angulo á verificar la descubierta, se encontraron con aquel número inmenso de moros, sin saber de donde salian, que brotaban á su paso, de las peñas, de los árboles, de las malezas y se trabó por allí tambien una sangrienta y original pelea.

El choque fue rudo, violento, instantáneo, terrible. Los moros aumentaban, los nuestros caian y no se reemplazaban; cada uno de nuestros soldados tenia que luchar casi cuerpo á cuerpo con dos ó mas enemigos á un tiempo; pero las huestes cristianas acometieron con tal brio y decision á la salvaje morisma que la arrojó hasta las cañadas y bosques que se hallan al otro lado de nuestras posiciones avanzadas.

El general Zabala, al tiempo de salir para el sitio de peligro, habia dispuesto que le siguiese el resto de la primera division á las órdenes del general Orozco y toda la segunda que manda el general don Enrique O'Donnell.

Los cazadores de Arapiles, fueron el primer batallon que llegó al sitio del combate, y el general Zabala lo hizo cargar por el bosque inmediato al reducto de *Isabel II*, en donde estaba un gran núcleo de fuerzas enemigas que mantenia un nutridísimo fuego y que nos causaba gran número de bajas.

Aquel bizarro batallon se coronó de gloria, pues dió una brillantísima carga á la bayoneta que despejó el bosque de moros y lo puso en nuestro poder. El batallon estaba apoyado al dar esta carga, por el segundo de Castilla y primero de Saboya, pero aun asi el arrojo con que los bravos cazadores, al grito eléctrico de ¡*viva la reina*! se lanzaron contra quintuplicadas fuerzas enemigas, es superior á todo encomio.

Los enemigos no tardaron en rehacerse sin embargo. Mandados por un jefe superior y mandados con inteligencias, sus ataques, dirigidos á toda nuestra línea, no eran aislados y parciales, sino combinados y simultáneos.

Desde nuestros reductos se observaba á este jefe vestido todo de color de grana y con un caballo lujosamente enjaezado. Moros de á caballo, sus ayudantes sin duda, partian de su lado y se incorporaban á los grupos de moros que se ponian instantáneamente en movimiento.

Se precipitaron de nuevo en el bosque y nos seguian molestando y nos amenazaban de nuevo.

El general en jefe, que mandaba ya la accion, dispuso que salieran el general García y el brigadier Villar. Acompañaban al primero el batallon de cazadores Alba de Tormes y unas compañías de Córdoba, apoyados por el primer batallon de Leon y el regimiento de la Princesa. Seguian al segundo el batallon cazadores de Figueras y una seccion de la Guardia civil.

Unas y otras fuerzas dieron brillantísimas cargas á la bayoneta en combinacion y con tal ímpetu y arrojo que no solo desalojaron el bosque, sino que arrojaron al enemigo á gran distancia y la accion se terminó desde este momento en la parte de los reductos.

Pero el enemigo queria forzar nuestra derecha, como lo adivinaba el general O'Donnell que envió sus avisos al general Zabala para que no se descuidase por aquel lado, y en efecto, asi sucedió.

Los moros, en número de cuatro á seis mil hombres de infantería y de ciento á ciento cincuenta caballos se precipitaron por este lado y se precipitaron con furor, con resolucion, dando feroces aullidos y haciendo un fuego vivísimo.

Frente al monte en donde está la casa del Renegado, se hallaba situado el batallon de Chiclana que iba á sufrir este terrible choque. El batallon empezó á retroceder, y entonces los batallones primero de Navarra y segundo de Toledo, mandados por el general Rubin y brigadier conde de la Cimera, marcharon en su apoyo, rehaciéndose el batallon de Chiclana y marchando al frente del enemigo briosamente impulsado por el brigadier Mackena y el coronel don Francisco Ceballos, primer ayudante del general en jefe.

La posicion perdida volvió de nuevo á nuestro poder.

Pero los moros habian hecho una vigorosa, una desesperada resistencia, no querian en manera alguna abandonar las posiciones que habian tomado, y se defendian en ellas con la tenacidad característica de aquellas razas. Se les veia en aquellos momentos multiplicarse, se veia crecer su arrojo si esto era posible, dar las pruebas mas grandes de su valor y de su serenidad para el combate.

Sin embargo, nuestros soldados vencieron.

Avanzando á la bayoneta, llegaron hasta ellos y los acosaron, los fatigaron, los hicieron retroceder al rudo empuje de unas cargas dadas con el mayor valor, con la mas grande serenidad.

Los moros resistieron al principio, con la fiereza propia de aquel pueblo indómito, muchos, muchísimos fueron los que prefirieron la muerte á retroceder, pero obligados á ello por los cristianos, hubo un momento de confusion y cejaron.

Vióseles, entonces, abandonar las posiciones y huir á la desbandada.

Su caballería é infantería corrian mezcladas y en torpe confusion, perseguidas de cerca, acosadas incesantemente.

Solo las rudas escabrosidades que tenian á su espalda podian darles abrigo, y efectivamente allí fue donde se refugiaron, á devorar en silencio el despecho y la rabia que ardia en sus corazones.

Desde este momento la accion podia decirse que habia terminado en toda la línea.

Sin embargo, el enemigo, esperaba sin duda, en sus últimas posiciones que volviésemos á los campamentos para picarnos la retirada.

Su intencion fue conocida y nuestras guerrillas permanecieron en sus puestos, sin contestar al vivo fuego del enemigo, colocado á distancia en que no le alcanzaban siquiera nuestros cañones rayados.

El general en jefe, y todo su cuartel general formaban un ancho círculo alrededor de una inmensa fogata que se encendió en una de las laderas del monte en donde estaba el reducto de Isabel II. El dia era húmedo y desapacible, las nubes se cernian como aves de mal agüero sobre nuestras cabezas: el látigo de Levante seguia azotando furiosamente nuestros rostros.

Cuando el enemigo se convenció de que no caíamos en el inocente lazo que nos tenia preparado, se fué retirando á lo mas alto y agreste de la Sierra-Bullones. Entonces se retiraron las dos brigadas del primer cuerpo mandadas por el general Gasset, que apoyaban nuestra derecha y la division del conde de Reus, que con igual objeto se colocó en el centro. Las tropas de uno y otro general no tuvieron que disparar un solo tiro.

Todos los diferentes cuerpos que entraron en accion, se batieron bizarramente, lo mismo los cuerpos de línea que la artillería, ingenieros y oficiales de Estado Mayor. Nuestra infantería bisoña, fue la misma de siempre, es decir, primera infantería del mundo. Los oficiales que las mandaban están llenos de pundonor, de delicadeza y de ardimiento.

En el instante en que subia el general Zabala á los reductos, tres de los oficiales de su cuartel general caian muertos ó heridos. Muerto cayó en brazos del conde de Corres, el valiente capitan de ingenieros, señor Mendizabal, tan entendido como valiente; el señor marqués de Ahumada y el señor Gimenez, ayudantes, fueron heridos; el coronel de ingenieros, señor O'Rian, en el momento en que gritaba á un batallon que salia á la bayoneta «viva la reina» era herido en un muslo, y el señor Goñi, que mandaba la batería del reducto mas avanzado, fue herido en el rostro y en una de las orejas, á pesar de lo cual, no quiso retirarse de su puesto.

No necesito decir cómo se condujo el general en jefe ni los demás generales que tiene á sus órdenes, que por cierto no economizan nunca sus personas. El conde de Lucena, desde el reducto de Isabel II, á donde llegaban silbando las balas enemigas, observaba atentamente todos los movimientos de sus tropas y enviaba por medio de sus ayudantes de campo, nervios movibles que trasmitian su voluntad y sus ideas, disposiciones que eran prontamente ejecutadas. El conde de Lucena, rogado hasta por tres veces por un coronel, no quiso separarse de un sitio de peligro que ocupaba y le contestó estas cristianas y hermosísimas palabras. «Mi vida está en manos de la Providencia. ¡Ella sabrá guardarla mejor que yo!»

Terminada la accion, tuvo lugar una escena patética y solemne, cuando el general en jefe concedió algunos premios sobre el campo de batalla y se presentó á los batallones que defendieron los reductos.

El primer premiado fue un corneta de órdenes de Saboya, llamado Domingo Montaña. Habia salvado al ayudante del brigadier Angulo, señor don Eduardo Alcayna, que habia caido en poder de tres moros. El corneta mató á uno de ellos con el tiro de su carabina, á otro le atravesó con su bayoneta y al tercero lo ahuyentó. El ayudante, sin embargo, salió herido en una pierna.

—En nombre de la Reina, dijo al corneta el general en jefe, concedo á usted la cruz de San Fernando con la pension de treinta reales al mes.

—Mil gracias, mi general.

—A la reina, señor corneta.

Despues fueron premiados otros soldados y jefes.

Pocos minutos mas tarde, llegó el general en jefe en frente de las fuerzas que habian defendido los reductos de la furiosa inesperada acometida de los moros.

Las compañías estaban mermadas. Algunos soldados, heridos ó contusos, no habian querido apartarse de sus filas. Cesaron por un momento las armonías de la marcha real con que el general en jefe fue recibido y este dirigió á los soldados cortas, pero calorosas frases de entusiasmo.

¡Viva la reina! se oyó primero.

¡Viva el general en jefe! añadieron despues todos los soldados.

La accion fue reñida como ninguna. El general Zabala, que tantos y tan grandes peligros ha salvado y corrido con verdadera temeridad durante la guerra civil, el general Zabala, el digno émulo de Leon, confiesa, en el seno de la confianza, que nunca ha oido tantas balas como al subir al reducto de Isabel II, tan amenazado por los moros.

Calculo que las fuerzas del enemigo debieron haber sido de diez á doce mil hombres: su caballería unos trescientos ginetes. Por nuestra parte no entraron en fuego sino quince batallones.

Nuestras bajas no debieron subir mas allá de ochenta muertos y de trescientos heridos. Las del enemigo debieron ser horrorosas: nuestra artillería les causó un daño indecible: los muertos no bajarian de trescientos y sus heridos subirian al triple de este número.

XIV.

Resueltamente nos dirigíamos á Tetuan.

El conde de Reus habia recibido la órden del general en jefe de abrirnos el camino para aquella ciudad.

Porque ya lo sabe usted, amigo mio: por aquí no habia camino, no habia senda, no habia atajos. Jarales inmensos, eternos barrancos, arroyos desconocidos, montes sin fin impedian todo movimiento desembarazado al ejército. Para los mismos beduinos, esas fieras humanas del desierto, debia ser difícil el paso por estos vírgenes y selváticos lugares.

Como no eran aves nuestros soldados que volando pudieran salvar la distancia que les separara de Tetuan, habia que proceder lenta y trabajosamente á abrir un camino. ¿No es esta una de las mayores dificultades que pueden entorpecer una campaña y no es su completo vencimiento uno de los mas subidos timbres de un ejército?

El general Prim que, con su division de reserva, ha sido el que ha abierto los anchos y hermosos caminos que ponen á los reductos en comunicacion unos con otros fuera de la vista del enemigo, era el que tenia que abrirnos la via de Tetuan.

La mayor parte de las mañanas salia con sus batallones, los ingenieros y la artillería que son parte de su division, formando pabellones con las armas, cogiendo los azadones, las palas, los picos y las hachas, y trabajaban para arreglar el terreno. Cortaban árboles, arrancaban malezas, igualaban la tierra, construian puentes y abrian, en una palabra, un hermoso camino ajustado á todas las reglas del arte.

¡Como, que por él ha pasado toda nuestra artillería!

Al amanecer, nuestros soldados hacian su café, lo tomaban con la correspondiente racion de galleta y salian en direccion de los Castillejos. Trabajaban hasta las once ó doce del dia, hora en que tomaban sus ranchos y luego reanudaban la interrumpida tarea hasta la caida de la tarde en que volvian á su campamento, esto es, á la ciudad, ó mejor dicho á sus casas.

Los dos ó tres primeros dias los moros examinaron con curiosidad el movimiento de nuestros soldados. Despues trataron de entorpecer sus trabajos y aun de envolverlos en una celada.

¡Inocente y temerario empeño! El conde de Reus no es hombre que se deja sorprender tan fácilmente. Mientras los cuerpos facultativos estaban entregados á sus faenas, los batallones de línea, estendidos en guerrilla, formando en batalla, dominando las alturas vecinas y las posiciones inmediatas, les resguardaban perfectamente de toda sorpresa.

Al principio ó porque los moros creyeron que no se trataba de una cosa formal, ó porque temian los fuegos de los cañones rayados situados en el reducto del Príncipe Alfonso, ó porque pensaran que nuestras tropas no hacian mas que reconocimientos, ó porque el terreno de nuestra izquierda no se halla tan poblado como los montes que se enlazan por la derecha con Sierra-Bullones, y no quisieran presentarse en su terreno que es relativamente llano, al principio los moros se contentaban con picarnos á última hora la retaguardia.

Despues ya nos presentaron acciones formales; pero ninguna ha llegado á tener las proporciones que antes tenian las que se daban en los montes, barrancos y desfiladeros de nuestra derecha, esto es, en la áspera cortadura que forma el boquete de Anhgera, en las laderas del monte del Renegado, en los bosques que rodean á los reductos.

Algunas cargas á la bayoneta de los batallones de cazadores que pertenecian á la division del conde de Reus, algunos disparos de nuestra artillería de montaña y otros de las lanchas cañoneras y de los vapores de guerra que salian á proteger estos trabajos todas las mañanas, bastaban para imponer y derrotar siempre á los salvajes y enconados musulmanes.

El camino de Tetuan adelantaba prodigiosamente: el dia en que llegase el cuerpo de ejército que se hallaba en Málaga, el cuerpo de ejército á que usted pertenece, nuestros campamentos podrian adelantarse como unas do leguas sobre las posiciones que ocupábamos antes.

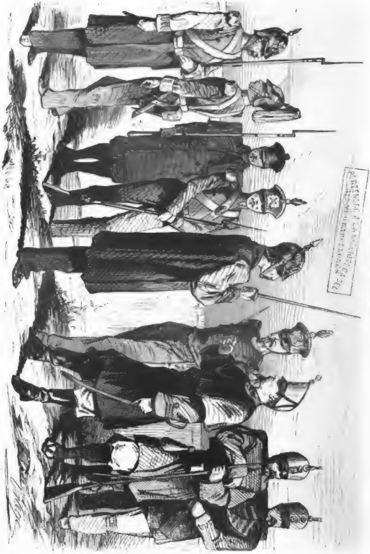
¡Oh! ese dia no podia retardarse.

XV.

12 de diciembre.

Habian pasado algunos dias y casi todos nosotros teníamos un mismo pensamiento por las mañanas como teníamos una misma idea al anochecer. Estos dos pensamientos eran iguales en su fondo y tendian al mismo fin.

¿Cuándo llegará el tercer cuerpo de ejército? Nos preguntábamos al asomar el primer rayo de la aurora, fijando nuestra codiciosa mirada en las vastas soledades del mar y en direccion de las costas de Málaga.



EJÉRCITO ESPAÑOL.

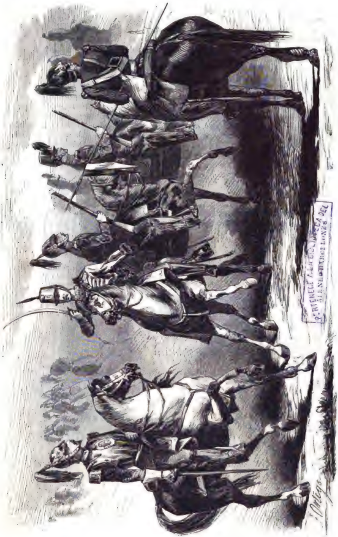
PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DEL

Ingenieros. Artilleros. Oficial de Ingenieros. Capitan de Artilleria. Capitan de Cazadores. Cazador de Madrid. Soldado de infanteria.

¿Hemos adelantado hoy mucho en el camino? Preguntábamos tambien por las tardes á los soldados que se retiraban de la division constructora de la via de Tetuan.

Y una y otra idea nacian de la impaciencia que nos devoraba por abandonar nuestras actuales posiciones, por seguir adelante, por buscar teatros mas grandiosos á nuestro ardimiento, por tomar á Tetuan, por entusiasmar á nuestra patria con el anuncio de grande y magníficas victorias.

EJERCITO ESPAÑOL.


Capitan de Coraceros.
Húsar.
Carabinero.
Cazador.
Lancero.
Ortego

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL

Ahora bien, figúrese usted la santa y purísima emocion de júbilo que estremeció á todos nuestros campamentos, cuando al romper los primeros tibios rayos del sol de este dia, las últimas sombras de la noche, vimos anclada ya en nuestra bahía á la escuadra en que venia el tercer cuerpo de ejército.

Solemne y gratísimo seria el momento en que ustedes, los que venian en sus buques y ardian en impaciencia de participar de las fatigas y de las glorias de nuestro ejército, pudieron saludar de lejos el suelo africano; pero grande é inmensa fue tambien nuestra alegría cuando contemplamos coquetamente ancladas en las aguas de Ceuta, á los veinte magníficos vapores que componian tan brillante escuadra.

¡Oh! Unos y otros, ustedes los que venian de España y nosotros los que estábamos en Africa, sufríamos la misma patriótica impaciencia. Ustedes al vernos á nosotros, nosotros al ver á ustedes, esperimentábamos la misma emocion que se esperimenta siempre al tocar próximos y como realizados los grandes enigmas, las ideas que forman época en la vida y que deciden de nuestra suerte futura. Unos y otros esperimentábamos aquella santa emocion de júbilo que sintieron los primeros cruzados al divisar la Tierra Santa, y que inundara de dulces y bienhechoras lágrimas el rostro de Cristóbal Colon cuando sus ojos contemplaron por la primera vez en realidad el mundo hermosísimo que habia estado, durante tantos años, sonriendo á su imaginacion.

El tercer cuerpo de ejército iba á desembarcar, el camino de Tetuan adelantaba rápidamente, podíamos avanzar dos, tres leguas, se anunciaban las grandes operaciones, íbamos á salir por fin de estos traidores desfiladeros en que los moros nos fusilaban á mansalva, sin podernos tomar un sangriento desquite, íbamos tambien —¡acariciábamos esta ilusion!—á abandonar estos lugares infestados en donde el cólera habia cortado tantas existencias en flor, Tetuan, Tánger caeria en nuestro poder. Europa y el mundo nos admirarian, la patria nos miraria con orgullo, nuestras familias nos enviarian su bendicion y su gratitud; hé aquí las varias y tumultuosas emociones que agitaban nuestros pechos, las mismas que harian latir apresuradamente el corazon de los bravos soldados embarcados todavía y que antes en Málaga ansiaban que llegase el momento solemne de pisar el suelo africano y de recibir en el campo del honor el santo bautismo de sangre.

¡Bien venidos seais—decíamos desde el fondo de nuestra alma—nobles hermanos, soldados del tercer cuerpo de ejército, que nos traeis con vosotros la imágen de la patria, sus santas bendiciones! ¡Bien venidos seais, los que estais impacientes por probar al enemigo el temple de nuestras armas, el arrojo de vuestro corazon! ¡Bien venidos seais, los que con la alegría en el rostro, venis á nuestro campo habitado por el cólera y por la muerte! ¡Bien venidos seais los que pedís al cielo que os depare pronto la ocasion de verter vuestra sangre para ahorrar la de vuestros hermanos, los que os precedieron en la via de la gloria y de la amargura!

He concluido: los demás hechos de la guerra están consignados en su *Diario* de usted. Réstame solo pedir perdon á usted y á sus lectores por el desaliño de estas páginas y queda de usted verdadero amigo.—X.

La última palabra del anterior apéndice, termina el animado cuadro que de la *Guerra de Africa*, ha trazado un testigo de ella, que agitando á la vez el acero del soldado y la pluma del poeta y del historiador, ha sabido dar elocuente ejemplo de que en España no se estingue nunca el genio que inspiraba á Garcilaso y á Ercilla.

El libro que terminamos, no es una de tantas publicaciones como diariamente ven la luz en España, que á pesar del mérito de muchas de ellas, están destinadas á ser flores de un dia.

Y no es que nosotros, que en buen hora acometimos la empresa de publicar las inspiraciones del señor Alarcon, encarezcamos en este lugar el subido valor de estas páginas, como es uso y práctica en todos los editores. Aunque el libro fuese menos rico de sentimiento, menos brillante el colorido de sus descripciones, menos conmovedores sus arranques de patriotismo y de santa indignacion, menos acertado en su juiciosa crítica, y menos galano y castizo en el lenguaje, todavía la obra que damos á luz habria obtenido el aprecio público por el pensamiento que desarrolla, porque es el libro destinado á dar á conocer los mil gloriosos accidentes de una guerra, en la que estaba empeñado el honor nacional; de una guerra que volvia á levantar en nuestra patria las auras de gloria y de grandeza que por tantos siglos respiraron los hijos de España, y cuya falta acaso sea una de las principales causas del estado de inerte postracion unas veces, de intestinas luchas otras, de malestar siempre, en que hacia tiempo venia estando sumida la patria de Isabel la Católica.

Ya lo ha dicho uno de nuestros poetas (1) en su canto á la toma de Tetuan:

En el pecho español la gloria alienta,
Y sin espacio inmenso á que lanzarse
De sus recuerdos al calor fermenta
Y de su cárcel pugna por librarse.
Es el volcan que súbito revienta
Hasta el trono de Dios por elevarse,
Es el genio español siempre fecundo
Que estrecho encuentra á su ambicion el mundo.

Por eso cuando nuestro pueblo escuchó el grito de guerra que en buen hora lanzaron á un tiempo sus representantes y el trono, agitóse como un solo hombre y al Africa!!... fue el único grito que resonó por todas partes, sin que se notase entonces en la gran familia española esa destructora polilla de las sociedades, que con el nombre de partidos, devoran tanto tiempo hace el seno de nuestra madre patria.

Aquel grito de alarma despertando al ángel de nuestras glorias que dormia desde la guerra de Napoleon en el santuario de Covadonga, retumbó tan poderoso en todos los ámbitos de la península que halló estrecho espacio por donde dilatarse, desde las pirenáicas cumbres hasta las playas del Atlántico, desde las ásperas rocas donde quiebra sus olas el cantábrico mar, hasta las risueñas costas que bordan con su rizada espuma las mas tranquilas aguas del Mediterráneo; y atravesando en alas de la electricidad los espacios, fue á resonar tambien estremeciéndolas de admiracion en las naciones todas del continente europeo, que cuando mas, concedian á España la existencia de un venerable monumento.

La gran mercadera del mundo, que mientras otros Estados con sus armas pretende envolver al globo en una red de algodon y de lana, acostumbrada á mirarnos como un rico venero que esplotar, sin concedernos siquiera el rango de nacion, temió con su mercantil suspicacia la presencia de España en las africanas costas, y que nuestras conquistas nos hiciesen dueños de las llaves del codiciado Estrecho.

Francia, que tiende tambien sus miradas al Africa, y de la cual decia el autor de un artículo que por aquel tiempo se publicó en Paris: «si el Asia es principalmente codiciada por los esclavos, la Occeanía y la América por la raza anglo-sajona ¿no habrá de ser el Africa para la Francia?» esta nacion, deciamos, nos consideraba en tan poco, que acerca de la conquista de Marruecos, hé aquí lo que se añadia en ese mismo artículo: «España no se encuentra en disposicion de adelantársenos; la obligacion en que está de abastecer completamente á Gibraltar de víveres frescos, bajo pena de irritar á Johon Butt, cuyo estómago es vasto y el apetito imperioso: la dificultad de encontrar dineros, los medios de trasporte y refrescos necesarios impiden que pueda hacerlo.»

España, sin embargo, se lanzó á la guerra. Nada le importaba enviar á morir sus hijos, abrir sus arcas, agotar si necesario hubiera sido toda la savia de su existencia social.

España habrá podido ser pobre, pero ha sido siempre leal y honrada; no tiene que registrar en la historia de sus relaciones con las demás potencias las *nobles* alianzas de sus carísimas vecinas.

---

(1) Rada y Delgado.

El honor habla en ella siempre mas alto que el interés, y los españoles solo vieron que habian ultrajado sus armas, el blason de sus glorias, el escudo de su honra.

Nada les importó, como pudo creerse por algunos instantes, la oposicion de los isleños británicos; y para dar un solemne mentís al juicio de los escritores estranjeros, que sin conocer á nuestra patria la ultrajan, cuando en los supremos momentos de levantarse á combatir por su honra, como para detenerla en su camino la reclamaron débitos, hijos de sus desgraciadas discordias intestinas y de la *buena fe* de sus acreedores, arrojó á los piés de estos el mezquino metal que le podian, y lanzó sobre las costas africanas un ejército de 50,000 hombres sedientos de combatir y de triunfar.

Llegaron, y nada fue bastante á detenerles en su camino; y luchando con los hombres y con los elementos, y con el misterioso y terrible enemigo de la peste, abriéndose paso por inaccesibles rocas y pantanosos valles, del Serrallo á los Castillejos, desde allí á las alturas de la Condesa, de ellos al Monte-Negron, de sus cimas á Cabo Negro, y de él hasta los fuertes de Tetuan, tras de veinte combates, que fueron contando por sus triunfos llegaron hasta los muros de la ciudad querida de los árabes elevada cerca de Rio Martin y de Guad-el-Jelú por los moros granadinos como en recuerdo de su perdida perla de Occidente.

Y no podia ser de otro modo.

Nuestra causa era justa y Dios siempre proteje la justicia por mas que alguna vez en los arcanos de su infinita sabiduría envie los tristes dias de prueba antes de la anhelada aurora de la ventura.

Nuestra causa era tambien la causa de la civilizacion que avanza; la de los moros la de la barbarie que espira.

La religion de Mahoma, como los misterios de Confucio, son vivientes anacronismos que el siglo sacude de sí con todas sus fuerzas.

Ni una sola vez la victoria dejó de conceder á nuestros ejércitos la palma del vencimiento, y en breve la enseña de la cruz tremoló sobre los altos minaretes de Tetuan.

Pero el ejército español no se duerme jamás en los laureles; apenas repuesto de sus largos padecimientos, emprende el camino de la otra ciudad, cuya posesion por los españoles tan temida era de los Ingleses.

Camino de Tánger emprendió el ilustre caudillo, y en las batallas con que tuvo que irle señalando, igual fue nuestro triunfo y nuestra gloria. ¿Qué estraño que los hijos del desierto pidiesen con tanta insistencia la paz? ¿Qué estraño que aceptasen cuantas condiciones quisieron imponérseles, en armonía con los adelantos que el derecho de gentes ha hecho en nuestro siglo, y qué estraño tampoco que la paz se ajustara con enemigo que todo lo concedía? ¿Ibamos acaso á conquistar el Africa? ¿Marchamos á sus playas con este objeto? ¿No quedó bastante limpio el escudo de nuestra honra con tanta sangre vertida, tantas hazañas realizadas, una ciudad santa en nuestro poder, y aquel pueblo orgulloso que osó ultrajarnos demandándonos humildemente la paz?

Y no es que nosotros creamos que la mision de España en Africa ha concluido. Si los gérmenes de gloria siguen tan florecientes como hoy se encuentran en nuestra patria, ¿quién sabe si algun dia, y acaso no lejano, se cumplirá la última voluntad de Isabel la Católica? (1).

La guerra de Africa que termina no es mas que el prólogo de una grande epopeya, para preparar el paso de nuestros ejércitos.

Ya en el tratado de paz se establece en Fez una casa de misioneros españoles.

La religion irá haciendo sus pacíficas pero seguras conquistas.

Las armas y la fuerza misma de los acontecimientos habrán de complementarlas.

Marruecos, como decia acertadamente uno de nuestros escritores, tiene en sí gérmenes de disolucion que cada dia le aceleran mas su ruina.

Destrozado en el interior por las guerras civiles; carcomido en uno de sus costados por Francia; monopolizado por el espíritu mercader de Inglaterra; vencido posteriormente por la nacion en quien menos fuerza creia; destrozado en cuantos combates ha empeñado con los cristianos, el sultan Mogrevino ve la decadencia de su imperio y no se encuentra con fuerzas para contrarrestarla.

Ve que las dos potencias mas poderosas de la Europa vienen durante muchos siglos disputándose la influencia y el poder de Marruecos.

Las ve que hoy, la una por su comercio y la otra por el territorio, hablan, disponen y ejecutan como si ya les perteneciese de derecho.

Comprende el partido que una y otra sacan de lo que poseen, y no puede menos de ocurrírsele, que cuando tan buenos resultados les da seria dificilísimo hacerlos retroceder, pues que eso seria acelerar mucho mas la caida de su soberanía.

Harto débil el actual emperador para sepultarse con gloria entre los escombros de su imperio, deja que los acontecimientos sigan su curso natural, y siempre con la duda en el corazon, atraviesa tristemente el camino de la vida.

Y no es tal estado de cosas, efecto de la casualidad, palabra que con razon ha dicho Victor Hugo es en los labios del hombre una blasfemia.

La religion de Mahoma cumplió su fin sobre la tierra, y de los estados á que dió vida está ya marcada la última hora en el cuadrante de la eternidad.

Asi vemos la Turquía languidecer á pesar de su aparente grandeza, como languidece su débil señor exhausto por el placer.

Asi vemos aquella soberbia raza del Mogreb, que desbordándose de Africa tan floreciente imperio supo fundar en nuestra patria, degenerada y envilecida, sufrir siempre la derrota de soldados individualmente menos fuertes que sus hijos.

Los ultrajes hechos al pabellon español, los asesinatos de Oriente, son las convulsiones precursoras de una cercana muerte.

Pues qué ¿es dado á ninguna nacion, cuando la humanidad marcha rápidamente á su desenvolvimiento y progreso social permanecer estacionaria y atravesarse como enojoso impedimento en su camino?

¡Ay de su temerario empeño! La humanidad pasará por cima de ella y llegará á su fin providencial.

En el desenvolvimiento de la civilizacion, un pueblo que se obstina en la ignorancia es un grano de arena opuesto á las olas de los mares; es la voluntad del hombre opuesta á la voluntad de Dios.

---

(1) Hé aquí la célebre cláusula de su testamento.

«E ruego, é mando á la princesa mi hija, é al príncipe su marido, que como católicos príncipes tengan mucho cuidado de las cosas de la honra de Dios, é de su santa fé, celando é procurando la guarda é detencion é ensalzamiento de ella, porque por ella somos obligados á poner las personas é vidas é lo que tuviéremos, cada que fuere menester; é que sean muy obedientes á los mandamientos de la Santa Madre Iglesia, é protectores é defensores della, como son obligados, E QUE NO CESEN DE LA CONQUISTA DE AFRICA, é de puñar por la fe contra los infieles.

La guerra de Africa ha iniciado ese gran movimiento de Occidente sobre el Oriente, que cual si recordase agradecido que á este debió su primera cultura, hoy que le ve olvidado de sí mismo se la devuelve en cambio.

¿Qué importa que entre los medios para conseguirlo se encuentren los sangrientos combates?

Ya lo ha dicho uno de nuestros escritores en el artículo que con el título de «Tetuan cristiana» publicó en las columnas de nuestro *Museo*. La humanidad caida ha menester conquistar al precio de su sangre la redencion de su ignorancia, como al precio de otra sangre divina consiguió redimirse de la eterna esclavitud.

De tanta importancia ha sido nuestra gloriosa campaña; tan importante por consiguiente el libro en que se consignase la narracion de sus victorias; por eso cuando tuvimos noticia de que el señor Alarcon trataba de escribirle, nosotros que desde tanto tiempo hace estamos contribuyendo con nuestro grano de arena á la regeneracion literaria de España publicando sin cesar las producciones de sus hijos, nos apresuramos á ser los que tuviésemos la honra y la fortuna de dar á la estampa las inspiraciones del señor Alarcon, asociando de este modo nuestro modesto nombre al justamente reputado de su autor y á la gloria de nuestra patria.

El recuerdo de los acontecimientos alguna vez ha podido borrarse de la memoria de los hombres; pero desde que Gutemberg con poderosa mano logró asentar la imprenta sobre la espalda del tiempo, el tiempo mismo que antes borraba los hechos de los hombres, los lleva ahora de siglo en siglo como eterno blason de la grandeza humana.

INDICE.

Prólogo. III
I.—Embarque en Málaga del tercer cuerpo del ejército de Africa.—Su rápida organizacion.—El soldado español.—Hospitalidad y despedida del pueblo malagueño.—Adios á España.—Bendicion apostólica.—La noche en el mar. . 5
II.—La costa de Africa. 9
III.—Al saltar en tierra. 10
IV.—Aspecto interior de Ceuta. 11
V.—El campamento.—Veo á lo lejos una accion. 12
VI.—El toque de diana.—Un entierro.—O'Donnell.. 14
VII.—La Mezquita. 16
VIII.—El Serrallo. . . . . id.
IX.—Aspecto de un ejército en campaña. . . 18
X.—Los reductos. 19
XI.—Marcha para acampar.—Formacion de un campamento. 21
XII.—Moros y cristianos. 26
XIII.—Dia de huelga.—El campamento por dentro.. 30
XIV.—Alarma.—Otra accion.—Carga á la bayoneta.—Una retirada.. 32
XV.—*Nocte pluit tota* 35
XVI.—Vuelven los moros. 36
XVII.—El lado feo del asunto. 38
XVIII.—El general Ros de Olano. 39
XIX.—Cambia la decoracion. 40
XX.—Vísperas solemnes. 42
XXI.—La Noche-Buena del soldado. . . . . id.
XXII.—El enemigo nos felicita las Pascuas.—Cadáveres moros.—La noche rivaliza con el dia.. 44
XXIII.—Vacaciones de Pascua. 48
XXIV.—Por mar y por tierra. 49
XXV.—Accion del 30 de diciembre.—Mi batallon.—Un hospital de sangre.—Otra mujer piadosa.—Un entierro.—Fin del año. . . . 55
XXVI.—Batalla de los Castillejos.. 59
XXVII.—Diez dias en Ceuta. 69
XXVIII.—En el mar. 80
XXIX.—Impresiones poéticas.—Mirada retrospectiva.—Marchas y combates á que no he asistido.—El campamento del hambre. . . 83
XXX.—El Rio Azmir. 91
XXXI.—Paso y accion de Cabo-Negro. . . . 99
XXXII.—Un paseo por el llano. 109
XXXIII.—El Reto. 111
XXXIV.—Bajamos á la playa.—Vista general de Tetuan. — Fuerte-Martin. — Campamento de Guad-el-Gelú. 116
XXXV.—Historia de un hispano-africano.—El valle de Tetuan antes de la guerra. 119
XXXVI.—Contemplacion. 127
XXXVII.—De cómo celebró el ejército de Africa los dias del príncipe de Asturias.—Combate solemne.—Nuestra infantería forma el cuadro.—El conde D'Eu.—La caballería española y la marroquí.—Retirada triunfal. 128
XXXVIII.—Hábitos militares.—La noche despues de la accion. 135
XXXIX.—Juramentos y promesas de dos moros. 137
XL.—Tetuan despierta.. 139
XLI.—Fortificaciones.—El vapor, el ferro-carril y el telégrafo en Marruecos.—Reconocimiento.—El espía.—El general Zabala.—El gobernador de Gibraltar.—El tren de sitio.—Espectativa de un mútuo ataque. 140
XLII.—Combate de Guad-el-Gelú, ó del 31 de enero. 146
XLIII.—Dia de la Candelaria.—Misa solemne.—Reconocimiento.—Conferencia de los generales y plan del próximo ataque. 158
XLIV.—La víspera de la batalla.—*Molendris*, víctima política.—Llegan los voluntarios catalanes.—Los arenga el general Prim.—Despedidas. 159
XLV.—Batalla de Tetuan. 163
XLVI.—Alegría.—Primeros parlamentarios moros.—Intimacion á la plaza.—Tetuan capitula.—De las guerras indefinidas.—Fisiologia del *renegado*. 174
XLVII.—Entrada del ejército español en Tetuan. 182
XLVIII.—Tetuan. 196
XLIX.—Cristianos, moros y judíos.—El negro de mi sueño.—Album de bronce.—Paseo por las calles.—Hospitalidad hebrea. 199
L.—En el que se ve por el revés la presente historia, ó por mejor decir, se refiere la guerra de los marroquíes con los españoles.—Planes de los moros; sus esperanzas; sus ejércitos; sus proclamas y pregones; sus pérdidas.—Nuestros

prisioneros.—Situacion de Tetuan durante las últimas acciones.—Muley-el-Abbas.—Muley-Hamet.—Las kabilas.—Con lo demás que verá el curioso lector. 208
LI.—Actitud del pueblo vencido y del ejército vencedor.—El palacio de Erzini.—La gran Mezquita. 220
LII.—Mercaderes argelinos.—Moras tapadas.—Algo de la historia de Tetuan.—El Job mahometano. 227
LIII.—Noticia del entusiasmo de España.—Parlamentarios de Muley-el-Abbas.—El sábado de los judios.—*Tamo*. 232
LIV.—Primera misa en Tetuan.—Nuestra Señora de las Victorias.—La nueva primavera.—Un domingo por la tarde.—Mi nueva casa. . 237
LV.—Banquete moro.—Vuelven los parlamentarios.—*Soirée* musulmana. 242
LVI.—Espectativa.—Conferencia de O'Donnell y de Muley-el-Abbas.—Retrato de este. . . 251
LVII.—Relámpagos de nuevas hostilidades.—Asesinatos.—Llegada de los tercios Vascongados.—Bombardeo de Larache y Arzilla. 259
LVIII.—La cabila de *Busemeler*.—EL ECO DE TETUAN.—La campana y el judío.—El poeta *Chorby*.—El amor de una mora. 262
LIX.—Llega la division Echagüe.—Camino que ha traido.—Temporal.—Combate de Samsa. 270
LX.—Los moros vuelven á pedirnos la paz.—Esplicacion del combate de ayer.—Tetuan como garantía.—La cuestion de Tánger.—Nos disponemos á marchar sobre esta plaza.—Por qué cambié de idea y abandoné el ejército.—Despedidas. 274
EPILOGO.—Actitud de nuestra escuadra.—El general Bustillo.—Veo á Tánger.—Llego á España.—La batalla de Vad-Ras.—La paz.—Conclusion. 279
La batalla de Vad-Ras. 282
Bases preliminares para la celebracion de un tratado de paz que ha de poner término á la guerra hoy existente entre España y Marruecos, convenidas entre don Leopoldo O'Donnell, duque de Tetuan, conde de Lucena capitan general en gefe del ejército español en Africa, y Muley-el-Abbas, califa del imperio de Marruecos, y príncipe del Algarbe. 289
APENDICE. 291

ATENEU BARCELONÈS CDEFG
BIBLIOTECA
Reg. 112866
Sign. 60 3231
IJKLMNOPQRSTUVWXYZ

Biblioteca Ateneu Barcelonès
1006623606